

*Antología de poetas líricos castellanos. Romances Viejos  
castellanos (Primavera y Flor de Romances). T. 3*

**Índice:**

ADVERTENCIA

DEDICATORIA

ADVERTENCIA DE LOS SEÑORES WOLF Y HOFMANN

INTRODUCCIÓN

ROMANCES HISTÓRICOS: SECCIÓN DE ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA  
Y TRADICIONES DE ESPAÑA

ROMANCES NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS

**ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — VIII : ROMANCES VIEJOS CASTELLANOS (PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES) PUBLICADA CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR D. FERNANDO WOLF Y D. CONRADO HOFMANN. SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.**

**[p. VII] ADVERTENCIA**

La presente colección (con título algo diverso, puesto que el de *Primavera y Flor*, aparece como primero) fué publicada en Berlín por Asher y C<sup>a</sup>, en 1856. Hasta el presente no ha sido superada por otra ninguna, y el unánime consenso de los doctos la reconoce como el único texto *crítico y auténtico* de nuestros romances verdaderamente viejos y populares. Aunque el mérito de haberlos distinguido de sus imitaciones, refundiciones y parodias de la segunda mitad del siglo XVI pertenezca en primer término al editor de la *Silva de Romances Viejos*, Jacobo Grimm, nadie puede negar que Wolf y Hofmann, trabajando en mejores tiempos y con más copia de subsidios bibliográficos, y pudiendo aprovecharse, como en efecto se aprovecharon, de los tesoros recogidos en el segundo *Romancero* de Durán, habían de dar a su trabajo un grado de perfección muy superior.

El presente libro puede considerarse como reproducción textual y esmeradísima de todos los romances viejos y tradicionales que se leen en el *Cancionero de Romances* de Amberes, sin año, en el de la misma ciudad de 1550, y en las partes primera y segunda de la *Silva* de Zaragoza, también de 1550. Duran no llegó a ver ninguna de estas primitivas ediciones, porque en su tiempo ninguna de ellas existía en España. Su texto, por tanto (que es casi el único que en España corre), resulta notoriamente inferior al de la *Primavera*, así por estar tomado de libros más modernos, como por no apuntar las variantes que, por el contrario, notan con minuciosa y loable prolijidad Wolf y Hofmann, separándose **[p. VIII]** del antiguo y censurable método de construir arbitrariamente un texto escogiendo lo que parece mejor entre las diversas lecciones.

Siendo la *Primavera* de Wolf libro clásico y fundamental para todo el que emprenda hacer estudio científico y serio de los romances castellanos, era necesario y urgente reimprimirla, mucho más si se tiene en cuenta la escasez de sus ejemplares en las bibliotecas de nuestros hombres de letras. Pero al reimprimirla, era preciso adicionarla, respetando por otra parte la integridad de su texto, y conservando el primitivo prólogo y las notas que Wolf escribió en castellano, con leves incorrecciones muy disculpables en la pluma de un extranjero. Por una parte, el caudal de los romances viejos se ha acrecentado algo desde 1856, merced a diferentes hallazgos de pliegos sueltos y de libros rarísimos, como la tercera parte de la *Silva* de Zaragoza. Al mismo tiempo la tradición popular, explorada en distintas comarcas con desigual acierto y fortuna, ha aportado un contingente no despreciable de romances que no figuran en las colecciones impresas, pero cuyo remoto origen y carácter popular parecen indudables. Tales son algunos de los recogidos en Asturias, y tales los que se conservan en la memoria de los judíos de Salónica. El estudio de la poesía tradicional de otros pueblos de la Península (Portugal y Cataluña), y el más general de la canción popular en distintas razas y pueblos de Europa, ha traído gran número de elementos de comparación, merced a los cuales empieza a ser posible distinguir lo que nuestra admirable poesía narrativa tiene de peculiar, de histórico y genuinamente castellano, y lo que debe a un fondo étnico, común a la mayor parte de los

pueblos del Mediodía de Europa, o bien a influencias y corrientes literarias de diverso origen.

El estudio de los temas históricos o novelescos de los romances, y las mil cuestiones de historia social, de métrica, de lenguaje, de saber popular, que cada uno de ellos sugiere, han dado ocasión, sobre todo en Alemania, al desarrollo de una considerable literatura, de la cual puede considerarse como resumen hasta 1876, a la vez que como complemento, el admirable libro de D. Manuel Milá y Fontanals, *De la Poesía Heroico-Popular Castellana*, obra que por su carácter rígida y severamente científico es tan estimada de los extraños como ignorada o no entendida de los propios, aunque sea el mayor esfuerzo con que la ciencia española [p. IX] ha contribuído hasta ahora al esclarecimiento de las tinieblas de la Edad Media. Todas estas circunstancias exigen, pues, adicionar la *Primavera* de Wolf con un ramillete de los romances posteriormente descubiertos, y con un nuevo prólogo en que se expongan y planteen todas las cuestiones que él no toca en el suyo, para que de este modo el libro corresponda a las actuales exigencias de la erudición literaria, en que tan fácil es quedarse rezagado o desorientado.

Para dar lugar a estas indispensables adiciones, sin que la presente edición abultase más que la alemana, a pesar de contener una tercera parte más de texto, hemos recurrido al arbitrio de escribir los romances como versos de diez y seis sílabas, siguiendo el ejemplo y la teoría de Grimm y de Milá, que no es la de Durán ni la de Wolf; pero que nos parece más conforme a los orígenes épicos del metro. La venerable sombra de Wolf (el hombre más sabio en cosas de España, y el más benemérito de nuestra literatura entre cuantos extranjeros han escrito sobre ella) nos perdonará, sin duda, no sólo el disentir de su opinión en este punto capital, sino el haber aplicado a su edición de los romances un sistema contrario al que él defendió y practicó siempre.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

**NOTAS A PIE DE PÁGINA:**

**ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — VIII : ROMANCES VIEJOS CASTELLANOS (PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES) PUBLICADA CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR D. FERNANDO WOLF Y D. CONRADO HOFMANN. SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.**

**[p. 2] DEDICATORIA**

A los señores

**D. JACOBO GRIMM,**

el primero que ha sabido escoger y apreciar los romances verdaderamente viejos y populares de los españoles

y

**D. MANUEL GEIBEL,**

quien con el acierto de un gran poeta ha logrado reproducir mejor que nadie entre nosotros todos los primores de aquellos romances,

dedican esta colección,

en prueba de su aprecio y reconocimiento,

**Fernando Wolf y Conrado Hofmann.**

**NOTAS A PIE DE PÁGINA:**

**ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — VIII : ROMANCES VIEJOS CASTELLANOS (PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES) PUBLICADA CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR D. FERNANDO WOLF Y D. CONRADO HOFMANN. SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.**

**[p. 3] ADVERTENCIA DE LOS SEÑORES WOLF Y HOFMANN**

Si hubiera quien, al leer la portada del presente libro, exclamase con desdeñosa sorpresa: «¿Cómo, un nuevo Romancero, después de tantos recientemente publicados, y de algunos tan excelentes como los del Sr. Durán?—¡Esa es en efecto obra excusada!—¡Eso es en verdad *scribere Iliadem post Homerum!*» le suplicaríamos que la leyera otra vez, que la leyera con más atención. Verá que dice: *Primavera y Flor de Romances*; título, es verdad, ni nuevo ni original, pues está tomado de aquella colección antigua y conocida que Pedro Arias Pérez publicó por los años de 1621 ó 1622; mas verá también que le hemos añadido: *o colección de los más viejos y más populares romances castellanos*, dándole por esa explicación un sentido muy diferente de aquel que le atribuyó el bueno de Arias Pérez, anteponiéndolo a su colección *De los mejores romances que han salido ahora nuevamente en esta Corte*; y , según creemos, hemos declarado suficientemente la idea que presidió a la presente empresa, quizá con eso justificando al menos nuestra intención, ya que la ejecución esté lejos de haberla realizada bajo todos aspectos. Ahora estará claro también por qué hemos escogido este título de *Primavera y Flor de Romances*, queriendo presentar en nuestra colección a los aficionados un ramillete de flores, recogido, no entre las más lozanas del jardín de la poesía artística, sino entre las más genuinas y sencillas de los prados y montes de la popular, nacidas espontáneamente y crecidas sin cultura ni arte, sí, pero hijas de la fuerza creadora del sol de verano: en fin, flores de primavera de un suelo tan poético como el de España.

**[p. 4]** Hemos, pues, procurado—aprovechándonos de los progresos y resultados de la ciencia y del crecido número de materiales y recursos recientemente hallados y publicados ejecutar por medio de la presente colección exactamente lo mismo que ejecutó en su tiempo el ilustre sabio Jacobo Grimm, el primero y el único de todos los editores modernos de romances hasta hoy día, por medio de su *Silva de romances viejos*: y nos congratularíamos si se considerase la presente colección como una segunda edición, no empeorada, de la suya.

En fin, en nuestra *Primavera y Flor* hemos querido, no sólo ofrecer a los aficionados de la poesía popular los romances de este género sin mezcla de heterogéneos, sino presentar también a los eruditos por primera vez los textos auténticos de ellos con todas las variantes notables. Decimos por primera vez, y por fabuloso y jactancioso que parezca, no tememos ser tachados de presuntuosos o vanagloriosos, o de querer exagerar nuestros méritos y rebajar los de nuestros antecesores, pues hemos sido los primeros bastante afortunados para tener a nuestra disposición las fuentes más puras, las ediciones más antiguas del *Cancionero de romances* (sin fecha) y de la *Silva de varios romances* (edición del año 1550, en dos tomos), cuyos ejemplares son de tanta rareza, que de la primera se conocen tan sólo los dos que tienen la biblioteca del Arsenal en París y la de Wolfenbüttel, y de la segunda no más que los dos que paran en el Museo Británico y en la biblioteca de Munich: ni aun en España se hallan ejemplares de estas ediciones.

Ello es que nosotros debemos a las bibliotecas de Munich y de Wolfenbüttel el insigne favor de habernos franqueado sus ejemplares de ellas, de haberlos podido disfrutar, comparar y copiar; así es que el mérito principal de la presente obra es más bien fruto de la riqueza y liberalidad de esas dos bibliotecas, bajos todos aspectos ornamento de Alemania.

Del resultado de esta comparación—del todo diferente del que se ha tenido hasta ahora por decisivo para determinar el valor y las relaciones recíprocas de aquellas ediciones más antiguas del *Cancionero de Romances* y de la *Silva*— y de sus consecuencias para la redacción de nuestros textos, trataremos detenida mente en la tercera sección de nuestra Introducción.

Al mismo tiempo hemos podido aprovecharnos del rico tesoro [p. 5] que posee la biblioteca imperial de Viena en antiguas colecciones de romances, y hay entre ellos ejemplares únicos, de donde hemos entresacado así las variantes más notables de los textos contenidos en aquellas dos fuentes principales, como algunos romances que son exclusivamente de estas colecciones.

Era, pues, como acabamos de decir, nuestro empeño principal el dar textos auténticos, fundadas siempre en los documentos indicados (al fin de cada romance), y redactados según la regla de la crítica, ciñéndonos a corregir solamente los yerros manifiestos de imprenta en nuestros originales. Con eso no hemos osado corregir los versos que no constan, suplir los que parece hacen falta al sentido o a la asonancia, y enmendar las imperfecciones de la rima o asonancia: defectos todos característicos en composiciones de origen tradicional o popular. Tan sólo en lo tocante al último punto nos hemos tomado la libertad de desviar nos de nuestros originales: cuando éstos llevaban añadidas *ees* finales a las rimas *agudas* en *a u o* contra la etimología (como, p. e., han- *e* , está- *e* , son- *e* , etc.), por hacerlas conformes con las graves en *a-e* u *o-e* (p. e., madre, etc.), que se hallaban en las mismas composiciones; pues hemos probado en otro lugar (*Ueber die Romanzen-Poesie der Spanier*, en los *Anales literarios de Viena*, tomo 117, pág. 118 y 119), que este proceder fué no más que un producto de la ignorancia y arbitrariedad de los editores desde el siglo XVI, quienes reconocían no más la equivalencia de aquellas rimas graves con las agudas, característica también de la poesía popular, sustituyendo estos defectos imaginarios con peca dos reales contra la etimología y la índole de la lengua: así que nuestro proceder de suprimir en este caso aquellas *ees* añadidas, puede llamarse, en efecto, una *restitutio in integrum*. [1]

[p. 6] En todo lo demás hemos seguido religiosamente nuestros originales, hasta reimprimir sus epígrafes o encabezamientos, porque estos epígrafes no son tal vez del todo indiferentes para la procedencia de los romances o la determinación de sus asuntos.

Se entiende que hemos adoptado la ortografía, puntuación y acentuación que ahora se usan, conservando solamente la ortografía de los originales cuando señala al mismo tiempo una diferencia etimológica, y sirve para caracterizar las transiciones de la habla antigua a la actual. Al contrario, no hemos conservado las sinalefas de las *ees*, *oes*, etc., al cabo y principio de las voces, cuando son puramente eufónicas o métricas, ni usado de los apóstrofes ortográficos (como, p. e., ques o qu'es, en lugar de que es, dello o d'ello, por de ello, y'os por yo os, etc.), porque en este caso las elisiones y contracciones reproducidas por la escritura son tan poco fundadas en la etimología, como las de otras vocales (como, p. e., de la a en fuera hallar, en vez de fuera a hallar), que tantas veces ocurren, ni por eso tampoco hay un motivo esencialmente científico de conservar una ortografía diferente de la

actual, y usada también por los originales muy arbitrariamente.

Hemos, en fin, ordenado los romances por series de materias y asuntos, en vez de clasificarlos por la época en que fueron compuestos y el origen que les imprimió su sello característico, porque los aquí incluidos fueron todos compuestos por los siglos XV y XVI, y en la mayor parte de ellos sería muy difícil determinar con exactitud su fecha; porque son todos del mismo origen tradicional, desde los genuinamente populares y primitivos hasta los popularizados, reformados por los juglares o refundidos por los poetas de profesión. Con todo eso, el clasificar y ordenar romances todos anteriores al siglo XVII, y todos de origen tan homogéneo que sus diferencias consisten solamente en modificaciones y formas de transición, tal vez muy difíciles también de distinguir y [p. 7] deslindar, no es de tanto interés científico como en colecciones que los contienen mezclados con los de origen esencialmente heterogéneo, y pertenecientes ya a épocas más modernas, en que el influjo de la poesía artística era ya predominante. Hémonos además ensayado en suplir la falta de aquella ordenación estrictamente científica, señalando la clase a que presumimos puedan pertenecer, atendiendo a su espíritu, carácter, construcción y lenguaje, los romances aquí contenidos en él: «Índice alfabético', añadiendo al fin la «Indicación por números de los romances, ordenados según las tres clases características en que se ha intentado dividirlos.»

## NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 5]. [1] . La opinión de los Sres. Depping y Alcalá Galiano (en su *Romancero*, tomo I, págs. XV, LXXV, 326 y 327), de que estas terminaciones en *ees* finales eran: *modo de hablar antiguo* o una *licencia poética*, cae al suelo con sólo considerar que semejantes letras no se hallan usadas ni en otros romances, igualmente antiguos, pero rimados de modo diferente, ni siquiera en los mismos romances que no tienen tales finales en ningún otro lugar de los versos; y en cuanto a ser *licencia poética*, fueron licencia, sí, pero licencia muy excusada de los poetas artísticos reformadores, de la cual los populares, al contrario, no hubieron menester, como queda probado en nuestro tratado citado arriba. — *Timoneda* y *López de Tortajada*, han, p. e., en este caso seguido un camino contrario al de los editores anteriores, reconociéndolo sin duda por desacertado, han mudado las voces, el giro de la frase, y hasta el sentido, o intercalado versos enteros, para hacer agudas según las reglas del arte todas las terminaciones rimadas o asonantadas: proceder igualmente arbitrario y contra la índole de la poesía popular.

**ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — VIII : ROMANCES VIEJOS CASTELLANOS (PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES) PUBLICADA CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR D. FERNANDO WOLF Y D. CONRADO HOFMANN. SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.**

**[p. 9] INTRODUCCIÓN**

I

**DEL ORIGEN, FORMA Y CARÁCTER ESENCIAL Y PARTICULAR DE LOS ROMANCES, Y DE SU RESPECTIVA CLASIFICACIÓN**

No cabe duda que: «los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar (y, digámoslo así, de la literatura española en general) debieron ser los romances», como ha dicho con tanto acierto y probado con tanta erudición el crítico mas fino y más docto que España posee actualmente, el Sr. Durán (en su *Romancero general*, segunda edición, Madrid, 1849, tomo I, págs. XL a XLI y XLII); supuesto que se entienda bajo el nombre de romances [\[1\]](#) **[p. 10]** la poesía popular lírico épica de la nación española: pues es un axioma ahora generalmente reconocido en la historia literaria, que el desarrollo espontáneo y natural de toda literatura verdaderamente nacional—y la española es nacional, y muy nacional— siempre precede la prosa, la poesía popular a la artística, y en la poesía popular, la épica o lírico-épica a la lírica pura.

Por de contado se puede, si no probar con documentos, sí, al menos, afirmar con la certidumbre que dan las leyes universales de analogía, que el origen de los romances debió coincidir con aquella época en que, después de haberse desarrollado ya bastantemente su nacionalidad, cultura y lengua, los castellanos se sentían con un impulso irresistible de manifestar poéticamente su ser íntimo, su carácter nacional, y con los medios de hacerlo; y antes que la poesía artística comenzara a diferenciarse de la popular, es decir, con la época que media desde el siglo X al XII.

Es verdad que, como queda dicho, no tenemos documentos o muestras de tales romances primitivos; empero, verdad es también que esta carencia es tan natural y común a los orígenes de aquel género de poesía, que casi podría llamarse una dote esencial de él, como la ha llamado, en efecto, y con tanto tino un célebre crítico francés, el Sr. Fauriel, cuando dice de las canciones populares provenzales, anteriores a los cantares de gesta del ciclo carlovingio (*Histoire de la poésie provençale*, Tomo II, página 310): *Quant à ces chants populaires, germes premiers de l'épopée complexe et développée, il est de leur essence de se perdre et de se perdre de bonne heure, dans les transformations successives auxquelles ils sont destinés.* Los romances anteriores a la formación de la poesía artística debieron perderse tanto más fácilmente, cuanto que después la diferencia de ésta y de la popular se hizo decisiva y profunda, hasta tal punto, que la poesía popular no era apenas contada como poesía, y era altamente desdeñada y despreciada de los trovadores y poetas escolástico-cortesanos; lo que hemos visto por ejemplo, en el pasaje citado de la carta del marqués de Santillana.

Así es que los romances, aunque no perdieron nunca del todo el favor popular, y fueron sin duda



alguna conservados por una fiel tradición, no pudieron hallar acogida en las muchísimas colecciones de poesías manuscritas, pero dedicadas casi exclusivamente [p. 11] a las de la escuela cortesana y erudita anteriores al siglo XVI. Las pocas excepciones se reducen a la noticia que dió Argote de Molina (discurso, *Conde Lucanor*, edición 1575, folios 92 y 93), de que en el *Cancionero* del Infante D. Juan Manuel (fallecido en :1347) que poseyó y pensó publicar, había romances lo cual hace aun más lamentable su pérdida; y al romance publicado según el *Cancionero* manuscrito de Lope de Stúñiga, hecho en 1448 por los señores D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, en las importantes adiciones a su excelente traducción de la *Historia de la literatura española*, del Sr. Ticknor (Madrid, 1851. Tomo I, págs. 509 y 510), romance, es verdad, ya contrahecho por un poeta cortesano, pero el más antiguo que hasta ahora conocemos con fecha fija.

Vemos, empero, a principios del siglo XVI algunos romances contrahechos y glosados por los trovadores del siglo XV, ya acogidos en los *Cancioneros* generales de Fernández de Constantina y de Hernando del Castillo; vémoslos en los primeros decenios de este siglo propagados y reimpressos en pliegos sueltos en número siempre creciente; vémoslos, en fin, desde la mitad del mismo siglo aparecer como llovidos, recogidos en colecciones propias, e imitados, a cual más, por los eruditos y los poetas artísticos. Este fenómeno singular no dejará admirado a quien considere que al comenzar el siglo XVI estuvo ya formada la base de la gran monarquía española; que en la primera mitad de este siglo los pueblos de los diferentes reinos, los castellanos, aragoneses, catalanes, navarros, granadinos, seguían juntándose a una gran nación, la española; que a mediados del mismo siglo los capitanes españoles habían sojuzgado la mayor parte de Italia al cetro de su rey, que era al mismo tiempo emperador de Alemania, y los conquistadores descubrieron un nuevo mundo, anexionándolo como provincia, con el nombre de Nueva España, a la vieja. ¿Es, pues, de extrañar que por estos sucesos, por estas hazañas, se despertase el espíritu nacional con la mayor viveza y fuerza en el pueblo español; que la gloria actual resucitara la pasada, la memoria de sus héroes nacionales; que los bizarros hijos del Cid entonaran de nuevo los cantares que celebraban las gestas de el que «en buen hora nació», con tanta lozanía y tanto vigor, que hasta los poetas de corte y de escuela no pudieron ya ignorarlos, y para [p. 12] ser oídos se vieron forzados a mezclar su voz con la de los que «hacían estos romances»?

Así es que los romances, conservados hasta entonces tan sólo en boca del pueblo, y transmitidos de generación en generación por medio de la tradición oral, pero fiel, corroborada y sostenida por sentimientos e intereses análogos a los que los crearon, han llegado a nosotros, si no alterados en su carácter esencial, al menos algún tanto retocados en su estilo y lenguaje, con rastros visibles de haberse ya mudado más de una vez sus formas primitivas y meramente populares, de haberse tentado perfeccionar las, ajustándolas siempre más con las del arte, y habiendo pasado por manos de los juglares, de los trovadores y de los poetas artísticos de los siglos XV, XVI y XVII.

Indicios de estas mudanzas, que no se pueden desconocer, son la asonancia alternativa, uniforme y más y más artificiosa, mientras que es un rasgo característico de la poesía popular primitiva el no tener versos sueltos y rimas alternadas; al paso que se encuentra en los romances más viejos y más populares todavía el variar del asonante, y que éste aparece aquí aun en su forma primitiva de consonante imperfecto y rudo.

Por eso los conocedores más profundos de la poesía popular han investigado las causas eficientes de un tal producto semi-popular y semi-artístico, y se han ensayado en hacer conjeturas, pues

documentos no se hallan, sobre la forma primordial y mera mente popular de este género de combinación métrica que ahora llamamos la del romance común octosílabo.

Hay críticos, y críticos de marca mayor, [1] que han opinado [p. 13] que la forma primitiva de los romances era la de versos largos de diez y seis sílabas, parecidos a los llamados alejandrinos, con rima consecutiva; hay otros que han pretendido además que estos versos largos de dos hemistiquios con rimas consecutivas en los finales los habían recibido los españoles de los arabes; [1] hay, al contrario, críticos, y de no menos nota, que tienen la combinación del romance común octosílabo, no sólo por la primitiva [p. 14] de los cantos populares lírico épicos, sino también por «la más fácil, natural y acomodada al carácter de la lengua castellana y al género narrativo; y, como es consiguiente, por la más vieja, más popular y más indígena de todas las combinaciones métricas usadas en castellano. [1]

La opinión de los últimos está, en efecto, corroborada por la analogía de toda poesía popular, por la índole de la lengua castellana y por el carácter lírico épico de los romances; al paso que la opinión contraria carece de tales argumentos, fundados en la naturaleza de las cosas; que le hacen falta igualmente a ella los documentos, y—lo que es bien de notar—que faltan ejemplos de versos de diez y seis sílabas no sólo en la poesía popular, sino también en la artística castellana; pues los versos largos del poema y de la Crónica rimada del Cid no son más que imitaciones harto informes de muestras extranjeras (francesas), y los alejandrinos, tomados también de los franceses, son de catorce sílabas; [2] y sobre todo con haberse admitido y probado: que la poesía castellana [p. 15] no tenía y no pudo tener poemas épicos populares, [1] pierde esta opinión su principal argumento y su única razón suficiente: pues cesando la causa, cesa el efecto; no teniendo los castellanos tales poemas, no hubieron menester ni ocasión de producir versos épicos largos.

[p. 16] Dando, pues, por sentado que la combinación del romance común octosílabo fué la primordial, resta la dificultad de explicar la anomalía ya notada de la asonancia alternada y de los blancos intermedios.

[p. 17] Esta anomalía es, por cierto, el producto del influjo de una poesía extranjera y ya artística. Ahora, pues, busquemos la poesía extranjera que estaba en más estrecho contacto con la castellana y que, por lo tanto, tuvo que haber influido en ella más inmediatamente. [p. 18] Hallaremos que desde muy temprano, no sólo los caballeros de Francia eran constantes compañeros de los de España en sus guerras contra los moros, obteniendo en premio de su [p. 19] ayuda «tierras y honores» en el país reconquistado, sino que aun la mayor parte de las villas y ciudades de Castilla tenían un «barrio o calle de Francos»: que ya en tiempo de los reyes D. Alonso VI y VII de Castilla los clérigos franceses tuvieron tal renombre, que aun para el arzobispado de Toledo fué nombrado un francés, el célebre D. Bernardo; lo cual influyó tanto en el desarrollo de las letras, que en el Concilio de León del año 1091 fué decretado que se adoptase en el reino la «letra gálica o francesa» en lugar de la gótica: [1] que no sólo los trovadores franceses que frecuentaban las cortes de Cataluña, Aragón, Portugal y Castilla, formaban [p. 20] a su manera escuelas de poetas cortesanos en las lenguas lemosina, gallega y aun castellana, y ocasionaban imitaciones en ellas así de sus asuntos favoritos (prueba son los poemas de Alejandro, de los Votos del pavón, de Apolonio, de Santa María Egipcíaca, y aun muchas poesías del Arcipreste de Hita) como de sus combinaciones métricas (además de las líricas artísticas, baste mencionar los versos franceses o alejandrinos; véase la nota 5); sino que también los juglares de

España tenían que estar en constante e íntimo comercio con los de Francia, pues ya en la *Crónica general* y la *Conquista de Ultramar* del rey D. Alonso X de Castilla se hallan mencionadas muchas tradiciones del ciclo carolingio, sin duda de origen francés, y precisamente como «cantares de los juglares», de las cuales algunas se han conservado hasta nuestros días en romances castellanos, y tales que, en cuanto a su forma métrica, se cuentan entre los más antiguos, al paso que otras de aquellas tradiciones debieron de estar entonces aún más unidas al ciclo francés de Carlomagno, y ser después más y más transformadas y acomodadas al genio español, como consta, por ejemplo, por algunos pasajes de la misma *Crónica general*, 3ª parte, fol. 30 vº y fol. 45 vº, tocantes al parentesco de Bernardo del Carpio con «Carlos el Grande» de Francia, de que nos hacen mención los romances que tenemos de aquel varón, transformado después en héroe nacional.

¿Es, pues, de admirar que los juglares y hasta los cantores populares de España adoptaran con las tradiciones y los asuntos, conocidos por el trato con sus compañeros de Francia, también alguno que otro rasgo de sus formas métricas? Los adoptaron tanto más, cuanto que no hallaron en su poesía nacional, que carecía, como queda dicho, de poemas largos épicos indígenas, formas correspondientes a los asuntos: siguiendo además en esto el ejemplo de sus propios poetas artísticos, que habían adoptado también en sus imitaciones de los poemas franceses las formas métricas de éstos, e introducido en la poesía española los alejandrinos o versos franceses. Empero lo hacían, y debían hacerlo de otro modo que los poetas artísticos; pues los cantos populares o juglarescos eran destinados, en un principio al menos, a ser cantados por o para el pueblo, y por tanto, habían de ser conformes a sus melodías y ritmos acostumbrados y nacionales. El verso de redondilla [p. 21] mayor o del romance común octosílabo era, como queda probado, el más antiguo, más nacional, más acomodado al canto y al género narrativo en España. «Además—dice el Sr. Durán (*Rom. gen.*, tomo I, pág. LIV)—el ritmo monótono del romance parece que indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio para las danzas pesadas del país donde nació, que aún se conserva, él solo, inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada día las demás canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas más artificiosas.» Ahora bien, ¿no habría sido procedimiento natural y, digámoslo así, impuesto por la necesidad, que los juglares—para obtener de un lado versos más largos parecidos a sus originales franceses, y más convenientes a sus asuntos, a sus cantares de gesta o romances largos, y para tenerlos de otro lado todavía conformes a oídos españoles, a las danzas y cantos nacionales y acostumbrados—hubiesen tomado dos versos octosílabos, juntándolos de modo que el primero, quedando blanco, se asemejase al hemistiquio con cesura de un verso largo, y que tan sólo los versos segundos o hemistiquios finales estuviesen copulados por la rima consecutiva? El producto de tal procedimiento se asemeja algún tanto a las *tirades monorimes* de los cantares de gesta franceses, conserva al mismo tiempo el ritmo indígena castellano, y explica de un modo asaz plausible la anomalía mencionada en la forma actual de los romances.

Todo esto, en verdad, no pasa de mera conjetura—aunque conjetura debida a un crítico tan ingenioso como el Sr. Huber, el primero que ha señalado un rumbo en materia tan oscura—; y no pasará de tal, mientras nos falten los medios para probarla con documentos. No faltan, sin embargo, indicios y rastros de que la «transición de la forma primitiva de los romances a la secundaria bajo el influjo de la poesía juglaresca» como lo ha llamado el Sr. Huber (1. c., pág. XXXV), tuvo en efecto lugar.

Indicios de esta transición contienen los mismos ensayos más viejos, el Poema y la Crónica rimada del Cid, al introducir versos más largos para asuntos épicos en la poesía castellana, formados, como queda probado, por el dechado de los cantares de gesta franceses; pues a pesar de su esfuerzo de

imitar las formas extranjeras, las indígenas nacionales, es decir, los versos octosílabos [p. 22] del romance común se manifiestan a cada paso en ellos, y precisamente—lo que es muy de notar—los hemistiquios segundos o finales de sus versos largos, que son de más valor para la rítmica, por llevar las cadencias rimadas o asonantadas, tienen por lo regular el ritmo trocaico de los redondillas, al paso que sus primeros hemistiquios tienen, o aspiran a tener, el yámbico de sus modelos extranjeros, pero son generalmente muy irregulares, pecando contra la medida y contra el ritmo. En prueba de la exactitud de esta observación, baste citar el testimonio de un crítico nacional tan excelente como lo es el Sr. Marqués de Pidal, quien dice (1. c., págs. XXV y XXVI): «En el Poema del Cid, aunque con las imperfecciones de los primeros ensayos, se descubre muchas veces la versificación que prevaleció más adelante en esta clase de composiciones; y muchos trozos de él están escritos en el verso asonantado de los romances... La Crónica rimada del Cid es casi toda un romance de ocho sílabas imperfecto; y sin grande esfuerzo se pudiera escribir una gran parte de ella en esta forma, con muy pequeñas variaciones.» Corrobora al mismo tiempo su aserción con ejemplos.

Rastros de la forma primitiva que se hallan aún conservados en la secundaria o actual de los romances, son: la falta de los versos blancos intermedios; la variación de asonantes o consonantes, y la división de algunos romances en estrofas o cuartetos, caracteres que se encuentran precisamente en los más antiguos y populares.

Así hemos observado ejemplos de la falta de los versos sueltos, sin hallarse por eso falta en el sentido, en algunos romances viejos de la colección de Praga (*Ueber die Prager Romanzen-Sammlung*, págs. 30, 66, 72, 83), de lo que han resultado versos pareados, [1] y hasta los poetas artísticos de los siglos XV y XVI [p. 23] usaron este modo de rimar en versos cortos pareados, formando con ellos una especie distinta de romances. [1]

La variación de la rima o del asonante se encuentra todavía en muchos romances antiguos, y particularmente en los más populares tomados de la tradición oral, que contienen tal variación, ya conforme a la del sentido, ya sin respecto a él, [2] al paso que hay refundiciones de los mismos romances con la rima o asonancia uniforme, que hacen ver claramente la mano reformadora de los juglares o poetas artísticos, y su influencia en la transición de la forma primitiva de los romances a la secundaria o actual. [3]

[p. 24] En cuanto a la división de los romances en estrofas o cuartetos, no queremos aprovecharnos de los romances posteriores de los poetas artísticos (a comenzar del siglo XVII), donde esta división es regular; pero como prueba de que no fué invención suya, ni es del todo arbitraria, y antes bien fundada en la naturaleza del canto popular y por eso usada desde muy antiguo, nótese que ya Juan de la Encina enumera en su *Arte de poesía castellana* los romances entre las «Coplas o versos de quatro pies», diciendo: «Y aun los romances suelen yr de quatro en quatro pies», etc.; y que ya en un pliego suelto de la primera mitad del siglo XVI se halla impreso en cuartetos el romance antiguo (del año de 1496) de la *reina de Nápoles*; y que ya Juan Rufo habla de estas cuartetos de romances como de cosa sabida. [1]

De estos indicios y rastros, y de la analogía de la poesía popular en general, y particularmente de la de las otras naciones romanas, hemos inferido dando empero nuestro resultado no más que por una conjetura plausible—que la forma primitiva de los romances fué la de cuartetos de versos redondillas

pareados o [p. 25] monorimos (véase: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 117, páginas 104 y sig.), y tenemos ahora la satisfacción de ver aplaudido nuestro resultado por un crítico tan eminente como el señor Guillermo Grimm (véase su docto tratado que lleva por título: *Zur Geschichte des Reims*. Berlín, 1852, en 4º, pág. 167).

Hemos indicado también (1. c., págs. 108 y 109), que los ejemplos más antiguos de la forma secundaria de los romances se hallan ya en las cantigas en lengua gallega del rey D. Alfonso el Sabio, que por eso pudieran llamarse romances devotos, y en el romance castellano que al mismo rey han atribuido Alonso de Fuentes (cuarenta cantos; en la Epístola dirigida por el autor a un cierto señor), etc., y Garibay (Compendio historial, libro XIII, capítulo 13), y el cual, si no es obra de aquel rey, es por lo menos no muy posterior a su tiempo.

Hemos, en fin, notado las modificaciones (1. c., págs. 112 y siguientes) que de resultas del influjo de la poesía juglaresca y artística se han introducido en la forma secundaria de los romances, de modo que ya al principio del siglo XVI la hallamos casi idéntica con la actual.

Mas a pesar de su corte universal y común, estas modificaciones se hacen todavía muy sensibles en los romances llegados a nosotros, y ciertas y constantes discrepancias en las mismas formas los caracterizan ya como productos heterogéneos en cuanto a su origen, y muy distantes en cuanto a la época de su composición. Añádanse a eso las diferencias en su lenguaje, tono y estilo, la diversidad de sus asuntos, y no se podrá menos de admitir ciertas clases de ellos esencial y característicamente distintas entre sí.

Es verdad que, no embargante esto, hasta las ediciones más recientes, los romances iban publicados y reimpresos sin orden, respecto a su origen, a la época de su composición y a su carácter esencial, mezclados los viejos populares con los juglarescos y los artísticos modernos, y coordinados solamente por asuntos y materias. Nuestro célebre crítico, el Sr. Jacobo Grimm, fué el primero (y ha quedado el único hasta hoy día) que con su acostumbrado tino y fino tacto para la poesía popular señaló el camino que se debía seguir, con su *Silva de romances viejos*, limitándose empero a mostrarlo por la práctica, sin explicar y fijar la teoría.

[p. 26] Este mérito singular de determinar y declarar las notas características para distinguir de un modo verdaderamente científico los romances en cuanto a su origen, forma y tono, y de clasificar los con arreglo a ellas, estaba reservado al Sr. Huber, quien en la tantas veces loada introducción a su edición de la *Crónica del Cid* (págs. LXXIII y sig.) las ha abstraído con rara sagacidad de los diversos géneros de romances que tratan de este héroe.

«Tres clases, dice, o géneros de romances del Cid se han de distinguir esencialmente, diferentes en todos respectos, aunque no sin ciertas transiciones.» Y como tales distingue: 1º Los antiguos o verdaderamente populares, de origen tradicional, con formas inartificiosas, en tono sencillo, pero enérgico y hasta dramático. 2º Los tomados de las crónicas y compuestos por los eruditos, «con una intención didáctica y moral muy laudable por lo demás, pero nada poética», a imitación de los antiguos, con formas más arregladas, pero en un tono seco, prolijo y casi pedantesco. 3º Los compuestos por «poetas cortesanos, los que por lo general ni pensaban siquiera en imitar y continuar el estilo y género de romances populares antiguos», vale decir los de origen subjetivo, con formas

artísticamente desarrolladas y en un tono predominante lírico-retórico, pero no raras veces pretencioso y amanerado.

Nosotros, siguiendo las huellas de tal maestro, hemos adoptado su teoría y clasificación de los romances del Cid, generalizándola y añadiendo otras dos clases, la de romances juglarescos, y la de los vulgares (véase *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 117, págs. 126 y sig.).

El Sr. Durán, en fin, no sólo ha tratado esta teoría con toda perfección y profundidad, [1] sino también aplicado antes que nadie la clasificación en detalle, señalando en el índice alfabético de la segunda edición de su riquísimo *Romancero general* a cada romance la clase a que él lo atribuye.

Distingue, pues, tres épocas: la tradicional, la erudita y la [p. 27] artística, y divide los romances en las ocho clases siguientes: «La primera, segunda y tercera corresponden a la época tradicional, y comprenden los que se consideran como copias exactas, o más o menos aproximadas, de su primitiva redacción.

La cuarta, quinta y sexta pertenecen a la época erudita.

La séptima y octava a la verdaderamente artística y poética.»

Nos parece lo más oportuno, para dar un resumen de la doctrina del Sr. Durán, copiar literalmente la

«INDICACIÓN DE LOS SIGNOS, que sirven para señalar a cada romance la clase característica a que según su espíritu y época corresponde» (1. c., tomo I, pág. 583): añadiendo algunas observaciones propias.

«Clase 1ª Romances viejos [1] directamente populares, o cuando más, modificados en su redacción cual nos la ha conservado la tradición oral. Versan casi todos sobre hechos de nuestra historia nacional, posterior o contemporánea a la conquista de los árabes. Esencialmente objetivos, el poeta sólo aparece en ellos como simple narrador, sin mostrar de sí mismo otra cosa que el estilo y el orden que da a las ideas. Pertenecen a una época anterior a la imprenta, y antes de su descubrimiento se conservaron de memoria, y no existió ninguno, que sepamos, escrito. Su versificación es imperfecta, tanto en la medida como en la rima, que a cada paso se altera y cambia.»

Las rimas son en ellos aún consideradas como tales, vale decir consonantes, aunque muchas veces imperfectas y tan sólo asonantes [p. 28] por rudeza; son además por la mayor parte agudas, mezcladas tal vez con graves, en que empero las vocales finales se pronuncian como mudas (casi agudas de dos sílabas, como *a* y *a-e*). En los romances de esta clase, reformados por los juglares, la medida y la rima se hallan algo más guardadas y uniformes. Puede también considerarse como una señal característica de los romances llegados a nosotros que pertenecen a esta clase, que se encuentran casi exclusivamente en pliegos sueltos o en las colecciones anteriores al año de 1590.

«Clase 2ª Romances viejos tradicionales y populares, donde se inicia el espíritu oriental de los moros españoles, y a los que sirven de argumento los hechos históricos o novelescos, en que se caracteriza más especialmente su civilización tal cual nosotros la concebíamos o percibíamos. Sus formas son

épicas, y el poeta trasmite ya sus propias impresiones tales cuales se las inspiran los hechos, y el modo con que excitan su alma. Pertenecen a una época de tradición posterior a los de la primera clase. Mezcla en ellos los consonantes con los asonantes, aunque predominan los primeros.»

Considerando, empero, que la mayor parte de los romances atribuídos por el Sr. Durán a esta clase son, o verdaderos históricos (los fronterizos) que pertenecen más que otros algunos por su origen, carácter y sus formas a la clase primera, y que los pocos novelescos, pero también tradicionales y verdaderamente populares, no se diferencian de los otros del mismo origen más que por los asuntos y las costumbres, nosotros no podemos convencernos de la necesidad de formar con ellos una clase aparte; pues los contamos entre los de la primera o de la quinta clase del Sr. Durán.

«Clase 3ª Romances viejos populares, también de tradición oral, pero compuestos por juglares. Están tomados de asuntos ajenos a nuestra propia historia y costumbres, aunque un tanto asimilados a ellas. Sus fuentes de imitación son en general las tradiciones y crónicas feudales caballerescas. Aparecen ya con formas épico-narrativas, pero preponderante el elemento objetivo, poco alterado. Pertenecen próximamente a la misma época que los de la primera clase. En su prosaica versificación se usan a la ventura y mezclados el consonante y el asonante, y su medida es incorrecta e inartificial.»

[p. 29] Hemos observado que, a nuestro modo de ver, precisamente con estos romances juglarescos, algunos de los cuales son en efecto pequeños cantares de gesta, comenzaron a alterarse no sólo los asuntos, sino también las formas primitivas de los romances populares, por la imitación de modelos extraños. Esta clase forma al mismo tiempo la transición a las épocas erudita y artística.

«Clase 4ª Romances antiguos popularizados. Época escrita y de erudición. Calcados e imitados servilmente sobre los de la primera clase, y tomados sus asuntos y su letra de las crónicas antiguas, cuya prosa riman y cuyos giros afectan artificialmente, estaban destinados a sustituir a los viejos, y a vulgarizar nuestros hechos y tradiciones históricas, que suponían presentar despojadas de su parte fabulosa. En su esencia objetivos, y pocas y escasas veces un tanto épicos y razonadores. Su medida y rima es como la de los de las clases 1ª y 3ª».

Sirvan de ejemplos de esta clase los compuestos y publicados por Alonso de Fuentes, Lorenzo de Sepúlveda [1] y Juan de Timoneda; también en el *Cancionero de Romances* y en la *Silva* se hallan ya algunos que pueden contarse entre los romances de esta clase. En cuanto a la rima, usan ya con preferencia de las llanas (principalmente en *a-o* e *i-a*) y de las asonancias propiamente dichas.»

«Clase 5ª Romances antiguos popularizados. Época escrita. Es su tipo característico el de las clases 1ª, 2ª y 3ª, según los asuntos de que tratan, cuyo espíritu y sencillez conservan en medio de formas más artísticas, y del lenguaje cultivado propio del tiempo en que se compusieron. Tienen en estas últimas cualidades mucha analogía con los de la clase 7ª o artística del siglo XV, y las continúan hasta la séptima década del XVI. En los que imitan o que proceden de la 1ª y 3ª clase, prepondera el elemento épico; y en los que de la 2ª, se desarrolla algo más el lírico, adornado del colorido oriental de sus modelos. Nótase esmero, cuidado [p. 30] y arte en la medida y rima de sus versos, que casi siempre es de consonantes continuados, sin mezcla de asonantes, aunque hay algún otro en asonancia.»

Distínguense los romances de esta clase de los de la anterior por ser imitaciones, o más bien refundiciones poéticas de los viejos, al paso que no afectan ni su lenguaje, ni sus giros, ni su rudeza. Perteneciendo así por sus elementos a los de origen tradicional, y aproximándose por sus formas más cultas a los artísticos, hacen muchas veces muy difícil su clasificación, que exige el tacto más fino y deja por eso el campo más vasto a la controversia, como toda clase de transición.

«Clase 6ª Romances nuevos vulgares, producidos próximamente desde la cuarta década del siglo XVI hasta el día. Escritos con el lenguaje y formas contemporáneas a su composición. Son, para su tiempo, lo que para el viejo fueron los de la clase 1ª y los vulgares son para los posteriores. Sus autores afectan el cultismo que se hallaba inoculado hasta en el vulgo, y dan lugar frecuentemente al elemento subjetivo y lírico que de la poesía artística había descendido hasta las clases más ignorantes, y se continúan hasta el día de hoy con pocas diferencias. Son, por lo común, obra de gente lega, pero que presumiendo más de ciencia y genio que el vulgo, pretende distinguirse de él afectando un lenguaje hinchado y un estilo declamatorio. Su versificación es incorrecta y llena de ripios.»

Hablaremos más largamente de esta clase cuando consideremos los romances con respecto a sus asuntos y su modo de tratarlos. Por lo demás, los romances vulgares son muy fáciles de distinguir, aunque «el espíritu y pauta prosaica sobre cuya letra se formaron, los aproxima a los de la cuarta clase, hechos, como ellos, para vulgarizar la historia»; y aunque, «atendiendo a las formas subjetivas y líricas que afectan, puede considerarse a ellos como el eslabón de la cadena que une la época erudita con la artística, porque de los elementos de ambas participa.»

«Clase 7ª Romances antiguos popularizados de los trovadores y poetas artísticos del siglo XV y primeras décadas del XVI. Son puramente subjetivos, líricos y doctrinales. Se distinguen como imitación de la poesía provenzal por su sutileza de ideas y pensamientos, y por su tendencia a la alegoría. Su construcción [p. 31] es artificiosa, y su rima y medida bastante bien arregladas. Para su época son lo que fueron para la suya los de la 2ª sección de la clase 7ª.»

Comienza con los romances de esta clase la diferencia decisiva y fundamental de los dos géneros principales de romances, el popular y el artístico. Del último forman estos romances en todo rigor no más que una sección, y por eso el Sr. Huber y nosotros los hemos reunido con los de la clase 7ª del Sr. Durán en una sola clase. Empero en los romances artísticos de los trovadores la rima es casi siempre de consonantes continuados, y evitan la asonancia, teniéndola aún por rudeza de los cantos populares. También llevan estos romances muchas veces los nombres de sus autores, y se hallan ya mezclados con los viejos populares en los pliegos sueltos del siglo XVI, ya en los Cancioneros generales y de romances, ya, en fin, en los particulares de los trovadores, como en el de Juan de la Encina, etc.

«Clase 8ª Romances artísticos modernos popularizados. Consta esta clase de dos series. La primera contiene composiciones donde se conserva la forma épica y se mezcla con la lírica, doctrinal y descriptiva, guardando todavía mucha importancia el asunto objetivo, aun en medio de los ornatos de la imaginación y de la parte que de sí propio pone el poeta. Sus formas son artísticas, su expresión oratoria, y degeneran frecuentemente en afectada declamación. Tienen analogía con los de la 5ª clase, que a veces les han servido de modelos. La segunda serie de esta 8ª clase es la más eminentemente artística, y en sus composiciones se hallan reunidos todos los elementos de la poesía castellana,



popularizada en romances, cuya base fueron los viejos y tradicionales, a los cuales el arte impuso nuevas formas, adaptando las antiguas a la entonación lírica y a la expresión de los sentimientos subjetivos, ya fuesen doctrinales, eróticos, satíricos, etc. Los romances de esta serie, aunque sean históricos los asuntos y hechos sobre que versan, los aceptan como accesorios, y sólo sirven de disfraz y de pretexto para que el poeta disimule un tanto su personalidad, y para que exponga sus propias ideas, haciendo del sujeto el objeto principal de sus inspiraciones. Los romances de la primera serie de esta clase 8ª se llaman vulgarmente heroicos; pertenecen en general a las tres últimas décadas del siglo XVI. Los de [p. 32] la 2ª corresponden a las dos últimas décadas del mismo siglo, y se continúan hasta el día.»

Como los romances de la primera serie de esta clase afectaban el lenguaje y la forma exterior de los viejos, al paso que sus autores, como poetas artísticos, intentaban conformarlos a las leyes y progresos del arte, y hacerlos aptos para expresar sus ideas y sentimientos, fueron precisamente ellos los que desarrollaron artísticamente las formas del romance, introduciendo reglas fijas para la medida y la rima, y transformando las imperfecciones en galas, como la asonancia por rudeza en el medio más propio para evitar la monotonía y pesadez de la rima continuada. Así fué que el sonsonete uniforme no hirió ya los oídos de martillejo sino de repelón y resbalando, ya que lo que originalmente fué no más que una ayuda de la necesidad para marcar el ritmo, se convirtió en una armonía tan halagüeña como los acordes de guitarra. Así fué que los cantores del pueblo adoptaron y generalizaron prontamente este progreso de los poetas artísticos, pues se hallaba fundado en la índole de aquel género de composición. Los romances de la segunda serie de esta clase contienen los modelos más perfectos de este género en cuanto al estilo y la versificación, y lucen todas las cualidades de los grandes ingenios que los compusieron, al paso que hay entre ellos no pocos que adolecen ya de todos los defectos y extravagancias del culteranismo y de la época de la decadencia de la poesía castellana.

Los romances de la clase 8ª se hallan publicados ya por los poetas a su nombre en sus obras particulares, como los de Pedro de Padilla, Lucas Rodríguez, Lobo, Laso de la Vega, Juan de la Cueva, etc., ya anónimos en las Flores, los dos partes del *Romancero general*, [1] y otras varias colecciones de igual clase posteriormente [p. 33] publicadas; empero anónimos o pseudónimos, son muy fáciles de reconocer, y eran, por cierto, muy conocidos y celebrados de los aficionados los compuestos por los grandes ingenios, como Lope, Cervantes, Góngora, etc., aunque disfrazándose en el traje morisco o pastoril y con los nombres poéticos de Belardo, Elicio y el Cordobés. Por tales poetas, verdaderamente nacionales, fué la poesía de romance rejuvenecida y popularizada por segunda vez y en sentido más alto, pues ellos supieron aprovecharse de su espíritu, de sus tradiciones y formas, para fundar sobre sus elementos el drama nacional.

Como la presente colección está destinada a recoger exclusivamente romances populares viejos o popularizados antiguos, basta distribuirlos en las tres clases siguientes:

I. Romances primitivos o tradicionales (pertenecientes a las clases 1ª y 2ª del Sr. Durán, las cuales, como queda dicho, en nuestro sentir no forman más que una sola).

II. Romances primitivos refundidos por los eruditos o poetas artísticos (atribuidos por el Sr. Durán a la clase 4ª ó 5ª).

III. Romances juglarescos (también de la clase 3ª del señor Durán).

## II

### DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE ROMANCES, SEGUN LOS ASUNTOS DE QUE TRATAN

Acabamos de ver cuán grande era el influjo de los asuntos en el desarrollo del carácter y las formas de los romances: esto se echa de ver aún más si los consideramos ahora respecto a los asuntos de que tratan y el modo con que los tratan, pues en toda composición verdaderamente poética existe siempre una íntima conexión entre la materia y la forma; así que tal vez constituyen, [p. 34] como queda dicho, los asuntos mismos un signo característico de ciertas clases de romances.

No es, empero, fácil clasificar los romances por series de materias y asuntos, y todos los que se han ensayado en esto se han visto forzados a admitir la serie de varios, que, en efecto, es no más que un asilo para todos los que producen duda o embarazo, no dejándose contar entre las otras series.

Durán, por ejemplo, ha considerado los romances «en tres grandes series, a saber: la de fabulosos o novelescos, la de históricos y la de varios». «A la primera corresponden, según él, los moriscos, los caballerescos y algunos de los vulgares; a la segunda, los de historia verdadera o tradicional; y a la tercera, los de asuntos amorosos, satíricos y burlescos, que consideran las pasiones, las virtudes y los vicios subjetivamente, o según el sentimiento íntimo y moral para expresar las unas, ensalzar las otras y castigar o ridiculizar las costumbres y los actos viciosos.»

Si no nos contentamos con esta clasificación, por hallarla demasiado general, y para restringir, cuanto en nosotros cabe, la serie de los varios, no por eso tenemos la presunción de sustituirla con un sistema perfecto y de apurar la materia: lo que vamos a proponer no es más que un ensayo que tiende a ordenar con mayor claridad y perspicuidad estos productos caprichosos del ingenio y de la fantasía, para facilitar su revista.

Considerémoslos, pues, bajo dos aspectos principales:

1º En cuanto son verdaderamente objetivos, o se dan por tales.

2º En cuanto se presentan puramente subjetivos o líricos.

Comprende el primer género las especies siguientes:

1º Los romances históricos y tradicionales.

2º Los novelescos y fabulosos.

3º Los caballerescos.

4° Los heroicos.

5° Los moriscos.

6° Los pastoriles, piscatorios, villanescos, etc.

7° Los romances de Germanía, los picarescos o jácaras.

El segundo género, o el puramente subjetivo y lírico, se podría dividir en tantas especies cuantas sensaciones y pasiones caben en el corazón humano; pero basta dividir los romances pertenecientes [p. 35] a ella, según las dos disposiciones fundamentales del alma en los serios y los festivos, abrazando los primeros, por ejemplo, los amatorios sentimentales, los espirituales, doctrinales, alegóricos, etc., mientras que los festivos pueden tener un carácter más o menos pronunciado, gracioso, satírico, burlesco, irónico, etcétera.

Se entiende que estos géneros y especies no puedan deslindarse siempre con toda precisión, que hay romances de géneros mixtos y especies de transición; tales son, por ejemplo, en los romances llamados heroicos los asuntos casi siempre accesorios, y la tendencia principal del poeta es a lucir su ingenio, a expresar sus sentimientos y su modo de ver las cosas, y por eso tienen un colorido eminentemente subjetivo; aún más se manifiesta el carácter lírico en los moriscos, pastoriles, etc., donde el objeto no es más que un disfraz del poeta.

No es nuestra intención, ni lo permiten los límites de esta advertencia, tratar cabal y detenidamente de todas estas especies de romances, lo que es tanto más superfluo, cuanto que un maestro tal como el Sr. Durán ha casi apurado la materia. Limitarémonos, pues, a algunas observaciones y dudas, cuando no podemos coincidir del todo en sus miras, y nos ocuparemos en considerar con alguna más detención tan sólo aquellas especies de que se hallan recogidos ejemplos en nuestra colección, como:

### DE LOS ROMANCES HISTÓRICOS

«Para contar hechos insignes pasados fueron verdaderamente inventados los romances», ha dicho Lope de Vega (*Arte de hacer comedias*); y, en efecto, al impulso tan natural y tan irresistible en una nación heroica de cantar las hazañas de los antepasados y las proezas de los contemporáneos, de narrar los acontecimientos más interesantes, de celebrar el carácter nacional y social en sus representantes más señalados, los héroes semi-históricos y semi-tradicionales (personas míticas); a esto debió, por cierto, su origen la poesía de romances; por eso son, sin género de duda, los históricos los romances más viejos y más populares, y fueron los primitivos. Estos se hallan ya citados en las crónicas más antiguas (como en la general); trozos de ellos se han conservado [p. 36] en éstas, y los eruditos del siglo XVI, que hacían «sus romances nuevos sacados de las crónicas» a imitación de los viejos, fueron en verdad muchas veces no más que refundidores de su prosa en los romances primitivos que les habían servido de originales. Es verdad también que no llegaron a nosotros en su forma primitiva, pues vivían por siglos tan sólo en la boca del pueblo, y por de contado estaban sujetos a todas las transformaciones y desfiguraciones de la tradición oral: mas a pesar de todo eso, tales cuales los poseemos, llevan aún el sello de su origen y de su antigüedad; y de nuestra primera

clase consiste, como queda dicho, la mayor parte en históricos propiamente dichos, es decir: aquellos cuyos asuntos están tomados de la historia nacional, que fueron compuestos por y para un pueblo de hidalgos y caballeros, y destinados a expresar sus sentimientos, a pintar su estado y a celebrar sus héroes y hazañas. [1] Por eso el Bernardo del Carpio de los romances viejos, sea histórico, sea del todo fabuloso, representa el tipo ideal de la rica hombría de la época heroica; por eso en los romances de esta clase aparece aún el Cid como el héroe de la aristocracia de la Edad Media, el *ricohome* casi independiente, algo altanero y turbulento, el «hijo de sus obras», diferente ya del Cid del Poema y de las Crónicas, y aun mucho más del Cid de los romances heroicos y de las comedias; así celebraron en los romances viejos del conde Fernán González [2] los dinastas [p. 37] sus propias victorias sobre la realeza; así el romance de los Carvajales canta de «la falsa información que los villanos han dado» al rey, quien, por haberles dado crédito contra los nobles, fué emplazado ante Dios, y así pinta el romance de los cinco maravedies la indignación de los hidalgos al suponer que se les cobran tributos, y la humillación de un rey tal como el de las Navas, quien se vió forzado a respetar sus fueros.»

Estos romances, llamados por nosotros los propiamente históricos, por ser los más objetivos, se distinguen ya muy sensiblemente por el espíritu, tono y colorido, de los hechos a su imitación por los eruditos o por el estilo de las crónicas rimadas; son aún más diversos de los llamados heroicos, compuestos por los poetas artísticos; y distan de los vulgares tanto como el pueblo, cuando abraza aún la nación entera, del vulgo, apodo de las clases bajas, en contraposición con las que se tienen por más elevadas.

Los romances de los eruditos nacieron en aquella época de transición, cuando de un lado vivían aún las tradiciones del in flujo e interés político de todas las clases de la nación, cuando todas participaban de la nueva gloria nacional: en suma, cuando existía aún un pueblo en el sentido político, y cuando de otro lado, por esta misma gloria de la recién crecida monarquía, la realeza hubo salido triunfante y tan superior a todas las clases de la nación, que todas comenzaron a sentirse súbditos en frente del monarca. Por eso se echan de ver en estos romances eruditos rejuvenecidas las tradiciones viejas, imitados los cantos populares y celebradas las antiguas y las nuevas glorias y héroes de la nación; pero ya no con aquel espíritu de independencia, no ya con aquella franqueza y viveza de varones que sienten su valor e influjo, y siempre con todos los respetos debidos a la realeza.

Sucedieron a los eruditos los poetas artísticos, imitando también [p. 38] ellos en sus romances heroicos las formas y tal vez el lenguaje de los viejos, tomando también ellos sus asuntos de la historia nacional. Pero lo que inspiró a estos poetas no fueron ya los objetos mismos, el interés patriótico y las glorias nacionales. [1] Buscaron y hallaron en todo eso no más que ocasiones para lucir su ingenio, su imaginación y su arte; no más que disfraces para celebrarse con nombres históricos a sí mismos, y ensalzar a sus valedores y amigos; no más que analogías para enmascarar con situaciones decantadas sus aventuras y relaciones, y para expresar sus sentimientos; en fin, no más que «temas para sus variaciones», como ha dicho con tanto acierto el Sr. Huber. Por eso no narran, sino pintan; no pintan retratos de antepasados y costumbres antiguas, sino los de sus contemporáneos y las modas del día. Por eso sus héroes obran poco y hablan mucho, haciendo alarde de su lealtad acrisolada, de su sensibilidad pundonorosa y galantería cortesana en largos discursos y sutiles razonamientos, llenos de conceptos y antítesis. En suma, los romances heroicos fueron no más que juegos de ingenio, medios de conversación, divertimientos de los saraos de la corte, y no

pudieron ser más.

[p. 39] No pudieron serlo, porque desde la sublevación de las comunidades y su derrota en Villalar, vencidos los comuneros por los nobles, fué pronunciada la separación y oposición de las diferentes clases de la nación. En las Cortes de Toledo del año 1538 se vió la aristocracia vencida a su vez, por haberse opuesto a los demás, y se retiró con desdén de una junta de pecheros, no que riendo ya participar de una representación nacional cuyo poder consistía en votar tributos y servicios, en presentar súplicas y proposiciones, y en ejecutar las leyes y pragmáticas reales. Ya no existió desde entonces un pueblo, en el sentido político, un pueblo que tiene influjo activo en el gobierno y la legislación con la conciencia de tenerlo: pues los miembros desunidos del estado llano y de las clases bajas, sin el cimiento de una aristocracia poderosa y vigilante sobre los intereses comunes a todos, son siempre despojo, o de la demagogia, o del absolutismo, y la aristocracia aislada y en oposición con las otras clases ha de sucumbir a la liga de ellas con la realeza, en cuyas manos se reconcentran luego todo poder, todo impulso, toda actividad política. Así sucedió, como siempre en tales circunstancias, también en España: las diferentes clases de la sociedad, no estando ya ligadas por intereses comunes, no teniendo ya una parte activa en los negocios públicos, apartándose siempre más las unas de las otras, y no apreciándose ya recíprocamente a sí mismas más que por las gradas que ocupaban del trono abajo, se dedicaron casi exclusivamente a sus intereses particulares: así fué que el espíritu de partido y el egoísmo, volvieron a ser los impulsos predominantes, y favorecieron todo lo que era puramente subjetivo. Añádase a todo eso que entonces el género lírico fué el más cultivado en la poesía artística española, y no se extrañará que los poetas que componían para el gusto y divertimento de las clases superiores, aun cuando adoptaban formas populares y asuntos nacionales, siguiesen también ellos el rumbo universal, el impulso subjetivo; que cultivasen sobre todo los elementos líricos en aquellas formas, y adaptasen los asuntos a los intereses, sentimientos y costumbres de la sociedad culta de su tiempo.

Quedaron, pues, las clases bajas e ínfimas de la nación, abandonadas a sí mismas y miradas con desdén por todas las que se contaban entre la sociedad culta; no inspiradas ya por intereses [p. 40] comunes, acciones públicas y hazañas de héroes nacionales; pero con gana todavía de cantar sus intereses particulares, los acontecimientos más extraños de su vida y los hombres más famosos de su trato: he aquí por qué esta clase, no constituyendo ya con las otras un pueblo en el sentido político, sino en oposición con las que se tenían por superiores, la parte más ínfima de la sociedad, la plebe, apodada desdeñosamente por las otras «el vulgo»: he aquí por qué este vulgo no pudo ya producir cantos y romances populares, sino solamente vulgares.

Los romances compuestos por y para un tal vulgo, difieren, como hemos apuntado, no sólo por el lenguaje, giro de la frase, tono y las demás formas exteriores de los viejos populares, sino que difieren aún más por los asuntos, el espíritu, los sentimientos, las miras y costumbres. Es verdad que tampoco este vulgo había enteramente olvidado las glorias antiguas, las tradiciones nacionales y los héroes populares; que siguió cantando y oyendo con gusto los romances viejos, aunque ya adaptados a su boca; las hazañas de Bernardo del Carpio y del Cid, aunque ya desfiguradas, según su modo de ver y sentir. Es verdad que este vulgo todavía se gozaba en oír ensalzado y proclamado el valor español de sus contemporáneos, aunque con voz más templada y a modo de gaceta de corte o acta en verso. Pero cuando tenía gana, lo que era natural, de cantar y oír también cosas nuevas, cosas más a su alcance, más conformes con sus intereses y sentimientos, ya no fué el vulgo, como en otro tiempo el pueblo, su mismo poeta y trovador, por faltarle ingenuidad, candor y estro; no fueron juglares sus

cantores, sino los de feria y los ciegos, por no ser ya los oyentes caballeros y damas, sino pícaros y manolas. Los asuntos de los romances vulgares no fueron ya tomados de la historia nacional y de la vida íntima y política de la sociedad, porque el vulgo no tuvo parte ni interés en los negocios públicos, hallándose segregado y repelido por la sociedad culta, y por eso en oposición con ella. Sus asuntos eran los acontecimientos del día, los milagros de los caminos reales, las reyertas y aventuras de las plazas y calles; en suma, todo lo extraordinario que abraza el estrecho círculo de vida de la gente ruin, abandonada a sí misma. Sus héroes no son ricos-hombres, hidalgos y caballeros, ni siquiera capitanes o galanes de la corte en traje morisco o pastoril; sino guapos [p. 41] y muy guapos, valentones, rufianes, bandoleros y ladrones, gitanos y jaques. En fin, los sentimientos y costumbres que expresan y pintan no pudieron ser de independencia, de conciencia del propio valor y poder, ni de lealtad, pundonor y galantería; sino los de su bajeza, opresión y desaliento, los de la envidia que les inspiraban las clases más altas y más ricas, los del odio que arrastraba al vulgo a mantener una guerrilla oculta, pero continua y a todo trance contra la ley y la sociedad.

Hemos hablado aquí solamente de los romances vulgares históricos y más o menos objetivos; pero se entiende que tratan asuntos de todo género, que hay vulgares meramente líricos, amorosos, satíricos, etc., y es fuerza confesar que hasta los vulgares tienen, a pesar de todo eso, un cierto aire caballeresco, un cierto tono de desenfado; que manifiestan fino oído y agudo sentimiento para la melodía en la versificación y la elegancia en el giro de la frase; y los festivos no carecen de sal y gracejo: porque en España también el vulgo es valiente todavía, tiene sus puntas del fiero carácter castellano, un instinto poético, un oído musical, un donaire innato. [1]

Aún menos que estos romances heroicos y vulgares tenemos por verdaderamente históricos aquellos cuyos asuntos no están tomados de la historia nacional. Son, en nuestro sentir, o crónicas [p. 42] rimadas, ejercicios escolásticos y pedantescos de los eruditos; o tradicionales, como los pocos que tratan fábulas mitológicas o leyendas griegas y romanas, conservadas en la boca del pueblo, o popularizadas, aunque revestidas, como en los cuadros de la Edad Media, con trajes caballerescos y nacionales, y enmascaradas con el colorido del tiempo de su composición: por eso hemos tenido por más oportuno incluir en nuestra colección el escaso número de semejantes romances tradicionales entre los demás novelescos y caballerescos sueltos.

Sin embargo, antes de tratar de estos últimos, debemos mencionar una especie o sección de los romances verdaderamente históricos, por contener algunos que, contemporáneos de los hechos que narran, han llegado a nosotros casi en su forma primitiva, y por eso pueden considerarse como los más característicos de su género, y merecen una particular atención. Queremos, pues, indicar los romances llamados fronterizos, porque fueron compuestos por los mismos héroes, los adelantados caballeros, capitanes y soldados que defendieron en los siglos XV y XVI las fronteras de los reinos cristianos, y la integridad de la monarquía española contra los infieles y rebeldes, hasta hacer desaparecer tales fronteras, hasta la conquista del último reino musulmán, hasta la expulsión de los moros, hasta la total dominación de los moriscos sublevados en las Alpujarras.

Estos romances fronterizos son muy históricos, verdadera mente populares, puramente nacionales y limpios de toda imitación extraña. Por eso no hay que confundirlos, como se ha hecho tantas veces, con los romances llamados moriscos, de los cuales se diferencian por el origen, carácter, estilo y tono, como veremos luego al tratar

## DE LOS ROMANCES NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS

Si se han llamado *Iliada* española los romances históricos, se podrían señalar con el nombre de *Odisea* española los romances novelescos y caballerescos: pues pintan la vida íntima de la familia, el estado doméstico de la sociedad y principalmente las diversas fases que siguen las pasiones eróticas.

[p. 43] De los romances de este género, los viejos populares son también verdaderamente objetivos y puramente nacionales. En ellos aparece aún el caballerismo español en toda su ingenuidad y carácter; en ellos hallan expresión las relaciones de familia según las leyes y costumbres particulares a España, como el poder del padre, hermano y marido, el estado de la mujer legal, de la manceba y esclava; en ellos se representan las diferentes clases de la sociedad en su comercio recíproco y en el roce con sus vecinos y enemigos, desde el rico-hombre hasta el villano, desde el soberbio castellano hasta el ruin judío y el miserable gitano; en ellos se retratan, en fin, la fe, las creencias, pasiones y afectos que caracterizan este pueblo tan singular como interesante.

Se entiende que los moros, ya vecinos o ya enemigos, y sus relaciones con los cristianos de la Península, ocuparon entonces un lugar muy eminente e importante, no sólo en la vida del campo, sino también en la de casa y familia de los españoles. Hay por eso entre los romances viejos populares algunos novelescos que narran y describen los lances aventuras y situaciones que procedían del frecuente trato con los moros. Tienen, es verdad, un tono un tanto más lírico, fantástico y sentimental, un colorido brillante y lozano; mencionan tal vez costumbres y creencias orientales, pues sus héroes y heroínas son también moros y moras. Pero su carácter fundamental nada tiene de oriental, los sentimientos íntimos predominantes en ellos son tan caballerescos y nacionales, tan propios del caballerismo español, como en los de más verdaderamente populares; y lejos de ser imitaciones de la poesía árabe, ni bajo el aspecto de las formas métricas, ni bajo el del colorido, tono y estilo, pueden, al contrario, contarse algunos de ellos (por ejemplo, los de Moriana y Galván, de la mora Moraima, etc.), entre las composiciones más bellas, más lozanas, a la par que más genuinas, de la poesía popular de España. [1]

[p. 44] A pesar de todo eso, se han confundido constantemente aquellos romances tradicionales y populares con los llamados moriscos, otro género de novelescos, y hasta la nueva edición del *Romancero*, del Sr. Durán, los ha incluido mixtos con los últimos en una sección, sólo por tratar ambos géneros de cosas de moros. Pero los dos son heterogéneos en cuanto a su origen, distan casi un siglo en la época de su composición, son por eso muy diversos en su carácter fundamental y el espíritu que los dictaba, muy diferentes en el colorido, tono, estilo y hasta las formas métricas. Pues los romances moriscos novelescos son un producto puramente artístico, el capricho de una moda, sin tener un fundamento tradicional, sin haber sido jamás verdaderamente objetivos y populares; dado que esta moda de hacer romances a lo morisco no nació antes del último tercio del siglo XVI (los pliegos sueltos y las colecciones anteriores al año de 1580 no contienen aún tales romances moriscos), es decir, casi un siglo después de la conquista de Granada, cuando la total sujeción de los descendientes de los moros, cuando la conversión de los moriscos a la fe y su incorporación en la sociedad cristiana; pues estos romances moriscos nacieron aun después de introducidos aquellos igualmente artísticos cuyo asunto es también morisco, pero ya del todo facticio y tomado de los poemas italianos. [1]

Entonces fué cuando tomaron este disfraz los caballeros y [p. 45] poetas galanes de la corte de los Felipes, para celebrar sus damas con los nombres de Zaida o Lindaraja, para representarse a sí mismos como valientes Muzas, enamorados Gazules o celosos Tarfes; para pintar los saraos y torneos de la corte, enmascarados con trajes moriscos, en las zambras y los juegos de cañas de la plaza de Vivarrambla (como se ejecutaron, en efecto, tales mascaradas en la corte del rey D. Manuel de Portugal; véanselas *Memórias da Academia de Lisboa*, tomo V, 2., págs. 44 y 45), para cantar, en fin, con mayor despejo sus amores y aventuras, sus celos y desvelos bajo este disfraz, y del mismo modo que lo hicieron tal vez los mismos poetas, bajo el de forzados, pastores, villanos, pícaros, etc. Contribuyó, no poco, a favorecer y propagar esta moda el éxito y aplauso que obtuvo por aquel tiempo la célebre novela morisca de Pérez de Hita.

¿Es, pues, de extrañar, que composiciones nacidas bajo semejantes auspicios, producidas de esta manera por tales autores, tengan todas las calidades con todos los defectos de una poesía artística cortesana, brillante, ingeniosa, perfecta bajo el aspecto del arte, y nacional todavía; pero careciendo ya de toda verdad histórica, de toda objetividad e ingenuidad, y no libre de afectación y culteranismo?

Nosotros, empero—por no ser tachados de parciales y preocupados, y, digámoslo francamente, por no poder hacerlo mejor—, queremos poner aquí al pie de la letra la excelente clasificación que ha hecho de aquellos romances moriscos el Sr. Durán, quien dice (1. c., pág. XIII):

«Los romances de esta sección son la idealización completa de los histórico-fabulosos, tales como los que tratan de las hazañas, empresas y hechos atribuidos a los Vargas, Pulgares, Garcilasos, etcétera. El espíritu de moda influyó mucho en la boga que tuvieron, y en la cansada monotonía que a muchos les impuso la necesidad de repetirlos por acomodarse al gusto público y facticio de la época. Así se observa que entre los romances moriscos novelescos [p. 46] hay muchos que sólo lo son en sus aparentes formas, cuando en realidad pueden, con mudar los nombres de los protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos o descriptivos.»

Hasta aquí convenimos en un todo con la excelente clasificación del Sr. Durán, y precisamente por eso no podemos convenir cuando prosigue diciendo: «Pero esto no impide que los genuinamente moriscos no sean descendientes y no contengan todos los vestigios del orientalismo árabe que los caracteriza. Los cuadros que forman los Romances moriscos novelescos no son ciertamente la poesía árabe pura, ni la castellana primitiva, sino la fusión de ambas en las nuevas formas que adquirió la civilización por el roce y trato de ambos pueblos. Desde los romances fronterizos a los histórico-fabulosos, y desde éstos a los moriscos novelescos, se percibe una graduación continua que señala sus transformaciones, e indica lo que influyó en ellas el espíritu que las anima, y la moda que las aceptó y corrompió, etc.» No podemos nosotros admitir estas aseveraciones sin hacer restricciones y distinciones. Pues en nuestro sentir no hay tales romances «genuinamente moriscos», en cuanto se entiende bajo la denominación de moriscos tan sólo aquel género de novelescos de que acabamos de hablar, y, como creemos, de probar: que carecen de toda verdad histórica, de toda ingenuidad; que se distinguen esencialmente (y por eso no se deben señalar con el mismo nombre dos géneros casi opuestos por el principio, carácter, etc.), de los fronterizos, de los histórico-fabulosos y de los novelescos populares que tratan de asuntos moriscos, y por no tener un fundamento común con aquéllos, no pueden expresar «una graduación continua»; que tienen tan pocos «vestigios del orientalismo árabe» como del caballerismo antiguo español: pues no son más que juegos de ingenio, cuyos autores, caballeros



sí, y españoles todavía, pero caballeros corte sanos, y sobre todo súbditos leales de los monarcas de España, se enmascararon con la «ropería mora», y curándose aún mucho menos del espíritu oriental y de las costumbres y creencias de los árabes, que lo harían los poetas y novelistas que compusiesen tales romances en nuestros días. [1]

[p. 47] Nos hemos detenido en impugnar estas opiniones, por haber sido tan generalmente admitidas, tantas veces repetidas, y después de refutadas, ahora de nuevo autorizadas por un crítico tan sagaz y tan docto como el Sr. Durán, quien, empero, nos parece en este caso algún tanto preocupado en favor del orientalismo tan decantado de la poesía castellana. [1]

Nuestra colección nada tiene que ver con aquellos romances moriscos novelescos, por ser tan poco viejos ni populares como [p. 48] los demás disfraces de los poetas artísticos, aunque contienen composiciones lindísimas, y bajo el aspecto del arte las más perfectas.

Pero hemos colocado entre los romances novelescos, los que llamaremos caballerescos sueltos.

Es verdad que los novelescos de que acabamos de tratar. como compuestos por caballeros y para un pueblo de caballeros, tratando de su vida privada, expresando sus pasiones íntimas, pintando sus costumbres y narrando sus aventuras, que tales romances populares habían de ser de suyo también caballerescos, y muy caballerescos españoles. ¿Hay, por ejemplo, romance más caballeresco, más nacional, a la par que novelesco y popular, que el famoso del conde Alarcos? Por lo tal, no es menester formar con estos novelescos una clase separada, o señalarlos con una denominación particular.

Pero hay romances también populares, también caballerescos, en los cuales se halla dominado el caballerismo particular de España por el general de Europa, por el espíritu de la caballería universal e ideal de la Edad Media. Y por cierto que ésta había de influir también en el pueblo español, porque era de suyo muy inclinado a la caballería, porque era un pueblo de caballeros, porque estaba en continuo contacto y estrecho trato con los franceses, la nación más caballerisca de Europa.

Hablamos de un caballerismo español, volvemos a llamar a los españoles un pueblo de caballeros: y, en efecto, las circunstancias y relaciones propias del pueblo español, bajo cuyo influjo se formaban su carácter nacional y sus instituciones-políticas y sociales, tuvieron que producir y favorecer un caballerismo particular, distinto de las demás naciones.

La nación formada por los godos refugiados en las montañas asturianas y por los habitantes de aquellas regiones descendientes de los aborígenes celtíberos, pero entonces cristianos también, la cual después volvió a ser la española, tuvo que sostener una [p. 49] lucha continua y a todo trance durante muchos siglos contra los vencedores infieles, para defender su vida, su fe, su existencia política, y para recuperar el patrio suelo paso a paso. Aquí no fueron exclusivamente dinastas poderosos los que con su comitiva o mesnada y seguidos de otros aventureros emprendían correrías en países extraños para hacer conquistas, para repartir los despojos, tierras y honores entre sus fieles, según el favor o el valor de éstos: aquí no fué una clase privilegiada en el uso de las armas que se aprovechaba de su educación y destreza militar para lucir su brío y bizarría: aquí se vieron forzados todos, desde los

descendientes de reyes y magnates godos hasta los nietos de siervos de *criation* y los villanos vascongados, a hacerse a las armas, a saber servirse de ellas, ya a pie, ya a caballo, para rechazar las incursiones de los conquistadores, para amparar sus hogares y familias. Aquí no sólo los castillos y solares fueron fortalezas y baluartes del poder individual: fortalezas habían de ser también las ciudades, las villas, las aldeas, expuestas a cada hora a las sorpresas y cercos de los infieles; habían de ser amuralladas con los pechos de sus vecinos en defensa de la comunidad. Por eso el llevar las armas no era en España una prerrogativa de una clase privilegiada, sino una obligación de todos los que eran capaces de hacerlo; por eso en España era tenido por caballero cualquiera que a su costa mantenía armas y caballo, y sabía servirse de ellos con valor; por eso los caballeros asentaron sus moradas no sólo en castillos aislados y muchas veces no suficientes para su amparo, sino que se avicindaron también en las ciudades y villas para su mayor seguridad; por eso los reyes y señores tuvieron que otorgar a los vecinos de ellas fueros muy latos y libertades extensas. «Por eso—dice el Sr. Durán con tanto acierto como primor—nuestro espíritu guerrero empleado contra los moros produjo un caballerismo especial y diverso del que creó el Norte; por eso éste, hijo de una guerra santamente popular, fué extensivo a todas las clases y no circunscrito a las aristocráticas; por eso cada español era un guerrero, cada guerrero un noble, cada noble un caballero de la patria. [1]

[p. 50] En vista de todo, puede hablarse de un caballerismo español, de un caballerismo, por decirlo así, real y democrático; puede llamársele al pueblo español un pueblo de caballeros. Pues fácil sería poner de manifiesto, según ha observado el Sr. Durán con admirable sagacidad, cómo cada soldado, fuese antes pechero, solariego u oscuro, llevaba en la punta de su lanza los medios de obtener nobleza o hidalguía, que, al principio personal y después hereditaria, se extendió de modo que apenas quedó un solo castellano que no se creyese tan noble como un rey... Considerando las circunstancias del país donde dos pueblos diferentes se disputan el terreno, es fácil conocer que todas las clases se confunden, no habiendo ninguna sólidamente establecida, y más siendo multiplicados y frecuentes los medios de alternarlas. Donde las guerras y batallas eran continuas y diarias, ya generales o ya parciales, la hidalguía se propagaba hasta tal punto, que el estado plebeyo pudo ser la excepción de la regla. Un pueblo entero que, parcial o generalmente, gozaba de las exenciones entonces concedidas a la nobleza, ¿qué otra cosa podía ser más que una democracia? Así sucedió entre nosotros, donde multitud de comunidades, ayuntamientos y concejos gozaban fueros latos y libertades extensas.»

De aquí fué que por un lado en España el espíritu caballeresco cundió, se popularizó y se propagó en mayor esfera que en otros países; que aquí no se limitó exclusivamente a las clases aristocráticas, y por participar de él casi todas, amalgamó más íntimamente la nobleza con los comunes: de aquí fué que por otro lado en España, hallándose la fuerza individual, la arbitrariedad y la opresión refrenadas por los fueros y las libertades de las comunidades, y castigadas por los tribunales forales y municipales, el espíritu de la caballería ideal y moral no fué un medio tan necesario como en las sociedades puramente aristocrático-feudales, donde fué casi el único para amparar a los débiles y oprimidos, desfacer los tuertos y mitigar las costumbres; donde fué menester que la generosidad del más fuerte se sujetase voluntariamente a las leyes dictadas y otorgadas por ella misma, que el prepotente tuviese a honra el incorporarse a una orden sancionada por la religión, y el observar y hacer observar sus reglas, sus votos, sus costumbres que el miembro de esta caballería ideal [p. 51] hallase una recompensa de su generosidad y proeza en oírlas celebradas por sus juglares en los cantares de gesta.

Pero también en España ese espíritu caballeresco, aristocrático-ideal, hubo de introducirse y lograr un

influjo notable: por que era el espíritu del siglo, que tanto más fácilmente había de privar con un pueblo, cuanto que éste tenía propensión natural a él; porque también en España cundió y se estableció muy temprano el feudalismo, y no sólo en los países limítrofes con la Francia y sujetos a la dominación de dinastías originarias de Francia, como Cataluña, Navarra y Aragón, sino hasta la Castilla misma se inoculó con sus hábitos ya en tiempo del rey D. Alfonso VI, porque los cantares compuestos en loor de la caballería ideal y del caballerismo feudal fueron comunicados por los juglares franceses a los españoles, como ya se echa de ver en la *Crónica general* y la *Gran Conquista de Ultramar* del rey D. Alfonso X. Contribuyeron a favorecer aún más este espíritu y sus productos la guerras civiles de los dos hermanos D. Pedro el Cruel y D. Enrique de Trastámara, que llamaron en su auxilio señores y caballeros franceses e ingleses, y los hubieron de recompensar con tierras y honores; y sabemos que, desde mediados del siglo XIV no sólo los cantares de los juglares, sino también los libros de caballería de los troveros fueron introducidos y conocidos en España, y particularmente en Castilla también. [1]

¿Es, pues, de extrañar que los caballeros españoles, participando también de aquel espíritu, conociendo sus productos, ya sea por la tradición, ya por la vía literaria, comenzasen a celebrar en sus romances también la caballería ideal, a imitar los cantares compuestos en su alabanza?

Y, en efecto, encontramos entre los romances viejos populares del género novelesco algunos que sólo se distinguen de los otros por aquel espíritu aristocrático-ideal que los anima, por cierto colorido no enteramente castellano castizo; y algunos cuyos asuntos ya anuncian un origen extraño, pero tradicional también, sin pertenecer tantos a una serie que pudieran formar sección [p. 52] separada. Por eso los hemos llamado caballerescos sueltos, pero incluido entre los demás novelescos, a cuyo género pertenecen todos más o menos.

Así hemos colocado entre los romances de esta sección, como queda dicho, los que tienen por asunto fábulas mitológicas o leyendas griegas y romanas, pero no tomadas inmediatamente de los libros clásicos o de las obras de los eruditos, sino conservadas y popularizadas por la tradición, y, por tanto, revestidas con trajes nacionales y caballerescos; así hemos incluido aquí el escaso número de romances viejos tradicionales, cuyos asuntos fueron comunicados por los juglares franceses a los españoles, como los cuatro del ciclo bretón, y los fundados en las leyendas caballerescas de los troveros y los *fabliaux* juglarescos. [1]

Por el contrario, hemos excluido todos los romances caballerescos cuyos asuntos están tomados inmediatamente de libros ya sea de los clásicos, ya sea de las crónicas o de los libros de caballerías, y por eso compuestos por los eruditos o los poetas artísticos.

Así no contiene nuestra colección ningún romance del ciclo *galo-greco*, como lo ha llamado el Sr. Durán, o de los Amadises. [p. 53] Pues ya el padre de esta caballería andante y fantástica, «el dogmatizador de una secta tan mala», fué el fruto ilegítimo de un capricho, «hijo de aire», el juego de un ingenio, sí, pero una composición meramente artística y del todo facticia, sin base histórico-tradicional, nacida sin duda en un país donde, como en Portugal, estaban muy en boga los libros de caballerías de origen francés o inglés, [1] ya del todo prosaicos, no sólo en sus formas, sino también en su espíritu, ya desvariados y extravagantes; nacida sin duda en una época en que, como en la segunda mitad del siglo XIV, el espíritu creador del caballerismo ideal ya se había extinguido,

cuando las ideas que le presidían fueron no más que huecas formas sin vida real, y, como siempre en tal caso, la caricatura de un ser que fué. Por lo tanto, ni el *Amadís*, ni sus imitaciones, ni menos los romances tomados de ellas, pudieron ser verdaderamente populares en España; no pudieron ser más que una moda cortesana y pasajera, cuya exageración y ridiculez habían [p. 54] de provocar la sátira, y de quedar vencidas por ella, cuando su látigo fuera manejado por una mano maestra cual la de un Cervantes.

Si hubiera quien dudase de lo que acabamos de exponer, oiga el dictamen de una autoridad irrecusable, de un crítico nacional tan acertado y tan sagaz como el Sr. Durán, quien dice (1. c., página XX): «...fué facticio el furor con que en el siglo XVI se lanzaron nuestros poetas y narradores a la imitación y propagación de los libros de caballerías, cuyo tipo fué el *Amadís de Gaula*... Y en efecto; ¿qué épocas, qué circunstancias de nuestra verdadera civilización retrataban los Amadises? ¿Qué tipo necesario y popular de ellos existió entre nosotros? ¿Cómo, sin él, pudieran dar más resultados que serviles y disparatadas imitaciones? El caballerismo exagerado e inútil de los Amadises sólo pudo representar a los hombres de corte cuya caricatura fué *Don Quijote*. Además, en prueba de que las expresadas fábulas no tenían el sello de nuestra verdadera y arraigada civilización; de que no salían de nuestras entrañas, basta considerar que, aun siendo nosotros los autores de ellas, obtuvieron más boga y celebridad en los países extraños».

Tampoco hemos dado entrada en nuestra colección, y por las mismas razones, a los romances caballerescos que compusieron los poetas artísticos en el último tercio del siglo XVI, o en los primeros años del XVII, apoderándose de las fábulas de los poemas italianos de Carlomagno y sus paladines, y cabalmente del *Orlando furioso*, de Ariosto: pues además de ser muy modernos y puramente artísticos estos romances, fueron ya sus manantiales aquellas epopeyas italianas, meras ficciones, sin fundamentos tradicionales o nacionales, y aun en su parte seria no más que parodias de los hechos tomados de los libros de caballerías franceses.

Hemos, por el contrario, recogido romances caballerescos del mismo ciclo, pero de género muy diferente, y formado con ellos una sección particular, la

De los romances caballerescos del ciclo carlovingio,

por hallarse en mayor número, y cabalmente por tener una índole particular, un carácter españolizado, por ser muchos de ellos tradicionales, y por eso muy viejos y verdaderamente populares.

[p. 55] Es cosa sabida que las tradiciones del ciclo carlovingio fueron conocidas y propagadas también en España, y ya en tiempos muy remotos, [1] y no sólo, como se ha opinado, por medio de aquella leyenda monacal que corría con el nombre de *Turpín*, y de las crónicas, sino también por medio de los cantares juglarescos, e inmediatamente por las mismas canciones populares.

Sirvan de prueba varios pasajes de la *Crónica general* del rey D. Alfonso X el Sabio, y de la *Gran Conquista de Ultramar*, que mandó redactar el mismo rey, [2] donde se hace mención expresamente de los «cantares de los juglares» sobre tradiciones carlovingias; sirvan los romances mismos llegados a nosotros, tratando asuntos de este ciclo o de un modo diferente del conocido por las crónicas y los originales franceses, o de los cuales no se han podido hallar absolutamente ningunos modelos, ni en

las crónicas, ni en los cantares de gesta, ni en las novelas o libros de caballerías franceses conocidos hasta ahora (como, por ejemplo, de los romances de Guarinos, Gaiferos, Grimaltos, Montesinos, Calainos, etc.), al paso que, sin embargo de que algunos de los últimos, y no los menos interesantes (como los libros de *Flores y Blanca Flor*, de *Fierabrás*, etc.) se han traducido al castellano, no hay siquiera un romance viejo que haya tomado su asunto de [p. 56] ellos; sirva, en fin, de prueba que ya en tiempo del mismo rey D. Alfonso se había formado un ciclo de tradiciones indígenas españolas, el de Bernardo del Carpio, y formado de un modo análogo al carlovingio, y con él puesto en relación, entonces aún más estrecha que la que encontramos todavía en los romances llegados a nosotros, como se echa de ver igualmente en algunos pasajes de la *Crónica general*, donde dice que, según «los cantores de gesta», o en cuanto «oymos dezir a los juglares en sus cantares»... «fué este Don Bernaldo filo de Doña Tiber, hermana de Carlos el Grande de Francia», etc. (Véase la edición de 1604, 3ª parte, folio 30, vº, y fol. 45 vº).

Este fenómeno halla su explicación y su razón suficiente en ser aquellas tradiciones carlovingias, especialmente las que se refieren a las expediciones de Carlomagno contra los moros de España, hasta cierto punto nacionales también en España; en haberse podido tanto más fácilmente popularizar aquí, cuanto que eran en sus versiones más antiguas homogéneas con los intereses, las creencias y costumbres de los españoles, que quisieron tomar su parte en la gloria del emperador y sus doce pares, bien haciéndoles héroes semi-españoles, bien oponiéndoles héroes nacionales que los vencen aun en valor y gallardía. Así tomaron los troveros y juglares franceses muchas veces la España por el teatro de sus cantares de gesta; así combatieron los españoles más de una vez en compañía con caballeros franceses contra los moros. ¿Es, pues, de extrañar que tales tradiciones hallasen acogida favorable en tal suelo, que aquí se arraigasen y popularizasen prontamente, que se propagasen y conservasen en canciones populares, en cantares juglarescos, y después en romances como son los que han llegado a nosotros?

Estos romances caballerescos del ciclo carlovingio son, en efecto, o viejos populares, o antiguos juglarescos, y hay también algunos de los últimos ya refundidos por poetas artísticos.

Los viejos populares conservan siempre todas las señales de su origen tradicional: son cortos, narrando tal vez a retazos y con repentinas transiciones, imperfectos en las formas métricas, rompiendo la medida y cambiando la rima; pero tienen una ingenuidad objetiva que interesa, un tono lírico-dramático que encanta, una sencillez en la pintura de los caracteres y de las situaciones, [p. 57] y en la expresión de los sentimientos que admira y enternece, y un laconismo enérgico que dice mucho en pocas palabras. [1]

Los antiguos juglarescos participan, es verdad, todavía de la objetividad en el narrar, de la sencillez en las costumbres y en el giro de la frase, y aun de la rudeza en las formas métricas, y manifiestan todavía el estar calcados sobre fundamentos histórico-tradicionales; mas carecen ya de la espontaneidad y el candor de los populares, han trocado ya la viveza dramática y la brevedad enérgica por una verbosidad y monotonía muchas veces muy pesadas, teniendo ya tal vez miras subjetivas y tendencias doctrinales; así que se parecen ya más bien a poemas destinados para la recitación o la lectura, que a improvisaciones cantadas y conservadas en la boca del pueblo: por todo eso, y por emplearse en ellos mayor esmero en versificarlos, en ordenarlos y enlazarlos, se dejan conocer como composiciones de los juglares, popularizadas, sí, pero hechas a imitación y a

semejanza de los cantares de gesta franceses, sus originales también las más veces bajo el aspecto de los asuntos.

De estos sus originales tienen aún los romances del ciclo carlovingio, así los populares como los juglarescos, algunos rasgos característicos, por ser muy análogos a la índole y civilización del pueblo español, como: el caballerismo feudal, la posición social de la mujer, y el carecer de elementos mitológicos y fantásticos.

Así aparecen en los cantares españoles como en los franceses los doce pares aun con aquella heroicidad indomada, con toda la altanería y turbulencia respecto de su soberano, el débil emperador: y por cierto los ricos-hombres de Aragón y Castilla no habrían hallado extraño este modo de obrar y proceder.

Así pintan los juglares tras y cispirenaicos la mujer aun en una posición algo ruda, pero natural a la civilización primitiva, como la compañera amada, pero subordinada al hombre, la cual está lejos de ser, como en las tradiciones de origen céltico, un [p. 58] ideal, una deidad adorada y requebrada con todas las extravagancias de una galantería refinada y fantástica, la cual, por el contrario, da aquí tal vez los primeros pasos para declararse vencida por el amor, para buscar y provocar sentimientos recíprocos en el hombre; [1] y con efecto, en semejante posición encontramos en la *Crónica rimada*, y aun en el *Poema* y los romances viejos del Cid a Doña Jimena demandando ella misma la mano de su amado ofensor, sirviéndole con la obediencia y el respeto debidos a su señor y al padre de sus hijas, y honrándole y adorándole como el héroe de su patria y el defensor de su fe. Así, según cuenta la *Crónica general*, Doña Zaida, hija del rey moro de Sevilla Abenabet, le envió a decir y rogar al rey D. Alfonso VI de Castilla «que oviese ella la vista dél, ca era muy pagada de su prez, e de la beldad que dezien dél, e quel amaba, e quel queria ver».

Así carecen los viejos cantares de gesta franceses y los viejos romances carlovingios igualmente de los elementos mitológicos y fantásticos, de hadas, encantamientos, etc., que constituyen una parte principal de las tradiciones de origen céltico y de los poemas y libros de caballerías fundados en ellas, y puede considerarse la presencia de aquellos en los cantares de gesta o en los romances como una prueba de su refundición y amalgamación con los mismos elementos célticos por los troveros o poetas artísticos de época posterior. Lo sobrenatural y maravilloso que se encuentra muy escasamente en estos cantares viejos galo-francos y franco-españoles, es puramente cristiano y tomado de las leyendas monacales, como la intercesión de los ángeles, etc. El descartar aquellos elementos correspondía por cierto al gusto de un pueblo que, como el español, había ya totalmente roto con las creencias gentílicas, estaba en continua lucha y animado de un [p. 59] odio implacable contra los enemigos de la fe cristiana, y se gloriaba siempre de conservarla purísima.

Por semejantes rasgos característicos en los asuntos y por los arriba mencionados en las formas exteriores pueden distinguirse los romances viejos populares y los antiguos juglarescos de este ciclo de sus refundiciones más recientes y más o menos artísticas, aunque, según ha observado un conocedor tan profundo como el Sr. Durán (1. c., pág. XXIV): «Ninguno puede atribuirse, tal cual existe en su actual redacción, a un tiempo más remoto que la primera mitad del siglo XV.» Algunos, empero, de los viejos populares han servido ya de temas a las trovas y glosas de los poetas cortesanos de la segunda mitad de aquel siglo, como los que dicen: *En los campos de Alventosa;—Domingo era*

Mas las refundiciones de que acabamos de hablar, son de otro género que aquellas trovas o glosas. Son romances que tratan aún con bastante objetividad los asuntos, dejan todavía traslucir una base histórico-tradicional, y tal vez no son más que versiones reformadas e interpoladas de romances viejos y conocidos. Pero intercalan ya más frecuentemente descripciones y reflexiones en la narración; no han tomado sus asuntos inmediatamente de la tradición oral, sino ya de las novelas o crónicas, y aun de los libros de caballerías en prosa; no se contentan muchas veces con reformar solamente el lenguaje y el estilo, con regularizar la medida y la rima; mas llevan ya mudados—y en esto principalmente se diferencian de los juglarescos —el tono y el colorido, asimilándose más a los artístico-líricos; llevan alteradas y desfiguradas las tradiciones, mezclándolas con elementos fantásticos, revistiéndolas con los trajes y las costumbres de la caballería y galantería refinada, y añadiendo aun alusiones a las ficciones de los poemas italianos y hasta de los romances moriscos: en suma, se señalan ya como productos artísticos de las últimas décadas del siglo XVI o de las primeras del XVII, y por eso los hemos excluído de nuestra colección. [1]

[p. 60] En cuanto, pues, a series de materias y asuntos, nos hemos contentado con dividir los romances recogidos, por ser todos o viejos populares o antiguos popularizados, en las tres secciones siguientes:

1ª Romances históricos.

2ª Romances novelescos y caballerescos sueltos.

3ª Romances caballerescos del ciclo carlovingio.

### III

#### DE LAS COLECCIONES DE ROMANCES, O ROMANCEROS, ESPECIALMENTE AQUELLOS DE DONDE SE HAN TOMADO LOS ROMANCES DE LA PRESENTE COLECCIÓN.

De que el modo primitivo de imprimir los romances fué el de publicarlos en pliegos sueltos, ya no más puede dudarse; ahora, que conocemos un crecido número de semejantes pliegos sueltos impresos antes de mediar el siglo XVI, y por consiguiente anteriores a la primera colección impresa de romances (véanse el *Catálogo de pliegos sueltos impresos en el siglo XVI*, en el tomo I, páginas LXVII y sig. del *Romancero general* del Sr. Durán, y la lista de los que contiene un tomo de la biblioteca de Praga, en nuestro tantas veces citado Tratado sobre esta colección, páginas 7 y sig., y pág. 133), ahora no es ya una mera conjetura el tener este modo por el primitivo, por ser el más natural para la publicación de composiciones destinadas al uso y alcance del [p. 61] pueblo y hasta del vulgo. Así ha llamado con mucho acierto el Sr. Durán estas hojas volantes: «Los primeros ensayos de la poesía popular impresa», y el Sr. Milá y Fontanals dice con razón (1. c., página 58): «Aun los romances primitivos contribuyó la imprenta a que se propagasen, como es de ver por los muchos pliegos sueltos publicados desde principios del siglo XVI y antes de que a mediados del mismo comenzase la impresión de los romanceros formales; pues si aquéllos se publicaban, era para que fuesen comprados, y debieron comprarlos los que no conocían su contenido por otros medios.»

Ahora se puede probar también que eran pliegos sueltos, al menos en parte, los manantiales de donde ya se sacaron las primeras colecciones de romances. El *Cancionero de Romances*, lleva, por ejemplo, uno de esos pliegos sueltos, el cual contiene el largo romance del *Cerco de Zamora*, reimpresso hasta el título (número II de la colección de Praga; 1. c., pág. 7). El mismo Cancionero reimprime otro, el nº LXXX de la colección de Praga (1. c., pág. 15), conteniendo los romances que dicen: *Yo me estando en Giromena;—De Mérida sale el palmero,—Río verde, río verde*; y pone los tres romances, aunque sus asuntos sean tan diferentes e inconexos, exactamente en la misma serie en que los halló en el pliego suelto (en la edición sin año del *Cancionero de Romances*, folios 169 a 174, exactamente lo mismo en todas las ediciones posteriores del mismo).

Es verdad que algunos romances se hallan ya desde fines del siglo XV insertos en los *Cancioneros* de Juan Fernández de Constantina y de Hernando del Castillo; mas son poquísimos los contenidos allí genuinamente populares, únicamente dedicados a servir de textos o temas a las glosas o trovas de los poetas cortesanos, quienes añadieron algunos romances alegóricos o eróticos de su composición. [1]

Es verdad también que las hojas sueltas, y de las más antiguas, algunas no son más que reimpresiones por separado de aquellas [p. 62] composiciones de los Cancioneros generales, pues los poetas artísticos y de profesión tuvieron por el más expeditivo este modo de publicación, para propagarlas también entre el pueblo.

Colecciones, empero, destinadas expresa y cabalmente a los romances genuinamente primitivos y populares, no las conocemos anteriores a la última década de la primera mitad del siglo XVI. Fué por aquel tiempo, y por los motivos expuestos en la primera sección de la presente introducción, cuando cundió tanto la afición a los romances viejos populares, que hubieron de hallar provecho y ganancia los libreros e impresores mismos en recogerlos, ya de la tradición oral, ya de las hojas volantes, y publicarlos en colecciones propias o Romanceros formales, que intitularon, sin embargo, al principio también: «Cancioneros», como si hubiese de servirles este nombre de pasaporte para introducirlos casi fraudulentamente también en la sociedad cortesana y más culta, y sólo mucho tiempo después se apellidaron semejantes colecciones por el nombre que les convenía propiamente, dándoseles el título de *Romancero*.

Nosotros tenemos que ocuparnos aquí tan sólo de las colecciones de romances que, como la presente, contienen cabalmente viejos populares o antiguos popularizados, y son casi todas anteriores a las últimas décadas del siglo XVI; y aun de éstas no hablaremos con detención, sino cuando hayamos de hacer correcciones o adiciones a los tratados bibliográficos anteriores, ya propios, ya ajenos: pues el citado *Catálogo* del Sr. Durán es por lo general tan exacto y tan cabal, que hace excusado el emprender un nuevo trabajo de este género.

La más antigua de tales colecciones, y de todos los Romanceros en general, es—como podemos ahora asegurar y probar—la muy conocida con el título de *Cancionero de Romances*, dado a luz por vez primera en Amberes, en casa de Mantín Nucio, sin fecha, y llamada comúnmente la edición «sin año» del *Cancionero de Romances*.

Sabemos que, afirmando ahora este hecho, protestamos públicamente [p. 63] contra la opinión



adoptada por nosotros mismos, y expuesta en el Apéndice a nuestro tratado sobre la colección de romances sueltos de la biblioteca de Praga; puesto que el tomo primero de la edición de 1550 de la *Silva* (Zaragoza, Estevan G. de Nájera, 2 vols.) y el *Cancionero de Romances*, s. a., son tan idénticos en el contenido y hasta en las palabras del prólogo, que es fuerza tener el uno por la reimpresión del otro, y que un crítico tan aventajado como el Sr. Ticknor, quien había visto, examinado y comparado estos volúmenes rarísimos, se decidió en favor de la *Silva* y de la opinión de haberse, por consiguiente, publicado en el mismo año de 1550 la *Silva* y las ediciones del *Cancionero de Romances* s. a. y del año 1550: adoptado este dictamen, y confiados en las razones del Sr. Ticknor, nos hemos ceñido entonces a explicar una ocurrencia tan singular, a aclarar las relaciones recíprocas de estas tres ediciones, y a señalar las consecuencias. Mas ahora que nosotros mismos hemos podido examinarlas y compararlas, habiendo hallado ejemplares de la *Silva* de 1550, y de la edición de 1550 del *Cancionero de Romances* en la Biblioteca real de Munich, y de la edición s. a. del último en la de Wolfenbüttel y que hemos examinado y comparado no sólo su exterior y su contenido sumariamente, sino sendos romances escrupulosamente y palabra por palabra, letra por letra, y ponderado el valor de sus variaciones según las reglas de la crítica: ahora hemos obtenido un resultado del todo diferente, casi diametralmente opuesto a la opinión del Sr. Ticknor, quien, sin duda, no tenía tiempo ni gana de emprender tarea tan penosa, aunque indispensable, como va comprobado con nuestro ejemplo, para poder juzgar con certeza aproximativa.

He aquí el resultado de nuestro examen:

1º La edición sin año del *Cancionero de Romances* no puede ser en parte reimpresión de la *Silva*; por lo tanto, debió preceder a las otras dos y servirles en parte de original, y hubo de salir a luz, según toda probabilidad, antes del año de 1550.

2º La edición de 1550 del tomo primero de la *Silva* y la edición de 1550 del *Cancionero de Romances*, aunque son en parte reimpresiones de la sin año del último, son independientes entre sí: con mutaciones en la serie de los romances, con supresiones y adiciones notables exclusivamente peculiares de cada una de ellas.

[p. 64] 3º Las ediciones posteriores del *Cancionero de Romances* son no más que reimpresiones de la de 1550, con ligeras variaciones y enmiendas, sin haber tenido en cuenta las de la *Silva*.

Vamos ahora a probar estas aserciones.

Examinando y comparando los textos del *Cancionero de Romances* y de la *Silva*, se verá que el de la *Silva* lleva, no sólo corregidos los yerros de imprenta, la ortografía y los defectos en la medida y rima, sustituidas las voces y frases anticuadas con las corrientes entonces, sino que también hace correcciones muy oportunas y evidentes con respecto al sentido, desfigurado, mutilado y falto en el texto del *Cancionero de Romances*, ya sea por haber tenido el editor de la *Silva* fuentes aún más puras e íntegras, ya sea por haber estado dotado de un excelente criterio: así que, hemos tenido casi siempre que admitir sus lecciones en nuestro texto también, el cual puede servir para confirmar con ejemplos todo lo dicho.

Ahora bien—supuesto que el contenido del primer tomo de la *Silva* y del *Cancionero de Romances* s.

a. es, como queda referido, en gran parte tan idéntico, que el uno se ha de tener por la reproducción parcial del otro—, ¿es verosímil, según las reglas de la crítica, que el editor del *Cancionero de Romances*, teniendo presente un original tan bueno, le haya reproducido tan mal? ¿Es posible, preguntamos, que haya no sólo cometido yerros de imprenta, descuidos en la medida y rima, sustituido las voces y frases usadas entonces con arcaísmos, y sobre todo, que en vez de reimprimir un sentido claro y cumplido, lo haya trocado con uno desfigurado, oscuro y defectuoso? ¿Hay duda alguna de que, si el uno es el reimpresor del otro, lo ha de ser por fuerza el editor de la *Silva*, y no puede serlo el del *Cancionero de romances*?

El bueno de Martín Nucio, habiendo tenido a su disposición el primer tomo de la *Silva*, y habiéndolo reimpreso de la manera que acabamos de exponer, sería no sólo un solemne necio, sino también un embustero desvergonzado, pues dice expresamente en el prólogo de la edición s. a. del *Cancionero de Romances*: «...pero esto no se pudo hacer tanto a punto (por ser la primera vez) que al fin no quedase alguna mezcla de unos con otros, etc.». Y precisamente estas palabras: «*por ser la primera vez*» faltan ya en los textos del Prólogo de la *Silva* (que ha omitido el pasaje [p. 65] entero aquí citado) de la edición de 1550 del *Cancionero de Romances* y en todas las posteriores de éste. Pues el mismo Martín Nucio, claro está que ha repetido, con referencia a su publicación del *Cancionero de Romances*, aquella aserción en su advertencia ( «*Martín Nucio al benigno lector*» ) a la edición del año de 1566 del *Romancero de Sepúlveda* (Anvers, en casa de Philippo Nucio), donde dice: «Como yo avia tomado los años pasados el trabajo de juntar todos los romances viejos (que avia podido hallar) en un libro pequeño y de poco precio (es decir, en el *Cancionero de Romances*), con protestación hecha en el prólogo dél, que yo avia hecho en él no lo que devia, sino lo que podia, veo que he abierto camino a que otros hagan lo mesmo, porque aunque cosa que fácilmente se pudo comenzar, no será posible poderse acabar, ni aun demediar, por ser las materias diferentes, y en que cada día se puede añadir, y componer otros de nuevo.»

Además de eso, hay en su edición s. a. del *Cancionero de Romances* una composición con el título de: «*Otro romance a manera del porque*», que empieza: «*Por estas cosas siguientes*», y que falta en las demás ediciones del *Cancionero de Romances* (el primer tomo de la *Silva* la lleva reimpresa también al fin de los romances), porque faltó en ellas también el motivo de su admisión en la primera (s. a.), donde le anteceden las palabras siguientes: «*Porque en este pliego quedauan algunas paginas blancas y no hallamos Romances para ellas pusimos lo que sigue.*» Y en efecto, si hubiera tenido Martín Nucio, al imprimir por primera vez su *Cancionero*, sólo el primer tomo de la *Silva* a su disposición, no le hubiese sido forzoso de llenar «*las paginas blancas*» con aquella composición insípida, hallando allí «*romances para ellas*» en número suficiente, los cuales, empero, no reimprimió: precisamente porque el *Cancionero de Romances* s. a. fué publicado anteriormente a la *Silva* de 1550.

Contra tales hechos, contra razones fundadas en las notas características y calidades intrínsecas de los mismos textos, no pueden valer argumentos, bien que producidos por una autoridad tan respetable como la del Sr. Ticknor, sacados, con todo, de circunstancias puramente externas y de mera verisimilitud a la par que casualidad, a los cuales pueden oponerse otros de igual o no mucho menor peso. Como que si el Sr. Ticknor hallase un argumento [p. 66] de la prioridad de la *Silva* en el *Epílogo* de su primer tomo, donde dice el editor: «Algunos amigos míos, como supieron que yo imprimía este cancionero, me trajeron muchos romances que tenían, para que los pusiese en él; y como ya íbamos al fin de la impresión, acordé de no ponerlos, porque fuera interrumpir el orden

comenzado; sino hacer otro volumen, que será segunda parte desta *Silva* de varios romances, la cual se queda imprimiendo»; infiriendo de este pasaje que el editor de la *Silva* siguió recopilando y publicando su colección por intervalos, al paso que el editor del *Cancionero de Romances*, según sería dable deducir del orden en que los puso, tendría que haber reunido ya todo su material al comenzar su impresión. ¿No podría oponerse a este argumento que, concedido que la *Silva* se hubiese publicado por intervalos, esto no hubiera excluído el incorporarle otra colección casi entera sin adoptar su orden? Y acabamos de probar que, en efecto, lo hizo así el editor de la *Silva* con el *Cancionero de Romances*, y justamente en el pasaje que ha intercalado en el prólogo dice expresamente que ha seguido un orden diverso, al paso que también el editor del *Cancionero de Romances* se vió forzado a excusarse en su prólogo de que, a pesar de su empeño de poner los romances por cierto orden, «esto no se pudo hazer tanto a punto (por ser la primera vez), que al fin no quedase alguna mezcla de unos con otros». Y precisamente en esta «mezcla» se halla reimpresso el pliego suelto mencionado arriba, que con tiene los dos romances históricos que dicen: *Yo me estando en Giromena*, y *Rio verde, río verde*, y el caballeresco del Palmero, y justamente el primer tomo de la *Silva* lleva reimpresos los dos históricos entre los otros de igual género, mientras el caballeresco se halla incluído con los demás de su clase en la segunda parte de la *Silva*. En este proceder, preguntamos ahora: ¿cuál de los dos editores aparece ser el reimpresor del otro?

Así, cuando halla el Sr. Ticknor otro argumento para defender y explicar la supuesta prioridad de la *Silva*, en la inverosimilitud de haberse podido reunir tan gran número de romances tradicionalmente conservados como contiene el *Cancionero de Romances*, en Amberes, porque fuera de los soldados había allí tan pocos españoles, pudiéramosle contestarle que principalmente en boca de los soldados se conservan y propagan a más y mejor [p. 67] tales tradiciones y cantos populares, como se comprueba por un ejemplo muy pertinente y aun muy reciente, la *Colección de las tradiciones populares de Hesía* que acaba de publicar el señor J. G. Wolf; que una parte no pequeña de los romances contenidos en la *Silva* y en el *Cancionero de Romances*, como acabamos de demostrar, no están tomados inmediatamente de la tradición oral, sino de pliegos sueltos que podía proporcionarse el editor de Amberes tan bien como el de Zaragoza; y que ya el *Cancionero de Romances* s. a. contiene no pocos romances, y entre ellos los largos del ciclo carlovingio, que no se hallan en el primer tomo de la *Silva*, y por lo tanto tuvo que proporcionárselos de otras fuentes igualmente accesibles en Amberes. Si, en fin, el Sr. Ticknor concluye sus argumentos con la observación de que una colección publicada en España misma tiene que alcanzar mayor crédito que una impresa en Amberes, no dudamos que por lo general sea justa aquella observación; sin embargo, no podemos hallar en ella un argumento que haga más verosímil la prioridad de la *Silva*, pues es cosa sabida que muchas obras castellanas se publicaron por vez primera en los Países Bajos, y se reimprimieron después en España sin menoscabo de su crédito.

Por el contrario, admitida y probada la prioridad de la edición sin fecha del *Cancionero de Romances*, todo se vuelve claro, todo es natural en las relaciones entre ella y la *Silva* de 1550. Así, son excusadas todas las conjeturas y sutilezas para aclarar y explicar un caso, que resulta en verdad muy extraño, en viéndose precisado a admitir la publicación casi contemporánea de la *Silva* y de las dos primeras ediciones del *Cancionero de Romances*, en el mismo año de 1550. Pues así no hay ya motivo de dudar: que la primera edición del *Cancionero de Romances* precedió algún tiempo a la *Silva*, y , aunque faltan datos precisos para determinar con rigor el año de su publicación, puede colocársela con mucha probabilidad entre el de 1545, en que se conoce una publicación castellana de Martín Nucio (la de la *Celestina*), y el de 1550, cuando salió a luz ya la segunda edición del mismo

*Cancionero*. Así ya no se hallará extraño, antes bien muy natural, que Estevan de Nájera, librero también, y librero español, estimulado por el feliz éxito de la empresa de su colega flamenco, se resolviese a publicar también en España misma una colección semejante, [p. 68] aprovechándose para ella de la de Amberes, reivindicando en cierto modo la cosecha recogida de su tierra natal por un extranjero, y comenzando así por el material ya preparado la suya; mas habiendo concebido un plan más amplio y adoptado un orden diverso, no reimprimió en su primer tomo más que la parte de la anterior que le contenía entonces, y alteró e intercaló en el prólogo de su antecesor, apropiándose en verdad poco concienzudamente hasta las palabras de aquél, los pasajes correspondientes a aquellas mudanzas. [1] Así, hallando al mismo tiempo que los romances del *Cancionero de Romances* no admitidos en el primer tomo de la *Silva* son todos caballerescos y por la mayor parte del ciclo carlovingio (véase la lista de ellos dada en nuestro tratado sobre la colección de Praga, pág. 150), se explicará fácilmente, por que el editor de la *Silva* no los incluyó en su primer tomo, «*porque*», según dice él mismo expresamente en el citado epílogo a este tomo, «*fuera interrumpir el orden comenzado*», porque los reservó para su segunda parte, donde en efecto los reimprimió en la sección que intituló: «*Los romances que tratan historias francesas*». La mayor parte de los carlovingios que contiene el *Cancionero de Romances*, los reimprimió casi en la misma serie, concluyéndola con aquel romance del Palmero que, como queda referido, lleva puesto el editor del *Cancionero de Romances* en su «*mezcla*» con los otros dos históricos, habiendo reimpresso exactamente todos los tres según el pliego suelto que hemos indicado.

Mas ahora se habrá visto también que el editor de la *Silva* no fué un falsificador o mero reimpresor, sino un editor crítico [p. 69] y concienzudo en cuanto a la redacción de los textos reimpresos, pues los reimprimió con enmiendas muy notables, ya sea con ayuda de manantiales más cumplidos y puros, ya sea con la de la memoria de sus amigos que, según dice en el citado epílogo, «*le traían muchos romances que tenían*», ya sea, en fin, con la de su propio ingenio y sagacidad crítica.

Así siguió recopilando materiales para su segunda, y tal vez una tercera (?) parte; mas sin haber tenido noticia de la segunda edición del *Cancionero de Romances*. Que éste fué el caso, y que tampoco Martín Nucio conoció o aprovechó la *Silva* para su segunda edición, se ve y puede probarse así por las variantes como por las adiciones que llevan la *Silva* y la edición de 1550 del *Cancionero de Romances*, siendo aquellas peculiares de cada cual de éstas; pues la edición de 1550 del último no ha aprovechado las enmiendas de la *Silva*, a pesar de ser necesarias y excelentes, y la *Silva* repite los textos imperfectos de la primera edición del *Cancionero de Romances*, aun cuando la segunda ya los contiene más cumplidos; y cuando los textos de la primera son tan corruptos que provocan imperiosamente a hacer enmiendas, las llevan hechas en efecto la segunda y la *Silva*, pero cada cual de modo diferente, lo que acaba de comprobar su independencia recíproca independencia muy fácil de explicar por su publicación contemporánea, en el mismo año de 1550, en lugares tan distantes como Amberes y Zaragoza. En cuanto a las adiciones y supresiones, también peculiares de cada cual de ellas, las hemos indicado escrupulosamente en nuestro tantas veces citado Tratado sobre la colección de romances sueltos de la biblioteca de Praga (páginas 141 a 152).

Las ediciones posteriores del *Cancionero de Romances* son por lo general reimpressiones casi literales de la edición de 1550; las pocas variantes que tienen son por la mayor parte meramente ortográficas, y si tal vez llevan alguna que otra enmienda más esencial, o suplen una omisión, es también sin tener en consideración las enmiendas de la *Silva* (sirvan de ejemplos comprobantes de lo dicho aquí, las variantes anotadas en nuestra colección).

De las ediciones posteriores de la *Silva* no conocemos de vista ni hemos aprovechado más que las dos ediciones que se dicen cada cual segunda, ambas publicadas en Barcelona, la una (de [p. 70] la cual totalmente desconocida hasta ahora, se ha hallado recientemente un ejemplar en Alemania) con fecha de 1550, e impresa por Pedro Borín; la otra del año de 1557, impresa en casa de Jaume Cortey; la de Barcelona, Jayme Sendrat, del año de 1582, y la de Barcelona, Juan de Larumbe, de 1617. La segunda del año de 1557—que es en un todo conforme a la otra del año de 1550, hasta en los yerros de imprenta y foliatura, así que no es más que una mera reimpresión de la de 1550, y todo lo que queda dicho de la una vale de la otra—la hemos descrito con detención en un tratadito peculiar, inserto en el *Boletín de la Academia imperial de Viena* (con el título de: *Zur Bibliographie der Romanceros*, tomo X, págs. 484 y sig.), y allí demostrado, que es en efecto mera reproducción del primer tomo de la primera, con pocas e indiferentes variaciones en los textos, pero poniéndolos en orden algo diverso y con algunas supresiones y adiciones peculiares de ella («agora nuevamente añadido y enmendado aquí en Barcelona algunos romances», etc.: según dice el editor en su nuevo prólogo). De la edición de 1582, como de las demás, vale lo que ha observado el Sr. Durán, hablando de la edición de Barcelona, 1578: «no era reproducción, sino selección de lo contenido en las anteriores con aumentos de otras obras modernas y contemporáneas a la edición», o según dice su portada: *Silva de varios romances recopilados, y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva* (este libro tercero de la *Silva* en su primera edición no se conoce hasta ahora más que por esta mención en la portada de las posteriores). La edición de 1582 lleva, empero, los textos *escogidos* de la primera, exactamente reimpresos con todas sus enmiendas.

Con haber asentado así las calidades y las relaciones recíprocas de la primera y segunda edición del *Cancionero de Romances*, y de la primera de la *Silva*, esto, es de las tres fuentes más antiguas y más cabales de los romances viejos tradicionales y populares, y por lo mismo de nuestra colección, hemos demostrado al mismo tiempo el camino que tuvimos que seguir en la redacción de nuestro texto. Es decir, que no pudimos menos de tomar por base el texto más antiguo de la edición sin fecha del *Cancionero de Romances*; adoptando, empero, en el mismo texto las correcciones, los complementos y las enmiendas de la *Silva*, de la [p. 71] segunda, y tal vez también de las ediciones posteriores del *Cancionero de Romances*, cuando se trataba de corregir los yerros de imprenta, de completar o enmendar el sentido, evidentemente incorrecto, incompleto o dañado en el antiguo texto, y relegado entonces por nosotros a las notas—anotando, por el contrario, las variantes de las ediciones posteriores a la primera del *Cancionero de Romances*, cuando se ceñían a corregir las imperfecciones de la medida y rima, a sustituir voces y expresiones anticuadas con las corrientes entonces, a pulir el giro de la frase y el estilo sin alterar o enmendar esencialmente el sentido, de suyo claro y cumplido en el texto antiguo. o a añadir o intercalar introducciones, epílogos y glosas, no necesarias y antes bien repugnantes al espíritu y tono de la poesía popular—; y suprimiendo, en fin, totalmente las variantes meramente ortográficas.

Además de estas tres fuentes principales de la presente colección, nos han suministrado materiales también los Romanceros siguientes:

1º *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, compuestos por Lorenzo de Sepúlveda*. Tan sólo de los romances añadidos en la edición de 1556 hemos recogido algunos que, aunque ya reformados, eran de procedencia tradicional (véanse el Catálogo del Sr.

Durán, y nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 114, págs. 14 a 18).

2º *Libro de los cuarenta cantos que compuso un Cavallero llamado Alonso de Fuentes*. Nos ha suministrado un solo romance, el viejo fragmento del rey D. Alfonso el Sabio (véanse la obras citadas).

3º *Cancionero de Romances sacados de las crónicas antiguas de España con otros hechos, por Sepúlveda. Y algunos sacados de los cuarenta cantos que compuso Alonso de Fuentes*. Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1570, en 16º (véase nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie* 1. c., tomo 114, págs. 20 a 22; que la colección intitulada: *Recopilación de Romances...* por Lorenzo de Sepúlveda, Alcalá, 1563, es una edición anterior del mismo *Cancionero*, de la cual existe una reimpresión, pero ya con el título de *Cancionero*, etc., de Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, 1571, lo hemos demostrado en nuestro tratadito: *Zur Bibliographie der Romanceros*, 1. c., págs. 485 a 487; ya allí hemos [p. 72] manifestado que nos parece muy verosímil la opinión del Sr. Durán, que sean ediciones del mismo *Cancionero* las citadas por Nicolás Antonio con los títulos de *Romances sacados de la historia de España del rey don Alonso*. Medina del Campo, Alfonso del Canto, 1562; y *Romances sacados de la historia, de los cuarenta cantos de Alonso de Fuentes*, Burgos, Felipe Junta, 1579. Y ahora añadimos que tenemos también por ediciones del mismo *Cancionero* la mencionada en el *Semanario Pintoresco*, año de 1853, página 149, como existente en la biblioteca de la Universidad de Santiago, con el título de *Cancionero de Sepúlveda*, 1520 (sic); y otra que hemos hallado mencionada en una copia manuscrita del catálogo de la biblioteca del Escorial, que posee la imperial de Viena (Cod. ms., núm. 9478), con el mismo título de *Cancionero de Sepúlveda*, Sevilla, 1584). Los romances incluídos en este *Cancionero* de Medina, y sacados del *Cancionero* de Amberes y de la *Silva*, están reimpresos exactamente según los textos más antiguos, es decir, el del *Cancionero de Romances* s. a. y el de la *Silva* de 1550. Tiene, además, dos o tres romances viejos tradicionales, peculiares de él.

4º *Cancionero llamado Flor de enamorados... copilado por Juan de Linares* (véase el Catálogo del Sr. Durán).

5º *Las Rosas de Timoneda* (véase la *Rosa de Romances o Romances sacados de las Rosas de Juan de Timoneda...*, por F. J. Wolf, Leipsique, 1846. Acaso es primera edición de la *Rosa de Amores* el librito intitulado *Sarao de amor*, Valencia, Joan Navarro, 1561, en 8º (Véase el Catálogo de Durán.) Del romance de la *Hermosa Jarifa*, inserto en la *Rosa de Amores*, cita Fuster en su *Biblioteca Valenciana*, tomo I, pág. 162, la edición impresa por separado con el título de «*Historia del enamorado moro Abindarraes compuesta por Juan Timoneda*, impresa en Valladolid en la imprenta de Alonso del Riego, impresor de la Inquisición, sin año, en 4º. En seguida van otros romances, el uno del *Rey Chico de Granada*, y el otro de *Fileno*»). Que *Las Rosas* contienen, como hemos dicho en su tiempo, por la mayor parte romances viejos y de procedencia tradicional, aunque ya más o menos reformados por el editor, va ahora aun más comprobado por haberse encontrado que algunos pertenecen simultáneamente a ellas, y a la segunda parte de la *Silva*.

[p. 73] 6º Ginés Pérez de Hita, *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, etc., primera parte. *Segunda parte de las guerras civiles de Granada*, etc. (Véase el Catálogo de Durán, y nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 114, págs. 25 a 34. Hay reimpresión de las dos

partes también en el tomo III de la *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Rivadeneyra, 1846.)

7º Juan de Ribera, nueve romances, s. 1., 1605 en 4º (Véase la *Floresta de rimas antiguas castellanas* de Böhl de Faber, tomo I, números 124 y 142. Que estos romances no son todas composiciones de Ribera, sino que algunos son viejos y de procedencia tradicional, puede probarse también por documentos, como el del que dice: *Paseábase el buen conde*, hay fragmento y glosa en la Segunda parte del *Cancionero general*, edición de Estevan G. de Nájera, Zaragoza, 1552. (Véase la nota 35.)

8º Juan de Escobar, *Romancero e historia del muy valeroso caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar, en lenguaje antiguo, recopilado por...* etc. (Véase el Catálogo de Durán.)

9º Damián López de Tortajada, *Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce pares de Francia, agora nuevamente corregidos por...* (Véase *ibid.*, donde, empero, constituyen yerros de imprenta las fechas de las ediciones de Madrid, pues así han de leerse: 1711, 1713, 1716, 1764. La primera edición, según Pellicer, notas al *Quijote*, edición de 1797, tomo I, pág. 165, salió a luz en Alcalá, en el año de 1608.)

Tenemos, en fin, que mencionar con singular agradecimiento dos colecciones entre las modernas, la *Silva de Romances viejos* del Sr. Jacobo Grimm, y el tantas veces aplaudido *Romancero general* del Sr. Durán: [1] la primera, por habernos servido de modelo [p. 74] al concebir el plan de la nuestra; la segunda, por ser no sólo el más rico tesoro de la Romances de los españoles, sino también [p. 75] la más cabal y perfecta colección de este género que se conoce, bajo todos aspectos, con excelentes introducciones y discursos [p. 76] preliminares, con notas muy eruditas y acertadas, y con índices utilísimos (véase nuestro artículo circunstanciado sobre esta obra [p. 77] maestra en el periódico alemán intitulado: *Blätter für literarische Unterhaltung*, año de 1852, núms. 16 y 17).

FERNANDO JOSÉ VOLF.

CONRADO HOFMANN.

[p. 78]

## NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 9]. [1] . El más antiguo documento en que aparece el nombre de romances, usado en el sentido actual, es, que sepamos, la célebre carta del marqués de Santillana, donde dice: «Infimos son aquellos que sin ningún orden, regla nin cuento façen estos romances e cantares, de que las gentes de baxa e servil condición se alegran.» Con el nombre de romance se designó en un principio toda composición en lengua vulgar (en romance), y luego se señalaron con él más bien los poemas largos de caballería y de aventuras (como también los franceses llaman tales poemas: *romans*), destinados a ser cantados o recitados y leídos (como, p. e., el poema de Apolonio, que se llama a sí mismo: *un romance de nueva maestría*), al paso que las verdaderas canciones populares, los productos de la poesía popular lírico-épica, se hallan mencionadas en los documentos más antiguos (anteriores al siglo XV, como en la *Crónica general*, en las *Leyes de Partida*, etc.), con el nombre de cantares, cantares de gesta, cantares de los juglares, distinguiéndolas así de las canciones meramente líricas que se apellidaron cantigas (véanse, p. e., las poesías del Arcipreste de Hita, coplas 1.487 y 1.488).

[p. 12]. [1] . Como los Sres. Grimm, Diez, Dozy, y el Excmo. Sr. Marqués de Pidal. Así es que también, el último, uno de los pocos nacionales que se han inclinado a esta opinión, dice (en la excelente introducción a la edición del *Cancionero de Baena*: de la poesía castellana en los siglos XIV y XV, pág. XXII): «Con el tiempo sucedieron dos cosas: que los poetas eruditos introdujeron la medida fija en la poesía, y que los compositores populares perfeccionaron sus metros, poniendo poco a poco la cesura en el medio de los versos largos de diez y seis sílabas, de lo que resultó el romance.» Pero alega solamente documentos y citas para probar que las poesías castellanas más antiguas no tenían sílabas determinadas ni medida fija; mas ningún ejemplo de tales poesías en versos de diez y seis sílabas, al paso que él mismo añade (1. c. pág. XXV): «Los juglares y cantores populares adoptaron casi exclusivamente el verso fácil y sencillo de ocho sílabas, asonantado, que se alzó en lo sucesivo con la denominación de romance, común antes a todo género de composiciones en lengua vulgar... No se crea, sin embargo, que esta especie de metro no se conocía desde muy antiguo: todo induce a creer, por el contrario, que el romance octosílabo fué la primera forma métrica castellana, aunque tal vez se escribía siempre o casi siempre en líneas o versos de diez y seis sílabas, con el asonante o consonante al final.»

[p. 13]. [1] . Muchos partidarios ha tenido esta teoría de Conde (véase la *Historia de la lit. esp. de Ticknor*, trad. castell., tomo I, págs. 114 y 115), contra la cual, empero, el Sr. Durán se ha declarado ya en el discurso preliminar a su *Romancero de rom. caball. e hist.* (ed. de Madrid, 1832, pág. XVII): «En una palabra, nuestro Romance, tal como es y ha sido, es tan exclusivamente propio de la poesía castellana, que no se encuentra en ninguna otra lengua ni dialecto que se hable en Europa.»—Y en la nota (15) a este pasaje (pág. XXXV): «Para atribuirle un origen árabe, no tenemos otro motivo que haberlo así insinuado el erudito Conde en su *Historia de los Árabes en España*; mas de cualquiera modo, no es menos cierto que sólo se adoptó entre los castellanos. Los romances árabes, como Conde los presenta (!), no son idénticos a los nuestros, y parecen un monorrímo en versos de diez y seis sílabas, con hemistiquio de ocho sin blancos intermedios.»—Baste, pues, para despachar para siempre la teoría hartamente decantada, pero ya rancia de Conde, alegar el dictamen de un orientalista tan versado en las literaturas del oriente y occidente, como lo es el Sr. Dozy (véanse sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le moyen âge*, tomo I, págs. 609 y sig., donde dice entre otros... *Quant à des romances arabes, on n'en trouve pas la moindre trace, et l'on peut regarder comme tout à fait surannée, l'opinion d'après laquelle les Romances moriscos auraient été traduits de l'arabe*); y el juicio de un crítico tan sagaz como el Sr. Durán, repetido también en la nueva edición de su *Romancero general* (tomo I, págs. XXI y XXII): «En los (romances) históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de oriental, y son puramente castellanos.»—Aunque el ilustre orientalista D. Pascual de Gayangos no conviene del todo con el Sr. Dozy, concluye también su erudita apología en defensa de la existencia de una poesía popular de los árabes en España, con las siguientes palabras: «Por lo demás, creemos con nuestro autor (Ticknor), y con el Sr. D. Agustín Durán, cuyo *Romancero* acaba de ver la luz pública, que la influencia de la poesía árabe no fué ni directa ni tan poderosa como Conde y otros han asegurado» (véase su traducción de la *Historia de la lit. esp.*, de Ticknor, tomo I, pág. 516).

[p. 14]. [1] . Son de este número los Sres. Depping, Huber, Schack, Ticknor, Du-Méril y Lemcke, y casi todos los naturales de España desde el marqués de Santillana y Juan de la Encina hasta Durán. Uno de los más recientes y, por cierto, de los más eruditos y sagaces críticos nacionales, el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals ( *Observaciones sobre la poesía popular*. Barcelona, 1853, pág. 35), parece



admitir el haber tenido los hemistiquios de los versos largos de los poemas cultos del siglo XIII un gran influjo en el desarrollo de la forma conocida de los romances—y diremos luego hasta qué punto tiene razón según nuestro modo de ver—; sin embargo, no puede menos de admitir también él, que «los octosílabos usados anteriormente en la poesía lírica, acabaron por constituir el verso propio de los romances o poesía popular castellana».

[p. 14]. [2] . Así dice el Sr. Alcalá Galiano (Observaciones a la Introducción del Sr. Depping a su *Romancero*, tomo I, págs. LXXIII y LXXIV): «Por otro lado, siendo el octosílabo mitad de otro más largo, debería serlo de un verso de diez y seis sílabas. Ahora, pues, estos no se encuentran ni en las composiciones más viejas. En el poema del Cid no tienen los versos medida regular, siendo ya más cortos, ya más largos (lo mismo puede decirse de la Crónica rimada del Cid). En los poemas de Gonzalo de Berceo y en el Alejandro (como en los demás poemas del siglo XIV), son los versos de catorce sílabas cuando más, y otras veces de doce», lo que es lo normal, pues sus modelos los versos largos de los poemas franceses, son de doce sílabas, determinando los franceses sus medidas por los agudos, y los alejandrinos castellanos, llamados con respecto a su origen también: versos franceses, se dicen de catorce, porque en español las medidas se cuentan por los llanos. Véase también: Díez, *Altromanische Sprachdenkmule*; pág. 107, quien ha mostrado, a no más dudar, que el alejandrino también en francés era no más que un desarrollo del verso épico primordial de diez sílabas. *Ibid*, págs. 128 a 130). Así es que el Sr. Durán ha dicho con tanto acierto, hablando de la Crónica rimada del Cid (Rom gen., tomo I, pág. 482): «Este poema... debe presumirse obra de un juglar que con pretensiones de poeta artístico reduce a versos largos, de forma francesa, los redondillas de la nuestra nacional.»

[p. 15]. [1] . Por extravagante que pudiese parecer a primera vista esta aserción—que nosotros empero nos hemos ensayado en probar con argumentos (véase F, Wolf, *Ueber die Romanzen-Poesie der Spanier*, en los *Anales lit.*, de Viena, tomo 117, págs. 87 a 89),—la ha aprobado también el Sr. Dozy (1. c., pág. 649, donde dice: *La poésie qui se forma en Espagne, n'était pas une poésie épique proprement dite. Celle-ci ne pouvait naître en Espagne*, etc.). Si, al contrario, el docto Sr. Lemcke, en el excelente *Manual de la lit. espa.* que acaba de publicar (Leipsique, 1855, en octavo, tomo II, página 9), desapruueba algunos de nuestros argumentos o más bien conjeturas sobre las causas de este singular fenómeno, no puede menos de conceder su realidad, hallando una razón suficiente de su existencia en la misma popularidad de los romances, trastornando así nuestra cuestión principal; ¿por qué habrían de contentarse los españoles con los versos cortos épico líricos de los romances, y no habrían de procurarse un metro más largo indígena verdaderamente épico como otras naciones?

Es verdad también que un crítico tan sagaz como el Sr. Milá y Fontanals (1. c., págs. 55 y 56), ha asentado últimamente una opinión que puede parecer contraria a la nuestra; empero se echa de ver que ha confundido la poesía posterior de los romances con la primordial, el pueblo de los siglos XVI y XVII con el de los primeros siglos de los reinos de España: un pueblo, por cierto, no de labradores y villanos, antes bien de guerreros, hidalgos y caballeros; que él mismo se ve forzado a admitir como cosa más natural: que «los largos cantares de gesta, del mismo género de los franceses, se fundaron sobre poesías más cortas, que quedaron absorbidas por los mismos; que el nombre de romance no se aplicó específicamente hasta muy tarde a la clase de poesía que después ha designado»;—y que, en fin, diciendo: «que no había diferencia alguna entre los cantares de gesta y los romances., no ha ponderado de una parte el peso muy grave de los elementos y carácter lírico-dramático de los

romances, los cuales constituyen una diferencia muy esencial y de gran influjo en las formas, y que no ha reconocido de otra parte las huellas palpables de elementos extranjeros y del influjo de la poesía artística, que ya tienen los poemas más largos (y reconocemos de este género no más que los dos del Cid), aunque se hayan designado con el nombre de cantares de gesta indiferente mente los cantos populares narrativos y sus refundiciones y enlazamientos por los juglares o los clérigos (véanse la nota 1, y la introducción del señor Huber a su edición de la *Crónica del Cid*, pág. XXXVIII, donde dice con mucho tino: «Esto, sin embargo, no es decir que los romances o cantares juglarescos no se hayan distinguido en nada de los populares: pues no sólo se conservarían entre los juglares por más o menos tiempo algunos poemas en alejandrinos, como el del Cid, sino que hasta los romances juglarescos tendrían más extensión, aproximándose a poemas épicos pequeños, como lo vemos en algún que otro de los más largos de los romances de los doce Pares del Cancionero de romances).»—Rastros visibles de semejantes rehacimientos y enlaces se hallan aun en los mismos poemas largos o cantares de gesta franceses, donde se encuentran tantas veces repeticiones de la narración del mismo hecho o de la descripción de la misma situación en coplas (*vers o tirades*) consecutivas, no sólo de diferente asonancia, mas también de diferente estilo, y aun con costumbres que se refieren ya a diversos tiempos, y con pormenores que tal vez se contradicen: se encuentran tales repeticiones lo más amenudo en las refundiciones más recientes o en los asuntos más populares y más divulgados, y precisamente de las hazañas o situaciones más interesantes: indicios claros que estas repeticiones son no más que otras tantas versiones de los cantos populares que han servido de base a los poemas largos, hechas en diferentes tiempos y ensartadas e incorporadas en sus poemas por los compositores o compiladores (*diaskeuastas*) de ellos (véanse Monin, *Dissertation sur le Roman de Roncevaux*, París, 1832, págs. 69 y sig.;—F. Wolf, *Ueber die neuesten Leistungen der Franzosen für die Herausgabe ihrer National-Heldengedichte*. Viena, 1833, págs. 168 y sig.;—Fauriel, *Hist. de la poésie provençale*, tomo II, págs. 292 y sig., y *Histoire litt. de la France*, tomo XXII, págs. 182 y siguiente:—y sobre todos, J. Barrois, *Éléments Carlovingiens*. París, 1846, págs. 186 a 228, quien ha dado muchos ejemplos, y dice, entre otros, con todo acierto: *Les chants primitifs emploient de petits vers, les épisodes sont traités avec laconisme: le temps allonge les vers et accroît les textes, qui bientôt s'étendent indéfiniment.*»—Las opiniones de los Sres P. París, *Hist. litt. de la France*, tomo XXII, pág. 262; Génin, *La Chanson de Roland*, París, 1850, págs. CII a CV, y Jonckbloet, *Guillaume d'Orange*, tomo II, páginas 194 y 195—además de ser muy modernas en su modo de ver,—caen al suelo con sólo considerar que el mismo autor no habría podido componer narraciones o descripciones con pormenores tan diversos y tal vez contradictorios, y que se encuentran semejantes repeticiones las más voces en composiciones más recientes destinadas no más a ser cantadas; al paso que no se encuentran nunca en los *Romans* compuestos por los poetas artísticos.

Con mano de maestro ha resumido las importantes consecuencias de este fenómeno el Sr. Barrois, cuando dice (1. c., pág. 232): *Les couplets multiples prouvent par cela même, que les versions n'ont point été altérés quant au fond, et qu'elles sont, pour ainsi dire, un écho contemporain, le retentissement de l'actualité; toutefois, elles se modifièrent en passant à travers les âges, et conservèrent le reflet des influences postérieures.*—De este proceder hay un ejemplo muy pertinente en la misma poesía castellana, y documentos harto conocidos en los romances del Cid que tratan del cerco de Zamora. El cerco de Zamora era ya un asunto muy popular, y popularizado por los juglares en tiempo del rey Don Alonso el Sabio, como lo prueba su *Crónica* (4ª parte, ed. de Valladolid, 1604, fol. 214 Vº, donde dice, hablando de aquel cerco: «E dicen en los cantares que la tovo cercada siete años, et caetera).» Ahora bien, de este mismo asunto hay todavía un largo romance, «nuevamente hecho», como lo dan pliegos sueltos, la *Silva*, ed. de 1550, y el *Cancionero de romances*, s. a.

(comienza: *Después que Vellido Dolfos*, y contiene además en uno los romances que dicen: *Arias González responde;—Ya se sale por la puerta;—Doña Urraca la infanta*), al paso que las ediciones del *Canc. de Rom.*, con fecha (desde 1550), y las colecciones posteriores reimprimen aquel romance largo disuelto de nuevo en sus elementos, vale decir en romances separados, intercalando otro que dice: *Ya cabalga Diego Ordóñez—del real se había salido* (del cual hay otras dos versiones en pliegos sueltos y en la *Rosa esp.* de Timoneda), asunto ya tratado. en el largo romance: añaden además de la *Silva* de 1550 y todas las ediciones del *Canc. de Rom.* los romances que dicen: *En Santa Gadea de Burgos*; (y de éste hay también dos otras versiones que dicen: *En Toledo estaba Alfonso*; y *En Santa Agueda de Burgos*; y : *Por aquel postigo viejo* (en dos versiones), asuntos también ya tratados en el largo romance, pero con variación en los pormenores: repeticiones intercaladas y añadidas, claro esta, por ser los asuntos en ellas tratados los más interesantes rasgos de aquella tradición, conservados en tantas versiones o cantos populares, todas las cuales los primeros colectores han creído deber incorporar aun después de haber dado la narración entera en un romance largo y nuevamente hecho con asonancia uniforme.—De aquí es que el Sr. D. Eugenio de Tapia (*Historia de la civilización española*, Madrid, 1840, tomo I, página 268), haya dicho con sobrada razón: «Tengo, pues, por cierto, que antes del siglo XII se cantaban en Castilla romances en lengua vulgar, porque ésta es la versificación más sencilla y acomodada a las canciones populares, Y aun me atreveré a decir que antes de escribirse el poema del Cid, a mediados del siglo XII..., se cantaba en romances la historia del Cid, y tal vez el poema se compuso en gran parte con ellos.»

Tocante, en fin, a la teoría del Sr. Milá y Fontanals, que los primeros romances castellanos—y en general los cantos populares primordiales históricos y caballerescos—dimanaron de los cantares de gesta, vale decir de los poemas largos épicos, y que de esta suerte se transformó en popular la poesía heroica (1. c., págs. II y 55 ; esta teoría sostiene también el señor Génin), le concedemos, que muchas veces se han disuelto de nuevo los tales poemas en sus elementos en cantos populares, y que de los últimos los que tienen este origen son tal vez los más antiguos que hayan llegado a nosotros; mas por cierto estas partes de los poemas largos, transformadas de nuevo, y quizá más de una vez, en cantos populares, no pueden considerarse como los cantos primitivos populares, confundirse con los primordiales; antes bien no admite duda, que todos los poemas verdaderamente épicos y nacionales (pues las epopeyas inventadas por los poetas artísticos aquí no entran en consideración) tienen que haber tenido por manantiales los cantos primitivos populares, y de estos sus elementos han debido conservar rastros todavía visibles, aunque no poseamos casi ningunos ejemplos de aquellos cantos primordiales, lo que, como queda dicho, no es de admirar. Así dice, p. e., el Sr. P. París, hablando del cantar de gesta de *Amis et Amile* (*Hist. Litt. de la France*, tomo XXII, pág. 289): *Nous croirions volontiers qu'avant de former une seule geste, elle était divisée en nombreuses et courtes chansons indépendantes les unes des autres, comme en Espagne les romances du Cid et de Bernard de Carpio. Les diverses parties de l'ouvrage que nous avons sous les yeux ne semblent pas jointes d'une façon naturelle. On aperçoit de grandes lacunes dans le récit, et même on pourrait sans trop de peine découvrer toute la trame, en détachant un à un tous les morceaux qui furent employés pour la composer.*— Y el mismo ha observado con su acostumbrada sagacidad respecto al *Roman du roi Horn* (ibid., pág. 554): *Il nous suffit de trouver ici la preuve assez nette qu'avant de devenir chanson de geste, la fable de Horn était un lai, soit écossais, soit breton. Et ce qui nous est révélé pour cette légende, nous pouvons le supposer d'un certain nombre d'autres chansons de geste, fondées les unes sur des lais bretons de courte haleine, les autres sur des cantilène franques et germaniques, etc.*— Esto era en todo tiempo y en todas partes el desarrollo natural de toda poesía verdaderamente épica y popular; esta teoría en cuanto a los poemas homéricos, p. e., asentada años hace por los más famosos

críticos entre nosotros, ha sido comprobada últimamente por el eruditísimo helenista Sr. Teodoro Bergk, en su excelente programa: *Über das älteste Versmass der Griechen*, que acaba de ver la luz pública (Friburgo, 1854); dado, pues, por sentado que los poemas homéricos hubieron de tener por elementos cantos populares anteriores a ellos, y que estos debieron haber tenido una forma más compendiosa, correspondiente a su carácter lírico-dramático y a su destino de ser cantados: el hexámetro, como demasiado largo y pesado para este fin, no podía ser el metro más antiguo de los griegos; lo debía ser un metro más corto, más vivaz, más cantable, en suma, más propio de cantos populares; y, en efecto, lo ha hallado en el verso dímeter, llamado paremiaco (en sus dos formas principales de enoplio y prosodiaco), ha hallado rastros de él en refranes antiguos (así el P. Sarmiento ha deducido de los refranes la invención de los romances), en inscripciones, y ejemplos en cantos populares más recientes (como en los llamados Linos e Himeneo, etc.).—«Claro está, dice (1. c., pág. 16), que en estos versos cortos de refranes eran compuestos también aquellos cantares en que los cantores del tiempo antiguo celebraban las hazañas de los antepasados ( κλ • α | ndrñn ), y de suerte que siempre dos versos eran juntos a pares, lo que aun ahora se deja conocer.»

[p. 19]. [1]. Véase, p. e., el *Ensayo histórico sobre el origen y progresos de las lenguas, señaladamente del romance castellano*, del Sr. Marina (en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo IV, págs. 34 a 37), donde dice, entre otras cosas: «Todo se mudó y trastornó en España a influjo de los franceses, señaladamente del arzobispo de Toledo D. Bernardo. Los sagrados y venerables cánones de la iglesia de España; su liturgia y antigua disciplina; la política civil y eclesiástica; el orden en los oficios divinos, todo mudó de semblante, todo se alteró, sin excluir el arte de escribir; porque el emperador (Alonso VII de Castilla), a instancia de los francos, mandó se adoptara en el reino la letra gálica o francesa en lugar de la gótica, mudanza que, imposibilitando a los españoles la lección de sus antiguos códices, influyó mucho en la nueva lengua vulgar.»

[p. 22]. [1]. Que este modo de rimar en parejas es indígena y usado desde largo tiempo en la poesía castellana, lo hemos probado en otro lugar (véase *Ueber die Romanzen-Poesie der Spanier*, 1. c., tomo 117, págs. 104 a 107), y a los ejemplos allí alegados podemos ahora añadir uno muy pertinente, pues prueba su uso ya en tiempo del rey Don Enrique III de Castilla en «cantares y refranzillos que decía el pueblo». (Véase el *Cancionero de Baena*, ed. de Madrid, nota XCVI, pág. 660.)

Versos pareados, producidos por la falta de blancos intermedios, se hallan no sólo en romances castellanos, sino también en portugueses, y al ofrecérsele un tal ejemplo dice el Sr. Almeida-Garrett (*Romanceiro*, tomo III, pág. 80). «*Este e um dos muitos exemplos de se faltar de vez em quando á forçada lei da redondilha, augmentando a com. dois versos no mesmo repisado consoante ou toante obrigado.*»

[p. 23]. [1]. Véase Rengifo, *Arte poética española*. Barcelona, 1703, en 4º, página 28, cap. XXII. «De los pareados o parejas, en versos de redondilla mayor.»—Así dice Durán (1. c., tomo I, pág. IX.): «Hay sin embargo algunos (romances) en versos cortos pareados que se usaron ya en el siglo XV», y romances de esta especie los ha colegido en el Apéndice III de su *Romancero* (tomo II, págs. 639 y sig.) bajo el epígrafe de «Romances de varias clases, hechos en versos pareados, anacreónticos o de ocho sílabas.»

[p. 23]. [2] . Veanse los ejemplos que hemos alegado en nuestro artículo: *Ueber die Romanzen-Poesie* (1. c., tomo 117, págs. 110 a 113); los que se hallan en nuestra colección de los romances en pliegos sueltos de la biblioteca de Praga (págs. 37, 108, III); y en el *Romancero* del Sr. Durán los núms. 305, 328, 359, 364, 372, con las notas del docto editor; p. e., la al núm. 364, donde dice: «Todos los caracteres de este romance indican ser también de los más antiguos y menos alterados en la imprenta, pues conserva las formas y cambio de consonantes con que hoy en día canta el pueblo los que son puramente tradicionales, y que no se han impreso (como el núm. 372).» También en los romances populares de los portugueses hay muchos ejemplos de este cambio de consonantes, como en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garrett, en los romances de *O conde d' Allemanha* (y en los mismos lugares de su original castellano, que dice: *A tan alta va la luna*); de *Dom Aleixo*; de *Silvaninha*; de *Reginaldo*; de la *Donzella que vai a guerra*; de *O captivo* (según el original castellano, que dice: *Mi padre es cierto de Ronda*); lo que ha ocasionado al editor a hacer la siguiente observación (tomo II, pág. 81): «... *cujas (do assoante ou toante) severas leis nao permittem que se mude senao em espaços regulares, e nunca mais de duas ou tres vezes en todo o decurso do mais extenso delles.*

[p. 23]. [3] . Así hay variación del asonante, y conforme a la del sentido, en el lindísimo romance que dice: *Galiarda, Galiarda*, al paso que su refundición juglaresca, que dice: *Ya se salia Aliarda*, observa ya la misma rima en *ar*; así tiene el romance del conde Fernán González, que dice: *Preso está Fernán González—el buen conde castellano*, según el texto de la Silva (ed. de 1550) cambio de asonantes, mientras el *Cancionero de Romances* (ed. de Medina del año de 1570) y Timoneda lo dan con la asonancia ya hecha uniforme.

Es de notar que los juglares no se han contentado con introducir la identidad del sonido final de un cabo al otro de los romances, sino que han reunido también romances populares y separados en un gran romance encíclica por el mismo expediente de hacer uniformes sus asonancias (ejemplos muy conocidos de este proceder son los romances del Cid que tratan del cerco de Zamora, véase la nota 6), imitando también en esto sus modelos franceses. (Véase Díez, *Altromanische Sprachdenkmäler*, págs. 86 y 87.)

[p. 24]. [1] . Véanse: «*Las seyscientas Apotegmas de Juan Rufo*, y otras obras en verso.» *Toledo*, por Pedro Rodríguez, 1596, en 8º, donde se halla el siguiente pasaje, muy interesante para la historia de la poesía de romances en general (folio 26): «Sin duda este tiempo florece de poetas que hacen romances, y músicos que les dan sonadas: lo uno y lo otro con notable gracia y aviso. Pues como es casi ordinario amoldar los músicos los tonos con la primera copla de cada romance, dijo a uno de los poetas que mejor los componen, que excusase en el principio afecto ni extrañeza particular, si en todo el romance no pudiese continualla: porque de no hacello resulta, que el primer cuarteto se lleva el mayorazgo de la propiedad de la sonada, y dexa pobres a todos los demás.»

[p. 26]. [1] . Véase el «Apéndice sobre la clasificación de los romances considera dos relativamente a las épocas a que se atribuye su composición, y al en lace que forman entre sí las diversas modificaciones que experimentaron en la tradicional y en la artística (1. c., tomo I, págs. XXXIX y sig.).

[p. 27]. [1] . «Hemos denominado viejos a los romances que carecen de toda pretensión artística, que, conservados por la tradición oral, son anteriores a la imprenta, y no han llegado a nosotros escritos antes de dicha época.

Decimos antiguos a los que, tomados y calcados sobre los viejos, se compusieron por poetas del siglo XVI, desde su segunda hasta su quinta o sexta década, cuando ya se escribían o imprimían en pliegos sueltos o en antologías y colecciones generales y especiales.

Llamamos nuevos a los romances de la 6ª clase, todos de actualidad, ya en los hechos y asuntos de que tratan, ya en las formas vulgarísimas que aceptan.

Y, en fin, consideramos como modernos los de la 8ª clase, por contener en sí, y haber fijado todos los elementos que formaron el sistema poético nacional que llegó a popularizarse, y aún se continúa, como emanación de su tipo primitivo.»— *Nota del Sr. Durán.*

[p. 29]. [1] . Véanse los pasajes muy significativos e interesantes para la historia de esta clase de romances que hemos sacado de los prólogos de Fuentes y Sepulveda y reimpresso en nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 114, págs. 15 a 16 y 18 a 19.

[p. 32]. [1] . Es equivocación muy común en los extranjeros el tener las nueve partes de la *Flor de varios romances nuevos* que formaron después, con otras cuatro, el *Romancero general*, y el que, bajo el título de: Segunda parte, etc., publicó Miguel de Madrigal, por los verdaderos tesoros de la poesía popular de romances; todas estas colecciones contienen no más que imitaciones de los poetas artísticos y *juegos de su ingenio*, compuestos en las dos últimas décadas del siglo XVI o en la primera del XVII, y ninguno de los romances verdaderamente populares y viejos se halla recogido en ellas, las cuales servían más bien de *almacén de moda* para los aficionados de aquel tiempo.—Véanse las excelentes observaciones del Sr. Durán sobre las *Flores* y el *Romancero general*, en el *Catálogo de los documentos*, etc., al fin del tomo II de su *Romancero general*.

[p. 36]. [1] . Véanse las *Siete Partidas*, parte II, tít. XXI, ley XXI: «Como ante los caballeros deben leer las hestorias de los grandes fechos de armas quando comieren.»—Donde dice: «Et alli do non habien tales escripturas facienselo retraer a los caballeros buenos et ancianos que se en ello acertaron: et sin todo esto aun facien más que los juglares non dixiesen ant' ellos cantares sinon de gesta o que fablasen de fecho d'armas.»

[p. 36]. [2] . Véase la obra citada del Sr. Dozy, págs. 652 y sig. sobre el carácter del Cid, según la Crónica rimada y los romances viejos;—pág. 656, sobre Bernardo del Carpio,—y pág. 662 sobre el conde Fernán González.—Los argumentos con que el Sr. Durán (*Rom. general*, t. I, pág. 482, t. II, páginas 649 y sig.) ha impugado estas opiniones, no nos parecen convincentes: pues creemos que no haya distinguido con todo el rigor que pide la verdad histórica la ricahombría y hidalguía de los

reinos separados durante la Edad Media, de la grandeza y nobleza desde la época de su reunión en una gran monarquía. Las primeras, casi independientes (pues pudieron desnaturalizarse), y más altaneras y turbulentas que cualquier aristocracia feudal, tenían al rey poco más que por el primero entre pares (véase, p. e., el rasgo notable con que caracteriza la *Crónica general*, edición de Valladolid de 1604, fol. 233, al Cid, el tipo del caballerismo español); las segundas, por haber apartado sus intereses de las de las otras clases de la nación, fueron también domadas y sojuzgadas por la realeza, y, en fin, contentas de hacer el primer papel de galán leal en la corte del monarca casi absoluto.

[p. 38]. [1] . No puede caracterizarse mejor la manera de los poetas artísticos al tratar los asuntos históricos, que con las palabras de un romance satírico (en el *Romancero general*, el que empieza: *Qué se me da a mí que el mundo*) donde dice:

Y porque para escribir  
romances coplas y letras  
de tan sábidas historias,  
es menester menos ciencia:  
pues un ficto pensamiento  
arguye más elocuencia,  
mayor ingenio descubre,  
más saber y más prudencia  
y sin mirar al objeto  
se advierte de un buen poeta  
el estilo, el pensamiento,  
el concepto y la sentencia.

El Sr. Milá y Fontanals (l. c., págs. 57 y sig.), aunque exagera con mucho el haber acertado en la imitación y restauración de los romances viejos los poetas artísticos, hasta poner la cuestión: «¿Se creó entonces (por ellos de nuevo) una poesía popular?», no puede menos de confesar: (sus romances) «no eran ya poesías verdaderamente populares (!), y exceptuando los trozos que no son sino imitación, y acaso copia perfeccionada (?) de los antiguos, están generalmente desprovistos de la precisión y claridad plástica de estos. Tienen un no sé qué de artificial (!), una complicación de cláusulas y frases, una trabazón de ideas, todo ello excelente, pero que arguye una procedencia no popular, y que no eran, por decirlo así, para el paladar del pueblo.»

[p. 41]. [1] . El Sr. Durán ha dividido el *Romancero de vulgares* en las secciones siguientes (en la obra misma, mientras que el prólogo se ciñe a seis secciones):

- 1) Caballerescos.
- 2) Novelescos y fabulosos.
- 3) De cautivos y renegados.
- 4) Históricos.

- 5) Tomados de leyendas devotas.
- 6) De valientes y guapos.
- 7) De casos y fenómenos raros y maravillosos.
- 8) De asuntos imaginarios.
- 9) De controversia, agudeza e ingeniosidad.
- 10) Satíricos, jocosos y burlescos.
- 11) Cuentos vulgares hechos en romances.

Nosotros hemos tratado con más detención de los romances vulgares en los *Anales lit. de Viena*, tomo 114, págs. 66 y sig., y en el periódico intitulado: *Blätter für literarische Unterhaltung*, año de 1852, nº 17.

[p. 43]. [1] . Con referencia a estos romances novelescos y a su heterogeneidad de los posteriores moriscos, ha dicho con sobrada razón el Sr. Durán (*Romancero general*, tomo I, pág. 10, nota 8): «Con efecto, poco antes de la conquista de Granada, y quizá hasta algunos años después, se hallan pocos romances moriscos novelescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía árabe.»— (Véase también la nota 16, pág. 21.)—Y particularmente sobre los romances de Moriana y Galván dice en la nota al primero de esta serie (1. c. pág. 3): «Así éste como los demás de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y particular que los distingue, con algunos otros de esta sección, de los demás romances moriscos.»

Caracteriza, pues, con mano de maestro este género de romances novelescos viejos y populares como sigue (ibíd, pág. XIII): «Descúbrese en ellos cierto candor primitivo, cierta expresión de sencillez semi-bárbara; un lenguaje tan en su infancia; tantas palabras, frases y giros de expresión anteriores a la reforma con que se nos presentan, que es imposible no considerarlos como de muy remota procedencia, y como hijos de un espíritu que se empleaba en asuntos e invenciones de suyo muy populares, aunque ya impregnadas del colorido oriental que los árabes nos iban lenta y escasa mente comunicando.»—En verdad, tan «lenta y escasamente», que las invenciones de estos romances no se distinguen de las de los otros viejos populares, sino por las costumbres y otras cosas meramente accesorias, que no mudaron en nada su carácter esencial y espíritu nacional.

[p. 44]. [1] . Sirva de prueba del influjo que tenían los asuntos tomados de los poemas italianos en los romances novelescos, p. e., el romance morisco de Gazul, que dice:

No de tal braveza lleno  
Rodamonte el africano, etc.



[p. 46]. [1] . Así dice el docto conde Alberto de Circourt en su excelente: *Histoire des Mores Mudejares* (Tomo III, págs. 325 y sigs.) con tanta razón como agudeza: *Ces pauvres Mores des romances sant bariolés comme Arlequin, empanachés comme des saltimbanques, emblasonés de devises comme un livre de Saavedra: et quelles devises! de vaisseaux dont pensée forme la poupe, à qui ferme foi sert de pilote, et dont les écouteilles sont les deus yeux d'un amant*, etc. Y describe (1. c., págs. 326 y 327) según autoridades acreditadas el traje histórico de los moros de aquel tiempo.

Así dice una autoridad nacional, el célebre poeta Ángel de Saavedra, duque de Rivas (*Romances históricos*. París, 1841, págs. 6 y 7): «Entonces nacieron los romances moriscos; engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con sólo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias que en ellos se atribuyen a personajes moros, son los de aquella nación; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos, etc.»

Véanse también las notas del Sr. Alcalá Galiano a la introducción del Sr. Depping a su *Romancero*, tomo I, págs. LXXX y LXXXI.

Esta moda de hacer romances a lo morisco fué, como sucede siempre con cosas de moda, luego exagerada, y se compusieron tantos romances moriscos, y entre ellos tan «ridículos, estrafalarios y culterizantes», que provocaron la sátira y la oposición del gusto natural y sencillo contra aquel facticio y amanerado, y dieron margen a aquellas parodias que se conocen bajo el título de romances *moriscos, satíricos, jocosos y burlescos*; otra prueba de la escasa o ninguna verdad histórica de los moriscos novelescos.

[p. 47]. [1] . Véase la nota 3.—Añádanse las autoridades alegadas por nosotros para impugnar este supuesto orientalismo de la poesía castellana y especialmente de los romances moriscos, en los artículos: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 117, págs. 160 y 161, y sobre el *Romancero* del Sr. Durán, en el periódico que lleva por título: *Blätter für literarische Unterhaltung*, año de 1852, n° 16, donde hemos mostrado que el Sr. Durán ha refutado él mismo muy bien las extravagancias de esta teoría en otros pasajes de su prólogo (cabalmente en la nota 16, pág. XXI); y manifestado con eso su candor y su esfuerzo para librarse de preocupaciones nacionales y arraigadas.—Tenemos además la satisfacción, de que el autor que recientísimamente ha tratado de este asunto, un conocedor tan fino y profundo de la literatura española como el Sr. Lemcke (1. c., tomo I, pág. 19, tomo II, pág. 16), se ha declarado también contra aquel orientalismo de la poesía castellana, contra el influjo exagerado de los árabes en la formación del carácter nacional español, contra la posibilidad de una «fusión de la poesía árabe pura y de la castellana primitiva en las nuevas formas que adquirió la civilización por el roce y trato de ambos pueblos», y por de contado contra «la verdad histórica y moral» de los romances moriscos.

[p. 49]. [1] . Véanse la excelente exposición del estado social de España durante la Edad Media, en el Prólogo del Sr. Durán, 1. c., págs. XVI a XX; y las observaciones muy justas y concisas sobre el caballerismo español, en el *Manual* del Sr. Lemcke, tomo I, pág. 22.

[p. 51]. [1] . Véanse, p. e., los pasajes del *Cancionero de Baena* alegados en nuestras adiciones a la traducción alemana de la obra del Sr. Ticknor, tomo II, págs. 687 y 688.

[p. 52]. [1] . Danse a conocer como originarios franceses y fundados en tradiciones bretonas especialmente los asuntos en que hacen un papel las hadas y los encantamientos, elementos fantásticos que repugnaban al espíritu histórico y al caballerismo real de los españoles, así como a su ortodoxia de cristianos viejos (véase el *Discurso preliminar* del Sr. Durán, 1. c., tomo I, pág. LXI). Que estos elementos no fueron, empero, de origen oriental, lo prueba su carácter diferente del oriental, y el hallarse más frecuentemente y más conforme todavía a la mitología céltica en los romances portugueses. Así dice el Sr. Almeida Garrett (*Romanceiro*, tomo II, pág 19, tratando de la versión portuguesa del romance castellano, que dice: *A cazar va el caballero*; de otro romance de aquel género, el que dice: *De Francia partió la niña*, conservado también en una versión portuguesa ha señalado ya el Sr. Depping, 1. c., tomo II, pág. 180, su origen francés), con mucho acierto: *Accresce que o romanee castelhano, propriamente ditto, nunca se lançou no maravilhoso das fadas é incantamentos que a eschola celtica de França é Inglaterra, é mais ainda á neo-grega de Italia fizeram depois tam familiar na Europa: os severos descendentes de Pelaios nao tinham mythologia nos seus poemas, cantados ao som de lança no escudo e a compasso da cutilladas. O sobrenatural d'esta historia parece-se mais com as crenças é superstições, ainda hoje existentes no nosso povo, das moiras incantadas, das aparições da manhan de San' Joao, e de outros mythos nacionaes, etc.»*

[p. 53]. [1] . En Portugal fueron ya por medio de los caballeros borgoñones, que ayudaron a reconquistarlo, y de su primera dinastía, de origen francés, introducidos y conocidos los poemas caballerescos franceses; aquí su lectura fué favorecida y continuada, por haber sido la poesía nacional de este país ya en sus principios cortesana y caballeresca, imitadora de la provenzal. Así hay aquí traducciones o imitaciones también de los libros de caballerías franceses en prosa ya en el siglo XIV, como lo prueba, p. e., un manuscrito portugués del siglo XIV o XV, que posee la biblioteca imperial de Viena, y que contiene una composición cíclica sobre la caballería de la corte del rey Artús y de la Tabla redonda (lleva por título: *Historia dos cavalleiros da mesa redonda e da demanda do Santo Graall*, y comprende las leyendas de los caballeros Galaad, Tristán, Erec, Perceval, Palamedes y Lanzarote, casi con la misma serie que en el *Roman d'Artus et de ses chavaliers*). Por eso no es de extrañar que en el siglo XV naciesen imitaciones libres de ingenios portugueses, compuestas según aquellos modelos franceses e ingleses, las cuales, empero, nacidas en una época en que el espíritu creador del caballerismo ideal ya estaba apurado, careciendo de toda base nacional o histórico-tradicional, y remedando modelos ya ellos mismos harto alterados y desfigurados, hubieron de ser del todo facticias, aun más extravagantes y hasta caricaturas, como lo son en efecto los libros de *Tirante el Blanco*, y de *Amadís de Gaula*, sin género de duda puras ficciones, y con toda probabilidad de origen portugués. Véanse las obras citadas de los señores Ticknor, tomo I, págs. 231 y sigs. 349 y 350; Almeida-Garrett, tomo II, págs. XXXI y XXXII; Lemcke, tomo I, págs. 74 y sigs.; y el artículo de Ritson sobre el *Tirante el Blanco* en el *Catálogo de la Biblioteca Grenvilliana*.

[p. 55]. [1] . Véanse las autoridades alegadas en nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo CXVII, págs. 148 y 149; y los pasajes del *Cancionero de Baena*, citados en la nota 26.

[p. 55]. [2] . Sirvan de ejemplo los pasajes que tratan de la reina Berta, madre de Carlomagno; de «Carlos Maynete», de sus aventuras en la corte del rey Galafre de Toledo, y de sus amores con la hija

de aquél, la infanta Galiana, bautizada con el nombre de «Sevilla»; de la derrota de Roncesvalles, del caballero del Cisne, etc.—Que fueron comunes muchas tradiciones y cantares a la España septentrional con la Francia meridional, lo prueba el célebre fragmento de la leyenda provenzal de Santa Fides de Agen, donde dice:

Canczon audi-qu'es bell' antresca,  
que fo de razo espanesca,

.....  
Tota Basconn' et Arogons  
e l'encontrada dels Gascons  
saben quals es aqist canczons.

Véase también la *Histoire de la poesie provençale* de Fauriel, tomo I, págs. 33 y sig.; tomo II, págs. 374 y 375; tomo III, págs. 464 a 466.

[p. 57]. [1]. Tales son, p. e. los romances que dicen: *Nuño Vero*; *En los campos de Alventosa*; *Domingo era de Ramos: Mala la vistas, franceses*; *En Castilla está un castillo*; *Estábase la condesa*; *Vámonos, dijo mi tío*; *A caza va el emperador*; *Del soldán de Babilonia*; *Arriba, canes, arriba*; *Todas las gentes dormían*, etc.

[p. 58]. [1]. Véanse, p. e., los romances de *Guiomar* y de *Melisenda*, y en cuanto a sus modelos, las heroínas de los cantares de gesta franceses, las observaciones muy justas del erudito Sr. Paulin Paris en la *Histoire litt. de la France*, tomo XXII, pág. 720.—El influjo de las tradiciones de origen céltico en alterar y ensalzar hasta lo ideal la posición de la mujer en la época del caballerismo refinado, va señalado con admirable sagacidad por el Sr. Henri Martin en su excelente: *Histoire de France*, 4ª ed. (París, 1855), tomo III, págs. 363 y siguiente; págs. 382 a 385, y págs. 389 y sig.

[p. 59]. [1]. Refundiciones de este género se hallan especialmente entre los romances de Reinaldos de Montalván, ya hechos según la novela prosaica de él traducida también al castellano, ya a principios del siglo XVI; como, p. e., el que dice: *Cuando aquel claro lucero*, conservado también en un pliego suelto donde lleva el siguiente título, muy notable: «Romance sobre los amores de Reynaldos de Montalbán con la hermosa princesa Calidonia, hija del rey Agolandro, y de los grandes hechos de armas y trabajos que passó en la conquista, y de la muerte della. Hecha (sic) por un gentil hombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá.» (Véase nuestro tratado *Ueber die Prager-Sammlung*, págs. II y 98.) Compárese, pues, con esta refundición aquel romance antiguo juglaresco que trata el mismo asunto, y que dice: *Estábase don Reinaldos*. Otro ejemplo muy a propósito es el romance que dice: *En Francia la noblecida*, refundición de aquel antiguo juglaresco que empieza: *Día era de San Jorge*. De este jaez son también algunos romances de Durandarte y de Belerma; y los romances de Bravonel y Guadalará pertenecen sin género de duda a la sección de los moriscos.

[p. 61]. [1]. Hemos dado una descripción detallada del ejemplar que posee la biblioteca real de Munich del *Cancionero* de Juan Fernández de Constantina, y la lista de 23 romances que contiene, en las adiciones a la traducción alemana de la obra del Sr. Ticknor, tomo II, págs. 528 y sigs., y especialmente pág. 533. Véase también nuestro tratado: *Ueber die Romanzen-Poesie*, 1. c., tomo 114,

págs. 8 y 9; y sobre el *Cancionero* de Hernando del Castillo, en especial, el excelente *Catálogo de documentos*, etc., al fin del tomo II del *Rom. gen.* del Sr. Durán, donde hay la más exacta y cabal descripción de este libro y de sus diversas ediciones.

[p. 68]. [1]. El mismo Estevan G. de Nájera parece haber hecho el objeto principal de su especulación el recopilar y reimprimir las composiciones poéticas entonces en boga, como se ve, p. e., por su edición del *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, en partes de tamaño menor y por el estilo de su reimpresión del *Cancionero de Romances* (véase nuestra descripción detallada de la Segunda parte, la sola conocida hasta ahora, de esta edición, según el ejemplar único que posee la Biblioteca imperial de Viena, en las *Adiciones* a la traducción alemana de la obra del Sr. Ticknor, tomo II, págs 535 a 539), y por la otra colección de igual género que publicó también con el título de *Cancionero general*, y que hemos descrito con detención, según el ejemplar único también que para en la Biblioteca de Wofenbüttel (véase al tomo X del *Boletín* de la Academia imp. de Viena, págs. 153 y sig.).

[p. 73]. [1]. Aunque no tenemos nada que ver con las colecciones que contienen exclusivamente romances artísticos y modernos, vamos a hacer excepción con unos romancerillos que son totalmente desconocidos, y cuya noticia y descripción debemos a la cortesía del Sr. José Müller, catedrático de la Universidad de Pavía.

He aquí lo que se ha servido franquearnos sobre ellos.

Hay en la biblioteca Ambrosiana en Milán un grueso tomito (señalado con el núm. SN. V. III. 17), sin foliación, en 12º, que abraza las obras siguientes:

*I. Primer quaderno de la segunda parte de varios Romances los más modernos que hasta hoy se han cantado.* Impresso en Valencia junto al molino de la Rovella, año 1593. Véndense en la calle de los Flaçaderos, junto a la Merced.—8 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Funestos y altos cipreses.  
Muestraseme el cielo amigo.  
Oyd, amantes noveles.  
Otra vez bueluo a templaros.  
Tapa, tapa, tan.  
Damas, el que a lo galano.  
Para la dama cerril.

*II. Segundo quaderno de la segunda parte de varios Romances.*— Impresso en Valencia, 1593, etc., como arriba.—7 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Hermosas depositarias.  
Di, Zayda, de que me avisas.  
Con los mejores de Asturias.  
Por ver la feria en Seuilla.  
Rey y señor don Alfonso.

No piques, Zayde, el cauallo.  
Madre, el cauallero.

Al cabo hay un soneto que dice:

Fijaste el clauo en la voluntaria rueda  
Fortuna varia, pura e inconstante.

*III. Tercero quaderno de la segunda parte de varios Romances, etc. Impresso, etc., como arriba.—4 hojas.—*Contiene los romances que dicen:

Que olas de congoja.  
A toda ley, madre mía.  
Vaysos, amores.  
A mi tormento cruel.

Al cabo una glosa que dice:

Con Lampugas desta mar  
Buena cena a nos diera.

*IV. Cuarto quaderno de la segunda parte de varios Romances, etc. Impresso, etc., como arriba.—4 hojas.—*Contiene los romances que dicen:

En la antecámara y solo.  
Cuando yo peno de veras.  
No pido yo que me quieras.

*V. Quinto quaderno de varios Romances, etc., Impresso, etc., como arriba.—8 hojas.—*Contiene los romances que dicen:

Medio día era por filo.  
Oyd, señor don Gayferos.  
Toledo, ciudad famosa.  
Ardiendo se estaua Troya.  
Hazme, niña, vn ramillete.  
Ocupada en vn papel.  
Niña de quince años.  
Durandarte, buen amigo.

Además de esos ocho romances, mencionados en la portada, hay el romance que dice:

Quien vió al Conde Pero Anzules.

*VI. Sexto quaderno de la segunda parte de (sic) varios Romances. Impresso, etc., como arriba.—4*

hojas.—Contiene los romances que dicen:

Daua sal Risello un día.  
Filida illustre e más que el sol hermosa.  
Abenzayde, moro illustre.

*VII. Séptimo quaderno de letrillas las más modernas que hasta hoy se han cantado.* Impreso en Valencia, en casa de Alvaro Franco y Gabriel Ribas, año 1594.—9 hojas.—Contiene las composiciones que dicen:

Axa Çulema zelosa.  
Para confirmar sospechas.  
Desseosa Axa Çulema.  
Su remedio en el ausencia.  
Media noche era por filo.

*VIII. Primer quaderno de varios Romances los más modernos que hasta hoy se han Cantado.* Impreso en Valencia en casa de los herederos de Juan Navarro, 1592.—5 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Por los más soberbios montes.  
Ponte a las rexas azules.  
Por las montañas de Jaca.  
Bolad, pensamiento.

*IX. Segundo quaderno de varios Romances los más modernos, etc.* Impreso en Valencia, etc., 1593.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Lleue el diablo el potro rucio.  
A los pies de don Enrique.  
Aquel paxarillo.

*X. Dos Romances modernos y no vistos.* Impreso en Valencia en casa de Miguel Borrás, en la plaça de sant Bartholome de Compañía, año 1589.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

En siendo Agrican vencido.  
En el espejo los ojos.

*XI. Cuarto quaderno de varios Romances, etc.* Valencia, 1592.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Vn juego de toros de Liñán.  
Perdido va Reduán.  
El joyel de la casada.

XII. *Quinto quaderno de varios Romances, etc.*, Véndese en casa de Juan Timoneda, junto a la Merced. Al fin: Valencia, 1592.—8 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Mil celosas fantasías.  
La niña se aduerme.  
Vn lencero portugués.  
Dixo el gato mau.  
En la más terrible noche.  
Dos crueles animales.  
No lloreys, casada.

XIII. *Dos famosos Romances y vna letra modernos y no vistos*. Impresso en Valencia en casa de Miguel Borrás, etc. Valencia, 1593.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Cerca de una clara fuente.  
Ocho a ocho, y diez a diez.

y la letra que dice:

A Blasmuerto María.

XIV. *Séptimo quaderno de varios Romances, etc.*, Valencia, 1692.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Anssi no marchite el tiempo.  
Assi granen con el tiempo.  
No salgas de tus humbrales.

XV. *Octavo quaderno, etc.* Valencia, 1593.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Seruia en Orán al Rey.  
De pechos a vna ventana.  
La ventura de la gitana.

XVI. *Primer pliego de Romances y letrillas las más modernas que hasta hoy se han cantado*. Compuestos por Francisco Nauarro. Valencia, 1592, por el mismo autor.—7 hojas.

## TABLA

- 1) El Alçamiento del destierro de Auençulema el de Baça.
- 2) Otro contrahecho al de afuera, afuera.
- 3) Segundo de seruia en Orán al Rey.
- 4) Los amores de Celinda y Galuano.
- 5) El enlodamiento y llanto de Cupido.

XVII. *Primer quaderno de varios Romances*. Valencia, 1594.—8 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Haganme vuessas mercedes.  
Estando para partirse.  
Ya no quiero más la guerra.  
A la burladora Filis.  
Suspensos estauan todos.  
A saber emplear la amada vida.

XVIII. *Segundo quaderno de varios Romances, etc.* Valencia, 1594.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Hay amargas soledades.  
Aliatar, pues mis desdichas.  
En la vega está Jarife.  
Que miraua la mar.

XIX. *Tercero quaderno de varios Romances, etc.* Valencia, 1594.—4 hojas.—Contiene los romances que dicen:

Mirando el corriente río.  
Bañando está las prisiones.  
De verme por vos perdido.  
En vna pobre cabaña.  
Ya que alegre el mar sulcaua.

XX. *Cuarto quaderno de las letrillas más modernas, etc.* Valencia, s. a.—4 hojas.—Contiene las composiciones que dicen:

Señores, papantes ayre.  
Vestido un gabán leonado.  
Hagamos paces, Cupido.  
Anda, vete con Dios, Moreno.

XXI. *Dechado de colores. Cancionero de amadores y dechado de Colores en el qual se contienen muchos Villancicos y vn Romance nuevo con vnas octavas. Compuesto por Melchior Horta, agora nueuamentc a petición de vn amigo suyo.* Impresso en este presente año y uendese a la merce. s. a.—8 hojas.

Es acaso la misma obra que la encuadernada con las *Rosas de Timoneda*, en el tomito de la biblioteca imperial de Viena, descrito por nosotros en la *Rosa de romances* (págs. X y XI).



XXII. *Caso nueuamente acontecido en vna ciudad de Alemaña llamada Ayrleuen (sic, léase Eisleben) a vn cauallero, que pidiendo a vn Quiromante que le dixesse su ventura, y reusando lo quanto pudo, por ver señales enel cauallero de cornudo, se lo vuo de dezir por su importunación. Y como hizo hazer vna torre muy fuerte para encerrar en ella a su mujer por estar seguro. Y lo que dello sucedio, la historia lo dirá muy por extenso.*— Traduzida en verso castellano.—Véndese en casa de J. B. Timoneda. s. a.—4 hojas.

XXIII. *Obra nueva llamada la Vida del estudiante pobre, diligente y industrioso, juntamente con la del necio ocioso.* Valencia, 1593.—8 hojas.

XXIV. *Pronósticos o juycios Astrologales sutilissimos y verdaderos. 8 casos stupendos y estrañissimos los quales se verán Deo volente en este año 1593.* Traduzidos de lengua Vngara en metro Español, por Rodolpho Stampurch, Valencia, Molino de Rouella.—8 hojas.

XXV. *Prouerbios, Refranes y auisos por vía de consejos dados por Villanueua, cauallero de Morella a dos mancebos deudos suyos rezien casados.* Valencia, herederos de Joan Nauarro, 1593.—8 hojas.

La mayor parte de los romances incluso aquí están reimpresos en *Las Flores* y en el *Romancero general*; se ve, pues, que a estas colecciones también antecedieron los pliegos sueltos suministrándoles sus materiales, y que hasta los romances artísticos se publicaron de este modo cuando eran destinados a ser propagados entre el pueblo; se ve, en fin, qué clases de romances estaban entonces en boga, e iban popularizándose por medio de esos pliegos sueltos, como aquí se encuentran, acaso por primera vez, romances moriscos, imitaciones de los poemas italianos, etc., como «los más modernos que hasta hoy se han cantado».

**ANTOLOGÍA DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS — VIII : ROMANCES VIEJOS  
CASTELLANOS (PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES) PUBLICADA CON UNA  
INTRODUCCIÓN Y NOTAS POR D. FERNANDO WOLF Y D. CONRADO HOFMANN.  
SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR D. MARCELINO MENÉNDEZ  
PELAYO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.**

**[p. 81] ROMANCES HISTÓRICOS : SECCIÓN DE ROMANCES RELATIVOS A LA  
HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA**

1

**Romance de cómo Cipion destruyó a Numancia**

Enojada estaba Roma—de ese pueblo Soriano:  
envía, que le castigue,—a Cipion el Africano.  
Sabiendo los de Numancia—que en España habia llegado,  
con esfuerzo varonil—lo [1] esperan en el campo.  
A los primeros encuentros—Cipion se ha retirado;  
mas volviendo a la batalla—reciamente ha peleado.  
Romanos son vencedores,—sobre los de Soria han dado:  
matan casi los más de ellos,—los otros se han encerrado.  
Metidos en la ciudad—Cipion los ha cercado,  
púsoles estancias fuertes,—y un foso desaforado:  
y tanto les tuvo el cerco,—que el comer les ha faltado.  
Púsoles en tanto estrecho,—que en fin han determinado  
de matar toda la gente—que no tome arma en mano.  
Ponen fuego a la ciudad,—ardiendo de cabo a cabo,  
y ellos dan en el real—con ánimo denodado;  
pero al fin todos murieron,—que ninguno no ha escapado.  
Veinte días ardió el fuego,—que dentro ninguno ha entrado.  
Ya que entrar dentro pudieron,—cosa viva no han hallado,  
sino un mochacho pequeño—que a trece años no ha llegado,  
que se quedó en una cuba,—do el fuego no le ha dañado.  
Vuélvese Cipion a Roma,—sólo el mochacho ha llevado:  
pide que triunfo le den,—pues a Soria habia asolado.  
Visto lo que Cipion pide,—el triunfo le han denegado,  
diciendo, no haber vencido,—pues ellos lo habian causado.  
Lo que Roma determina—por sentencia del Senado:  
que Ciplon vuelva a Soria,—y que al mozo que ha escapado,  
le ponga sobre una torre,—la más alta que ha quedado,  
y allí le entregue las llaves,—teniéndolas en su mano,  
y se las tome por fuerza,—como a enemigo cercado,  
y en tomarlas de esta suerte—el triunfo le será dado  
[p. 82] A Soria vuelve Cipion,—según que le fué mandado:  
puso el mochacho en la torre—del arte que era acordado.

Allí las llaves le pide;—mas él se las ha negado,  
dijo:—No quieran los dioses—que haga tan mal recaudo.  
Ni por mí te den el triunfo,—habiendo solo quedado:  
pues que nunca lo ganaste—de los que ante mí han pasado.—  
Estas palabras diciendo,—con las llaves abrazado,  
se echó de la torre abajo—con ánimo muy osado:  
y así quedó Cipion—sin el triunfo deseado.

(Timoneda, *Rosa gentil.*)

2

## ROMANCES DEL REY DON RODRIGO.—I

### Romance del rey don Rodrigo cómo entró en Toledo en la casa de Hércules

Don Rodrigo, rey de España,—por la su corona honrar,  
un torneo en Toledo—ha mandado pregonar:  
sesenta mil caballeros—en él se han ido a juntar.  
Bastecido el gran torneo,—queriéndole [2] comenzar,  
vino gente de Toledo [3] —por le haber de suplicar [4]  
que a la antigua casa de Hércules—quisiese un candado echar,  
como sus antepasados—lo solían acostumbrar.  
El rey no puso el candado,—mas todos los fué a quebrar, [5]  
pensando que gran tesoro—Hércules fuera a dejar. [6]  
Entrando [7] dentro en la casa—no fuera otro hallar [8]  
sino letras que decían:—Rey has sido por tu mal;  
que el rey que esta casa abriere [9] —a España tiene quemar.—  
[p. 83] Un cofre de gran riqueza—hallaron dentro un pilar,  
dentro dél nuevas banderas—con figuras de espantar,  
alárabes de caballo—sin poderse menear,  
con espadas a los cuellos,—ballestas de buen echar. [1]  
Don Rodrigo pavoroso—no curó de más mirar.  
Vino un águila del cielo,—la casa fuera quemar. [2]  
Luego envía mucha gente—para África conquistar:  
veinte y cinco mil caballeros—dió al conde don Julián,  
y pasándolos el conde—corría fortuna en la mar:  
perdió doscientos navíos,—cien galeras de remar,  
y toda la gente suya, —sino cuatro mil no más.

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 43; *Canc. do Rom.* s. a., fol 126;  
*Canc. de Rom.* 1550, fol. 124; Tunoneda, *Rosa española.*)

3

### Romance de la Cava

Amores trata Rodrigo:—descubierto ha su cuidado;  
a la Cava lo decia,—de quien era enamorado:  
miraba su lindo rostro,—miraba su rostro alindado,  
sus lindas y blancas manos —él se las está loando.  
—Querría que me entendieses—por la vía que te hablo:  
darte hia mi corazón,—y estaria al tu mandado.—  
La Cava, como es discreta,—a burlas lo habia echado.  
El rey le hace juramento—que de veras se lo ha hablado.  
Todavía lo disimula,—y burlando se ha excusado.  
El rey va a tener la siesta,—y en un retrete se ha entrado;  
con un paje de los suyos—por la Cava ha enviado.  
La Cava, muy descuidada,—cumplió luego su mandado.  
El rey, luego que la vido,—hale de recio apretado,  
haciéndole mil ofertas,—si ella hacia su rogado.  
Ella nunca hacerlo quiso,—por cuanto él le ha mandado:  
y así el rey lo hizo por fuerza—con ella, y contra su grado.  
La Cava se fué enojada,—y en su cámara se ha entrado.  
No sabe, si lo decir,—o si lo tener callado.

[p. 84] Cada día gime y llora,—su hermosura va gastando.  
Una doncella, su amiga,—mucho en ello habia mirado,  
y hablóle de esta manera—de esta suerte le ha hablado  
—Agora siento, la Cava,—mi corazón engañado,  
en no me decir lo que sientes—de tu tristeza y tu llanto.—  
La Cava no se lo dice;—mas al fin se lo ha otorgado:  
dice como el rey Rodrigo—la ha por fuerza deshonrado,  
y porque más bien lo crea,—háselo luego mostrado.  
La doncella que lo vido,—tal consejo le ha dado:  
—Escríbeselo a tu padre,—tu deshonra demostrando.—  
La Cava lo hizo luego,—como se lo ha aconsejado,  
y da la carta a un doncel—que de la Cava es criado.  
Embarcárase en Tarifa,—y en Ceuta la hubo levado,  
donde era su padre, el conde,—y en sus manos la hubo dado.  
Su madre, como lo supo,—grande llanto ha comenzado.  
El conde la consolaba—con que la haría bien vengado  
de la deshonra tan grande—que el rey les habia causado.

(*Silva de var. rom.*, 2ª ed., Barcelona, 1557.)

(*Al mismo asunto*)

Amores trata Rodrigo:—descubierto ha su cuidado;  
a la Cava se lo dice,—de quien anda enamorado.  
—Mira, mi querida Cava,—mira agora que te hablo:  
darte he yo mi corazón,—y estaria a tu mandado.—  
La Cava, como es discreta,—en [1] burlas lo ha tomado,  
respondió muy mesurada—y el gesto bajó humillado:  
—Pienso que burla tu Alteza,—o quiere probar el vado:  
no me lo mandeis, señor,—que perderé gran ditado.  
Don Rodrigo le responde,—que conceda lo rogado:  
que de este reino [2] de España—puedes hacer tu mandado. [3]  
Ella hincada de rodillas,—él la estaba enamorando:  
sacándole está aradores—de su odorífera mano.  
Fué a dormir el rey la siesta;—por la Cava habia [4] enviado:  
cumplió el rey su voluntad—más por fuerza que por grado,  
[p. 85] por lo cual se perdió España—por aquel tan gran pecado.  
La malvada [1] de la Cava—a su padre lo ha contado.  
Don Julián, que es el traidor,—con moros se ha concertado  
que destruyesen [2] a España,—por lo haber así jurado.

(Canc. *de Rom.*, ed. de Medina, del año de 1570.  
Cancionero llamado Flor de enamorados.)

3 b

(DEL REY DON RODRIGO.—IV)

(*Al mismo asunto*)

### **Romance del rey don Rodrigo**

De amores trata don Rodrigo;—descubierto ha su cuidado;  
a la Cava se lo dice,—de quien anda enamorado;  
sacándole está aradores—en sus haldas reclinado,  
y apretándole la mano,—de esta suerte ha propasado:  
—Sepas, mi querida Cava,—que de ti esté apasionado:  
pido que me des remedio,—pues todo está a tu mandado:  
mira que lo que el rey pide,—ha de ser por fuerza, o grado.—  
La Cava, siendo discreta,—como en burlas lo ha tomado,  
respondióle mansamente,—el gesto bajo, humillado:  
—Pienso, que burla la tu Alteza,—o quiere probar el vado.  
No me pidas tal, señor,—que perderé gran ditado.—  
Don Rodrigo le responde—que conceda lo rogado,  
y será reina de España—y de todo su reinado.

No concediendo su ruego,—de la Cava se ha ausentado;  
fuérase a dormir la siesta,—y por ella hubo enviado.  
Cumplió el rey su voluntad—más por fuerza que por grado.  
La malvada de la Cava—a su padre lo ha contado,  
que es el conde don Julián.—El conde, muy agraviado,  
de vender a toda España—con moros se ha concertado.

(Timoneda, Rosa de amores)

[p. 86] 4

(DEL REY DON RODRIGO.—V)

### **Romance de cómo el conde don Julian, padre de la Cava, vendió a España \***

En Ceupta está Julian,—en Ceupta la bien [1] nombrada:  
para las partes de aliende—quiere enviar su embajada;  
moro viejo la escrebia, [2] —y el conde se la notaba: [3]  
después de haberla escrito,—al moro luego matara.  
Embajada es [4] de dolor,—dolor [5] para toda España:  
las cartas van al rey moro [6] —en las cuales le juraba  
que si le daba aparejo—le dará por suya España.  
Madre España, ¡ay de ti!—en el mundo tan nombrada,  
de las partidas la mejor, [7] —la mejor y más ufana, [8]  
donde nace el fino oro,—y la plata no faltaba,  
dotada de hermosura,—y en proezas extremada; [9]  
por un perverso traidor—toda eres abrasada,  
todas tus ricas ciudades—con su gente tan galana [10]  
las domeñan hoy [11] los moros—por nuestra culpa malvada,  
si no fueran las Asturias,—por ser la tierra tan brava.  
El triste rey don Rodrigo,—el que entonces te [12] : mandaba,  
viendo sus reinos perdidos—sale a la campal batalla,  
el cual en grave dolor—enseña su fuerza brava;  
mas tantos eran los moros,—que han vencido la batalla.  
No parece el rey Rodrigo,—ni nadie sabe do estaba. [13]

[p. 87] Maldito de ti, don Orpas,—obispo de mala andanza:  
en esta negra conseja—uno a otro se ayudaba.  
¡Oh dolor sobre manera!—¡oh cosa nunca cuidada!  
que por sola una doncella,—la cual Cava se llamaba,  
causen estos dos traidores—que España sea domeñada,  
y perdido el rey señor,—sin nunca dél saber nada.

(*Canc. de Rom.* . 1550, f. 125.—Timoneda, *Rosa esp.*— Aquí se contienen cinco romances. El primero, «De cómo fué vencido el rey Don Rodrigo, etc.» Pliego suelto s. a. n. l. del siglo XVI.)

(DEL REY DON RODRIGO.—VI)

**Romance del rey don Rodrigo cómo perdió a España**

Las huestes de don Rodrigo—desmayaban y huían  
cuando en la octava batalla—sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tiendas [1] —y del real se salía:  
solo va el desventurado,—que no lleva compañía.  
El caballo de cansado—ya mudar no se [2] podía:  
camina por donde quiere,—que no le estorba la vía.  
El rey va tan desmayado,—que sentido no tenía:  
muerto va de sed y hambre,—que de valle era mancilla;  
iba tan tinto de sangre,—que una brasa parecía.  
Las armas lleva abolladas,—que eran de gran pedrería; [3]  
la espada lleva hecha [4] sierra—de los golpes que tenía;  
el almete abollado [5] —en la cabeza se le hundía; [6]  
la cara lleva hinchada—del trabajo que sufría.  
Subióse encima de un cerro—el más alto que veía: [7]  
dende allí mira [8] su gente.—cómo iba de vencida.  
De allí mira sus banderas,—y estandartes que tenía,  
cómo están todos pisados—que la tierra los cubría.  

[p. 88] Mira por los capitanes—que ninguno parecía;  
mira el campo tinto en sangre,—la cual [1] arroyos corría.  
El triste de ver aquesto—gran mancilla en sí tenía:  
llorando [2] de los sus ojos—de esta manera decía:  
—Ayer era rey de España,—hoy no lo soy de una villa;  
ayer villas y castillos,—hoy ninguno poseía;  
ayer tenía criados,—hoy ninguno [3] me servía,  
hoy no tengo [4] una almena—que pueda decir que es mía.  
¡Desdichada fué la hora,—desdichado fué aquel día  
en que nací y heredé—la tan grande señoría, [5]  
pues lo había de perder—todo junto y en un día!  
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes—y llevas esta alma mía  
de aqueste cuerpo mezquino,—pues te se agradecería?

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 44.—*Canc. de Rom.* s. a., fol. 127.  
*Can., de Rom.*, 1550, fol. 126.—Timoneda, *Rosa esp.*—  
*Floresta de var. rom.*)

(DEL REY DON RODRIGO.—VII)

## Romance de cómo se perdió España por causa del rey don Rodrigo

Los vientos eran contrarios,—la luna estaba crecida,  
los peces daban gemidos—por el mal tiempo que hacia,  
cuando el rey don Rodrigo—junto a la Cava dormía,  
dentro de una rica tienda—de oro bien guarnecida.  
Trescientas cuerdas de plata—que la tienda sostenían,  
dentro había doncellas—vestidas a maravilla;  
las cincuenta están tañendo—con muy extraña armonía;  
las cincuenta están cantando—con muy dulce melodía.  
Allí hablara una doncella—que Fortuna se decía:  
—Si duermes, rey don Rodrigo,—despierta por cortesía,  
y verás tus malos hados,—tu peor postrimería,  
y verás tus gentes muertas,—y tu batalla rompida,  
y tus villas y ciudades—destruidas en un día.

[p. 89] Tus castillos, fortalezas—otro señor los regia.  
Si me pides quién lo ha hecho,—yo muy bien te lo diría:  
ese conde don Julian—por amores de su hija,  
porque se la deshonraste—y más de ella no tenía.  
Juramento viene echando [1] —que te ha de costar la vida.—  
Despertó muy congojado [2] —con aquella voz que oía;  
con cara triste y penosa—de esta suerte respondía  
—Mercedes a ti, Fortuna,—de esta tu mensajería.—  
Estando en esto allegó—uno que nuevas traía:  
cómo el conde don Julian—las tierras le destruía.  
Apriesa pide el caballo,—y al encuentro le salía;  
los enemigos son tantos,—que esfuerzo no le valía;  
que capitanes y gentes—huía el que más podía.  
Rodrigo deja sus tierras, etc \*

(Timoneda, *Rosa española*.—*Floresta de var. rom.*)

(DEL REY DON RODRIGO.—VIII)

### Romance del rey don Rodrigo cómo fugó de la batalla

Ya se sale de la priesa—el rey Rodrigo cansado;  
pusiérase hacia una parte—por de allí mirar su campo:  
ve que su gente se apoca,—y cómo va desmayando.  
Desde esto vido Rodrigo,—no curó de más mirallo,  
porque bien ve que los suyos—ya no pueden soportallo.



Volvió las riendas apriesa,—da de espuelas al caballo;  
huyendo va a mas andar.—Por un tremedal [3] abajo  
viólo huir Aliastras,—un su capitán honrado;  
acordó seguir tras él,—mas nunca pudo hallarlo. [4]  
Desque vió que no le halla,—a Toledo hubo llegado.  
donde quedara la corte,—y la reina habia quedado.  
Pesábale por llevar—de su rey tan mal recaudo;  
en entrando por la puerta—comenzó a decir llorando:  
[p. 90] —Ya, señora, no sois reina,—ya no teneis ningun mando,  
porque en ocho batallas—perdistes todo el estado.  
Perdistes al rey Rodrigo—el vuestro marido honrado,  
porque le vi ir huyendo,—muy malamente llagado,  
y que la hora de agora—será muerto o cautivado.—  
La reina, sin oir más,—cayó tendida en su estrado:  
despues de grandes cuatro horas—en su sentido ha tornado:  
manda [1] a Aliastras que cuente—todo como habia pasado.  
Aliastras se lo cuenta,—que nada no habia dejado.  
La reina con gran congoja—dijo:—Ya lo he yo tragado,  
porque la noche pasada—un mal sueño habia soñado,  
y es que via el rey Rodrigo—con el gesto muy airado,  
los ojos vueltos en sangre,—que iba muy apresurado  
para ir a vengar la muerte—del desdichado don Sancho,  
y que volvía sangriento,—y su cuerpo mal llagado,  
y que se llegaba a mí—y me tiraba del brazo,  
y decia estas palabras—muy fuertemente llorando:  
—Quédate adios, reina triste,—quédate adios, que me parto:  
los moros me han ya vencido,—los moros me han sojuzgado.  
No cures llorar mi muerte,—no cures llorar tu estado,  
procúrate de esconder—allá en lo más apartado,  
vete luego a las montañas—de aquel reino Asturiano,  
porque no hay otro remedio—si quieres quedar en salvo,  
porque España y lo demas—todo está ya sujetado.

(*Silva* de 1550, t, I, fol. 45.— *Canc, de Rom.* s. a ., fol. 128.  
*Canc. de Rom.* de 1550, fol. 127.)

(DEL REY DON RODRIGO.—IX)

### **Romance de la penitencia del rey don Rodrigo**

Despues que el rey don Rodrigo—a España perdido habia,  
íbase desesperado—por donde mas le placia.  
Métese por las montañas—las mas espesas que habia, [2]  
porque no le hallen moros—que en su seguimiento iban.

Topado ha con un pastor—que su ganado traia,  
díjole:—¿Dime, buen hombre,—lo que preguntar quería,  
[p. 91] si hay por aquí poblado—o alguna caseria  
donde pueda descansar,—que gran fatiga traia? [1] —  
El pastor respondió luego—que en balde la buscaria,  
porque en todo aquel desierto—sola una ermita habia,  
adonde estaba un ermitaño,—que hacia muy santa vida.  
El rey fué alegre de esto, [2] — por allí acabar su vida.  
Pidió al hombre [3] que le diese—de comer, si algo tenia:  
el pastor sacó un zurrón,—que siempre en él pan traia; [4]  
dióle dél, [5] y de un tasajo—que acaso allí [6] echado habia.  
El pan era muy moreno,—al rey muy mal le sabia;  
las lágrimas se le salen,—detener no las podia  
acordándose en su tiempo—los manjares que comia.  
Despues que hubo descansado—por la ermita le pedia,  
el pastor le enseñó luego—por donde no erraria.  
El rey le dió una cadena,—y un anillo que traia:  
joyas son de gran valer [7] —que el rey en mucho tenia.  
Comenzando a caminar,—ya cerca el sol se ponía; [8]  
llegado es a la ermita—que el pastor dicho le habia.  
El dando gracias a Dios—luego a rezar se metía;  
despues que hubo rezado—para el ermitaño se iba:  
hombre es de autoridad,—que bien se le parecia.  
Preguntóle el ermitaño—cómo allí fué su venida;  
el rey, los ojos llorosos,—aquesto le [9] respondia:  
—El desdichado Rodrigo—yo soy, que rey ser solia:  
vengo a hacer penitencia—contigo en tu compañía;  
no recibas pesadumbre—por Dios y Santa María.—  
El ermitaño se espanta;—por consolallo decia:  
—Vos cierto habeis elegido—camino cual convenia.  
para vuestra salvación,—que Dios os perdonaria.—  
El ermitaño ruega a Dios—por si le revelaria  
la penitencia que diese—al rey que le convenia.  
Fuéle luego revelado,—de parte de Dios, un día  
que le meta en una tumba—con una culebra viva,  
y esto tome en penitencia—por el mal que hecho habia. [10]  
El ermitaño al rey—muy alegre se volvía:  
contóselo todo al rey [11] —cómo pasado lo habia.  
El rey de esto muy gozoso,—luego en obra lo ponía.  
[p. 92] Métese como Dios manda [1] —para allí acabar su vida;  
el ermitaño, muy santo,—mírale el tercero día.  
Dice:—¿Cómo os va, buen rey?—¿vaos bien con la compañía?  
—Hasta ahora no me ha tocado [2] —porque Dios no lo queria:  
ruega por mí, el ermitaño, [3] —porque acabe bien mi vida.—  
El ermitaño lloraba,—gran compasión le tenia:

comenzóle a consolar—y esforzar cuanto podia.  
Despues vuelve el ermitaño—a ver si ya muerto habia: [4]  
halla [5] que estaba rezando—y que gemía y plañía.  
Preguntóle cómo estaba:—Dios es en la ayuda mía,  
respondió el buen rey Rodrigo:—la culebra me comia; [6]  
cómeme ya por la parte—que todo lo merecia,  
por donde fué el principio—de la mi muy gran desdicha.—  
El ermitaño lo esfuerza,—el buen rey allí moria: [7]  
aquí acabó el rey Rodrigo,—al cielo derecho se iba.

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 47.—*Canc. de Rom.* s. a., fol. 129.  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 129.—Timoneda, *Rosa esp.*)

[p.  
93]  
8

## ROMANCES SOBRE BERNARDO DEL CARPIO

### Romance de Bernaldo del Carpio.—I

En los reinos de Leon—el casto Alfonso reinaba:  
hermosa hermana tenía,—doña Jimena se llama.  
Enamorárase de ella—ese conde de Saldaña,  
mas no vivia engañado,—porque la infanta lo amaba.  
Muchas veces fueron juntos,—que nadie lo sospechaba;  
de las veces que se vieron—la infanta quedó preñada.  
La infanta parió a Bernaldo,—y luego monja se entraba;  
mandó el roy prender al conde—y ponerle muy gran guarda.

(*Canc. de Rom.*, 1550—, fol. 135.)

9

### (DE BERNARDO DEL CARPIO.—II)

**Romance de Bernaldo del Carpio que cuenta, cómo estando en las cortes del rey don Alfonso el Casto supo como el mesmo rey su señor tenia preso a su padre, el qual gelo pidió de merced, y no gelo dando hizo grande estrago en la tierra.**

En corte del casto Alfonso—Bernaldo a placer vivia,  
sin saber de la prisión—en que su padre yacia.  
A muchos pcsaba de ella,—mas nadie gelo decia,  
ca non osaba ninguno,—que el rey gelo defendía,  
y sobre todos pesaba—a dos deudos que tenia;

[p. 94] uno era Vasco Melendez,—a quien la prisión dolía,  
y el otro Suero Velasquez,—que en el alma lo sentía.  
Para descubrir el caso—en su poridad metían  
a dos dueñas fijas-dalgo,—que eran de muy gran valía;  
una era Urraca Sanchez,—la otra dicen Maria,  
Melendez era el renombre—que sobre nombre tenía.  
Con estas dueñas hablaron—en gran poridad un día,  
diciendo:—Nos vos rogamos,—señoras, por cortesía,  
que le digais a Bernaldo,—por cualquier manera o vía,  
cómo yace preso el conde—su padre Don Sancho Diaz;  
que trabaje de sacarlo,—si pudiere, en cualquier guisa,  
que nos al rey le juramos—que de nos non lo sabría.—  
Las dueñas, cuando lo oyeron,—a Bernaldo lo decían.  
Cuando Bernaldo lo supo—pesóle a gran demasia,  
tanto que dentro en el cuerpo—la sangre se le volvía.  
Yendo para su posada—muy grande llanto hacia;  
vestióse paños de duelo,—y delante el rey se iba.  
El rey, cuando así lo vido, [1] —de esta suerte le decía:  
—Bernaldo, ¿por aventura—cobdicias la muerte mía?—  
Bernaldo dijo:—Señor,—vuestra muerte no quería,  
mas duéleme que está preso—mi padre gran tiempo había.  
Señor, pidoos por merced,—y yo vos lo merecía,  
que me lo mandedes dar.—Empero el rey, con gran ira,  
le dijo:—Partíos de mí,—y no tengais osadía  
de más esto me decir,—ca sabed que os pesaría:  
ca yo vos juro y prometo—que en cuantos días yo viva,  
que de la prisión no veades—fuera a vuestro padre un día.—  
Bernaldo, con gran tristeza,—aquesto al rey respondía  
—Señor, rey sois, y farédes—a vuestro querer y guisa:  
empero yo ruego a Dios,—también a Santa Maria,  
que vos meta en corazón—que lo soltedes aína,  
ca yo nunca dejaré—de vos servir todavía.—  
Mas el rey con todo esto—amábale en demasia,  
y ansí se pagaba dél—tanto cuanto más le vía,  
por lo cual siempre Bernaldo—ser fijo del rey creía.

(*Silva* de 1550, t. I, ful. 55.— *Canc. de Rom.* s. a., fol. 156.  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 135.)

[p. 95] 10

(DE BERNARDO DEL CARPIO.—III)

Andados treinta y seis años—del rey don Alfonso el Casto,  
en la era de ochocientos—y cincuenta y tres ha entrado  
el número de esta cuenta,—y el rey ha mas reposado,

faciendo en Leon sus cortes,—y habiendo a ellas llegado  
los altos hombres del reino—y los de mediano estado;  
mientras las cortes se facen—el rey facer ha mandado  
generales alegrías,—con que a la corte ha alegrado,  
corriendo cada dia toros -y bohordando tablados.  
Don Arias y don Tibalte.—dos condes de gran estado,  
eran tristes además—cuando vieron que Bernaldo  
no entraba en aquellas fiestas,—a los cuales ha pesado,  
porque no ha entrado en ellas—les era gran menoscabo,  
y eran menguadas las cortes—no habiendo a ellas andado.  
Despues de haberse entre sí—ambos a dos acordado,  
suplicaron a la reina—que le dijese a Bernaldo,  
que por su amor cabalgase,—y que lanzase al tablado.  
Folgando la reina de ello,—a Bernaldo lo ha rogado,  
diciendo:—Yo vos prometo—de que al rey haya hablado,  
yo le pida a vuestro padre,—ca no me lo habrá negado.—  
Bernaldo cabalgó entonces,—y fué a cumplir su mandado:  
llegando delante el rey,—con tanta furia ha tirado,  
que esforzándose en sus fuerzas,—el tablado ha quebrantado.  
El rey desdeque esto fué fecho—fuése a yantar al palacio.  
Don Tibalte y Arias, godos,—a la reina le han membrado  
que cumpliese la merced—que a Bernaldo le ha mandado.  
La reina fué luego al rey,—la cual así le ha fablado:  
—Mucho vos ruego, señor,—que me deis, si os viene en grado,  
al conde don Sancho Diaz,—que teneis aprisionado;  
ca este es el primer don—que yo vos he demandado.—  
El rey cuando aquesto oyó—gran pesar hubo tomado,  
y mostrando gran enojo,—esta respuesta le ha dado:  
—Reina, yo non lo faré,—no vos trabajeis en vano,  
ca non quiero quebrantar—la jura que hube jurado.—  
La reina fincó muy triste—porque el rey no se lo ha dado,  
mas Bernaldo en gran manera—fué de esto mal enojado,  
acordando de irse al rey—a suplicarle de cabo  
le diese a su padre el conde,—y si no, desafiallo.

(*Silva de Rom.*, 1550, t. I, fol. 59.—*Canc. de Rom.* s a.,  
fol. 139.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 140.)

[p. 96] 11

(BERNARDO DEL CARPIO.—IV)

En gran pesar y tristeza—era el valiente Bernaldo,  
por ver a su padre preso,—y no poder libertallo.  
Vestidos paños de duelo,—y de sus ojos llorando,  
se lo pidió de merced—al rey don Alfonso el Casto,

el cual dar no se lo quiso,—mas por respuesta le ha dado:  
—que de decirlo otra vez—no fuese jamas osado,  
ca si lo osase facer—con su padre haria echarlo.—  
Bernaldo cuando esto vido,—al rey así ha fablado:  
—Señor, por quanto os serví—ya debiérades soltallo:  
bien remembrarse vos debe,—si non se vos ha olvidado,  
de cómo vos acorrí—cuando vos tenian cercado  
los moros en Benavente,—andando en la lid lidiando,  
en la cual sabeis que os vistes—en muy peligroso estado  
con gente del rey Ores—que la tierra os habian [1] entrado,  
y vos dijístesme entonces—que vos pidiese a mi grado  
un don cualquier que quisiese—de vos me seria dado:  
yo pedíos a mi padre,—y por vos me fué otorgado.  
Otrosí cuando lidiastes—con Alzaman el pagano,  
que yacia sobre Zamora—teniendo cerco asentado,  
bien sabedes lo que aí fice—para sacaros en salvo;  
desque la lid fué vencida—vuestra fe me hubistes dado  
de darme a mi padre el conde— libre, suelto, [2] vivo y sano.

Y tambien cuando os tenian—cercado en el mismo grado  
los moros cerca del rio—que Horbi era llamado,  
y vos daban muy gran priesa,—que fuera escapar milagro,  
y estando en horas de muerte—llegué yo por aquel cabo,  
y bien sabéis [3] lo que fice,—y cómo os hube librado.

Agora pues que me veo [4] — ser de vos tan mal pagado,  
que a mi padre no me dais,—habiéndomelo mandado,  
de vos me quito, y no quiero—ser ya mas vuestro vasallo.  
Y rieto [5] todos aquellos—cuantos son de vuestro bando,  
para en cualquiera lugar—que los hubiere fallado,  
si más pudiera que ellos,—como enemigo contrario.—

[p. 97] De esto fué el rey muy sañudo,—y díjole así a Bernaldo:  
—Bernaldo, pues que así es,—que me salgades, vos mando,  
desde hoy en nueve dias—de mi tierra y mi reinado,  
y no vos falle yo ende;—que vos digo, si vos fallo  
despues que fuere cumplido—el término que os señalo,  
que vos mandaré echar—donde vuestro padre ha estado.—  
Bernaldo entonces se fué— para Saldaña enojado,  
y luego Vasco Melendez,—que en sangre le era llegado,  
y tambien Suero Velazquez,—que era su deudo cercano,  
y don Nuño de Leon,—deudo otrosí de Bernaldo,  
y viendo que así se partia—y que del rey iba airado,  
despidiéronse del rey—y besáronle la mano,  
y fuéronse para Saldaña,—con Bernaldo se han juntado.  
Bernaldo comenzó entonces a facer gran mal y daño;  
corrió la tierra de Leon,—fizo en ella gran estrago.  
Duraron aquestas guerras,—que hubo entre el rey y Bernaldo,  
gran tiempo, fasta que fué— muerto Alfonso, el roy Casto.

(BERNARDO DEL CARPIO.—V)

Por las riberas de Arlanza—Bernardo del Carpio cabalga  
con un caballo morcillo—enjaezado de grana,  
gruesa lanza en la su mano,—armado de todas armas.  
Toda la gente de Búrgos—le mira como espantada,  
porque no se suele armar—sino a cosa señalada.  
También lo miraba el rey,—que fuera vuela una garza;+  
diciendo estaba a los suyos:—Esta es una buena lanza:  
si no es Bernardo del Carpio,—este es Muza el de Granada.—  
Ellos estando en aquesto,—Bernardo que allí llegaba,  
ya sosegado el caballo,—no quiso dejar la lanza;  
mas puesta encima del hombro,—al rey de esta suerte hablaba:  
—Bastardo me llaman, rey,—siendo hijo de tu hermana,  
y del noble Sancho Diaz,—ese conde de Saldaña:  
dicen que ha sido traidor,—y mata mujer tu hermana.  
Tú y los tuyos lo habéis dicho,—que otro ninguno no osara:  
mas quien quiera que lo ha dicho,—miente por medio la barba;  
mi padre no fué traidor,—ni mi madre mujer mala,  
porque cuando fui engendrado,—ya mi madre era casada.  
Pusiste a mi padre en hierros,—y a mi madre en órden santa,  
y por que no herede yo—quieres dar tu reino a Francia.  
[p. 98] Morirán los castellanos—antes de ver tal jornada:  
montañeses, y leoneses,—y esa gente esturiana,  
y ese rey de Zaragoza—me prestará su compañía  
para salir contra Francia—y darle cruda batalla;  
y si buena me saliere,—será el bien de toda España;  
si mala, por la república—moriré yo en tal demanda.  
Mi padre mando que sueltes,—pues me diste la palabra;  
si no, en campo, como quiera—te será bien demandada.

(Timoneda, *Rosa esp.*) \*

(BERNARDO DEL CARPIO.—VI)

**Romance de Bernardo del Carpio**

Las cartas y mensajeros—del rey a Bernaldo van:

que vaya luego a las cortes,—para con él negociar.  
No quiso ir allá Bernaldo,—que mal recelado se ha;  
las cartas echó en el fuego,—los suyos manda juntar.  
Desque los tuvo juntados,—comenzóles de hablar:  
—Cuatrocientos soys, los mios,—los que comeis el mi pan;  
nunca fuisteis repartidos,—agora os repartirán.  
En el Carpio queden ciento—para el castillo guardar;  
y ciento por los caminos,—que a nadie dejeis pasar;  
doscientos iréis conmigo—para con el rey hablar.  
Si mala me la dijere,—peor se la entiendo tornar.—  
Con esto luego se parte—y comienza a caminar;  
por sus jornadas contadas—llega donde el rey está.  
De los doscientos que lleva—los ciento mandó quedar,  
para que tengan segura—la puerta de la ciudad;  
con los ciento que le quedan—se va al palacio real,  
cincuenta deja a la puerta—que a nadie dejen pasar;  
treinta deja a la escalera—por el subir y el bajar;  
con solamente los veinte—a hablar con el rey se va.  
A la entrada de una sala—con él se vino a topar;  
allí le pidió la mano;—mas no gela quiso dar.

[p. 99] —Dios vos mantenga, buen rey,—y a los que con vos están.  
Decí ¿a qué me habeis llamado,—o qué me quereis mandar?  
Las tierras que vos me distes,—¿por qué me las quereis quitar?—  
El rey, como está enojado,—aun no le quiere mirar;  
a cabo de una gran pieza,—la cabeza fuera alzar.  
—Bernaldo, mal seas venido,—traidor, hijo de mal padre,  
díte yo el Carpio en tenencia,—tómastelo en heredad.  
—Mentides, buen rey, mentides,—que no decides verdad;  
que nunca yo fuí traidor,—ni lo hubo en mi linaje.  
Acordáseos debiera—de aquella del Romeral,  
cuando gentes extranjeras—a vos querian matar.  
Matáronvos el caballo,—a pié vos vide yo andar;  
Bernaldo como traidor—el suyo vos fuera a dar,  
con una lanza y adarga—ante vos fué a pelear.  
Allí maté a dos hermanos,—ambos hijos de mi padre,  
que obispos ni arzobispos—no me quieren perdonar.  
El Carpio entónces me distes,—sin vos lo yo demandar.  
—Nunca yo tal te mandé,—ni lo tuve en voluntad.  
Prendedlo, mis caballeros,—que atrevido se me ha.—  
Todos le estaban mirando,—nadie se le osa llegar;  
revolviendo el manto al brazo,—la espada fuera a sacar.  
—¡Aquí, aquí, los mis doscientos,—los que comeis el mi pan!  
que hoy es venido el día—que honra habeis de ganar.—  
El rey como aquesto vido,—procuróle de amansar:  
—Malas mañas has, sobrino,—no las puedes olvidar;  
lo que hombre te dice en burla,—a veras lo quieres tomar  
si lo tienes en tenencia,—yo te lo do en heredad,



y si fuere menester,—yo te lo iré a segurar.—  
Bernaldo que esto le oyera,—esta respuesta le da:  
—El castillo está por mí,—nadie me lo puede dar;  
quien quitármelo quisiere,—procurarle he de guardar.—  
El rey, que le vió tan bravo,—dijo por le contentar:  
—Bernaldo, tente en buen hora,—con tal que tengamos paz.—

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 85.)

13 a

(BERNARDO DEL CARPIO.—VII)

(*Al mismo asunto*)

Con cartas y mensajeros—el rey al Carpio envió;  
Bernaldo, como es discreto,—de traicion se receló;  
las cartas echó en el suelo—y al mensajero habló:  
[p. 100] —Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;  
mas al rey que acá te envía—dígasle tú esta razon:  
que no lo estimo ya a él,—ni aun cuantos con él son:  
mas, por ver lo que me quiere,—todavía allá iré yo.—  
Y mandó juntar los suyos:—de esta suerte les habló:  
—Cuatrocientos sois, los mios, los que comedes mi pan:  
los ciento irán al Carpio,—para el Carpio guardar:  
los ciento por los caminos,—que a nadie dejen pasar;  
doscientos iréis conmigo—para con el rey hablar;  
si mala me la dijere—peor se la ha de tornar.—  
Por sus jornadas contadas—a la corte fué a llegar.  
—Manténgavos Dios, buen rey,—y a cuantos con vos están.  
—Mal vengades vos, Bernaldo,—traidor, hijo de mal padre:  
díte yo el Carpio en tenencia,—tú tómaslo de heredad.  
—Mentides, el rey, mentides,—que no dices la verdad;  
que si yo fuese traidor,—a vos os cabria en parte.  
Acordársevos debia—de aquella del Encinal,  
cuando gentes extranjeras—allí os trataron tan mal,  
que os mataron el caballo,—y aun a vos querian matar.  
Bernaldo, como traidor,—de entre ellos os fué a sacar:  
allí me distes el Carpio—de juro y de heredad:  
prometístesme a mi padre,—no me guardaste verdad.  
—Prendedlo, mis caballeros,—que igualado se me ha.  
—Aquí, aquí, los mis doscientos,—los que comedes mi pan,  
que hoy era venido el día—que honra habemos de ganar.—  
El rey, de que aquesto viera,—de esta suerte fué a hablar:  
—¿Qué ha sido aquesto, Bernaldo,—que así enojado te has?  
¿lo que hombre dice de burla—de veras vas a tomar?

Yo te dó el Carpio, Bernaldo,—de juro y de heredad.  
—Aquesas burlas, el rey,—no son burlas de burlar;  
llamástesme de traidor,—traidor hijo de mal padre:  
el Carpio yo no lo quiero,—bien lo podeis vos guardar;  
que cuando yo lo quisiere,—muy bien lo sabré ganar.—

(*Canc. de Rom.* de 1550, fol. 137.)

14

(BERNARDO DEL CARPIO.—VIII)

### **Romance de un desafío entre don Urgel y Bernardo del Carpio**

En las cortes de Leon—gran fiesta se ha pregonado,  
mandáralas pregonar—el rey don Alfonso el Casto,  
Todos los grandes del reino,—que supieron su mandado,  
como vasallos leales—prestamente se han juntado.  
[p. 101] Todo género de fiestas—en Leon se ha celebrado,  
porque el rey muy francamente—sus haberes ha gastado:  
unos sacan invenciones,—otros salen disfrazados;  
unos muy reñida justa,—otros torneo han cercado;  
unos juegan a las cañas,—otros corren sus caballos;  
unos lidian bravos toros,—otros juegan a los dados.  
Pero aqueste claro día—envidia lo ha eclipsado:  
un extraño caballero—ante el rey se ha presentado,  
armado de todas armas,—y el caballo encubertado,  
blandiendo una gruesa lanza,—bien apuesto y divisado;  
demandó seguro al rey,—para un caso señalado.  
Según que lo demando—por el rey le fué otorgado.  
Por medio de la gran plaza—dice muy determinado:  
—Si hay algun caballero—que salga conmigo al campo,  
probaré que soy mejor,—y de mejor rey vasallo.—  
Sus palabras descortesas—á todos han alterado;  
conocido fué de algunos—ser Urgel el esforzado,  
uno de los doce pares,—mucho temido y dudado.  
Bien había caballeros—que le hubieran demandado  
aquellas locas palabras—que ante su rey ha hablado;  
mas no osaron por temor,—que el rey estaba enojado  
de una lid que fué otorgada—otra vez sin su mandado;  
también porque sabian—que el rey estaba inclinado  
para dar el plazo y honra—á su sobrino Bernaldo.  
Soberbio está don Urgel,—porque nadie lo ha reptado.  
Iban dueñas y doncellas,—todas hacen cruel llanto,  
porque en la flor de Castilla—un frances se haya nombrado.  
El buen rey con gran enojo—abajóse del andamio;

por los cantones y plazas—pregonar habia mandado:  
que cualquiera que venciese—aquel frances osado,  
le hará grandes mercedes,—y le dará un condado.  
Los castellanos con saña—dicen:—Salga don Bernardo.—  
A buscallo iba el buen rey—con diligencia y cuidado.  
Dentro en la iglesia mayor—prestamente fué hallado:  
haciendo esta oración—al apóstol Santiago:  
—Manténgaos Dios, sobrino.—Señor, seáis bien llegado.—  
Allí hablara el buen rey,—bien oireis lo que ha hablado:  
Todas las gentes de España—han venido a mi llamado;  
solo vos, mi buen sobrino,—os andais de mí apartado,  
que no quereis ver mis fiestas,—y estais de mí despagado.  
—Aqueso, mi buen señor,—vuestra alteza lo ha causado,  
que tiene preso a mi padre—con guarda y aherrojado,  
y no es justo, estando preso,—que yo esté regocijado.  
—Pues si vos quereis, sobrino,—obedecer mi mandado,  
haré libre a vuestro padre,—aunque mal me hubo enojado.—  
Don Bernardo que lo oyera,—en el suelo arrodillado  
[p. 102] besó las manos del rey—por el bien que le ha otorgado,  
protestando de servillo—como bueno y fiel criado.  
Luego el rey le dio la cuenta—de todo lo que ha pasado:  
de cómo un frances soberbio—los habia desafiado.  
Don Bernardo que lo supo,—mal lo habia amenazado.  
Por todos los ricos hombres—que el rey tenia a su lado,  
con ricas y fuertes armas—Bernardo fué luego armado:  
danle un caballo del rey,—el mejor y maspreciado;  
terciada lleva la lanza,—y el escudo embrazado,  
contorneado el caballo—a la plaza fué llegado.  
Quien miraba su postura—le quedaba aficionado:  
era diestro y animoso,—bien dispuesto y mesurado.  
Para hacer la batalla—jueces les han señalado,  
pártenles el campo y sol,—por que nadie esté agraviado.  
A la segunda carrera—el frances fué derribado.  
Bernardo con gran presteza—del caballo fué apeado;  
ponen mano a las espadas,—cada cual muy denodado,  
hiéranse por todas partes—con rigor desmesurado,  
tan bravos golpes se daban,—que el rey estaba espantado.  
De los escudos y mallas—todo el campo está sembrado;  
mas un punto de flaqueza—ninguno ha demostrado.  
Sin conocerse ventaja—tres horas han peleado.  
Para recibir aliento—un poco se han apartado.  
Para tornar a la lid—Bernardo se ha anticipado,  
y con saña que tenia—de esta suerte le ha hablado:  
—Desdícete, caballero,—si no, serás castigado.  
—Aquesto, dijo el frances,—no lo he acostumbrado;  
morir puedo en la batalla,—mas no vivir deshonorado.—  
De la sangre que perdía—andaba desatinado;

como muerto cayó en tierra,—de las fuerzas despojado.  
Don Bernardo lo sacó—de la raya do han lidiado.  
Así quedó vencedor,—y el frances fué deshonrado,  
y despues en Roncesvalles—le acabó de dar su pago,  
que en muy reñida batalla—la cabeza le ha cortado.

(Aquí comienza un romance de un desafío entre don Urgel  
y Bernardo del Carpio. Pliego suelto del siglo XVI.)

[p. 103] 15

## ROMANCES DEL CONDE DE CASTILLA FERNÁN GONZÁLEZ

### De la prisión del conde Fernan Gonzalez.—I

Preso está Pernan Gonzalez—el gran conde de Castilla;  
tiénelo el rey de Navarra—maltratado a maravilla.  
Vino allí un conde normando—que pasaba en romeria;  
supo que este hombre famoso—en cárceles padecia.  
Fuése para Castroviejo,—donde el conde residia;  
dádivas daba al alcaide—si dejar valle queria:  
el alcaide fué contento—y las prisiones le abria.  
Mucho los condes hablaron;—el normando se salia:  
fuése donde estaba el rey—con lo que pensado habia.  
Procuró ver a la infanta,—que era fermosa y cumplida,  
animosa y muy discreta,—de persona muy crecida.  
Tanto procura de vella,—que esto le hablara un dia:  
—Dios vos lo perdone, infanta,—Dios, tambien Santa Maria,  
que por vos se pierde un hombre,—el mejor que se sabia:  
por vos se causa gran daño,—por vos se pierde Castilla,  
los moros entran en ella—por no ver quien la regia,  
que por veros muere preso;—por amor de vos moria;  
¡mal pagáis amor, infanta,—a quien tanto en vos confía!  
Si no remediais al conde [1] —sereis muy aborrecida,  
y si por vos saliese—sereis reina de Castilla.—  
Tan bien le habla el normando,—que a la infanta enternecia;  
determina de librallo—si por mujer la queria.  
El conde se lo promete,—a vello la infanta iba.  
—No temais, dijo, señor,—que yo os daré la salida.—  
Y engañando aquel alcaide,—salen los dos de la villa.  
Toda la noche anduvieron—hasta que el alba reia.  
[p. 104] Escondidos en un bosque,—un arcipreste los via,  
que venia andando a caza—con un azor que traia.  
Amenázalos con muerte,—si la infanta no ofrecia  
de folgar allí con ella,—si no, quo al rey los traeria.  
El conde, mas cruda muerte—quisiera, que lo que oia;

pero la discreta infanta,—dando esfuerzo, le decia:  
—Por vuestra vida, señor,—más que esto hacer debria,  
que no se sabrá esta afrenta—ni se dirá en esta vida.—  
Priesa daba el arcipreste,—y amenaza todavia:  
con grillos estaba el conde—y sin armas se veia;  
mas viendo que era forzado,—como puede se desvia.  
Apártala el arcipreste;—de la mano la traia,  
y cuando abrazalla quiso,—ella de él muy fuerte huia:  
los brazos le ha embarazado,—socorro al conde pedia,  
el cual vino apresurado,—aunque correr no podia:  
quitádole ha al arcipreste—un cuchillo que traia,  
y con él le diera el pago—que su aleve merecia.  
Ayudándole la infanta,—camina todo aquel dia;  
a la bajada de un puente—ven muy gran caballería;  
gran miedo tienen en vella,—porque creen que el rey la envia.  
La infanta tiembla y se muere,—en el monte se escondia;  
mas el conde, más mirando,—daba voces de alegria:  
—Salid, salid, doña Sancha,—ved el pendon de Castilla,  
mios son los caballeros—que a mi socorro venian.—  
La infanta con gran placer—a vellos luego salia.  
Conocidos de los suyos,—con alarido venían:  
—Castilla, vienen diciendo,—cumplida es la jura hoy dia.—  
A los dos besan la mano,—a caballo los subían,  
así los traen en salvo—al condado de Castilla.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 8.)

16

(DEL CONDE FERNAN GONZALEZ.—II)

### **Romance del rey don Sancho Ordoñez**

Castellanos y leoneses—tienen grandes divisiones.  
El conde Fernan Gonzalez—y el buen rey don Sancho Ordoñez,  
sobre el partir de las tierras,—y el poner de los mojones, [1]  
llamábanse hi-de-putas, [2] —hijos de padres traidores;  
[p. 105] echan mano a las espadas,—derriban ricos mantones:  
no les pueden poner treguas—cuantos en la corte son,  
pónenselas dos hermanos, [1] —aquesos benditos monjes. [2]  
Pónenlas por quince dias,—que no pueden por más, non  
que se vayan a los prados—que dicen de Carrion.  
Si mucho madruga el rey,—el conde no dormia, no;  
el conde partió de Búrgos,—y el rey partió de Leon.  
Venido se han a juntar—al vado de Carrion,  
y a la pasada del rio—movieron una quistion:

los del rey que pasarian,—y los del conde que non.  
 El rey, como era risueño,—la su mula revolvió;  
 el conde con lozanía—su caballo arremetió;  
 con el agua y el arena—al buen rey ensalpicó. [3]  
 Allí hablara el buen rey,—su gesto muy demudado:  
 —¡Cómo sois soberbio, el conde!—¡cómo sois desmesurado! [4]  
 si no fuera por las treguas—que los monjes nos han dado,  
 la cabeza de los hombros—ya vos la hubiera quitado;  
 con la sangre que os sacara—yo tiñera aqueste vado.—  
 El conde le respondiera,—como aquel que era osado:  
 —Eso que decís, buen rey, [5] —véolo mal aliñado;  
 vos venís en gruesa mula,—yo en ligero caballo;  
 vos traes sayo de seda,—yo traigo un arnés tranzado;  
 vos traéis alfanje de oro,—yo traigo lanza en mi mano;  
 vos traéis cetro [6] de rey,—yo un venablo acerado;  
 vos con guantes olorosos,—yo con los de acero claro;  
 vos con la gorra de fiesta,—yo con un casco afinado;  
 vos traéis ciento de mula,—yo trescientos de caballo.—  
 Ellos en aquesto estando,—los frailes que han allegado:  
 —¡Tate, tate, caballeros!—¡tate, tate, hijosdalgo!  
 ¡Cuán mal cumplisteis la treguas—que nos habíades mandado!—  
 Allí hablara el buen rey:—Yo las cumpliré de grado.—  
 Pero respondiera el conde:—Yo de pies puesto en el campo.—  
 Cuando vido aquesto el rey,—no quiso pasar el vado;  
 vuélvese para sus tierras;—malamente va enojado.  
 Grandes bascas va haciendo,—reciamente va jurando  
 que había de matar al conde—y destruir su condado,  
 [p. 106] y mandó llamar a cortes;—por los grandes ha enviado:  
 todos ellos son venidos,—sólo el conde ha faltado.  
 Mensajero se le hace—a que cumpla su mandado:  
 el mensajero que fué—de esta suerte le ha hablado.

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 83. —*Canc. de Rom.* s. a., fol. 161,  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 165.)

(DEL CONDE FERNAN GONZALEZ.—III)

### **Romance del conde Fernan Gonzalez**

—Buen conde Fernan Gonzalez,—el rey envia por vos,  
 que váyades a las cortes—que se hacian en Leon;  
 que si vos allá vais, conde,—daros han buen galardón,  
 daros ha a Palenzuela—y a Palencia la mayor;  
 daros ha las nueve villas,—con ellas a Carrion;

daros ha a Torquemada,—la torre de Mormojon. [1]  
Buen conde, si allá no ides,—daros hian por traidor.—  
Allí respondiera el conde—y dijera esta razón:  
—Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;  
que yo no he miedo al rey,—ni a cuantos con él son.  
Villas y castillos tengo,—todos a mi mandar son,  
de ellos me dejó mi padre,—de ellos me ganara yo:  
los que me dejó mi padre—poblélos de ricos hombres,  
las que yo me hube ganado—poblélas de labradores;  
quien no tenia mas de un buey,—dábale otro, que eran dos;  
al que casaba su hija—dóle yo muy rico don: [2]  
cada dia que amanece,—por mí hacen oración;  
no la hacian por el rey,—que no la merece, non;  
él les puso muchos pechos,—y quitáraselos yo.

(*Silva de 1550*, t. I, fol. 85.—*Canc. de Rom.* s. a., fol. 163.  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 167.)

[p. 107] 18

(DEL CONDE FERNAN GONZALEZ.—IV)

### Otro romance del conde Fernan Gonzalez [1]

Preso está Fernan Gonzalez,—el buen conde castellano;  
prendiólo don Sancho Ordoñez, [2] —porque no le ha tributado. [3]  
En una torre en Leon—lo tienen a buen recaudo. [4]  
Rogaban por él al rey [5] —muchas personas de estado,  
y también por él rogaba—ese monje fray [6] Pelayo;  
mas el rey, con grande enojo,—nunca quisiera soltallo. [7]  
Sabiéndolo la condesa,—determina ir a sacallo: [8]  
cabalgando en una mula,—como siempre lo ha [9] usado,  
consigo lleva dos duedas,—y dos escuderos ancianos.  
Lleva en su retaguardia [10] —trescientos [11] hijosdalgo  
armados de todas armas,—cada uno buen caballo. [12]  
Todos llevan hecho voto—de morir en demandarlo,  
y de no volver a Burgos—hasta morir o librarlo.  
Caminan para Leon—contino por despoblado:  
mas [13] cerca de la ciudad—en un monte se han entrado.  
La condesa, como es sabia,—mandó ensillar un caballo,  
y mandóle a un escudero—que al conde quede aguardando,  
y [14] que en siendo salido—se lo dé, y le [15] ponga en salvo.  
La condesa con las dueñas—en la ciudad se ha entrado:  
como [16] viene de camino,—vase derecho al palacio. [17]

[p. 108] Así como el rey la vido,—a ella se ha levantado.  
—¿Adónde bueno, condesa? [1] —Señor, voy a Santiago,  
y víneme por aquí—para besáros las manos.  
Suplícoos me deis licencia—para al conde visitar. [2]  
—Que me place, dijo el rey, [3] —pláceme de voluntad. [4]  
Llévenla luego a la torre—donde el conde preso está.— [5]  
Por amor de la condesa—las prisiones quitádole han. [6]  
Desde rato que llegó, [7] —la condesa le fué a hablar: [8]  
—Levantáos luego, señor, [9] —no es tiempo de echado estar: [10]  
y vestíos estas mis ropas,—y tocáos vos mis tocados, [11]  
y junto con esas dueñas—os salí acompañado,  
y en saliendo, que salgais,—hallaréis vuestro caballo;  
íros heis [12] para el monte,—do está la gente aguardando.  
Yo me quedaré aquí [13] —hasta ver vuestro mandado.—  
Al conde le pareció—que era bien aconsejado;  
vístese las ropas de ella,—largas tocas se ha tocado.  
Las dueñas son avisadas,—a las guardas han llamado;  
las guardas estaban [14] prestas,—quitan de presto el candado;  
salen las dueñas, [15] y el conde;—nadie los había mirado.  
Dijo una dueña a las guardas [16] —que la andaban rodeando:  
—Por tener larga jornada—hemos madrugado tanto.— [17]  
Y así se partieron de ellas [18] —sin sospecha ni cuidado.  
Luego que fuera salieron, [19] —halló el conde su caballo,  
el cual tomó su camino—para el monte señalado.  
Las dueñas y el escudero—hasta el día han aguardado:  
[p. 109] subídose han a la torre—do la condesa ha quedado. [1]  
Las guardas, desde [2] las vieron,—mucho se han maravillado.  
—Decí, ¿a qué subís [3] señoras, [4] —háseos acá olvidado algo? [5]  
—Abrí, veréis lo que queda,—porque llevemos recaudo.  
Como las guardas abrieron,—a la condesa han hallado.  
Como la condesa vido—que las dueñas han tornado: [6]  
—Id, decid al señor rey, [7] —que aquí estoy a su mandado,  
que haga en mí la justicia, [8] —que el conde ya está librado.— [9]  
Como aquesto supo [10] el rey,—hallóse muy espantado:  
tuvo en mucho a la condesa—saber hacer tal engaño.  
Luego la manda [11] sacar,—y dalle todo recaudo,  
y envióla [12] luego al conde:—muchos la han acompañado.  
El conde, desde la vido,—holgóse en extremo grado,  
enviado ha [13] decir al rey,—que pues tan bien [14] lo ha mirado,  
que le mandase pagar—la del azor y el caballo,  
si no, que lo pediría—con la espada en la mano.  
Todo por el rey sabido,—su consejo ha tomado; [15]  
sumaba tanto la paga,—que no pudo numerallo; [16]



así que, todo bien visto,—fué por el rey acordado  
de le soltar el tributo—que el conde le era [17] obligado.  
De esta manera el buen conde [18] —a Castilla ha libertado.

(Silva de 1550, t. II, fol. 91.— *Canc de Rom.*, ed. de  
*Medina*, 1570, fol. 54.—Timoneda, *Rosa esp.*) [19]

[p. 110] 19

## ROMANCES SOBRE LOS SIETE INFANTES

### DE LARA Y DEL BASTARDO MUDARRA

#### **Romance de doña Lambra. [1] —I**

A Calatrava la Vieja—la combaten castellanos;  
por cima de Guadiana—derribaron tres pedazos;  
por los dos salen los moros,—por el uno entran cristianos.  
Allá dentro de la plaza—fueron a armar un tablado,  
que aquel que lo derribare—ganará de oro un escaño.  
Este don Rodrigo de Lara, gue ese lo habia ganado,  
del conde Garci-Hernandez sobrino—y de doña Sancha es hermano,  
al conde Garci-Hernandez—se lo llevó presentado,  
que le trate casamiento—con aquesa doña Lambra.  
Ya se trata casamiento,—¡hecho fué en hora menguada!  
doña Lambra de Burueva—con don Rodrigo de Lara.  
Las bodas fueron en Búrgos,—las tornabodas en Salas:  
en bodas y tornabodas—pasaron siete semanas.  
Tantas vienen de las gentes,—que no caben por las plazas,  
y aun faltaban por venir—los siete infantes de Lara.  
Hélos, hélos por do vienen,—con toda la su compañía:  
saliólos a recibir—la su madre doña Sancha:  
—Bien vengades, los mis hijos,—buena sea vuestra llegada:  
allá iredes a posar—a esa cal de Canta-ranas;  
hallarés las mesas puestas,—viandas aparejadas.  
Desque hayais comido, hijos,—no salgades a las plazas,  
porque las gentes son muchas,—y trábense muchas barrajas.—  
Desque todos han comido—van a bohordar a la plaza:  
no salen los siete infantes,—que su madre se lo mandara;  
mas desque hubieron comido—siéntanse a jugar las tablas.  
Tiran unos, tiran otros,—ninguno bien bohordaba.

[p. 111] Allí salió un caballero—de los de Córdoba la llana,  
bohordó hácia el tablado—y una vara bien tirara.  
Allí hablara la novia,—de esta manera hablara:  
—Amad, señoras, amad—cada una en su lugar,  
que más vale un caballero—de los de Córdoba la llana,

que no veinte ni treinta—de los de la casa de Lara.—  
 Oídolo había doña Sancha,—de esta manera hablara:  
 —No digáis eso, señora,—no digades tal palabra,  
 porque aun hoy os desposaron—con don Rodrigo de Lara.  
 —Mas calláis vos, doña Sancha,—que no debeis ser escuchada,  
 que siete hijos paristes—como puerca encenagada.—  
 Oídolo había el ayo—que a los infantes criaba:  
 de allí se había salido,—triste se fué a su posada:  
 halló que estaban jugando—los infantes a las tablas,  
 si no era el menor de ellos,—Gonzalo Gonzalez se llama;  
 recostado lo halló—de pechos en una baranda.  
 —¿Cómo venís triste, amo? [1] —deci ¿quién os enojara?—  
 Tanto le rogó Gonzalo,—que el ayo se lo contara:  
 —Mas mucho os ruego, mi hijo,—que no salgais a la plaza.—  
 No lo quiso hacer Gonzalo;—mas antes tomó una lanza,  
 caballero en un caballo—vase derecho a la plaza:  
 vido estar el tablado—que nadie lo derribara.  
 Enderezóse en la silla,—con él en el suelo daba;  
 desde lo hubo derribado,—de esta manera hablara:  
 —Amade, putas, amad,—cada una en su lugar,  
 que mas vale un caballero—de los de la casa de Lara,  
 que cuarenta ni cincuenta—de los de Córdoba la llana.—  
 Doña Lambra, que esto oyera,—bajóse muy enojada;  
 sin aguardar a los suyos—fuese para su posada,  
 halló en ella a don Rodrigo,—de esta manera le habla:  
 —Yo me estaba en Barbadillo, [2] —en esa mi heredad;  
 mal me quieren en Castilla—los que me habían de aguardar. [3]  
 Los hijos de doña Sancha—mal amenazado me han  
 que me cortarían las faldas—por vergonzoso lugar,  
 y cebarían sus halcones—dentro de mi palomar,  
 y me forzarían mis damas [4] —casadas y por casar.  
 Mátáronme un cocinero—so faldas del mi bria!  
 Si de esto no me vengais,—yo mora me iré a tornar.—  
 Allí habló don Rodrigo,—bien oiréis lo que dirá:  
 —Callede, la mi señora,—vos no digades atal.  
 [p. 112] De los infantes de Salas [1] —yo vos pienso de vengar, [2]  
 telilla les tengo ordida, [3] —bien gela cuido tramar,  
 que [4] nacidos y por nacer—de ello tengan [5] que contar.

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 164.—*Canc. de Rom.*, 1550,  
 folio 170.—*Silva* de 1550, t. I, fol. 86.)

## Romance de don Rodrigo de Lara

¡Ay Dios, qué buen caballero—fué don Rodrigo de Lara,  
que mató cinco mil moros—con trescientos que llevaba!  
Si aqueste muriera entonces,—¡qué gran fama que dejara!  
no matara a sus sobrinos—los siete infantes de Lara,  
ni vendiera sus cabezas—al moro que las llevaba.  
Ya se trataban sus bodas—con la linda doña Lambra:  
las bodas se hacen en Búrgos,—las tornabodas en Salas:  
las bodas y tornabodas—duraron siete semanas;  
las bodas fueron muy buenas,—mas las tornabodas malas.  
Ya convidan por Castilla,—por Castilla y por Navarra:  
tanta viene de la gente,—que no hallaban posadas,  
y aun faltan por venir—los siete infantes de Lara.  
Hélos, hélos por do vienen—por aquella vega llana;  
sáuelos a recibir—la su madre doña Sancha.  
—Bien vengades, los mis hijos,—buena sea vuestra llegada.  
—Nora buena estéis, señora,—nuestra madre doña Sancha.—  
Ellos le besan las manos,—ella a ellos en la cara.  
—Huelgo de veros a todos,—que ninguno no faltaba,  
y mas a vos, Gonzalvico,—porque a vos mucho amaba.  
Tornad a cabalgar, hijos,—y tomedes vuestras armas,  
y allá ireis a posar—al barrio de Cantarranas.  
Por Dios os ruego, mis hijos,—no salgais de las posadas,  
porque en semejantes fiestas—se urden buenas lanzadas.—  
Ya cabalgan los infantes—y se van a sus posadas;  
hallaron las mesas puestas—y viandas aparejadas.  
[p. 113] Despues que hubieron comido—pidieron juego de tablas,  
si no fuera Gonzalvico,—que su caballo demanda.  
Muy bien puesto en la silla—se sale para la plaza,  
y halló a don Rodrigo—que a una torre tira varas,  
con una fuerza crecida—a la otra parte pasa.  
Gonzalvico que esto viera,—las suyas también tirara:  
las suyas pesan muy mucho,—a lo alto no llegaban.  
Cuando esto vio doña Lambra,—de esta manera hablara:  
—Adamad, dueñas, amad—cada cual de buena gana,  
que más vale un [1] caballero—que cuatro de los de Salas.—  
Cuando esto oyó doña Sancha,—respondió muy enojada:  
—Callades vos, doña Lambra,—no digais la tal palabra;  
si los infantes lo saben,—ante tí lo matarán.  
—Callases tú, doña Sancha,—que tienes por qué callar,  
que pariste siete hijos,—como puerca en muladar.—  
Gozalvico, que esto oyera,—esta respuesta le da:  
—Yo te cortaré las faldas—por vergonzoso lugar,  
por cima de las rodillas—un palmo y mucho más.—  
Al llanto de doña Lambra—don Rodrigo fué a llegar:

—¿Qué es aquesto, doña Lambra?—¿quién te ha querido enojar?  
Si me lo dices, yo entiendo—de te lo muy bien vengar,  
porque a dueña tal cual vos — todos la deben honrar.—

(*Silva* de 1550, t. II, I. 60.)

21

(DE LOS SIETE INFANTES DE LARA.—III)

¿Quién es aquel caballero—que tan gran traición hacia?  
Ruy Velazquez es de Lara,—que a sus sobrinos vendia.  
En el campo de Almenar—a los infantes decia  
que fuesen a correr moros,—que él los acorreria;  
que habrien muy gran ganancia,—muchos captivos traerian.  
Ellos en aquesto estando—grandes gentes parecian;  
más de diez mil son los moros,—las señas traen tendidas.  
Los infantes le preguntan—qué gente es la que venia.  
—No hayais miedo, mis sobrinos,—Ruy Velazquez respondia,  
todos son moros astrosos,—moros de poca valia,  
que viendo que vais a ellos,—a huir luego echarian;  
que si ellos vos aguardan,—yo en vuestro socorro iria:  
corrílos yo muchas veces,—ninguno lo defendia.  
A ellos id, mis sobrinos,—no mostrades cobardía.—  
¡Palabras son engañosas—y de muy grande falsía!  
[p. 114] Los infantes como buenos—con moros arremetian;  
caballeros son doscientos—los que su guarda seguian.  
Él a furto de cristianos—a los moros se venia.  
Díjoles que sus sobrinos—no escape ninguno a vida,  
que les corten las cabezas,—que él no los defenderia.  
Doscientos hombres, no más—llevaban en compañía.  
Don Nuño que ir los vido,—oído habia por su espía,  
y cuando oyó las palabras—que a los moros les decia,  
daba muy grandes las voces—que en el cielo las ponía  
—¡Oh Ruy Velazquez traidor,—el mayor que ser podria:  
¿A tus sobrinos infantes—a la muerte los traías?  
Mientras el mundo durare—durará tu alevosía,  
y la falsedad que has hecho—contra la tu sangre misma.—  
Despues que esto hobo dicho—a los infantes volvia,  
díjoles:—Armáos, mis hijos,—que vuestro tio os vendia:  
de consuno es con los moros,—ya concertado tenia  
que os maten a todos juntos.—Ellos armáronse aina:  
las quince huestes de moros—a todos cerco ponian;  
don Nuño, que era su ayo,—gran esfuerzo les ponía:  
—Esforzáos, no temades,—haced lo que yo hacia:  
a Dios yo vos encomiendo,—mostrad vuestra valentía.—

En la delantera haz—don Nuño herido habia,  
mató muchos de los moros,—mas a él muerto lo habian.  
Los infantes arremeten—con la su caballería:  
mezcláronse con los moros,—a muchos quitan la vida.  
Los cristianos eran pocos,—veinte para uno habia;  
mataron a los cristianos,—que a vida ninguno finca;  
solos quedan los hermanos,—que ninguna ayuda habian.  
Encomendáronse a Dios,— *Santiago, valme*, [1] decian:  
firieron recio en los moros,—gran matanza les hacian;  
no osan estar delante—que gran braveza traian.  
Fernan Gonzalez menor—a sus hermanos decia:  
—Esforzad, los mis hermanos,—lidiemos con valentía,  
mostremos gran corazón—contra aquesta morería.  
Ya no habemos ayuda,—solo Dios darla podia;  
ya murió Nuño Salido,—y nuestra caballería;  
venguémoslos o muramos,—nadie muestre cobardía.  
Que desde estemos cansados—esta sierra nos valdria.—  
Volvieron a pelear,—¡oh qué reciamente lidian!  
muchos matan de los moros,—a otros muchos herian;  
muerto han a Fernan Gonzalez,—seis solos quedado habian.  
Cansados ya de lidiar,—a la sierra se subian;  
limpiáronse los sus rostros,—que sangre y polvo teñian.

(*Sepúlveda*, Romances nuevamente sacados, etc.)

[p. 115] 22

(DE LOS SIETE INFANTES DE LARA.—IV)

Cansados de pelear—los seis hermanos yacian;  
infantes todos los llaman,—que de Lara se decian.  
No pueden alzar los brazos,—¡tan cansados los tenian!  
El dolor era crecido—que Viara y Galve habian,  
capitanes de Almanzor:—a su tío maldecian  
en dejar morir hidalgos—de tan alta valentía,  
mayormente siendo hijos—de una hermana que habia.  
Sácanlos de entre los moros,—que matarlos no querian:  
lleváronlos a sus tiendas;—desarmados los habian:  
mandáronles dar del pan—y tambien de la bebida.  
Ruy Velazquez que lo vido—a Viara y Galve decia:  
—¡Muy mal lo haceis vosotros—dejar aquestos a vida!  
porque si ellos escapan,—a Castilla no tornaria,  
ca ellos me matarán:—defenderme no podria.—  
Los moros han gran pesar—de esto que decir le oian.  
El menor de los infantes—con enojo le decia:  
—¡Oh traidor, falso, malvado,—grande es tu alevosía!

Trujístenos con tu hueste—a quebrantar la morisma  
 enemigos de la fe,—y a ellos tú nos vendias,  
 y dices que aquí nos maten.—¡De Dios perdon no recibas,  
 ni perdone él tu pecado—tan perverso que hoy hacias!—  
 Los moros a los infantes—aquesto les respondian:  
 —No sabemos qué os hacer,—infantes de gran valía,  
 que si vivos os dejamos—Ruy Velazquez él se iria  
 a Córdoba al Almanzor—y moro se tornaria:  
 darle ha muy gran poder,—y si contra nos lo envia,  
 a nos buscará gran mal,—que es hombre de gran falsía.  
 Vivos tornar vos queremos—do la batalla se hacia:  
 procurad de os defender;—vuestro mal a nos dolia.—  
 Los infantes se han armado,—y al campo tornado habian,  
 y encomendándose a Dios—a los moros atendian.  
 Los moros cuando los vieron,—a ellos van con gran grita.  
 ¡Muy cruda es la batalla!—¡Ellos bien se defendían!  
 Como los moros son muchos,—poca mella les hacian.  
 Dos mil y sesenta han muerto,—sin los que han dado heridas.  
 Don Gonzalo, el menor de ellos,—es el que más mal hacia:  
 ¡gran matanza hizo en moros!—¡la su vida bien vendia!  
 Cansados son de lidiar,—moverse ya no podian;  
 matáronles los caballos,—lanza ni espada tenian,  
 [p. 116] ni otras armas algunas,—que quebrado las habian.  
 Los moros presos los tienen;—desnudaron sus lorigas;  
 descabezado los han;—Ruy Velazquez que lo via.  
 Don Gonzalo, el mas pequeño,—grande cuita en sí tenia;  
 cuando vió descabezados—hermanos que bien queria,  
 cobró muy gran corazón;—quitóse del que lo asia:  
 arremetió con el moro—que la crueldad hacia,  
 dióle tan recia puñada,—muerto en tierra lo ponía.  
 De presto tomó la espada,—veinte moros muerto habia.  
 Volvieron luego a prenderlo,—descabezado lo habian.  
 Quedan los infantes muertos,—Ruy Velazquez se volvia  
 a Burueva, su lugar;—por vengado se tenia,  
 habiendo hecho traición—la mayor que se podia.

(*Silva*, Rom. nuevamente sacados, etc.)

(DE LOS SIETE INFANTES DE LARA.—V)

(*Muerte de los infantes de Lara*)

Saliendo de Canicosa—por el val de Arabiana,  
 donde don Rodrigo espera—los hijos de la su hermana,

por campo de Palomares—vió venir muy gran compañía,  
muchas armas reluciendo,—mucha adarga bien labrada,  
mucho caballo lijero,—mucha lanza relumbraba,  
mucho estandarte y bandera—por los aires revolaba.  
La seña que viene en ellas—es media luna cortada;  
Alá traen por apellido,—a Mahoma a voces llaman;  
tan altos daban los gritos,—que los campos resonaban;  
lo que las voces decían,—grande mal significaban:  
—¡Mueran, mueran, van diciendo,—los siete infantes de Lara!  
¡Vengüemos a don Rodrigo,—pues que tiene de ellos saña!—  
Allí está Nuño Salido,—el ayo que los criara;  
como vee la gran morisma,—de esta manera les habla:  
—¡Oh los mis amados hijos!—¡quién vivo no se hallara  
por no ver tan gran dolor—como agora se esperaba!  
Si no os hubiera criado,—no sintiera tanta rabia;  
mas quiéroos tanto, mis hijos,—que se me arrancaba el alma,  
¡Ciertamente nuestra muerte—está bien aparejada!  
No podemos escapar—de tanta gente pagana.  
Vendamos bien nuestros cuerpos,—y miremos por las almas;  
peleemos como buenos,—las muertes queden vengadas;  
ya que lleven nuestras vidas,—que las dejen bien pagadas.  
[p. 117] No nos pese de la muerte,—pues va tan bien empleada,  
pues morimos todos juntos—como buenos, en batalla.—  
Como los moros se acercan,—a cada uno por sí abraza;  
cuando llega Gonzalvico,—en la cara le besara:  
—¡Hijo Gonzalo Gonzalez;—de lo que más me pesaba  
es de lo que sentirá—vuestra madre doña Sancha!  
érades su claro espejo;—más que a todos os amaba.— [1]  
En esto los moros llegan,—traban con ellos batalla,  
los infantes los reciben—con sus adargas y lanzas:  
—Santiago, Santiago, [2] —a grandes voces llamaban:  
matan infinitos moros;—mas todos [3] allí quedarán.

(*Silva* de 1550, t. II, f. 62.)

(DE LOS SIETE INFANTES DE LARA.—VI)

(*Presenta Almanzor a Gustios las cabezas de sus hijos*)

Pártese el moro Alicante—víspera de sant Cebrian;  
ocho cabezas llevaba,—todas de hombres de alta sangre.  
Sábelo el rey Almanzor,—a recibírselo sale;  
aunque perdió muchos moros,—piensa en esto bien ganar.  
Manda hacer un tablado—para mejor las mirar,

mandó traer un cristiano—que estaba en captividad.  
Como ante sí lo trujeron—empezóle de hablar,  
díjole: —Gonzalo Gustos,—mira quién conocerás;  
que lidiaron mis poderes—en el campo de Almenar:  
sacaron ocho cabezas,—todas son de gran linaje.—  
Respondió Gonzalo Gustos:—Presto os diré la verdad.—  
Y limpiándoles la sangre,—asaz se fuera a turbar;  
dijo llorando agramente:—¡Conóscolas por mi mal!  
la una es de mi carillo;—¡las otras me duelen más!  
de los infantes de Lara—son, mis hijos naturales.—  
Así razona con ellos,—como si vivos hablasen:  
—¡Dios os salve, el mi compadre,—el mi amigo leal!  
¿Adónde son los mis hijos—que yo os quise encomendar?  
Muerto sois como buen hombre,—como hombre de fiar.—  
[p. 118] Tomara otra cabeza—del hijo mayor de edad:  
—Sálveos Dios, Diego Gonzalez,—hombre de muy gran bondad,  
del conde Fernan Gonzalez—alferez el principal:  
a vos amaba yo mucho,—que me habíades de heredar—  
Alimpiándola con lágrimas—volviérala a su lugar,  
y toma la del segundo,—Martin Gomez que llamaban:  
—Dios os perdone, el mi hijo,—hijo que mucho preciaba;  
jugador era de tablas—el mejor de toda España,  
mesurado caballero,—muy buen hablador en plaza.—  
Y dejándola llorando,—la del tercero tomaba:  
—Hijo Suero Gustos,—todo el mundo os estimaba;  
el rey os tuviera en mucho,—solo para la su caza:  
gran caballero esforzado,—muy buen bracero a ventaja.  
¡Ruy Gomez vuestro tío—estas bodas ordenara!—  
Y tomando la del cuarto,—lasamente la miraba:  
—¡Oh hijo Fernan Gonzalez,—(nombre del mejor de España,  
del buen conde de Castilla,—aquel que vos baptizara)  
matador de puerco espín,—amigo de gran compañía!  
nunca con gente de poco—os vieran en alianza.—  
Tomó la de Ruy Gomez,—de corazón la abrazaba:  
—¡Hijo mio, hijo mio!—¿quién como vos se hallara?  
nunca le oyeron mentira,—nunca por oro ni plata;  
animoso, buen guerrero,—muy gran feridor de espada,  
que a quien dábades de lleno—tullido o muerto quedaba.—  
Tomando la del menor,—el dolor se le doblara:  
—¡Hijo Gonzalo Gonzalez!—¡Los ojos de doña Sancha!  
¡Qué nuevas irán a ella—que a vos mas que a todos ama!  
Tan apuesto de persona,—decidor bueno entre damas,  
repartidor en su haber,—aventajado en la lanza.  
Mejor fuera la mi muerte—que ver tan triste jornada!—  
Al duelo que el viejo hace,—toda Córdoba lloraba.  
El rey Almanzor cuidadoso—consigo se lo llevaba,  
y mandó a [1] una morica—lo sirviese muy de gana.



Esta le torna en prisiones,—y con hambre le curaba.  
Hermana era del rey,—doncella moza y lozana;  
con esta Gonzalo Gustos—vino a perder su saña,  
que de ella le nació un hijo—que a los hermanos vengara.

(*Silva* de 1550, t. II, f. 64.)

[p. 119] 25

(DE LOS SIETE INFANTES DE LARA.—VII)

### **Romance de los casamientos de doña Lambra con don Rodrigo de Lara**

Ya se salen de Castilla—castellanos con gran saña,  
van a desterrar los moros—a la vieja Calatrava;  
derribaron tres pedazos—por partes de Guadiana:  
por el uno salen moros—que ningun vagar se daban,  
por unas sierras arriba—grandes alaridos daban,  
renegando de Mahoma—y de su secta malvada.  
¡Cuán bien pelea Rodrigo—de una lanza y adarga!  
ganó un escaño tornido—con una tienda romana.  
Al conde Fernan Gonzalez—se la envía presentada,  
que le trate casamiento—con la linda doña Lambra.  
Concertadas son las bodas:—¡ay Dios, en hora menguada  
a doña Lambra la linda—con don Rodrigo de Lara!  
En bodas y tornabodas—se pasan siete semanas.  
Las bodas fueron muy buenas,—y las tornabodas malas;  
las bodas fueron en Burgos,—las tornabodas en Salas.  
Tanta viene de la gente,—no caben en las posadas;  
y faltaban por venir—los siete infantes de Lara.  
Hélos, hélos por do asoman—con su compañía honrada.  
Sáuelos a recibir—la su madre doña Sancha.  
—Bien vengades, los mis hijos,—buena sea vuestra llegada,  
allá iréis a posar, hijos,—a barrios de Cantarranas;  
hallaréis las mesas puestas,—viandas aparejadas.  
Y despues que hayáis comido,—ninguno salga a la plaza,  
porque son las gentes muchas,—siempre trabaréis palabras.—  
Doña Lambra con fantasía—grandes tablados armara.  
Allí salió un caballero—de los de Córdoba la llana,  
caballero en un caballo,—y en su mano una vara;  
arremete su caballo,—al tablado la tirara,  
diciendo:—Amad, señoras,—cada cual como es amada,  
que más vale un caballero—de los de Córdoba la llana,  
más vale que cuatro o cinco—de los de la flor de Lara.—  
Doña Lambra que lo oyera,—de ello mucho se holgara:  
—¡Oh, maldita sea la dama—que su cuerpo te negaba!

que si yo casada no fuera,—el mio yo te entregara.—  
Allí habló doña Sancha,—esta respuesta le daba:  
[p. 120] —Calleis, Alambra, calleis,—no digais tales palabras:  
que si lo saben mis hijos,—habrá grandes barajadas.  
—Callad vos, que a vos os cumple,—que teneis porque callar,  
que paristes siete hijos—como puerca en cenagal.—  
Oídolo ha un caballero—que es ayo de los infantes.  
Llorando de los sus ojos—con gran angustia y pesar,  
se fué para los palacios—do los infantes estaban:  
unos juegan a los dados,—otros las tablas jugaban,  
sino fuera Gonzalillo—que arrimado se estaba;  
cuando le vido llorar,—una pregunta le daba;  
comenzóle a preguntar:—¿Qué es aquesto, el ayo mío,  
quién vos quisiera enojar?—Quién a vos hizo enojo  
cúmplele de se guardar.—Metiéranse en una sala,  
todo se le fué a contar.—Manda ensillar su caballo,  
empiézase de armar.—Despues que estuvo armado  
aprieta fué a cabalgar,—sálese de los palacios,  
y vase para la plaza.—En llegando a los tablados  
pedido había una vara,—arremetió su caballo,  
al tablado la tiraba,—diciendo: Amad, lindas damas,  
cada cual como es amada,—que más vale un caballero  
de los de la flor de Lara,—que veinte ni treinta hombres  
de los de Córdoba la llana.—Doña Lambra que esto oyera  
de sus cabellos tiraba,—llorando de los sus ojos  
se saliera de la plaza,—fuérase a los palacios  
donde don Rodrigo estaba;—en entrando por las puertas,  
estas querellas le daba:—Quéjome a vos, don Rodrigo,  
que me puedo bien quejar;—los hijos de vuestra hermana  
mal abaldonado me han:—que me cortarian las haldas  
por vergonzoso lugar,—me pornian rueca en cinta,  
y me la harían hilar.—Y dicen si algo les digo,  
que luego me harían matar.—Si de esto no me dais venganza,  
mora me quiero tornar:—a ese moro Almanzor  
me iré a querellar.—Calledeis vos, mi señora,  
no queráis hablar lo tal:—que una tela tengo urdida,  
otra entiendo de ordenar,—que nacidos y por nacer  
tuviesen bien que contar.—Fuese para los palacios,  
donde el buen conde está;—en entrando por las puertas,  
estas palabras fué a hablar:—Si matásemos, buen conde,  
los hijos de nuestra hermana,—mandaréis a Castilla vieja,  
y aun los barrios de Salas,—donde hablaremos nosotros,  
y nuestras personas valdrán. [1] —Cuando aquesto oyó el buen conde  
comenzóse a santiguar:—Eso que dices, Rodrigo,  
[p. 121] díceslo por me tentar,—que quiero más los infantes  
que los ojos de mi faz:—que muy buenos fueron ellos  
en aquella de Cascajar,—que si por ellos no fuera,

no volviéramos acá.—Cuando aquello oyó Rodrigo, luego fuera a cabalgar.—Encontrado ha con Gregorio, el su honzado capellán,—que por fuerza, que por grado en una iglesia lo hizo entrar;—tomárale una jura sobre un libro misal:—que lo que allí le dijese que nadie no lo sabrá.—Despues que hubo jurado papel y tinta le da,—escribieron una carta de poco bien y mucho mal—a ese rey Almanzor con traición y falsedad:—que le envíe siete reyes a Campos de Palomar,—y aqueso moro Aliarde [1] venga por su capitan:—«que los siete infantes de Lara te los quiero emprestar».—En escribiendo la carta la hizo luego llevar.—Fuérase luego el conde do los infantes están;—sentados son a la mesa, comenzaban a yantar.—Nora buena estéis, sobrinos.—Vos, tío, muy bien vengais.—Oidme ahora, sobrinos, lo que os quiero contar:—concertado he con los moros, vuestro padre nos han de dar;—salgamos a recibirlo a Campos de Palomar,—solos y sin armadura, armas no hemos de llevar.—Respondiera Gonzalillo, el menor, y fué a hablar:—Tengo ya hecha la jura sobre un libro misal,—que en bodas ni tornabodas mis armas no he de dejar;—y para hablar con moros bien menester nos serán:—que con cristiano ninguno nunca tienen lealtad.—Pues yo voy, los mis sobrinos, y allá os quiero esperar.—En las sierras de Altamira que dicen de Arabiana,—aguardaba don Rodrigo a los hijos de su hermana.—No se tardan los infantes; el traidor mal se quejaba,—está haciendo la jura sobre la cruz de la espada:—que al que detiene los infantes él le sacaria el alma.—Deteníalos Nuño Salido que buen consejo les daba.—Ya todos aconsejados con ellos él caminaba;—con ellos va la su madre una muy larga jornada.—Partiéronse los infantes donde su tío esperaba;—partióse Nuño Salido a los agüeros buscar.—Despues que vió los agüeros comenzó luego a hablar:—Yo salí con los infantes, salimos por nuestro mal;—siete celadas de moros aguardándonos están.—Así allegó a la peña do los infantes están,—tomáralos a su lado, [p. 122] empezóles de hablar:—Por Dios os ruego, señores, que me querais escuchar:—que ninguno pase el río, ni allá quiera pasar,—que aquel que allá pasare a Salas no volverá.—Allí hablara Gonzalo con ánimo singular,—era menor en los días, y muy fuerte en pelear.—No digáis eso, mi ayo,

que allá hemos de llegar.—Dió de espuelas al caballo,  
el río fuera a pasar.—Los hermanos que lo vieron  
empiezan a guerrear;—mas la morisma era tanta,  
que no les daban lugar.—Uno a uno, dos a dos  
degollado se los han.—Con la empresa que tenían  
para Córdoba se van;—las alegrías que hacen  
gran cosa era de mirar.—Alicante con placer  
a su tío fué a hablar:—Nora buena esteis, mi tío.  
—Mi sobrino, bien vengais.—¿Cómo os ha ido, sobrino,  
con las guerrillas de allá?—Guerras os parecerian,  
que no guerrillas de allá;—por siete cabezas que traigo,  
mil me quedaron allá.—Tomara el rey las cabezas,  
al padre las fué a enviar;—está haciendo la jura  
por su corona real:—si el viejo no las conoce  
de hacerlo luego matar;—y si él las conocia,  
le haria luego soltar.—Toma el viejo las cabezas,  
empezara de llorar,—estas palabras diciendo  
empezara de hablar:—No os culpo yo a vosotros,  
que érades de poca edad;—mas culpo a Nuño Salido,  
que no os supo guardar.

(Síguense tres romances. El primero que dize «los casamientos  
de doña Larnbra con don Rodngo de Lara), etc.—Pliego  
suelto del siglo XVI.)

(DE LOS SIETE INTANTES DE LARA Y DEL BASTARDO MUDARRA.—VIII)

### Romance de don Rodrigo de Lara

A cazar [1] va don Rodrigo,—y aun don Rodrigo de Lara: [2]  
con la gran siesta que hace—arrimádose ha a una haya,  
maldiciendo a Mudarrillo,—hijo de la renegada,  
[p. 123] que si a las manos le hubiese [1] —que le sacaria el alma.  
El señor estando en esto—Mudarrillo que asomaba:  
—Dios te salve, caballero,—debajo la verde haya.  
—Así haga a tí, escudero,—buena sea tu [2] llegada.  
—Dígame tú, el caballero,—¿cómo era la tu gracia?  
—A mí dicen don Rodrigo,—y aun don Rodrigo de Lara,  
cuñado de Gonzalo Gustos,—hermano de doña Sancha;  
por sobrinos me los hube—los siete infantes de Salas.  
Espero aquí a Mudarrillo,—hijo de la renegada;  
si delante lo tuviese,—yo le sacaria el alma.  
—Si a tí dicen don Rodrigo,—y aun don Rodrigo de Lara,  
a mí Mudarra Gonzales,—hijo de la renegada,

de Gonzalo Gustos hijo,—y alnado de doña Sancha: [3]  
por hermanos me los hube—los siete infantes de Salas:  
tú los vendiste, traidor,—en el val de Arabiana;  
mas si Dios a mí me ayuda,—aquí dejarás el alma  
—Espéresme, don Gonzalo,—iré a tomar las mis armas  
—El espera que tú diste—a los infantes de Lara:  
«aquí morirás, traidor,—enemigo de doña Sancha»—

(*Canc. de Rom*, s, a., fol. 165,— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 172.  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 87.)

27

### Romance de doña Teresa [4]

Casamiento se hacia—que a Dios ha desagradado:  
casan a doña Teresa—con un moro renegado,  
rey que era de allende,—por nombre Audalla llamado.  
Casábala el rey su hermano—por mal juicio guiado;  
perlados ni [5] ricos hiombres—que sobre ello se han juntado,  
no ha sido ninguno parte,—para que fuese estorbado.  
A todos responde el rey—que está muy bien ordenado.  
La infanta desde lo supo,—gran sentimiento ha mostrado;  
las ropas que traía vestidas—de arriba abajo ha rasgado,  
su cara y rubios cabellos—muy mal los había tratado.  
—¡Ay de ti, [6] decia la infanta,—cómo te cubrió mal hado,  
tu mocedad y frescura—qué mal que la has empleado!—  
[p. 124] Aquestas palabras diciendo,—por veces se ha desmayado;  
echádole han agua al rostro,—sus damas en sí la han tornado.  
Desde ya más reposada—un poco en sí había [1] tornado,  
de hinojos en el suelo—de esta manera ha hablado:  
—A tí, señor Dios, me quejo—de tan gran desaguizado,  
que, siendo yo sierva tuya,—con un moro me han casado.  
Tú sabes que esto es fuerza—y contra todo mi grado;  
mi hermano es el que lo quiere—y el que lo ha ordenado.  
Miémbrete, señor, de mí,—no me hayas desamparado,  
mira el tan gran peligro—que a mí esta aparejado.—

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 70.)

(Aquí comiençan cinco romances; con vna glosa. El primero  
«amores trata Rodrigo, etc.» Pliego suelto del siglo XVI.)

**De cómo Diego Lainez, padre del Cid, probó de los cuatro hijos que tenía, el más valiente.—I**

Ese buen Diego Lainez—después que hubo yantado, [1]  
hablando está sobre mesa—con sus hijos todos cuatro.  
Los tres son de su mujer,—pero el otro era bastardo,  
y aquel que bastardo era,—era el buen Cid castellano.  
Las palabras que les dice—son de hombre lastimado:  
—Hijos, mirad por la honra,—que yo vivo deshonado:  
que porque quité una liebre—a unos galgos que cazando  
hallé del conde famoso,—llamado conde Lozano;  
palabras sucias [2] y viles—me ha dicho y ultrajado. [3]  
¡A vosotros toca, hijos,—no a mí que soy anciano! [4]  
Estas palabras diciendo,—al mayor había tomado:  
queriendo hablarle en secreto,—metióle en un apartado;  
tomóle el dedo en la boca,—fuertemente le ha apretado:  
con el gran dolor que siente,—un grito terrible ha echado.  
El padre le echara fuera,—que nada le hubo hablado.  
A los dos metiera juntos,—que de los tres han quedado,  
la misma prueba les hizo,—el mismo grito habían dado.  
Al Cid metiera el postrero,—que era el menor [5] y bastardo.  
Tomóle el dedo en la boca,—muy recio se lo ha [6] apretado:  
con el gran dolor que siente—un bofetón le ha amagado.  
—Aflojad, padre, le dijo,—si no, seré mal criado.—  
El padre que aquesto vido,—grandes abrazos le ha dado.  
—Ven acá tú, hijo mío,—ven acá tú, hijo amado,  
a ti encomiendo mis armas,—mis armas, y aqueste cargo:  
que tú mates ese conde—si quieres vivir honrado.—  

[p. 126] El Cid calló y escuchólo,—respuesta no le ha tornado.  
A cabo de pocos días—el Cid al conde ha topado;  
hablóle de esta manera—como varon esforzado:  
—Nunca lo pensara, el conde,—fuérades tan mal criado,  
que porque quitó una liebre—mi padre a un vuestro galgo, [1]  
de palabras ni de obras—fuese de vos denostado.  
¿Cómo queredes que sea—que tiene que ser vengado?—  
El conde tomólo a burlas;—el Cid presto se ha enojado;  
apechugó con el conde,—de puñaladas le ha dado.

(Timoneda, *Rosa española*. Cancionero, *Flor de enamorados*.)

## Romance de cómo vino el Cid a besar las manos al rey sobre seguro [2]

Cabalga Diego Lainez—al buen rey besar la mano;  
consigo se los llevaba—los trescientos hijosdalgo.  
Entre ellos iba Rodrigo—el soberbio castellano;  
todos cabalgan a mula,—solo Rodrigo a caballo;  
todos visten oro y seda,—Rodrigo va bien armado;  
todos espadas ceñidas,—Rodrigo estoque dorado;  
todos con sendas varicas,—Rodrigo lanza en la mano;  
todos guantes olorosos,—Rodrigo guante mallado;  
todos sombreros muy ricos,—Rodrigo casco afilado, [3]  
y encima del casco lleva—un bonete colorado.

Andando por un camino,—unos con otros hablando,  
allegados son a Burgos;—con el rey se han encontrado.  
Los que vienen con el rey—entre sí van razonando;  
unos lo dicen de quedo,—otros lo van preguntando:  
—Aquí viene entre esta gente—quien mató al conde Lozano.

Como lo oyera Rodrigo,—en hito los ha mirado:  
con alta y soberbia voz—de esta manera ha hablado:  
[p. 127] —Si hay alguno entre vosotros,—su pariente o adeudado,  
que le pese de su muerte,—salga luego a demandallo;  
yo se lo defenderé—quiera a pié, quiera a caballo.—  
Todos responden a una:—Demándelo su pecado.—  
Todos se apearon juntos—para al rey besar la mano;  
Rodrigo se quedó [1] solo—encima de su caballo.

Entonces habló su padre,—bien oiréis lo que ha hablado:  
—Apeaos vos, mi hijo, [2] —besaréis al rey la mano,  
porque él es vuestro señor,—vos, hijo, sois su vasallo.—  
Desque Rodrigo esto oyó—sintióse mas agraviado:  
las palabras que responde—son de hombre muy enojado.  
—Si otro me lo dijera,—ya me lo hubiera pagado;  
mas por mandarlo vos, padre,—yo lo haré de buen grado.—

Ya se apeaba Rodrigo—para al rey besar la mano;  
al hincar de la rodilla,—el estoque se ha arrancado.  
Espantóse de esto el rey,—y dijo como turbado:  
—Quítate, Rodrigo, allá,—quítate me allá, diablo,  
que tienes el gesto de hombre,—y los hechos de leon bravo.—

Como Rodrigo esto [3] oyó,—aprieta pide el caballo:  
con una voz alterada,—contra el rey así ha hablado:  
—Por besar mano de rey—no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre—me tengo por afrentado.—  
En diciendo estas palabras—salido se ha del palacio:  
consigo se los tornaba—los trescientos hijosdalgo:  
si bien vinieron vestidos,—volvieron mejor armados,  
y si vinieron en mulas,—todos vuelven en caballos.

(DEL CID.—III)

### Romance de Jimena Gomez

Cada día que amanece—veo quien mató a mi padre,  
y me pasa por la puerta—por me dar mayor pesar,  
con un falcon en la mano—que trae para cazar;  
mátame mis palomillas—que están en mi palomar.  
Rey que no face justicia—non debía [4] de reinar,  
ni cabalgar en caballo,—ni con la reina holgar.—  
[p. 128] El rey cuando aquesto oyera—comenzara de pensar:  
—Si yo prendo o mato al Cid,—mis Cortes revolverse han.  
Mandar le quiero una carta,—mandar le quiero llamar.—  
Las palabras no son dichas,—la carta camino va;  
mensajero que la lleva—dado la habia a su padre.  
—Malas mañas habeis, conde,—no vos las puedo quitar,  
que cartas que el rey vos manda,—no me las quereis mostrar.  
—No era nada, mi hijo,—sino que vades allá;  
quedávos aquí, mi hijo, [1] —yo iré en vuestro lugar.  
—Nunca Dios atal quisiese,—ni santa María lo mande,  
sino que adonde vos fuéredes—que vaya yo adelante.

(Canc. de Rom. s. a., fol. 155.—Silva de 1550, t. I, fol. 75.—  
*Canc. de Rom.*, ed. de Medina del año 1570, fol. 44.)

(DEL CID.—IV)

(*Al mismo asunto*)

### Romance de cómo Jimena Gomez, hija del conde Lozano, se vino a querellar al rey del Cid

En Burgos está el buen rey—asentado a su yantar,  
cuando la Jimena Gomez—se le vino a querellar.  
Cubierta toda [2] de luto,—tocas de negro cendal,  
las rodillas por el suelo,—comenzara de hablar:  
—Con mancilla vivo, rey,—con ella murió mi madre;  
cada día que amanece—veo al que [3] mató a mi padre



caballero en un caballo,—y en su mano un gavilán;  
por facerme mas despecho—cébalo en mi palomar,  
mátame mis palomillas—criadas y por criar;  
la sangre que sale de ellas [4] —teñido me ha mi brial:  
enviéselo a decir,—envióme a amenazar.  
Hacedme, buen rey, justicia,—no me la queráis negar. [5]  
Rey que non face justicia—non debiera [6] de reinar,  
[p. 129] ni cabalgar en caballo,—ni con la reina holgar, [1]  
ni comer pan [2] a manteles,—ni menos armas armar.— [3]  
El rey cuando aquesto oyera [4] —comenzara [5] de pensar:  
—Si yo prendo o mato al Cid [6] —mis Cortes revolverse han; [7]  
pues si lo dejo de hacer,—Dios me lo ha de demandar. [8]  
Mandarle quiero una carta, [9] —mandarle quiero llamar.—  
Las palabras no son dichas,—la carta camino va,  
mensajero que la lleva—dado la habia a su padre.  
Cuando el Cid aquesto supo,—así comenzó a hablar:  
—Malas mañas habeis, conde,—non vos las puedo quitar,  
que carta que el rey vos manda,—no me la quereis mostrar.  
—Non era nada, mi fijo,—si non que vades allá;  
fincad vos acá, mi fijo,—que yo iré en vueso lugar.  
—Nunca Dios lo tal quisiese—ni Santa María su madre,  
sino que donde vos fuéredes,—tengo yo de ir adelante.

(Escobar, *Romancero del Cid*.—Timoneda, *Rosa española*.)

30 b

(DEL CID.—V)

(*Al mismo asunto*)

### **Romance de Jimena Gomez**

Dia era de los Reyes,—día era señalado,  
cuando dueñas y doncellas—al rey piden aguinaldo,  
sino es Jimena Gomez,—hija del conde Lozano,  
que puesta delante el rey,—de esta manera ha hablado:  
—Con mancilla vivo, rey,—con ella vive mi madre;  
[p. 130] cada día que amanece—veo quién mató a mi padre  
caballero en un caballo—y en su mano un gavilán;  
otra vez con un halcon—que trae para cazar,  
por me hacer mas enojo—cébalo en mi palomar:  
con sangre de mis palomas—ensangrentó mi brial.  
Enviéselo a decir,—envióme a amenazar  
que me cortará mis haldas—por vergonzoso lugar, [1]

me forzará mis doncellas—casadas y por casar;  
matárame un pajecico—so haldas de mi brial.  
Rey que no hace justicia—no debia de reinar,  
ni cabalgar en caballo,—ni espuela de oro calzar,  
ni comer pan a manteles,—ni con la reina holgar,  
ni oír misa en sagrado,—porque no merece más.—  
El rey de que aquesto oyera—comenzara de hablar:  
—¡Oh váleme Dios del cielo!—quírame Dios aconsejar:  
si yo prendo o mato al Cid,—mis Cortes se volverán;  
y si no hago justicia,—mi alma lo pagará.  
—Tente las tus Cortes, rey,—no te las revuelva nadie,  
al Cid que mató a mi padre—dámelo [2] tú por igual,  
que quien tanto mal me hizo—sé que algun bien me hará.—  
Entónces dijera el rey,—bien oiréis lo que dirá:  
—Siempre lo oí decir,—y agora veo que es verdad,  
que el seso de las mujeres—que no era natural:  
hasta aquí pidió justicia,—ya quiere con él casar.  
Yo lo haré de buen grado,—de muy buena voluntad;  
mandarle quiero una carta,—mandarle quiero llamar.—  
Las palabras no son dichas,—la carta camino va,  
mensajero que la lleva—dado la habia a su padre.  
—Malas mañas habeis, conde,—no vos las quiero quitar,  
que cartas que el rey vos manda—no me las quereis mostrar.  
—No era nada, mi hijo,—sino que vades allá,  
quedávos aquí, hijo,—yo iré en vuestro lugar.  
—Nunca Dios atal quisiese—ni santa María lo mande,  
sino que adonde vos fuéredes—que vaya yo adelante.—

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 162.)

[p. 131] 31

(DEL CID.—VI)

(*El Cid pide el tributo al moro*)

Por el val de las Estacas—pasó el Cid a mediodía,  
en su caballo Babieca:—¡oh qué bien que parecia!  
El rey moro que lo supo—a recibirle salia,  
dijo:—Bien vengas, el Cid,—buena sea tu venida,  
que si quieres ganar sueldo,—muy bueno te lo daria,  
o si vienes por mujer,—darte he una hermana mía.  
—Que no quiero vuestro sueldo—ni de nadie lo querria,  
que ni vengo por mujer,—que viva tengo la mía:  
vengo a que pagues las parias—que tú debes a Castilla.  
—No te las daré yo, el buen Cid,—Cid, yo no te las daria:

si mi padre las pagó,—hizo lo que no debía.  
—Si por bien no me las das,—yo por mal las tomara.  
—No lo harás así, buen Cid,—que yo buena lanza habia.  
—En cuanto a eso, rey moro,—creo que nada te debía,  
que si buena lanza tienes,—por buena tengo la mía:  
mas da sus parias al rey,—a ese buen rey de Castilla.  
—Por ser vos su mensajero,—de buen grado las daria.

(*Códice del siglo XIV, en el Rom. gen. del señor Durán.*)

32

(DEL CID.—VII)

### Romance del Cid Ruidiaz [1]

Por el val de las Estacas—el buen Cid pasado había:  
a la mano izquierda deja—la villa de Constantina.  
En su caballo Babieca,—muy gruesa lanza traía:  
va buscando al moro Abdalla, [2] —que enojado le tenia.  
[p. 132] Travesando un antepecho,—y por una cuesta arriba,  
dábale el sol en las armas,—¡oh, cuán bien que parecía!  
Vido ir al moro Abdalla—por un llano que allí había,  
armado de fuertes armas,—muy ricas ropas traia.  
Dábale voces el Cid;—de esta manera decía:  
—Espéresme, moro Abdalla,—no muestres tú [1] cobardía.—  
A las voces que el Cid daba,—el moro le respondía:  
—Muchos tiempos ha, el Cid, [2] —que esperaba yo este día,  
porque no hay hombre nacido—de quien yo me esconderia;  
porque desde mi niñez—siempre huí de cobardía.  
—Alabarte, moro Abdalla,—poco te aprovecharia;  
mas si eres cual tú hablas [3] —en esfuerzo y valentía,  
a tiempo eres venido, [4] —que menester te seria.—  
Estas palabras diciendo,—contra el moro arremetía;  
encontróle con la lanza,—y en el suelo lo derriba;  
cortárale la cabeza,—sin le hacer cortesía. [5]

(*Silva de 1550, t, II, f. 48.—Timoneda, Rosa española.*)

33

(DEL CID.—VIII)

(*El rey y el Cid a Roma*)

Rey don Sancho, rey don Sancho, [6] —cuando en Castilla reinó,  
corrió a Castilla la Vieja—de Búrgos hasta Leon,  
corrió todas las Asturias—dentro hasta San Salvador,  
también corrió a Santillana,—y dentro en Navarra entró,  
y a pesar del rey de Francia—los puertos de Aspa pasó.  
Siete días con sus noches—en el campo le esperó.  
Desque vió que no venia—a Castilla se volvió.  
Luego le vinieron cartas—de ese padre de Aviñon,  
que se vaya para Roma,—y le alzarán emperador;  
que lleve treinta de mula,—y de caballo que non,  
y que no lleve consigo—ese Cid Campeador;  
que las Cortes estén en paz,—no las revolviere, non.  
[p. 133] El Cid cuando lo supo—a las Cortes se partió  
con trescientos de a caballo,—todos hijos-dalgo son.  
—Mercedes, buen rey, mercedes,—otorgádmelas, señor,  
que cuando fuereis a Roma,—que me llevedes con vos,  
que por las tierras do fuéredes—yo sería el gastador,  
hasta salir de Castilla,—de mis haberes gastando;  
cuando fuéremos por Francia—el campo iremos robando,  
por ver si algun frances—saldria a demandallo.—  
A sus jornadas contadas—a Roma se han llegado;  
apeado se ha el buen rey,—al Papa besó la mano;  
tambien sus caballeros,—que se lo habian enseñado:  
no lo hizo el buen Cid,—que no lo habia acostumbrado.  
En la capilla de San Pedro—don Rodrigo se ha entrado,  
viera estar siete sillas—de siete reyes cristianos;  
viera la del rey de Francia—par de la del Padre santo,  
y vió estar la de su rey—un estado más abajo:  
vase a la del rey de Francia,—con el pié la ha derrocado,  
la silla era de oro,—hecho se ha cuatro pedazos;  
tomara la de su rey,—y subióla en lo más alto.  
Ende hablara un duque—que dicen el saboyano;  
—Maldito seas, Rodrigo,—del Papa descomulgado,  
que deshonoraste a un rey,—el mejor y más sonado.—  
Cuando lo oyó el buen Cid,—tal respuesta le ha dado:  
—Dejemos los reyes, duque,—ellos son buenos y honrados,  
y hayámoslo los dos—como muy buenos vasallos.—  
Y allegóse cabe el duque,—un gran bofetón le ha dado.  
Allí hablara el duque:—¡Demándetelo el diablo!—  
El Papa desque lo supo—quiso allí descomulgallo.  
Don Rodrigo que lo supo,—tal respuesta le hubo dado:  
—Si no me absolveis, el Papa,—seríaos mal contado:  
que de vuestras ricas ropas—cubriré yo mi caballo.—  
El Papa desque lo oyera,—tal respuesta le hubo dado:  
—Yo te absuelvo, don Rodrigo,—yo te absuelvo de buen grado,  
que cuanto hicieres en Cortes—seas de ello libertado.

(Siguense tres romances. El primero, que dice «Los casamientos de doña Lambra con don Rodrigo de Lara, etc.»—Pliego suelto del siglo XVI.)

[p. 134] 34

(DEL CID.—IX)

### **Romance de cómo el Cid fué a Concilio con el rey don Sancho hasta Roma [1]**

A concilio dentro en Roma,—a concilio bien llamado. [2]  
Por obedecer al Papa,—ese noble rey don Sancho  
para Roma fué derecho,—con el Cid acompañado.  
Por sus jornadas contadas—en Roma se han apeado:  
el rey con gran cortesía—al Papa besó la mano,  
y el Cid y sus caballeros—cada cual de grado en grado.  
En la iglesia de San Pedro—don Rodrigo habia entrado,  
do vido las siete sillas—de siete reyes cristianos,  
y vió la del rey de Francia—junto a la del Padre santo,  
y la del rey su señor—un estado más abajo.  
Vase [3] a la del rey de Francia,—con el pié la ha derribado;  
la silla era de marfil,—hecho la ha cuatro pedazos;  
tomara [4] la de su rey—y subióla en lo más alto.  
Allí habló un honrado duque—que dicen el saboyano;  
—Maldito seas, Rodrigo,—del Papa descomulgado,  
porque deshonoraste un rey—el mejor y máspreciado.—  
En oír aquesto el Cid,—tal respuesta le hubo dado:  
—Dejemos los reyes, duque,—y si os sentis agraviado,  
hayámoslo los dos solos;—de mí a vos sea demandado;  
Allegóse cabe el duque,—un gran bofetón [5] le ha dado.  
El duque le respondió: [6] —¡Demándetelo el diablo!— [7]  
El Papa cuando lo supo—al Cid ha descomulgado;  
en saberlo luego el Cid—ante él se ha arrodillado. [8]  
—Absolvedme, dijo, Papa,—si no, seráos mal contado.—  
El Papa de piadoso—respondió muy mesurado:  
—Yo te absuelvo, don Rodrigo,—yo te absuelvo de buen grado,  
con que seas en mi corte—muy cortés y mesurado.

(Timoneda, *Rosa española*.— Escobar, *Romancero del Cid*.)

[p. 135] 35

(DEL CID.—X)

### **Romance del rey don Fernando primero**

Doliente estaba, doliente,—ese buen rey don Fernando;  
los piés tiene cara oriente—y la candela en la mano.  
A la cabecera tiene—los sus fijos todos cuatro.  
Los tres eran de la reina,—y el uno era bastardo.  
Ese que bastardo era—quedaba mejor librado;  
arzobispo es de Toledo—y en las Españas perlado. [1]  
—Si yo no muriera, hijo,—vos fuéades Padre santo,  
mas con la renta que os queda,—bien podreis, hijo, alcanzarlo,— [2]

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 79.—*Canc. de Rom.* s. a, fol. 157.) [3]

Doliente se siente el rey,—ese buen rey don Fernando;  
los piés tiene hácia oriente—y la candela en la mano.  
A su cabecera tiene—arzobispos y perlados,  
a su man derecha tiene—a sus fijos todos cuatro.  
Los tres eran de la reina,—y el uno era bastardo:  
ese que bastardo era—quedaba mejor librado.  
Arzobispo es de Toledo,—maestre de Santiago,  
abad era en Zaragoza,—de las Españas primado.  
—Hijo, si yo no muriera,—vos fuéades Padre santo;  
mas con la renta que os queda,—vos bien podreis alcanzarlo.—  
Ellos estando en aquesto—entrara Urraca Fernando,  
y vuelta hácia su padre—de esta manera ha hablado.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 146.)

[p. 136] 36

(DEL CID.—XI)

### Romance de doña Urraca

Morir vos queredes, padre,—San Miguel vos haya el alma;  
mandástes las vuestras tierras—a quien se vos antojara,  
a don Sancho a Castilla,—Castilla la bien nombrada,  
a don Alonso a Leon—y a don García a Vizcaya.  
A mí, porque soy mujer,—dejaisme desheredada:  
irme he yo por esas tierras [1] —como una mujer errada,  
y este mi cuerpo daría—a quien se me antojara,  
a los moros por dineros—y a los cristianos de gracia; [2]  
de lo que ganar pudiere—haré bien por la vuestra alma. [3]  
—Callede, hija, callede,—no digades tal palabra,  
que mujer que tal decia,—merescia ser quemada.  
Allá en Castilla la Vieja—un rincon se me olvidaba;

Zamora habia por nombre,—Zamora la bien cercada;  
de una parte la cerca el Duero,—de otra, Peña tajada;  
de la otra [4] la Morería:—¡una cosa muy preciada!  
¡quien vos la tomare, [5] hija,—la mi maldicion le caiga!—  
Todos dicen amen, amen,—sino don Sancho, que calla. [6]

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 79; *Canc. de Rom. s. a.*, fol. 158;  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 146; Timoneda, *Rosa española*.)

[p. 137] 37

(DEL CID. — XII)

### **Romance de las quejas de la infanta contra el Cid Ruy Díaz [1]**

Afuera, afuera, Rodrigo, — el soberbio castellano,  
accordársete debria — de aquel tiempo ya pasado [2]  
cuando fuiste caballero [3] — en el [4] altar de Santiago,  
cuando el rey fué tu padrino, — tú, Rodrigo, el ahijado:  
mi padre te dió las armas, [5] — e mi madre te dió el caballo,  
yo te calcé las espuelas — porque fueses más honrado:  
que pensé casar [6] contigo, — no [7] lo quiso mi pecado,  
casaste con Jimena Gomez, — hija del conde Lozano:  
con ella hubiste dineros, — conmigo hubieras Estado. [8]  
Bien casaste tú, Rodrigo, — muy mejor fueras casado;  
dejaste hija de rey — por tomar de su vasallo. [9]  
— Si os parece, mi señora, — bien podemos destigallo. [10]  
— Mi ánima penaria — si yo fuese en discrepallo.  
[p. 138] — Afuera, afuera, los míos, — los de a pié y de a caballo,  
pues de aquella torre mocha — una vira me han tirado.  
No traía el asta hierro, [1] — el corazón me han pasado,  
ya ningun remedio siento — sino vivir mas penado.

(*Silva* de 1550, t. I, fol. 78.- *Canc. de Rom. s. a.*, fol. 157 .  
*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 147.-Timoneda, *Rosa española*). [2]

38

(DEL CID. — XIII)

### **Romance de los reyes don Sancho de Castilla y don Alonso de Leon [3]**

Entre dos reyes cristianos — hay muy grande división,

don Sancho, rey de Castilla, — y don Alonso de Leon.  
 Don Sancho dice que el reino — le viene por sucesión;  
 don Alonso le [4] defiende y estáse en la posesión;  
 no les pueden poner treguas — cuantos en la corte son,  
 perlados, ni ricos hombres, — ni monjes de religión.  
 El hecho se pone en armas, — y con esta condición:  
 que el reino pierda el vencido — sin haber mas redempcion.  
 Ya juntadas las batallas, — ya trabada es la quistion,  
 juntáronse en las vegas, — en las vegas de Carrion.  
 Los leoneses pelean — como hombres de razon;  
 los castellanos van malos, — venido han en perdición,  
 todos iban de huida — sin ninguna ordenación.  
**[p. 139]** Don Alonso es piadoso—de su misma inclinación,  
 no quiso seguir l'alcance [1] —movido de compasión.  
 Ellos en aquesto estando—asomado habia un pendon,  
 todo de seda bermeja,—y de oro la guarnición,  
 una cruz en medio verde—que traia por devoción.  
 Castellanos eran todos,—castellanos de nacion;  
 el Cid y toda su gente—era aquella guarnicion,  
 que no se halló en la batalla—porque tuvo ocupacion:  
 Don Sancho desde lo vido—tomado ha consolación, [2]  
 dan sobre los leoneses—que están sin avisacion;  
 prendieran al rey don Sancho,—metido le han en prisión.  
 Llevándolo así preso—llegó el Cid a la sazón,  
 habló como caballero—muy allegado a razon:  
 —Escuchadme, caballeros,—sea esta la conclusión:  
 dádnos nuestro rey, vosotros,—y con buena bendicion,  
 y vos daremos el vuestro—luego sin mas dilacion.—  
 Los leoneses [3] no quisieron,—con gran orgullo y presunción,  
 temiendo ser su rey muerto,—y que aquello era traicion.  
 Entónces el Cid en ellos—hizo grande destruicion,  
 a su rey ha delibrado,—y a ellos puso en confusion;  
 preso llevan al rey don Alonso—que era verle compasion,  
 metídolo han en grillos—sin mas consideración.

(Silva de 1550, t. II, fol. 69. Aquí comienzan cinco romances:  
 con una glosa. El primero «Amores trata Rodrigo, etc.»  
 Pliego suelto del siglo XVI.)



Rey don Sancho, rey don Sancho,—cuando en Castilla reinó  
 le salían las sus barbas, [5] —¡y cuán poco las logró!  
 A pesar de los Franceses—los puertos de Aspa pasó;  
 siete días con sus noches—en campo los aguardó,  
 y viendo que no venian—a Castilla se volvió.  
 Matara el conde de Niebla,—y el condado le quitó,  
 y a su hermano don Alonso—en las cárceles lo echó,  
 [p. 140] y despues que lo echara—mandó hacer un pregon [1]  
 que él que rogase por él—que le diesen por traidor.  
 No hay caballero, ni dama,—que por él rogase, no,  
 sino fuera una su hermana—que al rey se lo pidió:  
 —Rey don Sancho, rey don Sancho,—mi hermano y mi señor,  
 cuando yo era pequeña—prometístesme un don; [2]  
 agora que soy crecida,—otorgámelo, señor.— [3]  
 —Pedildo vos, mi hermana;—mas con una condicion,  
 que no me pidais a Burgos,—a Burgos, ni a Leon,  
 ni a Valladolid la rica,—ni a Valencia de Aragon:  
 de todo lo otro, mi [4] hermana,—no se os negará, [5] no.  
 —Que no os pido yo [6] a Burgos,—a Burgos, ni a Leon,  
 ni a Valladolid la rica,—ni a Valencia de Aragon:  
 mas pidoos [7] a mi hermano,—que lo teneis en prision.  
 —Pláceme, dijo, hermana,—mañana os lo daré yo.  
 —Vivo lo habeis de dar, vivo,—vivo, que no muerto, no.  
 —Mal hayas tú, [8] hermana,—y quien tal te [9] aconsejó,  
 que mañana, de mañana,—muerto te [10] lo diera yo.

(Silva de 1550, t. II, f. 48.—Timoneda, Rosa esp.)

40

(DEL CID.—XV)

### **Romance del rey don Sancho de Castilla**

Rey don Sancho, don Sancho,—ya que te apuntan las barbas,  
 quien te las vido nacer,—no te las verá logradas.  
 Aquestos tiempos andando—unas Cortes ordenara,  
 y por todas las sus tierras—enviaba las sus cartas:  
 las unas iban de ruego,—las otras iban con saña;  
 a unos ruega que vengan,—a otros amenazaba.  
 Ya que todos son llegados,—de esta suerte les hablara:  
 —Ya sabeis, los mis vasallos,—cuando mi padre finara,  
 cómo repartió sus tierras—a quien bien se le antojara:  
 las unas dió a doña Elvira,—las otras a doña Urraca,  
 las otras a mis hermanos;—todas estas eran mías,

[p. 141] porque yo las heredaba.—Ya que yo se las quitase ningun agravio aquí usaba,—porque quitar lo que es mío a nadie en esto dañaba.—Todos miraban al Cid por ver si se levantaba,—para que responda al rey lo que en esto le agradaba.—El Cid, que vee que le miran, de esta suerte al rey habla:—Ya sabeis, rey mi señor, como cuando el rey finara,—hizo hacer juramento a cuantos allí se hallaban:—que ninguno de nosotros fuese contra lo que él manda,—y que ninguno quitase a quien él sus tierras daba.—Todos dijimos amen, ninguno le rehusara.—Pues ir contra el juramento no hallo ley que lo manda;—mas si vos quereis, señor, hacer lo que os agradaba,—nos no podemos dejar de obedecer vuestra manda;—mas nunca se logran hijos que al padre quiebran palabra.—Ni tampoco tuvo dicha en cosa que se ocupaba,—nunca Dios le hizo merced, ni es razón que se la haga.

(*Silva* de 1550, t. II, f. 52)

41

(DEL CID.—XVI)

### **Romance de Diego Ordoñez [1]**

Riberas de Duero arriba—cabalgan dos zamoranos  
en caballos alazanes—ricamente enjaezados.  
Fuertes armas traen secretas—y encima sus ricos mantos  
con sendas lanzas y adargas,—como hombres enemistados.  
—A grandes voces oimos—estándonos desarmando,  
si habria dos para dos—caballeros zamoranos,  
que quisiesen tomar lid—con otros dos castellanos;  
y los que las voces daban,—padre y hijo son entrambos:  
padre y hijo eran los hombres,—padre y hijo los caballos.  
Dicen que es don Diego Ordoñez—y su hijo don Hernando,  
aquel que reptó a Zamora—por muerte del rey don Sancho, [2]  
cuando el traidor de Vellido—le mató con un venablo;  
y aun [3] al pasar de la puente,—padre y hijo van hablando: [4]  
[p. 142] —No sé si oísteis, [1] hijo,—las damas que están mirando. [2]  
—Bien las oí yo, [3] señor,—lo que quedan [4] razonando,  
que las ancianas decian:—¡Oh qué viejo tan honrado!  
Y las doncellas decian:—¡Oh qué mozo tan lozano!—  
Palabras de gran soberbia—son las que ellos van hablando, [5]  
que si caso se ofreciese,—y hubiese [6] ruido en campo,

que se matarian con tres—y se matarian [7] con cuatro,  
y si cinco les saliesen, [8] —que no les huirian el campo;  
con tal que no fuesen primos—ni menos fuesen hermanos,  
ni de las tiendas del Cid—ni de sus paniaguados,  
de la casa de los Arias—salgan seis mas esforzados.  
No falta [9] quien los ha oido—lo que ellos van razonando. [10]  
Oídolo [11] ha Gonzalo Arias, hijo de Arias Gonzalo.  
Siete caballeros vienen,—todos siete bien armados,  
cubiertos de sus escudos;—las lanzas van. blandeando,  
y traen por apellido—a San Jorge y Santiago.  
—¡Mueran, mueran los traidores,—mueran y [12] dejen al campo!—  
A recibirselos sale [13] —don Ordoño y don Hernando:  
a los primeros encuentros—don Ordoño mató cuatro,  
don Hernando mató dos—y el otro les huyó el campo.  
Por aquel que se les iba—las barbas se están [14] mesando;  
preguntara el padre al hijo:—Di, hijo, ¿si estás llagado? [15]  
—Eso os pregunto, señor,—que yo no estoy, [16] sino sano.  
—Siempre lo tuvistes, hijo,—mozo y flojo [17] en el caballo:  
cuando habeis de cabalgar—cabalgais trasero y largo.  
Yo viejo, de los [18] sesenta,—a mis piés he muerto cuatro, [19]  
vos, mozo de veinte y cinco, [20] —matais dos, váseos un gato.

(*Silva* de 1550, t. II, f. 54.)

(Aquí comienzan dos romances. El primero que dice: «Riberas del Duero arriba.» Pliego suelto del siglo XVI en el *Romancero* del Sr. Durán). [21]

[p. 143] 42

(DEL CID.—XVII)

(*Retos de los dos caballeros zamoranos*)

Riberas de Duero arriba—cabalgan dos zamoranos:  
las armas llevan blancas,—caballos rucios rodados,  
con sus espadas ceñidas,—y su puñales dorados,  
sus adargas a los pechos,—y sus lanzas en las manos,  
ricas capas aguaderas—por ir más disimulados,  
y por un repecho arriba—arremeten los caballos:  
que, según dicen las gentes,—padre e hijo son entrambos.  
Palabras de gran soberbia—entre los dos van hablando:  
que se matarán con tres,—lo mesmo harán con cuatro,  
y si cinco les saliesen,—que no les huirian el campo,

con tal que no fuesen primos—ni menos fuesen hermanos,  
ni de la casa del Cid,—ni de sus paniaguados,  
ni de las tiendas del rey,—ni de sus leales vasallos:  
de todos los otros que haya,—salgan los mas esforzados.  
Tres condes lo han oído,—todos tres eran cuñados.  
—Atendédnos, caballeros,—que nos estamos armando.—  
Mientras los condes se arman,—el padre al hijo ha hablado:  
—Tú bien veas, hijo mío,—aquellos tablados altos  
donde dueñas y doncellas—nos están de allí mirando;  
si lo haces como bueno,—serás de ellas muy honrado;  
si lo haces como malo,—serás de ellas ultrajado;  
más vale morir con honra—que no vivir deshonado,  
que el morir es una cosa—que a cualquier nacido es dado.—  
Estas palabras diciendo,—los condes han allegado.  
A los encuentros primeros—el viejo uno ha derrocado;  
vuelve la cabeza el viejo,—vido al hijo mal tratado,  
[p. 144] arremete para allá,—y otro conde ha derribado;  
el otro desde esto vido—vuelve riendas al caballo;  
los dos iban en su alcance;—en Zamora lo han cerrado.

(Romance que dice: «Riberas de Duero arriba—caualgan dos çamoranos», con su glosa, hecha por Francisco de Argullo, etc. Pl. s. del siglo XVI). [1]

42 a

(DEL CID.—XVIII)

(*Al mismo asunto*)

Riberas del Duero arriba—cabalgan dos zamoranos.  
las divisas llevan verdes,—los caballos alazanos,  
ricas espadas ceñidas,—sus cuerpos muy bien armados,  
adargas ante sus pechos,—gruesas lanzas en sus manos,  
espuelas llevan ginetas—y los frenos plateados.  
Como son tan bien dispuestos,—parecen muy bien armados,  
y por un repecho arriba—salen [2] más recios que galgos,  
y súbenlos [3] a mirar—del real del rey don Sancho.  
Deesque a otra parte fuéron—dieron vuelta a los caballos,  
y al cabo de una gran pieza,—soberbios así [4] han hablado:  
—¿Tendrédes dos para dos, [5] —caballeros castellanos,  
que puedan armas facer [6] —con otros dos zamoranos,  
para daros a entender [7] —no face el rey como hidalgo  
en quitar a doña Urraca—lo que [8] su padre le ha dado?  
Non queremos ser tenidos,—ni queremos ser honrados,

ni rey de nos faga cuenta,—ni conde nos ponga al lado,  
si a los primeros encuentros—no los hemos derribado;  
y siquiera salgan tres,—y siquiera salgan cuatro,  
[p. 145] siquiera salgan cinco,—salga siquiera el diablo,  
con tal que no salga el Cid,—ni ese noble rey don Sancho,  
que lo habemos por señor,—y el Cid nos ha por hermanos:  
de los otros caballeros,—salgan los más esforzados.—  
Oídolo habian dos [1] condes,—los cuales eran [2] cuñados  
—Atended, los caballeros,—mientras estamos armados.— [3]  
Piden apriesa las armas,—suben en buenos caballos,  
caminan para las tiendas—donde yace [4] el rey don Sancho:  
piden que les dé licencia—que ellos puedan hacer campo  
contra aquellos caballeros,—que con soberbia han hablado.  
Allí fablara el buen Cid,—que es de los buenos dechado:  
—Los dos contrarios guerreros—non los tengo yo por malos,  
porque en muchas lides [5] de armas—su valor habian mostrado; [6]  
que en el cerco de Zamora—tuvieron [7] con siete campo;  
el mozo mató a los dos,—el viejo mató a los cuatro;  
por uno que se les fuera—las barbas se van pelando.— [8]  
Enojados van los condes—de lo que el Cid ha hablado:  
el rey cuando [9] ir los viera—que vuelvan está mandando; [10]  
otorgó cuanto pedian,—más por fuerza que por grado.  
Mientras los condes se arman,—el padre al hijo está hablando:  
—Volved, hijo, hácia Zamora,—a Zamora y sus andamios,  
mirad dueñas y doncellas—cómo nos están mirando:  
hijo, no miran a mí,—porque ya soy viejo y cano;  
mas miran a vos, mi hijo,—que sois mozo y esforzado.  
Si vos faceis como bueno—sereis de ellas muy honrado;  
si lo faceis de cobarde,—abatido y ultrajado.  
Afirmáos en los estribos,—terciad la lanza en las manos,  
esa adarga ante los pechos,—y apercibid el caballo,  
que al que primero acomete—tienen por más esforzado.—  
Apénas esto hubo dicho,—ya los condes han llegado;  
el uno viene de negro,—y el otro de colorado: [11]  
vanse unos para otros;—fuertes encuentros se han dado,  
mas el [12] que al mazo le cupo—derribólo del caballo,  
y el viejo al otro de encuentro—pasóle de claro en claro.  
El conde, [13] de que esto viera,—huyendo sale del campo,  
y los dos van [14] a Zamora—con vitoria muy honrados.

(Escobar, *Romacero del Cid*.— Timoneda, *Rosa española*.)

## Romance de Zamora

Junto al muro de Zamora—vide un caballero erguido,  
armado de todas piezas,—sobre un caballo morcillo,  
a grandes voces diciendo:—Vélese bien el castillo,  
que al que hallare velando—ayudarle he con mi grito,  
y al que hallare durmiendo—echarle he de arriba vivo;  
pues por la honra de Zamora—yo soy llamado y venido.  
Si hubiere algún caballero,—salga hacer armas conmigo,  
con tal que no fuese el Cid,—ni Bermudez su sobrino.—  
Las palabras que decia,—el buen Cid las ha oído.  
—¿Quién es ese caballero—que hace el tal desafío?  
—Ortuño me llamo, Cid,—Ortuño es mi apellido.  
—Acordársete debria, Ortuño—de la pasada del río,  
cuando yo vencí los moros,—y Babiaca iba conmigo.  
En aquestos tiempos tales—no eras tan atrevido.—  
Ortuño, de que esto oyera,—de esta suerte ha respondido:  
—Entonces era novel,—agora soy mas crecido,  
y usando, buen Cid, las armas,—me hecho tan atrevido.  
Mas no desafío yo a tí,—ni a Bermudez tu sobrino,  
porque os tengo por señores,—y me tenés por amigo;  
mas si hay otro caballero,—que salga hacer armas conmigo,  
que aquí en el campo lo espero—con mis armas y rocino.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 54.)

44

(DEL CID.—XX)

## Romance de la traicion de Bellido Dolfos

—Rey don Sancho, rey don Sancho,—no digas que no te aviso,  
que del cerco de Zamora—un traidor habia salido:  
Vellido Dolfos se llama,—hijo de Dolfos Vellido,  
a quien él mismo matara—y despues echó en el río.  
[p. 147] Si te engaña, rey don Sancho,—no digas que te lo digo.— [1]  
Oidolo ha el traidor,—¡gran enojo ha recibido!  
Fuése donde estaba el rey;—de aquesta suerte le ha dicho:  
—Bien conocedes, señor,—el malquerer y homecillo  
que el malo de Arias Gonzalo—y sus hijos han conmigo:  
en fin, hasta su real—agora me han perseguido:  
esto, porque les reptaba—que estorbaban tu partido,  
que otorgase doña Urraca—a Zamora en tu servicio.  
Agora que han bien mirado—como está bien entendido

que tú prendas a Zamora—por el postigo salido,  
trabajan buscar tu daño—dañando el crédito mío.  
Si me quieres por vasallo,—serviréte sin partido.—  
El buen rey siendo contento,—díjole:—Muéstrame, amigo,  
por donde tome a Zamora,—que en ella serás tenido  
mucho mas que Arias Gonzalo,—que la manda con desvío.—  
Besóle el traidor la mano,—en gran poridad le dijo:  
—Vámonos tú y yo, señor,—solos, por no hacer bullicio,  
verás lo que me demandas,—y ordenarás mi partido  
donde se haga una cava,—y lo que manda mi aviso.  
Despues con ciento de a pié—matar las guardas me obligo,  
y se entrarán tus banderas—guardándoles el postigo.—  
Otro dia de mañana—cabalga Sancho y Vellido,  
el buen rey en su caballo,—y Vellido en su rocino:  
juntos van a ver la cerca,—solos a ver el postigo.  
Desque el rey lo ha rodeado—saliérase cabe el río,  
do se hubo de apearse—por necesidad que ha habido.  
Encomendóle un venablo—a ese malo de Vellido:  
dorado era y pequeño,—que el rey lo traia consigo.  
Arrojóselo el traidor,—malamente lo ha herido;  
pasóle por las espaldas,—con la tierra lo ha cosido.  
Vuelve riendas al caballo—a mas correr al postigo.  
La causa de la corrida—le demandaba Rodrigo,  
el cual dicen de Vivar:—el malo no ha respondido.  
El Cid aprieta cabalga:—sin espuelas lo ha seguido:  
nunca le pudo alcanzar,—que en la ciudad se ha metido.  
Que le metan en prisión—doña Urraca ha proveido:  
guárdale Arias Gonzalo—para cuando sea pedido.  
Tornóse el Cid con coraje,—como no prendió a Vellido,  
maldiciendo al caballero—que sin espuelas ha ido.  
No sospecha tal desastre,—cuida ser otro el delito,  
que si lo que era creyera,—bien defendiera el postigo  
hasta vengar bien la muerte—del rey don Sancho el querido.

(Timoneda, *Rosa española*.)

[p. 148] 45

(DEL CID. XXI)

### **Romance del rey don Sancho**

—¡Rey don Sancho, [1] rey don Sancho, [2] —no digas que no te aviso  
que de dentro de Zamora—un alevoso ha salido:  
llámase Vellido Dolfos,—hijo de Dolfos Vellido,  
cuatro traiciones ha hecho,—y con esta serán cinco.

Si gran traidor fué el padre,—mayor traidor es el hijo.—  
Gritos dan en el real:—¡A don Sancho han mal herido:  
muerto le ha Vellido Dolfos,—gran traición ha cometido!—  
Desque le tuviera muerto,—metióse por un postigo,—  
por las calles de Zamora—va dando voces y gritos:  
—Tiempo era, [3] doña Urraca,—de cumplir [4] lo prometido.

(*Canc. de Rom.* s. a., f. 158.—*Canc. de Rom.*, 1550. f. 148.  
*Silva* de 1550, t. I, f. 80)

46

(DEL CID.—XXII)

### Romance de Vellido Dolfos

De Zamora sale el Dolfos—corriendo y apresurado:  
huyendo va de los hijos—del buen viejo Arias Gonzalo,  
y en la tienda del buen rey—en ella se había amparado.  
—Manténgate Dios, señor. [5] —Vellido, seas bien llegado.

—Señor, tu vasallo soy,—tu vasallo y de tu bando,  
y por yo aconsejarle—a aquel viejo Arias Gonzalo  
que te entregase Zamora,—pues que te había quedado, [6]  
hame querido matar,—y de él me soy escapado.

[p. 149] A vos [1] me vengo, señor,—por ser en vuestro [2] mandado,  
con deseo de serviros, [3] —como cualquier fijodalgo,  
y os [4] entregaré a Zamora,—aunque pese a Arias Gonzalo,  
que por un falso postigo—en ella seréis [5] entrado.—

El buen Arias de [6] leal—al rey había avisado,  
desde encima [7] del adarve—estas palabras ha hablado: [8]

—A ti lo digo, el buen rey,—y a todos tus castellanos,  
que allá ha salido Vellido,—Vellido [9] un traidor malvado;  
que si traicion te [10] ficiere,—a nos non sea imputado.—

Oídolo había Vellido,—que al rey tiene por la mano:  
—Non lo creades, señor,—lo que contra mí ha fablado,  
que don Arias lo publica—porque el lugar no sea entrado,  
porque él sabe bien que [11] sé—por donde será tomado.—

Allí fablara el buen rey—de Vellido confiado:  
—Yo lo creo bien, Vellido—el Dolfos, mi buen criado;  
por tanto, vámonos [12] luego—a ver el postigo falso.

—Vámonos luego, señor,—id solo, no acompañado.—  
Apartados del real,—el buen rey se había apartado  
con voluntad de facer—lo que a nadie es excusado:  
el venablo que llevaba—a Vellido se lo ha dado,



el cual desde así [13] lo vido—de espaldas y descuidado, [14]  
levantóse [15] en los estribos,—con fuerza se lo ha tirado;  
diérale [16] por las espaldas,—y a los pechos ha pasado.  
Allí [17] cayó el rey—muy mortalmente llagado:  
viólo caer don [18] Rodrigo,—que de Vivar es llamado, [19]  
y como le vió ferido, [20] —cabalgara en su caballo:  
con la priesa que tenia,—espuelas no se ha calzado.  
Huyendo iba el traidor,—tras él iba el castellano,  
si apriesa habia salido,—a mayor se había entrado;  
Rodrigo ya le alcanzaba, [21] —mas viendo a Dolfos en salvo, [22]  
mil maldiciones [23] se echaba—el nieto de Lain Calvo:  
[p. 150] —Maldito sea el caballero—que como yo ha cavalgado,  
que si yo espuelas trujera,—no se me fuera el malvado.—  
Todos van a ver al rey,—que mortal estaba echado.  
Todos le dicen lisonjas,—nadie verdad ha fablado,  
sino fué el conde de Cabra,—un buen caballero anciano:  
—Sois mi rey y mi señor,—y yo soy vuesto vasallo;  
cumple que mireis por vos,—que es verdad lo que vos fablo,  
que del ánima curedes,—del cuerpo non fagais caso; [1]  
a Dios vos encomendad,—pues fué este dia aciago.  
—Buena ventura hayais, [2] conde,—que así me heis [3] aconsejado.—  
En diciendo estas palabras,—el alma a Dios habia [4] dado.  
De esta suerte murió el rey [5] —por haberse confiado.

(Escobar, *Romancero del Cid*.—*Canc, de Rom.*, ed. de Medina, año de 1570, f. 32 vuelto.)

47

(DEL CID.—XXIII)

(*El reto de los Zamoranos*)

Ya cabalga Diego Ordoñez,—del real se habia salido  
de dobles piezas armado—y en un caballo morcillo:  
va a reptar los Zamoranos—por la muerte de su primo,  
que mató Vellido Dolfos,—hijo de Dolfos Vellido.  
—Yo os riepto, los Zamoranos,—por traidores fementidos,  
riepto a todos los muertos,—y con ellos a los vivos;  
riepto hombres y mujeres,—los por nascer y nascidos;  
riepto a todos los grandes,—a los grandes y a los chicos,  
a las carnes y pescados,—a las aguas de los rios.—  
Allí habló Arias Gonzalo,—bien oiréis lo que hubo dicho:  
—¿Qué culpa tienen los viejos?—¿qué culpa tienen los niños?  
¿qué merecen las mujeres,—y los que no son nascidos?

¿por qué rieptas a los muertos,—los ganados y los rios?  
Bien sabeis vos, Diego Ordoñez,—muy bien lo teneis sabido,  
que aquel que riepta concejo—debe de lidiar con cinco.—  
Ordoñez [6] le respondió:—Traidores heis todos sido.—

(*Canc. de Rom.*, 1550, f. 150). [7]

[p. 151] 47 a

(DEL CID.—XXIV)

(*Al mismo asunto*)

Sálese Diego Ordoñez,—del real se ha salido  
armado de piezas dobles—en un caballo morcillo:  
la lanza lleva terciada,—levantado en los estribos.  
Va a rieptar los de Zamora—por la traicion de Vellido:  
vido estar a Arias Gonzalo—asomado en el castillo;  
con un denuedo feroz,—estas palabras le ha dicho:  
—Yo riepto a los de Zamora—por traidores conoscidos,  
porque fueron en la muerte—del rey don Sancho mi primo,  
y acogieron en la villa—al que esta traición hizo.  
Por eso fueron traidores,—en consejo, fecho y dicho:  
por eso riepto a los viejos,—por eso riepto a los niños,  
y a los que están por nascer,—hasta los recien nascidos;  
riepto al pan, riepto las carnes;—riepto las aguas y el vino,  
desde los hojas del monte—hasta las piedras del rio.—  
Respondióle Arias Gonzalo,—¡oh qué bien que ha respondido!:  
—Si yo soy cual tú lo dices,—no debiera ser nascido;  
mas hablas como esforzado,—e no como entendido,  
porque sabes que en Castilla—hay un fuero establecido,  
que el que riepta concejo—haya de lidiar con cinco,  
y si alguno le venciere,—el concejo queda quito.—  
Don Diego; que lo oyera,—algo fuera arrepentido;  
mas sin mostrar cobardía,—dijo:—Afírmome a lo dicho,  
y con esas condiciones—yo acepto el desafío:  
que los mataré en el campo,—o dirán lo que yo he dicho.—

(Siguen ocho romances viejos. El primero «De la presa  
de Tunez, etc.» Pl. s. del siglo XVI.—En el *Romancero* de  
Durán.)

[p. 152] 47 b

(DEL CID.—XXV)

## Romance cómo Diego Ordoñez reptó los de Zamora

Ya se sale Diego Ordoñez,—del real se habia salido  
armado de piezas dobles—en un caballo morcillo.  
Va a reptar los zamoranos—con gran enojo encendido  
por el alevosa muerte—del rey don Sancho su primo.  
Vido estar a Arias Gonzalo—asomado en un castillo;  
puso piernas al caballo,—hácia él corriendo ha ido;  
con alta voz temerosa,—de esta suerte le habia dicho:  
—Yo os riepto, zamoranos,—por traidores conocidos:  
matastes al rey don Sancho,—y en la villa fué acogido  
el traidor que hizo este mal,—y traidores habeis sido.  
Sobre esto riepto los muertos,—sobre esto riepto los vivos,  
sobre esto riepto los hombres,—y tambien riepto los niños:  
sobre esto riepto las yerbas,—y las aguas de los rios.—  
Esto oyendo Arias Gonzalo,—de esta suerte ha respondido:  
—Si cual tú dices soy yo,—no debiera ser nacido;  
mas hablas como enojado,—y no como hombre entendido.  
¿Qué culpa tienen los muertos—de lo que hacen los vivos?  
Y en lo que hacen los hombres—qué culpa tienen los niños,  
ni las aguas, ni las yerbas,—que son cosas sin sentido?  
Mas bien sabes que en España—antigua costumbre ha sido  
que hombre que riepta concejo, [1] —el concejo queda quito.—  
En oír esto don Diego—hallóse muy arrepiso;  
dijo:—La razon que tengo—me disculpa de lo dicho,  
y si mi lengua ha errado,—no mi intención y sentido.  
Mas yo acepto, Arias Gonzalo,—con los cinco el desafío;  
o los mataré en el campo,—o dirán lo que yo digo.  
—En buen hora sea, don Diego,—Arias Gonzalo le dijo,  
a Dios pongo por juez—porque es justo su juicio.  
Plegue a él que así os ayude—como es verdad vuestro dicho,  
porque la muerte del rey—permisión de Dios ha sido,  
porque quebrantó el mandado—que el rey su padre le hizo.  
[p. 153] Asi, creo, morirán—los que siguen su partido.—  
Seis regidores llamaron—de la villa para oílo;  
tres o nueve dias de plazo—tomaron para cumplillo.

(Timoneda, *Rosa española.*)

Despues que Vellido Dolfos,—ese traidor afamado,  
derribó con cruda muerte—al valiente rey don Sancho,  
juntáronse en una tienda—los mayores de su campo;  
y juntóse todo el real—como estaba alborotado.  
Don Diego Ordoñez de Lara—grandes voces está dando,  
y con coraje encendido—muy presto se habia armado.  
Para retar a Zamora,—junto al moro se ha llegado,  
y lanzando fuego vivo—de esta suerte ha razonado:  
—Fementidos y traidores—sois todos los zamoranos,  
porque dentro de esa villa—acogistes al malvado  
de Vellido, ese traidor,—el que mató al rey don Sancho,  
mi buen señor, y buen rey,—de quien soy muy lastimado:  
que los que acogen traidores,—traidores sean llamados;  
y por tales yo vos reto,—y a vuestros antepasados,  
y a los que traidores son—los pongo en el mismo grado,  
y a los panes y a las aguas—de que sois alimentados,  
y esto os faré conocer,—ansí como estoy armado,  
y lidiaré con aquellos—que no quieren confesallo,  
o con cinco uno a uno,—como en España es usado  
que lidie el que a concejo—como yo habia retado.—  
Arias Gonzalo, ese viejo,—ansí le habia fablado,  
despues que hubo entendido—lo que Ordoño ha razonado:  
—Non debiera yo nacer,—si es como tú has contado;  
mas yo acato el desafío—que por ti es demandado,  
y te daré a conocer—no ser lo que has publicado.—  
Y a todos los de Zamora—de esta manera ha fablado:  
—Varones de grande estima,—los pequeños y de estado,  
si hay alguno entre vosotros—que en aquesto se haya hallado,  
dígalo muy prontamente;—de decillo no haya empacho;  
más quiero irme de esta tierra—en Africa desterrado,  
que no en campo ser vencido—por alevoso y malvado.—  
Todos dicen a una voz,—sin alguno estar callado:  
—Mal fuego nos mate, conde,—si en tal muerte hemos estado:  
[p. 154] no hay en Zamora ninguno—que tal hubiese mandado.  
El traidor Vellido Dolfos—por sí solo lo ha acordado:  
muy bien podeis ir seguro;—id con Dios, Arias Gonzalo.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

Tristes van los zamoranos—metidos en gran quebranto;  
reptados son de traidores,—de alevosos son llamados:  
más quieren ser todos muertos,—que no traidores nombrados.  
Día era de San Millán,—ese día señalado;  
todos duermen en Zamora,—mas no duerme Arias Gonzalo.  
Acerca de las dos horas—del lecho se ha levantado:  
castigando está sus hijos, a todos cuatro está armando:  
las palabras que les dice—son de mancilla y quebranto:  
—Ayúdeos Dios, hijos míos,—guárdeos Dios, hijos amados,  
pues sabéis cuán falsamente—habemos sido reptados:  
tomad esfuerzo, mis hijos,—si nunca lo habeis tomado,  
acordáos que descendéis—de la sangre de Lain Calvo,  
cuya noble fama y gloria—hasta hoy no se ha olvidado,  
pues que sabéis que don Diego—es caballeropreciado,  
pero mantiene mentira,—y Dios de ello no es pagado:  
el que de verdad se ayuda,—de Dios siempre es ayudado.  
Uno falta para cinco,—porque no sois mas de cuatro;  
yo seré el quinto, y primero—que quiero salir al campo.  
Morir quiero, y no ver muerte—de hijos que tanto amo.  
Mis hijos, Dios os bendiga—como os bendice mi mano.—  
Sus armas pide el buen viejo,—sus hijos le están armando;  
las gravas le está poniendo,—doña Urraca habia entrado;  
los brazos le echara encima,—muy fuertemente llorando:  
—¿Dónde vais, mi padre viejo,—o para qué estais armado?  
Dejad las armas pesadas,—que ya sois viejo cansado,  
pues que sabéis si vos moris—perdido es todo mi estado.  
Acordáos que prometisteis—a mi padre don Fernando  
de nunca desampararme,—ni dejar de vuestra mano.  
—Pláceme, señora hija,—respondió Arias Gonzalo.—  
Cabalgara Pedro D'Arias—su hijo, que era el mediano,  
que aunque era mozo de dias,—era en obras esforzado.  

[p. 155] Dijo: —Cabalgad, mi hijo,—que os esperan en el campo:  
vais en tal hora y tal punto—que nos saqueis de cuidado.—  
Sin poner pié en el estríbo—Arias Pedro ha cabalgado:  
por aquel postigo viejo—galopaeando ha llegado  
donde estaban los jueces—que le estaban esperando.  
Partido les han el sol,—dejado les han el campo.

(Timoneda, *Rosa española*). [\[1\]](#)

Por aquel postigo viejo—que nunca fuera cerrado,  
vi venir pendon bermejo—con trescientos de caballo:  
en medio de los trescientos—viene un monumento armado  
y dentro del monumento [2] —viene un cuerpo de un finado; [3]  
Fernan [4] D'Arias ha por nombre,—fijo de Arias Gonzalo.  
Llorábanle cien doncellas,—todas ciento hijasdalgo;  
todas eran sus parientas—en tercero y cuarto grado:  
las unas le dicen primo,—otras le llaman hermano;  
las otras decían tío, [5] —otras lo llaman cuñado.  
Sobre todas lo lloraba—aguesa Urraca Hernando:  
¡y [6] cuán bien que la consuela—ese viejo Arias Gonzalo!  
—Callades, hija, callades, [7] —que si un hijo me han muerto,  
[p. 156] ahí me quedaban cuatro. [1] —No murió por las tabernas,  
ni a [2] las tablas jugando;—mas murió sobre Zamora  
vuestra honra resguardando. [3]

(*Canc. de Rom.* s. a., f. 159.— *Canc. de Rom.*, 1550, f. 156  
*Silva* de 1550, t. I, f. 81.— *Canc. de Rom.*, ed. de Medina  
1570.—Timoneda, *Rosa esp.*)

50 a

(DEL CID.—XXIX)

(*Al mismo asunto*)

Por aquel postigo viejo—que nunca fuera cerrado,  
vi venir seña bermeja—con trescientos de caballo:  
un pendon traen sangriento,—de negro muy bien bordado,  
y en medio de todos ellos—traen un cuerpo finado:  
Hernan D'Arias ha por nombre,—hijo de Arias Gonzalo,  
que no murió entre las damas—ni menos estando holgando,  
sí en defensa de Zamora—como caballero honrado:  
matólo don Diego Ordoñez—cuando a Zamora ha rieptado,  
y a la entrada de Zamora—un gran llanto es comenzado.  
Llóránle todas las damas,—y todos los hijosdalgo:  
unos dicen: ¡Ay, mi primo!—otros dicen: ¡Ay, mi hermano!  
Arias Gonzalo decía:—¡Quién no te hubiera criado,  
para verte agora muerto,—Arias Hernando, en mis brazos!—  
Mandan tocar las campanas,—ya lo llevan a enterrallo,  
allá en la iglesia Mayor—que llaman de Santiago,  
en una tumba muy rica—como requiere su estado.

(Siguense ocho romances viejos, el primero «De la prosa de  
Tunez». Pl. s. del siglo XVI.—En el *Romancero* del Sr. Durán.)

(DEL CID.—XXX)

**Romance del rey don Alfonso [1]**

En Toledo estaba Alfonso,—que non cuidaba reinar;  
 desterrárale don Sancho—por su reino le quitar:  
 doña IJrraca a don Alfonso—mensajero fué a enviar; [2]  
 las nuevas que le traian—a él gran placer le dan.  
 —Rey Alfonso, rey Alfonso,—que te envían a llamar;  
 castellanos y leoneses—por rey alzado te han,  
 por la muerte de don Sancho, [3] —que Vellido fué a matar:  
 solo entre todos [4] Rodrigo—que no te [5] quiere acetar,  
 porque amaba mucho al rey,—quiere que hayas [6] de jurar  
 que en la su muerte, señor,—no tuviste [7] que culpar.  
 —Bien vengais, los mensajeros,—secretos querais estar,  
 que si el rey moro lo sabe,—él aquí nos detendrá.— [8]  
 El conde don Peranzures [9] —un consejo le fué [10] a dar,  
 que caballos bien herrados—al revés habian [11] de herrar.  
 Descuélganse por el muro,—sálense a la ciudad,  
 fuéron a dar a [12] Castilla,—do esperándolos están.  
 Al rey le besan la mano,—el Cid no quiere besar;  
 sus parientes castellanos—todos juntados se han.  
 —Herederero sois, Alfonso,—nadie os lo quiere negar;  
 pero si os place, señor,—non vos debe de pesar  
 que nos fagais juramento—cual vos lo quieren [13] tomar;  
 vos y doce de los vuestos, [14] —los que vos querais nombrar, [15]  
 de que en [16] la muerte del rey—non tenedes [17] qué culpar  
 [p. 158] —Pláceme, los castellanos,—todo os lo quiero otorgar.—  
 En Santa Gadea de Búrgos,—allí el rey se va a jurar;  
 Rodrigo tomó [1] la jura—sin un punto más tardar, [2]  
 y en un cerrojo bendito [3] —le comienza a conjurar  
 —Don Alonso, y los leoneses,—veníos vos a salvar [4]  
 que en la muerte de don Sancho—non tuvisteis que culpar,  
 ni tampoco en ella os plugo,—ni a ella disteis lugar:  
 mala muerte hayáis, [5] Alfonso,—si non dijerdes verdad;  
 villanos sean en ella,—non fidalgos de solar,  
 que non sean castellanos,—por más deshonra vos dar, [6]  
 sino de Asturias de Oviedo—que non vos tengan [7] piedad.  
 —Amen, amen, dijo el rey,—que non [8] fuí en tal maldad.—  
 Tres veces tomó [9] la jura,—tantas le va a preguntar.  
 El rey, viéndose afincado,—contra el Cid se fué a airar:

—Mucho me afincais, Rodrigo,—en lo que no hay que dudar,  
cras besarme heis [10] la mano,—si [11] agora me haceis jurar.  
—Sí, señor, dijera el Cid,—si el sueldo me habeis de dar,  
que en la tierra [12] de otros reyes—a fijosdalgos les [13] dan.  
Cuyo vasallo yo fuere—tambien me lo ha de pagar;  
si vos dármelo quisiéredes,—a mi placer me vendrá.— [14]  
El rey por tales razones—contra el Cid se fué a enojar;  
siempre desde allí [15] adelante—gran tiempo le quiso mal.

(Escobar, Romancero del Cid.—Canc. de Rom., ed. de Medina  
del año de 1570). [16]

[p. 159] 52

(DEL CID.—XXXI)

### Romance del juramento que tomó el Cid al rey don Alonso

En sancta Gadea [1] de Búrgos,—do juran los hijosdalgo,  
allí le toma la jura [2] —el Cid al rey castellano.  
Las juras eran tan fuertes,—que al buen rey [3] ponen espanto;  
sobre un cerrojo de hierro—y una ballesta de palo:  
—Villanos te maten, Alonso,—villanos, que non hidalgos,  
de las Asturias de Oviedo,—que no sean castellanos;  
mátente con agujadas,—no con lanzas ni con dardos;  
con cuchillos cachicuernos,—no con puñales dorados;  
abarcas traigan calzadas,—que no zapatos con lazo; [4]  
capas traigan aguaderas,—no de contray, ni frisado;  
con camisones de estopa,—no de holanda, ni labrados;  
caballeros vengán [5] en burras,—que no en mulas ni en caballos;  
frenos traigan de cordel,—que no [6] cueros fogueados.  
Mátente por las aradas,—que no en villas ni en poblado, [7]  
sáquente el corazón—por el siniestro costado,  
si no dijeres la verdad [8] —de lo que te fuere [9] preguntado,  
si fuiste, ni [10] consentiste—en la muerte de tu hermano.—  
jurado había el rey, [11] —que en tal nunca se ha hallado; [12]  
[p. 160] pero allí hablara el rey [1] —malamente y enojado: [2]  
—Muy mal me conjuras, Cid,—Cid, muy mal me has conjurado;  
mas hoy me tomas la jura,—mañana me besarás [3] la mano.  
—Por besar mano de rey—no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre—me tengo por afrentado.  
—Vete de mis tierras, [4] Cid,—mal caballero probado,  
y no vengas más a ellas [5] —dende este día en un año.—  
—Pláceme, dijo el buen Cid,—pláceme, dijo, de grado,



por ser la primera cosa—que mandas en tu reinado.  
Tú me destierras por uno,—yo me destierro por cuantros.—  
Ya se parte [6] el buen Cid,—sin al rey besar la mano,  
con trescientos caballeros;—todos eran [7] hijosdalgo;  
todos son hombres mancebos,—ninguno no había [8] cano.  
Todos llevan lanza en puño—y el hierro acicalado, [9]  
y llevan sendas adargas,—con borlas de colorado;  
mas no le faltó al buen Cid—adonde asentar su campo. [10]

(*Canc, de Rom.* s . a., f. 153.— *Canc, de Rom.*, 1550 , f. 156.—  
*Silva* de 1550, t. I, f. 74.—Timoneda, *Rosa española*.)

53

(DEL CID.—XXXII)

**Romance nuevamente hecho de la muerte que dió el traidor de Vellido Dolfos al rey don Sancho estando sobre el cerco de Zamora, y de la batalla que hubo don Diego Ordoñez con los hijos de Arias Gonzalo, y cómo el rey don Alonso sucedió en el reino. [11]**

Despues que Vellido Dolfos,—aquel traidor afamado,  
derribó con cruda muerte—al valiente rey don Sancho,  
se allegan en una tienda—los mayores de su campo:  
[p. 161] júntanse [1] todo el real—como estaba alborotado  
de ver el venablo agudo—que a su rey ha traspasado.  
No se lo quieren sacar—hasta que haya confesado;  
y ese conde don Garcia—que de Cabra era llamado,  
viendo de tal modo al rey,—de esta manera le ha hablado:  
—¡Oh rey, en quien yo tenia—la esperanza de mi estado!  
véote tan mal herido,—que remedio no he hallado  
sino solo encomendarte—a lo que eres obligado.  
Toma cuenta a tu conciencia,—y mira lo que has errado  
contra aquel alto Señor—que te puso en tal estado.  
Al cuerpo no busques cura,—porque su tiempo es pasado;  
ya son tus días cumplidos,—ya tu plazo es allegado;  
paga lo que te obligaste—cuando fuiste bautizado.  
La muerte, sierva y señora,—no te da mas largo plazo;  
no consiente apelación,—sino que pagues de grado:  
cumple curar de tu alma,—del cuerpo no hayas cuidado.  
Respondió en aquesto el rey,—todo en lágrimas bañado;  
[p. 162] temblando tiene la lengua,—y el gesto tiene mudado: [1]  
—Bien andante seais, conde,—y en armas aventurado;  
en todo hablais [2] muy bien,—buen consejo me habeis dado:  
yo bien sé cuál es la causa,—que en tal [3] punto sea llegado  
por pecados cometidos—al inmenso Dios sagrado,

y también fué por la jura—que a mi padre hube quebrado  
en cercar esta ciudad,—que a mi hermana hubo dejado.  
A Dios encomiendo el alma;—pues que estoy en tal estado,  
traedme los sacramentos—porque está a muerte llegado.— [4]  
Y así se le salió el alma—y el cuerpo se le ha enfriado. [5]  
En aquesto sus vasallos—a Zamora han enviado  
aquese don Diego Ordoñez, [6] —un caballero estimado,  
a decir a los vecinos—como a su rey ha matado  
el falso Vellido Dolfos,—vasallo del rey don Sancho;  
por tanto, que desafía—al traidor Arias Gonzalo,  
y a todos los zamoranos,—pues en ella se han hallado,  
y a los panes, y a las aguas,—y a lo que no está criado,  
y aun a todos los nacidos—que en Zamora son hallados,  
y a los grandes y pequeños—aunque no sean engendrados.  
Arias Gonzalo responde—diciendo que ha mal hablado;  
mandan asinar [7] varones—que juzguen en este caso.  
Doce salen de Zamora—y otros doce van del campo.  
Arias Gonzalo se armaba—para combatir el pacto:  
consigo van cuatro hijos—que en el mundo Dios le ha dado.  
A todos los de Zamora—de esta manera ha hablado:  
—Varones de gran estima,—los pequeños y de estado;  
si hay alguno entre vosotros—que en esto se haya hallado,  
digalo muy prestamente,—que en decillo no haya empacho;  
mas quiero irme de esta tierra,—en África desterrado,  
que no en campo ser vencido—por alevoso y malvado.—  
Todos dicen prestamente—sin alguno estar callado: [8]  
—Mal fuego nos queme, conde,—si en tal muerte hemos estado:  
no hay en Zamora ninguno—que tal hubiese mandado.  
[p. 163] El traidor Vellido Dolfos—por sí solo lo ha acordado;  
bien podeis vos ir seguro;—id con Dios, Arias Gonzalo.—  
Ya se sale por la puerta,—por la que salian [1] al campo;  
consigo lleva sus hijos—todos juntos a su lado.  
Él quiere ser el primero—porque en tal muerte no ha estado;  
mas doña Urraca la infanta—la batalla le ha quitado,  
llorando de los sus ojos—y el cabello destrenzado:  
—¡Ay!, ruégaos por Dios, el conde,—buen conde Arias Gonzalo  
que dejéis esta batalla,—porque sois viejo y cansado:  
dejaisme desamparada—y todo mi haber cercado:  
ya sabeis lo que mi padre—a vos dejó encomendado,  
que no me desampareis, endemas, en tal estado.—  
En oyendo aquesto el conde—mostróse muy enojado:  
—Dejédesme ir, señora,—que yo estoy desafiado;  
tengo de hacer batalla,—porque fuí traidor llamado.—  
Júntanse diez caballeros,—todos juntos le han rogado  
que les deje la batalla,—que la tomarán de grado.  
Desde el conde vido aquesto—recibió pesar doblado;

llamara sus cuatro hijos,—y al uno de ellos ha dado  
las sus armas y su escudo,—el su estoque y su caballo;  
échale su bendición—porque era dél muy amado.  
Pedrarias habia nombre; [2] —Pedrarias el castellano.  
Por la puerta de Zamora—se sale fuera y armado;  
topárase con don Diego,—su enemigo y su contrario:  
—Sálveos Dios, don Diego Ordoñez,—y él os haga prosperado,  
en las armas muy dichoso,—de traiciones libertado:  
ya sabeis que soy venido—para lo que está aplazado,  
a libertar a Zamora—de lo que le han levantado.—  
Don Diego le respondiera—con soberbia que ha tomado:  
—Todos juntos sois traidores,—y por tal sereis quedados.—  
Vuelven los dos las espaldas [3] —por tomar lugar del campo;  
hiriéronse juntamente—en los pechos muy de grado;  
saltan astas de las lanzas—con el golpe que se han dado;  
no se hacen mal alguno,—porque van muy bien armados.  
Don Diego dió en la cabeza—a Pedrarias desdichado,  
cortárale todo el yelmo—con un pedazo de casco;  
desque se vido herido—Pedrarias y lastimado,  
abrazárase a las clines,—y al pescuezo del caballo:  
sacó esfuerzo de flaqueza—aunque estaba mal llagado,  
quiso herir a don Diego,—mas acertó en el caballo,  
que la sangre que corria—la vista le habia quitado:  
cayó muerto prestamente—Pedrarias el castellano.

[p. 164] Don Diego que vido aquesto—toma la vara en la mano,  
dijo a voces a Zamora:—¿Donde estás, Arias Gonzalo?  
envía al hijo segundo,—que el primero ya es finado;  
ya se acabaron sus dias,—su juventud fin ha dado.—  
Envió el hijo segundo—que Diego Arias es llamado.  
Tornara a salir don Diego—con armas y otro caballo,  
y diérale fin a aqueste—como al primero le ha dado.  
El conde viendo a sus hijos,—que los dos le han ya faltado,  
Llorando de los sus ojos—dijo:—Ven, mi hijo amado,  
haz como buen caballero—y lo que eres obligado:  
pues sustentas la verdad,—de Dios serás ayudado;  
venga las muertes sin culpa,—que han pasado tus hermanos.—  
Hernan D'Arias, el tercero,—al palenque habia llegado;  
mucho mal quiere a don Diego,—mucho mal y mucho daño.  
Alzó la mano con saña,—un gran golpe le habia dado;  
mal herido le ha en el hombro,—en el hombro y en el brazo.  
Don Diego con el su estoque—le hiriera muy de grado,  
hiriéralo en la cabeza,—en el casco le ha tocado.  
Recurrió el hijo tercero—con un gran golpe al caballo,  
que hizo ir a don Diego—huyendo por todo el campo.  
Así quedó esta batalla—sin quedar averiguado  
cuáles son los vencedores,—los de Zamora o del campo.

Quisiera volver don Diego—a la batalla de grado,  
mas no quisieron los fieles,—ni licencia no le han dado.  
Doña Urraca, la infanta,—mensajeros ha llamado  
que vayan con las sus cartas—a don Alonso su hermano,  
el cual estaba en Toledo—del rey moro acompañado.  
Toman postas y caballos—los mas lijeros y flacos,  
caminan días y noches—con camino apresurado:  
llegaron presto a Toledo;—en un lugar muy poblado,  
Olías habia por nombre,—Olías el saqueado,  
toparon a Peranzures,—un caballero afamado,  
que en libertar a su rey—mucho tiempo ha trabajado.  
Llamara a los mensajeros—en un lugar apartado,  
cortárales las cabezas,—las cartas les ha tomado,  
fuérase para Toledo,—sin a nadie haber topado;  
fué para don Alonso—que dél era muy amado,  
contóle toda la muerte—que fué dada al rey don Sancho,  
y cómo por él venian—para dalle el reinado:  
que lo tuviese secreto,—porque al rey parte no ha dado.  
Respondió que sí haria,—que no tuviese cuidado.  
Fuérase el rey don Alonso,—desque de este se ha apartado,  
a ese rey Alimaimon,—que a Toledo habia tomado.  
Díjole secretamente—todo lo que había pasado,  
porque siempre don Alonso—fué discreto y avisado,  
[p. 165] y pensó que si estas nuevas [1] —de otro el rey fuese informado,  
que no le vendría bien,—sino mucho mal y daño.  
Pero respondióle el rey,—con gran placer que ha tomado:  
—Yo te doy mi fe y palabra—que tu Dios te ha aconsejado,  
porque tengo en los caminos—mucha gente de caballo,  
que te guarden las salidas,—y las entradas y pasos:  
si salieras sin licencia,—tú fueras despedazado;  
mas pues eres tan fiel,—galardón te será dado.—  
Sentáronse en una mesa—y el ajedrez han tomado:  
juega tanto don Alonso,—que el rey estaba enojado:  
tres veces le dijo:—Vete,—vete, y salte del palacio.—  
Don Alonso muy contento,—fué a su casa de grado;  
fuese con él Peranzurez—que de esto mucho ha holgado.  
Toma [2] sogas y maromas—para echar del muro abajo,  
fuera tienen los caballos,—todos están en el campo;  
sálense a la media noche,—que está todo asosegado  
cubierto con las estrellas—y con la luna alumbrado.  
Bajan por Sant Agustin,—un monasterio cercado,  
cerca está de la ribera—de aquese rio de Tajo;  
sálense hácia la vega—y en el camino han entrado,  
no paran noche ni día—porque no vayan alcanzallos;  
llegan muy presto a Zamora,—que es pueblo muy bien cercado;  
recíbenle sus vasallos,—aunque no le habian jurado.

Hablando está con su hermana—de la muerte de su hermano;  
allí salió un caballero—que Ruy Diaz es [3] llamado.  
Este nunca había querido—a su rey besar la mano,  
hasta que por juramento—pruebe ser libre y salvado  
de la muerte que fué dada—a su hermano el rey don Sancho;  
porque nadie de los suyos—nunca en esto [4] ha sido osado  
de tomar tal juramento—sino el Cid, que es muy honrado.  
En esto respondió el rey,—bien oiréis lo que ha hablado:  
—¿Qué es la causa, mis vasallos,—qué es la causa y el pecado  
que solo Ruy Diaz queda—que no me besa la mano?  
Yo siempre le hice honra,—como mi padre ha mandado,  
siempre le hice mercedes,—de todos es más privado.—  
Allí respondiera el Cid—con semblante muy airado:  
—Don Alonso, don Alonso,—por fuerza teneis vasallos,  
que todos tienen sospecha—que vos solo sois culpado  
de la muerte que fué dada—a vuestro hermano en el campo,  
y cualquier que me quisiere—por contino y por vasallo,  
pagaráme muy buen sueldo,—y si no, soy libertado;  

[p. 166] que ser siervo de traidores—no me cumple ni es mi grado:  
vos haréis el juramento—que todos han demandado.—  
Mucho se holgó el rey—de lo que el Cid ha hablado:  
—Dios os ponga en honra, el Cid,—en gran honra y tal estado.  
Ruego a la Virgen María—y a su hijo muy amado,  
que muriese yo tal muerte—como murió el rey don Sancho,  
si yo fuí en dicho, ni en hecho,—de [1] la muerte de mi hermano,  
aun [2] como sabéis todos—me tenía [3] el reino forzado:  
por tanto os ruego, señores,—como amigos y vasallos,  
que deis orden y manera—como de esto sea librado.—  
Allí respondieran todos—sus vasallos y criados:  
—Este juramento, el rey,—en Burgos será jurado,  
en santa Gadea, [4] la iglesia,—do juran los hijosdalgo,  
vos y doce caballeros—de los vuestros toledanos,—  
El fué de esto muy contento;—luego se parte de [5] grado.  
En santa Gadea [6] de Búrgos—estaba el rey asentado,  
cuando se llegó el Cid—con un libro en la su mano,  
en que están los Evangelios—y un crucifijo pintado.  
Comienza de esta manera,—de esta manera ha hablado:  
—Todos venís con el rey—porque jure y sea librado:  
si cualquiera de vosotros—en aquesto habeis estado,  
y si vos, rey don Alonso,—de cruel muerte seáis matado.  
—Amen, amen, dijo el rey,—que de tal no soy culpado.—  
Entonces los sus vasallos—las llaves le han entregado:  
alzáronle por su rey,—todos le besan las manos,  
a todos hace mercedes,—de todos es muy amado.

(DEL CID.—XXIII)

**Romance de la reprehension que hizo el Cid al rey don Alonso**

En las almenas de Toro,—allí estaba una doncella,  
 vestida de paños negros,—reluciente como estrella:  
 pasara el rey don Alonso,—namorado se había de ella,  
 dice:—Si es hija de rey—que se casaria con ella,  
 y si es hija de duque—serviria por manceba.—  
 [p. 167] Allí hablara el buen Cid,—estas palabras dijera:  
 —Vuestra hermana es, señor,—vuestra hermana es aquella.  
 —Si mi hermana es, dijo el rey,—¡fuego malo encienda en ella!  
 llámenme mis ballesteros;—tírenle sendas saetas,  
 y a aquel que la errare—que le corten la cabeza.—  
 Allí hablara el buen Cid,—de esta suerte respondiera:  
 —Mas aquel que la tirare,—pase por la misma pena.  
 —Ios de mis tiendas, Cid,—no quiero que estéis en ellas.  
 —Pláceme, respondió el Cid,—que son viejas, y no nuevas:  
 irme he yo para las mias,—que son de brocado y seda,  
 que no las gané holgando,—ni bebiendo en la taberna;  
 ganélas en las batallas—con mi lanza y mi bandera.

(Timoneda, *Rosa Española*).

(DEL CID.—XXXIV)

**Romance del rey moro que perdió a Valencia**

Hélo, helo, por dó viene—el moro por la calzada,  
 caballero a la gineta—encima una yegua baya;  
 borceguíes marroquíes [1] — y espuela de oro calzada;  
 una adarga ante los pechos,—y en su mano una zagaya. [2]  
 Mirando estaba a Valencia,—cómo está tan bien cercada:  
 —¡Oh Valencia, oh Valencia,—de mal fuego seas quemada!  
 Primero fuiste de moros—que de cristianos ganada.  
 Si la lanza no me miente,—a moros serás tornada,  
 aquel perro de aquel Cid—prenderélo [3] por la barba:  
 su mujer doña Jimena—será de mi captivada,  
 su hija Urraca Hernando [4] —será mi [5] enamorada:

despues de yo harto de ella—la entregaré [6] a mi compañía.—  
El buen Cid no está tan lejos,—que todo bien lo escuchaba.  
—Venid vos acá, mi hija,—mi [7] hija doña Urraca;  
dejad las ropas continas, [8] —y vestid ropas de pascua.  
Aquel [9] moro hi-de-perro—detenémelo [10] en palabras, [11]  
[p. 168] mientras yo ensillo a Babioca,—y me ciño la mi espada.—  
La doncella muy hermosa—se paró a una ventana:  
el moro desque la vido,—de esta suerte le hablara:  
—¡Alá te guarde, señora,—mi señora, doña Urraca!  
—¡Así haga a vos, señor,—buena sea vuestra llegada!  
Siete años ha, rey, siete,—que soy westra enamorada.  
—Otros tantos ha, señora,—que os tengo dentro de mi alma.—  
Ellos estando en aquesto,—el buen Cid que asomaba [1]  
—Adios, adios, mi señora,—la mi linda enamorada,  
que del caballo Babioca—yo bien oigo la patada.—  
Do la yegua pone el pié,—Babioca pone la pata.  
Allí hablara el caballo, [2] —bien oiréis lo que.hablaba: [3]  
—¡Reventar debia la madre—que a su hijo no esperaba!—  
Siete vueltas la rodea—al derredor de una jara; [4]  
la yegua rtne era lijera [5] —muy adelante pasaba,  
fasta llegar cabe un rio [6] —adonde una barca estaba.  
El moro desque la vido,—con ella bien se holgaba; [7]  
grandes gritos da al barquero—que le allegase la barca:  
el barquero es diligente,—túvosela [8] aparejada,  
embarcó muy presto en ella,—que no se detuvo nada.  
Estando el moro embarcado—el buen Cid que llegó [9] al agua,  
y por ver al moro en salvo,—de tristeza reventaba; [10]  
mas con la furia [11] que tiene,—una lanza le arrojaba,  
y dijo:—¡Recoged, mi yerno,—arrecogedme esa lanza, [12]  
que quizá tiempo verná—que os será bien demandada!

(Canc. de Rom. s. a., fol. 179.—Canc. de Rom., 1550, folio 188.  
—Silva de 1550, t. I, fol. 102.—Timoneda, Rosa  
española.—Floresta de var. rom.)

[p. 169] 56

(DEL CID.—XXXV)

*(Huye el moro Búcar del Cid)*

Encontrádose ha el buen Cid,—en medio de la batalla  
con aquese moro Búcar,—que tanto le amenazaba.  
Cuando el moro vido al Cid—vuelto le ha las espaldas;

hacia la mar iba huyendo,—parece llevaba alas  
caballo trae corredor,—muy recio le espoleaba;  
alongado se ha del Cid,—que Babieca no le alcanza  
por estar laso y cansado—de la batalla pasada.  
El Cid con gran voluntad—de vengar en él su saña,  
para escarmiento del moro—y de toda su compañía,  
hiérele de las espuelas,—mas poco le aprovechaba.  
Cerca llegaba del moro—y la espada le arrojaba,  
en las espaldas le hirió,—mucha sangre derramaba.  
El moro se entró huyendo—en la barca que le aguarda.  
Apeárase el buen Cid—para tomar la su espada,  
tambien tomó la del moro—que era buena y muy preciada.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

57

(DEL CID.—XXXVI)

### **Romance de los condes de Carrion**

De concierto están los condes—hermanos, Diego y Fernando;  
afrentar quieren al Cid,—muy gran traicion han armado.  
Quieren volverse a sus tierras;—sus mujeres han demandado, [1]  
y luego su suegro el Cid,—se las hubo entregado. [2]  
—Mirad, yernos, que tratades—como a dueñas hijas-dalgo  
mis hijas, pues que a vosotros—por mujeres las he dado—  
Ellos ambos le prometen—de obedecer su mandado.  
Ya cabalgaban los [3] condes,—y el buen Cid ya está a caballo  
con todos sus caballeros,—que le van acompañando:  
[p. 170] por las huertas y jardines—van riendo y festejando;  
por espacio de una legua—el Cid los ha acompañado.  
Cuando de ellas [1] se despide,—las lágrimas le van saltando [2]  
como hombre que ya sospecha—la gran traición que han armado, [3]  
manda que vaya tras ellos—Alvarañez su criado.  
Vuélvese el Cid y su gente,—y los condes van de largo.  
Andando con muy gran [4] priesa,—en un monte habian entrado [5]  
muy espeso y muy oscuro—de altos árboles poblado.  
Mandaron ir toda su gente [6] —adelante muy gran rato;  
quédense con sus mujeres,—tan solos Diego y Fernando.  
Apéanse de los caballos,—y las riendas han quitado;  
sus mujeres que lo ven,—muy gran llanto han levantado.  
Apéanlas de las mulas—cada cual para su lado; [7]  
como las parió su madre—ambas [8] las han desnudado,  
y luego a sendas encinas—las han fuertemente atado.



Cada uno azota la suya, [9] —con riendas de su caballo;  
la sangre que de ellas corre,—el campo tiene bañado;  
mas no contentos con esto,—allí se las han dejado.  
Su primo que las fallara,—como hombre muy enojado [10]  
a buscar los condes iba;—como no los ha [11] hallado,  
volvióse para ellas, [12] —muy pensativo y turbado:  
en casa de un labrador—allí se las ha dejado.  
Vase para el Cid su tio,—todo se lo [13] ha contado.  
Con muy gran caballería,—por ellas ha [14] enviado.  
De aquesta tan grande afrenta,—el Cid al rey se ha quejado;  
el rey como aquesto vido,—tres Cortes habia armado.

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 159.— *Canc. de Rom.*, 1550, folio  
163.— *Silva de 1550*, t. I, fol. 81.—Tirnoneda, *Rosa española.*)

[p. 171] 58

(DEL CID.—XXXVII)

(*De cómo el Cid acudió a las Cortes*)

Por Guadalquivir arriba—cabalgan caminadores,  
que, según dicen las gentes,—ellos eran buenos hombres:  
ricas aljubas vestidas,—y encima sus albornoces;  
capas traen aguaderas,—a guisa de labradores.  
Daban cebada de dia—y caminaban de noche,  
no por miedo de los moros,—mas por las grandes calores.  
Por sus jornadas contadas—llegados son a las Cortes:  
sáelos a recibir—el rey con sus altos hombres.  
—Viejo que venis, el Cid,—viejo venis y florido.  
—No de holgar con las mujeres,—mas de andar en tu servicio:  
de pelear con el rey Búcar,—rey que es de gran señorío;  
de ganalle las sus tierras,—sus villas y sus castillos;  
tambien le gané yo el rey—el su escaño tornido.—

(Síguense ocho rom. viejos, el prilaero «De la presa de Tunez,  
etc.»—Pliego suelto del siglo XVI en el *Rom. gen.* del  
Sr. Durán.)

59

(DEL CID.—XXXVIII)

**Romance que dice: Tres Cortes armara el rey**

Tres Cortes armara el rey,—todas tres a una sazón:  
 las unas armara en Burgos,—las otras armó en Leon,  
 las otras armó en Toledo,—donde los hidalgos son,  
 para cumplir de justicia—al chico con el mayor.  
 Treinta días da de plazo,—treinta días, que más no.  
 y el que a la postre [1] viniese—que lo diesen por traidor.  
 Veinte nueve son pasados, [2] —los condes llegados [3] son;  
 treinta días son pasados, [4] —y el buen Cid no viene, non.  
 [p. 172] Allí hablaran [1] los condes:—Señor, daldo por traidor.—  
 Respondiérales el rey:—Eso non faría, non,  
 que el buen Cid es caballero—de batallas vencedor,  
 pues que en todas las mis Cortes—no lo habria otro mejor.—  
 Ellos en aquesto estando—el buen Cid, que asomó  
 con trescientos caballeros,—todos hijosdalgo son,  
 todos vestidos de un paño,—de un paño y de una color,  
 si no fuera el buen Cid,—que traía un albornoz. [2]  
 —Manténgavos Dios, el rey,—y a vosotros sálveos Dios,  
 que no hablo yo a los condes,—que mis enemigos son. [3]

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 160. —*Silva* de 1550, t. I. ful. 82.)

[p. 173] 60

(DEL CID.—XXXIX)

### Romance de los condes de Carrion

—Yo me estando en Valencia, [1] —en Valencia la mayor,  
 buen rey, vi yo vuestra seña—y vuestro honrado pendon.  
 Saliera yo a recibirle—como vasallo a señor.  
 Enviástesme una carta—con un vuestro embajador:  
 que yo diese las mis hijas—a los Condes de Carrion.  
 No quería Jimena Gomez,—la madre que las parió.  
 Por cumplir vuestro mandado—otorgáraselas yo.  
 Treinta días duran las bodas,—treinta días, que más non;  
 y un día estando comiendo—soltárase un leon.  
 Los condes eran cobardes,—luego piensan la traicion:  
 pidiéranme las mis hijas—para volver a Carrion.  
 Como eran sus mujeres,—entregáraselas yo.  
 ¡Ay, en medio del camino—cuán mal paradas que son!  
 Hallólas un caballero—(¡déle Dios el gualardon!)  
 a la una dió su manto,—y a la otra su ropon.  
 Hallólas tan mal paradas,—que de ellas hubo compasion.  
 Si el escuderos quisiera,—los condes cornudos son.—  
 Allí respondieran los condes—una muy mala razon:

—Mentides, el Cid, mentides,—que non éramos traidores.—  
 Levantóse Pero Bermudez,—el que las damas crió,  
 y al conde que esto hablara—dióle un gran bofeton.  
 Allí hablara el rey,—y dijera esta razon:  
 —Afuera, Pero Bermudez,—no me revolváis quiston.  
 —Otórganos campo, rey,—otórganoslo, señor,  
 que con muy gran dolor vive—la madre que las parió.—  
 Ya les otorgaba el campo,—ya les partían el sol.  
 Por el Cid va Nuño Gustos,—hombre de muy gran valor;  
 con él va Pero Bermúdez—para ser su guardador.  
 Los condes, como lo vieron,—no consienten campo, non.  
 Allí hablara el buen rey,—bien oiréis lo que habló:  
 —Si no otorgáis el campo,—yo haré justicia hoy.—  
 Allí hablara un criado—de los condes de Carrion:  
 —Ellos otorgan el campo—mañana en saliendo el sol.—  
 Allí hablara el buen Cid,—bien oiréis lo que habló:  
 [p. 174] —Si quieren uno a uno,—o si quieren dos a dos:  
 allá va Nuño Gustos,—[y] el ayo que las crió.—  
 Dijo el rey:—Pláceme, Cid,—y así lo otorgo yo.—  
 Otro dia de mañana—muy bien les parten el sol.  
 Los condes vienen de negro,—y los del Cid de color.  
 Ya los meten en el campo,—de vellos es gran dolor;  
 luego abajaban las lanzas,—¡cuán bien combatidos son!  
 A los primeros encuentros—los condes vencidos son,  
 y Gustos y Pero Bermudez—quedaron por vencedores.

(*Silva* de 1550, t, II, fol. 51)

### **Romance de los cinco maravedís que el rey don Alonso octavo pedía a los hijosdalgo**

En esa ciudad de Burgos—en Cortes se habian juntado  
 el rey que venció las Navas—con todos los hijosdalgo.  
 Habló con don Diego el rey,—con él se habia aconsejado,  
 que era señor de Bizcaya,—de todos el más privado.  
 —Consejédesme, don Diego,—que estoy muy necesitado,  
 que con las guerras que he hecho—gran dinero me ha faltado.  
 Querria llegarme a Cuenca,—no tengo lo necesario;  
 si os pareciese, don Diego,—por mí fuese demandado  
 que cinco maravedís—me peche cada hidalgo.  
 —Grave cosa me parece,—le respondiera el de Haro,  
 que querades vos, señor,—al libre her [\[1\]](#) tributario;  
 mas por lo mucho que os quiero,—de mí seréis ayudado,  
 porque yo soy principal,—de mí os será pagado.—  
 Siendo juntos en las Cortes,—el rey se lo había hablado;

levantado está don Diego,—como ya estaba acordado.  
—Justo es lo que el rey pide,—por nadie le sea negado;  
mis cinco maravedís,—hélos aquí de buen grado.  
Don Nuño, conde de Lara,—mucho mal se habia enojado;  
pospuesto todo temor,—de esta manera ha hablado:  
—Aquellos donde venimos—nunca tal pecho han pagado,  
nos méenos lo pagarémos,—ni al rey tal será dado;  
el que quisiere pagarle—quede aquí como villano,  
váyase luego tras mí—el que fuere hijodalgo.—  
Todos se salen tras él;—de tres mil, tres han quedado.  
En el campo de la Glera—todos allí se han juntado;  
el pecho que el rey demanda—en las lanzas lo han atado,  
[p. 175] y envíanle a decir—que el tributo está llegado,  
que envíe sus cogedores,—que luego será pagado;  
mas que si él va en persona [1] —no será dél [2] acatado;  
pero que enviase aquellos—de quien fué aconsejado.—  
Cuando aquesto oyera el rey,—y que solo se ha quedado,  
volvióse para don Diego,—consejo le ha demandado.  
Don Diego, como sagaz, [3] —este consejo le ha dado:  
—Desterrédesme, señor,—como que yo lo he causado,  
y así cobraréis la gracia—de los vuestros hijosdalgo.—  
Otorgó el rey el consejo:—a decir les ha enviado  
que quien le dió tal consejo—será muy bien castigado,  
que hidalgos de Castilla—no son para haber pechado.  
Muy alegres fueron todos,—todo se hubo apaciguado;  
desterraron a don Diego—por lo que no habia pecado;  
mas dende a pocos dias,—a Castilla fué tornado.  
El bien de la libertad—por ningun precio es comprado.

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 177.— *Silva* de 1550, t. I, folios  
100 y 222). [4]

61 a

(*Al mismo asunto*)

En Búrgos está el buen rey—don Alonso el Deseado,  
el octavo que en Castilla—de tal nombre fué llamado.  
Mirando andaba las Huelgas,—aquel monasterio honrado;  
míralo de parte a parte,—porque él mismo lo ha fundado.  
Triste andaba y muy penoso—por verse tan alcanzado,  
que ha gastado los tesoros—que su padre le habia dejado  
haciendo guerra a los moros,—que en su reino habian quedado;  
despues que fué destruido [5] —por desdicha y gran pecado  
de aquel buen rey don Rodrigo—de los Godos tan nombrado.  
[p. 176] Entre sí mismo decía,—y triste se andaba pensando

de dónde habria dineros—para haber de guerreallos.  
Rogando anda a Dios del cielo—que le hubiese ayudado,  
pues lo hace con tal celo—de su fé haber ensalzado.  
Piensa de favorecerse—de los hombres hijosdalgo;  
que le ayuden con un pecho—muy pequeño y moderado;  
cinco maravedís tan solos—a cada uno ha demandado,  
y para esto decirles—a Cortes los ha llamado,  
donde estaba ese don Diego—de su casa más privado;  
señor era de Vizcaya,—en Castilla el más honrado,  
con el cual tomó consejo—para haber de comenzarlo.  
Don Diego por le agradar—luego se le habia dado:  
—Creo que será, buen rey,—malo de ser acabado.  
Comenzaldo vos, señor,—yo os habré bien ayudado;  
pero son tan libertados,—que no querrán haber pechado.  
Mis cinco maravedís—en su presencia habré dado.—  
De esto se tuviera el rey—por muy bien aconsejado.  
Propuesto este caso en Cortes,—de esta manera ha hablado:  
—Ya sabeis, mis caballeros,—lo mucho que yo he gastado  
guerreando con los moros—que están en nuestro reinado:  
para hacer lo que querria—me hallo muy alcanzado,  
que he gastado los tesoros—que mi padre había dejado;  
de los que me dejó mi agüelo—ninguna cosa me ha quedado.  
Ya veis que yo no lo despiendo—donde sea mal gastado:  
ayúdeme en esta guerra—cada hombre hijodalgo  
con cinco maravedís, [1] —cada uno, en cada un año.  
La cantía es tan poca,—que muy bien podréis pagallo  
sin vender vuestras haciendas—ni haberos pobres quedado,  
y con ellos ganaré—para haberos bien pagado.—  
Allí se levantó don Diego,—como fuese tan privado:  
—Bien habemos visto, rey,—lo mucho que habeis gastado;  
en cuanto cargo vos somos—a todos nos está muy claro;  
que os ayudemos en esto—el reino habrémos honrado;  
Dios os dé tanta victoria,—que la fé hayáis ensalzado.  
Mis cinco maravedís—hélos aquí de buen grado.—  
El buen don Nuño de Lara—luego se habia levantado:  
—¿Has hablado como varon [2] —bien discreto y esforzado?  
no lo quiera Dios del cielo—ni tal hubiese mandado,  
que hijodalgo ninguno—tal pecho hubiese pagado.—  
Hablando de esta manera,—salido se ha de palacio  
—Los que quieren ser pecheros—con el rey se hayan quedado,  
[p. 177] y los que quieren ser libres—hayádesme acompañado.—  
De tres mil que dentro estaban—no quedaron sino cuatro;  
el uno era don Diego,—y un camarero privado,  
y con él dos pajecicos—que quedaron a su lado.  
De que fueron en su posada—don Nuño les ha hablado:  
—Haced como caballeros,—no os hayais atribulado;

mirad aquellas hazañas—de los hombres hijosdalgo  
que han hecho en nuestras Españas—del tiempo que es ya pasado:  
si tomardes mi consejo—yo os lo daré de grado.—  
Allí hablaron aquellos—caballeros hijosdalgo:  
—Dédesnolo vos, señor,—que bien queremos tomallo.  
—Ios a vuestras posadas,—armáos bien a caballo,  
los cinco maravedís—atadlos bien en un paño;  
en las puntas de las lanzas—los traigais aquí colgando.—  
El consejo no fué aun dicho,—cuando todo fué acabado.  
—Védesnos aquí, don Nuño,—ved que nos habeis mandado:  
Prestos somos a complillo—sin fuerza, de muy buen grado.  
Allí hablara don Nuño,—bien oiréis lo que ha hablado:  
—Vayan los dos de vosotros—al rey a haber razonado,  
que envíe luego a la pelea,—donde lo están esperando,  
al cogedor del tributo,—que su Alteza habia echado;  
allí están los hijosdalgo—para se lo haber pagado.  
Si el cogedor no volviere—no se haya maravillado,  
que en España los hidalgos—ningun tributo han pagado.  
Quien el tributo quisiere,—muy caro le habrá comprado.—  
Asi se fueron los dos—delante el rey a contallo.  
El rey, vistas sus razones,—se había mal enojado;  
allí hablara don Diego—discreto, sabio, esforzado:  
—Este hecho vos, buen rey,—a mí me lo hayáis cargado:  
vos me echeis a mí la culpa,—decí que os lo he aconsejado,  
desterréisme de estos reinos,—mis tierras me hayais tomado.  
De esta manera, señor,—lo habréis apaciguado.—  
A don Nuño el buen rey—luego lo habia llamado:  
hablando de esta manera, el caso les ha contado:  
—Perdonáme, caballeros,—porque yo he sido engañado,  
que don Diego de Vizcaya—me lo habia aconsejado.  
No quiero vuestro tributo,—antes mas libres vos hago.  
Don Diego su mal consejo—muy bien lo habría pagado;  
destiérrenlo de mis reinos,—sus tierras le han tomado,  
porque quien mal aconseja—muy bien sea castigado.—  
Va desterrado don Diego,—déjenlo deseredado;  
mas a cabo de pocos días—el destierro le han alzado;  
dábanle todo lo suyo,—y mucho más que le han dado:  
todo fuera a pedimiento—de los hombres hijosdalgo.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 295.)

[p. 178] 62

ROMANCES DEL REY DON ALONSO X

LLAMADO EL SABIO

## Querellas del rey Alonso X de Castilla.—I

Yo salí de la mi tierra—para ir a Dios servir,  
y perdí lo que habia—desde mayo hasta abril,  
todo el reino de Castilla—hasta allá al Guadalquivir.  
Los obispos y prelados—cuidé que metian paz.  
entre mí y el hijo mío,—como en su decreto yaz.  
Estos dejaron aquesto,—y metieron mal asaz,  
non a excuso, mas a voces,—bien como el añafil faz.  
Fallecióronme parientes,—y amigos que yo habia,  
con haberes y con cuerpos—y con su caballería.  
Ayúdeme Jesucristo—y su madre Santa Maria,  
que yo a ellos me encomiendo,—de noche y tambien de día.  
No he mas a quien lo decir,—ni a quien me querellar,  
pues los amigos que habia—no me osan ayudar;  
que por medio de don Sancho—desamparado me han:  
pues Dios no me desampare—cuando por mí ha de enviar;  
ya yo oí otras veces—de otro rey así contar,  
que con desamparo que hubo,—se metió en alta mar,  
a se morir en las ondas—o las venturas buscar;  
Apolonio fué aqueste,—e yo haré otro tal.

(Fuentes, *Libro de los cuarenta cantos*). [\[1\]](#)

[p. 179] 63

(DEL REY DON ALONSO X.—II)

### De cómo fué desheredado don Alfonso

El viejo rey don Alfonso—iba huyendo a más andar,  
que su hijo el rey don Sancho—desheredado lo ha.  
Mandóse dar por sentencia—no ser él para reinar.  
Con lágrimas en sus ojos—estas trovas fué a trovar [\[1\]](#)  
—Santa María, señora,—no me quieras olvidar,  
caballeros de Castilla—desamparado me han,  
y por miedo de don Sancho—no me osan ayudar:  
iréme a tierras ajenas,—navegando a más andar,  
en una galera negra—que denote mi pesar,  
y sin gobierno ni jarcia—me porné por alta mar,  
que así ficiera Apolonio,—y yo faré otro que tal.—  
Enviara su corona—que la fuesen a empeñar  
a un rey de Berbería,—que llaman Abenyuzaf.  
El rey, viendo al mensajero,—su Consejo fué a juntar;  
dijoles:—¡Oh mis vasallos!—Bien me querais aconsejar:

Alfonso, rey de Castilla,—está en gran necesidad,  
porque su hijo don Sancho—desheredado lo ha.  
Su corona me ha enviado—a que la haya de empeñar;  
ved en esto qué os parece,—que tengo de él piedad.—  
Allí habló un moro anciano,—anciano y de gran edad,  
que en España ha guerreado—siendo de más fresca edad:  
—Lo que me parece ¡oh rey!—es que le hayas de ayudar,  
que Alfonso es buen caballero,—y en todo muy principal,  
y las obras que son santas—suélnense muy bien pagar.—  
El rey, que era valeroso,—mandó al cristiano llamar;  
díjole:—Dirás a Allonso—que quiera en Dios confiar;  
veinte y cuatro mil caballos—en su favor pasarán,  
y si aquestos pocos fueren,—mi persona pasará.—  
Dióle sesenta mil doblas,—la corona le fué a dar.  
Pero no llegó el socorro,—por fortuna de la mar,  
donde se perdieron todos,—que moro no fué a quedar;  
pero en ese medio y tiempo—Alfonso tornó a reinar,  
que su hijo el rey don Sancho—no gozó su mocedad.

(Sepúlveda, *Romances nuevos sacados, etc.*, ed. de 1566.)

[p. 180] 64

### **Romance del rey don Fernando cuarto [1]**

Válasme, [2] nuestra señora,—cual dicen, de la Ribera,  
donde el buen rey don Fernando—tuvo la su cuarentena.  
Desde el miércoles corvillo—hasta el jueves de la Cena,  
que el rey no hizo [3] la barba,—ni peinó la [4] su cabeza.  
Una silla era su cama,—un canto por [5] cabecera,  
los cuarenta pobres comen [6] —cada día a la su mesa;  
de lo que a los pobres sobra—el rey hace [7] la su cena,  
con vara de oro en su mano [8] —bien hace servir la mesa. [9]  
Dícnle los caballeros:—¿Dónde irás tener la fiesta? [10]  
—A Jaen, dice, señores,—con mi señora la reina.—  
Despues que estuvo en Jaen,—y la fiesta hubo pasado, [11]  
pártese [12] para Alcaudete,—ese castillo nombrado:  
el pie tiene en el estribo,—que aun no se habia apeado, [13]  
cuando le daban querella—de dos hombres hijosdalgo,  
y la querella le daban [14] —dos hombres como villanos:  
abarcas traen calzadas—y agujadas en las manos.  
—Justicia, justicia, rey, [15] —pues que somos tus vasallos,  
de don Pedro Caravajal [16] —y de don Alonso [17] su hermano,  
que nos corren nuestras tierras—y nos robaban el campo, [18]



y nos fuerzan las mujeres [19] —a tuerto y desaguisado;  
 comíannos [20] la cebada—sin despues querer pagallo, [21]  
 hacen otras desvergüenzas—que vergüenza era [22] contallo.  
 —Yo haré de ello [23] justicia,—tornáos a vuestro ganado.—  
**[p. 181]** Manda a [1] pregonar el rey—y por todo su reinado,  
 de [2] cualquier que lo [3] hallase—le daría buen hallazgo.  
 Hallólos el almirante—allá en Medina del Campo,  
 comprando muy ricas armas,—jaeces para [4] caballos.  
 —Presos, presos, caballeros,—presos, presos, hijosdalgo.  
 —No por vos, el almirante,—si de otro no traeis [5] mandado.  
 —Estad presos, [6] caballeros,—que del rey traigo recaudo. [7]  
 —Plácenos, [8] el almirante,—por complir el su mandado. [9]  
 Por las sus jornadas ciertas—en Jaen habian entrado. [10]  
 —Manténgate Dios, el rey.—Mal vengades, hijosdalgo.—  
 Mándales cortar los piés,—mándales cortar las manos,  
 y mándalos [11] despeñar—de aquella peña de Martos.  
 Allí hablara el uno [12] de ellos, el menor y más osado:  
 —¿Por qué lo haces, [13] el rey,—por qué haces tal mandado? [14]  
 Querellámonos, el rey, [15] —para ante el soberano, [16]  
 que dentro de treinta dias—vais con nosotros a plazo; [17]  
 y ponemos por testigos—a San [18] Pedro y a San [18 bis] Pablo:  
 ponemos por escribano [19] —al apóstol Santiago.—  
 El rey, no mirando en ello, [20] —hizo complir su mandado  
 por la falsa información—que los villanos le han dado:  
 y muertos los Carvajales,—que lo habian emplazado,  
 antes de los treinta dias—él se fallara muy malo,  
 y desde fueron cumplidos,—en el postrer dia del plazo,  
 fué muerto dentro en Leon,—do la sentencia hubo dado.

(*Canc. de Rom.* s. a., fol. 165.— *Canc. de Rom.*, fol. 144.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 88.—Aquí se contienen cinco romances:  
 el primero, «De cómo fué vencido el roy Don Rodngo., etc.  
 Pliego suelto del siglo XVI.)

[p. 182] 65

## ROMANCES DEL REY DON PEDRO I DE CASTILLA LLAMADO EL CRUEL

### **Romance de don Fadrique, maestre de Santiago, y de cómo le mandó matar el rey don Pedro su hermano.—I**

—Yo me estaba allá en Coimbra—que yo me la hube [1] ganado,  
 cuando me vinieron cartas—del rey don Pedro mi hermano  
 que fuese a ver los torneos—que en Sevilla se han armado.

Yo Maestre sin ventura,—yo maestre desdichado,  
tomara trece de mula,—veinte y cinco de caballo,  
todos con cadenas de oro—y jubones de brocado:  
jornada de quince dias—en ocho la habia [2] andado.

A la pasada de un rio,—pasándole por el vado,  
cayó mi mula conmigo,—perdí mi puñal dorado,  
ahogáraseme un paje—de los mios más privado,  
criado era en mi sala, [3] —y de mí muy regalado.

Con todas estas desdichas—a Sevilla hube llegado;  
a la puerta Macarena [4] —encontré [5] con un ordenado,  
ordenado de evangelio [6] —que misa no habia cantado:  
—Manténgate Dios, Maestre,—Maestre, bien seáis llegado.  
Hoy te ha nacido hijo, [7] —hoy cumples [8] veinte y un año.

Si te pluguiese, Maestre,—volvamos a baptizallo,  
que yo sería el padrino,—tú, Maestre, el ahijado.—

Allí hablara el Maestre,—bien oiréis lo que ha hablado:  
—No me lo mandeis, señor,—padre, no queráis mandallo,  
que voy a ver qué me quiere—el rey don Pedro mi hermano.—

[p. 183] Dí de espuelas a mi mula,—en Sevilla me hube entrado;  
de que no vi tela puesta—ni vi caballero armado,  
fuíme para los palacios—del rey don Pedro mi hermano.

En entrando por las puertas,—las puertas me habian cerrado;  
quitáronme la mi espada,—la que traía a mi lado;  
quitáronme mi compañí, [1] —la que me habia acompañado.

Los mios desde que esto vieron—de traición me han avisado,  
que me saliese yo fuera—que ellos me pondrian en salvo.

Yo, como estaba sin culpa,—de nada hube [2] curado;

fuíme para el aposento—del rey don Pedro mi hermano:

—Manténgaos Dios, el rey,—y a todos de cabo a cabo.— [3]

—Mal hora vengáis, Maestre,—Maestre, mal seais llegado:  
nunca nos venís a ver—sino una vez en el año,

y esta que venís, Maestre,—es por fuerza o por mandado.

Vuestra cabeza, Maestre,—mandada está en aguinaldo.

—¿Por qué es aqueso, buen rey?—nunca [4] os hice desaguizado,  
ni os dejé yo [5] en la lid,—ni con [6] moros peleando.

—Venid acá, mis porteros,—hágase lo que he mandado.—

Aun no lo hubo bien dicho,—la cabeza le han cortado;

a doña María de Padilla—en un plato la ha enviado;

así hablaba con él [7] —como si estuviera sano.

Las palabras que le dice,—de esta suerte está hablando: [8]

—Aquí pagaréis, traidor,—lo de antaño y lo de ogaño,

el mal consejo que diste—al rey don Pedro tu hermano.—

Asióla por los cabellos,—echado se la ha [9] a un alano;

el alano es del Maestre,—púsola sobre un estrado,

a los aullidos [10] que daba—atronó [11] todo el palacio.

Allí demandara el rey: [12] —¿Quién hace mal a ese alano?—  
Allí respondieron todos—a los cuales ha pesado:  
—Con la cabeza lo ha, señor,—del Maestre vuestro hermano.—  
Allí hablara una su tía [13] —que tía era de entrambos:  
—¡Cuán mal lo mirastes, rey!—rey, ¡qué mal lo habeis mirado!  
por una mala mujer—habeis muerto un tal hermano.— [14]  
Aun no lo habia bien [15] dicho,—cuando ya le habia pesado.  
Fuese para [16] doña María,—de esta suerte le ha hablado:  
[p. 184] —Prendelda, mis caballeros,—ponédmela a buen recaudo, [1]  
que yo le daré tal castigo—que a todos sea sonado.—  
En cárceles muy oscuras—allí la habia aprisionado; [2]  
él mismo le da a comer,—él mismo con la [3] su mano:  
no se tía de ninguno—sino de un paje que ha criado. [4]

(*Canc. de Rom.* s. a., fol. 166. — *Canc. de Rom.*, 1550, folio  
173.—Silva de 1550, t. I, f. 89.—Timoneda, *Rosa española.*)

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL DE CASTILLA.—II)

### Romance del rey don Pedro

Por los campos de Jerez—a caza va el rey don Pedro;  
allegóse a una laguna,—allí quiso ver un vuelo.  
Vió salir de ella una garza,—remontóle un sacre nuevo;  
echóle un neblípreciado,—degollado se le ha luego,  
a sus pies cayó el neblí,—túvolo por mal agüero.  
Sube la garza muy alta,—parece entrar en el cielo.  
De hácia Medina Sidonia—vió venir un bulto negro  
cuanto más se le allegaba,—poniéndole va más miedo.  
Salió dél un pastorcico,—llorando viene y gimiendo,  
con un bastón en sus manos,—los ojos en tierra puestos,  
sin bonete su cabeza,—todo vestido de duelo,  
descalzo, lleno de espinas.—De trailla trae un perro,  
aullidos daba muy tristes,—concertados con su duelo;  
sus cabellos va mesando,—la su cara va rompiendo;  
el duelo hace tan triste,—que al rey hace poner miedo.  
A voces dice: —Castilla,—Castilla, perderte has cedo,  
que en tí se verte la sangre—de tus nobles caballeros;  
mátalos contra justicia,—reclaman a Dios del cielo.—  
Los gritos daba muy altos,—todos se espantan de vello.  
Su cara lleva de sangre;—allegóse al rey don Pedro;  
dijo:—Rey, lo que te digo,—sin duda te verná presto:  
serás muy acalumniado,—y serás por armas muerto.

Quieres mal a doña Blanca,—a Dios ensañas por ello;  
perderás por ello el reino.—Si quieres volver con ella,  
darte ha Dios un heredero.—El rey fué mucho turbado,  
mandó el pastor fuese preso;—mandó hacer gran pesquisa  
[p. 185] si la reina fuera en esto.—El pastor se les soltara,  
nadie sabe qué se ha hecho.—Mandó matar a la reina  
ese día a un caballero,—pareciéndole acababa  
con su muerte el mal agüero.

(*Silva de 1550, t. II, f. 78.*)

66 a

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL DE CASTILLA.—III)

(*Al mismo asunto*)

### **Romance del rey don Pedro el Cruel**

Por los campos de Jerez—a caza va el rey don Pedro:  
en llegando a [1] una laguna,—allí quiso ver un vuelo. [2]  
Vido volar una garza,—desparóle un sacre nuevo,  
remontárale un neblí,—a sus piés cayera muerto.  
A sus piés cayó el neblí,—túvolo por mal agüero.  
Tanto volaba la garza,—parece llegar [3] al cielo.  
Por donde la garza sube—vió bajar un bulto negro;  
mientras mas se acerca el bulto,—más temor le va poniendo:  
con el abajarse tanto, [4] —parece llegar al suelo  
delante de su caballo—a cinco pasos de trecho:  
dél salió [5] un pastorcico,—sale llorando y gimiendo,  
la cabeza desgreñada, [6] —revuelto tráe el cabello,  
con los piés llenos de abrojos—y el cuerpo lleno de vello;  
en su mano una culebra—y en la otra un puñal sangriento;  
en el hombro una mortaja,—una calavera al cuello:  
a su lado de trailla—traía un perro negro:  
los aullidos que daba—a todos ponían gran miedo,  
y a grandes voces decia:—Morirás, el rey don Pedro,  
que mataste sin justicia—los mejores de tu reino:  
mataste tu propio hermano—el Maestre, sin consejo, [7]  
y desterraste a tu madre:—a Dios darás cuenta de ello.  
Tienes presa a doña Blanca,—enojaste ha Dios por ello,  
que si tornas a quererla [8] —darte ha Dios un heredero,  
y si no, por cierto sepas [9] —te vendrá desman por ello;  
[p. 186] serán malas las tus hija—por tu culpa y mal gobierno,  
y tu hermano don Henrique—te habrá de heredar el reino:

morirás a puñaladas:—tu casa será el infierno.—  
Todo esto recontado,—despereció el bulto negro. [1]

(Timoneda, *Rosa española*. Aquí comienzan seys romances.  
El primero del rey Don Pedro, etc. Pliego suelto del siglo XVI.)

67

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—IV)

**Romance que dice: "Entre la gente se dice"**

Entre la gente se dice,—y no por cosa sabida,  
que del honrado Maestre—don Fadrique de Castilla,  
hermano del rey don Pedro—que por nombre el Cruel habia,  
está la reina preñada;—otros dicen que paria.  
Entre los unos secreto,—entre otros se publica;  
no se sabe por más cierto—de que el vulgo lo decia.  
El rey don Pedro está lejos,—y de esto nada sabia:  
que si de esto algo supiera,—bien castigado lo habria.  
La reina, de muy turbada,—no sabe lo que haria  
a la difamia tan fuerte—que su casa padescia,  
llamando a un secretario—que el Maestre bien queria;  
Alonso Perez se llama,—este es su nombre de pila;  
desque lo tuvo delante,—estas palabras decia:  
—Ven acá tú, Alonso Perez,—dime verdad por mi vida:  
¿qué es del honrado Maestre?—¿qué es dél, que no parecia?  
—A caza es ido, señora,—con toda su montería.  
—Dime, ¿qué te parece—de lo que del se decia?  
Quejosa estoy del Maestre—con gran razon que tenia,  
por ser de sangre real,—y hacer tal villanía,  
que dentro en mis palacios—una doncella paria,  
de todas las de mi casa—a quien yo muy más queria;  
mi hermana era de leche,—que negar no la podia.  
A la ánima me llegara,—si en el reino se sabia.—  
Alonso Perez responde,—bien oireis lo que decia:  
—Darme el nacido, señora,—que yo me lo criaria.—  
Luego lo mandara dar—envuelto en una faldilla  
amarilla y encarnada,—que guarnición no tenia.  
[p. 187] Allá le lleva a criar—dentro del Andalucía,  
a un lugar muy nombrado—que Llerena [1] se decia.  
A una ama le ha encargado;—hermosa es a maravilla,  
Paloma tiene por nombre,—segun se dice por la villa;  
hija es de un tornadizo—y de una linda judia.  
Mientras se cria el infante—sábelo doña María;  
aquella falsa traidora—que los reinos revolvia.

No estaba bien informada—cuando al rey se lo escribía:  
—Yo, tu leal servidora,—doña María de Padilla,  
que no te hice traicion,—ni consentir la quería,  
para que sepas, soy cierta—de aquesto te avisaría;  
quién te la hace, señor,—declarar no se sufría,  
hasta que venga a tiempo—que de mí a tí se diría.  
No me alargó más, señor,—en aquesta letra mía.—  
El rey, vista la presente,—que escribe doña María,  
entró en consejo de aquesto—un lunes ¡qué fuerte día! [2]  
dejando por sustituto—en el cargo que tenía  
en Tarifa la nombrada—los que aquí se nombrarían:  
a don Fadrique de Acuña,—que es hombre de gran valía,  
porque era sabio en la guerra—y en campo muy bien regia,  
y a otro, su primo hermano—don Garcia de Padilla,  
y al buen Tello de Guzman,—que el rey criado había,  
el cual nombraban su ayo,—y él por tal le obedecía.  
Un miércoles en la tarde—el rey tomaba la vía  
con García Lopez Osorio,—de quien sus secretos fía.  
Llegado han aquella noche—a las puertas de Sevilla;  
las puertas halló cerradas,—no sabe por do entraría,  
sino por un muladar—que cabe el muro yacía.  
El rey arrima el caballo,—subióse sobre la silla,  
asido se ha de una almena,—en la ciudad se metía.  
Fuese para sus palacios,—donde posarse solía:  
así llamaba a la puerta—como si fuera de día.  
Las guardas están velando,—muy muchas piedras le tiran:  
herido han al rey don Pedro—de una mala herida.  
García-Lopez les da voces,—que estas palabras decía:  
—Tate, tate, que es el rey—este que llegado había.—  
Entonces bajan las guardas—por ver si verdad sería.  
Abierto le han las puertas,—para su aposento aguija.  
[p. 188] Tres días está secreto,—que no sale por la villa;  
otro día escribió cartas:—a Caliz aquesa villa,  
al Maestre su hermano,—en las cuales le decía  
que viniese a los torneos—que en Sevilla se hacían.

(*Silva* de 1550, t. II, ful. 56.)

67 a

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—V)  
(*Al mismo asunto*)

Entre las gentes se suena,—y no por cosa sabida,  
que de ese buen Maestre—don Fadrique de Castilla  
la reina estaba preñada;—otros dicen que parida.

No se sabe por de cierto,—mas el vulgo lo decía:  
ellos piensan que es secreto,—ya esto no se escondia.  
La reina con su...—por Alonso Pérez envía,  
mandóle que viniese—de noche y no de día:  
secretario es del Maestre,—en quien fiarse podía.  
Cuando lo tuvo delante,—de esta manera decía:  
—¿Adónde está el Maestre?—¿Qué es dél que no parecía?  
¡Para ser de sangre real,—hecho ha gran villanía!  
Ha deshonorado mi casa,—y dícese por Sevilla  
que una de mis doncellas—del Maestre está parida.  
—El Maestre, mi señora,—tiene cercada a Coimbra,  
y si vuestra Alteza manda,—yo luego lo llamaria;  
y sepa vuestra Alteza—que el Maestre no se escondia:  
lo que vuestra Alteza dice,—debe ser muy gran mentira.  
—No lo es, dijo la reina,—que yo te lo mostraría.—  
Mandara sacar un niño—que en su palacio tenia:  
sacólo su camarera—envuelto en una faldilla.  
—Mirá, mirá, Alonso Pérez,—el niño, ¿a quién parecía?  
—Al Maestre, mi señora,—Alonso Pérez decia. [1]  
—Pues daldo luego a criar,—y a nadie esto se diga.—  
Sálese Alonso Pérez,—ya se sale de Sevilla;  
muy triste queda la reina,—que consuelo no tenia;  
llorando de los sus ojos,—de la su boca decía:  
—Yo, desventurada reina,—más que cuantas son nascidas,  
casáronme con el rey—por la desventura mía.  
[p. 189] De la noche de la boda—nunca más visto lo habia,  
y su hermano el Maestre—me ha tenido en compañía.  
Si esto ha pasado,—toda la culpa era mía.  
Si el rey don Pedro lo sabe,—de ambos se vengaria;  
mucho más de mí, la reina,—por la mala suerte mía.—  
Ya llegaba Alonso Pérez—a Llerena, aquesa villa:  
puso el infante a criar—en poder de una judía;  
criada fué del Maestre,—Paloma por nombre habia;  
y como el rey don Enrique—reinase luego en Castilla,  
tomara aquel infante—y almirante lo hacia:  
hijo era de su hermano,—como el romance decia.

(Códice de la segunda mitad del siglo XVI, en el *Romancero*  
del Sr. Durán). [1]

[p. 190] 68

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—VI)

**Romance de doña Blanca de Borbon** [1]

Doña María de Padilla,—no os mostredes triste, no:  
si me descasé dos veces,—hícelo por vuestro amor,  
y por hacer menosprecio—de [2] doña Blanca de Borbon:  
a Medina Sidonia envió [3] —que me labren un pendon;  
será de color de sangre,—de lágrimas su labor:  
tal pendon, doña María,—se hace por vuestro amor.—  
Llamara [4] Alonso Ortiz,—que es un honrado varon,  
para que fuese a Medina,—a dar fin a la labor.  
Respondió [5] Alonso Ortiz:—Eso, señor, no haré yo,  
que quien mata a su señora—es aleve a su señor.—  
El rey no le respondiera; [6] —en su cámara se entró:  
enviara por dos [7] maceros,—los cuales él escogió.  
Estos fueron a la reina,—halláronla en oración;  
la reina como los viera, [8] —casi muerta se cayó;  
mas despues que en sí tornara, [9] —esforzada [10] les habló:  
—Ya sé a qué venís, amigos,—que mi alma lo sintió;  
aqueso [11] que está ordenado—no se puede excusar, no.  
¡Oh [12] Castilla! ¿Qué te hice?—No por cierto traicion.  
¡Oh Francia, mi dulce tierra!—¡Oh mi casa de Borbon!  
Hoy cumplo dieciseis años,—a los diecisiete [13] muero yo.  
El rey no me ha conocido,—con las vírgenes me vo. [14]  
[p. 191] Doña María de Padilla,—esto te pardono [1] yo;  
por quitarte de cuidado—lo hace el rey mi señor.—  
Los maceros la dan priesa,—ella pide confesion;  
perdonáralos a ellos,—y puesta en su oración, [2]  
danle golpes con las mazas,—y así la triste murió.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 46.—Timoneda, *Rosa española*.)

68 a

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—VII)

(*Al mismo asunto*)

### **De la muerte de la reina Blanca**

Doña María de Padilla,—no os me mostrais triste vos,  
que si me casé dos veces,—hicelo por vuestra pro,  
y por hacer menosprecio—a doña Blanca de Borbon.  
A Medina Sidonia envió—a que me labre un pendon:  
será el color de su sangre,—de lágrimas la labor.  
Tal pendon, doña María,—le haré hacer por vos.  
Y llamara a Iñigo Ortiz,—un excelente varon:  
díjole fuese a Medina—a dar fin a tal labor.  
Respondiera Iñigo Ortiz:—Aqueso no faré yo,  
que quien mata a su señora—hace aleve a su señor.—



El rey, de aquesto enojado,—a su cámara se entró,  
y a un balletero de maza—el rey entregar mandó.  
Aqueste vino a la reina—y hallóla en oracion.  
Cuando vido al balletero,—la su triste muerte vió.  
Aquél le dijo:—Señora,—el rey acá me envió.  
a gue ordeneis vuestra alma—con aquél que la crió,  
que vuestra hora es llegada,—no puedo alargalla yo.  
—Amigo, dijo la reina,—mi muerte os perdono yo;  
si el rey mi señor lo manda,—hágase lo que ordenó.  
Confesion no se me niegue,—sino pido a Dios perdon.—  
Sus lágrimas y gemidos—al macero enterneció;  
con la voz flaca, temblando,—esto a decir comenzó:  
—¡Oh Francia, mi noble tierra!—¡Oh mi sangre de Borbon!  
Hoy cumplo diecisiete años,—en los dieciocho voy;  
el rey no me ha conocido,—con las vírgenes me voy.  
Castilla, di ¿qué te hice?—No te hice traicion.  

[p. 192] Las coronas que me diste—de sangre y sospiros son;  
mas otra terné en el cielo—que será de más valor.—  
Y dichas estas palabras,—el macero la hirió:  
los sesos de su cabeza—por la sala los sembró.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 175.)

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—VIII)

### Romance de don García de Padilla [\[1\]](#)

Don García de Padilla,—ese que Dios perdonase,  
tomara al rey por la mano—y apartóle en puridad:  
—Un castillo hay en Consuegra—que en el mundo no hay su par,  
mejor es para vos, rey,—que lo sabréis sustentar.  
No sufráis más que le tenga—ese prior de Sant Joan:  
convidésdele, buen rey,—convidésdele a yantar.  
La comida que le diéredes,—como dió el Toro a don Juan, [\[2\]](#)  
que le corteis la cabeza—sin ninguna piedad:  
desque se la hayais cortado,—en tenencia me lo dad.—  
Ellos en aquesto estando,—el prior llegado ha.  
—Mantenga Dios a tu Alteza—y a tu corona real.  
—Bien vengais, el buen prior,—digádesme la verdad:  
¿el castillo de Consuegra—sepamos por quién está?  
—El castillo con la villa,—señor, a vuestro mandar.  
—Pues convidóos, el prior,—para conmigo yantar.  
—Pláceme, dijo, buen rey,—de muy buena voluntad:  
deme licencia tu Alteza,—licencia me quiera dar:

monjes nuevos son venidos,—irélos a aposentar.  
 —Vais con Dios, Hernan Rodrigo,—luego vos querais tornar.—  
 Vase para la cocina,—do su cocinero está,  
 así hablaba con él,—como si fuera su igual:  
 —Tomes estos mis vestidos,—los tuyos me quieras dar,  
 y a hora de media noche—salirte has a pasear.—  
 Vase a la caballeriza—do su macho fuera a hallar.  
**[p. 193]** —¡Macho rucio, macho rucio,—Dios te me quiera guardar!  
 Ya de dos me has escapado,—con aquesta tres serán;  
 si de aquesta tú me escaparas,—luego te entiendo ahorrar.—  
 Presto le echaba la silla,—comienza de cabalgar;  
 allegando a Azoguejo,—comenzó el macho a rozar.  
 Media noche era por filo, [\[1\]](#) —los gallos querian cantar,  
 cuando entraba por Toledo,—por Toledo, esa ciudad:  
 antes que el gallo cantase—a Consuegra fué a llegar.  
 Halló las guardas velando,—comiéntales de hablar:  
 —Digádesme, veladores,—digádesme la verdad:  
 ¿el castillo de Consuegra—si sabeis por quién está?  
 —El castillo con la villa—por el prior de Sant Joan.  
 —Pues abrid luego las puertas; catalde aquí donde está.—  
 La guarda desde lo oyó—abriólas de par en par.  
 —Tomases allá ese macho,—dél muy bien quieras curar:  
 déjeme la vela a mí,—que yo la quiero velar.  
 ¡Velá, velá, veladores,—así mala rabia os mate!  
 Que quien a buen señor sirve,—este gualardon le dan.—  
 El prior estando en esto—el rey que llegado ha,  
 halló las guardas velando,—comenzóles de hablar:  
 —Decidme, los veladores,—que Dios os guarde de mal,  
 ¿el castillo de Consuegra—por quién se tiene o se está?  
 —El castillo con la villa—por el prior de Sant Joan.  
 —Pues abrid luego las puertas,—que veislo aquí donde está.  
 —Afuera, afuera, buen rey,—que el prior llegado ha.  
 —¡Macho rucio, dijo el rey,—muermo te quiera matar!  
 Siete caballos me has muerto,—y con este ocho serán.  
 Ábreme tú buen prior,—allá me dejes entrar:  
 por mi corona te juro—de no hacerte mucho mal.  
 —Hacerlo vos, el buen rey,—agora en mi mano está.—  
 Mandárale abrir la puerta,—dióle muy bien a cenar.

(Timoneda, Rosa española)

69 a

(DEL REY DON PEDRO EL CRUEL.—IX)

(*Al mismo asunto*)

**Romance del prior de Sant Juan**

Don Rodrigo de Padilla,—aquel que Dios perdonase,  
tomara al rey por la mano—y apartólo en puridad:

[p. 194] —Un castillo está en Consuegra—que en el mundo no lo hay tal:

más vale para vos, el rey,—que para el prior de Sant Juan.

Convidédesle, el buen rey,—convidédesle a cenar,

la cena que vos le diédeses—fuese como en Toro a don Juan,

que le cortes la cabeza—sin ninguna piedad:

desque se la hayais cortado,—en tenencia me la dad.—

Ellos en aquesto estando,—el prior llegado ha.

—Mantenga Dios a tu Alteza,—y a tu corona real.

—Bien vengais vos, el prior,—el buen prior de Sant Juan.

Digádesme, el prior,—digádesme la verdad:

¿el castillo de Consuegra,—digades, por quién está?

—El castillo con la villa—está todo a tu mandar.

—Pues convídoos, el prior,—para conmigo a cenar.

—Pláceme, dijo el prior,—de muy buena voluntad.

Déme licencia tu Alteza,—licencia me quiera dar,

mensajeros nuevos tengo,—irlos quiero aposentar.

—Vais con Dios, el buen prior,—luego vos querais tornar.—

Vase para la cocina,—donde el cocinero está:

así hablaba con él—como si fuera su igual:

—Tomades estos mis vestidos,—los tuyos me quieras dar;

ya despues de medio día—saliéste a pasear.—

Vase a la caballeriza—donde el macho suele estar.

—De tres me has escapado,—con esta cuatro serán,

y si de esta me escapas,—de oro te haré herrar.—

Presto le echó la silla,—comienza de caminar.

Media noche era por filo,—los gallos quieren cantar

cuando entra por Toledo,—por Toledo, esa ciudad.

Antes que el gallo cantase—a Consuegra fué a llegar.

Halló las guardas velando,—empiézales de hablar:

—Digádesme, veladores,—digádesme la verdad:

¿el castillo de Consuegra,—digades, por quién está?

—El castillo con la villa—por el prior de Sant Juan.

—Pues abrádesme las puertas,—catalde aquí donde está.—

La guarda desde lo vido—abriolas de par en par.

—Tomédesme allá este macho,—y dél me querais curar:

dejadme a mí la vela,—porque yo quiero velar.

¡Velá, velá, veladores,—que rabia os quiera matar!

que quien a buen señor sirve,—este galardón le dan.—

Y él estando en aquesto—el buen rey llegado ha:

halló a los guardas velando,—comiézales de hablar:

—Digádesme, veladores,—que Dios os quiera guardar:

¿el castillo de Consuegra,—digades, por quién está?

—El castillo con la villa,—por el prior de Sant Juan.

—Pues abrádesme las puertas;—catalde aquí donde está.

—Afuera, afuera, el buen rey,—que el prior llegado ha.  
—¡Macho rucio, macho rucio,—muermo te quiera matar!  
[p. 195] ¡siete caballos me cuestas,—y con este ocho serán!  
Abridme, el buen prior,—allá me dejéis entrar;  
por mi corona te juro—de nunca te hacer mal.  
—Harélo, eso, el buen rey,—que ahora en mi mano está.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 94.)

70

### **Romance del duque de Arjona**

En Arjona estaba el duque,—y el buen rey en Gibraltar;  
envíole un mensajero—que le hubiese a hablar.  
Malaventurado duque,—vino luego sin tardar;  
jornada de quince días—en ocho la fuera a andar.  
Hallaba las mesas puestas—y aparejado el yantar.  
Desque hubieron comido—vense a un jardín a holgar.  
Andándose paseando,—el rey comenzó a hablar:  
—De vos, el duque de Arjona,—grandes querellas me dan;  
que forzades las mujeres—casadas y por casar;  
que les bebiades el vino,—y les comiades el pan;  
que les tomáis la cebada,—sin se la querer pagar.—  
—Quien os lo dijo, buen rey,—no vos dijo la verdad.  
—Llámenme mi camarero—de mi cámara real,  
que me trajese unas cartas,—que en mi barjuleta están.  
Védeslas aquí, el duque,—no me lo podeis negar.  
Preso, preso, caballeros,—preso de aquí lo llevad:  
entregaldo al de Mendoza,—ese mi alcalde el leal.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 287). [\[1\]](#)

[p. 196] 71

ROMANCES FRONTERIZOS O DE LAS GUERRAS Y BATALLAS  
ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS MOROS Y MORISCOS DE LAS  
FRONTERAS, DESDE LA ÉPOCA DEL REY DON JUAN II DE  
CASTILLA HASTA LA DE FELIPE II (ROMANCE FRONTERIZO.—I)

### **Romance del asalto de Baeza [\[1\]](#)**

Moricos, los mis moricos,—los que ganais mi soldada,  
derribédesme a Baeza,—esa villa torreada,  
y a los viejos y a los niños—los traed en cabalgada,  
y a los mozos y varones—los meted todos a espada,

y a ese viejo Pero Díaz—prendédmelo por la barba,  
y aquesa linda Leonor—será la mi enamorada.  
Id vos, capitán Vanegas,—porque venga más honrada,  
que si vos sois mandadero,—será cierta la jornada.

(Argote de Molina, *Nobleza de Andulucía*.)

[p. 197] 71 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—II)

(*Al mismo asunto*)

Moricos, los mis moricos,—los que ganais mi soldada,  
derribédesme a Baeza,—esa ciudad torreada,  
y los viejos y las viejas—los meted todos a espada,  
y los mozos y las mozas—los traé en la cabalgada, [1]  
y la hija de Pero Díaz [2] —para ser mi enamorada,  
y a su hermana Leonor,—de quien sea acompañada.  
Id vos, capitán Vanegas,—porque venga más honrada,  
porque enviándoos a vos,—no recelo en la tornada,  
que recibireis afrenta—ni cosa desaguisada.—

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 185.—*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 195.  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 108.)

72

(ROMANCE FRONTERIZO.—III)

**De la salida del rey Chico de Granada y de Reduan para recobrar Jaen [3]**

—Reduan, bien se te acuerda—que me diste la palabra  
que me darias a Jaen—en una noche ganada.  
Reduan, si tú lo cumples,—daráte paga doblada,  
y si tú no lo cumplieres,—desterrarte he de Granada;  
echarte he en una frontera—do no goces de tu dama.—  
Reduan le respondia—sin demudarse la cara:  
—Si lo dije no me acuerdo,—mas cumpliré mi palabra.—  
Reduan pide mil hombres,—el rey cinco mil le daba.  
Por esa puerta de Elvira—sale muy gran cabalgada.

[p. 198] ¡Cuánto del hidalgo moro!—¡Cuánta de la yegua baya!  
¡Cuánta de la lanza en puño!—¡Cuánta de la adarga blanca!  
¡Cuánta de marlota verde!—¡Cuánta aljuba de escarlata!

¡Cuánta pluma y gentileza!—¡Cuánto capellar de grana!  
¡Cuánto bayo borceguí!—¡Cuánto lazo que le esmalta!  
¡Cuánta de la espuela de oro!—¡Cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa—y experta para batalla:  
en medio de todos ellos—va el rey Chico de Granada.  
Míranlo las damas moras—de las torres del Alhambra.  
La reina mora, su madre,—de esta manera le habla:  
—Alá te guarde, mi hijo,—Mahoma vaya en tu guarda,  
y te vuelva de Jaen—libre, sano y con ventaja,  
y te dé paz con tu tío,—señor de Guadix y Baza.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.).

73

(ROMANCE FRONTERIZO.—IV)

### De Fernandarias [2]

—¡Buen alcaide de Cañete,—mal consejo habeis tomado  
en correr a Setenil,—hecho se habia voluntario!  
¡Harto hace el caballero—que guarda lo encomendado!  
Pensaste correr seguro,—y celada os han armado.  
Hernandarias Sayavedra,—vuestro padre, os ha vengado;  
ca cuerda correr a Ronda,—y a los suyos va hablando:  
—El mi hijo Hernandarias—muy mala cuenta me ha dado;  
encomendéle a Cañete,—él muerto fuera en el campo.  
Nunca quiso mi consejo,—siempre fué mozo liviano,  
que por alancear un moro—perdiera cualquier estado.  
Siempre esperé su muerte—en verle tan voluntario.  
Mas hoy los moros de Ronda—conocerán que le amo,  
[p. 199] A Gonzalo de Aguilar—en celada le han dejado.  
Viniendo a vista de Ronda,—los moros salen al campo.  
Hernandarias dió una vuelta—con ardid muy concertado,  
y Gonzalo de Aguilar—sale a ellos denodado,  
blandeando la su lanza—iba diciendo:—¡Santiago,  
a ellos, que no son nada,—hoy vengüemos a Fernando!—  
Murió allí Juan Delgadillo—con hartos buenos cristianos;  
mas por las puertas de Ronda—los moros iban entrando:  
veinte y cinco trala presos,—trescientos moros mataron;  
mas el viejo Hernandarias—no se tuvo por vengado.

(Aquí se contienen cinco romances y unas canciones muy  
graciosas. El primero es: «Angustiada está la reina», etc.—  
Pliego suelto del siglo XVI.)

## (ROMANCE FRONTERIZO.—V)

*(Al mismo asunto)***Romance de la venganza de Fernandarias**

—¡Buen alcaide de Cañete,—mal consejo habeis tomado  
 en correr a Setenil,—hecho asaz bien excusado!  
 ¡Harto hace el caballero—que guarda lo encomendado,  
 y muere en la fortaleza—donde lo han juramentado!  
 Siempre lo tuvistes, hijo,—de ser en ardid sobrado,  
 sin mirar inconvenientes,—sino ver moros en campo.  
 Mas antes de veinte dias—yo seré muerto o vengado  
 entre esos moros de Ronda—que me han amenazado.—  
 En aquesto Fernandarias—fué al infante don Fernando;  
 gente de a pié le ha pedido,—junto con la de a caballo.  
 A Pero Guzman Merino—y a su copero le ha dado,  
 y a Gonzalo de Aguilar,—un muy valiente bastardo,  
 junto con Juan Delgadillo,—su maestre-sala y privado.  
 Entrada hacen en Ronda;—Cañete quedó a recado.  
 En bosques cabe la vega—gente de armas se ha emboscado:  
 con ella Juan Delgadillo,—caballero muypreciado,  
 Fernandarias Sayavedra—cerca de Ronda ha llegado;  
 salen a él muchos moros,—con órden se ha retirado;  
 haciendo rostro ha venido—al bosque, disimulado,  
 donde estaba la celada—que a los moros ha cercado.  
 A los primeros encuentros—muchos quedan en el campo,  
 [p. 200] entre ellos Juan Delgadillo,—con más catorce hijosdalgo:  
 mas a la fin Sayavedra—de ellos fué muy bien vengado,  
 que rotos fueron los moros;—pocos se han escapado.  
 Con honra y gran cabalgada—a Cañete se ha tornado.

*(Sepúlveda, Romances nuevos sacados, etc., ed. de 1566.)*

## (ROMANCE FRONTERIZO.—VI)

**Romance de Antequera**

De Antequera partió [1] el moro—tres horas antes del dia,  
 con cartas en la su mano—en que socorro pedia.  
 Escritas iban con sangre,—mas no por falta de tinta.

El moro que las llevaba—ciento y veinte años habia; [2]  
la barba tenia [3] blanca,—la calva le relucia;  
toca llevaba tocada,—muy grande precio valia. [4]  
La mora que la labrara—por su amiga la tenia;  
alhaleme [5] en su cabeza—con borlas de seda fina;  
caballero en una yegua, que caballo no queria.  
Solo con un pajecico [6] —que le tenga compañía,  
no por falta de escuderos,—que en su casa hartos habia.  
Siete celadas le ponen—de mucha caballería,  
mas la yegua era ligera,—de entre todos [7] se salia;  
por los campos de Archidona [8] —a grandes voces decia:  
—¡Oh buen rey, si tú supieses—mi triste mensajería,  
mesarias tus cabellos—y la tu barba vellida!—  
El rey, que venir lo vido,—a recibirlo salia  
con trescientos de caballo,—la flor de la morería.  
—Bien seas venido el moro,—buena sea tu venida.  
—Alá te mantenga, el rey,—con toda tu compañía.  
—Dime, ¿qué nuevas me traes—de Antequera, esa mi villa? [9]  
—Yo te las diré, buen rey,—si tú me otorgas la vida.  
—La vida te es otorgada,—si traicion en tí no habia.  
[p. 201] —¡Nunca Alá lo permitiese—hacer tan gran [1] villanía!  
mas sepa tu real [2] Alteza—lo que ya saber debria,  
que esa villa de Antequera—en grande aprieto se via,  
que el infante don Fernando—cercada te la tenia.  
Fuertemente la combate—sin cesar noche ni dia;  
manjar que tus moros comen,—cueros de vaca cocida:  
buen rey, si no la socorres,—muy presto se perderia.—  
El rey, cuando aquesto oyera,—de pesar se amortecia;  
haciendo gran sentimiento,—muchas lágrimas vertia;  
rasgaba sus vestiduras,—con gran dolor que tenia, [3]  
ninguno le consolaba,—porque no lo permitia;  
mas después, en sí tornando, [4] —a grandes voces decia:  
—Tóquense mis añafiles,—trompetas de plata fina;  
júntense mis caballeros—cuantos en mi reino habia,  
vayan con mis dos hermanos—a Archidona, esa mi villa,  
en socorro de Antequera,—llave de mi señoría.—  
Y así con este mandado—se juntó gran morería;  
ochenta [5] mil peones [6] fueron—el socorro que venia, [7]  
con cinco mil de caballo,—los mejores que tenia.  
Así [8] en la Boca del Asna—este [9] real sentado habia  
a vista del del infante, [10] —el cual ya se apercebia,  
confiando en la gran vitoria [11] —que de ellos Dios le daria,  
sus gentes bien ordenadas:—de San Juan era aquel dia,  
cuando se dió la batalla—de los nuestros tan herida, [12]  
que por ciento y veinte muertos—quince mil moros habia.



Despues de aquesta batalla [13] —fué la villa combatida  
con lombardas [14] y pertrechos,—y con una gran bastida,  
con que le ganan las torres—de donde era defendida.  
Despues dieron el castillo—los moros a pleitesía,  
que libres con sus hacienda—el infante los pornia  
en la villa de Archidona,—lo cual todo se cumplia;  
y así se ganó Antequera—a loor de Santa María. [15]

(*Canc. de Rom.*, s . a., fol. 180; *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 168  
*Silva* de 1550, t. I., fol. 103. *Timoneda, Rosa española.*)

[p. 202] 75

(ROMANCE FRONTERIZO.—VII)

**De cómo la nueva conquista de Antequera llegó al rey moro de Granada y de la escaramuza de Alcalá [1]**

La mañana de Sant Joan—al tiempo [2] que alboreaba,  
gran fiesta hacen los moros—por la Vega de Granada.  
Rovolviendo sus caballos, y jugando de las lanzas, [3]  
ricos pendones en ellas—broslados [4] por sus amadas,  
ricas marlotas [5] vestidas—tejidas de oro y grana: [6]  
el moro que amores tiene—señales de ello mostraba,  
y el que no tenia amores [7] —allí no escaramuzaba.  
Las damas moras los miran [8] —de las torres del Alhambra,  
tambien se los mira [9] el rey—de dentro de la Alcazaba. [10]  
Dando voces vino un moro—con la cara ensangrentada: [11]  
—Con tu licencia, el rey,—te diré una nueva mala:  
el [12] infante don Fernando—tiene a Antequera ganada;  
muchos moros deja muertos, [13] —yo soy quien mejor librara;  
[p. 203] siete lanzadas yo traigo, [1] —el cuerpo todo me pasan; [2]  
los que conmigo escaparon—en Archidona quedaban.—  
Con la tal nueva el rey—la cara se le demudaba: [3]  
manda juntar [4] sus trompetas—que toquen [5] todas al arma,  
manda juntar a los suyos, [6] —hace muy [7] gran cabalgada,  
y a las puertas de Alcalá, [8] —que la real se llamaba,  
los cristianos y los moros [9] —una escaramuza traban. [10]  
Los cristianos eran muchos,—mas llevaban órden mala;  
los moros, que son de guerra,—dádoles han mala carga; [11]  
de ellos matan, de ellos prenden,—de ellos toman en celada.  
Con la [12] victoria, los moros—van la vuelta de Granada, [13]  
a grandes voces decían—¡La victoria ya es cobrada!— [14]

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 76. Aquí comienzan seis romances: el primero es de la mañana de Sant Juan, etc. Pliego suelto del siglo XVI.—Timoneda, *Rosa española*.) [15]

[p. 204] 76

(ROMANCE FRONTERIZO.—VIII)

### Sobre la pérdida de Antequera

Suspira por Antequera—el rey Moro de Granada:  
no suspira por la villa,—que otra mejor le quedaba,  
sino por una morica—que dentro en la villa estaba,  
blanca, rubia a maravilla,—sobre todas agraciada:  
deziseis años tenia,—en los dezisiete entraba;  
crióla el rey de pequeña,—más que a sus ojos la amaba,  
y en verla en poder ajeno—sin poder ser remediada,  
suspiros da sin consuelo—que el alma se le arrancaba.  
Con lágrimas de sus ojos,—estas palabras hablaba:  
—¡Ay Narcisa de mi vida!—¡Ay Narcisa de mi alma!  
Enviéte yo mis cartas—con el alcaide de Alhambra,  
con palabras amorosas—salidas de mis entrañas,  
con mi corazón herido—de una saeta dorada.  
La respuesta que le diste:—que escribir poco importaba.  
Daria por tu rescate—Almería la nombrada.  
¿Para qué quiero yo bienes—pues mi alma presa estaba?  
Y cuando esto no bastare,—yo me saldré de Granada;  
yo me iré para Antequera—donde estás presa, alindada,  
y servire de captivo—solo por mirar tu cara.

(Timoneda, *Rosa de amores*.)

77

(ROMANCE FRONTERIZO.—IX)

### Los moros de Moclin hacen una correría por las tierras de Alcalá

Caballeros de Moclin,—peones de Colomera,  
entrado habian en acuerdo—en su consejada negra  
a los campos de Alcalá,—donde irían a hacer presa.  
Allá la van a hacer—a esos molinos de Huelma.  
Derrocaban los molinos,—derramaban la cibera,  
prendian los molineros—cuantos hay en la ribera.

[p. 205] Ahí hablara un viejo,—que era mas discreto en guerra:  
—Para tanto caballero—chica cabalgada es esta,

soltemos un prisionero—que a Alcalá lleve la nueva;  
démosle tales heridas,—que en llegando luego muera;  
cortémosle el brazo derecho—porque no nos haga guerra.—  
Por soltar un molinero—un mancebo se les sale [1]  
que era nacido y criado—en Jerez de la Frontera,  
que corre más que un gamo—y salta más que una cierva.  
Por los campos de Alcalá—diciendo va:—¡Afuera, afuera!  
caballeros de Alcalá,—no os alabareis de aquesta,  
que por una que hecistes,—y tan caro como cuesta,  
que los moros de Moclin—corrido vos han la ribera,  
robado vos han el campo,—y llevado vos han la presa.  
Oidolo ha don Pedro—por su desventura negra;  
cabalgara en su caballo,—que le decían Boca-negra:  
al salir de la ciudad—encontró con Sayavedra.  
—No vayades allá, hijo,—si mi maldición os venga:  
que si hoy fuere la suya,—mañana será la vuestra.—

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 192.) [2]

78

(ROMANCE FRONTERIZO.—X)

**Romance que dicen: Abenámar, Abenámar** [3]

—Abenámar, Abenámar,—moro de la morería,  
¿qué castillos son aquellos?—¡altos son y relucían! [4]  
[p. 20] —El Alhambra era, señor,—y la otra es la mezquita;  
los otros los Alixares—labrados a maravilla.  
El moro que los labró [1] —cien doblas ganaba al día. [2]  
La otra [3] era Granada,—Granada la noblecida  
de los muchos caballeros,—y de la [4] gran ballestería.—  
Allí habla [5] el rey don Juan,—bien oiréis lo que diría: [6]  
—Granada, si tú quisieses,—contigo me casaría:  
darte he yo en arras y dote—a Córdoba y a Sevilla,  
y a Jerez de la Frontera,—que cabe si la tenía.  
Granada, si más [7] quisieses,—mucho más yo te daría.—  
Allí hablara Granada,—al buen rey le [8] respondía:  
—Casada so, el rey don Juan,—casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene—bien defenderme querria.— [9]  
Allí habla [10] el rey don Juan,—estas palabras decía: [11]  
—Échenme acá mis lombardas [12] —doña Sancha y doña Elvira,  
tiraremos [13] a lo alto,—lo bajo ello se daría.—  
[p. 207] El combate era tan fuerte—que grande temor ponía:  
los moros del baluarte,—con terrible algacería [1]

trabajan por [2] defenderse,—más facello no podían. [3]  
El rey moro que esto vido—preestamente se rendia,  
y cargó [4] tres cargas de oro;—al buen rey se las envía: [5]  
prometió ser su vasallo—con parias que le daría.  
Los castellanos quedaron—contentos a maravilla;  
cada cual por do ha venido—se volvió [6] para Castilla.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 182.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 191.—  
Silva de 1550, t. I, fol. 105.— *Canc. de Rom.*, edición de Medina  
del año de 1570, fol. 74.—Timoneda, *Rosa española*.)

78 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—XI)

(Al mismo asunto)

¡Abenámar, Abenámar,—moro de la morería,  
el día que tú naciste—grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,—la luna estaba crecida:  
moro que en tal signo nace,—no debe decir mentira.—  
Allí respondiera el moro,—bien oireis lo que decía:  
—Yo te la diré, señor,—aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro—y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho—mi madre me lo decía:  
que mentira no dijese,—que era grande villanía:  
por tanto pregunta, rey,—que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar,—aguesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?—¡Altos son y relucian!  
—El Alhambra era, señor,—y la otra la mezquita;  
los otros los Alixares,—labrados a maravilla.  
El moro que los labraba—cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra—otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,—huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,—castillo de gran valía.—  
Allí habló el rey don Juan,—bien oireis lo que decía:  
—Si tú quisieses, Granada,—contigo me casaría;  
daréte en arras y dote—a Córdoba y a Sevilla.  
[p. 208] —Casada soy, rey don Juan,—casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene,—muy grande bien me quería.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegrías*, etc.)

79

(ROMANCE FRONTERIZO.—XII)

## Romance antiguo y verdadero de Alora la bien cercada

Alora, la bien cercada,—tú que estás en par del rio,  
cercóte el adelantado—una mañana en domingo,  
de [1] peones y hombres de armas—el campo bien guarnecido;  
con la gran artillería—hecho te había un portillo. [2]  
Viérades moros y moras—todos huir [3] al castillo:  
las moras llevaban ropa,—los moros harina y trigo,  
y las moras de quince años [4] —llevaban el oro fino,  
y los moricos pequeños—llevaban la pasa y higo.  
Por cima de la muralla [5] —su pendon llevan tendido.  
Entre almena y almena [6] —quedado se había un morico  
con una ballesta armada,—y en ella puesta un cuadrillo.  
En altas voces decía,—que la gente lo había oído: [7]  
—¡Treguas, treguas, adelantado,—por tuyo se da el castillo!—  
Alza la visera arriba,—por ver el que tal le dijo: [8]  
asestárale [9] a la frente,—salido le ha al colodrillo.  
Sacólo [10] Pablo de rienda,—y de mano Jacobillo, [11]  
[p. 209] estos dos que había criado—en su casa desde chicos. [1]  
Lleváronle a los maestro—por ver si será guarido; [2]  
A las primeras palabras—el testamento les dijo. [3]

(Nuera glosa fundada sobre aquel antiguo y verdadero romance de «Alora la bien cercada», etc.—Pliego suelto del siglo XVI.—Códice del siglo XVI en el *Romancero general* del Sr. Durán.—Timoneda, *Rosa española*.) [4]

(ROMANCE FRONTERIZO.—XIII)

## Romance de don Enrique de Guzman [5]

—Dadme nuevas, caballeros,—nuevas me queredes dar [6]  
de aqueese conde de Niebla,—don Henrique de Guzman,  
que hace guerra a los moros,—y ha cercado a Gibraltar.  
Veo hoy lutos [7] en mi corte,—ayer vi fiestas muy grandes; [8]  
o el príncipe es fallecido, [9] —o alguno [10] de mi sangre,  
o don Alvaro de Luna,—el maestre y condestable.  
—No es muerto, señora, el príncipe; [11] —mas ha fallecido un grande,  
que veredes a los moros—cuán poco vos temerán,

[p. 210] que a este solo temian—y no osaban saltar.  
Es el buen conde de Niebla—que se ha anegado en la mar,  
por acorrer a los suyos,—nunca se quiso salvar;  
en un batel donde venia—le hicieron trastornar,  
socorriendo un caballero—que se le iba a anegar.  
La mar andaba tan alta—que no se pudo escapar,  
teniendo cuasi ganada—la fuerza de Gibraltar.  
Llóranle todas las damas,—galanes otro que tal,  
llórale gente de guerra—por ser tan buen capitan,  
llórale duques y condes,—porque a todos sabia honrar.  
—¡Oh qué nuevas me traedes,—caballeros, de pesar!  
Vístanse todos de jerga,—no se hagan fiestas más,  
vaya luego un mensajero,—venga su hijo don Juan:  
confirmalle he lo del padre,—más le quiero acrecentar,  
y de Medina Sidonia—duque le hago de hoy más,  
que a hijo de tan buen padre—poco galardón se da.—

(*Silva* de 1550, t. II, ful. 82.—Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc., ed. de 1566.) [1]

(ROMANCE FRONTERIZO.—XIV)

**Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero queda cautivo [2]**

Allá en Granada la rica—instrumentos oí tocar  
en la calle de los Gomeles,—a la puerta de Abidbar,  
el cual es moro valiente—y muy fuerte capitan.  
[p. 211] Manda juntar muchos moros—bien diestros en pelear,  
porque en el campo de Lorca—se determina de entrar;  
con él salen tres alcaides,—aquí los quiero nombrar:  
Almoradi de Guadix,—este es de sangre real;  
Abenacízes el otro,—y de Baza natural;  
y de Vera es Alabez,—de esfuerzo muy singular,  
y en cualquier guerra su gente—bien la sabe acaudillar.  
Todos se juntan en Vera—para ver lo que harán;  
el campo de Cartagena—acuerdan de saquear.  
A Alabez, por ser valiente,—lo hacen su general;  
otros doce alcaides moros—con ellos juntado se han,  
que aquí no digo sus nombres— por quitar prolijidad.  
Ya se repartían los moros,—ya comienzan de marchar,  
por la fuente de Pulpé,—por ser secreto lugar,  
y por el puerto los Peines,—por orillas de la mar.  
En campos de Cartagena—con furor fueron a entrar;

cautivan muchos cristianos,—que era cosa de espantar.  
Todo lo corren los moros—sin nada se les quedar;  
el rincon de San Ginés—y con ellos al Pinatar.  
Cuando tuvieron gran presa—hácia Vera vuelto se han,  
y en llegando al Puntaron,—consejo tomado han  
si pasarían por Lorca,—o si irían por la mar.  
Alabez, como es valiente,—por Lorca quería pasar,  
por tenerla muy en poco—y por hacerle pesar;  
y así con toda su gente—comenzaron de marchar.  
Lorca y Murcia lo supieron;—luego los van a buscar,  
y el comendador de Aledo,—que Lison suelen llamar,  
junto de los Alporchones—allí los van a alcanzar.  
Los moros iban pujantes,—no dejaban de marchar;  
cautivaron un cristiano—caballero principal,  
al cual llaman Quiñonero,—que es de Lorca natural.  
Alabez, que vió la gente,—comienza de preguntar:  
—Quiñonero, Quiñonero,—dígame tú la verdad,  
pues eres buen caballero,—no me la quieras negar:  
¿qué pendones son aquellos—que están en el olivar?—  
Quiñonero le responde,—tal respuesta le fué a dar:  
—Lorca y Murcia son, señor,—Lorca y Murcia, que no más,  
y el comendador de Aledo,—de valor muy singular,  
que de la francesa sangre—es su prosapia real.  
Los caballos traían gordos,—ganosos de pelear.—  
Allí respondió Alabez,—lleno de rabia y pesar:  
—Pues por gordos que los traigan,—la Rambla no han de pasar,  
y si ellos la Rambla pasan,—¡Alá, y qué mala señal!  
Estando en estas razones—allegara el mariscal  
y el buen alcaide de Lorca,—con esfuerzo muy sin par.  
Aqueste alcaide es Faxardo,—valeroso en pelear;  
[p. 212] la gente traen valerosa,—no quieren más aguardar.  
A los primeros encuentros—la Rambla pasado han,  
y aunque los moros son muchos,—allí lo pasan muy mal.  
Mas el valiente Alabez—hace gran plaza y lugar.  
Tantos de cristianos matan,—que es dolor de lo mirar.  
Los cristianos son valientes,—nada les puede ganar;  
tantos matan de los moros,—que era cosa de espantar.  
Por la sierra de Aguaderas—huyendo sale Abidbar  
con trescientos de a caballo,—que no pudo más sacar.  
Faxardo prendió a Alabez—con esfuerzo singular.  
Quitáronle la cabalgada,—que en riqueza no hay su par.  
Abidbar llegó a Granada,—y el rey lo mandó matar.

(Perez de Hita, *Historia de ls, banlos de Cegríes*, etc.)

## (ROMANCE FRONTERIZO.—XV)

**Romance de la prision del obispo don Gonzalo [1]**

Dia era de San Anton, [2] —ese santo [3] señalado,  
cuando salen de Jaen [4] —cuatrocientos hijosdalgo;  
y de Ubeda y Baeza [5] —se salían otros tantos,  
mozos descosos de honra,—y los más enamorados.  
En brazos de sus amigas—van todos juramentados  
de no volver a Jaen—sin dar moro en aguinaldo.  
La seña [6] que ellos llevaban—es pendon rabo de gallo;  
por capitán se lo llevan [7] —al obispo don Gonzalo,  
armado de todas armas,—en un caballo alazano: [8]  
todos se visten de verde,—el obispo azul y blanco. [9]  

[p. 213] Al castillo de la Guardia [1] —el obispo habia llegado [2]  
sáleselo a recibir—Mexia, el noble hidalgo: [3]  
—Por Dios te ruego, el obispo, [4] —que no pasades el vado,  
porque los moros son muchos,—a la Guardia [5] habian llegado;  
muerto me han tres caballeros,—de que mucho me ha pesado:  
el uno era tio mio, [6] —el otro mi primo ermano, [7]  
y el otro es un pajecico [8] —de los mios máspreciado. [9]  
Demos la vuelta, señores,—demos la vuelta a enterrallos,  
haremos a Dios servicio,—honraremos los cristianos.—  
Ellos estando en aquesto,—llegó don Diego de Haro:  
—Adelante, caballeros,—que me llevan el ganado;  
si de algun villano fuera,—ya lo hubiérades quitado;  
empero alguno está aquí—que le [10] place de mi daño;  
no cumple [11] decir quién es,—que es el del roquete blanco.—  
El obispo, que lo oyera,—dió de espuelas al caballo;  
el caballo era ligero,—saltado habia un vallado;  
mas al salir de una cuesta,—a la asomada de un llano,  
vido mucha adarga blanca,—mucho albornoz colorado,  
y muchos hierros de lanzas,—que relucian [12] en el campo;  
metidose habia por ellos—como leon denodado:  
de tres batallas de moros—la una [13] ha desbaratado,  
mediante la buena ayuda—que en los suyos ha hallado:  
aunque algunos de ellos mueren,—eterna fama han ganado.  
Los moros son infinitos, [14] —al obispo habian cercado;  

[p. 214] cansado de pelear—lo derriban del caballo,  
y los moros victoriosos—a su rey lo han presentado.

(Argote de Molina, *Nobleza de Andalucia*.—*Canc. de Rom.*, s. a.,  
folio 175.— *Canc. de Rom.*, 1550 fol. 183.— *Silva de 1550*.)



## (ROMANCE FRONTERIZO.—XVI)

*(Al mismo asunto)*

Ya se salen de Jaen—los trescientos hijosdalgo:  
 mozos codiciosos de honra,—pero más enamorados.  
 Por amor de sus amigas,—todos van juramentados  
 de llegar hasta Granada—y correrles todo el campo,  
 y no dar vuelta sin traer—algun moro en aguinaldo.  
 Un lunes por la mañana—parten todos muy lozanos,  
 con lanzas y con adargas—muy ricamente adrezados.  
 [p. 215] Todos visten oro y seda,—todos puñales dorados:  
 ¡muy bravos caballos llevan—a la gineta ensillados!  
 Los jaeces son azules—de plata y oro broslados;  
 las reatas son listones—que sus damas les han dado.  
 Los mozos más orgullo—son don Juan Ponce y su hermano;  
 y también Pedro de Torres,—Diego Gil y su cuñado.  
 En medio de todos iban—cuátro viejos muy ancianos;  
 estos van diciendo a todos:—Perdémonos de livianos,  
 en querer ir a probar—donde hay moriscos doblados.—  
 Cuando esto oyó don Juan,—con gran enojo ha hablado:  
 —No debian ir en guerra—los hombres viejos cansados,  
 porque estorban los ardidos—y pónenlos embarazos:  
 si en Jaen quereis quedar,—quedaréis más descansados.—  
 Allí respondieron todos—de valientes y esforzados:  
 —No lo mande Dios del cielo—que de miedo nos volvamos,  
 que no queremos perder—la honra que hemos ganado.—  
 Llegados son a Granada,—dado han welta a todo el campo  
 ya que llevaban la presa,—de moros hueste ha asomado:  
 más de seis mil son de guerra,—que los estaban mirando.  
 Ven tocar los atambores,—ven pendones campeando,  
 ven poner los escuadrones—los de pie y los de caballo;  
 vieron mil moros mancebos,—tanto albornoz colorado;  
 vieron tanta yegua overa,—tanto caballo alazano,  
 tanta lanza con dos fierros,—tanto del fierro acerado,  
 tantos pendones azules—y de lunas plateados,  
 con tanta adarga ante pechos,—cada cual muy bien armado.  
 Los de Jaen esto viendo,—como mozos hijosdalgo,  
 parecióles que el huir—le seria mal contado:  
 aborreciendo las vidas—por no vivir deshonorados,  
 comenzaron a llamar—a voz alta, ¡Santiago!  
 y entráronse por los moros—con ánimo peleando.

Más han muerto de dos mil,—como leones, rabiando;  
mas cargaron tantos moros,—que pocos han escapado:  
doscientos y treinta y seis—han muerto y aprisionado,  
por no seguir ni creer—los mozos a los ancianos.

(Timoneda, Rosa española.)

[p. 216] 83

(ROMANCE FRONTERIZO.—XVII)

### **Romance de Fajardo [1]**

Jugando estaba el rey moro [2] —y aun al ajedrez un día, [3]  
con aquesse buen [4] Fajardo—con amor que le tenía.  
Fajardo jugaba a Lorca,—y el rey moro [5] Almería;  
jaque le dió [6] con el roque,—el alferez le prendía. [7]  
A grandes voces dice el moro: [8] —La villa de Lorca es mia.—  
Allí hablara [9] Fajardo,—bien oireis lo que decía: [10]  
—Calles, calles, señor rey, [11] —no tomes la tal porfía, [12]  
que aunque me [13] la ganases,—ella [14] no se te daría:  
caballeros tengo dentro—que te la defenderían.— [15]  
Allí hablara el rey moro,—bien oireis lo que decía: [16]  
—No juguemos más, Fajardo,—ni tengamos más porfía,  
que sois [17] tan buen caballero,—que todo el mundo os temía. [18]

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 185.— *Canc. de Rom*, 1550, fol. 195.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 108.—Argote de Molina, *Nobleza de*  
*Andalucía*.— Timoneda, *Rosa española*.)

[p. 217] 84

(ROMANCE FRONTERIZO.—XVIII)

### **De cómo el rey de Granada mandó prender al alcaide que perdió la plaza de Alhama, conquistada por el marqués de Cádiz. [1]**

Moro alcaide, moro alcaide,—el de la barba vellida,  
el rey os manda prender—porque Alhama era perdida.  
—Si el rey me manda prender—porque es Alhama perdida,  
el rey lo puede hacer;—mas yo nada le debía,  
porque yo era ido a Ronda—a bodas de una mi prima,  
yo dejé cobro en Alhama,—el mejor que yo podía.

Si el rey perdió su ciudad,—yo perdí cuanto tenía:  
perdí mi mujer y hijos,—la cosa que más quería.

(*Canc. de Rom.*, 1550 fol. 194.)

84 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—XIX)

(*Al mismo asunto*)

—Moro alcaide, moro alcaide,—el de la vellida barba,  
el rey te manda prender—por la pérdida de Alhama,  
y cortarte la cabeza—y ponerla en el Alhambra,  
porque a tí sea castigo—y otros tiemblen en miralla,  
pues perdiste la tenencia—de una ciudad tan preciada.—  
El alcaide respondía,—de esta manera les habla:  
—Caballeros y hombres buenos,—los que regís a Granada,  
decid de mi parte al rey—como no le debo nada;  
yo me estaba en Antequera—en bodas de una mi hermana:  
¡mal fuego queme las bodas—y quien a ellas me llamara!  
El rey me dió su licencia,—que yo no me la tomara:  
pedila por quince dias,—diómela por tres semanas.  
[p. 218] De haberse Alhama perdido—a mí me pesa en el alma,  
que si el rey perdió su tierra,—yo perdi mi honra y fama;  
perdí hijos y mujer,—las cosas que más amaba;  
perdí una hija doncella,—que era la flor de Granada.  
El que la tiene cautiva,—marqués de Cádiz se llama:  
cien doblas le doy por ella,—no me las estima en nada.  
La respuesta que me han dado—es que mi hija es cristiana,  
y por nombre le habian puesto—doña María de Alhama;  
el nombre que ella tenía—mora Fátima se llama.—  
Diciendo esto el alcaide—le llevaron a Granada,  
y siendo puesto ante el rey,—la sentencia le fué dada:  
que le corten la cabeza—y la lleven al Alhambra:  
ejecutóse justicia,—así como el rey lo manda.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegrés*, etc., donde  
está llamado «un sentido y antiguo romance».)

85

(ROMANCE FRONTERIZO.—XX)

**Romance del rey moro que perdió Alhama**

Paseábase el rey moro—por la ciudad de Granada;  
cartas le fueron venidas [1] —como Alhama era ganada:  
las cartas echó en el fuego,—y al mensajero matara.  
Echó mano a sus cabellos,—y las [2] sus barbas mesaba;  
apeóse de una mula,—y en un caballo cabalga.  
Mandó tocar sus trompetas,—sus añafiles de plata,  
porque lo oyesen los moros—que andaban [3] por el arada.  
Cuatro a cuatro, cinco a cinco,—juntado se ha gran batalla.  
Allí habló un moro viejo,—que era alguacil de Granada:  
—¿A qué nos llamaste rey, [4] —a qué fué nuestra llamada?  
—Para que sepais, amigos,—la gran pérdida de Alhama.  
—Bien se te emplea, señor,—señor, bien se te empleaba,  
por matar los Bencerrajes,—que eran la flor de Granada:  
acogiste los judíos—de Córdoba la nombrada;  
degollaste un caballero,—persona muy estimada;  
muchos se te despidieron—por tu condición trocada.  
—¡Ay si os pluguiese, mis moros,—que fuésemos a cobralla!  
—Mas si, rey, a Alhama has de ir, [5] —deja buen cobro a  
Granada,  
[p. 219] y para Alhama cobrar—menester es grande [1] armada,  
que caballero está en ella—que sabrá muy bien guardalla.  
—¿Quién es este [2] caballero—que tanta honra ganara? [3]  
—Don Rodrigo es de Leon,—marques de Cáliz [4] se llama;  
otro es Martin Galindo,—que primero echó el escala.— [5]  
Luego se van para Alhama,—que de ellos no se da nada;  
combátenla prestamente,—ella está bien defendada.  
De que el rey no pudo más,—triste se volvió a Granada.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 183. —*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 193.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 106.—Timoneda, *Rosa española*.)

85 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXI)

(*Al mismo asunto*)

Paseábase el rey moro—por la ciudad de Granada,  
desde la puerta de Elvira—hasta la de Vivarambla.  
«¡Ay de mi Alhama!»—Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:—las cartas echó en el fuego,  
y al mensajero matara.—«¡Ay de mi Alhama!»  
Descabalga de una mula,—y en un caballo cabalga;  
por el Zacatin arriba—subido se habia al Alhambra.  
«¡Ay de mi Alhama!»—Como en el Alhambra estuvo,

al mismo punto mandaba—que se toquen sus trompetas,  
sus añafiles de plata.—«¡Ay de mi Alhama!»  
Y que las cajas de guerra—aprieta toquen al arma,  
porque lo oigan sus moros,—los de la Vega y Granada.  
«¡Ay de mi Alhama!»—Los moros que el son oyeron  
que al sangriento Marte llama,—uno a uno y dos a dos  
juntado se ha gran batalla.—«¡Ay de mi Alhama!»  
Allí habló un moro viejo,—de esta manera hablara:  
—¿Para qué nos llamas, rey,—para qué es esta llamada?—  
«¡Ay de mi Alhama!»—Habeis de saber, amigos,  
una nueva desdichada:—que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama!—«¡Ay de mi Alhama!»  
Allí habló un alfaquí—de barba crecida y cana:  
—¡Bien se te emplea, buen rey,—buen rey, bien se te empleara!  
«¡Ay de mi Alhama!»—Mataste los Bencerrajes,  

[p. 220] que eran la flor de Granada;—cogiste los tornadizos  
de Córdoba la nombrada.—«¡Ay de mi Alhama!»  
Por eso mereces, rey,—una pena muy doblada:  
que te pierdas tú y el reino,—y aquí se pierda Granada—  
«¡Ay de mi Alhama!»

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

85 b

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXII)

(*Al mismo asunto*)

Por la ciudad de Granada—el rey moro se pasea,  
desde la puerta de Elvira—llegaba a la Plaza Nueva.  
Cartas le fueron venidas—que le dan muy mala nueva:  
que le habian ganado Alhama—con batalla y gran pelea.  
El rey con aquestas cartas—grande enojo recibiera:  
al moro que se la trajo—mandó cortar la cabeza.  
Las cartas hizo pedazos—con la saña que le ciega:  
descabalga de una mula—y cabalga en una yegua.  
Por la cal del Zacatín—al Alhambra se subiera:  
trompetas manda tocar—y las cajas de pelea,  
porque lo oyeran los moros—de Granada y de la Vega.  
Uno a uno, dos a dos—gran escuadron se hiciera.  
Cuando los tuviera juntos,—un moro allí le dijera:  
—¿Para qué nos llamas, rey,—con trompa y caja de guerra?—  
—Habréis de saber, amigos,—que tengo una mala nueva;  
que la mi ciudad de Alhama—ya del rey Fernando era:  
los cristianos la ganaron—con muy crecida pelea.—

Allí habló un alfaquí,—de esta suerte le dijera:  
—Bien se te emplea, buen rey,—buen rey, muy bien se te emplea:  
mataste los Bencerrajes,—que eran la flor de esta tierra,  
acogiste los tornadizos—que de Córdoba vinieran,  
y me parece buen rey,—que todo el reino se pierda,  
y que se pierda Granada,—y que te pierdas con ella.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

[p. 221] 86

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXIII)

**Romance de cómo, yendo el rey moro de Granada a Almería, le mostró un tornadizo a nuestra señora [1]**

Ya se salía [2] el rey moro—de Granada para [3] Almería,  
con trescientos moros perros [4] —que lleva en su [5] compañía.  
Jugando van de la lanza—hendo van [6] barraganía;  
cada cual iba hablando [7] —de las gracias de su amiga.  
Allí habló un tornadizo,—que criado es en Sevilla: [8]  
—Pues que [9] habeis dicho, señores,—decir quiero [10] de la mia:  
blanca es y colorada [11] —como el sol cuando salía.— [12]  
Allí hablara el rey moro,—bien oiréis lo que decía: [13]  
—Tal amiga como aquesa [14] —para mi pertenescía.  
—Yo te la daré, buen rey, [15] —si me otorgares la vida.  
—Diésmela tú, el morico, [16] —que otorgada te sería. [17]  
Echara [18] mano a su seno,—sacó a la virgen María;  
[p. 222] desde la vido el rey moro,—a la pared se volvía:  
—Tomáme [1] luego este perro,—y llevámelo a Almería:  
tales prisiones le echá, [2] —de ellas no salga en su vida.—

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 184.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 194.—

*Silva* de 1550, t. I, fol. 107.—Timoneda, *Rosa española*.)

87

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXIV)

**Romance del Maestro [3]**

Por la vega de Granada—un caballero pasea  
en un caballo morcillo—ensillado a la gineta:

adarga trae embrazada,—la lanza traía saangrienta  
 de los moros que había muerto—antes de entrar en la Vega.  
 Los relinchos del caballo—dentro en el Alhambra suenan;  
 oídolo habían las damas—que están vistiendo a la reina:  
 salen de presto a mirar—por allí a ver quién pasea;  
 vieron que en su lado izquierdo—traía una cruz bermaja;  
 conocieron ser cristiano,—vanlo a decir a la reina.  
 La reina, cuando lo supo,—vistiérase muy de priesa;  
 acompañada de damas—asomóse a una azotea.  
 El Maestre la conoce,—bajado le ha la cabeza;  
 la reina le hace medida,—y las damas reverencia.  
 Con un paje que allí estaba—le envía a decir, ¿qué espera?  
 El Maestre le responde:—Amigo, decí a su Alteza  
 que si caballero moro—hubiere que lo merezca,  
 que por servir a las damas—me venga a echar de la Vega.—  
 Oídolo ha Barbarin,—que quiere tomar la empresa;  
 las damas lo están armando,—mirándolo está la reina.  
 Muy gallardo sale el moro,—caballero en una yegua,  
 por las calles donde iba—va diciendo:—¡Muera, muera!—  
 Cuando fué junto al Maestre,—de esta suerte le dijera:  
 [p. 223] —Date por mi prisionero,—que a las damas y a la reina  
 he dejado prometido—de llevarles tu cabeza.  
 Si quieres ser mi captivo, les quitaré la promesa.—  
 El Maestre le responde—con voz alta y muy modesta:  
 —Cumple, a ser buen caballero,—si tú quieres, tal empresa.—  
 Apártanse uno de otro—con diligencia y presteza,  
 juegan muy bien de las lanzas,—arman muy buena pelea.  
 El Maestre era más diestro,—al moro muy mal hiriera:  
 el moro desesperado—las espaldas le volviera.  
 El Maestre le da voces, diciendo:—¡Cobarde, espera,  
 que te afrentarán las damas—si no cumples tu promesa!—  
 Y viendo que se le iba,—a más correr le siguiera,  
 enviándole con furia—la lanza por mensajera.  
 Acertádole había al moro,—el moro en tierra cayera;  
 apeádose ha el Maestre,—y cortóle la cabeza.  
 Con un paje se la envía—a la reina, que la espera,  
 con un recaudo que dice:—Amigo, decí a la reina,  
 que pues el moro no cumple—la palabra que le diera,  
 que yo quedo en su lugar—para servir a su Alteza.

(T'inoneda, *Rosa española*.)

¡Ay Dios, qué buen caballero—el Maestre de Calatrava!  
¡cuán bien que corre los moros—por la vega de Granada,  
desde la puerta de Elvira—hasta la de Bibarambla!  
Con su brazo arremangado—arrojara la su lanza.  
Aquesta injuria que hace—nadie osa demandalla;  
cada dia mata moros,—cada dia los mataba  
vega abajo, vega arriba,—¡oh, cómo los acosaba!  
hasta a lanzadas metellos—por las puertas de Granada.  
Tiéненle tan grande miedo—que nadie salir osaba,  
nunca huyó a ninguno,—a todos los esperaba;  
hasta que a espaldas vueltas—los hace entrar en Granada.  
El rey con grande temor—siempre encerrado se estaba,  
no osa salir de dia,—de noche bien se guardaba.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 74.)

[p. 224] 88

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXVI)

(*Al mismo asunto*)

### Del Maestre de Calatrava [1]

¡Ay Dios, qué buen caballero—el Maestre de Calatrava!  
¡Oh cuán bien corre los moros—por la vega de Granada  
con trescientos caballeros,—todos con cruz colorada,  
desde la puerta del Pino—hasta la Sierra-Nevada!  
Por esa puerta de Elvira—arrojara la su [2] lanza:  
las puertas eran de hierro,—de banda a banda las pasa, [3]  
que no hay un [4] moro tan fuerte—que a demandárselo salga.  
Oídolo ha Albayaldos [5] —en sus tierras donde estaba;  
arma fustas y galeras,—por la mar gran gente armaba, [6]  
sáleselo a recibir—el roy Chico de Granada.  
—Bien vengais vos, [7] Albayaldos,—buena sea vuestra llegada:  
si venís a ganar sueldo,—daros he paga doblada,  
y si venís por mujer,—dárosla he muy galana.  
—Muchas gracias, el buen rey,—por merced tan señalada,  
que no vengo por mujer,—que la mia me bastaba; [8]  
mas sí porque [9] me dijeron,—allende el mar donde estaba,  
que ese malo del Maestre—tiene cercada a Granada,  
y por servirte, buen rey,—traigo [10] yo toda esta armada.  
—La verdad, dijo el rey moro, [11] —la verdad te fué contada,  
que no hay moro en esta tierra—que lo espere cara a cara,  
sino fuere el buen Escado [12] —que era alcaide del Alhama;



y una vez que le saliera—¡caro le costó a Granada!  
veinte mil hombres [13] llevó,—y ninguno no tornara;  
[p. 225] él encima de una yegua [1] —muy herido [2] se escapaba.  
—¡Oh mal hubiese Mahoma—allá do dicen que estaba,  
cuando un fraiile capilludo [3] —arrojó en Granada lanza! [4]  
Diésedesme tú, [5] buen rey,—la gente que buena estaba,  
los ginetes de Jaen,—los peones de tu casa,  
que ese malo del Maestre—yo te lo traeré a Granada. [6]  
—Calles, calles, Albayaldos,—no digas la tal palabra,  
dijo un moro, que el Maestre [7] —es muy fuerte en las batallas, [8]  
y si él en campo te toma—haráte temblar la barba.—  
Respondiérale [9] Albayaldos—una muy fea palabra:  
—¡Si no fuera por el rey [10] —diérate una bofetada!  
—Esa bofetada, moro,—fuérate muy bien vengada,  
que tres hijos tengo alcades—en el reino de Granada:  
el uno tengo en Guadix—y el otro lo [11] tengo en Baza,  
y el otro le tengo en Lorca, [12] —esa villa muy nombrada,  
y a mí, porque era muy viejo,—entregáronme al Alhama; [13]  
y porque veas, perro moro,—si te fuera bien vengada.— [14]  
El buen rey los puso en paz, [15] —que ninguno más no habla  
sino Albayaldos, que pide—licencia le sea dada,  
porque con su sola gente—quiere cumplir su palabra.  
El rey se la concedió:—mucha gente le acompaña.  
Por los campos de Jaen—todo el ganado robaba,  
muchas vacas, mucha oveja,—y el pastor que lo guardaba;  
mucho cristiano mancebo—y mucha linda cristiana.  
A la pasada de un rio,—junto a la orilla del agua [16]  
[p. 226] soltádosele ha un pastor [1] —de los que presos llevaba. [2]  
Por las puertas de Jaen—al Maestre voces daba:  
—¿Dónde estás tú, el Maestre? [3] —¿Qué es de tu noble compañía?  
Hoy pierdes toda tu gloria,—y Albayaldos se la gana.—  
Oídolo ha el Maestre—en sus palacios do estaba.  
—Calles, calles tú, el pastor,—no digas la tal palabra,  
que si hoy pierdo mi gloria, [4] —mañana será ganada.  
¡Al arma, mis caballeros,—todo hombre, sus, al arma!— [5]  
Luego que en campo se vido, [6] —a los suyos esforzaba;  
a la bajada de un valle—por cima de una asomada [7]  
vió como iba Albayaldos.—El Maestre que los viera,  
de esta suerte razonaba:—A ellos, mis caballeros,  
que ninguno se nos vaya.—Pone [8] piernas al caballo  
y aprieta muy bien su lanza;—al primero que encontró  
en tierra muerto le echara.—Andando en esta refriega [9]  
con Albayaldos topara:—con la fuerza del Maestre  
Albayaldos se desmaya.—Cae [10] muerto del caballo,

y así su vida acabara. [11] —Los suyos cuando esto vieron,  
cada cual a huir se daba.

(Códice del siglo XVI. En el *Romancero* de Durán.—Timoneda,  
*Rosa española*.— Aquí comiençan seys romances: el primero es  
de la mañana de Sant Juan, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.)

88 b

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXVII)

(*Al mismo asunto*)

¡Ay Dios, qué buen caballero—el Maestre de Calatrava!  
¡Qué bien que corre los moros—por la vega de Granada,  
dende la puerta de Quiros—hasta la Sierra-Nevada!  
[p. 227] Trescientos comendadores,—todos de cruz colorada:  
dende la puerta de Quiros—les va arrojando la lanza.  
Las puertas eran de pino,—de banda a banda las pasa:  
res moricos dejó muertos—de los buenos de Granada,  
que el uno ha nombre Alanese,—el otro Agameser se llama,  
el otro ha nombre Gonzalo,—hijo de la renegada.  
Sabido lo ha Albayaldos—en un paso que guardaba.

(Siguense ocho romances viejos.—Pliego suelto del  
siglo XVI,

En el *Romancero* de Durán.)

89

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXVIII)

### **Romance de la muerte de Albayaldos**

¡Santa Fe, cuán bien pareces—en los campos de Granada!  
que en ti están duques y condes,—muchos senores de salva,  
en ti estaba el buen Maestre—que dicen de Calatrava,  
éste a quien temen los moros,—esos moros de Granada,  
y aquesse que las corria,—picándolos con su lanza,  
desde la puente de Pinos—hasta la Sierra-Nevada,  
y despues de bien corrida—da la vuelta por Granada.  
Hasta las puertas de Elvira—llegó a hincar su lanza;  
las puertas eran de pino,—de claro en claro las pasa.  
Sacábales los captivos—que estaban en la barbacana,  
tómales los bastimentos—que vienen para Granada.

No tienen ningún moro—que a demandárselo salga,  
sino fuera un moro viejo—que Penatilar [1] se llama,  
que salió con dos mil moros,—y volvió huyendo a Granada.  
Sabido lo ha Albayaldos—allá allende do estaba,  
hiciera armar un navío,—pasara la mar salada.  
Sálenselo a recibir—esos moros de Granada,  
allí se lo aposentaban—en lo alto de la Alhambra.  
Íbaselo a ver el rey,—el rey Alijar de Granada:  
—Bien vengades, Albayaldos,—buena sea vuestra llegada.  
Si venís a ganar sueldo,—dároslo he de buena gana,  
y si venís por mujer,—dárseos ha mora lozana:  
de tres hijas que yo tengo,—dárseos ha la mas gallarda.  
—¡Mahoma te guarde, rey,—Alá sea la tu guarda!  
que no vengo a ganar sueldo,—que en mis tierras lo pagaba;  
[p. 228] ni vengo a tomar mujer,—porque yo casado estaba;  
mas una nueva es venida—de la cual a mí pesaba,  
que vos corria la tierra—el Maestre de Calatrava,  
y que sin ningún temor—hasta la ciudad llegaba,  
y que por la puerta de Elvira—atestaba la su lanza,  
y que nadie de vosotros—demandárselo osaba.  
A esto vengo yo, el rey,—a esto fué mi llegada,  
para prender al Maestre,—y traelle por la barba.—  
Allí habló luego un moro—que era alguacil de Granada:  
—Calles, calles, Albayaldos,—no digas la tal palabra,  
que si vieses al Maestre—temblar te hia la barba,—  
porque es muy buen caballero—y esforzado en la batalla.—  
Cuando lo oyó Albayaldos,—enojadamente habla:  
—Calles, calles, perro moro,—si no darte he una bofetada,  
porque yo soy caballero,—y cumpliré mi palabra.  
—Si me la das, Albayaldos,—serte ha bien demandada.—  
El rey desque vió esto—el guante en medio arrojara:  
—Callede vos, alguacil,—no se os debe dar nada,  
que Albayaldos es mancebo;—no miró lo que hablaba.—  
Allí hablara Albayaldos,—al rey de esta suerte habla:  
—Dédesme vos dos mil moros,—los que a mí me agradaban,  
y a ese fraile capilludo—yo os le traeré por la barba.—  
Diérale el rey dos mil moros,—lo que él le señalara:  
todos los toma mancebos,—casado no le agradaba.  
Sabídolo ha el Maestre—allá en Santa Fe do estaba,  
salióselos a recibir—por aquella vega llana  
con quinientos comendadores,—que entonces más no alcanzaba.  
A los primeros encuentros—un comendador a pié anda;  
Avendaño habia por nombre,—Avendaño se llamaba.  
Punchándole anda Albayaldos—con la punta de la lanza,  
a grandes voces diciendo,—con su lanza ensangrentada:  
—Dáte, dáte, capilludo,—a la casa de Granada.  
—¡Ni por vos, el moro perro,—ni por la vuestra compañía!—

Ellos en aquesto estando,—el Maestre que allegaba,  
a grandes voces diciendo:—¡Santiago! y ¡Calatrava!—  
Álzase en los estribos,—y la lanza le arrojaba;  
dióle por el corazon,—salido le había a la espalda.  
Como ovejas sin pastor—que andan descaminadas,  
ansí andaban los moros—desque Albayaldos faltara,  
que de dos mil y quinientos—treinta solos escaparan,  
los cuales vuelven huyendo,—y se encierran en Granada.  
Bien lo ha visto el rey moro—de las torres donde estaba;  
si miedo tenia de antes,—mucho más allí cobrara.

(Silva de Rom. de 1550, t. II, f. 71.)

[p. 229] 90

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXIX)

### **Romance del moro Alatar [1]**

De Granada parte el moro—que Alatar se llamaba,  
primo hermano de Bayaldos, [2] —el que el Maestre matara,  
caballero en un caballo—que de diez años pasaba:  
tres cristianos se le curan,—y él mismo le da cebada.  
Una lanza con dos hierros—que de treinta palmos pasa: [3]  
hízola aposta el moro [4] —para bien señorealla;  
una adarga ante sus pechos—toda muza y cotellada,  
una toca en su cabeza—que nueve vueltas le daba:  
los cabos eran de oro,—de oro y seda de Granada; [5]  
lleva el brazo arremangado,—sola la mano alheñada.  
Tan sañudo iba el moro,—que bien demuestra [6] su saña,  
que mientras pasa la puente,—jamás a Darro mirara.  
Rogando iba a Mahoma,—y Alá le [7] suplicaba,  
le demuestre algun cristiano—en que sangriento [8] su lanza.  
Camino va de Antequera,—parecia que volaba:  
solo va sin compañía—con una furiosa saña.  
Antes que llegue a Antequera,—vido una seña cristiana:  
vuelve riendas al caballo—y para allá [9] le guiaba:  
la lanza iba blandiendo,—parecia que la quebraba.  
Sáleselo [10] a recibir—el Maestre de Calatrava,  
caballero en una yegua—que ese día la ganara,  
con esfuerzo y valentía—a ese alcaide del Alhama;  
armado de todas armas,—hermoso se devisaba;  
una veleta traia—en una lanza acerada.

[p. 230] Arremete el uno al otro,—el moro gran grito daba:  
—¡Por Alá, perro cristiano,—te prenderé por la barba!  
Y el Maestre entre sí mismo—a Jesús se encomendaba.

Ya andaba cansado el moro,—su caballo ya cansaba;  
el Maestre, que es valiente,—muy gran esfuerzo tomara.  
Acometió recio al moro,—la cabeza le cortara;  
el caballo, que era bueno,—al rey se lo presentara,  
la cabeza en el arzon,—porque supiese la causa.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 74.—Timoneda, *Rosa española*.—  
Aquí comiençan seys romances: el primero es de la mañana  
de sant Juan, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.) [1]

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXX)

**Romance de cómo fué preso el rey Chiquito de Granada, y despues rescatado [2]**

Junto al vado de Genil,—por un camino seguido  
viene un moro de a caballo,—de polvo y sangre teñido,  
corriendo a todo correr—como el que viene huido.  
Llegado junto a Granada,—da gran grito y alarido,  
publicando malas nuevas—de un caso que ha acontecido;  
—Que se perdió el rey Chiquito—y los que con él han ido,  
y que no escapó ninguno,—preso, muerto o mal herido;  
que de cuantos allí fueron—yo solo me he guarecido,  
a traer nueva tan triste—del gran mal que ha sucedido.  
Los que a vuestro [3] rey vencieron—sabad, si no habeis sabido,  
que fué aquel Diego Hernandez,—de Córdoba es su apellido,  
alcaide de los donceles,—hombre sabio y atrevido,  
y aquel gran conde de Cabra—que en su ayuda ha venido,  
[p. 231] y este venció la batalla—y aquel trance tan reñido;  
y otro, Lope de Mendoza,—que de Cabra habia salido,  
que andaba entre los peones—como un leon atrevido. [1]  
Y sabed que el rey no es muerto,—mas que está en prisión metido, [2]  
que le vide ir en trailla—con acto muy abatido,  
y llevábanlo [3] a Lucena,—junto adonde fué vencido.—  
Lloraba toda Granada—con grande llanto y gemido;  
lloraban mozos y viejos—con algazara y ruido;  
lloraban todas las moras—un llanto muy dolorido;  
mesan sus cabellos negros, [4] —desgarrando sus vestidos;  
arañadas blancas caras—y sus rostros tan lucidos:  
unas por padres y hijos, [5] —otras hermano o marido;  
lloran tanto caballero—como allá se hubo perdido;  
lloraban por su buen rey,—tan amado y tan querido.  
Queréllanse de Mahoma, [6] —que ansi ha desfavorecido  
a su ejército y su rey,—que fuese asi destruido,

prometiendo todas sus joyas, [7] —para que sea redimido,  
sus ajorcas y tejillos,—atutes de oro subido,  
y con estas y otras cosas, [8] —dar su rescate cumplido.

(*Canc. de Rom.*, ed. de Medina, 1570.—Timoneda, *Rosa española*.)

92

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXI)

### Llegan nuevas a Granada de que el ejército cristiano se aproxima para sitiarla

Mensajeros le han entrado—al rey Chico de Granada;  
entran por la puerta Elvira—y paran en el Alhambra.  
Ese que primero llega—Mahomad Cegrí se llama;  
herido viene en el brazo—de una muy mala lanzada;  
[p. 232] y así como ante él llegó,—de esta manera le habla,  
con el rostro demudado,—de color muy fría y blanca:  
—Nuevas te traigo, señor,—y una muy mala embajada:  
por ese fresco Genil—mucha gente viene armada,  
sus banderas traen tendidas,—puestos a son de batalla,  
un estandarte dorado—en el cual viene bordada  
una muy hermosa cruz,—que más relumbra que plata,  
y un Cristo crucificado—traía por cada banda.  
General de aquella gente—el rey Fernando se llama;  
todos hacen juramento—en la imagen figurada,  
de no salir de la vega—hasta ganar a Granada;  
y con esa gente viene—una reina muy preciada,  
llamada doña Isabel,—de grande nobleza y fama.  
Veisme aquí, que herido vengo—agora de una batalla,  
que entre cristianos y moros—en la vega fué trabada:  
treinta Cegríes quedan muertos,—pasados por el espada  
de cristianos Bencerrajes—con braveza no pensada,  
con otros acompañados—de la cristian mesnada.  
Hicieron aqueste estrago—en la vega de Granada:  
perdóname por Dios, rey,—que no puedo hablar palabra,  
que me siento desmayado—de la sangre que me falta.—  
Estas palabras diciendo,—el Cegrí allí se desmaya:  
de esto quedó triste el rey,—y no pudo hablar palabra.  
Quitaron de allí al Cegrí,—y lleváronle a su casa.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.)

92 a

*(Al mismo asunto)*

Al rey Chico de Granada—mensajeros le han entrado;  
 entran por la puerta Elvira,—y en el Alhambra han parado.  
 Ese que primero llega—es ese Cegri nombrado,  
 con una marlota negra,—señal de lato mostrando.  
 Las rodillas por el suelo,—de esta manera ha hablado:  
 —Nuevas te traigo, señor,—de dolor en sumo grado:  
 por este fresco Genil—un campo viene marchando,  
 todo de lucida gente;—las armas van relumbrando.  
 Las banderas traen tendidas,—y un estandarte dorado.  
 El general de esta gente—se llama el rey don Fernando;  
 en el estandarte traen—un Cristo crucificado.

[p. 233] Todos hacen juramento—morir por el Figurado,  
 y no salir de la vega,—ni atrás volver un paso  
 hasta ganar a Granada—y tenerla a su mandado.  
 Y tambien viene la reina,—mujer del rey don Fernando,  
 la cual tiene tanto esfuerzo,—que anima a cualquier soldado.  
 Yo vengo herido, buen rey,—un brazo traigo pasado,  
 y un escuadron de tus moros—ha sido desbaratado;  
 todo el campo de Alhendin—queda roto y saqueado.—  
 Estas palabras diciendo,—cayó el Cegrí desmayado:  
 mucho lo sintió el rey moro;—del gran dolor ha llorado.  
 Quitáron de allí al Cegrí—y a su casa lo llevaron.

*(Pérez de Hita , Historia de los bandos de Cegríes, etc.)**(De Garcilaso de la Vega) [1]*

Cercada está Santa Fe—con mucho lienzo encerado,  
 al derredor muchas tiendas—de seda, oro y brocado,  
 donde están duques y condes,—señores de grande estado,  
 y otros muchos capitanes—que lleva el rey don Fernando,  
 todos de valor crecido,—como ya habreis notado  
 en la guerra que se ha hecho—contra el granadino estado;  
 cuando a las nueve del dia—un moro se ha demostrado  
 encima un caballo negro—de blancas manchas manchado,  
 cortados ambos hocicos,—porque lo tiene enseñado  
 el moro que con sus dientes—despedace a los cristianos.  
 El moro viene vestido—de blanco, azul y encarnado,

y debajo esta librea—trae un muy fuerte jaco,  
y una lanza con dos hierros—de acero muy bien templado,  
y una adarga hecha en Fez—de un ante rico estimado.  
Aqueste perro, con befa,—en la cola del caballo,  
la sagrada Ave María—llevaba, haciendo escarnio.  
Llegando junto a las tiendas,—de esta manera ha hablado:  
—¿Cuál será aquel caballero—que sea tan esforzado  
que quiera hacer conmigo—batalla en aqueste campo?  
Salga uno, salgan dos,—salgan tres o salgan cuatro:  
el alcaide de los donceles—salga, que es hombre afamado;  
**[p. 234]** salga ese conde de Cabra,—en guerra experimentado;  
salga Gonzalo Fernandez,—que es de Córdoba nombrado,  
o si no, Martin Galindo,—que es valeroso soldado;  
salga ese Portocarrero,—señor de Palma nombrado,  
o el bravo don Manuel—Ponce de Leon llamado,  
aquel que sacara el guante—que por industria fué echado  
donde estaban los leones,—y él le sacó muy osado; [\[1\]](#)  
y si no salen aquestos,—salga el mismo rey Fernando,  
que yo le daré a entender—si soy de valor sobrado.—  
Los caballeros del rey—todos le están escuchando:  
cada uno pretendia—salir con el moro al campo.  
Garcilaso estaba allí,—mozo gallardo, esforzado;  
licencia le pide al rey—para salir al pagano.  
—Garcilaso, sois muy mozo—para emprender este caso;  
otros hay en el real—para poder encargarlo.—  
Garcilaso se despide—muy confuso y enojado,  
por no tener la licencia—que al rey habia demandado.  
Pero muy secretamente—Garcilaso se habia armado,  
y en un caballo morcillo—salido se había al campo.  
Nadie le ha conocido,—porque sale disfrazado;  
fuése donde estaba el moro,—y de esta suerte le ha hablado:  
—¡Ahora verás, el moro,—si tiene el rey don Fernando  
caballeros valerosos—que salgan contigo al campo!  
Yo soy el menor de todos,—y vengo por su mandado.—  
El moro cuando le vió—en poco le habia estimado,  
y díjole de esta suerte:—Yo no estoy acostumbrado  
a hacer batalla campal—sino con hombres barbados:  
vuélvete, rapaz, le dice,—y venga el mas estimado.—  
Garcilaso con enojo—puso piernas al caballo;  
arremetió para el moro,—y un gran encuentro le ha dado.  
El moro que aquesto vió,—revuelve así como un rayo:  
comienzan la escaramuza—con un furor muy sobrado.  
Garcilaso, aunque era mozo,—mostraba valor sobrado;  
dióle al moro una lanzada—por debajo del sobaco:  
el moro cayera muerto,—tendido le habia en el campo.  
Garcilaso con presteza—del caballo se ha apeado:  
cortárale la cabeza—y en el arzon la ha colgado:



quitó el Ave-María—de la cola del caballo:  
hincado de ambas rodillas,—con devoción la ha besado,  
y en la punta de su lanza—por bandera la ha colgado.  
Subió en su caballo luego,—y el del moro había tomado.  
Cargado de estos despojos,—al real se había tornado,  
do estaban todos los grandes,—tambien el rey don Fernando.  
[p. 235] Todos tienen a grandeza—aquél hecho señalado;  
tambien el rey y la reina—mucho se han maravillado  
en ser Garcilaso mozo—y haber hecho un tan gran caso;  
Garcilaso de la Vega—desde allí se ha intitulado,  
porque en la Vega hiciera—campo con aquel pagano.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc. Donde este romance está llamado antiguo.)

94

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXIV)

(De D. Manuel Ponce de León) [1]

—¿Cuál será aquel caballero—de los míos máspreciado,  
que me traiga la cabeza—de aquel moro señalado  
que delante de mis ojos—a cuatro ha lanceado,  
pues que las cabezas trae—en el pretal del caballo?—  
Oídolo ha don Manuel,—que andaba allí paseando,  
que de unas viejas heridas—no estaba del todo sano.  
Apriesa pide las armas,—y en un punto fué armado,  
y por delante el corredor—va arremetiendo el caballo.  
Con la gran fuerza que puso,—la sangre le ha reventado:  
gran lástima le han las damas—de velle que va tan flaco.  
Ruéganle todos que vuelva;—mas él no quiere aceptarlo.  
Derecho va para el moro,—que está en la plaza parado.  
El moro desde lo vido,—de esta manera ha hablado:  
—Bien sé yo, don Manuel,—que vienes determinado,  
y es la causa conocerme—por las nuevas que te han dado;  
mas, porque logres tus días,—vuélvete y deja el caballo,  
que soy yo el moro Muza,—ese moro tan nombrado:  
soy de los Almoradíes,—de quien el Cid ha temblado.  
[p. 236] —Yo te lo agradezco, moro,—que de mí tengas cuidado,  
que pues las damas me envían,—no volveré sin recaudo.—  
Y sin hablar más razones,—entrambos se han apartado,  
y a los primeros encuentros—el moro deja el caballo,  
y puso mano a un alfanje,—como valiente soldado.  
Fuése para don Manuel,—que ya le estaba aguardando;  
mas don Manuel, como diestro,—la lanza le había terciado.

Vara y media queda fuera,—que le queda blandiendo,  
y desde muerto lo vido,—apeóse del caballo.  
Cortádole ha la cabeza,—y en la lanza la ha hincado,  
y por delante las damas—al buen rey la ha presentado.

(Romance de D. Manuel, glosado por Padilla.—Pliego suelto  
del siglo XVI en el Romancero general del Sr. Durán.)

95

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXV)

### **Romance de don Alonso de Aguilar**

Estando el rey don Fernando—en conquista de Granada  
con valientes capitanes—de la nobleza de España:  
armados estaban todos—de ricas y fuertes armas. [1]  
El rey los llama [2] en su tienda—un lunes por la mañana.  
Desde los tuviera juntos,—de esta manera les habla:  
—¿Cuál será aquel caballero—que, por ensalzar su fama,  
mostrando su gran esfuerzo—sube a la sierra mañana?— [3]  
Unos a otros se miran,—el sí ninguno le daba,  
que la ida es peligrosa,—mucho más en la tornada; [4]  
con el temor que tienen—a todos tiembla la barba.  
Levantóse don Alonso—que de Aguilar se llamaba.  
—Yo subiré allá, buen rey, [5] —desde [6] ahora lo aceptaba;  
tal empresa como aquesa—para mí estaba guardada.  
Quiero morir o vencer—aquesa gente pagana:  
que si Dios me da salud [7] —la injuria será vengada.—  
Armóse luego ante el rey—de las sus armas preciadas;  
saltó sobre un gran caballo,—y su escudo embrazara;  
[p. 237] gruesa lanza con dos hierros—en la su mano llevaba.  
Valiente va don Alonso,—su esfuerzo gran temor daba;  
van con él sus caballeros,—toda su noble compañía. [1]  
Entre moros y cristianos—se traba [2] cruel batalla:  
los moros, como son muchos,—a los cristianos maltratan.  
Huyendo van los cristianos,—huyendo por una playa.  
Esfuézalos don Alonso—diciendo tales palabras:  
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,—vuelta, vuelta a la batalla!  
que aunque ellos eran muchos, [3] —cobarde es el que desmaya.  
Acordaos del gran esfuerzo—de la gente castellana.  
Mejor es aquí morir—ejercitando las armas,  
que no vivir con deshonra—con vida tan aviltada:  
que muriendo viviremos,—pues vivirá nuestra fama,  
que la vida presto muere,—la honra mucho duraba.—

Con estas palabras todos—muy gran esfuerzo tomaban; [4]  
murieron [5] como valientes,—ninguno con vida escapa.  
Solo queda don Alonso,—el cual, blandiendo su lanza,  
se mete [6] entre los moros—con crecida y grande [7] saña;  
a muchos quita la vida;—a otros muy mal los llaga.  
En torno lo cercan moros—con grito y gran algazara.  
Tantos moros tiene muertos,—que sus cuerpos lo amparaban.  
Cércanlo de todas partes,—muy malamente [8] lo llagan;  
siete lanzadas tenia,—todas el cuerpo le pasan.  
Muerto yace don Alonso,—su sangre la tierra baña.  
Llorando está, llorando—una captiva cristiana  
que cuando niño pequeño—a sus pechos le criara.  
Estaba cerca del cuerpo [9] —arañando la su cara;  
tanto llora la captiva,—que de llorar se desmaya,  
y despues de vuelta en sí—con don Alonso se abraza,  
besaba el cuerpo defunto,—en lágrimas lo bañaba,  
torcia sus blancas manos,—los ojos al cielo alzaba,  
los gritos que estaba dando—junto a los cielos llegaban,  
las lástimas que decia—los corazones traspasan:  
—¡Don Alonso, don Alonso!—¡Dios perdone la tu alma!  
que te mataron los moros,—los moros del Alpujarra:  
no se tiene por buen moro—quien no te daba lanzada.  
**[p. 238]** Lloren todos como yo,—lloren tu muerte temprana,  
llórete el rey don Fernando,—tu vida poco lograda,  
llore Aguilar y Montilla—tal señor como le matan,  
lloren todos los cristianos—pérdida tan lastimada; [1]  
llore ese Gran Capitán—pérdida tan señalada,  
que muerte de tal hermano—razon es, la gima y plaña:  
que tu esfuerzo tan Crecido—esta muerte te causara.  
Dechado tomen los buenos—para tomar noble fama,  
pues murió como valiente,—y no en regalos de damas; [2]  
murió como caballero,—matando gente pagana.—  
Y estas palabras diciendo,—otra vez se traspasaba.  
Llegó allí un moro viejo,—la barba crecida y cana.  
—No quiera Alá, dijo a voces, [3] —a ti [4] más ofensa se haga.—  
Echó mano a un alfanje,—la cabeza le cortara;  
tomóla por los cabellos,—para su rey la llevaba,  
diciendo:—Tal caballero—esforzado y de tal fama,  
no es justo siendo muerto,—que tal [5] baldon se le haga.—  
El rey moro que lo vido,—gran pesar de ello cobrara;  
el cuerpo manda [6] traer—de allí donde muerto estaba.  
Enviólo al rey don Fernando,—y la cabeza cortada;  
el rey hubo gran placer—en que muerto le cobraba,  
que puesto que [7] allí muriera,—su fama siempre volaba.

(I. Nueva glosa fundada sobre aquel antiguo y verdadero romance de: «Alora la bien cercada», etc.—Pliego suelto del siglo XVI.—2. Romance de D. Alonso de Aguilar, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.)

95 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXVI)

(*Al mismo asunto*)

Estando el rey don Fernando—en conquista de Granada,  
donde están duques y condes—y otros señores de salva,  
con valientes capitanes—de la nobleza de España,  
desque la hubo ganado, a sus capitanes llama.  
Cuando los tuviera juntos,—de esta manera les habla:  
[p. 239] —¿Cuál de vosotros, amigos,—irá a la sierra mañana  
a poner el mi pendon—encima del Alpujarra?—  
Mirábanse unos a otros,—y ninguno el sí le daba,  
que la ida es peligrosa—y dudosa la tornada,  
y con el temor que tienen,—a todos tiembla la barba,  
si no fuera a don Alonso—que de Aguilar se llamaba.  
Levantóse en pié ante el rey;—de esta manera le habla;  
—Aquesta empresa, señor,—para mi estaba guardada,  
que mi señora la reina—ya me la tiene mandada.—  
Alegróse mucho el rey—por la oferta que le daba.  
Aun no era amanecido—con Alonso ya cabalga  
con quinientos de a caballo,—y mil infantes llevaba.  
Comienza a subir la sierra—que llamaban la Nevada.  
Los moros que lo supieron—ordenaron gran batalla,  
y entre ramblas y mil cuevas—se pusieron en parada.  
La batalla se comienza—muy cruel y ensangrentada;  
porque los moros son muchos,—tienen la cuesta ganada:  
aquí la caballería—no podía hacer nada,  
y así con grandes peñascos—fué en un punto destrozada.  
Los que escaparon de aquí—vuelven huyendo a Granada  
Don Alonso y sus infantes—subieron a una llanada;  
aunque quedan muchos muertos—en una rambla y cañada,  
tantos cargan de los moros,—que a los cristianos mataban.  
Solo queda don Alonso,—su compañía es acabada:  
pelea como un leon,—mas su esfuerzo vale nada,  
porque los moros son muchos—y ningun vagar le daban.  
En mil partes ya herido,—no puede mover la espada;  
de la sangre que ha perdido—don Alonso se desmaya.  
Al fin cayó muerto en tierra,—a Dios rindiendo su alma:  
no se tiene por buen moro—el que no le da lanzada.

Lleváronle a un lugar—que es Ojicar la nombrada;  
allí le vienen a ver—como a cosa señalada.  
Miranle moros y moras,—de su muerte se holgaban.  
Llorábale una cautiva,—una cautiva cristiana,  
que de chiquito en la cuna—a sus pechos le criara.  
A las palabras que dice,—cualquiera mora lloraba:  
—Don Alonso, don Alonso,—Dios perdone la tu alma,  
que te mataron los moros,—los moros de la Alpujarra.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc.) [1]

[p. 240] 96

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXVII)

### Romance de Sayavedra

¡Rio-Verde, Río-Verde,—más negro vas que la tinta!  
entre tí y Sierra-Bermeja—murió gran caballería.  
Mataron a Ordiales,—Sayavedra huyendo iba;  
con el temor de los moros—entre un jaral se metía.  
Tres días ha, con sus noches,—que bocado no comía;  
aquejábale la sed—y la hambre que tenía.  
Por buscar algún remedio—al camino se salía:  
visto lo habían los moros—que andan por la Serranía.  
Los moros desde lo vieron,—luego para él se venían.  
Unos dicen:—¡Muera, muera!—otros dicen:—¡Viva, viva!  
Tómanle entre todos ellos;—bien acompañado iba.  
Allá le van a presentar [1] —al rey de la morería.  
Desde el rey moro lo vido—bien oiréis lo que decía:  
—¿Quién es ese caballero—que ha escapado con la vida?  
—Sayavedra es, señor,—Sayavedra el de Sevilla,  
el que mataba tus moros—y tu gente destruía,  
el que hacía cabalgadas—y se encerraba en su manida.—  
Allí hablara el rey moro,—bien oiréis lo que decía: [2]  
—Dígame tú, Sayavedra,—si Alá te alargue la vida,  
si en tu tierra me tuvieses,—¿qué honra tú me harías?—  
Allí habló Sayavedra,—de esta suerte le decía:  
—Yo te lo diré, señor,—nada no te mentiría:  
si cristiano te tornases,—grande honra te haría;  
y si así no lo hicieses,—muy bien te castigaría:  
la cabeza de los hombros—luego te la cortaría.  
—Calles, calles, Sayavedra,—cese tu malenconia;  
tórnate moro si quieres,—y verás qué te daría.  
Darte he villas y castillos,—y joyas de gran valía.—  
[p. 241] Gran pesar ha Sayavedra—de esto que decir oía. [1]

Con una voz rigurosa,—de esta suerte respondia:  
—Muera, muera, Sayavedra;—la fe no renegaria,  
que mientras vida tuviere,—la fe yo defenderia.—  
Allí hablara el rey moro,—y de esta suerte decia:  
—Prendeldo, mis caballeros,—y dél me haced justicia.—  
Echó mano a su espada,—de todos se defendia;  
mas como era uno solo,—allí hizo fin su vida.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 174.—*Canc. de Rom.*,  
1550, fol. 182.)

(*Silva* de 1550, tomo I, fol. 97.)

96 a

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXVIII)

(*Al mismo asunto*)

¡Rio-Verde, Rio-Verde!—tinto vas en sangre viva;  
entre tí y Sierra-Bermeja—murió gran caballería.  
Murieron duques y condes,—señores de gran valía;  
allí murió Urdiales,—hombre de valor y estima.  
Huyendo va Sayavedra—por una ladera arriba;  
tras dél iba un renegado,—que muy bien lo conocia.  
Con algazara muy grande,—de esta manera decia:  
—Date, date, Sayavedra—que muy bien te conocia:  
bien te vide jugar cañas—en la plaza de Sevilla,  
y bien conocí tus padres—y a tu mujer doña Elvira.  
Siete años fuí tu cautivo,—y me diste mala vida;  
ahora lo serás mio,—o me ha de costar la vida.—  
Sayavedra que lo oyera,—como un leon revolvía;  
tiróle el moro un cuadrillo,—y por alto hizo via.  
Sayavedra con su espada—duramente lo heria:  
cayó muerto el renegado—de aquella grande herida;  
Cercaron a Sayavedra—mas de mil moros que habia;  
hiciéronle mil pedazos—con saña que dél tenian.  
Don Alonso en este tiempo—muy gran batalla hacia:  
el caballo le habian muerto,—por muralla le tenia,  
y arrimado a un gran peñon—con valor se defendia.  
Muchos moros tiene muertos;—mas muy poco le valia,  
porque sobre él cargan muchos—y le dan grandes heridas,  
tantas, que allí cayó muerto—entre la gente enemiga.  
[p. 242] Tambien el conde de Ureña,—mal herido en demasia,  
se sale de la batalla,—llevado por una guia  
que sabia bien la senda,—que de la sierra salia;  
muchos moros deja muertos,—por su grande valentía.  
Tambien algunos se escapan—que al buen conde le seguian.

Don Alonso quedó muerto,—recobrando nueva vida  
con una fama inmortal—de su esfuerzo y su valía.  
(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de  
Cegríes*, etc.)

96 b

(ROMANCE FRONTERIZO.—XXXIX)

(*Al mismo asunto*) [1]

—Rio-Verde, Rio-Verde!—¡cuánto cuerpo en ti se baña  
de cristianos y de moros—muertos por la dura espada!  
Y tus ondas cristalinas—de roja sangre se esmaltan;  
entre moros y cristianos—se trabó muy gran batalla.  
Murieron duques y condes,—grandes señores de salva,  
murió gente de valía—de la nobleza de España.  
En ti murió don Alonso,—que de Aguilar se llamaba;  
el valeroso Urdiales—con don Alonso acababa.  
Por una ladera arriba—el buen Sayavedra marcha:  
natural es de Sevilla,—de la gente mas granada;  
tras dél iba un renegado,—de esta manera le habla:  
—Date, date Sayavedra,—no huigas de la batalla;  
yo te conozco muy bien;—gran tiempo estuve en tu casa,  
y en la plaza de Sevilla—bien te vide jugar cañas;  
conozco tu padre y madre—y a tu mujer doña Clara.  
Siete años fuí tu cautivo;—malamente me tratabas,  
y ahora lo serás mio,—si Mahoma me ayudara,  
y tan bien te trataré—como tú a mí me tratabas.—  
Sayavedra, que lo oyera,—al moro volvió la cara.  
Tiróle el moro una flecha,—pero nunca le acertara;  
mas hirióle Sayavedra—de una herida muy mala.  
Muerto cayó el renegado,—sin poder hablar palabra.  
[p. 243] Sayavedra fué cercado—de mucha mora canalla,  
y al cabo quedó allí muerto—de una muy mala lanzada.  
Don Alonso en este tiempo—bravamente peleaba;  
el caballo le habian muerto,—y lo tiene por muralla;  
mas cargan tantos de moros,—que mal lo hieren y tratan;  
de la sangre que perdía,—don Alonso se desmaya:  
al fin, al fin, cayó muerto—al pié de una peña alta.  
También el conde de Ureña,—mal herido, se escapaba,  
guiábalo un adalid,—que sabe bien las entradas.  
Muchos salen tras el conde,—que le siguen las pisadas:  
muerto queda don Alonso,—eterna fama ganara.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de  
Cegríes*, etc.)

## (ROMANCE FRONTERIZO.—XL)

*(La toma de Galera)*

Mastredajes, marineros—de Huéscar y otro lugar  
han armado una galera—que no la hay tal en la mar.  
no tiene velas ni remos,—y navega, y hace mal,  
el castillo de la popa—tiene muy bien que mirar.  
La carena es una peña—muy fuerte para espantar;  
¡quien pudo galafatarla,—bien sabe galafatar!  
No lleva estopa ni brea,—y el agua no puede entrar,  
sino por escotillon,—hecho a costa principal.  
Marinero que la rige—sarracino es natural,  
criado acá en nuestra España—por su mal y nuestro mal:  
Abenhozmin ha por nombre,—y es hombre de gran caudal.  
Confiado en su Galera,—va diciendo este cantar:  
«¡Galera, la mi Galera,—Dios te me guarde de mal,  
de los peligros del mundo,—y del principe don Juan,  
y de su gente española,—que te viene a conquistar!  
Si de este golfo me saca—delante pienso pasar  
a la vuelta de Toledo,—Madrid y el Escorial:  
El Pardo y Aranjuez—los presumo visitar,  
y llegar a las Asturias,—do otra vez pudo llegar  
Abenhozmin mi pasado,—que vino de allende el mar,  
y poseyó las Españas—casi mil años, o mas.»  
Estas palabras diciendo,—la galera fué a encallar;  
no puede ir adelante,—ni puede volver atras.  
Cristianos la rodearon—para haberla de tomar;  
toda es gente belicosa,—con ellos el gran don Juan.  

[p. 244] Comienzan de combatirla—y ella quiere pelear  
sin darse a ningun partido—antes quiere alli acabar.  
Fuertemente la combate—el de Austria sin la dejar;  
con cañones reforzados—comienza a cañonear.  
Poco vale combatirla,—que es fuerte para espantar,  
hasta que la arrojan dentro—pólvora, fuego, alquitran,  
con que la dan cruda guerra—y al fin la hacen volar:  
así acabó esta galera—sin poder mas navegar.

(Pérez de Hita, *Guerras civiles*, etc., 2.<sup>a</sup>- parte.) [\[1\]](#)

[p. 245] SECCIÓN DE ROMANCES  
SOBRE LA HISTORIA PARTICULAR DE LOS  
REINOS



**Del rey don Juan, que perdió a Navarra**

Los aires andan contrarios, [1] —el sol eclipse hacia,  
 la luna perdió su lumbre,—el norte no parecia,  
 cuando el triste rey don Juan—en la su cama yacia, [2]  
 cercado de pensamientos,—que valer no se podia.  
 —¡Recuerda, buen rey, recuerda,—llorarás tu mancebía!  
 ¡Cierto no debe [3] dormir—el que sin dicha nacia!  
 —¿Quién eres tú, la doncella?—dímelo por cortesía. [4]  
 —A mí me llaman Fortuna,—que busco tu compañía.  
 —¡Fortuna, cuánto me sigues,—por la gran desdicha mia,  
 apartado de los mios,—de los que yo más queria!  
 ¿Qué es de ti, mi nuevo amor, [5] —qué es de ti, triste hija mia? [6]  
 que en verdad hija tú tienes,—Estella, por nombradía.  
 ¿Qué es de tí, Olito y Tafalla?—¿que es de mi genealogía?  
 ¡Y ese castillo de Maya—que el duque [7] me lo tenia!  
 Pero [8] si el rey [9] no me ayuda,—la vida me costaria. [10]

(Pliego suelto del siglo XVI (al ejemplar de que nos hemos aprovechado ha faltado la portada;—véase su descripción en la obra de F. Wolf, *Ueber eine Sammlung span. Rom. in fliegenden Blättern auf Universitäts-Bibliothek zu Prag.*: pág. 11, No. XLIV).—Aqui comiençan seys romances. El primero del rey don Pedro, etc. Pliego suelto s. l. ni a. del siglo XVI.) [11]

[p. 246] 99

**Romance del rey Ramiro (de Aragon) [1]**

Ya se asienta el rey Ramiro,—ya se asienta a sus yantares;  
 los tres de sus adalides—se le pararon delante;  
 al uno llaman Armiño,—al otro llaman Galvan,  
 al otro Tello, lucero—que los adalides trae.  
 —Manténgaos Dios, señor,—adalides, bien vengades:  
 ¿qué nuevas me traedes [2] —del campo de Palomares?  
 —Buenas las traemos, señor,—pues que venimos acá:  
 siete dias anduvimos—que nunca comimos pan,  
 ni los caballos cebada,—de lo que nos pesa mas;  
 ni entramos en poblado,—ni vimos con quien hablar,  
 sino siete cazadores—que andaban a cazar.  
 Que nos pesó o [3] nos plugo,—hubimos de pelear:

los cuatro de ellos matamos,—los tres traemos acá,  
y si lo creéis, buen rey,—si no, ellos lo dirán.—

(Can. de Rom., s. a., fol. 232.—Can. de Rom., 1550, fol. 246.—  
Silva de 1550, t. I, 155.)

[p. 247] 100

### De la reina María de Aragon [1]

Retraida estaba la reina,—la muy casta doña María,  
mujer de Alfonso el Magno,—fija del rey de Castilla,  
en el templo de Diana,—do sacrificio fasia.  
Vestida estaba de blanco,—un parche de oro ceña,  
collar de jarras [2] al cuello—con un grifo que pendia,  
*Pater noster* en sus manos,—corona de palmaría.  
Acabada su oracion,—como quien planto fasia,  
mucho mas triste que leda,—suspirando así desia:  
—Maldigo la mi fortuna,—que tanto me perseguia,  
para ser tan mal fadada—¡muriera cuando nascia!  
¡Y muriera una vegada—y non tantas cada dia!  
¡Oh, muriera en aquel punto—que de mí se despedia  
mi marido y mi señor—para ir en Berbería!  
Ya tocaban trompetas,—la gente se recogia;  
todos daban mucha priesa—contra mí a la porfía:  
quien izaba, quien bogaba,—quien entraba, quien salia;  
quien las áncoras levaba,—quien mis entrañas rompía;  
quien próises desataba,—quien mi corazon fería;  
el terramote era tan grande,—que por cierto parecia  
que la máquina del mundo—del todo se desfasia.  
¿Quién sufrió nunca dolor—cuál entonces yo sufría?  
Cuando mi cunta flota—y el estol vela fasia,  
yo quedé desamparada—como vida [3] dolorida;  
mis sentidos todos muertos,—cuasi el alma me salia;  
buscando todos remedios,—ninguno no me valia,  
pediendo la muerte quejosa—y menos me obedescia.  
Dije con lengua rabiosa,—con dolor que me aflegia:  
—«¡Oh maldita seas Italia,—causa de la pena mia!  
¿Qué te fise, reina Juana,—que rubaste mi alegría,  
y tomásteme por fijo—un marido que tenia?  
Feciste perder el fruto—que de mi flor atendia;  
¡oh madre desconsolada—que fija tal parido habia!  
Y díome por marido un César—que en todo el mundo no cabia:  
animoso de coraje,—muy sabio con valentía,  
non nació por ser regido,—mas por regir a quien regia.  
[p. 248] La fortuna invidiosa—que yo tanto bien tenia,

ofrescióle cosas altas—que magnánimo seguía,  
plasientes a su deseo—con fechos de nombradía,  
y dióle luego nueva empresa—del realme de Secilia.  
Siguiendo el planeta Mars,—dios de la caballería,  
dejó sus reinos y tierras,—las ajenas conqueria;  
dejó a mí, ¡desventurada!—años veinte y dos había,  
dando leyes en Italia,—mandando a quien mas podía;  
sojugando con su poder—a quienes menos lo temia,  
en Africa y en Italia—dos reyes vencido había.»

(*Cancionero* de Lope de Stúñiga, hecho en 1448, manuscrito, de donde han sacado y publicado por primera vez este romance los señores Gayangos y Vedia en las adiciones a su traducción de la *Historia de la literatura española* del señor Ticknor. Tomo I, pág. 509 y 510.) [1]

101

### **Romance del rey de Aragon [2]**

Miraba de Campo-Viejo—el rey de Aragon un dia,  
miraba la mar de España—cómo menguaba y crecia;  
miraba naos y galeras,—unas van y otras venian:  
unas venian de armada,—otras de mercadería;  
unas van la via de Flandes,—otras la de Lombardía.  
Esas que vienen de guerra—¡oh cuán bien le parecian! [3]  
Miraba la gran cindad—que Nápoles se decia;  
miraba los tres castillos—que la gran ciudad tenia:  
Castel Novo y Capuana, [4] —Santelmo, que relucia,  
aqueste relumbra entre ellos—como el sol de mediodia.  
Lloraba de los sus ojos,—de la su boca decia:  
—¡Oh ciudad, cuánto me cuestas—por la gran desdicha mia!  
[p. 249] cuéstarte duques y condes,—hombres de muy gran valía; [1]  
cuéstarte un tal hermano, [2] —que por hijo [3] le tenia;  
de esotra gente menuda [4] —cuento ni par no tenia;  
cuéstarte veinte y dos años,—los mejores de mi vida;  
que en ti me nacieron barbas,—y en ti las encanecía.

(*Silva* de 1550. t. II, fol. 78. —*Floresta de var. rom.*— Glosa agora nuevamente compuesta a un romance muy antiguo que comiença: «quan traydor eres Marquillos»: con otra glosa al romance de: «Miraua de campo viejo», etc.—Pliego suelto del siglo XVI.)

(*Al mismo asunto*)

Miraba de Campo-Viejo—el rey de Aragon un día,  
miraba la mar de España—cómo menguaba y crecía;  
mira naos y galeras,—unas van y otras venian:  
unas cargadas de sedas,—y otras de ropas finas,  
unas van para Levante,—otras van para Castilla.  
Miraba la gran ciudad—que Nápoles se decia  
—¡Oh ciudad, cuánto me cuestas—por la gran desdicha mia [5]  
Cuéstarte veinte y un años, [6] —los mejores de mi vida,  
cuéstarte un tal hermano—que mas que un Hector valia,  
querido de caballeros—y de damas de valía;  
cuéstarte los mis tesoros,—los que guardados tenia;  
cuéstarte un pajecico—que más que a mí lo quería.

(*Canc. de Rom.*, s . a., fol. 266.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 274.)

[p. 250] 102

### **Romance de la reina de Nápoles.—I**

La triste reina de Nápoles—sola va sin compañía,  
va llorando y gritos dando—do su mal contar podia:  
—¡Quién amase la tristeza—y aborreciese alegría,  
porque sepan los mis ojos—cuanto lloro yo tenia!  
Yo lloré el rey mi marido, [1] —las cosas que yo más queria:  
lloré al príncipe don Pedro, [2] —que era la flor de Castilla.  
Vínome lloro tras lloro,—sin haber consuelo un día.  
Yo me estando en estos lloros,—vínome mensajería  
de aqueso buen rey de Francia, [3] —que el mi reino me pedia.  
Subiérame a una torre,—la mas alta que tenia:  
vi venir siete galeras—que en mi socorro venian,  
dentro venia un caballero,—almirante de Castilla.  
¡Bien vengas, el caballero,—buena sea tu venida!—

(*Can. de Rom.*, s . a., fol. 262.)

102 a

### **Romance de la reina de Nápoles. [4] —II**

Emperatrices y reinas—que [5] huís del alegría,  
la triste reina de Nápoles—busca vuestra compañía.  
Va diciendo y gritos dando:—De mi mal contar podria

quien amase a la tristeza—y olvidase el alegría,  
 porque viesen los mis ojos el daño que les venia,  
 en perder un tal marido—que jamás no cobraria.  
 [p. 251] Lloren damas y doncellas—la reina que en tal se via: [1]  
 quien pensó tener consuelo,—mal tras mal le combatia.  
 Un año habia y mas—que este mal a mí seguia;  
 vínome lloro tras lloro—sin haber descanso [2] un dia.  
 Yo lloré al rey Alfonso [3] —por la muerte que moria,  
 yo [4] lloré a su hermano [5] —que otro hijo [6] no habia.  
 Lloré al príncipe don Juan—cuando fraile se metia. [7]  
 Estando en estas congojas—vínome [8] mensajería:  
 que ese rey de los Franceses—el mi reino me pedia,  
 porque dice que fué suyo—y que a él pertenecia.  
 Un consuelo me quedaba—para mi postrimería:  
 estos fueron [9] dos hermanos,—rey y reina de Castilla.  
 Demandéles yo socorro—que de grado les placia;  
 subiérame a [10] una torre,—la mas alta que tenia, [11]  
 para ver si vienen velas—de este reino que decia.  
 Vi venir unas galeras, [12] —y unas naos vizcainas;  
 mas el tiempo fuera tal,—que mi dicha lo [13] desvía;  
 que las galeras y naos [14] —vueltas son para Castilla.—  
 Ya despues de esto pasado [15] —estas y otras mas venian, [16]  
 en ellas viene un caballero [17] —de la noble Andalucía.  
 Este fué [18] Gonzalo Hernandez—con muy gran caballería.  
 Quiera [19] Dios de le guardar—de muy mala compañía. [20]  
 [p. 252] y a la reina que es de Nápoles—su muy alta señoría,  
 y dejar [1] vivir alegre—en los dias de su vida.

( *Silva* de 1550 t. II, fol. 76.—Núm. I. Glosa del romance que dice: «Afuera, afuera Rodrigo». Con otras coplas y villancicos.—Pliego suelto del siglo XVI. Núm. 2. Aquí comienzan las coplas de Madalenica, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.— En el *Romancero* del Sr. Durán.)

102 b

### **Romance de la reina de Nápoles.—III**

Emperatrices y reinas,—cuantas en el mundo habia,  
 las que buskais la tristeza—y huís del alegría,  
 la triste reina de Nápoles—busca vuestra compañía.  
 Va llorando y gritos dando—do su mal contar podia.  
 —¡Quién amase la tristeza—y olvidase el alegría,  
 porque lloren los mis ojos—cuanto lloro yo tenia!

Vínome lloro tras lloro,—sin haber consuelo un día:  
yo lloré al rey mi marido,—que de este mundo partía;  
yo lloré al rey Alfonso,—porque su reino perdía;  
lloré al rey don Fernando, [2] —las cosas que mas quería;  
yo lloré una su hermana,—que era reina de Hungría; [3]  
lloré al príncipe don Juan,—que era la flor de Castilla; [4]  
lloré al príncipe mi hijo,—porque fraile se metía.  
Llóránme duques y condes,—y otras gentes de valía;  
llórenme las cien doncellas—que en mi palacio tenía.  
Estando en estos mis lloros,—vínome mensajería  
de ese rey de los Franceses—que mi reino me pedía,  
porque dice que era suyo—y que a él pertenecía;  
y que si no se lo daba,—que él me lo tomaría.  
[p. 253] Un consuelo me quedaba—asentado en rica silla:  
esto eran dos hermanos,—rey y reina de Castilla.  
Enviéles por socorro,—que de grado les placía.  
Subiérame a una torre,—la mas alta que tenía,  
por ver si venían velas—de los reinos de Castilla.  
Vi venir unas galeras—que venían de Andalucía:  
dentro viene un caballero,—el gran capitán [1] se decía:  
bien vengais, el caballero,—buena sea vuestra venida.

(*Canc. de Rom.*, de 1550, foL 277.) [2]

## [p. 254] SECCION DE ROMANCES

### SOBRE LA HISTORIA Y TRADICIONES DE PORTUGAL

103

(DE DOÑA ISABEL DE LIAR.—I)

#### **Romance de doña Isabel**

Yo me estando en Tordesillas—por mi placer y holgar,  
vínome al pensamiento,—vínome a la voluntad  
de ser reina de Castilla,—infanta de Portugal.  
Mandé hacer unas andas—de plata, que non de al,  
cubiertas con terciopelo—fornadas en [1] tafetán.  
Pasé las aguas de Duero,—pasélas yo por mi mal,  
en los brazos a don Pedro,—y por la mano a don Juan.  
Fuérame para Coimbra,—Coimbra de Portugal:  
Coimbra desde lo supo—las puertas mandó cerrar.  
Yo triste, que aquesto vi,—recibiera gran pesar:  
fuérame a un monesterio—que estaba en el arrabal.

Casa es de religión—y de grande santidad;  
las monjas están comiendo,—ya que querían acabar.  
Luego yo desde que lo supe,—envié con mi mandar  
a decir a la abadesa—que no se tarde en bajar,  
que la espera doña Isabel—para con ella hablar.  
La abadesa, que lo supo,—muy poco tardó en bajar:  
tomárame por la mano,—a lo alto me fué a llevar.  
Hízome poner la mesa—para haber de yantar.  
Después que hube yantado—comenzóme a preguntar  
cómo vine a la su casa,—cómo no entré en la ciudad.  
Yo le respondí:—Señora,—eso es largo de contar:  
otro día hablaremos,—cuando tengamos lugar.—

(Canc. de Rom., s. a., fol. 169.—Canc. de Rom., 1550, fol. 176.—  
Silva de 1550, t. I, fol. 92.)

[p. 255] 104

(DE ISABEL DE LIAR.—I I)

### Otro romance de doña Isabel, cómo, porque el rey tenía hijos de ella, la reina la mandó matar

Yo me estando en Giromena—a mi placer y holgar,  
subiérame a un mirador—por mas descanso tomar:  
por los campos de Monvela—caballeros vi asomar:  
ellos no vienen de guerra,—ni menos vienen de paz,  
vienen en buenos caballos,—lanzas [1] y adargas traen: [2]  
desde que yo lo vi, mezquina,—parémelos a mirar.  
Conociera al uno de ellos—en el cuerpo y cabalgar;  
don Rodrigo de Chavela, [3] —que llaman del Marichal, [4]  
primo hermano de la reina:—mi enemigo era mortal.  
Desde que yo, triste, le viera, [5] —luego vi mi mala señal.  
Tomé mis hijos conmigo—y subíme [6] al homenaje;  
ya que yo [7] iba a subir,—ellos en mi sala están:  
don Rodrigo es el primero,—y los otros tras él van.  
—Sálveos Dios, doña Isabel.—Caballeros, bien vengades. [8]  
—¿Conoscédesnos, señora,—pues así vais a hablar?  
—¡Ya os conozco, don Rodrigo,—ya os conozco por mi mal!  
¿A qué era vuestra venida?—¿quién os ha enviado acá? [9]  
—Perdonédesme, [10] señora,—por lo que os quiero hablar. [11]  
Sabed que [12] la reina mi prima—acá enviado me ha, [13] ,  
porque ella es muy mal casada,—y esta culpa en vos está,  
porque el rey tiene en vos hijos—y en ella nunca [14] los ha,  
siendo, como sois, su amiga, y ella mujer natural  
manda que muráis, señora,—paciencia queráis prestar.—

[p. 256] —Respondió doña Isabel—con muy gran [1] honestidad:  
—Siempre fuístes, don Rodrigo,—en toda [2] mi contrariedad:  
si vos queredes, señor, [3] —bien sabedes [4] la verdad,  
que el rey me pidió mi amor,—y yo no se le quise dar,  
temiendo más [5] a mi honra,—que no sus reinos mandar.  
Desde que vió que no quería—mis padres fuera a mandar; [6]  
ellos tan poco quisieron—por la su honra guardar.  
Desde que todo aquesto vido,—por fuerza me fué a tomar:  
trújome a esta fortaleza,—do estoy en este lugar.  
Tres años he estado en ella—fuera de mi voluntad,  
y si el rey tiene en mí hijos,—plugo a Dios y a su bondad,  
y si no los ha en la reina,—es así su voluntad. [7]  
¿Porqué me habeis de dar muerte,—pues que no merezco mal?  
Una merced os pido, señores, [8] —no me la querais negar; [9]  
desterreisme de estos reinos,—que en ellos no estaré más:  
irme he yo para Castilla,—o a Aragón más adelante,  
y si aquesto no bastare, [10] —a Francia me iré a morar.  
—Perdonédesme, [11] señora,—que no se puede hacer más.  
Aquí está el duque de Bavía—y el marques de Villa Real,  
y aquí está el obispo de Oporto,—que os viene a confesar.  
Cabe vos está el verdugo—que os habia de degollar,  
y aun aqueste pajecico—la cabeza ha de llevar.  
Respondió doña Isabel,—con muy gran honestidad: [12]  
—Bien parece que soy sola,—no tengo quien me guardar, [13]  
ni tengo padre ni madre,—pues no me dejan hablar; [14]  
y el rey no [15] está en esta tierra,—que era [16] ido allende el mar:  
mas desde que él [17] sea venido,—la mi muerte vengará.  
—Acabedes ya, señora,—acabedes ya de hablar,  
Tomalda, señor obispo,—y metelda a [18] confesar.—  
Mientras en la confesión [19] —todos tres hablando están,  
[p. 257] si era bien hecho o mal hecho—esta [1] dama degollar:  
los dos dicen que no muera,—que en ella culpa no ha. [2]  
Don Rodrigo es tan cruel,—dice que la ha de matar.  
Sale de la confesión—con sus tres hijos delante: [3]  
el uno dos [4] años tiene,—el otro para ellos [5] va,  
y el otro [6] era de teta,—dándole sale a mamar,  
toda cubierta de negro;—lástima es de la mirar.  
—Adios, adios, hijos míos;—hoy os quedareis sin madre: [7]  
caballeros de alta sangre, [8] —por mis hijos [9] querais mirar,  
que al fin son hijos de rey,—aunque son de baja madre. [10]  
Tiéndenla en un repostero—para habella de degollar [11]  
así murió esta señora,—sin merecer ningún mal.



*Silva* de 1550, t. I, fol. 93.—Timoneda, *Rosa española*.—  
Aquí comienzan tres romances nuevos. El primero es que  
dice: «Yo me estando en Giromena», etc.—Pliego suelto del  
siglo XVI.) [12]

[p. 258] 105

(DE ISABEL DE LIAR.—III)

### **Romance de la venganza de doña Isabel**

El rey don Juan Manuel—que era de Cepta y Tanjar, [1]  
despues que venció a los moros—volviérase a Portugal.  
Desembarcara en Lisboa,—no va do la reina está,  
fuérase para Coimbra—a doña Isabel hablar.  
Llegando a la fortaleza,—visto habia mala señal;  
que no halló los porteros,—que la solian guardar;  
no quiso entrar más adentro,—preguntara en la ciudad:  
¿qué era de doña Isabel?—¿qué era de ella o dónde está?—  
Dijéronle que la reina—la ha mandado degollar  
por celos que de ella habia,—por vella con él holgar,  
y que cuatro caballeros—lo hubieron de efectuar:  
el uno era don Rodrigo—que dicen del Mariscal,  
los otros tres caballeros—no saben quién se serán.  
Dos hermanos de la reina—le fueron aconsejar,  
que la lleven a Viseo—a su cuerpo sepultar.  
Deque aquesto oyó el rey,—no quiso más escuchar;  
fuése donde está la reina,—triste y con gran pesar,  
y dende a muy pocos dias—la reina caido ha mal.  
No le saben su dolencia,—no la aciertan a curar;  
muerto se habia la reina—de encubierta enfermedad.  
Despues que fué enterrada—el rey a Viseo va,  
prender hizo a don Rodrigo—que él solia mucho amar.  
Vase a la sepultura—do doña Isabel está,  
hecho la habia sacar de ella—y luego desenterrar.  
Encima de un rico estrado,—allí la mandó sentar,  
púsole daga en la mano—y a don Rodrigo delante.  
El rey le tiene la mano,—de puñaladas le da.  
—Aquí os vengaréis, señora,—de quien os hizo este mal.  
Luego se casó con ella—así muerta como está,  
porque pudiesen sus hijos—a sus reinos heredar.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 84.)

[p. 259] 106

**De cómo el rey de Portugal vengó la muerte de doña Isabel de Liar**

En Ceuta estaba el buen rey,—ese rey de Portugal,  
cuando le dieron aviso—de tristeza y de pesar,  
diciendo que le habian muerto—a doña Isabel Liar.  
y que lo mandó la reina—por su mala voluntad.  
Don Rodrigo fué el cruel,—el que llaman del Marchal,  
y ese duque de Salinas,—y el marques de Villareal,  
con el obispo de Oporto,—que la fuera a confesar.  
Cuando aquesto supo el rey,—no hace sino llorar;  
juraba por su corona—que la habia de vengar.  
Mandó tocar sus trompetas,—el real mandara alzar;  
vistióse todo de luto,—luego se quiso embarcar  
con solo diez caballeros—que no le quieren dejar.  
No quiso aguardar la flota,—por no se tanto tardar,  
y dentro de siete dias—a Sevilla fué a llegar;  
y de allí a pocos dias—es llegado a Portugal.  
Fuese derecho a palacio,—do solia reposar.  
La reina cuando lo supo,—vínose a lo visitar;  
mas el rey con mucha saña—de esta suerte le fué a hablar:  
—Mal vengades vos, la reina,—malo sea vuestro llegar.—  
En diciendo estas razones,—la mandó presto tomar,  
y en el mismo repostero—do su amiga fué a finar,  
mandó degollar la reina,—don Rodrigo cuartear,  
y a ese duque de Salinas,—y al marques de Villareal,  
y al buen obispo de Oporto—le mandó descabezar.  
Hizo sacar a su amiga—para con ella casar,  
y por heredar sus hijos,—a don Pedro y a don Juan,  
y despues con mucha honra—la mandó luego enterrar:  
de este modo vengó el rey—a doña Isabel Liar.

(Timoneda, Rosa española,)

[p. 260] 107

**Romance de la duquesa de Berganza [\[1\]](#)**

Un lúnes a las cuatro horas,—ya despues de mediodia,  
ese duque de Berganza—con la duquesa reñia:  
lleno de muy grande enojo,—de aquesta suerte decia:  
—Traidora sois, la duquesa,—traidora, fementida.—  
La duquesa muy turbada,—de esta suerte respondia:  
—No so yo traidora, el duque,—ni en mi linaje lo habia,  
nunca salieron traidores—de la casa do venia.

Yo me lo merezco, el duque,—en venirme de Castilla,  
para estar en vuestra casa—en tan mala compañía.  
El duque con grande enojo—la espada sacado habia;  
la duquesa con esfuerzo—en un punto a ella se asia.  
—Suelta la espada, duquesa,—cata, que te cortaria.  
—No podeis cortar más, duque,—harto cortado me habia.—  
Viéndose en este aprieto,—a grandes voces decia:  
—Socorredme, caballeros,—los que truje de Castilla.  
Quiso la desdicha suya—que ninguno parecia,  
que todos son portugueses—cuantos en la sala habia.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 81.)

[p. 261] 107 a

(*Al mismo asunto.*)

### **Romance de cómo el duque de Berganza mató a la duquesa su mujer [1]**

Lúnes se decía, lúnes,—tres horas antes del día,  
cuando el duque de Braganza—con la duquesa reñía.  
El duque con grande enojo—estas pallabras decia:  
—Traidora me sois, duquesa,—traidora, falsa, malina, [2]  
porque pienso [3] que traicion—me haceis y alevosia  
—No te soy traidora, duque, [4] —ni en mi linaje lo habia.—  
Eché la mano a la espada, [5] —viendo que así respondia:  
la duquesa con esfuerzo—con las manos la tenia.  
—Dejes [6] la espada, duquesa,—las manos te cortaria. [7]  
—Por más cortadas, [8] el duque,—a mí nada se daría;  
si no, vedlo por la sangre—que mi camisa teñía.  
¡Socorred, mis caballeros,—socorred por cortesia!  
No hay ninguno allí de aquellos—a quien la favor [9] pedia,  
que eran todos [10] portugueses y ninguno [11] la entendía,  
sino era un pajecico—que a la mesa la servía.  
—Dejes [12] la duquesa, el duque,—que nada te [13] merecia.  
El duque muy enojado [14] —detras del paje corria,  
y cortóle la cabeza—aunque no lo merecia [15].  
Vuelve el duque a la duquesa,—otra vez la persuadia:  
—A morir teneis, duquesa [16], —antes que viniese el día  
—En tus manos estoy, duque,—haz de mí a tu fantasia,  
que padre y hermanos [17] tengo—que te lo demandarían, [18]  
y aunque estos estén en España, [19] —allá muy bien se sabría.  
[p. 262] —No me amenaceis, duquesa,—con ellos yo me avernia  
—Confesar me dejes, [1] duque,—y mi alma ordenaria. [2]

—Confesáos con Dios, duquesa,—con Dios y Santa Maria. [3]  
 —Mirad, duque, esos hijicos—que entre vos y mí habia.  
 —No los lloreis mas, [4] duquesa,—que yo me los criaria.  
 Revolvió el duque su espada,—a la duquesa heria:  
 dióle sobre su cabeza,—y a sus piés muerta caia.  
 Cuando ya la vido muerta—y la cabeza volvia,  
 vido estar sus dos hijicos—en la cama do dormia,  
 que reian y jugaban—con sus juegos a porfia.  
 Cuanda así jugar los vido,—muy tristes llantos hacia;  
 con lágrimas de sus ojos—les hablaba y les decia:  
 —Hijos ¡cuál quedais sin madre,—a la cual yo muerto habia!  
 Matéla sin merecello,—con enojo que tenia.  
 ¿Dónde irás, el triste duque?—de tu vida ¿qué seria?  
 ¿Cómo tan grande pecado—Dios te lo perdonaria?

(Cancionero llamado Flor de *enamorados*.— Timoneda, *Rosa española*.)

108

### Romance de la mujer del duque de Guymaraes de Portugal [5]

Quéjome de vos, el rey,—por haber crédito dado  
 del buen duque, mi marido,—lo que le fué levantado.  
 Mandástemelo prender—no siendo en nada culpado.  
 ¡Mal lo hecistes, señor!—¡mal fuistes aconsejado!  
 que nunca os hizo aleve—para ser tan maltratado;  
 antes os sirvió ¡mezquina!—poniendo por vos su Estado:  
 siempre vino a vuestras cortes—por cumplir vuestro mandado.  
 No lo hiciera, señor,—si en algo os hubiera errado,  
 que gente y armas tenia—para darse a buen recaudo;  
 mas vino, como inocente—que estaba de aquel pecado.  
 Vos, no mirando justicia,—habéismelo degollado.  
 [p. 263] No lloro tanto su muerte—como vello deshonado  
 con un pregon que decia—lo por él nunca pensado.  
 Murió por culpas ajenas—injustamente juzgado:  
 él ganó por ello gloria,—yo para siempre cuidado,  
 y prisiones muy esquivas [1] e—en que vos me habeis echado,  
 con una hija que tengo,—que otro bien no me ha quedado;  
 que tres hijos que tenia—habéismelos apartado:  
 el uno es muerto en Castilla,—el otro desheredado,  
 el otro tiene su ama,—no espero de [2] verlo criado:  
 por el cual pueden decir,—inocente, desdichado.  
 Y pido de vos enmienda,—rey, señor, primo y hermano.  
 a la justicia de Dios—de hecho tan mal mirado,

por verme a mí con venganza,—y a él sin culpa, desculpado. [3]

(*Canc. de Rom.*, s. a, fol. 177.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 184.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 99.)

## NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 81]. [1] . En el texto por equivocación «los».

[p. 82]. [1] . Este romance es, en verdad, no muy popular, y más bien sacado e imitado de una crónica, quizá por el mismo Timoneda; sin embargo, tiene rasgos tradicionales; por eso y por haberlo omitido en nuestra *Rosa de romances*, lo reimprimimos aquí. por primera vez en una colección moderna.

[p. 82]. [2] . «Queriéndose.» Timoneda, *Rosa española*.

[p. 82]. [3] . «Principales de Toledo.» Timoneda.

[p. 82]. [4] . «Para habelle de suplicar.» *Canc. de Rom*, s. a y 1550.—«Lehan venido a suplicar Timoneda

[p. 82]. [5] . «Quitar.» Timoneda.

[p. 82]. [6] . «Debía dejar.» *Canc. de Romances* s. a. y 1550; Timoneda.

[p. 82]. [7] . «Entrado.» Timoneda.

[p. 82]. [8] . «Otra cosa no fué hallar.», Timoneda.—«Nada otro fuera hallar» las ediciones posteriores del *Canc.de Rom*.

[p. 82]. [9] . «Y el rey que esta casa abra.» Timoneda.

[p. 83]. [1] . «De bien echar», *Canc. de Rom* . s. a. y 1550.— «De bien tirar», las ediciones posteriores del *Canc. de Rom*. —«Ballestas de par en par», Timoneda.

[p. 83]. [2] . Después de este verso acaba el texto de Timoneda con los dos siguientes:

El rey, en pensar en esto,  
no hay quien le pueda alegrar.

[p. 84]. [1] . «Como.» Flor de enamorados .

[p. 84]. [2] . «De estos reinos.» Flor.

[p. 84]. [3] . «Puede hacer à su mandado.» Flor.

[p. 84]. [4] . «Ha.» Flor.

[p. 85]. [1] . «Maldita.» Flor.

[p. 85]. [2] . «Destruyese.» Canc. de Rom. \* Timoneda, *Rosa española*.

[p. 86]. [1] . «Muy.» Timoneda.

[p. 86]. [2] . «Las escribe.» Timoneda.

[p. 86]. [3] . «Y él la carta le notaba.» Timoneda.

[p. 86]. [4] . «Es», falta en la *Rosa* de moneda.

[p. 86]. [5] . «Era.» Timoneda.

[p. 86]. [6] . Este, y los tres versos que le siguen, faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 86]. [7] . «De las tres partes del mundo.» Timoneda.

[p. 86]. [8] . «Galana.» Timoneda.

[p. 86]. [9] . «Y en la nobleza estimada.» Timoneda.

[p. 86]. [10] . «Muy lozana.» Timoneda.

[p. 86]. [11] . «Las señorean.» Timoneda.

[p. 86]. [12] . «La.» Timoneda. Con este verso acaba el romance en su *Rosa española*.

[p. 86]. [13] . El pliego suelto, citado abajo, lleva hasta aquí un texto casi idéntico con el del Cancionero de *Romances*; desde este verso, empero, hasta al fin varía del todo, pues dice:

¡Oh dolor sobre manera,  
y cosa nunca pensada!

que por causa de un traidor  
España fue sujeta  
al gran poder de Mahoma:  
¡cosa fué nunca pensada!

[p. 87]. [1] . «Tierras.» Canc. de rom s. a. y 1550.—Timoneda, Rosa esp.— Floresta de var. rom.

[p. 87]. [2] . «Menearse no.» Floresta.

[p. 87]. [3] . «De pedrería.» Timoneda.— Floresta.

[p. 87]. [4] . «Hecha una.» Timoneda.—«Era una.» Floresta.

[p. 87]. [5] . «De abollado.» Canc. de Rom. s. a. y 1550.—Timoneda.—Floresta.

[p. 87]. [6] . «La cabeza le hundía.» Timoneda.—Flor.

[p. 87]. [7] . «Que allí había.» Timoneda. Flor.

[p. 87]. [8] . «De allí miraba.» Timoneda. Flor.

[p. 88]. [1] . «El cual a.» Tim.—Flor.

[p. 88]. [2] . «Lloraba.» Tim.—Flor.

[p. 88]. [3] . «Y gente que.» Canc. de Rom. s. a. y 1550.—Timoneda.—Flor.

[p. 88]. [4] . «Ora no tengo.» Tim.—«No tengo ahora.» Flor.

[p. 88]. [5] . «Tan gran reino y señoría.» Timoneda.—Flor.

[p. 89]. [1] . «Haciendo.» *Floresta*.

[p. 89]. [2] . «Enojado.» *Flor*.

[\*] Desde este verso el romance es casi idéntico con aquel que le precede, y hemos ya anotado en él las más notables variantes.

[p. 89]. [3] . «Dromedal.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

[p. 89]. [4] . «Mas no pudo él hallarlo.» *Cancionero de Romances* s. a. y 1550.

[p. 90]. [1] . «Mandó.» *Canc. de Rom.* s . a. y 1550

[p. 90]. [2] . «Que via.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Las más ásperas que había.» Timoneda.

[p. 91]. [1] . «Sentía.» Timoneda.

[p. 91]. [2] . «El rey holgaráse de ello.» Timoneda.

[p. 91]. [3] . «Pastor.» Timoneda.

[p. 91]. [4] . «Do la provisión traía.» Timoneda.

[p. 91]. [5] . «Dióle pan.» Timoneda.

[p. 91]. [6] . «Que en él dentro.» Tim.

[p. 91]. [7] . «Valor.» Timoneda.

[p. 91]. [8] . «Ya que el sol se retraía.» Timoneda.

[p. 91]. [9] . «Con vergüenza.» Timoneda.

[p. 91]. [10] . «Tenía.» Timoneda.

[p. 91]. [11] . «Contóselo por extenso.» Timoneda.

[p. 92]. [1] . «Mandó.» *Canc.* y 1550.

[p. 92]. [2] . «No me ha tocado hasta agora.» Timoneda.

[p. 92]. [3] . «Rogad por mí, hombre santo.» Timoneda.

[p. 92]. [4] . «A ver si muerto seria.» Timoneda.

[p. 92]. [5] . «Halló.» *Canc. de Rom.* s. a . y 1550.—Timoneda.

[p. 92]. [6] . La lección de Cervantes (*Don Quijote*, Parte II, cap. 33), en estos versos es:

Ya me comen, ya me comen  
Por do más pecado había.



[p. 92]. [7] . Con este verso acaba el texto de Timoneda. *de Rom.* s. a.

[p. 94]. [1] . «Vió.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 96]. [1] . «Había.» *Silva*.

[p. 96]. [2] . «Salvo.» *Silva*.

[p. 96]. [3] . «Sabréis.» *Canc. de Rom.* s . a. y 1550.

[p. 96]. [4] . «Vo.» *Canc. de Rom.* s . a. y 1550.

[p. 96]. [5] . «Riepto.» *Silva*. \* «Este romance, dice el señor Durán, es muy popular. Lope de Vega le sigue casi todo en su comedia de las *Mocedades de Bernardo del Carpio*.» Y a este romance se referiría la cuarteta que cita el señor Depping (I, p. 68), creyendo e romance perdido:

Para tomar de su tío  
el rey Alfonso venganza,  
sale corriendo Bernardo  
por las riberas de Arlanza.

[p. 103]. [1] . «Remediéis.» *Can.* de 1550.

[p. 104]. [1] . «Ahí pasan malas razones.» *Canc. de Rom.* s. a y 1550.

[p. 104]. [2] . «Llámanse de hi-de-putas.» *Canc. de Rom.* s . a. y 1550.

[p. 105]. [1] . «Frailes.» *Canc. de Romances*, 1550.

[p. 105]. [2] . Después de este verso, interpone el texto del *Canc. de Rom.*, 1550, los dos siguientes:

El uno es tío del rey  
el otro hermano del conde.

[p. 105]. [3] .«Le salpicó.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

[p. 105]. [4] . «Buen conde Fernán González,  
mucho sois desmesurado.»  
*Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

[p. 105]. [5] . «El rey.» *Silva*.

[p. 105]. [6] . «Sceptro.» Silva.

[p. 106]. [1] . En el *Canc. de Rom.*, 1550, van añadidos los cuatro versos siguientes:

Daros ha a Tordesillas,  
y a Torre de Lobatón,  
y si más quisieredes, conde,  
daros han a Carrión.

[p. 106]. [2] . El *Canc. de Rom.*, 1550, interpone los dos versos siguientes:

Al que le faltan dineros  
también se los presto yo.

[p. 107]. [1] . «De cómo fué librado de la prisión el conde Fernán Gonzalez por astucia de su mujer.» Tim.

[p. 107]. [2] . «El rey don Ordóñez.» *Silva*. Timoneda.

[p. 107]. [3] . «Porque estaba dél airado.» *Canc. de Rom.*, ed. de 1570.

[p. 107]. [4] . «Lo tiene a muy buen recaudo.» Timoneda.— *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [5] . « Al rey por él.» *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [6] . «Don.» *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [7] . «Nunca ha querido sacallo.» Timoneda.

[p. 107]. [8] . «Librallo.» Timoneda.— *Cancionero de Rom.*

[p. 107]. [9] . «Habia.» *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [10] . «Y llevaba en su reguarda.» *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [11] . «Los quinientos.» Timoneda.

[p. 107]. [12] . «Cada cual en buen caballo.» Timoneda.— *Canc. de Rom.*

[p. 107]. [13] . «Muy.» Timoneda.— *Canc. de Romances.*

[p. 107]. [14] . «Para.» Timoneda.— *Canc. de Romances.*

[p. 107]. [15] . «Se.» Timoneda.— *Canc. de Romances* .

[p. 107]. [16] . «Tal cual.» Timoneda.

[p. 107]. [17] . «Se fué derecho a palacio.» Timoneda.

[p. 108]. [1] . «¿Dónde bueno vais, condesa?» Timoneda.

[p. 108]. [2] . «Que pueda al conde hablallo.» Timoneda.— *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [3] . «Pláceme, dijera el rey.» *Cancionero de Rom.*

[p. 108]. [4] . «Pláceme de muy buen grado.» *Canc. de Rom.*— «Que me place de buen grado.» Timoneda.

[p. 108]. [5] . «Llévanla luego a la torre do está el conde aprisionado.» Tim.— *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [6] . «Le han quitado.» Timoneda. *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [7] . «Pasada la media noche.» *Cancionero de Rom.*

[p. 108]. [8] . «Le ha hablado.» Timoneda. *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [9] . «Señor marido.» Timoneda.

[p. 108]. [10] . «Estar echado.» Timoneda. *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [11] . «Tocaros heis mi tocado.» *Cancionero de Rom.* —«Y tocáos este tocado.» Timoneda.

[p. 108]. [12] . «Y guiaréis.» Timoneda.

[p. 108]. [13] . «Que yo aqui me quedaré.» Timoneda.

[p. 108]. [14] . «Están.» *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [15] . «Las guardas.» *Silva.*

[p. 108]. [16] . «Este verso y los tres que la siguen, faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 108]. [17] . «Tanto madrugado.» *Canc. de Rom.*

[p. 108]. [18] . «De ellos.» Timoneda.— *Cancionero de Rom.*

[p. 108]. [19] . «En ser el conde salido—halló a punto su caballo,—y tomó luego el camino.»  
Timoneda.

[p. 109]. [1] . «Do la condesa han dejado.» Tim.

[p. 109]. [2] . «Como.» Tim.— *Canc. de Rom.*

[p. 109]. [3] . «Volveis.» *Canc. de Rom.*

[p. 109]. [4] . «Dícenles.—¿A qué volveis?» Timoneda.

[p. 109]. [5] . «Hase acá algo olvidado?» *Cancionero de Rom.*—« Decí ¿qué se os ha olvidado?»  
Timoneda.

[p. 109]. [6] . Este y el verso que precede, faltan en el *Canc. de Rom.* y en la Rosa de Timoneda.

[p. 109]. [7] . «Díjoles:—Decid al rey.» Tim.

[p. 109]. [8] . «La injuria.» *Canc. de Rom.*

[p. 109]. [9] . «Porque ya el conde está en salvo.» Timoneda.

[p. 109]. [10] . «Oyera.» Timoneda.

[p. 109]. [11] . «Mandó.» *Canc. de Rom.* —Tim.

[p. 109]. [12] . «Enviándosela.» *Can. de Rom.*

[p. 109]. [13] . «Y envió.» *Canc. de Rom.*— « Envió a.» Timoneda.

[p. 109]. [14] . «Mal.» *Canc. de Rom.*

[p. 109]. [15] . «Y su consejo tomado.» *Cancionero de Rom.*—«Consejo en ello ha tomado.»  
Timoneda.

[p. 109]. [16] . «No hay quien pueda numerallo.» Timoneda.

[p. 109]. [17] . «Conde estaba.» Timoneda.

[p. 109]. [18] . «Lo cual por el conde oído,

con gran placer lo ha otorgado:  
y así de aquesta manera.»  
Can. *de Rom.*

[p. 109]. [19] . Nótese el variar del asonante en el texto de la *Silva*, y cómo las redacciones posteriores del *Canc. de Rom.* y de Timoneda lo han uniformado.—La prisión del conde de que trata este romance es la que sufrió por orden del rey don Sancho I de León, al paso que el otro romance que empieza también por: «Preso está *Fernan Gonzalez—el gran conde de Castilla*», trata de la prisión que sufrió en Navarra por orden del rey don García.

[p. 110]. [1] . «Lambra.» *Silva*.

[p. 111]. [1] . «Ayo.» las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 111]. [2] . El *Canc. de Rom.* s. a. y la *Silva* de 1550 tienen de este romance sólo el fragmento que comienza por este verso.

[p. 111]. [3] . «Guardar.» *Silva*.

[p. 111]. [4] . «Forzaran.» *Silva*.

[p. 112]. [1] . «Lara.» las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 112]. [2] . Este y el verso que le antecede faltan en la *Silva*.

[p. 112]. [3] . «Urdida.» *Silva*.

[p. 112]. [4] . Falta en la *Silva*.

[p. 112]. [5] . «Tendrán.» *Silva*.

[p. 113]. [1] . «Mi.» Enmienda de Durán.

[p. 114]. [1] . «Val.» Edición de 1551.

[p. 117]. [1] . Después de este verso, una edición posterior de la *Silva* añade, según la reimpresión en el *Romancero* de Durán, los dos versos siguientes:

y agora perderos tiene  
sin tener más esperanza.

[p. 117]. [2] . «Santiago, cierra.» Durán.

[p. 117]. [3] . «Ellos.» *Silva*, ed. de Barcelona de 1528.

[p. 118]. [1] . El texto dice: «os, que es yerro de imprenta.»

[p. 120]. [1] . Hemos restituido este verso conforme a la asonancia, pues el texto lo lleva transportado por equivocación:

Y valdrán nuestras personas.

[p. 121]. [1] . Debiera decir «Alicante»; véase el fin de este romance, y el romance que dice: «Pártese el moro Alicante».

[p. 122]. [1] . «A caza.» *Silva*.

[p. 122]. [2] . «El que se llama de Lara.» *Silva*.

[p. 123]. [1] . «Viniese.» *Silva*.

[p. 123]. [2] . «La tu.» *Silva*.

[p. 123]. [3] . «Anado.» *Canc. de Rom.* s. a. —«Cuñado.» *Canc. de Rom.*, 1550.

[p. 123]. [4] . Hermana del rey don Alonso V de León.

[p. 123]. [5] . «Y.» Pl. s.

[p. 123]. [6] . «Mí.» Pl. s.

[p. 124]. [1] . «Y un poco en sí haber.» Pl. s.

[p. 125]. [1] . «Despues de haber ayantado.» Flor de enamorados.

[p. 125]. [2] . «Suyas.» Flor.

[p. 125]. [3] . «Y me ha ultrajado.» Flor.

[p. 125]. [4] . «Viejo y cano.» Flor.

[p. 125]. [5] . «Mas chico.» Flor.

[p. 125]. [6] . «Fuertemente le ha.» Flor.

[p. 126]. [1] . «Que porque quitó mi padre una liebre a vuestro galgo» Flor.

[p. 126]. [2] . Este epígrafe está formado de la Rosa española, de Timoneda, pues la Silva y el Canc. de Rom. dicen solamente: «Romance del Cid Ruy Díaz.» El texto de Timoneda es ya muy empeorado y defectuoso, así que no vale la pena de notar sus variaciones.

[p. 126]. [3] . «Afinado.» Silva.

[p. 127]. [1] . «Queda.» Silva.

[p. 127]. [2] . «Hijo mío.» Silva.

[p. 127]. [3] . «Lo.» Silva.

[p. 127]. [4] . «Debría.» Silva.

[p. 128]. [1] . «Quedadvos aquí, hijo.» *Cancionero de Rom.* s. a.—«Quedados vos acá, hijo.» *Canc. de Rom.*, edición de Medina.

[p. 128]. [2] . «Paños.» Timoneda, *Rosa española*.

[p. 128]. [3] . «Quien.» Timoneda.

[p. 128]. [4] . «De ellas sale.» Timoneda.

[p. 128]. [5] . Este, y el verso que le antecede, faltan en el *Romancero* de Escobar.

[p. 128]. [6] . «Debía.» Timoneda.

[p. 129]. [1] . «Fablar.» Escobar.

[p. 129]. [2] . «En.» Timoneda.

[p. 129]. [3] . «Se armar.» Timoneda.

[p. 129]. [4] . «Desque el rey aquesto oyó.» Timoneda.

[p. 129]. [5] . «Empezará.» Timoneda.

[p. 129]. [6] . «Si este caballero prendo.» Timoneda.

[p. 129]. [7] . «Revolveránse.» Escobar

[p. 129]. [8] . «Demandará.» Timoneda.

[p. 129]. [9] . En la Rosa de Timoneda se suprimen este verso y los que le siguen, y se les sustituyen los siguientes:

Hablara doña Jimena  
palabras bien de notar:  
—Yo te lo diré, buen rey  
cómo lo has de remediar:  
que me lo des por marido,  
con él me quieras casar,  
que quien tanto mal me hizo  
quizá algún bien me hará.—  
El rey, vista la presente,  
el Cid envió a llamar,  
que venga sobre seguro,  
que lo quiere perdonar.

[p. 130]. [1] . Desde este verso al de «Rey que no hace justicia», es una interpolación manifiesta e impertinente, tomada de aquel romance viejo de doña Lambra que empieza «A Calatrava la vieja».

[p. 130]. [2] . «Dañe lo.» *Canc. de Rom.*, 1550, lo que es equivocación que enmiendan las ediciones posteriores del mismo.

[p. 131]. [1] . «De cómo el Cid fué a buscar el moro Abdalla.» Timoneda, Rosa española.

[p. 131]. [2] . «Audalla.» Silva.

[p. 132]. [1] . «No demuestres.» Timoneda.

[p. 132]. [2] . «Buen Cid.» Timoneda.

[p. 132]. [3] . «Mas si tú eres lo que dices.» Timoneda.

[p. 132]. [4] . «Sé que a tiempo eres venido.» Timoneda.

[p. 132]. [5] . «Descortesía.» Timoneda.

[p. 132]. [6] . Según la tradición, debió decir «Fernando(Véase la *Crónica rimada del Cid.*)— El asunto es todo fabuloso.

[p. 134]. [1] . Timoneda, *Rosa española.*— En la *Rosa*, y en el *Romancero del Cid* de Escobar, el rey



es llamado también «don Sancho», en vez de Fernando. (Véase la nota del anterior.)

[p. 134]. [2] . «El Padresanto ha llamado.» Escobar, *Rom. del Cid*.

[p. 134]. [3] . «Fuése.» Escobar.

[p. 134]. [4] . «Y tomo.» Escobar.

[p. 134]. [5] . «Rempujón.» Escobar.

[p. 134]. [6] . «El duque sin responder.» Escobar.

[p. 134]. [7] . «Se quedó muy mesurado.» Escobar.

[p. 134]. [8] . «Ante el Papa se ha postrado.» Escobar.

[p. 135]. [1] . «Arzobispo de Toledo, de las Españas primado.» *Silva*.

[p. 135]. [2] . «Bien podeis, hijo, alcanzallo.» *Silva*.

[p. 135]. [3] . La ed. de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.*, llevan este romance ya con variaciones notables, y con cuatro versos añadidos al fin, que sirven de introducción más bien al romance que dice: «Morir vos queredes, padre». Por eso ponemos en seguida el texto de estas ediciones.

[p. 136]. [1] . «De tierra en tierra.» *Silva*. Timoneda.

[p. 136]. [2] . «En gracia.» *Silva*.

[p. 136]. [3] . La ed. de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.* interponen aquí los cuatro versos siguientes:

Alli preguntara el rey  
—¿Quien es esa que así habla?—  
Respondiera el arzobispo:  
—Vuestra hija doña Urraca.

[p. 136]. [4] . «Del otro.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Y de otra.» Tim.

[p. 136]. [5] . Quitare., *Silva*. Timoneda.

[p. 136]. [6] . La ed. de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.* añaden aquí los siguientes versos, intercalados, claro está, para unir este romance con el que dice: «Afuera, afuera, Rodrigo», al cual

sirven de introducción, aunque van impresos también como romance separado, con un principio algo diferente (véase al núm. 773 en el *Romancero general* del Sr. Durán):

El buen rey era muerto:  
Zamora ya está cercada:  
de un cabo la cerca el rey,  
de otro el Cid la cercaba,  
Del cabo que el rey la cerca  
Zamora no se da nada;  
del cabo que el Cid la cerca,  
Zamora ya se tomaba.  
Asomóse doña Urraca,  
asomóse a una ventana,  
de allá de una torre mocha  
estas palabras hablaba.

[p. 137]. [1] . Timoneda. *Rosa esp.* — En la *Silva* y en el *Canc. de Rom.* no hay otro título que el general de: «Del Cid Ruy Díaz.»

[p. 137]. [2] . «De aquel buen tiempo pasado.» Timoneda.

[p. 137]. [3] . «Que te armaron caballero.» Timoneda.

[p. 137]. [4] . «Nel.» *Canc. de Rom. s. a.* — «En'l». Timoneda.

[p. 137]. [5] . Este y el verso que le sigue faltan en la *Silva* y en el *Canc. de Rom. s. a.*

[p. 137]. [6] . «Pensando casar.» Timoneda.

[p. 137]. [7] . «Mas no.» *Canc. de Rom. s. a.* y 1550.

[p. 137]. [8] . «Connmigo fueras honrado,  
porque si la renta es buena,  
muy mejor es el Estado.»  
Timoneda.

[p. 137]. [9] . «Si bien casaste, Rodrigo,  
muy mejor fueras casado;  
pues dejaste hija de rey,  
por tomar de su vasallo. —  
En oír esto Rodrigo,  
quedó de ello algo turbado;  
con la turbación que tiene,  
esta respuesta le ha dado.»

[p. 137]. [10] . «Castigallo.» las ed. posteriores del *Canc. de Rom.* — «Desviallo,» en el *Rom. ge.* del señor Durán. — Después de este verso van intercalados los siguientes en el texto de Timoneda.

Respondióle doña Urraca  
con gesto muy sosegado:  
— No lo mande Dios del cielo,  
que por mí se haga tal caso,  
que mi alma penaria  
si yo fuese en discrepallo. —  
Volvióse presto Rodrigo,  
y dijo muy angustiado:  
— Afuera, etc.

[p. 138]. [1] . «Hasta el hierro.» *Silva.* — «Y aunque no traía fierro.» Tim.

[p. 138]. [2] . Ya se ve que la *Silva* y la ed. del *Canc. de Rom. s. a.*, han dado los tres últimos romances aun más correspondientes, es verdad, a sus formas primitivas y populares; empero como fragmentos incoherentes y puestos en orden contrario a su contenido, pues lo llevan impresos en el siguiente: 1. «Afuera, afuera, Rodrigo;» — 2. «Doliente estaba, doliente;» — 3. «Morir vos queredes, padre;» La ed. de 1550 *Cancionero de Rom.* fué la primera que restituyó la serie conforme al sentido y unió los fragmentos con versos intercalados. En la *Rosa española* de Timoneda se hallan solamente dos de estos romances, a saber, el que dice: Morir, etc.» fol. XXI, y el otro que dice: «Afuera, etc., folio XXXVIII, separado de aquel por una larga série de otros romances del rey don Sancho y del Cid.

[p. 138]. [3] . Véase sobre el asunto de este romance la batalla de Golpejares, y el papel poco honrado que hizo en ella el Cid. Dozy, *Recherches*, T. I, págs. 447-448.

[p. 138]. [4] . «Lo.» Pliego suelto.

[p. 139]. [1] . «El alcance.» Pliego suelto.

[p. 139]. [2] . «Ha gran consolación.» Pliego suelto.

[p. 139]. [3] . *Silva.* «Leones.»

[p. 139]. [4] . «Del rey don Sancho, de cómo echó en prisión a su hermano don Alonso.» Timoneda, *Rosa esp.*

[p. 139]. [5] . «Las barbas que le salían.» Timoneda. *Rosa española.*

[p. 140]. [1] . «Después que lo tuvo preso un pregon hacer mandó.» Tim.

[p. 140]. [2] . «Sé que un don me prometio.» Timoneda.

[p. 140]. [3] . «Señor, otorgádmelo.» Tim.

[p. 140]. [4] . «Cualquier otra cosa.» Tim.

[p. 140]. [5] . «No se os ha de negar.» Tim.

[p. 140]. [6] . «—Señor, yo no pido.» Tim.

[p. 140]. [7] . «Lo que pido es.» Timoneda.

[p. 140]. [8] . «Mal hayades vos.» Tim.

[p. 140]. [9] . «Os.» Timoneda.

[p. 140]. [10] . «Se.» Timoneda.

[p. 141]. [1] . Con este romance comienzan los del cerco de Zamora.

[p. 141]. [2] . «Por la muerte de don Sancho.» Pl. s.

[p. 141]. [3] . «Aun» falta en el. Pl. s.

[p. 141]. [4] . «El padre al hijo ha hablado.» Pl. s.

[p. 142]. [1] . «Oiste.» Pl. s.

[p. 142]. [2] . «A las damas que han hablado.» Pl. s.

[p. 142]. [3] . «Muy bien las oi.» Pl. s.

[p. 142]. [4] . «Que estaban.» Pl. s.

[p. 142]. [5] . «Entre sí van razonando.» Pl. s.

[p. 142]. [6] . «Habiendo.» Pl. s.

[p. 142]. [7] . «Y lo mismo harian.» Pl. s.

[p. 142]. [8] . «Y si les saliesen cinco.» Pl. s.

[p. 142]. [9] . «Faltó.» Pl. s.

[p. 142]. [10] . «De los que andan por el campo.» Pl. s.

[p. 142]. [11] . «Oíolos.» Pl. s.

[p. 142]. [12] . «O.» Pl. s.

[p. 142]. [13] . «Al encuentro les salieron.» Pl. s.

[p. 142]. [14] . «Se van.» Pl. s.

[p. 142]. [15] . «Decí, hijo, ¿estáis llagado?» Pl. s.

[p. 142]. [16] . «Que no estoy yo.» Pl. s.

[p. 142]. [17] . «Ser muy flojo.» Pl. s.

[p. 142]. [18] . «De años.» Pl. s.

[p. 142]. [19] . «Estaban cuatro.» Pl. s.

[p. 142]. [20] . «Y vos, de los veinte y cinco.» Pl. s.

[p. 142]. [21] . Este romance tiene, como ha observado el señor Durán, una casi identidad en la letra de varios fragmentos con los dos que le siguen—, a la par que una completa diferencia y cambio del asunto. Y en efecto, en el tercer romance los versos que dicen: «Los dos contrarios guerreros, etc.» parece que aludan al asunto de éste, y que el componedor de éste haya confundido al caballero zamorano don Diego Ordóñez con el más célebre castellano del mismo apellido; así que aquí al principio son zamoranos los dos que retan a los castellanos, conforme a la tradición original de este romance y al fin aparecen enemigos de Zamora y de Arias Gonzalo, como lo fué según la tradición común el castellano don Diego Ordóñez.

[p. 144]. [1] . Durán ha publicado de este romance tan sólo un fragmento sacado de una glosa en disparates que de él se hixo. (Glosa de los romances «¡Oh Belerma, etc.», pliego suelto.) Este fragmento dice así:

Riberas del Duero arriba

cabalgan dos zamoranos  
que, según dicen las gentes,  
padre y hijo son entrambos.  
Palabras muy soberbiasas  
entre sí las van hablando  
que con tres se matarían,  
y aun harían así con cuatro;  
que si cinco les viniesen,  
no les negarian el campo,  
con tal que no fuesen primos,  
ni menos fuesen hermanos,  
ni de las tiendas del Cid,  
ni de sus paniaguados:  
mas de las tiendas del rey  
salgan los más esforzados,  
que a todos bueno farian  
lo que dejan asentado.

[p. 144]. [2] . «Suben.» Tim. Rosa esp.

[p. 144]. [3] . «Sálenselos.» Timoneda.

[p. 144]. [4] . «Soberbiamente.» Timoneda.

[p. 144]. [5] . «Si habia dos para dos.» Tim.

[p. 144]. [6] . «Que quisiesen facer armas.» Timoneda.

[p. 144]. [7] . «Por darles a conocer.» Timoneda.

[p. 144]. [8] . «Cuanto.» Timoneda.

[p. 145]. [1] . «Tres.» Timoneda.

[p. 145]. [2] . «Esos tres condes.» Tim.

[p. 145]. [3] . «Armando.» Timoneda.

[p. 145]. [4] . «Posa.» Timoneda.

[p. 145]. [5] . «Muchos campos.» Tim.

[p. 145]. [6] . «Han demostrado.» Tim.

[p. 145]. [7] . «Ficieron .» Timoneda.

[p. 145]. [8] . «Mesando.» Tim.

[p. 145]. [9] . «Desque.» Timoneda.

[p. 145]. [10] . «Llamando.» Timoneda.

[p. 145]. [11] . «Y el otro viene de blanco,  
y el otro viene de verde,  
dicen que es enamorado:» Tim.

[p. 145]. [12] . «Con el.» Tim.

[p. 145]. [13] . «Y el otro.» Timoneda.

[p. 145]. [14] . «Ya los vuelven.» Timoneda.

[p. 147]. [1] . «Es Arias Gonzalo el viejo que aquí habla avisando al rey.»

[p. 148]. [1] . «Guarte, guarte.» *Canc. de Romance*, 155.

[p. 148]. [2] . Es el noble Arias Gonzalo, defensor de Zamora, él que avisa al rey don Sancho que se precava de una traición inminente.

[p. 148]. [3] . «Es.» *Silva*.

[p. 148]. [4] . «Cumplir.» *Silva*.

[p. 148]. [5] . «El rey.» Escobar. *Romancerodel Cid*.

[p. 148]. [6] . «Pues se te había quitado.» Escobar.

[p. 149]. [1] . «A ti.» Escobar.

[p. 149]. [2] . «El tu.» Escobar.

[p. 149]. [3] . «Servirte.» Escobar.

[p. 149]. [4] . «Yo te.» Escobar.

[p. 149]. [5] . «Serás.» Escobar.

[p. 149]. [6] . «El.» Escobar.

[p. 149]. [7] . «El muro.» Escobar.

[p. 149]. [8] . «Hablando.» Escobar.

[p. 149]. [9] . «Que es.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [10] . «Vos.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [11] . «Sabe que yo.» Escobar.

[p. 149]. [12] . «Nos vamos.» Canc. de M.

[p. 149]. [13] . «Allí.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [14] . «Como lo vió descuidado.» Canción de Medina.

[p. 149]. [15] . «Enestóse (diría enertose.)» Canc. de Medina.

[p. 149]. [16] . «Y dióle.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [17] . «Y así.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [18] . «Visto lo había.» Canc. de M.

[p. 149]. [19] . «Del real los ha mirado.»Canc. de Medina.

[p. 149]. [20] . «Luego conoció lo que era.»Canc. de Medina.

[p. 149]. [21] . «Rodrigo que ya llegaba.»Canc. de Medina.

[p. 149]. [22] . «Y el Dolfos que estaba en salvo.» Canc. de Medina.

[p. 149]. [23] . «Maldiciones que.» Canc. de Medina.

[p. 150]. [1] . «Tengais cargo.» *Canc. de M.*

[p. 150]. [2] . «Hayas.» *Canc. de Medina.*



[p. 150]. [3] . «Me has.» *Canc. de Medina*.

[p. 150]. [4] . «Ha.» *Canc. de Medina*.

[p. 150]. [5] . «Destarte (sic) murió el buen rey.» *Canc. de Medina*.

[p. 150]. [6] . El texto dice: «Vellido», que es equivocación manifiesta.

[p. 150]. [7] . Este romance falta en la edición s. a. del *Canc. de Rom.* y en la *Silva*, ed. de 1550 del *Canc. de Rom.*, y en las posteriores está interpuesto entre el que dice: «Despues que Vellido Dolfos», y el de: «Arias Gonzalo responde». Trata el mismo asunto, de un modo algo diferente, que se halla contenido en el primero o la primera parte del largo romance desde el verso: «A aquese don Diego Ordóñez.»

[p. 152]. [1] . Ya se ve que entre este y el verso que le sigue aquí se han omitido los versos que en el romance anterior dicen:

«haya de lidiar con cinco  
y si alguno le venciere.»

[p. 155]. [1] . Este romance es más bien una versión de aquel largo que dice: «Despues que Vellido Dolfos», variándolo desde el verso: «Ya se salen por la puerta», y esta parte va también como romance separado.

[p. 155]. [2] . Después de este verso el *Cancionero de Rom.*, 1550, ha intercalado los dos siguientes:

Viene un atand de palo,  
y dentro del ataud.

[p. 155]. [3] . «Venía un cuerpo finado.» *Canc. de Rom.* 1550.—«Viene un cuerpo sepultado.» *Canc. de Rom* s. a.

[p. 155]. [4] . «Hernan.» *Silva*.

[p. 155]. [5] . «Le dicen tio.» *Silva*.—«Otras le decían tio.» Timoneda, *Rosa esp.*

[p. 155]. [6] . «Oh.» Timoneda.

[p. 155]. [7] . Claro está que después de este verso falta el que continúa la asonancia; con efecto lo llevan el *Canc. de Rom.*, ed, de Med., 1570: «Callede Urraca Hernando.»—Y Timoneda: «No hagades tan gran llanto.»—El *Can. de Rom.*, 1550, da en vez de este verso los cuatro siguientes:

«—¿Por qué lloráis, mis doncellas?

¿por qué haceis tan grande llanto?  
no lloreis así, señoras,  
que no es para llorallo.»

[p. 156]. [1] . «Ahi me quedan otros cuatro.» *Silva*.— «Aun me quedan otros cuatro.» Timoneda.

[p. 156]. [2] . «Menos.» Timoneda

[p. 156]. [3] . uardando.» *Silva*.— «Defensando.» Timoneda. El *Canc. de Rom.*, 1550, añade los dos versos siguientes:

«murió como caballero  
con sus armas peleando».

[p. 157]. [1] . Este epígrafe lleva en el Cancionero de Med.

[p. 157]. [2] . «Doña Urraca Fernando  
mensajeros fué a enviar.»  
Cancionero de Med.

[p. 157]. [3] . «Por muerte del Rey don Sancho.» Canc. de Med.

[p. 157]. [4] . «Solo fincaba.» Canc. de Medina.

[p. 157]. [5] . «No lo.» Canc. de Med.

[p. 157]. [6] . «Hayais.» Canc. de Med.

[p. 157]. [7] . «Tuvistes.» Canc. de Med.

[p. 157]. [8] . «Deterná.» Canc. de Med.

[p. 157]. [9] . «Peranzules.» Canc. de Med.

[p. 157]. [10] . «Consejo le fuera.» Canc. de Med.

[p. 157]. [11] . «Hayan.» Canc. de Med.

[p. 157]. [12] . «Fuéronse para.» Canc. de Medina.

[p. 157]. [13] . «Querrán.» Canc. de Med.

[p. 157]. [14] . «Vos y duce hombres buenos.» Canc. de Med.

[p. 157]. [15] . «Cuales vos querais juntar.» Canc. de Med.

[p. 157]. [16] . «Que de.» Canc. de Med.

[p. 157]. [17] . «Tuvistes.» Canc. de Med.

[p. 158]. [1] . «Toma.» Canc. de Med.

[p. 158]. [2] . «Él la quiere razonar.» Cancionero de Med.

[p. 158]. [3] . «Con un cerrojo sagrado.» Canc. de Med.

[p. 158]. [4] . «Vos venis aqui os salvar.»Canc. de Med.

[p. 158]. [5] . «Tal muerte mueras.» Canc. de Med.

[p. 158]. [6] . «A te dar.» Canc. de Med.

[p. 158]. [7] . «Que no tienen.» Canc. de Medina

[p. 158]. [8] . «Nunca.» Canc. de Med.

[p. 158]. [9] . «Toma.» Canc. de Rom.

[p. 158]. [10] . «Me besareis.» Canc. de Med.

[p. 158]. [11] . «Y.» Canc. de Med.

[p. 158]. [12] . «En las tierras.» Canc. de Medina.

[p. 158]. [13] . «Lo.» Canc. de Med.

[p. 158]. [14] . «A mí en placer me verná.» Canc. de Med.

[p. 158]. [15] . «De alli.» Canc. de Med.

[p. 158]. [16] . También este romance trata el mismo asunto de aquel largo que dice: «Después que Vellido Dolfos, desde el verso: «Doña Urraca la infanta».

[p. 159]. [1] . «Agueda.» *Canc. de Rom.*

[p. 159]. [2] . «Le toman jura a Alfonso  
por la muerte de su hermano.  
Tomábasela el buen Cid,  
ese buen Cid castellano,  
sobre un cerrojo de hierro  
y una ballesta de palo,  
y con unos Evangelios  
y un crucifijo en la mano.  
Las palabras son tan fuertes  
que al buen rey ponen espanto;  
*Canc. de Rom.*, 1550.

[p. 159]. [3] . «A todos.» Tim. *Rosa esp.*

[p. 159]. [4] . «De lazos.» Timoneda.

[p. 159]. [5] . «Vayan cabalgando.» Tim.

[p. 159]. [6] . «No de.» Timoneda.

[p. 159]. [7] . «No por villas ni poblados.» Timoneda.

[p. 159]. [8] . «Dijeres verdad.» *Silva.*— Timoneda.

[p. 159]. [9] . «Eres.» *Silva.* —«Te es.» Timoneda.

[p. 159]. [10] . «O.» *Canc. de Rom.*, 1550.

[p. 159]. [11] . Las juras eran tan fuertes  
que el rey no las ha otorgado.  
Allí habló un caballero  
que del rey es más privado:  
—Haced la jura, buen rey,  
no tengáis de eso cuidado,  
que nunca fué rey traidor,  
ni papa descomulgado.  
Jurado había el rey.  
*Canc. de Rom.*, 1550.  
«Jurado tiene el buen rey.» Tim.

[p. 159]. [12] . «Que en tal caso no es culpado.» Tim.

[p. 160]. [1] . «Pero con voz alterada.» Tim.

[p. 160]. [2] . «Dijo muy mal enojado.» Timoneda.

[p. 160]. [3] . «Después besarme has.» Timoneda.

[p. 160]. [4] . «Tiendas.» Tim.

[p. 160]. [5] . «Y no me estés más en ellas.» Timoneda.

[p. 160]. [6] . «Despide.» Timoneda.

[p. 160]. [7] . «Esforzados.» Timoneda.

[p. 160]. [8] . «Hay viejo ni.» Timoneda.

[p.160]. [9] . «Acecalado.» *Canc. de Romances*, s. a.

[p. 160]. [10] . Los dos últimos versos faltan en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 160]. [11] . En la *Silva* de 1550 faltan ya en el epígrafe las palabras «nuevamente hecho», lo que es tanto más significativo, cuanto que este largo romance fué, en efecto, por la mitad del siglo XVI «nuevamente hecho» por un juglar, ensartando y amalgamando en uno algunos de los romances populares primitivos del harto decanto cerco de Zamora (véase nuestra introducción, nota 6, Edición Nacional pág. 15, N. I.) de los cuales corren por separados de nuevo en las colecciones posteriores los que dicen «Despues que Vellido Dolfos». «Arias González responde» «Ya se sale por la puerta» «Doña Urraca la infanta». Este largo romance, compuesto exactamente así como en el *Canc. de Rom.* s. a., y la *Silva* de 1550, se halla también en un pliego suelto impreso en el año de 1550 (véase nuestro tratado: Ueber *die Prager Sammlung*, páginas 7 y 41, adonde dice también el título «nuevamente hecho», con un «Villancico del mismo autor»), y en el *Canc. de Rom.*, ed. de Med. del año de 1570. Menos escrupulosas que la *Silva*, las ediciones con fecha (inclusive la de 1550) del *Canc. de Rom.* repiten en el epígrafe aquel «nuevamente hecho», mientras debieron decir más bien «deshecho de nuevo», pues imprimen por separado el primer romance o la primera parte del largo, e interponen entre ella y la que empieza por el verso de «Arias Gonzalo responde», un romance con asonancia diferente, el que dice: «Ya cabalga Diego Ordoñez.», y que por eso y por repetirse en él con alguna variación el asunto ya tratado en la primera parte del largo, nosotros hemos dado por separado y antepuesto al largo, de que fué, en efecto, o base, o versión diferente, como los que dicen «Tristes van los zamoranos» «Por aquel postigo viejo» «En Toledo estaba Alfonso» «En Santa Gadea de Burgos», de cuyos asuntos el largo romance es un resumen o una continua, al cual, respecto a los romances populares primitivos y conservados todavía en parte en los separados, se podría llamar un pequeño cantar de gesta juglaresco.

[p. 161]. [1] . «Júntase.» Tim., *Rosa esp.*

[p. 162]. [1] . «Y el gesto muy demudado.» Timoneda.

[p. 162]. [2] . «Hablastes.» Timoneda.

[p. 162]. [3] . «A tal.» Timoneda.

[p. 162]. [4] . «Porque a muerte soy llegado.» Timoneda.

[p. 162]. [5] . Con este verso acaba el romance en la *Rosa* de Timoneda, y en la segunda edición de la *Silva*.

[p. 162]. [6] . La segunda ed. de la *Silva* (Barcelona, 1557) comienza el largo romance por este verso, algo alterado, así: «Ya se parte Diego Hordoñez», habiendo puesto la parte anterior como romance separado. Por eso ha mudado el verso de nuestro texto que dice: «A decir a los vecinos», en «Va decir los zamoranos».

[p. 162]. [7] . «Asignar.» *Silva*.

[p. 162]. [8] . «Callando.» *Silva*.

[p. 163]. [1] . «Salen.» *Silva*.

[p. 163]. [2] . «Por nombre.» *Silva*.

[p. 163]. [3] . «Espadas.» *Cancionero de Romances*, s. a.

[p. 165]. [1] . Así todos los textos; pero debió decirse: «Pensó que si de estas nuevas.»

[p. 165]. [2] . «Toman.» *Silva*.

[p. 165]. [3] . «Era.» *Silva*.

[p. 165]. [4] . «De esto.» *Silva*.

[p. 166]. [1] . «En.» *Silva*.

[p. 166]. [2] . «Aunque.» *Silva*.

[p. 166]. [3] . «Tiene.» Canc. de Rom.

[p. 166]. [4] . «Agueda.» Canc. de Rom.

[p. 166]. [5] . «Del.» Canc. de Rom., 1550.

[p. 166]. [6] . «Agueda.» Canc. de Rom.

[p. 167]. [1] . «Marroquines.» Silva. Tim.

[p. 167]. [2] . «Azagaya.» Silva. Tim. Flor.

[p. 167]. [3] . «Prenderlo he.» Flor.

[p. 167]. [4] . «Hernandez.» Flor.

[p. 167]. [5] . «La mi linda.» Timoneda.

[p. 167]. [6] . «Entregarla he.» Silva Timoneda. Flor.

[p. 167]. [7] . «La mi.» Timoneda. Flor.

[p. 167]. [8] . «Continuas.» Tim. Flor.

[p. 167]. [9] . «Y a aquel.» Tim.—«Aquel moro que aqui viene.» Flor.

[p. 167]. [10] . «Detenédmele.» Silva. Flor.

[p. 167]. [11] . «En palabra.» Timoneda.

[p. 168]. [1] . «Allegaba.» Timoneda.

[p. 168]. [2] . «Alli hablara el caballero.» Flor.—«Al caballo.» Las ed. posteriores del Canc. de Rom.

[p. 168]. [3] . «Hablara.» Silva. Flor.

[p. 168]. [4] . «Siete voces le rodea  
al rededor de una gata.» Flor.

[p. 168]. [5] . «Como es ligera.» Timoneda.— «Mas la yegua era ligera.» Flor.

[p. 168]. [6] . «El río.» Silva.—Tim. Flor.

[p. 168]. [7] . «Con ella mucho se holgara.» Timoneda.

[p. 168]. [8] . «Tiénesela.» Silva. Flor.

[p. 168]. [9] . «Llega.» Timoneda.

[p. 168]. [10] . «Y viendo al moro en salvo de corage reventaba.» Flor.

[p. 168]. [11] . «Fuerza.» Timoneda.

[p. 168]. [12] . «Diciendo:—Recoged, yerno, recogedme aquesa lanza.» Silva.—Timoneda, Flor.

[p. 169]. [1] . «Con sus mujeres al lado.» Timoneda.

[p. 169]. [2] . «Entregóselas de grado.» Tim.

[p. 169]. [3] . «Los dos.» Timoneda.

[p. 170]. [1] . «De ellos.» *Silva.*—*Tim.*

[p. 170]. [2] . «Le han saltado.» Timoneda.

[p. 170]. [3] . «La traición que habian armado.» Timoneda.

[p. 170]. [4] . «Con mucha.» Timoneda.

[p. 170]. [5] . «En un gran monte han entrado.» Timoneda.

[p. 170]. [6] . «Mandan ir toda la gente.» *Silva.*— «Su gente mandaron ir.» Timoneda.

[p. 170]. [7] . «Cada cual la suya al lado.» Timoneda.

[p. 170]. [8] . «Ambos.» *Silva.*

[p. 170]. [9] . «Azótanlas bravamente.» Timoneda.

[p. 170]. [10] . «Como bueno y esforzado.» Timoneda.

[p. 170]. [11] . «Y no habiéndolos.» Tim.

[p. 170]. [12] . «Volviérase para ellas.» *Silva.* —«Hácia ellas presto vino.» Timoneda.

[p. 170]. [13] . «Todo el hecho le.» Tim.



[p. 170]. [14] . «Hubo.» Timoneda.

[p. 171]. [1] . «A ellos no.» Silva.

[p. 171]. [2] . «A los veinte y nueve dias.» Silva.

[p. 171]. [3] . «Venidos.» Silva.

[p. 171]. [4] . «Llegados.» Silva.

[p. 172]. [1] . «Hablaron.» *Silva*.

[p. 172]. [2] . La edición de 1550 del *Canc de Rom.* intercala entre éste y el verso que le sigue, otros cuatro que dicen:

El albornoz era blanco  
parecía un emperador,  
capacete en la cabeza  
que relumbra como el sol.

[p. 172]. [3] . Parece ser continuación inmediata del discurso del Cid y suplemento de este romance el del tomo II de la *Silva*, que dice: «Yo me estando en Valencia.» La edición de 1550, y las posteriores del *Canc. de Rom.*, llevan, empero, adjuntos al último verso de este romance los siguientes, que tienen también su puntita de antiguos y populares, aunque dejan incompleta la narración:

Allí dijeron los condes,  
hablaron esta razón:  
—Nos somos hijos de reyes,  
sobrinos de emperador;  
¿merecimos ser casados  
con hijas de un labrador?—  
Allí hablara el buen Cid,  
bien oiréis lo que habló:  
—Convidáraos yo a comer,  
buen rey, tomástelo vos,  
y al alzar de los manteles  
dijístesme esta razón:  
Que casase yo a mis hijas  
con los condes de Carrión.  
Diérais yo en respuesta: \*  
preguntarlo he yo a su madre,  
al ayo que las crió.  
Dijérame a mí el ayo:

Buen Cid, no lo hagais, no,  
que los condes son muy pobres,  
y tienen gran presunción.—  
Por no deshacer vuestra palabra,  
buen rey, hiciéralo yo.  
Treinta días duraron las bodas,  
que no quisieron mas, no:  
cien cabezas matara  
de mi ganado mayor:  
de gallinas y capones,  
buen rey, no os lo cuento, no.

\* Después de éste falta el verso con el asonante; lo tiene suplido Durán de este modo:

Con respeto y con amor.

[p. 173]. [1] . Habla el Cid.

[p. 174]. [1] . «Hacer.» *Silva*.

[p. 175]. [1] . Con este verso rompe la *Silva*, fol. 101 vuelto al texto de este romance, y anota: «Lo que falta de este romance: hallaréis al fin de todo»;—y con efecto el resto de él se halla a la última plana del tomo primero, inmediatamente antes del «Deo gratias».

[p. 175]. [2] . «De ellos no será.» *Silva*.— Durán dice: «No será desacatado.»

[p. 175]. [3] . «Como es sagaz.» *Silva*.

[p. 175]. [4] . El asunto de este romance parece ser imitación de una parte de la *Chanson des Saxons*, compuesta en el siglo XIII por Jean Bodel d'Arras, y publicada por M. Francisque Michel (París, 1839, t. I, páginas 40-80), donde se refiere casi el mismo suceso del emperador Carlomagno con los caballeros renitentes *Herupois*.

[p. 175]. [5] . «Destruída» dice el *Canc. de Rom.*, por equivocación.

[p. 176]. [1] . El texto dice: «maravedís de tributo» lo que parece ser glosa, que además de ser inútil, destruye la medida del verso.

[p. 176]. [2] . «No has hablado como hombre.» Las ed. poster. del *Canc. de Rom.*

[p. 178]. [1] . «Este romance, dice el señor Durán, que en la introducción a su libro cita Alonso de Fuentes, tiene todos los caracteres de ser viejo y oral. De su construcción y lenguaje se infiere que

pudo reducirse a la redacción que tiene en los primeros años del siglo xv, aunque proceda de tiempos anteriores.»

[p. 179]. [1] . Véase el romance anterior.

[p. 180]. [1] . «Fernando el cuarto.» *Canc. de Rom.*, 1550.—«Romance del rey don Fernando, que dicen que murió aplazado.» Pl. s.

[p. 180]. [2] . «Válame.» Pl. s.

[p. 180]. [3] . «No se hizo.» Las eds. posteriores del *Canc. de Rom.*—«Afeitó.» Pl. s.

[p. 180]. [4] . «Se lavó.» Pl. s.

[p. 180]. [5] . «Su.» Pl. s.

[p. 180]. [6] . «Cuarenta pobres comían.» Pl. s.

[p. 180]. [7] . «Hacia.» Pl. s.

[p. 180]. [8] . «En mano.» Pl. s.

[p. 180]. [9] . «Su mesa.» Pl. s.

[p. 180]. [10] . «Que ado irá a tener la fiesta.» *Silva* .—«Do habia de tener la fiesta.» Pl. s.

[p. 180]. [11] . «En Jaen tuvo la pascua,

y en Martos el cabodaño.» Pl. s.

[p. 180]. [12] . «Íbase.» *Silva*.

[p. 180]. [13] . «Que aun no habia cabalgado.» *Silva*.— «Aun no habia descabalgado.» Pl. s.

[p. 180]. [14] . «Y dábanle la querella.» Pl. s.

[p. 180]. [15] . «El rey.» Pl. s.

[p. 180]. [16] . «Carvajal.» *Canc. de Rom.*, 1550.— *Silva*.

[p. 180]. [17] . «Y don Rodrigo.» Pl. s.

[p. 180]. [18] . «Roban el ganado.» *Silva*.— «Roban nuestro campo.» Pl. s.

[p. 180]. [19] . «Fuéraznos nuestras mujeres.» Pl. s.

[p. 180]. [20] . «Y cómenos.» Pl. s.

[p. 180]. [21] . «No nos la quieren pagar.» Pl. s.

[p. 180]. [22] . «Que era vergüenza.» Pl. s.

[p. 180]. [23] . «Ellos.» Pl. s.

[p. 181]. [1] . «Manda pregonar.» *Silva*. Pl.s.

[p. 181]. [2] . «Que.» Pl. s.

[p. 181]. [3] . «Los.» *Silva*. Pl. s.

[p. 181]. [4] . «Para los.» *Silva*.— «Para sus.» Pl. s.

[p. 181]. [5] . «Es.» Pl. s.

[p. 181]. [6] . «Sed presos los.» Pl. s.

[p. 181]. [7] . «Mandado.» Pl. s.

[p. 181]. [8] . «Pues así es.» Pl. s.

[p. 181]. [9] . «Plácenos de muy buen grado.»

[p. 181]. [10] . «A Jaen habian llegado.» Pl. s.

[p. 181]. [11] . «Mandóles.» Pl. s. [N. del E.: En este y en los dos casos del verso anterior.]

[p. 181]. [12] . «Allí hablara el menor.» Pl. s.

[p. 181]. [13] . «Nos matas. » Pl. s.

[p. 181]. [14] . «Siendo tan mal informado.» Pl. s.

[p. 181]. [15] . «Quejámonos de ti, el rey.»Pl. s.

[p. 181]. [16] . «Al juez que es soberano.» Pl. s.

[p. 181]. [17] . «Con nosotros seas en plazo.» Pl. s.

[p. 181]. [18] . «Sant.» *Silva*.

[p. 181]. [18 bis] . «Sant.» *Silva*.

(Nota del editor: Por necesidades de la edición electrónica se ha renombrado esta nota como 18 bis)

[p. 181]. [19] . «Testimonio.» Pl. s.

[p. 181]. [20] . «Desde este verso hasta al fin, el texto del pliego suelto es todo otro, y dice así:

Y sin más poder decir  
mueren estos hijosdalgo.  
Antes de los treinta días  
malo está el rey don Fernando  
el cuerpo cara oriente,  
y la candela en la mano:  
así falleció su Alteza,  
de esta manera citado.

[p. 182]. [1] . «Que yo la habia.» Timoneda, *Rosa esp.*

[p. 182]. [2] . «Hube.» Timoneda.

[p. 182]. [3] . «Era criado en mi casa.» Tim.

[p. 182]. [4] . «Macharena.» Timoneda.

[p. 182]. [5] . «Topé.» Timoneda.

[p. 182]. [6] . «De un evangelio.» *Canc. de Rom.* s. a.—«Ordenado es de evangelio.» Timoneda.

[p. 182]. [7] . «Un hijo.» *Silva*.— Tim.

[p. 182]. [8] . «Cumple.» *Silva*.

[p. 183]. [1] . «Compañía.» *Silva*.— Tim.

[p. 183]. [2] . «No me (he).» Timoneda.

[p. 183]. [3] . Este, y el verso que le sigue, faltan en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 183]. [4] . «No.» Timoneda.

[p. 183]. [5] . «Ni ménos os dejé.» Tim.

[p. 183]. [6] . «Con los.» Timoneda.

[p. 183]. [7] . «Ella.» *Canc. dc Rom.* s . a., y 1550.— *Silva*.

[p. 183]. [8] . «Ha proposado.» Timoneda.

[p. 183]. [9] . «Echósela.» Timoneda.

[p. 183]. [10] . «Los aullidos.» Timoneda.

[p. 183]. [11] . «Atruenan.» Timoneda.

[p. 183]. [12] . «En oirlo dijo el rey.» Tim.

[p. 183]. [13] . «Allí habló una señora.» Timoneda.

[p. 183]. [14] . «A vuestro hermano.» Timoneda.

[p. 183]. [15] . «Aun no se lo hubo.» Tim.

[p. 183]. [16] . «Fuérase a.» Timoneda.

[p. 184]. [1] . «Recaudo.» *Silva*.— Tim.

[p. 184]. [2] . «Emprisionado.» Timoneda.

[p. 184]. [3] . «Todo pasa por.» Timoneda.

[p. 184]. [4] . «Pajepreciado.» Timoneda.

[p. 185]. [1] . «Al pasar de.» Pl. s.

[p. 185]. [2] . «Quiso ver volar un vuelo.» Pl. s.

[p. 185]. [3] . «Subir.» Pl. s.

[p. 185]. [4] . «Tanto se abajaba el bulto.» Pl. s.

[p. 185]. [5] . «Saliera.» Pl. s.

[p. 185]. [6] . «La cabeza sin caperuza.» Pl. s.

[p. 185]. [7] . Este y el verso que le antecede, faltan en el pliego suelto.

[p. 185]. [8] . «Y si tornares con ellos.» Pl. s.

[p. 185]. [9] . «Sepas por cierto.» Pl. s.

[p. 186]. [1] . Los dos últimos versos faltan en el pliego suelto.

[p. 187]. [1] . En la *Silva* este nombre está desfigurado así: «El arena». El lugar de Llerena era propiedad de la orden de Santiago.

[p. 187]. [2] . Lunes es nombrado en los romances muchas veces «Fuerte o aciago dia», por ejemplo, en el romance del duque de Gandía:

Un lunes, en fuerte dia;

en el romance de la reina Elena:

lunes era caballeros,  
lunes fuerte y aciago.

[p. 188]. [1] . Este verso ha intercalado el señor Durán para el sentido, y porque falta en el original.

[p. 189]. [1] . Ya Garibay (*Compendio historial*, Anvers 1571, tomo II, libro 14, cap. 29), dice con respecto a la tradición muy notable en que se fundan estos romances: «Algunas canciones de este tiempo, conservadas hasta agora en memoria de las gentes, quieren aliviar la culpa de que al rey don Pedro cargan, en el odio que tomó a la reina dando a entender haberla aborrecido porque se hizo preñada de don Fadrique.»

Que había existido aún una tercera versión de este romance, prueban las citas de Ortiz y Zúñiga, quien dice en su *Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla* (Cádiz, 1670, fols. 15 y 16), hablando de «Alonso Ortiz, camarero del Maestre», a quien hace representar el mismo papel de su confidente y de la reina, en lugar del secretario Alonso Pérez de nuestros romances, y refiriéndose a un romance:

«Introduce el romance (que justamente se excusa poner entero, hallárase en *Romanceros* antiguos,

especialmente en uno que se imprimió en Sevilla el año de 1573, [que nos es ahora desconocido]), hablando a una real dama:

A un criado del Maestre,  
que Alonso Ortiz se decia,  
su camarero y privado,  
noble, de gran fiaduría.

»...Prosigue (el romance) que (la reina) le entregó el niño, disimulando ser suyo, y que él, llevándole a Llerena lo dejó a criar en ella, por este estilo:

Llegado habia Alonso Ortiz  
a Llerena, aquesa villa,  
dejara al niño a criar  
en poder de una judía,  
vasalla era del Maestre,  
y Paloma se decia.»

Y el principio de este romance cita el mismo Ortiz en sus *Anales de Sevilla* (Madrid, 1795 y 1796, tomo II, pág. 305), donde dice, hablando otra vez de aquel camarero Alonso Ortiz:

«Uno de los romances que mencioné en el *Discurso de mi familia de Ortiz*, de que era el camarero, comienza:

Entre las gentes se dice,  
mas no por cosa sabida,  
que la reina doña Blanca  
del Maestre está parida.

»Asi se cantaba más ha de ciento y cincuenta años (la primera edición de sus *Anales* vió la luz pública en el año de 1677) en públicos romances que corren impresos, cuando aun la modestia recateaba vulgarizar el secreto en desdoro de la opinión de la reina doña Blanca.»— Obsérvese, que aun la versión citada por Ortiz, aunque difiere esencialmente de nuestros textos, tiene la misma asonancia (en i-a), lo que hace suponer un manantial común a todas estas versiones.

[p. 190]. [1] . «De cómo hizo matar don Pedro a doña Blanca de Borbón.» Timoneda.

[p. 190]. [2] . «A.» Timoneda.

[p. 190]. [3] . «Envió luego a Sidonia.» Tim.

[p. 190]. [4] . «Fué a llamar a.» Timoneda.

[p. 190]. [5] . «Respondiera.» Timoneda.



[p. 190]. [6] . «El rey no le dijo nada.» Timoneda.

[p. 190]. [7] . «Enviara dos.» Timoneda.

[p. 190]. [8] . «Vido.» Timoneda.

[p. 190]. [9] . «Mas despues en sí tornada.» Timoneda.

[p. 190]. [10] . «Con esfuerzo.» Timoneda.

[p. 190]. [11] . «Y pues lo.» Timoneda.

[p. 190]. [12] . «Di.» Timoneda.

[p. 190]. [13] . «A los cuales.» Timoneda.

[p. 190]. [14] . «Voy.» Timoneda.

[p. 191]. [1] . «Perdono.» Timoneda.

[p. 191]. [2] . «En contemplación.» Tim.

[p. 192]. [1] . Don Diego García de Padilla, Maestre de Calatrava, hermano de doña María de Padilla.

[p. 192]. [2] . Don García alude en el consejo que da aquí al rey don Pedro, su cuñado, a la muerte del infante don Juan el Tuerto, a quien el padre de don Pedro, el rey don Alonso XI, hubo convidado a comer a Toro, y allí le hizo matar, noticioso de que dicho don Juan trataba de ganar contra él a los reyes de Aragón y Portugal, y en seguida de esta singular justicia apoderóse el rey don Alonso de las villas y castillos de don Juan (véase la *Historia general de España* por don Modesto Lafuente, tomo VI, pág. 472).

[p. 193]. [1] . Con este verso y el siguiente comienza el célebre romance del conde Claros.

[p. 195]. [1] . Véanse las Obras del Marqués de Santillana, publicadas por don José Amador de los Ríos; Madrid, 1852, pág. 642, donde dice el erudito editor que Carlos de Guevara, quien floreció en el reinado de los Reyes Católicos, hace mención de este romance, cual de cosa ya corriente y vulgar, en su composición, inserta en el *Canc. gen.*, que dice: «Bien publican vuestras coplas.»

[p. 196]. [1] . Mahomad, rey de Granada, sitió en el mes de agosto del año de 1407 la ciudad de Baeza, defendida por los caballeros Don Pero Díaz de Quesada y Garci González Valdés.

«El autor de este romance—dice Lafuente Alcántara (*Historia de Granada*, tomo III, pág. 34),

posterior al suceso—, incurre en un anacronismo: los moros Venegas de Granada eran de linaje de cristianos, hijos de un caballero de la casa de Luque, cautivado despues.»

El romance refiere el suceso en forma de arenga del rey de Granada a sus soldados.

[p. 197]. [1] . «Traedlos en cabalgada.» *Silva*.

[p. 197]. [2] . «Dias.» *Canc. de Rom. s . a., y 1550*.

[p. 197]. [3] . Salieron en el mes de octubre del año de 1407, y murió en este cerco de Jaen Reduan, el más intrépido de los caudillos granadinos. (Véase la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo III, páginas 38 y 39.) 1. Por esta jornada—dice Hita—, que hizo el rey Chico a Jaen, se compuso aquel antiguo romance.

[p. 198]. [2] . Después del asalto malogrado de Antequera, en el 27 de mayo del año de 1410, el infante don Fernando, para distraer sus soldados y ocuparlos parlos en acopiar víveres, los dejó hacer correrías por los contornos. Algunas de ellas se hicieron con éxito. No tavo igual fortuna la del joven Hernando de Sayavedra, alcaide de Cañete; sorprendido en sus merodeos por el Gobernador de Setenil, fué muerto de un bote de lanza. (Véase la *Historia de Granada* por Lafuente Alcántara, tomo III, III, pág. 67.)

[p. 200]. [1] . «Salió.» Timoneda.

[p. 200]. [2] . «Tenía.» Timoneda.

[p. 200]. [3] . «Llevaba.» Timoneda.

[p. 200]. [4] . «Que muy gran precio valia.» *Silva*. Timoneda.

[p. 200]. [5] . «Alhareme.» *Silva*. Tim.

[p. 200]. [6] . Este verso y los tres que le siguen, faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 200]. [7] . «Todas.» Timoneda.

[p. 200]. [8] . «Archidonia.» *Canc. de Rom. s. a., y 1550*.

[p. 200]. [9] . «Aquesa villa.» Timoneda.

[p. 201]. [1] . «Hacer yo tal.» Timoneda.

[p. 201]. [2] . «Gran.» Timoneda.

[p. 201]. [3] . «Sentia.» *Silva*. Timoneda.

[p. 201]. [4] . «Despues de en sí tornado» *Silva*.—«Mas despues en sí tornado» Timoneda.

[p. 201]. [5] . «Quince.» Timoneda.

[p. 201]. [6] . «Moros.» *Silva*.

[p. 201]. [7] . «Ese socorro que envía.» Tim.

[p. 201]. [8] . «Junto.» Timoneda.

[p. 201]. [9] . «El.» Timoneda.

[p. 201]. [10] . «Y a vista del infante.» *Silva*.—«A la vista del infante.» Tim.

[p. 201]. [11] . «En la vitoria.» Timoneda.

[p. 201]. [12] . «Reñida.» Timoneda.

[p. 201]. [13] . «La batalla ya pasada.» Timoneda.

[p. 201]. [14] . «Bombardas.» Timoneda.

[p. 201]. [15] . «Con esfuerzo y valentía.» Timoneda.

[p. 202]. [1] . Fué tomada la ciudad de Antequera en el mes de septiembre del año de 1410 por el infante don Fernando, por eso nombrado el de Antequera, y vinieron Alkármen, alcaide moro que fué de Antequera, y sus heroicos compañeros a Granada, a contar al rey su desgracia. El rey moro Jusef quiso vengar la pérdida de una ciudad tan importante. Algunos campeadores se presentaron a la vista de Antequera, recobraron el castillo de Jebar y prendieron al alcaide Pedro Escobar. (Véase la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo III, página 77.)

[p. 202]. [2] . «Al punto.» Timoneda. Pliego suelto

[p. 202]. [3] . «Jugando iban las cañas.» Pl. s. —«Jugando van de las lanzas.» Tim.

[p. 202]. [4] . «Labrados.» Timoneda. Pl. s.

[p. 202]. [5] . «Y sus aljubas.» Tim. Pl. s.

[p. 202]. [6] . «De sedas finas y grana.» Pl. s.—«De seda y oro labradas.» Tim.

[p. 202]. [7] . «Y el que amiga no tiene.» Pl. s.—«Y el que amiga no tenía.» Timoneda.

[p. 202]. [8] . «Moras los están mirando.» Timoneda. Pl. s.

[p. 202]. [9] . «También los miraba.» Timoneda. Pl. s.

[p. 202]. [10] . «De los Alixares do estaba.» Timoneda. Pl. s.

[p. 202]. [11] . «Cuando vino un moro viejo  
sangrienta toda la cara,  
las rodillas por el suelo  
de esta manera le habla.»

Tim. Pl. s.

[p. 202]. [12] . «Que ese.» Timoneda. Pl. s.

[p. 202]. [13] . «Ha muerto allí muchos moros.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [1] . «Y cuatro lanzadas traigo.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [2] . «La menor me llega al alma.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [3] . «Cuando el rey oyó tal nueva la color se le mudara.» Tim. Pl. s.

[p. 203]. [4] . «Mandó tocar.» Tim. Pl. s.

[p. 203]. [5] . «Y sonar.» Pl. s.—«Y poner.» Timoneda.

[p. 203]. [6] . «Juntados mil de a caballo.» Pl. s.

«Vienen unos, vienen otros,  
mucha gente se allegaba,  
juntados mil de caballo.» Tim.

[p. 203]. [7] . «Para hacer.» Pl. s.—«Cada cual bien caminaba.» Timoneda.

[p. 203]. [8] . «Cuando llegan a Alcalá.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [9] . «Talando viñas y panes.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [10] . «Escaramuza se trava.» Timoneda. que le siguen, no hay en el pliego suelto y en la

*Rosa* de Timoneda que aqúeste solo: «Tómanles la cabalgada.»

[p. 203]. [11] . En vez de éste y los dos versos

[p. 203]. [12] . «Con tal.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [13] . «Vuélvense para Granada.» Timoneda. Pl. s.

[p. 203]. [14] . Los dos últimos versos faltan en el pliego suelto y en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 203]. [15] . Entre los romances moriscos de Pérez de Hita hay uno cuyo primer tercio es casi idéntico al nuestro; pero en todo lo demás difiere de él, tanto por la letra como por el asunto, habiéndolo Hita transformado en un romance artístico novelesco.—También en la edición de 1556 del *Romancero* de Sepúlveda se halla una versión reformada a lo artístico de nuestro texto.

[p. 205]. [1] . «Un mancebo les saliera.» Ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 205]. [2] . Alude probablemente este romance a una de las correrías que hicieron por los contornos de Antequera por los años de 1420. (Véase la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo III, pág. 86.)

[p. 205]. [3] . «Romance del moro llamado Abenámar.» Timoneda.—Según Pérez de Hita fué «el rey don Juan el primero que hixo aquella pregunta al moro Abenámar»; lo que es yerro manifiesto, pues además de que este rey no estuvo jamás tan cerca de Granada, todos los datos de la versión más antigua de nuestro romance se ajustan muy bien con las relaciones históricas de la campaña del rey don Juan II de Castilla contra los granadinos en el año de 1431, quien antes de la batalla de la Higuera, «colocado en la puerta de su tienda, pedía prolijas explicaciones al infante Jusef (Jusef Aben Alhamar aben Almao) sobre los Alixares, la Alhambra etc., y por eso aplica también a este suceso Lafuente Alcántara (*Historia de Granada*, tomo III, pág. 232), con sobrada razón nuestro romance.

[p. 205]. [4] . La edición de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.* anteponen la introducción siguiente a este verso:

Por Guadalquivir arriba  
el buen rey don Juan camina:  
encontrara con un moro  
que Abenámar se decia.  
Él buen rey desde lo vido  
de esta suerte le decia:  
—Abenámar, Abenámar,  
hijo eres de un moro perro  
y de una cristiana cativa.  
A tu padre llaman Halí,

y a tu madre Catalina.  
Cuando tú naciste, moro,  
la luna estaba crecida,  
y la mar estaba en calma  
viento no la rebullía.  
Moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira:  
preso tengo un hijo tuyo,  
yo le otorgaré la vida,  
si me dices la verdad  
de lo que te preguntaría.  
Moro, si no me la dices  
a ti también mataría.  
—Po te la diré, buen rey,  
si me otorgas la vida.  
—Dígamela tu, el moro,  
que otorgada te sería.  
¿Qué castillos son aquellos,  
que altos son y relucían?

[p. 206]. [1] . «Labraba.» Timoneda.

[p. 206]. [2] . La edición de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.* intercalan entre éste y el verso que le sigue en el texto los siguientes:

Y el día que no los labra  
de lo suyo las perdía:  
desque los tuvo labrados  
el rey le quitó la vida  
porque no labre otros tales  
al rey del Andalucía.

[p. 206]. [3] . «Lo demas.» Timoneda.

[p. 206]. [4] . «Y de.» *Silva*. Las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*.—«De las.» Timoneda.

[p. 206]. [5] . «Hablara.» *Silva*.—«Habló.» Timoneda.

[p. 206]. [6] . «Decia.» Timoneda.

[p. 206]. [7] . «Si tú.» Timoneda.

[p. 206]. [8] . «Al rey así.» Timoneda.

[p. 206]. [9] . «Bien defenderse sabría.» Timoneda.

[p. 206]. [10] . «Allí hablara.» *Silva*.— «Respondiera.» Timoneda

[p. 206]. [11] . «Bien oiréis que proseguía.» Timoneda.

[p. 206]. [12] . «Dénme acá esas bumbardas.» Timoneda

[p. 206]. [13] . «Y tiremos.» Timoneda.

[p. 207]. [1] . «Algazaría.» Timoneda.

[p. 207]. [2] . «De.» Timoneda.

[p. 207]. [3] . «Mas muy poco les valía.» Timoneda.

[p. 207]. [4] . «Y carga.» *Silva*.— «Cargando.» Timoneda.

[p. 207]. [5] . «Al rey don Juan las envía.» Timoneda.

[p. 207]. [6] . «Vuelve.» Timoneda.

[p. 208]. [1] . «Cón.» Cód. del s. XVI. Timoneda, *Rosa*.

[p. 208]. [2] . Los dos versos que anteceden a este verso faltan en el código citado y en la *Rosa* de Timoneda, que llevan también este verso como sigue:

«hecho la habia un portillo.» Cód.

«hecho le habian un portillo.»

Tim.

[p. 208]. [3] . «Que iban huyendo.» Códice. Timoneda.

[p. 208]. [4] . Este verso y los tres que le siguen faltan en el Cód. y en la *Rosa*.

[p. 208]. [5] . «Por encima del adarbe.» Códice. Timoneda.

[p. 208]. [6] . «Allá detrás de una almena.» Cód. Timoneda.

[p. 208]. [7] . «Y a voces decía muy altas  
que del real le han oido.» Tim.

[p. 208]. [8] . «Alzó la visera en alto  
por ver quién lo habia dicho.» Cód. Timoneda.

[p. 208]. [9] . «Apuntó el moro.» Timoneda.—«Apuntáralo.» Cód.

[p. 208]. [10] . «Tomale.» Cód.—«Tomole.» Timoneda.

[p. 208]. [11] . «Jacobico.» Cód.—«Jacobito.» Timoneda.

[p. 209]. [1] . «Que eran dos esclavos suyos  
que habia criado de chicos.»  
Códice.  
«Que eran dos esclavos suyos  
que fielmente le han servido.»  
Timoneda.

[p. 209]. [2] . «Llevanle a los maestros.  
por ver si le dan guarido.» Cód.  
«Llevanle a su tienda entrambos  
confesion alli ha pedido.» Tim.

[p. 209]. [3] . «A las primeras palabras  
por testamento les dijo  
que él a Dios se encomendaba,  
y el alma se le ha salido.» Cód.

«Ya despues de confesado  
el alma a Dios ha ofrecido.» Tim.

[p. 209]. [4] . El señor Durán llama al adelantado del que trata este romance, Sotomayor, conde de Belalcázar; empero, el señor Alcántara ha allegado testimonios contemporáneos en su *Historia de Granada* (Tomo III, pág. 247), que prueban que el adelantado muerto por mano traidora en el cerco de Alora en el de mayo del año de 1434, lo fué don Diego Gómez de Rivera.

[p. 209]. [5] . Véase la *Historia de Granada* de Lafuente Alcántara, tomo III, págs. 263 y 264. Murió el conde de Niebla en el mes de agosto del año de 1436.

[p. 209]. [6] . «Nuevas me querais contar.» Sepúlveda.

[p. 209]. [7] . «Hoy veo jergas.» Sepúlveda.

[p. 209]. [8] . «Fiestas asaz.» Sepúlveda.



[p. 209]. [9] . «Si algun grande ha fallecido.» Sepúlveda.

[p. 209]. [10] . «De Castilla y.» Sepúlveda.

[p. 209]. [11] . Desde este verso el romance de Sepúlveda es todo diferente. Véase la nota al fin de nuestro texto.

[p. 210]. [1] . Esta versión reformada, añadida a la edición de Felipe Nucio por un anónimo, dice desde el verso notado como se sigue:

«—Ningun grande ha fallecido  
ni hombre de vuestra sangre,  
ni don Alvaro de Luna  
el maestre y condestable;  
mas es muerto un caballero  
que era su valor tan grande  
que verédes a los moros  
en cuán poco vos ternán.  
Por ayudar a los suyos,  
podiéndose bien salvar,  
por oir solo su nombre  
por se oir solo llamar,  
tornó en un batel pequeño  
a la braveza del mar.  
Don Enrique es, rey, aqueste,  
don Enrique de Guzman:  
no querades mas solaz.—  
El rey oyendo tal nueva  
hobo en extremo pesar,  
porque tan buen caballero  
no se quisiera salvar;  
mandó traer a su hijo,  
aquel que quedado le ha,  
y de Medina Sidonia  
duque le fué a intitular.»

[p. 210]. [2] . Véase sobre la batalla de los Alporchones, en el 17 de marzo del año de 1452, la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara tomo III, páginas 279 a 284. Pérez de Hita llama a este romance «antiguo».

[p. 212]. [1] . Romance del obispo don Gonzalo. Canc. de Rom. s. a. y 1550. Silva de 1550. Don Gonzalo de Estúñiga o de Zúñiga, obispo de Jaén, fué preso por los moros en el año de 1456. Véase Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, tomo III, página 298.

[p. 212]. [2] . «Un día de Sant Antón.» Cancionero de Rom. s. a. y 1550. Silva.

[p. 212]. [3] . «Dia.» Ibid.

[p. 212]. [4] . «Se salian de San Juan.» Ibid.

[p. 212]. [5] . Este, y los siete versos que le siguen faltan en el Canc. de Rom. s. a. y 1550 y en la Silva.

[p. 212]. [6] . «Las señas.» Ibid.

[p. 212]. [7] . «Por capitan lo llevaban.» Silva.

[p. 212]. [8] . «Encima de un buen caballo.» Canc. de Rom. s. a. y 1550. Silva.

[p. 212]. [9] . Este, y el verso que le antecede, faltan en el Canc. de Rom. s. a. y 1550, y en la Silva.

[p. 213]. [1] . «Ibase para la Guarda.» Cancionero de Rom. s. a. y 1550.—Silva (en ésta se dice: «Guardia»).

[p. 213]. [2] . «Ese castillo nombrado.» Ibid.

[p. 213]. [3] . «Don Rodrigo, ese hidalgo.» Ibid.

[p. 213]. [4] . «Por Dios os ruego, obispo.» Ibid.

[p. 213]. [5] . «Que a la Guarda.» Canc. de Rom. s. a. y 1550.—«Guardia». Silva.

[p. 213]. [6] . «El uno era mi primo.» Ibid.

[p. 213]. [7] . «Y el otro era mi hermano.»

[p. 213]. [8] . «Y el otro era un paje mío.» Ibid.

[p. 213]. [9] . «Que en mi casa se ha criado.» Ibid.

[p. 213]. [10] . «A quien.» Ibid.

[p. 213]. [11] . «Cabe.» Ibid.

[p. 213]. [12] . «Relucen.» Ibid.

[p. 213]. [13] . «Las dos.» Ibid.

[p. 213]. [14] . Desde este verso hasta el fin, el texto del Canc. de Rom. s. a. y 1550 y de la Silva es todo diferente, y dice así:

«Todos pasan adelante,  
ninguno atras se ha quedado,  
siguiendo a su capitán  
el cobarde es esforzado.  
Honra ganan los cristianos,  
los moros pierden el campo;  
diez moros pierden la vida  
por la muerte de un cristiano;  
si alguno de ellos escapa  
es por uña de caballo.  
Por su mucha valentía  
toda la prez han cobrado.  
así con esta vitoria,  
como señores del campo,  
se vuelven para Jaen  
con la honra que han ganado.»

Con este texto es casi idéntico el que cita Ortiz (Discurso general de *los Ortizes*; fols. 89 y 90), tomado de un: «*Romancero* que se imprimió en Sevilla el año de 1573».

[p. 214]. [1] . Hay un fragmento de este romances «viejo», aun más desfigurado que la versión del *Canc. de Rom.* y de la *Silva*, en la *Historia de los bandos de Cegríes*, etc., de Ginés Pérez de Hita, de este tenor (también Pedraza, *Hist. ecles. de Granada*, fol. 133 v.º, cita cuatro cuartetas de este romance de que tuvo una versión completa y algo diferente de esta; pues dice: «En esta entrada quedó el obispo cautivo, como se colige del mismo romance, y fue traído a Granada, etc.»):

«Ya repican en Andújar,  
y en la Guardia dan rebato,  
y se salen de Jaen  
cuatrocientos hijosdalgo,  
y de Ubeda y Baeza  
se salían otros tantos.  
Todos son mancebos de honra  
y los mas enamorados:  
de manos de sus amigas  
todos van juramentados  
de no volver a Jaen  
y el que linda dama tiene  
le promete tres o cuatro.  
Por capitán se lo llevan  
al Obispo don Gonzalo  
.....  
Don Pedro Caravajal

de esta suerte ha hablado:  
—Adelante, Caballeros  
que me llevan el ganado;  
si de algun villano fuera  
ya le hubiérades quitado.  
Alguno va entre nosotros  
que se huelga de mi daño:  
yo lo digo por aquel  
que lleva roquete blanco.»

Hita pone este romance por equivocación, hablando de otra «escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de 1491», y le antepone otra versión, más ajustada al suceso de que habla, que duda es refundición suya, y empieza:

Muy revuelto anda Jaen.

[p. 216]. [1] . Don Alonso Yañez Fajardo, señor de Cartagena, fué adelantado del reino de Murcia, por los años de 1460. Era célebre por su victoria en la batalla de los Alporchones, y entretenía después estrecha amistad con el rey de Granada. Véase la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo III, páginas 281 y 326.

[p. 216]. [2] . «Jugando está al ajedrez.» Timoneda.

[p. 216]. [3] . «El rey de Granada un día.» Tim.—«En rico ajedrez un dia.» Argote de Molina.

[p. 216]. [4] . «Gran.» Argote.

[p. 216]. [5] . «El rey moro juega a.» Argote.

[p. 216]. [6] . «Da.» Argote.

[p. 216]. [7] . «El orfil que le prendia.» Tim.

[p. 216]. [8] . «A voces le dice el moro.» Argote.

«En esto dijo el rey moro.» Tim.

[p. 216]. [9] . «Respondió.» Timoneda.

[p. 216]. [10] . Este, y el verso que le antecede, faltan en el texto de Argote.

[p. 216]. [11] . «Calles, buen rey, no me enojés.» Argote.

[p. 216]. [12] . «Ni tengas tal fantasía.» Argote.

[p. 216]. [13] . «Aunque tú me.» *Silva*. Argote. Timoneda.

[p. 216]. [14] . «Lorca.» Argote.

[p. 216]. [15] . Con este verso acaba el texto de Argote.

[p. 216]. [16] . «De esta suerte respondía.» *Silva*.

[p. 216]. [17] . «Por ser.» Timoneda.

[p. 216]. [18] . «Contigo paz ofrescia.» Tim.

[p. 217]. [1] . Fué conquistado el castillo de Alhama el jueves 28 de febrero del año de 1482. Vease la Historia de Granada, por Lafuente Alcántara, t. III, págs. 363 a 369.

[p. 218]. [1] . «Cuando le vinieron cartas.»

[p. 218]. [2] . «De.» Timoneda.

[p. 218]. [3] . «Estaban.» Timoneda

[p. 218]. [4] . «El rey.» *Silva*.

[p. 218]. [5] . «Es de ir.» *Canc. de Rom.* s . a.—«Si a Alhama has de ir, buen rey.» Timoneda.

[p. 219]. [1] . «Gruesa.» Timoneda.

[p. 219]. [2] . «Ese.» *Silva*. Timoneda.

[p. 219]. [3] . «Ganaba.» Timoneda.

[p. 219]. [4] . «Cádiz.» Timoneda.

[p. 219]. [5] . Con este verso acaba el romance en el texto de Timoneda. 1. Este romance, dice Hita, se hizo en arábigo en aquella ocasión de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto que vino a vedarse en Granada que no le cantasen, porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte provocaba a llanto y dolor: después se cantó en lengua castellana de la misma manera, que decía (véase al romance que sigue).

[p. 221]. [1] . Lleva este epígrafe la Rosa de Timoneda; la *Silva* y el *Canc. de Rom.* citan solamente el

primer verso: «Romance que dice, etc.»

[p. 221]. [2] . «Partía.» Timoneda.—«Sale.» Silva.

[p. 221]. [3] . «A.» Timoneda.

[p. 221]. [4] . «Caballeros.» Timoneda.

[p. 221]. [5] . «Que le hacen.» Timoneda.

[p. 221]. [6] . «Haciendo.» Silva. Tim.

[p. 221]. [7] . «Contando.» Timoneda.

[p. 221]. [8] . «Que junto del rey venia.» Timoneda.

[p. 221]. [9] . «Que.» Falta en la Rosa de Timoneda.

[p. 221]. [10] . «Quiero decir.» Silva.— «Quiero os decir.» Timoneda.

[p. 221]. [11] . «Es resplandeciente.» Tim.

[p. 221]. [12] . «Mas que el sol cuando salía,  
que sola su claridad  
escurece la del día.»—Tim.

[p. 221]. [13] . «Como el rey moro lo oyera,  
de esta suerte respondia.» Timoneda.

[p. 221]. [14] . «Esa tal amiga, amigo.» Timoneda.

[p. 221]. [15] . «Señor.» Tim.

[p. 221]. [16] . «Muéstramela, dijo el rey.» Timoneda.

[p. 221]. [17] . Desde este verso es todo otro el texto de Timoneda, donde dice:

«El buen hombre sin temor,  
con la gran fe que tenia,  
metió la mano en su seno,  
sacó la virgen María.  
Así como el rey la vido  
amortecido se había:

dando voces a su gente,  
de esta manera decía.  
—Prendelde luego, los mios,  
y llevaldo a Almería,  
jugaréismelo a las cañas  
en ántes que pase el día.»

[p. 221]. [18] . «Echa.» Silva.

[p. 222]. [1] . «Tomadme.» *Silva*.

[p. 222]. [2] . «Echad.» *Silva*.

[p. 222]. [3] . Don Rodrigo Tellez Girón, gran maestre de la órden de Calatrava, hijo y sucesor en el maestrazgo en el año 1466 del célebre don Pedro Tellez Girón, se hizo tanto renombre en los fastos y tradiciones novelescas de las guerras de Granada, que es probablemente a él que alude este romance, llamándole ( *kat` æxocʒn* ) «el Maestre.»—Véase sobre este héroe la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo III, págs. 375 y 376.

[p. 223]. [1] . Don Rodrigo Girón, o según otros, don Pedro, su padre.

[p. 224]. [1] . Timoneda.

[p. 224]. [2] . «Arrojando va la.» Timoneda, Pl. s.

[p. 224]. [3] . Hasta este verso lo pone como fragmento Pérez de Hita en su *Historia de los bandos de los Cegríes*, etc.; pero allí supone hacerse la batalla del Maestre con Muza.

[p. 224]. [4] . «Y no hay.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [5] . «Halo sabido Albayardos». Timoneda. Pl. s. Timoneda pone ese nombre siempre de esta manera; el Pl. s. dice:

«Avayaldos» o «Abayardos».

[p. 224]. [6] . «Arma.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [7] . «Vengades.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [8] . «Viva estaba.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [9] . «Mas vengo que.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [10] . «Pago.» Timoneda. Pl. s.

[p. 224]. [11] . «El buen rey.» Tim. Pl. s.

[p. 224]. [12] . «El Benecendo.» Timoneda.

[p. 224]. [13] . «Cinco mil moros.» Tim. Pl. s.

[p. 225]. [1] . «Y él herido en una yegua.» Timoneda. Pl. s.

[p. 225]. [2] . «De sus manos.» Tim. Pl. s.

[p. 225]. [3] . «Porque un fraile capelludo.» Tim. Pl. s.—Los caballeros profesos de las órdenes militares se llamaban Freiles o Freires, y llevaban por sobreveste y en forma de escapulario una capilleta que les cubría el pecho. A esta y no a una capucha de fraile alude la voz *capilludo*. Nota de Durán.

[p. 225]. [4] . «Arroja lanza en Granada.» Timoneda. Pl. s.

[p. 225]. [5] . «Si tú me dieses.» Tim. Pl. s.

[p. 225]. [6] . Después de éste, Timoneda interpone los dos versos siguientes:

«Respondiera Benecendo  
porque allí delante estaba.»

[p. 225]. [7] . «Que el Maestre es esforzado.» Tim.—«Que el Maestre es niño y mozo.» Pl. s.

[p. 225]. [8] . «Y venturoso en batalla.» Timoneda. Pl. s.

[p. 225]. [9] . «Allí respondió.» Tim. Pl. s.

[p. 225]. [10] . «Si no fueras tu buen rey.» Pl. s.

[p. 225]. [11] . «El segundo.» Tim. Pl. s.

[p. 225]. [12] . «El tercero tengo en Loja.» Timoneda.—«El tercero tengo en Lorca.» Pl. s.

[p. 225]. [13] . «Entregóme el rey a Alhama.» Timoneda.

[p. 225]. [14] . «Demandada.» Tim. Pl. s.



[p. 225]. [15] . «El rey los pusiera en paz.» Timoneda. — «Pusieronlos luego en paz.» Pl. s.

[p. 225]. [16] . Timoneda no pone este verso.

—«A la orilla de un agua.» Pl. s.

[p. 226]. [1] . «Un pastor se les soltaba.» Timoneda.

[p. 226]. [2] . «Que como un gamo corria, y como un ciervo saltaba.» Timoneda.

Versos tomados del romance que dice: «Caballeros de Moclin.»

[p. 226]. [3] . «Donde estás, dime Maestro.» Timoneda. Pl. s.

[p. 226]. [4] . «Mi honra.» Cod. del siglo XVI.

[p. 226]. [5] . «Presto, presto, al arma al arma.» Tim. Pl. s.

[p. 226]. [6] . «Aun no lo hubo bien dicho  
cada cual a punto estaba.»  
Luego que en campo se vido.»  
Timoneda.

[p. 226]. [7] . «Por cima do asomaba.» Cod. del siglo XVI.

[p. 226]. [8] . «Puso.» Tim. Pl. s.

[p. 226]. [9] . «Andando por la pelea.» Cod. del siglo XVI.

[p. 226]. [10] . «Cayó.» Cod. del siglo XVI.

[p. 226]. [11] . «Sin hablar una palabra.» Timoneda. Pl. s.

[p. 227]. [1] . ¿Diría «Ben-Alatar»?

[p. 229]. [1] . Sobre el asunto, según lo cuentan los romances, véase Clemencin, *Comentario al Don Quijote*, tomo V, p. 390;—y sobre Aliatar, el histórico, y el cerco de Loja en el año de 1482, cuyo alcaide fué entonces Aliatar, y en cuyo ataque murió el Maestro don Rodrigo Girón, véase la *Historia de Granada de Lafuente Alcántara*, tomo III. págs. 399 a 403. Pl. s,

[p. 229]. [2] . «Abayardos.» Tim.—«Abayaldo.»

[p. 229]. [3] . «Que treinta palmos pasaba.» Timoneda. Pl. s.

[p. 229]. [4] . «Aposta la hizo el moro.» Tim.

[p. 229]. [5] . «Con seda de fino grana.» Tim.

[p. 229]. [6] . «Mostraba.» Timoneda.

[p. 229]. [7] . «A Mahoma.» Timoneda.

[p. 229]. [8] . «Ensangriente.» Tim. Pl. s.

[p. 229]. [9] . «A la seña.» Timoneda.

[p. 229]. [10] . «Saliósele.» Timoneda. Pl. s.

[p. 230]. [1] . Pérez de Hita pone en su Historia de los bandos de Cegríes, etc., un romance al mismo asunto que no sólo tiene un principio casi igual a este «De Granada sale el moro, etc.», sino repite también trozos enteros de él; por eso no es más que una refundición ampliada de nuestro texto.

[p. 230]. [2] . Timoneda, Rosa española.— En el Canc. de Rom., ed. de Medina, 1570, lleva este romance al epígrafe más corto «Romance de la huida del rey moro.»—Sobre la prisión del rey moro Boabdil, 21 de abril del año de 1483, véase la Historia de Granada, por Lafuente Alcántara, tomo III, págs. 432 a 435.

[p. 230]. [3] . «Nuestro.» Timoneda., Rosa española.

[p. 231]. [1] . «Cómo leon bravo metido.» Timoneda.

[p. 231]. [2] . «Mas está en prisión rendido.» Timoneda.

[p. 231]. [3] . «Llévanlo derecho.» Tim.

[p. 231]. [4] . Éste y los tres versos que le siguen faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 231]. [5] . «Unas lloran padres, hijos.» Timoneda.

[p. 231]. [6] . Éste y los tres versos que le siguen faltan también en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 231]. [7] . «Prometen todas sus joyas.» Timoneda.

[p. 231]. [8] . «Con esto y otras riquezas

fué rescatado y traído  
el rey Chiquito a Granada  
y en su posesión metido.»—Tim.

[p. 233]. [1] . Sobre la tan célebre hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, la cual ocasionó este desafío, al fin del año de 1490, veáse la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo IV, págs. 100 a 102.

[p. 234]. [1] . Véase el romance de D. Manuel de León, que dice: «Ese conde don Manuel».

[p. 235]. [1] . «Don Manuel Ponce de León, dice Salazar de Mendoza (*Crónica de la excelentísima casa de los Ponces de León*. Toledo, 1620; en 4º fol. 177 Vº)... fué aquel valiente y valeroso caballero de quien se han contado y escrito tan grandes hechos en armas. Hallóse en la conquista del reino de Granada y en muchas cosas en que intervino su hermano el gran duque de Cádiz. Casó en Valladolid con doña Guiomar de Castro.» Fué éste el progenitor de los condes de Baylen.—Este acontecimiento, caso que sea histórico, hubo de suceder por el fin del año de 1491.—Véase la *Historia de Granada*, por Lafuente Alcántara, tomo IV, págs. 126 y 127, donde se refiere la catástrofe misteriosa y algo novelesca de la heroica vida del valiente Muza.

[p. 236]. [1] . «Armados de fuertes armas.» Pliego suelto nº 2.

[p. 236]. [2] . «Llamó.» Pl. s. nº 2.

[p. 236]. [3] . «A la sierra Nevada.» Pl. s. nº 2.

[p. 236]. [4] . «Muy dudosa la tornada.» Pl. s. nº 2.

[p. 236]. [5] . «De subir a ella, buen rey.» Pl. s. nº 2.

[p. 236]. [6] . «Yo de.» Pl. s. nº 2.

[p. 236]. [7] . «Salud me da.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [1] . «Suben a sierra Nevada.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [2] . «Se trabó.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [3] . «Que aunque los moros son muchos.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [4] . «A la batalla tornaban.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [5] . «Muriendo.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [6] . «Metió.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [7] . «Cruel.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [8] . «Mortalmente.» Pl. s. nº 2.

[p. 237]. [9] .           «A su pecho lo criara:  
                          que cuando oyera su muerte  
                          se huyó de quien estaba,  
                          llegóse junto del cuerpo.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [1] . «Señalada.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [2] . «No en regalos ni entre damas.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [3] . «No quiero, le dijo a voces.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [4] . «Aqui.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [5] . «Ningun.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [6] . «Mandó.» Pl. s. nº 2.

[p. 238]. [7] . «Que aunque él.» Pl. s. nº 2.

[p. 239]. [1] . «Este fin lastimoso, dice Pérez de Hita, tuvo D. Alonso de Aguilar: ahora, sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances, porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra-Nevada; otro pacta que hizo el romance de *Río verde*, dice que fué la batalla de Sierra-Bermeja.»— Harto conocido es ya que fué en la Sierra-Bermeja, donde murió don Alonso de Aguilar, hermano del gran Capitán Gonzalo de Córdoba, con otros caballeros, 16 de marzo del año de 1501, en una batalla contra los moriscos amotinados de las Alpujarras.— Véase la Historia de Granada, por Lafuente Alcántara, tomo IV, págs. 167 a 169;— y sobre D. Alonso de Aguilar, *Ibid.* tomo III, págs. 374 y 375.

[p. 240]. [1] . «Llévanle a presentar.» Silva.

[p. 240]. [2] . «Diria.» Silva.

[p. 241]. [1] . La *Silva*, todas las ed. del *Canc. de Rom.* y aun el *Romancero* del Sr. Durán, dicen por equivocación manifiesta: «Oír decia».

[p. 242]. [1] . «Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de D. Alonso de Aguilar fué en Sierra-Bermeja, alumbrados de los cronistas reales, habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice: «Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegríes*, etc., parte I; cap. 17.

[p. 244]. [1] . «Y ahora, dice Pérez de Hita después de haber hecho una narración histórica muy circunstanciada del cerco y la toma de Galera (Capítulos 21 y 22), trasladarernos aquí otro romance, que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro.»—Y en efecto, éste es a nuestro modo de ver, el único romance de origen tradicional y en tono popular, de todos los que ha inserto en la segunda parte de su obra.—El hecho a que se refiere este romance acaeció en el principio del año de 1570, al salir a campaña D. Juan de Austria contra los moriscos rebeldes de la Alpujarra.—Véase la excelente obra del señor conde Alberto de Circourt, *Hist. des mores Mudejares et des Morisques* (París, 1846. Tomo III, pág. 56 y siguientes y págs. 238 a 242).

[p. 245]. [1] . «Los cielos andan evueltos.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [2] . «En su cania do yacia.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [3] . «Debria.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [4] . «Que a mí recordado habias.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [5] . «Mi triste hija.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [6] . Este, y el verso que le sigue, faltan en el Pliego núm. 2.

[p. 245]. [7] . El duque de Alba, general del rey Don Fernando el Católico.

[p. 245]. [8] «Que.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [9] . Luis XII, rey de Francia.

[p. 245]. [10] . «Entiendo perder la vida.» Pl. s. n.º 2.

[p. 245]. [11] . El Sr. Durán ha publicado este romance según el mismo pliego suelto.—Claro está que el héroe de este romance no es el rey Juan II, de Castilla, sino Juan d'Albret, que perdió su reino de Navarra en la guerra contra el rey D. Fernando el Católico, por los años de 1513-1515.—El romance parece contemporáneo, y esté contrahecho de aquel célebre del rey Rodrigo que empieza lo mismo: «Los vientos eran contrarios.»—Véanse sobre el asunto: Ant. Nebrisensis (Lebrija), *De bello Navariensi libri duo* (Granada, 1545);—Alesón, *Anales del reino de Navarra*, tomo V, pág. 250 y sg.; — y Luis Correa, *Historia de la conquista del reino de Navarra por el duque de Alba* (Pamplona, 1843).

[p. 246]. [1] . «No sabemos, dice el Sr. Durán, a qué rey Ramiro de Aragón pertenece la época de este romance, el cual parece que es sólo fragmento de alguno que se ha perdido; pero, de todos modos, es acaso uno de los más célebres y populares y que más han servido para glosas, y para temas de otros muchos que lo han mudado o contrahecho.»

[p. 246]. [2] . «Traeis.» Silva.

[p. 246]. [3] . «Que.» Silva.

[p. 247]. [1] . Esposa de D. Alonso V de Aragón, I. de Nápoles.

[p. 247]. [2] . La orden de la Jarra o del Grifo, instituída por el rey Don Fernando de Aragón.

[p. 247]. [3] . ¿Diría «viuda»?

[p. 248]. [1] . Aunque claro está que este romance es ya el producto de un poeta artístico de la corte del rey Don Alonso V de Aragón, lo hemos aquí reimpreso, por ser el más antiguo con fecha fija, y por ser probable que haya pertenecido a un ciclo de romances que habían tratado de las cosas de aquel reino, como lo indica la asonancia (en i-a) que le es común con los otros conocidos que se refieren a esos sucesos.

[p. 248]. [2] . Don Alono V de Aragón, I de Nápoles.—Véase la vida de este rey descrita por el Sr. Bisticci, en el «*Archivio storico italiano*», tomo IV, año de 1843, págs. 381 sg. y 464 y siguientes.

[p. 248]. [3] . «¡Oh qué bien que parecian!» *Floresta*.

[p. 248]. [4] . «Capuana y Castil novo.» Pliego suelto.

[p. 249]. [1] . «Señores de gran valía.» Pl. s.

[p. 249]. [2] . «Que me cuestas un hermano.» Pl. s.

[p. 249]. [3] . «Que por padre.» Pl. s.—Este hermano de Don Alonso fué el infante Don Pedro de Aragón, que le ayudó, en efecto, valerosamente a conquistar el reino de Nápoles; murió éste, «el mejor caballero que salió de España», al cercar con el rey a Nápoles en el mes de septiembre del año 1438 de un tiro de lombarda que le llevó la mitad de la cabeza.—Véase la *Historia general de España*, por don Modesto Lafuente, tomo VIII, pág. 319.

[p. 249]. [4] . «Parte menuda.» *Floresta*.— En el Pl. s. se suprimen éste y los versos que la siguen, y se les sustituyen los siguientes: «Aunque agora te ganase, por el costo te daría. Dios nos dé a nosotros gracia y a ellos allá la gloria.»

[p. 249]. [5] . Con este verso acaba el texto del *Canc. de Rom.* s . a. con la nota: «Este romance está imperfecto».

[p. 249]. [6] . La versión anterior de este romance dice con mayor exactitud: «veinte y dos años», pues el rey Don Alonso pasó los años de 1420 a 1442. a conquistar enteramente al reino de Nápoles.

[p. 250]. [1] . Fernando I, rey de Nápoles, cuya segunda esposa fué la heroína de este romance doña Juana de Aragón, hermana del rey Católico Don Fernando de Aragón.— Fernando I de Nápoles murió el día enero de 1494.

[p. 250]. [2] . Don Pedro de Aragón, hermano de Don Alonso V, rey de Aragón, falleció en el año de 1438. Véase la nota del romance número 101.

[p. 250]. [3] . Carlos VIII.

[p. 250]. [4] . En el Pliego suelto nº I lleva este romance el epígrafe: «Coplas de la reina de Nápoles; y con efecto, el romance está allí impreso en cuartetos separados.

[p. 250]. [5] . «Las que.» Pl. s. nº 1 a 2.

[p. 251]. [1] . «Que tal se veía.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [2] . «Consuelo.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [3] . «Al rey Don Alonso.» Pl. s. números 1 y 2. Este fué el rey de Nápoles Don Alonso II, entonado de la reina Doña Juana, el cual falleció 1495: 19 de noviembre.

[p. 251]. [4] . «Yo también.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [5] . «Mi hermana.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [6] . «Que un otro hijo.» Pl. s. nº 2. —«Que otra hija.» Pliego suelto nº 1. \* [\* Las variantes de éste y del verso que le antecede, son muy notables, y prueban que las alusiones genealógicas que contienen ya entonces eran obscuras para los copiantes; la lección mas natural y conforme con los datos históricos nos parecería la siguiente: «Yo lloré á su hermana—que otro hijo no había;» vale decir la hermana de Alonso, doña Beatriz, reina viuda de Hungría, la que, por haberse probado estéril, fué repudiada por su desposado Ladislao, rey de Bohemia.]

[p. 251]. [7] . Su otro hijastro, el cardenal don Juan de Aragón, que falleció en 1484.

[p. 251]. [8] . «Me vino.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [9] . «Y éste fué los.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [10] . «En.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [11] . «Que yo había.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [12] . «Galeas.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [13] . « Las.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [14] . «Y las naos.» Pl. s. nº 1. «Que las galeas y naves.» Pl. s.número 2.

[p. 251]. [15] . «De todo esto.» Pl. s. nº 1.

[p. 251]. [16] . «Y otras venian.» Pl. s. número 1.

[p. 251]. [17] . «Y en ellas un caballero.» Pl. s. nº 2

[p. 251]. [18] . «Este es.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [19] . «Plegue a.» Pl. s. nº 2.

[p. 251]. [20] . «Alude a la batalla de Seminara, en el mes de junio del año de 1495, la única derrota que sufrió el gran Capitán, por haber, contra su dictamen, cargado a los enemigos los Calabreses: «su muy mala compañía».

[p. 252]. [1] . «Dejarla.» Pl. s. nº 2.

[p. 252]. [2] . Don Fernando II, rey de Nápoles, hijo de Don Alonso II, y yerno de la reina Juana, falleció 1496: el 7 de octubre.

[p. 252]. [3] . Doña Beatriz, reina de Hungría, no fué hermana de Don Fernando, sino, como queda dicho, de su padre Don Alonso. Regresó a su patria por los años 1492 y falleció en el año de 1508, en la isla de Ischia, después de haber visto aprobado por los papas Alejandro VI, y Julio II, su repudio, y llorado también ella, empobrecida, la decadencia de la casa de Nápoles.

[p. 252]. [4] . El infante Don Juan de Castilla y Aragón, hijo de los Reyes Católicos, fallecido en el año de 1497.

[p. 253]. [1] . Gonzalo de Córdoba no fué apellidado «el gran Capitán» sino desde la victoria de Atela, en el año de 1496.

[p. 253]. [2] . Se echa de ver que las tres versiones antecedentes de este romance contienen variantes y adiciones tanto más notables, cuanto que por los datos cronológicos a que aluden y que hemos tratado de verificar, se puede determinar casi con exactitud la fecha de su composición sucesiva: así que el romance primitivo, conservado en la versión nº I, debió ser compuesto entre el mes de mayo del año de 1495, cuando se dejó ver la armada castellana en el puerto de Mesina, y el mes de noviembre del mismo año, pues el 19 de este mes falleció el rey Don Alonso II de Nápoles, de cuya muerte aun no hace mención esta versión;—la versión nº II sehubo de extender al menos antes del mes de octubre del año de 1496, cuando la muerte del yerno de la reina, «de la cosa que más quería», como dice ya



expresamente la versión nº III, intercalando el lloro de la muerte del rey Don Fernando II de Nápoles, que fué casado con su tía de parte del padre, Doña Juana, hija de la reina, y cuya muerte por cierto fué la más lastimosa para ella; intercalación que, como hemos anotado, causó la equivocación de la última versión, llamando hermana de Don Fernando a la reina de Hungría, al paso que ella lo fué de su padre Don Alonso II, de cuya muerte hablan los versos que anteceden inmediatamente a los interpolados.

[p. 254]. [1] . «Con.» Silva.

[p. 255]. [1] . «Sus lanzas.» *Silva*.

[p. 255]. [2] . «A guisa de pelear.» Tim.

[p. 255]. [3] . «Chaveda.» Pl. s.

[p. 255]. [4] . «Marchal .» Pl. s.

[p. 255]. [5] . «Vide.» Timoneda.

[p. 255]. [6] . «Por subirme.» Timoneda.

[p. 255]. [7] . «Al punto que.» Timoneda.

[p. 255]. [8] . «Vengais.» Pl. s. —«Señores, vengais en paz.» Timoneda.

[p. 255]. [9] . «O quién os fuera a enviar.» Tim.—«O quién os envió acá.» Pliego suelto.

[p. 255]. [10] . «Perdonédesnos.» Timoneda.

[p. 255]. [11] . «Narrar.» Timoneda.

[p. 255]. [12] . «Cómo.» Timoneda.

[p. 255]. [13] . «Nos ha.» *Silva*.— «Acá me mandó llegar.» Tim.

[p. 255]. [14] . «No.» Pl. s.

[p. 256]. [1] . «Grande.» *Silva*.— «Mucha.» Pliego suelto.

[p. 256]. [2] . «En la.» Timoneda.

[p. 256]. [3] . «Si VoS lo quereis decir.» Pliego suelto.

[p. 256]. [4] . «Muy bien sabeis.» Tim.

[p. 256]. [5] . Durán enmienda: «Teniendo en más.»

[p. 256]. [6] . «Fué a demandar.» Pl. s.

[p. 256]. [7] . «Dios lo quiere así ordenar.» Timoneda.

[p. 256]. [8] . «Os demando.» *Silva*.— «Merced os pido, señores.» Timoneda.

[p. 256]. [9] . «Querades me la otorgar.» *Silva*.

[p. 256]. [10] . «No quereis.» Timoneda.

[p. 256]. [11] . «Perdonedes nos.» *Silva*. Tim.

[p. 256]. [12] . «Grande puridad.» Tim.

[p. 256]. [13] . Timoneda intercala entre éste y el próximo verso siguiente:

«ni hallo quien me defienda.»

[p. 256]. [14] . Este verso falta en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 256]. [15] . «Ni el rey.» Timoneda.

[p. 256]. [16] . «Es.» Timoneda.

[p. 256]. [17] . «Mas después que.» Tim.

[p. 256]. [18] . «Procuralda.» Timoneda.

[p. 256]. [19] . Mientra está en la confesión.» *Silva*.— «Mientras que se confesaba.» Timoneda.

[p. 257]. [1] . «A la.» Timoneda.

[p. 257]. [2] . «Que culpa ninguna ha.» Tim.

[p. 257]. [3] . «Con sus hijos a la par.» Timoneda.

[p. 257]. [4] . «Tres.» Timoneda.

[p. 257]. [5] . «Para dos.» Tim.—«Tres.» Pliego suelto.

[p. 257]. [6] . «El tercero.» Timoneda.

[p. 257]. [7] . «Sin madre habeis de que dar.» Timoneda.

[p. 257]. [8] . «Guisa.» *Silva*. — «Caballeros por mis hijos.» Timoneda.

[p. 257]. [9] . «Ruego os que.» Tim.—«Por ellos.» *Silva*.

[p. 257]. [10] . «Aunque su madre no es tal.» Timoneda.

[p. 257]. [11] . «Para allí la degollar.» *Silva*. — «A fin de la degollar.» Timoneda.

[p. 257]. [12] . El Sr. Durán pone a este romance la siguiente nota que copiamos al pie de la letra, por no tener noticias que pongan más claro el asunto a que se refieren estos romances de Isabel de Liar:

«Mucha analogía tiene este romance (y aún más el n° IV) con las tradiciones de doña Inés de Castro; pero no sabemos si es ella de la que se trata. ¿Quién era esta doña Isabel de Liar? ¿Quién el rey portugués su amante, que estaba ausente, sin duda en África, cuando se verificó la tragedia de su querida? ¿Quién la reina mujer de aquel, que, siendo estéril y envidiosa de la fecundidad de su rival, la hace matar, siendo ella muerta por el rey su esposo cuando tornó de su jornada, como se ve en los dos siguientes romances? ¿Quiénes eran el Marqués de Villareal, el Don Rodrigo de Chavela, el duque de Bavaria, y el obispo de Oporto, asesinos de doña Isabel? No lo sabemos; nos es desconocido el fundamento de la tradición que ha dado motivo a un romance tan interesante y sencillamente narrado, que parece hecho a la vista del trágico suceso. De todas maneras, aunque no hemos podido hasta ahora hallar la procedencia del romance, es probable que sea la misma que la de doña Inés de Castro, pues Mejía de la Cerda, en su tragedia sobre esta dama, trae un romance casi igual al que anotamos.»

[p. 258]. [1] . «Que era en Ceuta y Tanjer.» *Silva*, ed. de 1582.

[p. 260]. [1] . Doña María Tellez, esposa del infante Don Juan de Portugal, duque de Braganza, hijo del rey Don Pedro y de Doña Inés de Castro, fué muerta a manos de su esposo, por haberle inspirado injustos celos contra ella su misma hermana doña Leonor, y excitado su ambición con la oferta de la mano de Doña Beatriz, hija suya y del rey Don Fernando y heredera presuntiva del trono de su padre, habiendo trazado este enredo Doña Leonor, envidiosa de que si Don Juan llegase al trono, Doña María, siendo reina, la seria superior, y fingiendo asegurar el cetro a su hija, si uniese sus derechos a los de Don Juan por el matrimonio de ambos. Conocido es que los cómplices en este delito no lograron el fruto de sus ambiciones, habiendo alzado los portugueses por sucesor de Don Fernando al Maestre de Avis, D. Juan, hijo también bastardo del rey Don Pedro. (Sobre Leonor y María Téllez, véase: Raumer, *Histor. Taschenbuch*, serie 3, tomo II, 1850, pág. 9 y sig.)

[p. 261]. [1] . Timoneda. *Rosa española*.

[p. 261]. [2] . «Falsa enemiga.» Timoneda.

[p. 261]. [3] . «Entiendo.» Timoneda.

[p. 261]. [4] . «No vos soy traidora, el duque.» Timoneda.

[p. 261]. [5] . «Eché mano de su espada.» Timoneda.

[p. 261]. [6] . «Dejeis.» Timoneda.

[p. 261]. [7] . «Os segaria.» Timoneda.

[p. 261]. [8] . «Segadas.» Timoneda.

[p. 261]. [9] . «Socorro.» Timoneda.

[p. 261]. [10] . «Que todos son.» Timoneda.

[p. 261]. [11] . «Ninguno no.» Timoneda.

[p. 261]. [12] . «Dejeis.» Timoneda.

[p. 261]. [13] . «Pues que nada.» Timoneda.

[p. 261]. [14] . «Con un grande enojo el duque.» Timoneda.

[p. 261]. [15] . «Cierto no se lo debía.» Tim.

[p. 261]. [16] . Este, y el verso que le antecede, faltan en la *Flor de enam.*

[p. 261]. [17] . «Hermano.» Timoneda.

[p. 261]. [18] . «Demandaria.» Timoneda.

[p. 261]. [19] . Este, y los tres versos que le siguen faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 262]. [1] . «Dejeis.» Timoneda.

[p. 262]. [2] . «Con Dios y Sancta María.» Timoneda.

[p. 262]. [3] . Este verso y el verso que le antecede, faltan en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 262]. [4] . «Vos.» Timoneda.

[p. 262]. [5] . Don Fernando II, duque de Guimaraes y Braganza, casado con Isabel, infanta de Portugal y hermana de Doña Leonor, esposa del rey de Portugal Don Juan II. Conocido es que este rey hizo sentenciar por traidor y degollar públicamente a su propio cuñado, el duque, en el año de 1483.

[p. 263]. [1] . La Silva y el Canc. de Rom. s. a. y 1550 dicen: «Y en prisiones», que es yerro de imprenta manifiesto. El Sr. Durán ha impreso este verso, según un pliego suelto o su propia enmendación, así:

«Agora vivo en prisiones.»

[p. 263]. [2] . «De.» Falta en la Silva y en la edición del Sr. Durán.

[p. 263]. [3] . Las ediciones posteriores del Cancionero de romances y los editores modernos, dicen por equivocación:

«Y a el sin culpa, culpado.»

### Romance de la reina Elena

—Reina Elena, reina Elena,—¡Dios prospere tu Estado!

[1]

si mandais alguna cosa—veisme aquí a vuestro mandado.

—Bien vengades vos, Páris,—Páris el enamorado.

Páris, ¿dónde vais camino,—dónde teneis vuestro trato?

—Por la mar ando, señora,—hecho un terrible cosario,

traigo un navío muy rico,—de plata y oro cargado,

llévoló a presentar—a ese buen rey castellano.—

Respondiérale la reina,—de esta suerte le ha hablado:

—Tal navío como aquese—razon era de mirarlo.—

Respondiérale Páris—muy cortes y mesurado:

—El navio y yo, señora,—somos a vuestro mandado.

—Gran placer tengo, Páris,—como venís bien criado.

—Vayádeslo a ver, señora,—veréis cómo va cargado.

—Pláceme, dijo la reina,—por hacer vuestro mandado.—

Con trescientas de sus damas—a la mar se habia llegado.

Echó la compuerta Páris—hasta que hubieron entrado;

desque todos fueron dentro—bien oiréis lo que ha  
mandado:

—¡Alzen áncoras, tiendan velas!—Y a la reina se ha [2]

llevado.

Lúnes era, caballeros,—lúnes fuerte y aciago, [3]

cuando entró por la sala—aquese rey Menelao,

mesándose las sus barbas,—fuertemente suspirando,

sus ojos tornados fuentes,—de la su boca hablando;

—¡Reina Elena, reina Elena,—quien de mí os ha apartado,

aquese traidor Páris,—el señor de los troyanos,

[p. 268] con las sus palabras [1] falsas—malamente os ha

[2] engañado!—

Cuán bien [3] se lo consolaba—don Agamenon su

hermano:

—No lloredes vos, el rey,—no hagades tan gran llanto,

que llorar y sollozar—a las mujeres es dado:  
a un [4] tal rey como vos—con el espada en la mano.  
—Yo os ayudaré, señor,—con treinta mil de caballo,  
yo seré capitán de ellos,—y los iré ordenando, [5]  
por las tierras donde fuere—iré hiriendo y matando:  
la villa que se me diere—haréla yo derribar,  
y la que tomare por armas—esa sembraré de sal,  
mataré las criaturas—y cuantos en ella [6] están,  
y de esta manera iremos—hasta el Troya allegar.  
—Buen consejo es ese, hermano,—y así lo quiero tomar.

—  
Ya se sale el buen rey—por la ciudad a pasear,  
con trompetas y añafiles—comienzan a pregonar:  
quien quisiere ganar sueldo—de grado se lo darán.  
Tanta viene de la gente—que era cosa de espantar.  
Arman naos y galeras,—comiéndanse de embarcar.  
Agamenon los guiaba, [7] —todos van a su mandar.  
Por las tierras donde iban—van haciendo mucho mal.  
Andando noches y días—a Troya van a llegar;  
los troyanos que lo saben—las puertas mandan cerrar.  
Agamenon que esto vido—mandó apercebir su real, [8]  
pone en orden su gente—como había de estar.  
Los troyanos eran muchos,—bien repara su ciudad.  
Otro día de mañana—la comienzan de escalar,  
derriban el primer paño,—de dentro quieren entrar,  
sino fuera por don Héctor—que allí se fué a hallar;  
con él estaba Troilo [9] —y el esforzado Picar.  
Páris esfuerza su gente—que empiezan de desmayar;  
las voces eran tan grandes—que al cielo quieren llegar.  
Matan tantos de los griegos—que no los saben contar.  
Más venían de otra parte—que no hay cuento ni par;  
entrado se han por Troya,—ya la empiezan de robar,  
prenden al rey y a la reina—y al esforzado Picar,  
matan a Troilo y a Héctor—sin ninguna piedad,  
y al gran duque de Troya—ponen en captividad,  
y sacan a la reina Elena,—pónenla en su libertad.  
Todos le besan las manos—como a reina natural.  
[p. 269] Preso llevan a Páris—con mucha riguridad;  
tres pascuas que hay en el año—le sacan a justiciar, [1]  
sácanle ambos los ojos,—los ojos de la su faz,  
córtañle el pie del estribo,—la mano del gavilan,  
treinta quintales de hierro—a sus pies mandan echar,  
y el agua hasta la cinta—por que pierda el cabalgar.

*reina Elena, etc.—2. Romance nuevo por muy gentil estilo: con una glosa nueva al romance que dize «En Castilla esta un castillo», etc. Pliegos sueltos del siglo XVI.)*

110

(ENEAS Y DIDO)

Por los bosques de Cartago—salía [2] a montería  
la reina Dido y Eneas—con muy gran caballería.  
Un sobrino de la reina,—y Junio Ascanio que [3] los guía  
por la dehesa de Juno,—donde más caza salía.  
Preguntando iba la reina—Ascanio, [4] qué tal venía,  
y si se [5] acuerda de Troya,—si vió cómo se perdía.  
Eneas tomó la mano,—por el hijo respondia:  
—Pues mandais, reina Dido, [6] —renovar la llaga mia,  
ya os conté cómo ví a Troya, [7] —que por mil partes  
ardía:  
ví las doncellas forzadas,—muerta la caballería;  
y a Hécuba, reina troyana,—nadie no la socorria.  
Sus hijos ya sepultados,—Príamo no parecia,  
a Casandra [8] y Policena—muertas cabe si tenia.  
Elena quedaba viuda, [9] —mil veces la maldecia.—  
Eneas que esto contaba, [10] —un ciervo que parecía; [11]  
[p. 270] echó mano a su aljaba, [1] —una saeta le tira. [2]  
El golpe le dió en vano, [3] —el ciervo muy bien corría.  
Pártense los cazadores,—síguelo el que [4] mas podia;  
la reina Dido y Eneas—quedaron sin compañía; [5]  
tomárala por la mano,—con turbación le decia:  
—¡Oh reina, cuán mejor fuera—en Troya perder la vida!  
[6]  
los tristes campos de Frigia, [7] —fueran sepultura mia,  
[8]  
Héctor, [9] Troylo y París—tuviérales compañía. [10]  
¡Oh reina Pantasilea, [11] —flor de la caballería!  
¡más envidia he de tu muerte,—que deseo la vida mia!—  
Estas palabras diciendo—muchas lágrimas vertia:  
la reina le dijo a Eneas:—Esforzáos por cortesía,  
que los muertos sobre Troya—rescatar no se podian. [12]  
—No lloraba yo los muertos,—lloro la desdicha mia,  
que me escapé [13] de los griegos—y a las tus manos  
moria;  
que tu grande hermosura—de amor me quita la vida. [14]



—Falso es tu atrevimiento,—la reina le respondía:  
Eneas, vete a tus naves,—sal de esta [15] tierra mía,  
que la fe que dí a Deyphebos [16] —yo no la quebrantaría.

—  
Ellos en aquesto estando,—el cielo se revolvió:  
las nubes cubren el sol,—que [17] gran escuridad hacia:  
los relámpagos y truenos—en gran miedo los metía: [18]  
el granizo era tan grande—que sin piedad llovía. [19]

La reina con gran pavor—del palafren se caía.  
Eneas bajó con ella, [20] —y con el manto la cobría.  
Mirando hacía [21] todas partes,—una cueva vió vacía;  
tomóla en los sus brazos, [22] —en la cueva la metía.  
[p. 271] El aposento era estrecho,—revolver no se podía.  
Mientras la reina en sí tornaba [1] —Eneas se desenvolvía,  
[2]

apartóle paños de oro,—los de lienzo le encogía.  
Cuando la reina en sí tornó—de amores se sintió herida.  
[3]

—¡Oh traidor, hasme burlado!—¿cuál tratas [4] la honra  
mía?  
complida [5] tu voluntad—olvidarme has otro día,  
y si así lo has de hacer, Eneas, [6] —yo misma me mataría.  
—

(*Canc. de Rom.*, 1550 , fol. 223.—*Tim. Rosa de amores.*) [7]

### Romance de Vergilios

Mandó el rey prender Vergilios—y a buen recaudo poner  
por una traición que hizo—en los palacios del rey.  
Porque forzó una doncella—llamada doña Isabel,  
siete años lo tuvo preso,—sin que se acordase dél;  
y un domingo estando en misa—mientes se le vino dél.  
—Mis caballeros, Vergilios,—¿qué se había hecho dél?  
Allí habló un caballero—que a Vergilios quiere bien:  
—Preso lo tiene tu Alteza,—y en tus cárceles lo tien.  
—Via: comer, mis caballeros,—caballeros, via: comer,  
después que hayamos comido—a Vergilios vamos ver.—  
Allí hablara la reina:—Yo no comeré sin él.—  
A las cárceles se van—adonde Vergilios es.  
—¿Qué haceis aquí, Vergilios?—Vergilios, ¿aquí qué  
haceis?

—Señor, peino mis cabellos,—y las mis barbas también:  
aquí me fueron nacidas,—aquí me han de encanecer;  
que hoy se cumplen siete años—que me mandaste prender.  
—Calles, calles tú, Vergilios,—que tres faltan para diez.  
—Señor, si manda tu Alteza,—toda mi vida estaré.  
—Vergilios, por tu paciencia—conmigo irás a comer.  
—Rotos tengo mis vestidos,—no estoy para parecer.  
—Que yo te los daré, Vergilios,—yo dártelos mandaré.—  
[p. 272] Plugo a los caballeros—y a las doncellas también;  
mucho más plugo a una dueña—llamada Doña Isabel.  
Ya llaman un arzobispo,—ya la desposan con él.  
Tomárala por la mano,—y llévasela a un vergel.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 189.— *Canc. de Rom.* 1550, folio 200.)

### Romance del infante Troco

En el tiempo que Mercurio—en occidente reinaba,  
hubo en Vénus su mujer—un hijo que tanto amaba.  
Púsole por nombre Troco,—porque muy bien le cuadraba;  
criáronsele las diosas—en la montaña Troyana.  
Era tal su hermosura,—que una estrella semejaba.  
Deseando ver el [1] mundo,—sus amas desamparaba.  
Andando de tierra en tierra—hallóse do no pensaba,  
en una gran pradería—de arrayanes bien poblada,  
en medio de una laguna—toda de flores cercada.  
Es posada de una diosa—que Salmancia [2] se llamaba,  
diosa de la hermosura,—sobre todas muy nombrada.  
El oficio de esta diosa—era holgarse en su posada,  
peinar sus lindos cabellos,—componer su linda cara.  
No va con sus compañeras,—no va con ellas a caza;  
no toma el arco en la mano,—ni los tiros del aljaba,  
ni el sabueso de trailla,—ni en lo tal se ejercitaba.  
Ella desde que vido a Troco—quedó de amores llagada,  
que ni pudo detenerse—ni quiso verse librada.  
Mirando su hermosura—de esta manera le habla:  
—Eres, mancebo, tan lindo,—de hermosura tan sobrada,  
que no sé determinarme—si eres dios o cosa humana.  
Si eres dios, eres Cupido—el que de amores nos llaga:  
si eres hombre, ¡cuán dichosa—fué aquella que te  
engendrara!  
Y si hermana alguna tienes,—de hermosura es muy  
dotada.

Mi señor, si eres casado,—hurto quiero que se haga;  
y si casado no eres,—yo seré. tuya de gana.—  
El Troco, como es mancebo,—de vergüenza no hablaba;  
[p. 273] ella cautiva [1] de amores—de su cuello le [2]  
abrazaba.  
El Troco le dice así, [3] —de esta manera le hablaba: [4]  
—Si no estais, señora, queda, [5] —dejaré vuestra posada.

(*Canc. Flor de enamorados.—Silva de var. rom.*, ed. de 1582.  
Tim., *Rosa de amores.*)

113

### (EL BAÑO EN EL JORDÁN)

—Malas mañas habeis, tio,—no las podeis olvidar:  
mas precias matar un puerco—que ganar una ciudad.  
Vuestros hijos y mujer—en poder de moros van,  
los hijos en una cebrá,—y la madre en un cordal.  
La mujer dice:—¡ay marido!—los hijos dicen:—¡ay padre!

—  
De lástima que les hube—yo me los fuera a quitar;  
heridas traigo de muerte,—de ellas no puedo escapar.  
Apretádmelas, mi tio,—con tocas de caminar.—  
Ya le aprieta las heridas,—comienzan de caminar.  
A vuelta de su cabeza—caido lo vido estar,  
allá se le fué a caer—dentro del rio Jordan:  
como fué dentro caido,—sano le vió levantar.

(*Canc. de Rom. de 1550*, fol, 293.)

114

### (EL PRISIONERO)

Que por mayo era, por mayo,—cuando los grandes  
calores,  
cuando los enamorados—van servir a sus amores,  
sino yo, triste mezquino,—que yago en estas prisiones,  
que ni sé cuándo es de día,—ni menos cuándo es de noche  
sino por una avecilla—que me cantaba al albor:  
matómela un ballestero;—¡déle Dios mal galardón!

(*Canc. gen.*, ed. de 1511, fol. 136.)

## (AL MISMO ASUNTO)

Por el mes era de mayo [1] —cuando hace la calor,  
 cuando canta la calandria—y responde el ruiseñor,  
 cuando los enamorados—van a servir al amor,  
 sino yo triste, cuidado,—que vivo en esta prisión,  
 que ni sé cuándo es de día,—ni cuándo las noches son,  
 sino por una avecilla—que me cantaba al albor:  
 matómela un balletero;—¡déle Dios mal galardón! [2]  
 Cabellos de mi cabeza—lléganme al corvejón;  
 los cabellos de mi barba—por manteles tengo yo:  
 las uñas de las mis manos—por cuchillo tajador.  
 Si lo hacia el buen rey,—hácelo como señor;  
 si lo hace el carcelero,—hácelo como traidor.  
 Mas quién ahora me diese—un pájaro hablador,  
 siquiera fuese calandria,—o tordico o ruiseñor:  
 criado fuese entre damas—y avezado a la razón,  
 que me lleve una embajada—a mi esposa Leonor,  
 que me envíe una empanada,—no de trucha ni salmón,  
 sino de una lima sorda—y de un pico tajador:  
 la lima para los hierros—y el pico para la torre.—  
 Oídolo habia el rey,—mandóle quitar la prision.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 251.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 265,  
*Silva de 1550*, t. I, fol. 176.)

**Romance de Rosa fresca**

Rosa fresca, rosa fresca,—tan garrida y con amor,  
 cuando vos [3] tuve en mis brazos,—no vos supe servir,  
 no;  
 y agora que os serviría—no vos puedo haber, no.  
 —Vuestra fué la culpa, amigo,—vuestra fué, que mia no;  
 enviástesme una carta—con un vuestro servidor,  
 [p. 275] y en lugar de recaudar—él dijera otra razon:  
 que érades casado, amigo,—allá en tierras [1] de Leon;  
 que teneis mujer hermosa—y hijos como una flor.  
 —Quien os lo dijo, señora,—no vos dijo verdad, no;  
 que yo nunca entré en Castilla—ni allá en tierras de Leon,  
 sino cuando era pequeño,—que no sabia de amor.

(*Canc. gen.*, ed. de Toledo, 1527, fol. 107 con la glosa de Pinar.—*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 230.—*Canc. de Rom.*, 1550, folio 244.—*Silva* de 1550, t. I, fol. 153.) [2]

116

### Romance de Fontefrida

Fonte-frida, fonte-frida,—fonte-frida y con amor  
do todas las avecicas—van tomar consolación  
sino es la tortolica—que está viuda y con dolor.  
Por allí [3] fuera a pasar—el traidor de [4] ruiseñor  
las palabras que le dice [5] —llenas son de traicion:  
—Si tú quisieses, señora,—yo seria tu servidor.  
—Véte de ahí, enemigo,—malo, falso, engañador,  
que ni poso en ramo verde,—ni en prado que tenga flor;  
que si el agua hallo clara, [6] —turbia la bebia yo;  
que no quiero haber marido,—porque hijos no haya, no  
no quiero placer con ellos,—ni menos consolacion.  
Déjame, triste enemigo,—malo, falso, mal traidor,  
que no quiero ser tu amiga—ni casar contigo, no

(*Canc. de Constantina*, fol. 58.—*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 230,—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 245.—*Silva* de 1550, t. I, fol. 153.)

[p. 276] 117

### (LA BUENA HIJA)

Paseábase el buen conde—todo lleno de pesar,  
cuentas negras en sus manos—do suele siempre rezar;  
palabras tristes diciendo,—palabras para llorar:  
—Véoos, hija, crecida, [1] —y en edad para casar;  
el mayor dolor [2] que siento—es no tener que os dar.  
—Callede, padre, callede,—no debeis tener pesar, [3]  
que quien buena hija tiene—rico se debe llamar, [4]  
y el que mala la tenia,—viva la puede enterrar,  
pues amengua su linaje—que no debiera amenguar,  
y yo, si no me casare,—en religión puedo entrar.

(*Juan de Ribera*, *Nuevos romances*, s. l., 1605, en 4º)

118

## Romance de la linda infanta

Estaba la linda infanta— a sombra de una oliva,  
peine de oro en las sus manos,— los sus cabellos bien cria.  
Alzó sus ojos al cielo— en contra do el sol salia:  
vió venir un fuste armado— por Guadalquivir arriba.  
Dentro venía Alfonso Ramos,— almirante de Castilla.  
— Bien vengais, Alfonso Ramos,— buena sea tu venida:  
¿y qué nuevas me traedes— de mi flota bien guarnida?  
— Nuevas te traigo, señora,— si me seguras la vida.  
— Diéseslas, Alfonso Ramos,— que segura te seria.  
Allá llevan a Castilla— los moros de la Berbería.  
— Si no me fuese por qué,— la cabeza te cortaria.  
— Si la mia me cortases,— la tuya te costaria.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 193.*— *Canc. de Rom., 1550, fol. 204.*)

[p. 277] 119

## Romance de Rico Franco

A caza iban, a caza— los cazadores del rey,  
ni fallaban ellos caza,— ni fallaban que traer.  
Perdido habían los halcones,— ¡mal los amenaza el rey!  
[\[1\]](#)  
Arrimáranse a un castillo— que se llamaba Maynes.  
Dentro estaba una doncella— muy fermosa y muy cortes;  
siete condes la demandan,— y así facian tres reyes. [\[2\]](#)  
Robárala Rico Franco,— Rico Franco aragones;  
llorando iba la doncella— de sus ojos tan cortes.  
Falágala Rico Franco,— Rico Franco aragones:  
— Si lloras tú padre o madre,— nunca mas vos los vereis,  
si lloras los tus hermanos,— yo los maté todos tres.  
— Ni lloro padre ni madre,— ni hermanos todos tres;  
mas lloro la mi ventura— que no sé cuál ha de ser.  
Prestédesme, Rico Franco,— vuestro cuchillo lugues,  
cortaré fitas al manto,— que no son para traer.—  
Rico Franco de cortese— por las cachas lo fué tender;  
la doncella que era artera— por los pechos se lo fué a  
meter:  
así vengó padre y madre,— y aun hermanos todos tres.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 191.*— *Canc. de Rom., ed. de 1550.*  
folio 202.)

### Romance de Marquillos

¡Cuán traidor eres, Marquillos!—¡Cuán traidor de corazón  
 Por dormir con tu señora—habias muerto [3] a tu señor.  
 Desde lo tuviste muerto—quitástele el chapirón;  
 fuéaste al castillo fuerte—donde está la Blanca-Flor.  
 Ábreme, [4] linda señora,—que aquí viene mi señor;  
 si no lo quieres creer,—veis aquí su chapiron.—  
 Blanca-Flor desde lo viera—las puertas luego le abrió:  
 [p. 278] echóle brazos al cuello,—allí luego la besó;  
 abrazándola y besando—a un palacio la metió. [1]  
 —Marquillos, por Dios te ruego—que me otorgases [2] un  
 don:  
 que no durmieses conmigo—hasta que rayase el sol.—  
 Marquillos, como es hidalgo,—el don luego le otorgó;  
 como viene tan [3] cansado—en llegando se adurmió.  
 Levantóse muy lijera—la hermosa Blanca-Flor;  
 tomara cuchillo en mano—y a Marquillos degolló.

(Glosa agora nuevamente compuesta a un rom. muy antiguo que comienza: «quan traydor eres Marquillos», etc. Pliego suelto del siglo XVI. Timoneda, *Rosa de amores*.)

[p. 279] 121

### ROMANCES DE MORIANA Y EL MORO GALVAN

#### Romance primero de Moriana

Moriana en un [1] castillo—juega con el moro Galvan;  
 [2]  
 juegan los dos a las tablas—por mayor placer [3] tomar.  
 Cada vez que el moro pierde—bien [4] perdía una cibdad;  
 cuando Moriana pierde—la mano le da a [5] besar.  
 Del placer que el moro toma—adormescido se cae.  
 Por aquellos altos montes—caballero vió [6] asomar:  
 llorando viene y gimiendo,—las uñas corriendo sangre  
 de amores de Moriana—hija del rey Morian.  
 Captiváronla los moros—la mañana de Sant Juan,  
 cogiendo rosas y flores—en la huerta de su padre.  
 Alzó los ojos Moriana,—conociérale en mirarle:

lágrimas de los sus ojos [7] —en la faz del moro dan.  
Con pavor recuerda el moro—y empezara de hablar:  
—¿Qué es esto, la mi señora?—¿Quién vos ha fecho  
pesar?

Si os enojaron mis moros—luego los faré matar,  
o si las vuestas doncellas,—farélas bien castigar;  
y si pesar los cristianos,—yo los iré conquistar.

Mis arreos son las armas, [8] —mi descanso el pelear,  
mi cama, las duras peñas,—mi dormir, siempre velar.

[p. 280] —Non me enojaron los moros,—ni los mandedes  
matar, [1]

ni menos las mis doncellas—por mí reciban pesar;  
ni tampoco a los cristianos—vos cumple de conquistar, [2]  
pero de este sentimiento—quiero vos decir verdad:  
que por los montes aquellos—caballero vi asomar,  
el cual pienso que es mi esposo, [3] —mi querido, mi  
amor grande.—

Alzó la su mano [4] el moro,—un bofetón le fué a dar:  
teniendo los dientes blanco—de sangre vuelto los ha,  
y mandó que sus porteros—la lleven a degollar,  
allí do viera a [5] su esposo,—en aquel mismo lugar.

Al tiempo de la su muerte—estas voces [6] fué a hablar:  
—Yo muero como cristiana,—y tambien sin [7] confesar  
mis [8] amores verdaderos—de mi esposo natural.

(Códice del siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—Timoneda ,  
*Rosa de amores*.—*Silva de Rom.*, ed. de Barcelona, 1582,  
en 12º.—Cancionero llamado *Flor de enamorados*.)

### **Romance segundo de Moriana**

Rodillada está Moriana,—que la quieren degollar,  
de sus ojos envendados—non cesando de llorar;  
atada de pies y manos,—que era lástima mirar;  
los cabellos de oro puro [9] —que al suelo quieren llegar,  
y los pechos descubiertos,—mas blancos que non [10]  
cristal.

De ver el verdugo moro—en ella tanta beldad,  
de su amor estando preso—sin poderlo mas celar,  
hablóle en algarabía—como a aquella que la sabe:  
—Perdonédesme, Moriana,—querádesme perdonar,  
que mandado soy, señora,—por el rey moro Galvan.



¡Ojalá viese mi alma—como vos poder [11] librar!  
Para libertar dos vidas—que aquí las veo penar.—  
Moriana dijo: Moro,—lo que te quiero rogar,  
[p. 281] es que cumplas con [1] tu oficio—sin un punto  
más tardar.— [2]  
Estando los dos en esto—el esposo fué a asomar [3]  
matando y firiendo moros,—que nadie le osa esperar.  
Caballero en su caballo—junto de ella fué a llegar.  
El verdugo la desata,—y le ayuda a cabalgar;  
los tres van de compañía—sin ningun contrario hallar;  
en el castillo de Breña—se fuéron a aposentar.

(Códice del siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—Timoneda,  
*Rosa de amores.*)

123

### **Romance tercero de Moriana**

Al pié de una verde haya—estaba el moro Galvan;  
mira el castillo de Breña [4] —donde Moriana está;  
de riendas tiene el caballo,—que non lo quiere soltar;  
tiene [5] el almete quitado—por poder mejor mirar;  
cuando con voz dolorosa—entre llanto y suspirar,  
comenzó el moro quejando—de esta manera a hablar:  
—Moriana, Moriana,—principio y fin de mi mal,  
¿cómo es posible, señora,—non te duela mi penar, [6]  
viendo que por tus amores—muero sin me remediar?  
De aquel buen [7] tiempo pasado—te debrias recordar  
cuando dentro en mi castillo—conmigo solías folgar:  
cuando contigo jugaba,—mi alma debrias mirar  
cuando ganaba perdiendo,—porque era el perder ganar:  
cuando merecí ganando—tus bellas manos besar,  
y mas cuando en tu regazo—me solia reclinar,  
y cuando con tí hablando [8] —durmiendo solia quedar.  
Si esto non fué amor, señora,—¿cómo se podrá llamar?  
Y si lo fué, Moriana,—¿cómo se puede olvidar?— [9]  
A lo alto de una torre—Moriana fué a asomar,  
y al enamorado moro—aquesto fué a declarar:  
[p. 282] —Fuye de aquí, perro moro—el que me quiso  
matar,  
el que me robó doncella,—y dueña me hubo forzar:  
las caricias que te fice—fuéron por de ti burlar  
y atender mi noble esposo—que viniese a libertar.—

Salió de Breña el cristiano—y arremete al buen Galvan:  
pasádole ha con la lanza—y el alma del cuerpo sale.

(Códice del siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—  
Timoneda, *Rosa de amores*.)

124

(DE JULIANESA) [1]

### **Romance que dice: Arriba, canes, arriba**

—¡Arriba, canes, arriba!—¡que rabia mala os mate!  
en jueves matais el puerco—y en viernes comeis la carne.  
¡Ay que hoy hace los siete años—que ando por este valle!  
pues traigo los piés descalzos,—las uñas corriendo sangre,  
pues como las carnes crudas,—y bebo la roja sangre,  
buscando triste a Julianesa—la hija del Emperante,  
pues me la han tomado moros—mañanica de sant Juan,  
cogiendo rosas y flores—en un vergel de su padre.—  
Oídolo ha Julianesa,—que en brazos del moro está;  
las lágrimas de sus ojos—al moro dan en la faz.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 227.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 241.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 152.)

125

(LA CONSTANCIA) [2]

Mis arreos son las armas,—mi descanso es pelear,  
mi cama las duras peñas,—mi dormir siempre velar.  
[p. 283] Las manidas son oscuras,—los caminos por usar,  
el cielo con sus mudanzas—ha por bien de me dañar,  
andando de sierra en sierra—por orillas de la mar,  
por probar si mi [1] ventura—hay lugar donde avadar.  
Pero por vos, mi señora,—todo se ha de comportar.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 252.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 267.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 177.)

126

### **Romance de Bovalías el pagano**

Por las sierras de Moncayo—vi venir un renegado:  
Bovalías ha por nombre,—Bovalías el pagano.  
Siete veces fuera moro,—y otras tantas mal cristiano;  
y al cabo de las ocho—engañólo su pecado,  
que dejó la fe de Cristo,—la de Mahoma ha tomado.  
Este fuera el mejor moro—que allende había pasado:  
cartas le fuéron venidas—que Sevilla está en un llano.  
Arma naos y galeras—gente de a pie y de caballo:  
por Guadalquebir arriba—su pendon llevan alzado.  
En el campo de Tablada—su real había asentado,  
con trescientas de las tiendas—de seda, oro y brocado.  
Nel [2] medio de todas ellas—está la del renegado;  
encima en el chapitel—estaba un rubí preciado:  
tanto relumbra de noche—como el sol en [3] día claro.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 186.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 196.—*Silva* de 1550, t. I, fol. 109.)

127

### **Romance del rey Búcar**

Entre muchos reyes sabios,—que hubo en la Andalucía,  
reinara un moro viejo—que rey Búcar se decia.  
Siendo ya de muchos años—que amancebado vivía,  
por ruegos de su manceba,—que amaba mucho y quería,  
llamó a Cortes a sus gentes—para un señalado día,  
porque en ellas se tratase—lo que a sus reinos cumplia.  
[p. 284] De muchas leyes que pone—esta de nuevo  
añadia:  
«que todo hombre enamorado—se casase con su amiga,  
y quien no la obedeciese—la vida le costaria.»  
A todos parece bien,—a muchos les convenia;  
sino a un sobrino del rey,—el cual ante dél venia;  
con palabras muy quejosas—de esta manera decia:  
—La ley que tu Alteza puso,—cierto que me desplacia;  
todos se alegran con ella,—yo solo me entristecia,  
que mal puedo yo casarme,—siendo casada la mia:  
casada, y tan mal casada,—que gran lástima ponía.  
Una cosa os digo, rey,—que a nadie no lo diría,  
que si yo mucho la quiero,—ella muy mas me quería.—  
Allí hablara el rey Búcar,—esta respuesta le hacia:  
—Siendo casada, cual dices,—la ley no te comprendía.

(Timoneda, *Rosa de amores*.)

### Romance de Sevilla

Sevilla está en una torre—la más alta de Toledo;  
hermosa es a maravilla,—que el amor por ella es ciego.  
Púsose entre las almenas—por ver riberas del Tejo,  
y el campo todo enramado,—como está de flores lleno.  
Por un camino espacioso—vió venir un caballero  
armado de todas armas,—encima un caballo overo.  
Siete moros traia presos [1] —aherrojados con fierro:  
en alcance de este viene—un perro moro moreno,  
armado de piezas dobles—en un caballo lijero.  
El continente que trae,—a guisa es de buen guerrero;  
blasfemando de Mahoma,—de sobrada furia lleno.  
Grandes voces viene dando:—Espera; cristiano perro,  
que de esos presos que llevas—mi padre es el delantero,  
los otros son mis hermanos,—y amigos que yo bien  
quiero;  
si me los das a rescate,—pagártelos he en dinero,  
y si hacerlo no quisieres—quedarás hoy muerto, o preso.

—  
En oirlo Peranzules —el caballo volvió luego:  
la lanza poso en el ristre;—para el moro se va recio,  
con tal furia y lijereza—cual suele llevar un trueno.  
[p. 285] A los primeros encuentros—derribádolo ha en el  
suelo;  
apeara del caballo, [1] —el pié le puso en el cuello;  
cortárale la cabeza:—ya despues que hizo esto  
recogió su cabalgada,—metióse dentro [2] en Toledo.

(Timoneda, *Rosa gentil.*)

### Romance del rey moro

—¡Oh Valencia, oh Valencia! —¡Oh Valencia  
valenciana!  
un tiempo fuiste de moros,—y ahora eres cristiana:  
no pasará mucho tiempo—de moros serás tornada,  
que al rey de los cristianos—yo le cortaré la barba,  
a la su esposa la reina—la tomaré por criada,  
y a la su hija bonita—la tomaré por mi dama.

Ya quiso el Dios de los cielos—que el buen rey se lo escuchaba;  
 va al palacio de la infanta—que en el lecho descansaba.  
 —¡Hija de mi corazón!—¡Oh hija de mis entrañas!  
 levántate al mismo punto,—ponte la ropa de Pascua,  
 y vete hácia el rey moro,—y entreténlo con palabras.  
 —¿Me dirías, buena niña,—cómo estás tan descuidada?  
 —Mi padre está en la pelea,—mi madre al lecho descansa,  
 y mi hermano mayor—lo han muerto en la campaña.  
 ¿—Me dirías, buena niña,—qué ruido es que sonaba?  
 —Son los pajes de mi padre—que al caballo dan cebada.  
 —¿Me dirías, buena niña,—adónde van tantas armas?  
 —Son los pajes de mi padre—que vienen de la campaña.  
 —  
 No pasó espacio de una hora—que al rey moro lo ligaban:  
 —¿Me dirías, buena niña,—qué pena me será dada?  
 —La pena que merecias,—mereces que te quemaran,  
 y la ceniza que harás—merece ser aventada.—

(Tradicional; conservado en Cataluña y publicado por el señor Milá y Fontanals en sus *Observaciones sobre la poesía popular*, pág . 123 y 124.)

[p. 286] 130

## LAS DOS HERMANAS

—Moro, si vas a la España,—traerás una cautiva,  
 no sea blanca ni fea,—ni gente de villanía.—  
 Ve venir el conde Flores—que viene de la capilla,  
 viene de pedir a Dios—que le dé un hijo o una hija.  
 —Conde Flores, conde Flores,—tu mujer será cautiva.  
 —No será cautiva, no,—antes perderé la vida.—  
 Cuando partió el conde Flores—su mujer quedó cautiva.  
 —Aqui traigo, reina mora,—una cristiana muy linda,  
 que no es blanca ni fea,—ni gente de villanía,  
 no es mujer de ningun rey,—lo es del conde de Castilla.  
 —De las esclavas que tengo—tú serás la mas querida,  
 aqui te entrego mis llaves—para hacer la mi cocina.  
 —Yo las tomaré, señora,—pues tan gran dicha es la mia.—  
 La reina estaba preñada,—la cautiva estaba en cinta;  
 quiso Dios y la fortuna,—las dos parieron un dia.  
 La reina parió en el trono,—la esclava en tierra paria,  
 una hija parió la reina,—la esclava un hijo paria;  
 las comadronas son falsas,—truecan el niño y la niña,

a la reina dan el hijo,—la esclava toma la hija.  
 Cuando un día la apañaba—estas palabras decia:  
 —No llores, hija, no llores,—hija mia y no parida,  
 que si fuese a las mis tierras—muy bien te bautizaria,  
 y te pondría por nombre—Maria Flor de la vida,  
 que yo tenia una hermana—que este nombre se decia,  
 que yo tenia una hermana,—de moros era cautiva,  
 que fueron a cautivarla—una mañanita fria  
 cogiendo rosas y flores—en un jardín que tenia.—  
 La reina ya lo escuchó—del cuarto donde dormia.  
 Ya la enviaba a buscar—por un negro que tenia:  
 —¿Qué dices, la linda esclava?—¿qué dices, linda cautiva?  
 Palabras que hablo, señora,—yo tambien te las diria:  
 No llores, hija, no llores,—hija mia y no parida, etc...  
 —Si aquesto fuese verdad—hermana mia serias.  
 —Aquesto es verdad, señora,—como el dia en que nacia.—  
 Ya se abrazaban las dos—con grande llanto que habia.  
 El rey moro lo escuchó—del cuarto donde escribia,  
 ya las envía a buscar—por un negro que tenia:  
 —¿Qué lloras, regalo mio?—¿qué lloras, la prenda mia?  
 Tratábamos de casaros—con lo mejor de Turquía.—  
 [p. 287] Ya le respondió la reina,—estas palabras decia:  
 —No quiero mezclar mi sangre—con la de perros maldita.—  
 Un día miétras paseaban—con su hijo y con su hija,  
 hecho convenio las dos,—a su tierra se volvian.

(Tradicional; conservado en Cataluda y publicado por el señor Milá y Fontanals en la obra citada, págs. 124 y 125, donde, páginas 117 y 118, se halla también una versión catalana de este asunto, así como una portuguesa en el *Romanceiro* del señor Almeida-Garrett, tomo II, pág. 183 *Rainha e captiva* y hasta los suecos han tratado el mismo asunto en un canto popular, el célebre de la linda Ana.)

(DEL CAUTIVO CRISTIANO)

**Romance que dice: Mi padre era de Ronda [1]**

—Mi padre era de [2] Ronda,—y mi madre de Antquera;  
 cativáronme los moros—entre la paz y la guerra,  
 y lleváronme a vender—a Jerez de la Frontera. [3]  
 Siete días con sus noches—anduve en almoneda: [4]  
 no hubo moro ni mora—que por mí diese moneda, [5]

si no fuera un moro perro—que por mí cien doblas diera, [6]  
y llevárame a su casa,—y echárame una cadena;  
dábame la vida mala,—dábame la vida negra:  
de dia majar [7] esparto,—de noche moler [8] cibera,  
y echóme un [9] freno a la boca,—porque no comiese de ella,  
mi cabello retorcido,—y tornóme a la cadena. [10]  
Pero plugo a Dios del cielo—que tenia el alma buena:  
[p. 288] cuando el moro se iba a caza—quitábame la cadena,  
y echárame [1] en su regazo,—y espulgóme la cabeza; [2]  
por un placer que le hice—otro muy mayor me hiciera: [3]  
diérame los cien doblones, [4] —y enviárame a mi tierra;  
y así plugo a Dios del cielo—que en salvo me pusiera.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 229.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 243.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 152.—Timoneda, *Rosa de amores.*) [5]

132

### **Romance que dice: Yo me era mora moraima**

Yo me era mora Moraima, [6] —morilla [7] de un bel  
catar:  
cristiano vino a mi puerta,—cuitada, por me engañar.  
Hablóme en algarabía—como aquel que la bien sabe:  
—Ábrasme las puertas, mora,—si Alá te guarde de mal.  
—¿Cómo te abriré, mezquina,—que no sé quién te serás?  
—Yo soy el moro [8] Mazote,—hermano de la tu madre,  
que un cristiano dejo muerto;—tras mí venía [9] el alcalde.  
[10]  
Si no me abres tú, mi vida,—aquí me verás matar.—  
Cuando esto oí, cuitada,—comencéme a levantar,  
vistiérame una almejía—no hallando mi brial,  
fuérame para la puerta—y abríla de par en par.

(*Canc. gen.*, ed. de Valencia, 1511, fol. 135.—*Canc. de Rom.*,  
s. a., fol. 237.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 251.—*Silva* de 1550,  
tomo I, fol. 160.)

[p. 289] 133

### **Romance de don García**

Atal anda don García—por una sala [1] adelante,  
saetas de oro en la mano,—en la otra un arco trae,

maldiciendo a la fortuna—grandes querellas le da:  
—Crióme el rey de pequeño,—hízome Dios barragan:  
dióme armas y caballo,—por do todo hombre mas vale,  
diérame a doña María—por mujer y por igual,  
diérame a cien doncellas—para ella acompañar,  
dióme el castillo de Urueña [2] —para con ella casar;  
diérame cien caballeros—para el castillo guardar,  
basteciómele de vino,—basteciómele de pan,  
bastecióle de agua dulce—que en el castillo no la hay.  
Cercáronmelo los moros—la mañana de sant Juan:  
siete años son pasados—el cerco no quieren quitar,  
veo morir a los mios,—no teniendo que les dar,  
pongolos por las almenas,—armados como se están,  
porque pensasen los moros—que podrian pelear.  
En el castillo de Urueña—no hay sino solo un pan,  
si le doy a los mis hijos,—la mi mujer ¿qué hará?  
si lo como yo, mezquino,—los mios se quejarán.—  
Hizo el pan cuatro pedazos—y arrojólos al real:  
el uno pedazo de aquellos—a los piés del rey fué a dar.  
—Alá, pese a mis moros,—Alá le quiera pesar,  
de las sobras del castillo—nos bastecen el real.—  
Manda tocar los clarines—y su cerco luego alzar.

(*Canc. de Rom. s. a.*, fol. 251. —*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 266.—*Silva* de 1550, t. I, fol. 176.) [3]

[p. 290] 134

### **Romance de don Manuel de Leon [1]**

Ese conde don Manuel,—que de Leon es nombrado,  
hizo un hecho en la corte—que jamas será olvidado,  
con doña Ana de Mendoza,—dama de valor y estado:  
y es, que despues de comer,—andándose paseando  
por el palacio del rey,—y otras damas a su lado,  
y caballeros con ellas—que las iban requebrando,  
a unos altos miradores—por descanso se han parado,  
y encima la leonera—la doña Ana ha asomado,  
y con ella casi todos,—cuatro leones mirando,  
cuyos rostros y figuras—ponian temor y espanto.  
Y la dama por probar—cuál era mas esforzado,  
dejóse caer el guante,—al parecer, descuidado:  
dice que se le ha caido,—muy a pesar de su grado.  
Con una voz melindrosa—de esta suerte ha proposado:  
—¿Cuál será aquel caballero—de esfuerzo tan señalado,



que saque de entre leones—el mi guante tanpreciado?  
Que yo le doy mi palabra—que será mi requebrado;  
será entre todos querido,—entre todos mas amado.—  
Oído lo ha [2] don Manuel,—caballero muy honrado,  
que de la afrenta de todos—tambien su parte ha alcanzado.  
Sacó la espada de cinta,—revolvió su manto al brazo;  
entró dentro la leonera—al parecer demudado.  

[p. 291] Los leones se lo miran,—ninguno se ha meneado:  
salióse libre y exento—por la puerta do habia entrado.  
Volvió la escalera arriba,—el guante en la izquierda mano,  
y ántes que el guante a la dama [1] —un bofetón le hubo dado,  
diciendo y [2] mostrabdo bien—su esfuerzo y valor sobrado:  
—Tomad, tomad, y otro día,—por un guante desastrado  
no porneis en riesgo de honra—a tanto buen fijo-dalgo;  
y a quien no le pareciere—bien hecho lo ejecutado,  
a ley de buen caballero—salga en campo a demandallo.—  
La dama le respondiera—sin mostrar rostro turbado:  
—No quiero que nadie salga,—basta que tengo probado  
que sedes vos, [3] don Manuel,—entre todos mas osado;  
y si de ello sois servido [4] —a vos quiero por velado:  
marido quiero valiente,—que ose castigar lo malo.  
En mí el refrán que se canta—se ha cumplido, ejecutaldo, [5]  
que dice: «El que bien te quiere,—ese [6] te habrá castigado.»—  
De ver que a virtud y honra—el bofetón ha aplicado,  
y con cuánta mansedumbre—respondió, y cuán delicado,  
muy contento y satisfecho—don Manuel se lo ha otorgado:  
y allí en presencia de todos,—los dos las manos se han dado.

(Códice del siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—Timoneda,  
*Rosa gentil.*)

## EL CONDE SOL

Grandes guerras se publican—entre España y Portugal:  
pena de la vida tiene—quien no se quiera embarcar.  
Al conde Sol le nombran—por capitan general;  
del rey se fué a despedir,—de su esposa otro que tal.  
La condesa que era niña,—todo se le va en llorar.  
—Dime, conde, ¿cuántos años—tienes de echar por allá?  
—Si a los seis años no vuelvo,—condesa, os podeis casar.  
—  
Pasan los seis, y los ocho,—pasan diez, y pasan mas,  
y el conde Sol no tornaba—ni nuevas suyas fué a dar.

Estando en su estancia sola,—fuéla el padre a visitar:  
—¿Qué tienes, hija querida,—que no cesas de llorar?  
[p. 292] —Padre de toda mi alma,—por la santa Trinidad,  
que me querais dar licencia—para al conde ir a encontrar.  
—Mi licencia teneis, hija,—haced vuestra voluntad.—  
La condesa al otro día—al conde se fué a buscar,  
triste por Italia y Francia,—por la tierra y por la mar.  
Ya estaba desesperada,—ya se torna para acá,  
cuando gran vacada un día—devisó allá en un pinar.  
—Vaquerito, vaquerito,—por la santa Trinidad,  
que me niegues la mentira—y me digas la verdad:  
¿de quién son estas vaquitas—que en estos montes están?  
—Del conde Sol son, señora,—que manda en este lugar.  
—¿Y de quién son esos trigos—que cerca están de segar?  
—Señora, del mismo conde,—porque los hizo sembrar.  
—¿Y de quién tantas ovejas—que a corderos dan mamar?  
—Señora, del conde Sol,—porque los hizo criar.  
—¿De quién, dime, esos jardines—y ese palacio real?  
—Son del mismo caballero;—porque allí suele habitar.  
—¿De quién, de quién los caballos—que se oyen  
relinchar?  
—Del conde Sol, que suele—sobre ellos ir a cazar.  
—¿Y quién es aquella dama—que un hombre abrazando  
está?  
—La desposada señora—con que el conde va a casar.  
—Vaquerito, vaquerito,—por la santa Soledad,  
toma mi ropa de seda,—y vísteme tu sayal,  
que ya hallé lo que buscaba,—no lo quiero, no, dejar;  
agárrame de la mano—y a su puerta me pondrás,  
que a pedirle voy limosna,—por Dios, si la quiere dar.—  
Desdeque estuvo la condesa—del palacio en el umbral,  
una limosnica pide—que se la dén por piedad,  
y fué tanta su ventura,—aun mas que era de esperar,  
que la limosna demanda—y el conde se la fué a dar.  
—¿De dónde eres, peregrina?—Soy de España natural.  
—¿Cómo llegastes aquí?—Vine mi esposo a buscar,  
por tierra pisando abrojos,—pasando riesgos en mar,  
y cuando le hallé, señor,—supe que se iba a casar,  
supe que olvidó a su esposa,—su esposa que fué leal,  
su esposa que por buscallo—cuerpo y alma fué a arriesgar.  
—¡Romerica, romerica,—callede, no digas tal,  
que eres el diablo sin duda—que me vienes a tentar!  
—No soy el diablo, buen conde,—ni yo te quiero enojar;  
soy tu mujer verdadera,—y así te vine a buscar,—  
El conde cuando esto oyera,—sin un punto más tardar,  
un caballo muy lijero—ha mandado aparejar

con cascabeles de plata—guarnido todo el pretal;  
con los estribos de oro,—las espuelas otro tal,  
y cabalgando de un salto,—a su esposa fué a tomar,  
que de alegría y contento—no cesaba de llorar.  
[p. 293] Corriendo iba, corriendo,—corriendo va sin parar,  
hasta que llegó al castillo—donde es señor natural.  
Quedándose ha la novia.—vestidica y sin casar,  
que quien de lo ajeno viste,—desnudo suele quedar.

(Tradicional, impreso por el Sr. Durán, en su Rom. gen.) [1]

136

(DE BLANCA-NIÑA)

Blanca, sois, señora mia,—mas que el rayo del sol:  
¿si la dormiré esta noche—desarmado y sin pavor?  
que siete años, habia, siete,—que no me desarmo, no.  
Mas negras tengo mis carnes—que un tizado carbón.  
—Dormilda, señor, dormilda,—desarmado sin temor,  
que el conde es ido a la caza—a los montes de Leon.  
—Rabia le mate los perros,—y águilas el su halcon,  
y del monte hasta casa,—a él arrastre el moron.—  
Ellos en aquesto estando—su marido que llegó:  
—¿Qué haceis, la Blanca-niña,—hija de padre traidor?  
—Señor, peino mis cabellos,—péinolos con gran dolor,  
que me dejeis a mí sola—y a los montes os vais vos.  
—Esa palabra, la niña,—no era sino traición:  
¿cuyo es aquel caballo—que allá bajo relinchó?  
—Señor, era de mi padre,—y envióoslo para vos.  
—¿Cuyas son aquellas armas—que están en el corredor?  
—Señor, eran de mi hermano,—y hoy os las envió.  
—¿Cuya es aquella lanza,—desde aquí la veo yo?  
—Tomalda, conde, tomalda,—matadme con ella vos,  
que aquesta muerte, buen conde,—bien os la merezco yo.

(Canc. de Rom. de 1550, fol. 288.)

136 a

**Romance del conde Lombardo. [2] —I**

¡Ay cuán linda que eres, Alba,—mas linda que no la flor!  
¡Quién contigo la durmiese—una noche sin temor!  
[p. 294] Que no lo supiese Albertos,—ese tu primero amor...

—A caza es ido, [1] a caza—a los montes de Leon.  
—Si a caza es ido, señora,—cáigale [2] mi maldicion,  
rabia le mate los perros,—aguilillas el falcon,  
lanzada de moro izquierdo—le traspase [3] el corazon.  
—Apead, conde don Grifos,—porque hace gran calor.  
¡Lindas manos teneis conde!—¡Ay cuán flaco estáis, señor!  
—No os maravilleis, mi vida,—que muero por vuestro amor,  
y por bien que pene y muera—no alcanzo ningun favor.—  
En aquesto estando, Albertos—toca a la puerta mayor.  
—¿Dónde os pondré yo, don Grifos,—por hacer salvo mi honor?—  
Tomáralo de la mano—y subióle a un mirador,  
y bajóse a abrir [4] a Albertos—muy de presto y sin sabor. [5]  
—¿Qué es lo que teneis, señora?—¡Mudada estais de color!  
¡O habeis bebido del vino, [6] —o teneis celado amor!  
—En verdad, amigo Albertos,—no tengo de eso pavor,  
sino que perdí las llaves,—las llaves del mirador.  
—No tomeis enojo, Alba,—de eso no tomeis rancor,  
que si de plata eran ellas,—de oro las haré mejor. [7]  
¿Cuyas son aquellas armas—que tienen tal resplandor?—  
Vuestras, que hoy, señor Albertos,—las limpié de ese tenor.  
—¿De quién es aquel caballo—que siento relinchador?—  
Cuando Alba aquesto oyera—cayó muerta de temor.

(*Canc. Flor de enamorados.*— Tim ., *Rosa de amores.*)

### **Romance del conde Lombardo. [8] —II**

En aquellas peñas pardas,—en las sierras de Moncayo  
fué do el rey mandó prender—al conde Grifos Lombardo,  
porque forzó una doncella—camino de Santiago,  
la cual era hija de un duque,—sobrina del Padre Santo.  

[p. 295] Quejábase ella del fuerzo;—quéjase el conde del grado:  
allá van a tener pleito—delante de Carlo Magno,  
y mientras que el pleito dura—al conde han encarcelado  
con grillones a los piés,—sus esposas en las manos,  
una gran cadena al cuello—con eslabones doblados:  
la cadena era muy larga,—rodea todo el palacio;  
allá se abre y se cierra—en la sala del rey Carlos.  
Siete condes le guardaban,—todos han juramentado  
que si el conde se revuelve—todos serán a matallo.  
Ellos estando en aquesto,—cartas habian llegado  
para que casen la infanta—con el conde encarcelado.

### Romance de Galiarda.—I

—¡Galiarda, Galiarda!—¡Oh quién contigo holgase,  
y otro día de mañana [1] —con los cien moros pelease!  
Si a todos no los venciese—luego matarme mandases,  
porque con tan gran favor—grande esfuerzo tomaria. [2]  
—De dormir, dices [3] Florencios,—de dormir; sí  
dormireis;  
mas sois niño y mochacho,—luego vos alabaréis.—  
Miró hácia el cielo Florencios,—y la su espada sacó:  
—A esta muera yo, señora,—si de tal me alabe yo.—  
Aquella noche Florencios—con Galiarda dormió.  
Otro día de mañana—en las cortes se alabó.

(Aquí se contienen cinco rom. y unas canciones muy graciosas.  
El primero es: *Angustiada está la reina*, etc.—Pliego suelto del  
siglo XVI.) [4]

[p. 296] 139

### Galiarda.—II

—Esta noche, caballeros,—dormí con una doncella,  
que en los días de mi vida—yo no ví cosa mas bella.—  
Todos dicen a una voz:—¡Cierto, Galiarda [1] es esa!  
Oídolo habia un su hermano,—un su hermano que era de  
ella:  
—¡Por Dios! te ruego, Florencios,—que te cases con ella.  
[2]  
—No quiero hacer, caballeros,—para mí cosa tan fea,  
en tomar yo por mujer—la que tuve por manceba.—  
Aun bien no acabó Florencios—de decir aquella nueva,  
cuando todos a una voz [3] —dicen luego:—¡Muera,  
muera!  
¡muera el [4] que ha deshorado—a Gallarda [5] la mas  
bella!—  
Desde Galiarda lo supo [6] —gran enojo recibiera: [7]  
—Pésame, mis caballeros,—hagais [8] cosa tan mal hecha;  
lo que aquel [9] loco decia—no era cosa creedera.  
Hasta saberlo de cierto—no le habiades [10] de dar pena.

### **Romance donde se queja a su amigo de que se casó su amiga**

—Compañero, compañero,—casóse mi linda amiga,  
casóse con un villano—que es lo que mas me dolia.  
[p. 297] Irme quiero a tornar moro—allende la morería:  
cristiano que allá pasare—yo le quitaré la vida.  
—No lo hagas, compañero,—no lo hagas por tu vida,  
de tres hermanas que tengo—darte he yo la mas garrida,  
si la quieres por mujer,—si la quieres por amiga.  
—Ni la quiero por mujer,—ni la quiero por amiga,  
pues que no pude gozar—de aquella que mas queria.

(Canc. de Rom. de 1550, fol. 170.)

### (ROMANCE DE CATALINA)

Yo me adamé una amiga—dentro en mi corazón;  
Catalina habia por nombre,—no la puedo olvidar, no.  
Rogóme que la llevase—a las tierras de Aragon.  
—Catalina, sois mochacha, [1] —no podréis caminar, no.  
—Tanto andaré, el [2] caballero,—tanto andaré como vos;  
si lo dejais por dineros,—llevaré para los dos,  
ducados para Castilla,—florines para Aragon.—  
Ellos en aquesto estando,—la justicia que llegó.

(Canc. de Rom., s. a., fol. 252.—Canc. de Rom., 1550— fol. 267.  
Silva de 1550, t. I, fol. 178).

### **Romance de la bella mal maridada**

—La bella mal maridada,—de las lindas que yo ví,  
véote tan triste enojada;—la verdad díla tú a mí.  
Si has de tomar amores—por otro, no dejes a mí,  
que a tu marido, señora,—con otras dueñas lo ví,  
besando y retozando:—mucho mal dice de ti;

juraba y perjuraba—que te habia de ferir.—  
Allí habló la señora,—alli habló, y dijo así:  
—Sácame tú, el caballero,—tú sacátesme de aquí;  
por las tierras donde fueres—bien te sabria yo servir:  
yo te haria bien la cama—en que hayamos de dormir,  
yo te guisaré la cena—como a caballero gentil,  
de gallinas y de capones—y otras cosas más de mil;  
[p. 298] que a este mi marido—ya no le puedo sufrir,  
que me da muy mala vida—cual vos bien podeis oir.—  
Ellos en aquesto estando—su marido hélo aqui:  
—¿Qué haceis, mala traidora?—¡Hoy habedes de morir!  
—¿Y por qué, señor? ¿por qué?—que nunca os lo merecí.  
Nunca besé a hombre,—mas hombre besó a mí;  
las penas que él merecía,—señor, daldas vos a mí:  
con riendas de tu caballo,—señor, azotes a mí;  
con cordones de oro y sirgo—viva ahorques a mí.  
En la huerta de los naranjos—viva entierres tú a mí,  
en sepultura de oro—y labrada de marfil;  
y pongas encima un mote,—señor, que diga así:  
«Aquí está la flor de las flores,—por amores murió aquí;  
cualquier que muere de amores—mándese enterrar aquí,  
que así hice yo, mezquina,—que por amar me perdí.»

(Sepúlveda, Rom. nuev. sacados, etc.—Aquí comienzan tres romances glosados, y este primero, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.) [\[1\]](#)

### (LA ERMITA DE SAN SIMON)

En Sevilla está una hermita—cual dicen de San Simon,  
adonde todas las damas—iban a hacer oración.  
Allá va la mi señora,—sobre todas la mejor,  
saya lleva sobre saya,—mantillo de un tornasol,  
en la su boca muy linda—lleva un poco de dulzor,  
en la su cara muy blanca—lleva un poco de color,  
y en los sus ojuelos garzos—lleva un poco de alcohol,  
a la entrada de la hermita—relumbrando como el sol.  
El abad que dice la misa—no la puede decir, non,  
monacillos que le ayudan—no aciertan responder, non,  
por decir: amen, amen,—decian: amor, amor.

(Romance nuevamente compuesto por Antonio Ruyz de Santillana:  
con su glosa. E otra glosa al romance que dice: «En Sevilla está

[p. 299] 144

(ROMANCE DE LA GUIRNALDA DE ROSAS)

—Esa guirnalda de rosas,—hija, ¿quién te la endonara?  
—Donómela un caballero—que por mi puerta pasara,  
tomárame por la mano,—a su casa me llevara,  
en un portalico oscuro—conmigo se deleitara,  
echóme en cama de rosas—en la cual nunca fuí echada,  
hízome—no sé que hizo—que dél vengo enamorada:  
traigo, madre, la camisa—de sangre toda manchada.  
—¡Oh sobresalto rabioso!—¡Que mi ánima es turbada!  
Si dices verdad, mi hija,—tu honra no vale nada  
que la gente es maldiciente,—luego sarás deshonorada.  
—Callede, madre, callede,—calleis, madre muy amada,  
que mas vale un buen amigo—que no ser mal maridada.  
Dame el buen amigo, madre,—buen mantillo y buena saya:  
la que cobra mal marido—vive malaventurada.  
—Hija, pues quereis así,—tú contenta, yo pagada.

(Síguese un romance que dice: Tiempo es el cavallero: glosado nuevamente. E otro que comiença: essa guirnalda de rosas, etcétera.—Pliego suelto del siglo XVI.)

145

**Romance de una gentil dama, y un rústico pastor**

—Estáse la gentil dama—paseando en su vergel,  
los piés tenia descalzos—que era maravilla ver;  
desde lejos me llamara, [1] —no le quise responder.  
Respondíle con gran saña:—«¿Qué mandais, gentil mujer?»  
Con una voz amorosa—comenzó de responder:  
«Ven acá [2] el pastorcico,—si quieres tomar placer;  
siesta es de mediodia, [3] —que ya es hora de comer;  
si querrás tomar posada—todo es a tu placer.»  
—Que no era tiempo, señora,—que me haya de detener;  
que tengo mujer y hijos,—y casa de mantener,  
[p. 300] y mi ganado en la sierra—que se me iba a perder,  
y aquellos que me lo guardan—no tenían qué comer.  
—«Vete con Dios, pastorcillo,—no te sabes entender,  
hermosuras de mi cuerpo—yo te las hiciera ver:  
delgadica en la cintura,—blanca soy como el papel,



la color tengo mezclada—como rosa en el rosel,  
el cuello tengo de garza,—los ojos de un esparver,  
las teticas agudices—que el brial quieren romper, [1]  
pues lo que tengo encubierto—maravilla es de lo ver.»  
—Ni aunque mas tengais, señora,—no me puedo detener.

(Aquí conmiengan tres romances glosados y este primero dize:  
Estasse la gentil dama, etc.—Pliego suelto del siglo XVI.—  
Cancionero de obras de burlas provocantes a risa, ed. de Londres,  
1841, en 8º, pág. 239.)

146

### Romance de don Tristan.—I

Ferido está don Tristan—de una mala lanzada,  
diérasela el rey su tio—por zelos que dél cataba.  
El fierro tiene en el cuerpo,—de fuera le tembla el asta:  
valo a ver la reina Iseo—por la su desdicha mala.  
Júntanse boca con boca—cuanto una misa rezada,  
llora el uno, llora el otro,—la cama bañan en agua:  
allí nace un arboledo—que azucena se llamaba,  
cualquier mujer que la come—luego se siente preñada:  
comiérala reina Iseo—por la su desdicha mala.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 192. —Canc. de Rom., 1550, fol. 202*)

146 a

### Romance de don Tristan.—II

Herido está don Tristán—de una muy mala lanzada,  
diérasela el rey su tio—con una lanza erbolada, [2]  
diósela desde una torre;—que de cerca no osaba:  
que el hierro tiene en el cuerpo,—de fuera le tiembla el asta.  
[p. 301] Tan malo está don Tristán,—que a Dios quiere dar el alma.  
Valo a ver la reina Iseo, [1] —la su linda enamorada,  
cubierta de un paño [2] negro—que de luto se llamaba.  
Viéndole tan mal parado,—dice así la triste dama: [3]  
—Quien vos hirió, don Tristan,—heridas tengo de rabia,  
que no hallase maestro—que supiese [4] de sanallas.—  
Tanto están de boca en boca [5] —como una misa rezada:  
llora el uno, llora el otro,—toda la cama se baña;  
el [6] agua que de ellos sale—una azucena regaba;

toda mujer que la bebe—luego se siente [7] preñada.  
Así hice yo, mezquina,—por la mi ventura mala. [8]

(Códice de mediado el siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—  
Nº I. Glosa del romance de don Tristan. Pliego suelto del siglo  
XVI.—Nº 2. Romance de don Tristan nuevamente glosado por  
Alonso de Salaya. Pliego suelto del siglo XVI. (Véase Geibel,  
Volkslieder u. Rom. der Spanier . Berlín, 1843, página 193.)

147

### **Romance de Lanzarote.—I**

Tres hijuelos habia el rey,—tres hijuelos, que no mas;  
por enojo que hubo de ellos—todos maldito los ha.  
El uno se tornó ciervo,—el otro se tornó can,  
El otro se tornó moro,—pasó las aguas del mar.  
Andábase Lanzarote—entre las damas holgando,  
grandes voces dió la una:—Caballero, estad parado:  
si fuese la mi ventura,—cumplido fuese mi hado  
que yo casase con vos,—y vos conmigo de grado,  
y me diésedes en arras—aquel ciervo del pié blanco.  
—Dároslo he yo, mi señora,—de corazón y de grado,  
y supiese yo las tierras—donde el ciervo era criado.—  
Ya cabalga Lanzarote,—ya cabalga y va su via,  
delante de sí llevaba—los sabuesos por la trailla.  
Llegado había a una ermita,—donde un ermitaño habia:  
[p. 302] —Dios te salve, el hombre bueno.—Buena sea tu venida:  
cazador me parecis—en los sabuesos que traia.  
—Dígame tú, el ermitaño,—tú que haces santa vida,  
ese ciervo del pié blanco—¿dónde hace su manida?  
—Quedaisos aquí, mi hijo,—hasta que sea de día,  
contaros he lo que vi,—y todo lo que sabia.  
Por aquí pasó esta noche—dos horas antes del día,  
siete leones con él—y una leona parida.  
Siete condes deja muertos,—y mucha caballeria.  
Siempre Dios te guarde, hijo,—por doquier que fuer tu ida,  
que quien acá te envió—no te queria dar la vida.  
¡Ay dueña de Quintaones,—de mal fuego seas ardida,  
que tanto buen caballero—por tí ha perdido la vida!—

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 242.)

148

## Romance de Lanzarote.—II

Nunca fuera caballero—de damas tan bien servido,  
como fuera Lanzarote—cuando de Bretaña vino,  
que dueñas curaban dél,—doncellas del su rocino.  
Esa dueña Quintañoa,—esa le escanciaba el vino,  
la linda reina Ginebra—se lo acostaba consigo;  
y estando al mejor sabor,—que sueño no había dormido,  
la reina toda turbada—un pleito ha conmovido.  
—Lanzarote, Lanzarote,—si ántes hubieres venido  
no hablara el orgulloso—las palabras que había dicho,  
que a pesar de vos, señor,—se acostaría conmigo.—  
Ya se arma Lanzarote—de gran pesar conmovido,  
despídese de su amiga,—pregunta por el camino,  
topó con el orgulloso—debajo de un verde pino,  
combátanse de las lanzas,—a las hachas han venido.  
Ya desmaya el orgulloso,—ya cae en tierra tendido,  
cortárale la cabeza,—sin hacer ningun partido;  
vuélvese para su amiga—donde fué bien recibido.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 228.— Canc. de Rom.. 1550 , fol. 242.*)

[p. 303] 149

### Romance de don Bernaldino [1]

Ya piensa don Bernaldino—su amiga visitar,  
da voces a los sus pajes,—de vestir le quieren dar.  
Dábanle calzas de grana,—borceguís de cordoban,  
un jubon rico broslado,—que en la corte no hay su par,  
dábanle una rica gorra,—que no se podría apreciar,  
con una letra que dice:—«Mi gloria por bien amar.»  
La riqueza de su manto—no vos la sabría contar;  
sayo de oro de martillo—que nunca se vió su igual.  
Una blanca hacanea—mandó luego ataviar,  
con quince mozas de espuelas—que le van acompañar.  
Ocho pajes van con él,—los otros mandó tornar;  
de morado y amarillo—es su vestir y calzar.  
Allegado han [2] a las puertas—do su amiga solía estar;  
fallan [3] las puertas cerradas,—empiezan de preguntar:  
—¿Dónde está doña Leonor—la que aquí solía morar?  
Respondió un maldito viejo,—que él luego mandó matar:  
—Su padre se la llevó—lejas [4] tierras habitar.—  
Él rasga sus vestiduras—con enojo y gran pesar,  
y volviósse a los palacios—donde solía reposar.

Puso una espada a sus pechos—por sus dias acabar.  
Un su amigo que lo supo—veníalo a consolar.  
y en entrando por la puerta—vídolo tendido estar.  
Empieza a dar tales voces,—que al cielo quieren llegar;  
vienen todas sus vasallos,—procuran de lo enterrar  
en un rico monumento—todo hecho de cristal,  
en torno del cual se puso—un letrero singular:  
«Aquí está don Bernaldino—que murió por bien amar.»

(Canc. Rom., s. a., fol. 258.—Canc. de Rom., 1550, fol. 273.—  
Silva de 1550, t. I, fol. 183.)

[p. 304] 150

### Romance del infante vengador

¡Hélo, hélo por do viene—el infante vengador,  
caballero a la gineta—en un caballo corredor,  
su manto revuelto al brazo,—demudada la color,  
y en la su mano derecha—un venablo cortador.  
Con la punta del venablo—sacarian un arador.  
Siete veces fué templado—en la sangre de un dragon,  
y otras tantas fué afilado—porque cortase mejor:  
el hierro fué hecho en Francia,—y el asta en Aragón:  
perfilándose iba—en las alas de su halcón.  
Iba buscar a don Cuadros,—a don Cuadros el traidor,  
allá le fuera a hallar—junto el [1] emperador.  
La vara tiene en la mano,—que era justicia mayor.  
Siete veces lo pensaba,—si lo tiraria o no,  
y al cabo de las ocho—el venablo le arrojó.  
Por dar al dicho don Cuadros—dado ha al emperador:  
pasado le ha manto y sayo—que era de un tornasol:  
por el suelo ladrillado—más de un palmo le metió.  
Allí le habló el rey—bien oiréis lo que habló:  
—¿Por qué me tiraste, infante?—¿por qué me tiras, traidor?  
—Perdóneme tu Alteza,—que no tiraba a ti, no:  
tiraba al traidor de Cuadros,—ese falso engañador,  
que siete hermanos tenia,—no ha dejado, si a mí no:  
por eso delante de [2] ti,—buen rey, lo desafío yo.—  
Todos fian a don Cuadros,—y al infante no fian, no,  
si no fuera una doncella,—hija es del emperador,  
que los tomó por la mano,—y en el campo los metió.  
A los primeros encuentros—Cuadros en tierra cayó.  
Apeárase el infante,—la cabeza le cortó,  
y tomárala en su lanza,—y al buen rey la presentó.

De que aquesto vido el rey—con su hija le casó.

(Canc. de Rom., s. a., fol. 187.—Canc. de Rom., 1550, fol. 197.—  
Silva de 1550, t. I, fol. 110.)

[p. 305] 151

### Romance de la infantina

A cazar va el caballero,—a cazar como solia;  
los perros lleva cansados,—el falcon perdido habia,  
artimárase a un roble,—alto es a maravilla.  
En una rama más alta,—viera estar una infantina;  
cabellos de su cabeza—todo el roble cobrian.  
—No te espantes, caballero,—ni tengas tamaña grima.  
Fija soy yo del buen rey—y de la reina de Castilla:  
siete fadas me fadaron—en brazos de una ama mia,  
que andase los siete años—sola en esta montiña.  
Hoy se cumplan los siete años,—o mañana en aquel dia:  
por Dios te ruego, caballero,—llévesme en tu compañía,  
si quisieres por mujer,—si no, sea por amiga.  
—Esperéisme vos, señora,—fasta mañana, aquel día,  
iré yo tomar consejo—de una madre que tenía.—  
La niña le respondiera—y estas palabras decia:  
—¡Oh mal haya el caballero—que sola deja la niña!  
El se va a tomar consejo,—y ella queda en la montiña. [1]  
Aconsejóle su madre—que la tomase por amiga.  
Cuando volvió el caballero—no la hallara en la montiña: [2]  
vídola que la llevaban—con muy gran caballería.  
El caballero desde que la vido—en el suelo se caia:  
desde que en sí hubo tornado—estas palabras decia:  
—Caballero que tal pierde,—muy gran pena merecia:  
yo mesmo seré el alcalde,—yo me seré la justicia:  
que le [3] corten piés y manos—y lo [4] arrastren por la villa.

( *Canc. de Rom.*, s. a., fol. 192.—Canc. de Rom., ed. de 1550,  
folio 203.) [5]

[p. 306] 152

### Romance de Espinelo

Muy malo estaba [1] Espinelo,—en una cama yacia,  
los bancos eran de oro,—las tablas de plata fina,

los colchones en que duerme—eran de Holanda muy rica, [2]  
las sábanas que le cubren—en el agua no se vian,  
la colcha que encima tiene [3] —sembrada de perlería;  
a su cabecera asiste [4] —Mataleona su amiga: [5]  
con las plumas de un pavon—la su cara le resfria.  
Estando en este solaz—tal demanda le hacia:  
[p. 307] —Espinelo, Espinelo,—¡cómo naciste en buen día!  
El día que tú naciste—la luna estaba crecida,  
que ni punto le faltaba,—ni punto le fallecia.  
Contáesme tú, Espinelo,—contáesme la tu vida. [1]  
—Yo te la diré, señora,—con amor y cortesía:  
mi padre era de Francia,—mi madre de Lombardía;  
mi padre con su poder—a toda Francia regia.  
Mi madre como señora—una ley introducía: [2]  
que [3] muger que dos pariese—de un parto, y en un día,  
que la den por alevosa,—y la quemén por justicia,  
o la echen en la mar—porque adulterado había.  
Quiso Dios y mi [4] ventura,—que ella dos hijos paría  
de un parto, y en una hora,—que por deshonra tenía.  
Fuérase a tomar consejo—con tan loca fantasía  
a una captiva mora,—sabía en [5] nigromancia.  
—¿Qué me aconsejas tú, mora,—por salvar la honra mía?—  
Respondiérale:—Señora,—yo de parecer sería,  
que tomasés a tu hijo, el que se te antojaría,  
y lo echos en la mar—en una arca de valía  
bien embetunada toda,—con mucho oro y joyería, [6]  
porque quien al niño hallase—de criarlo holgaría.—  
Cayera la suerte en mí,—y en la gran mar me ponía,  
la cual estando muy brava—arrebatao me había,  
y púsome en tierra firme—con el furor que traía, [7]  
a la sombra de una mata—que por nombre Espino había,  
que por eso me pusieron—de Espínelo nombradía.  
Marineros navegando—halláronme en aquel día:  
lleváronme a presentar—al gran soldan de Suría.  
El soldan no tenía hijos [8] —por su hijo me tenía;  
el soldan agora es muerto.—Yo por el soldan regia.

(Timoneda, Rosa de amores.—Cancionero llamado Flor de enamorados.)

[p. 308] 153

### Romance del conde Arnaldos [1]

¡Quién hubiese tal ventura—sobre las aguas de mar,

como hubo el conde [2] Arnaldos—la mañana de San Juan!  
Con un falcon en la mano—la caza iba cazar, [3]  
vió venir una galera—que a tierra quiere llegar. [4]  
Las velas traía de seda,—la ejercia de un cendal, [5]  
marinero que la manda [6] —diciendo viene un cantar [7]  
que la mar facia en calma, [8] —los vientos hace amainar,  
los peces que andan 'nel [9] hondo—arriba los hace andar,  
las aves que andan volando—en el mástil las face posar. [10]  
Alli fabló el conde Arnaldos,—bien oiréis lo que dirá:  
Por Dios te ruego, marinero,—dígame ora ese cantar.—  
Respondióle el marinero,—tal respuesta le fué a dar:  
—Yo no digo esta canción—sino a quien conmigo va.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 192, y ed. de 1550, fol. 203.—Glosa  
agora nuevamente compuesta a un romance muy antiguo que  
comiença: «quan traydor eres Marquillos», etc.—Pliego suelto  
del siglo XVI. [11])

[p. 309] 154

(DE LA HIJA DEL REY DE FRANCIA)

### Romance que dicen: De Francia partió la niña

De Francia partió la niña,—de Francia la bien guarnida:  
íbbase para Paris,—do padre y madre tenia.  
Errado lleva el camino,—errada lleva la guía:  
arrimárase a un roble—por esperar compañía.  
Vió venir un caballero,—que a París lleva la guía.  
La niña desque lo vido—de esta suerte le decia:  
—Si te place, caballero,—llévesme en tu compañía.  
Pláceme, dijo, señora,—pláceme, dijo, mi vida.—  
Apeóse del caballo—por hacelle cortesía;  
puso la niña en las ancas—y él subiérase en la silla.  
En el medio del camino—de amores la requeria.  
La niña desque lo oyera—díjole con osadía:  
—Tate, tate, caballero,—no hagais tal villanía:  
hija soy de un malato—y de una malatía;  
[p. 310] el hombre que a mí llegase—malato se tornaria.—  
El caballero con temor—palabra no respondia  
A la entrada de París—la niña se sonreía.  
—¿De qué vos reis, señora?—¿de qué vos reis, mi vida?  
—Ríome del caballero,—y de su gran cobardía,  
¡tener la niña en el campo,—y catarle cortesía!—

Caballero con vergüenza—estas palabras decia:  
—Vuelta, vuelta, mi señora,—que una cosa se me olvida.—  
La niña como discreta—dijo:—Yo no volvería,  
ni persona, aunque volviese,—en mi cuerpo tocaría:  
hija soy del rey de Francia—y de la reina Constantina,  
el hombre que a mí llegase—muy caro le costaría.—

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 259.— *Canc. de Rom.* 1550, fol. 274.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 184.)

154 a

(AL MISMO ASUNTO)

De Francia salió la niña,—de Francia la bien guarnida:  
perdido lleva el camino,—perdida lleva la guía:  
arimándose ha a un roble—por atender compañía.  
Vido venir un caballero,—dispuesto es a maravilla:  
comiéndale de hablar,—tales palabras decia:  
—¿Qué haceis aquí, mi alma?—¿Qué haceis aquí, mi vida?—  
Allí habló la doncella,—bien veréis lo que diría:  
—Espero compañía, señor,—para Francia la bien guarnida—  
Respóndele el caballero,—tales palabras decia:  
—Si te pluguiere, señora,—conmigo te llevaría:  
si quieres por mujer,—si quieres por amiga.—  
La niña, que sola estaba,—estas palabras decia:  
Pláceme, dijo, señor,—pláceme, dijo, mi vida:  
diésemme luego la mano—y luego cabalgaria.—  
El caballero le da la mano,—la niña cabalgado había.  
Andando por su camino—de amores la requería.  
Allí habló la doncella,—bien oiréis lo que decia:  
—Está quedo, caballero,—non fagais tal villanía,  
fija soy de un malato—que tiene la malatia,  
y quien a mí llegare—luego se le pegaría,  
que si vos a mí llegades—la vida vos costaría.  
Mucho os ruego, señor,—que me cateis cortesia.—  
Y a la salida de un monte—y asomada de una montiña  
el caballero iba seguro,—la niña se sonreía.  
Allí habló el caballero,—bien oiréis lo que decia:  
**[p. 311]** —¿De qué vos reis, mi alma?—¿De qué vos reis, mi vida?—  
La niña, que estaba en salvo,—aquesto le respondía:  
—Ríome del caballero—y de su gran cobardía,  
que tenía niña en el monte,—y usaba de cortesía.—  
El caballero que esto oyó—ahorcarse quería:  
con gran enojo que tiene—estas palabras decia:  
—Caballero que tal pierde—¿qué pena merecía?



Él se era el alcalde,—él se era la justicia,  
que le corten pies y manos—y lo cuelguen de una encina.—  
Y él estándose en aquesto—y que hacerlo queria,  
si no fuera por una fada—que a hablarle venia:  
las palabras que le dice—quien quiera se las sabia:  
—No desesperes, caballero,—no desesperes de tu vida:  
darte ha Dios grande vitoria—en arte de caballería,  
que con los vivos se sirve a Dios—y su madre Santa María.—

#### DESHECHA DEL CABALEERO, QUE DICE CON ENOJO:

—Plega a Dios que a alguno ameis—como yo, señora, a vos,  
porque rabieis y peneis,—sin ser conformes los dos:  
él se goce, y vos rabieis,—él que diga:—¿vos que habeis?—  
vos a él:—¿no me quereis?—responda: no puedo veros.

(Comienza un razonamiento por coplas, etc. Pliego suelto del siglo XVI.—En el Romancero del Sr. Durán, donde dice que este romance se halla inserto en el pliego suelto a nombre de Rodrigo de Reinosa. [1])

[p. 312] 155

(DE LAS SEÑAS DEL ESPOSO)

Caballero, si a Francia ides—por mi señor preguntad,  
y porque le conozcais—con poca dificultad,  
daros he las señas dél—sin ninguna falsedad:  
él es dispuesto de cuerpo,—y de mucha gravedad,  
blanco, rubio y colorado,—mancebo y de poca edad,  
el cual por ser tan hermoso—temo de su lealtad.  
Hablaréisle con crianza,—porque en él suele morar;  
decidle que su señora—se le envía a encomendar,  
que ya me parece tiempo—de venirme a libertar  
de esta prision en que vivo,—muriendo de [1] soledad;  
y se acuerde que me deja—sin ninguna libertad,  
que me la llevó consigo—de mi propia voluntad;  
y las justas y torneos—yo las supe de verdad;  
la divisa que sacó—en señal de desamar.  
Y si acaso amores tiene—y no los quiere dejar,  
decidle de parte mia,—sin ningun temor mostrar:  
que ausentes, por los presentes—lijeros son de olvidar.

(Códice del siglo XVI, en el Rom. gen. del Sr. Durán.—Timoneda,  
*Rosa de amores.*) [2]

## (AL MISMO ASUNTO)

—Caballero, de lejas tierras,—llegáos acá, y pareis,  
hinquedes la lanza en tierra, [3] —vuestro caballo arrendeis,  
preguntaros he por nuevas—si mi esposo conoceis.  

[p. 313] —Vuestro marido, señora,—decid ¿de qué señas es?  
—Mi marido es mozo y blanco,—gentil hombre y bien cortes,  
muy gran jugador de tablas,—y tambien del ajedrez.  
En el pomo de su espada—armas trae de un marques,  
y un ropon de brocado—y de carmesí al enves:  
cabe el fierro de la lanza—trae un pendon portuges,  
que ganó en unas justas—a un valiente frances.  
—Por esas señas, señora,—tu marido muerto es:  
en Valencia le mataron—en casa de un ginoves;  
sobre el juego de las tablas—lo matara un milanes.  
Muchas damas lo lloraban,—caballeros con arnes,  
sobre todo lo lloraba—la hija del ginoves;  
todos dicen a una voz—que su enamorada es;  
si habeis de tomar amores,—por otro a mi no dejeis.  
—No me lo mandeis, señor,—señor, no me lo mandeis,  
que antes que eso hiciese,—señor, monja me vereis.  
—No os metais monja, señora,—pues que havello no podeis,  
que vuestro marido amado—delante de vos lo teneis. [1]

(*Juan de Ribera, Nuevos romances, s. 1. 1605, en 4º*)

[p. 314] 157

**Romance de las reales bodas que se hacían en Francia [1]**

Bodas hacian [2] en Francia—allá dentro en París;  
¡cuán bien que guia la danza—esta [3] doña Beatriz!  
¡Cuán bien que [4] se la miraba—el buen [5] conde don Martin  
—¿Qué mirais aquí, buen conde?—conde, ¿qué mirais aquí?  
¿decid, si mirais la danza,—o si me mirais [6] vos a mí?  
—Que no miro yo a la danza,—porque muchas danzas ví,  
miro yo vuestra lindeza—que me hace penar a mí. [7]  
—Si bien os parezco, conde,—conde, saquéisme de aquí,  
que el marido tengo viejo—y no puede ir atras mí. [8]

(*Canc. de Rom., 1550, fol. 294.—Timoneda, Rosa de amores.*)

## (DE LA INFANTA Y EL HIJO DEL REY DE FRANCIA)

Tiempo es, el caballero,—tiempo es de andar de aquí,  
 que ni puedo andar en pié,—ni al emperador servir,  
 que me crece la barriga—y se me acorta el vestir:  
 vergüenza he de mis doncellas,—las que me dan el vestir;  
 míranse unas a otras,—no hacen sino reir:  
 vergüenza he de mis caballeros,—los que sirven ante mí.  
 [p. 315] —Parildo, dijo, señora,—que así hizo mi madre a mí;  
 hijo soy de un labrador—y mi madre pan vendí. [1] —  
 La infanta desde esto oyera—comenzóse a maldecir:  
 —¡Maldita sea la doncella—que de tal hombre fué a parir!  
 —No vos maldigais, señora,—no vos queráis maldecir,  
 que hijo soy del rey de Francia,—mi madre es doña Beatriz:  
 cien castillos tengo en Francia,—señora, para os guarir,  
 cien doncellas me los guardan,—señora, para os servir.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol.. 289.) [2]

## (DE LA INFANTA Y DON GALVAN)

**Romance que dicen: Bien se pensaba la reina**

Bien se pensaba la reina—que buena hija tenia,  
 que del conde don Galvan—tres veces parido habia,  
 que no lo sabia ninguno—de los que en la corte habia,  
 sino fuese una doncella—que en su cámara dormia;  
 y por un [3] enojo que hubiera—a la reina lo decia.  
 La reina se la llamaba—y a su cámara la metia,  
 y estando en este cuidado—de palabras la castiga:  
 —Ay, hija, si virgo estáis,—reina seréis de Castilla:  
 hija, si virgo no estais—de mal fuego seas [4] ardida.  
 [p. 316] —Tan virgo estoy, la mi madre,—como el dia que fuí nascida;  
 por Dios os ruego, mi madre,—que no me dedes marido;  
 doliente soy del mi cuerpo,—que no soy para servillo.— [1]

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 227.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 240.—  
*Silva* de 1550, t. I, fol. 151.)

(DE CÓMO LA INFANTA, CASADA A HURTO DEL REY CON EL CONDE, PARIÓ, Y ESTE FUÉ SORPRENDIDO AL SACAR DE PALACIO LA CRIATURA; Y DE CÓMO EL REY APLACADO LOS PERDONÓ.)

Parida estaba la infanta,—la infanta parida estaba;  
para cumplir con el rey—decia que estaba mala.  
Envió a llamar al conde—que viniese a la su sala:  
el conde siendo llamado—no tardó la su llegada.  
—¿Qué me queredes, mi vida?—¿qué me queredes, mi alma?  
—Que tomeis esta criatura,—e la deis a criar a un ama.—  
Ya la tomaba el buen conde—en los cantos de su capa;  
mas de la sala saliendo—con el buen rey encontrara.  
—¿Qué llevais, el buen conde,—en cantos de vuestra capa?  
—Unas almendras, señor,—que son para una preñada.  
—Dédesme de ellas, el conde,—para mi hija la infanta.  
—Perdonedes vos, el rey,—porque las traigo contadas.—  
Ellos en aquesto estando,—la criatura lloraba.  
—Traidor me sois vos, el conde,—traidor me sois en mi casa.  
—Yo no soy traidor, el rey,—ni en mi linaje se halla:  
hermanos y primos tengo—los mejores de Granada.—  
Revolvió el manto al brazo—y arrancó de la su espada;  
el conde, por la criatura,—retiróse por la sala.  
El rey decia:—Prendeldo;—mas nadie prenderlo osaba.  
[p. 317] La infanta, que luego oyera—rencilla tan grande e brava,  
a una de las damas suyas—lo que era preguntaba.  
—Es que el rey, señora, al conde—de traidor lo disfamaba  
porque en la su falda un niño—del palacio lo sacaba,  
creyendo que a vos, señora,—el conde vos deshonrara.—  
Sale la infanta de prisa—adonde su padre estaba,  
y la espada de la mano—de presto se la quitara,  
diciendo:—Oídme, señor,—una cosa que os contara.—  
El rey, que la queria bien,—que dijese le mandaba.  
—Mia es la criatura—que el conde, señor, llevaba,  
y el conde es mi marido,—yo por tal lo publicaba.—  
El rey,—que aquello oyera,—triste y espantado estaba:  
por un cabo quería vengarse,—e por otro non osaba;  
al fin al mejor consejo—como cuerdo se allegaba:  
con voz alta e amorosa—dijo que les perdonaba.  
Mándales tomar las manos—a un cardenal que allí estaba,  
e hacer bodas sumptuosas—de que todo el mundo holgaba,  
y así el pesar pasado—en gran gozo se tornaba.

(Síguense ocho romances viejos. El primero de la presa de Tunez, etc. Pliego suelto del siglo XXI. (Valladolid, 1572, en el Rom. gen. del Sr. Durán.)

**Romance de Gerineldo.—I**

Levantóse Gerineldo—que al rey dejara dormido:  
 fuése para la infanta—donde estaba en el castillo.  
 —Abraíisme, dijo, señora,—abraíisme, cuerpo garrido.  
 —¿Quién sois vos, el caballero,—que llamais a mi postigo?  
 Gerineldo soy, señora,—vuestro tan querido amigo.—  
 Tomarála por la mano,—en un lecho la ha metido,  
 y besando y abrasando—Gerineldo se ha dormido.  
 Recordado habia el rey—de un sueño despavorido;  
 tres veces lo habia llamado,—ninguna le ha respondido.  
 —Gerineldo, Gerineldo,—mi camarero polido,  
 si me andas en traición,—trátasme como a enemigo.  
 O dormias con la infanta,—o me has vendido el castillo.—  
 Tomó la espada en la mano,—en gran saña va encendido:  
 fuérase para la cama—donde a Gerineldo vido.  
 Él quisiéralo matar;—mas crióle de chiquito.  
 Sacara luego la espada,—entre entrambos la ha metido,  
 porque desde recordase—viese cómo era sentido.  
 [p. 318] Recordado habia la infanta,—e la espada ha conocido.  
 —Recordados, Gerineldo,—que ya érades sentido,  
 que la espada de mi padre—yo me la he bien conocido.

(*Desesperaciones de amor*, Pliego suelto s. 1., 1537, en el Rom.  
 gen. del Sr. Durán.)

**Romance de Gerineldo.—II**

—Gerineldo, Gerineldo,—el mi paje mas querido,  
 quisiera hablarte esta noche—en este jardin sombrío.  
 —Como soy vuestro criado,—señora, os burlais conmigo.  
 —No me burlo, Gerineldo,—que de verdad te lo digo.  
 —¿A qué hora, mi señora,—comprir heis lo prometido?  
 —Entre las doce y la una,—que el rey estará dormido.—  
 Tres vueltas da a su palacio—y otras tantas al castillo;  
 el calzado se quitó—y del buen rey no es sentido:  
 y viendo que todos duermen—do posa la infanta ha ido.  
 La infanta que oyera pasos—le esta manera le dijo:  
 —¿Quién a mi estancia se atreve?—¿Quién a tanto se ha atrevido?  
 —No vos turbeis, mi señora,—yo soy vuestro dulce amigo,

que acudo a vuestro mandado—humilde y favorecido.—  
Enilda le ase la mano—sin mas celar su cariño;  
cuidando que era su esposo—en el lecho se han metido,  
y se hacen dulces halagos—como mujer y marido.  
Tantas caricias se hacen—y con tanto fuego vivo,  
que al cansancio se rindieron—y al fin quedaron dormidos.  
El alba salia apenas—a dar luz al campo amigo,  
cuando el rey quiere vestirse,—mas no encuentra sus vestidos:  
—Que llamen a Gerineldo—el mi buen paje querido.—  
Unos dicen:—No está en casa.—Otros dicen:—No lo he visto.—  
Salta el buen de su lecho—y vistióse de proviso,  
receloso de algun mal—que puede haberle venido.  
Al cuarto de Enilda entrara,—y en su lecho halla dormidos  
a su hija y a su paje—en estrecho abrazo unidos.  
Pasmado quedó y parado—el buen rey muy pensativo:  
pensándose qué hará—contra los dos atrevidos.  
—¿Mataré yo a Gerineldo,—al que cual hijo he querido?  
¡Si yo matare la infanta—mi reino tengo perdido!—  
En tal estrecho el buen rey,—para que fuese testigo,  
puso la espada por medio—entre los dos atrevidos.  
Hecho esto se retira—del jardín a un bosquecillo.  
Enilda al despertarse,—notando que estaba el filo  
[p. 319] de la espada entre los dos,—dijo asustada a su amigo:  
—Levántate, Gerineldo,—levántate, dueño mio,  
que del rey la fiera espada—entre los dos ha dormido.  
—¿Adónde iré, mi señora?—¿Adónde me iré, Dios mio?  
¿Quién me libraré de muerte,—de muerte que he merecido?  
—No te asustes, Gerineldo,—que siempre estaré contigo:  
márchate por los jardines—que luego al punto te sigo.—  
Luego obedece a la infanta,—haciendo cuanto le ha dicho:  
pero el rey, que está en acecho,—se le hace enconradizo.  
—¿Dónde vas, buen Gerineldo?—¿Cómo estás tan sin sentido?  
—Paseaba estos jardines—para ver si han florecido,  
y vi que una fresca rosa—el calor ha deslucido.  
—Mientes, mientes, Gerineldo,—que con Enilda has dormido.—  
Estando en esto el sultan,—un gran pliego ha recibido:  
ábrelo luego, y al punto—todo el color ha perdido.  
—Que prendan a Gerineldo,—que no salga del castillo.—  
En esto la hermosa Enilda—cuidosa llega a aquel sitio.  
De lo que pasa informada,—y conociendo el peligro,  
sin esperar a que torne—el buen rey enfurecido,  
salta las tapias lij era—en pos de su amor querido.  
Huyendo se va a Tartaria—con su amante y fiel amigo,  
que en un brioso caballo—la atendia en el egido.  
Allí antes de casarse—recibe Enilda el bautismo,  
y las joyas que lleva—en dos cajas de oro fino

una vida regalada—a su amante han prometido.

*(Este es un romance de Gerineldo el paje del rey nuevamente compuesto. Pliego suelto del siglo XVI en el Rom. gen. del señor Durán.)* [1]

[p. 320] 162

**Romance de cómo el conde don Ramon de Barcelona libró a la emperatriz de Alemaña [1] que la tenian para quemar.**

En el tiempo que reinaba—y en virtudes florecia  
ese conde don Ramon,—flor de la caballería,  
en Barcelona la grande,—que por suya la tenia,  
nuevas ciertas de dolor—de un extranjero sabia,  
que allá en Alemaña—grande llanto se hacia  
por la noble emperatriz—que en virtud resplandecia,  
que dos malos caballeros—la acusan de alevosía  
ante el gran emperador—que mas que a sí la queria,  
diciendo:—Sepa tu Alteza,—gran señor, si te placia,  
que nosotros hemos visto—a la emperatriz un dia  
holgar con su camarero,—no mirando que hacia  
traicion a tí, señor,—y a su gran genealogía.— [2]

L'emperador muy turbado [3] —de esta suerte respondía:

—Si es verdad, los caballeros,—esa tan gran villanía,  
yo haré un tal castigo—cual conviene a la honra mia.— [4]

Mandóla luego prender—y en prisiones la ponía, [5]  
hasta ser cumplido el plazo—que [6] la ley lo disponia:  
buscase dos caballeros—que defiendan la su vida  
contra los acusadores,—que en el campo se veria  
la justicia cúa era,—y a quién Dios favorecía.

[p. 321] Pues sabida por el conde—esta nueva dolorida,  
determina de partir—a librarla si podia,  
con no mas de un escudero,—de quien él mucho se fia.  
Andando por sus jornadas—sin parar noche ni dia,  
llegado es a las Cortes—que el emperador tenia  
para dar la gran sentencia—de allí a [1] tercero dia  
de quemar la emperatriz,—¡cosa de muy gran mancilla!  
pues no habia caballero—en tan gran caballería  
que por una tal señora—quiera aventurar su vida,  
por ser los acusadores—de gran suerte y gran valía.  
Pues el conde ya llegado,—preguntó si ser podria  
hablar con la emperatriz—por cosa que le cumplia.  
Supo que ninguno entraba—do estaba su Señoría, [2]

sino es su confesor,—fraile de muy santa vida.  
Vase el Conde para él,—de esta suerte le decia:  
—Padre, yo soy extranjero;—de lejas tierras venia  
a librar, si Dios quisiese,—o morir en tal porfía,  
a la gran emperatriz—que es sin culpa, yo creia;  
mas primero, si es posible,—gran descanso me seria  
hablar con su Majestad, [3] —si esto [4] hacerse podia.  
—Yo daré orden, señor,—el buen fraile respondia:  
tomará vuestra merced—a un hábito que yo tenia,  
y vestirse ha como fraile—y irá [5] en mi compañía.—  
Ya se parte el buen conde—con el fraile que lo guia.  
Llegados que fuéron dentro—en la cárcel do yacia,  
las rodillas por el suelo—el buen conde así decia:  
—Yo soy, muy alta señora,—de España la noblecida, [6]  
y de Barcelona conde,—ciudad de gran nombradía.  
Estando [7] en la mi corte—con solaz [8] y alegría,  
por muy cierta nueva supe—la congoja que tenia  
vuestra real [9] Majestad,—de la cual yo me dolia,  
y por eso yo partí [10] —a poner por vos la vida.—  
La emperatriz que esto oyera—de gozosa [11] no cabia;  
lágrimas de los sus ojos—por su linda faz vertia;  
tomárale por las manos,—de esta suerte le decia:  
—Bien seais venido, conde,—buena sea vuestra venida:  
vuestra nobleza y valor,—vuestro esfuerzo y valentía  
ya me hacen ser muy cierta—de mi honra y vuestra vida:  
[p. 322] mi inocencia os libraré,—pues que Dios bien la sabia,  
de la falsa acusación—que contra mí se ponía.—  
Ya se despide el buen conde,—ya las manos le pedia  
para haberlas de besar,—mas ella no consentia.  
Vase para su posada;—e ya que el plazo se cumplia,  
armado de todas armas—bien a punto se ponía,  
y él como era muy dispuesto—¡oh cuán bien que parecia!  
su escudero iba con él [1] —bien armado, que salía [2]  
en un caballo morcillo—muy rijoso en demasía.  
Yendo para la grande plaza—con el orgullo [3] que traía,  
encontró con un mochacho—que de vello era mancilla,  
en ver que luego murió—sin remedio de su vida.  
L'escudero que esto vido [4],—con temor que en él habia,  
comenzó luego a huir—cuanto el caballo podia,  
y quedó el conde solo,—mas no de esfuerzo y valentia,  
y como era valeroso—no dejó de hacer su via;  
puesto ante los jueces—dijo que él defenderia  
ser maldad y traicion,—ser envidia y ser falsia [5]  
la acusación que le ponen—a su alta Señoría;  
y que salgan uno a uno—pues está sin compañía.



Estas palabras diciendo,—ya el acusador venia  
con trompetas y atabales,—con estruendo y gallardía.  
Parten el sol los jueces,—cada cual tomó [6] su via,  
arremeten los caballos,—gran encuentro se hacia;  
del acusador la lanza—en piezas volado habia  
sin herir a don Ramon—ni menearlo de la silla:  
don Ramon a su contrario—de tal encuentro lo heria,  
que del caballo abajo [7] —derribado lo habia. [8]  
El conde que así lo vido,—del caballo descendia:  
va para él con denuedo—donde le quitó la vida. [9]  
El otro [10] acusador—que vió tanta valentía  
en l'extraño caballero, [11] —gran temor en sí tenia [12]  
y viendo que falsamente—el acusación hacia,  
demandó misericordia—y al buen conde se rendia.  
[p. 323] Don Ramon con gran nobleza—de esta suerte respondia:  
—No soy parte, caballero,—para yo daros la vida, [1]  
pedilda [2] a su Majestad—que es quien dáros la podia. [3]  
Y preguntó a los jueces—si mas hacer se debia  
por librar la emperatriz—de lo que se le imponia:  
respondieron que la honza—él ganada la tenia,  
que en su libertad estaba—de hacer lo que queria.  
Desque aquesto oyera el conde,—del palenque se salia:  
vase para su posada,—no reposa hora ni dia,  
mas encima su caballo—desarmado se salia:  
el camino de su tierra—en breve pasado habia.  
Tornando al emperador,—grande fiesta se hacia;  
sacaron la emperatriz—con muy grande [4] alegría,  
con los juegos y las fiestas—toda la ciudad se hundia.  
Todos iban muy galanos,—cada cual quien mas podia.  
L'emperador muy contento—por el vencedor pedia,  
para hacerle aquella honra—que su bondad merecia.  
Desque supo que era ido—gran dolor en sí sentia;  
a la emperatriz pregunta—le responda por su vida [5]  
quién era su [6] caballero—que tan bien la defendia. [7]  
Respondiérale:—Señor,—yo jurado le tenia  
no decir quién era él [8] —hasta el tercero dia.— [9]  
Mas despues de ser pasado—ante muchos lo decia,  
como era el gran conde—flor de la caballería,  
señor de Cataluña—y de toda su valia. [10]  
L'emperador que lo supo—de contento no cabia  
viendo que tan gran señor—de su honra se dolia.  
La emperatriz determina,—y l'emperador lo queria, [11]  
de partirse para España,—y así luego se partia  
para ver su caballero—a quien tanto ella debia.

Con trescientos de caballo—comenzó hacer su via; [12]  
dos cardenales con ella,—por tenerle compañía;  
muchos duques, muchos condes,—con muy gran caballería.  
El buen conde que lo supo—gran aparato [13] hacia,  
y cerca de Barcelona—a recibirla salia  
[p. 324] acompañado de los grandes—de su grande [1] Señoría;  
y una legua de camino,—y otros mas dicen que habia,  
mandó poner grandes mesas—de comer muy bastecidas. [2]  
Pues, recebida que fué—con muy grande cortesía, [3]  
entraron en Barcelona,—la cual estaba guarnida  
de muy ricos paramentos—y de gran tapicería.  
Hacen justas y torneos—y otras fiestas de alegría. [4]  
De esta manera el buen conde—a la emperatriz servia,  
hasta que para su tierra—de tornarse fué servida.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 40.—Timoneda, *Rosa gentil*.)

163

### **Romance del conde Alarcos y de la infanta Solisa [5]**

Retraida está la infanta,—bien así como solia,  
viviendo muy descontenta—de la vida que tenia,  
viendo que ya se pasaba—toda la flor de su vida,  
y que el rey no la casaba,—ni tal cuidado tenia.  
Entre sí estaba pensando—a quien se descubriría,  
acordó llamar al rey—como otras veces solia,  
por decirle su secreto—y la intención que tenia.  
Vino el rey siendo llamado,—que no tardó su venida:  
vídola estar apartada,—sola está sin compañía;  
su lindo gesto mostraba—ser mas triste que solia.  
Conociera luego el rey—el enojo que tenia.  
[p. 325] —¿Qué es aquesto, la infanta?—¿qué es aquesto, hija mía?  
Contadme vuestros enojos,—no tomeis malenconía,  
que sabiendo la verdad—todo se remediaria.  
—Menester será, buen rey,—remediar la vida mia,  
que a vos quedé encomendada—de la madre que tenia.  
Dédesme, buen rey, marido,—que mi edad ya lo pedia:  
con vergüenza os lo demando,—no con gana que tenia,  
que aquestos cuidados tales—a vos, rey, pertenecian.—  
Escuchada su demanda,—el buen rey le respondia:  
—Esa culpa, la infanta,—vuestra era, que no mia,  
que ya fuéades casada—con el príncipe de Hungría. No  
quesistes escuchar—la embajada que os venia,  
pues acá en las nuestras cortes,—hija, mal recaudo habia,

porque en todos los mis reinos—vuestro par igual no habia,  
sino era el conde Alarcos,—hijos y mujer tenia.

—Convidaldo vos, el rey,—al conde Alarcos un dia,  
y despues que hayais comido—decilde de parte mia,  
decilde que se acuerde—de la fe que dél tenia,  
la cual él me prometió,—que yo no se la pedia,  
de ser siempre mi marido,—yo [1] que su mujer seria.

Yo fuí de ello muy contenta—y que no me arrepentia.  
Si casó con la condesa. [2] —que mirase lo que hacia,  
que por él no me casé—con el príncipe de Hungría:  
si casó con la condesa,—dél es culpa, que no mia.— [3]

Perdiera el rey en oirlo—el sentido que tenia,  
mas despues en sí tornado [4] —con enojo respondia:  
—¡No son estos los consejos,—que vuestra madre os decia!

¡Muy mal mirastes, infanta,—do estaba la honra mia!  
Si verdad es todo eso—vuestra honra ya es perdida:  
no podeis vos ser casada—siendo la condesa viva.

Si se hace el casamiento—por razon o por justicia,  
en el decir de las gentes—por mala seréis tenida.

Dadme vos, hija, consejo,—que el mio no bastaria,  
que ya es muerta vuestra madre—a quien consejo pedia.

—Yo os lo daré, buen rey,—de este poco que tenia:  
mate el conde a la condesa,—que nadie no lo sabria, [5]  
y eche fama que ella es muerta—de un cierto mal que tenia,  
y tratarse ha el casamiento—como cosa no sabida

[p. 326] De esta manera, buen rey,—mi honra se guardaria.—

De allí se salia el rey,—no con placer que tenia;  
lleno va de pensamientos—con la nueva que sabia;  
vido estar al conde Alarcos—entre muchos, que decia:

—¿Qué aprovecha, caballeros,—amar y servir amiga,  
que son servicios perdidos—donde firmeza no habia?

No pueden por mí decir—aquesto que yo decia,  
que en el tiempo que yo serví—una que tanto quería,  
si muy bien la quise entónces,—agora más la queria;  
mas por mí pueden decir—quien bien ama tarde olvida.—

Estas palabras diciendo—vido al buen rey que venia,  
y hablando con el rey—de entre todos se salia.

Dijo el buen rey al conde—hablando con cortesía:

—Convidaros quiero, conde,—por mañana en aquel dia,  
que querais comer conmigo—por tenerme compañía.

—Que se haga de buen grado—lo que su Alteza decia;  
beso sus reales manos—por la buena cortesía: [1]

detenerme he aquí mañana,—aunque estaba de partida,  
que la condesa me espera—segun la carta me envía.—

Otro dia de mañana—el rey de misa salia;

asentóse luego a comer, [2] —no por gana que tenia,  
sino por hablar al conde—lo que hablarle quería.  
Allí fuéron bien servidos—como a rey pertenecia.  
Despues que hubieron comido,—toda la gente salida,  
quedóse el rey con el conde—en la tabla do comia.  
Empezó [3] de hablar el rey—la embajada que traia:  
—Unas nuevas traigo, conde,—que de ellas no me placia,  
por las cuales yo me quejo [4] —de vuestra descortesía.  
Prometistes a la infanta—lo que ella no vos pedia,  
de siempre ser su marido,—y a ella que le placia.  
Si otras cosas pasastes—no entro en esa porfía [5]  
Otra cosa os digo, conde,—de que mas os pesaria:  
que mateis a la condesa—que cumple a la honra mia:  
echeis fama que ella es muerta—de cierto mal que tenia,  
y tratarse ha el casamiento—como cosa no sabida,  
porque no sea deshonorada—hija que tanto queria.—  
[p. 327] Oidas estas razones—el buen conde respondia:  
—No puedo negar, el rey,—lo que la infanta decia,  
sino que otorgo ser verdad—todo cuanto me pedia.  
Por miedo de vos, el rey,—no casé con quien debia,  
no pensé que vuestra Alteza—en ello consentiria:  
de casar con la infanta—yo, señor, bien casaria;  
mas matar a la condesa,—señor rey, no lo haria,  
porque no debe morir—la que mal no merecia.  
—De morir tiene, el buen conde,—por salvar la honra mia,  
pues no mirastes primero—lo que mirar se debia.  
Si no muere la condesa—a vos costará la vida.  
Por la honra de los reyes—muchos sin culpa morian,  
por que muera [1] la condesa—no es mucha maravilla.  
—Yo la mataré, buen rey,—mas no será la culpa mia:  
vos os avendréis con Dios—en fin de vuestra vida,  
y prometo a vuestra Alteza,—a fe de caballería,  
que me tengan [2] por traidor—si lo dicho no cumplia  
de matar a la condesa,—aunque mal no [3] merecia.  
Buen rey, si me dais licencia—yo luego me partiria.  
—Vayais con Dios, el buen conde,—ordenad vuestra partida.—  
Llorando se parte el conde,—llorando sin alegría;  
llorando por la condesa,—que mas que a si la queria.  
Llorando tambien el conde—por tres hijos que tenia,  
el uno era de teta,—que la condesa lo cria,  
que no queria mamar—de tres amas que tenia  
sino era de su madre—porque bien la conocia;  
los otros eran pequeños,—poco sentido tenian.  
Antes que llegase el conde—estas razones decia:  
—¡Quién podrá mirar, condesa,—vuestra cara de alegría,

que saldréis a recebirme—a la fin de vuestra vida!  
Yo soy el triste culpado,—esta culpa toda es mia.—  
En diciendo estas palabra—la condesa ya salia,  
que un paje le habia dicho—como el conde ya venia.  
Vido la condesa al conde—la tristeza que tenia,  
vióle los ojos llorosos—que hinchados los tenia  
de llorar por el camino—mirando el bien que perdia.  
Dijo la condesa al conde:—¡Bien vengais, bien de mi vida!  
¿Qué habeis, el conde Alarcos?—¿por qué llorais, vida mia,  
que venís tan demudado—que cierto no os conocia?  
No parece vuestra cara—ni el gesto que ser solia;  
dadme parte del enojo—como dais de la alegría.  
¡Decídmelo luego, conde,—no mateis la vida mia!  
**[p. 328]** —Yo vos lo diré, condesa,—cuando la hora seria.  
—Si no me lo decís, conde,—cierto yo reventaria.  
—No me fatigueis, señora, [\[1\]](#) —que no es la hora venida.  
Cenemos luego, [\[2\]](#) condesa,—de aqueso que en casa habia.  
—Aparejado está, conde;—como otras veces solia.—  
Sentóse el conde a la mesa,—no cenaba ni podia,  
con sus hijos al costado,—que muy mucho los queria.  
Echóse sobre los hombros;—hizo como que dormía;  
de lágrimas de sus ojos—toda la mesa cubria. [\[3\]](#)  
Mirándolo [\[4\]](#) la condesa;—que la causa no sabia;  
no le preguntaba nada,—que no osaba ni podia.  
Levantóse luego el conde,—dijo que dormir queria;  
dijo tambien la condesa—que ella tambien dormiria;  
mas entre ellos no habia sueño,—si la verdad se decia.  
Vanse el conde y la condesa—a dormir donde solian:  
dejan los niños de fuera—que el conde no los queria:  
lleváronse el mas chiquito, el que la condesa cria:  
cierra el conde la puerta,—lo que hacer no solia.  
Empezó de hablar el conde—con dolor y con mancilla:  
—¡Oh desdichada condesa,—grande fué la tu desdicha!  
—No so desdichada, el conde,—por dichosa me tenia  
solo en ser vuestra mujer:—esta fué gran dicha mia.  
—¡Si bien lo sabeis, [\[5\]](#) condesa,—esa fué vuestra desdicha!  
Sabed que en tiempo pasado—yo amé a quien servia, [\[6\]](#)  
la cual era la infanta.—Por desdicha vuestra y mia  
prometí casar con ella;—y a ella que le placia,  
demándame por marido—por la fe que me tenia.  
Puédelo muy bien hacer—de razon y de justicia:  
díjomelo el rey su padre—porque de ella lo sabia.  
Otra cosa manda el rey—que toca en el alma mia:  
manda que murais, condesa,—a la fin de vuestra vida, [\[7\]](#)  
que no puede tener honra—siendo vos, condesa, viva.—

Desque esto oyó la condesa—cayó en tierra amortecida:  
mas despues en sí tornada—estas palabras decia:  
—¡Pagos son de mis servicios,—conde, con que yo os servia!  
si no me matais, el conde,—yo bien os aconsejaria:  
enviédesme a mis tierras—que mi padre me ternia;  
yo criaré westros hijos—mejor que la que vernia,  
yo os mantendré castidad—como siempre os mantenía.  
—De morir habeis, condesa,—en antes que venga el dia.  
[p. 329] —¡Bien parece, el conde Alarcos,—yo ser sola en esta vida;  
porque tengo el padre viejo,—mi madre ya es fallecida,  
y mataron a mi hermano—el buen conde don García,  
que el rey lo mandó matar—por miedo que dél tenia!  
No me pesa de mi muerte,—porque yo morir tenia,  
mas pésame de mis hijos,—que pierden mi compañía:  
hacémelos venir, conde,—y verán mi despedida.  
—No los veréis mas, condesa,—en dias de vuestra vida:  
abrazad este chiquito,—que aqueste es el que os perdia.  
Pésame de vos, condesa,—cuanto pesar me podia.  
No os puedo valer, señora,—que mas me va que la vida;  
encomendáos a Dios—que esto hacerse tenia.  
—Dejéisme decir, buen conde,—una oracion que sabia.  
—Decilda presto, condesa,—enantes que venga el dia.  
—Presto la habré dicho, conde,—no estaré un Ave María.—  
Hincó las rodillas en tierra—esta oracion decia:  
«En las tus manos, Señor,—encomiendo el alma mia:  
no me juzgues mis pecados—segun que yo merecia,  
mas segun tu gran piedad—y la tu gracia infinita.»  
—Acabada es ya, buen conde,—la oracion que sabia;  
encomiéndooos esos hijos—que entre vos y mí habia,  
y rogad a Dios por mí—miéntra tuvierdes vida,  
que a ello sois obligado—pues que sin culpa moria,  
Dédesme acd ese hijo, [1] —mamará por despedida.  
—No lo desperteis, condesa,—dejaldo estar, que dormia,  
sino que os demando [2] perdon—porque ya viene [3] el dia.  
—A vos yo perdono, conde,—por el amor que os tenia;  
mas yo no perdono al rey,—ni a la infanta su hija,  
sino que queden citados—delante la alta justicia,  
que allá vayan a juicio—dentro de los treinta dias.—  
Estas palabras diciendo—el conde se apercebia:  
echóle por la garganta—una toca que tenia,  
apretó con las dos manos—con la fuerza que podia:  
no le aflojó la garganta—mientra que vida tenia.  
Cuando ya la vido el conde—traspasada y fallecida,  
desnudóle los vestidos—y las ropas que tenia:  
echóla encima la cama,—cubrióla como solia;  
desnudóse a su costado,—obra de un Ave María:

levantóse dando voces—a la gente que tenia:  
—¡Socorré, mis escuderos, [4] —que la condesa se fina!—  
[p. 330] Hallan la condesa muerta—los que a socorrer venian.  
Así murió la condesa,—sin razon y sin justicia;  
mas tambien todos murieron—dentro de los treinta dias.  
Los doce dias pasados—la infanta ya moria;  
el rey a los veinte y cinco,—el conde al treinteno dia,  
allá fuéron a dar cuenta—a la justicia divina.  
Acá nos dé Dios su gracia,—y allá la gloria cumplida.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 107.*— *Canc. de Rom., 1550, fol. 107.*—  
*Silva de 1550, t. II, fol. 191.*— *Floresta de var. rom.*—*Romance del conde Alarcos.*—Pliego suelto del siglo XVI.) [1]

[p. 331]

[p. 332] 164

**Síguense los romances que tratan historias francesas, y este primero es el Romance del conde Dirlos y de las grandes venturas que hubo [1]**

Estábase el conde Dirlos,—sobrino de don Beltran,  
asentado en sus tierras,—deleitándose en cazar,  
cuando le vinieron cartas—de Carlos el emperante.  
De las cartas placer hubo,—de las palabras pesar,  
de lo que las cartas dicen—a él parece muy mal.  
«Rogar vos quiero, sobrino,—el buen frances natural,  
llegueis vuestros caballeros,—los que comen vuestro pan;  
darles heis [2] doblado sueldo—del que les soledes dar,  
dobles armas y caballos,—que bien menester los [3] han:  
darles heis el campo franco—de todo lo que ganaren;  
partiros heis a los reinos—del rey moro Aliarde.  
[p. 333] Desafiamiento [1] me ha dado—a mi y a los doce pares:  
grande mengua me seria—que todos hubiesen de andar.  
No veo caballero en Francia—que mejor pueda enviar,  
sino a vos, el conde Dirlos,—esforzado en pelear.»  
El conde que esto oyó,—tomó tristeza y pesar,  
no por miedo de los moros—ni miedo de pelear,  
mas tiene mujer hermosa,—mochacha de poca edad.  
Tres años anduvo en armas—para con ella casar,  
y el año no era cumplido,—de ella lo mandan apartar.  
De que esto él pensaba—tomó de ello gran pesar;  
triste estaba y pensativo,—no cesa de sospirar:  
despide los falconeros,—los monteros manda pagar,  
despide todos aquellos—con quien solia deleitarse;

no burla con la condesa—como solia burlar;  
mas muy triste y pensativo—siempre le veian andar.  
La condesa que esto vido,—llorando empezó de hablar:  
—¡Triste estadas vos, el conde!—¡triste, lleno de pesar  
de esta tan triste partida—para mí de tanto mal!  
Partir vos quereis, el conde,—a los reinos de Aliarde,  
dejáisme en tierras ajenas—sola y sin quien me acompañe.  
¿Cuántos años, el buen conde,—haceis cuenta de tardar?  
Yo volverme he a las tierras,—a las tierras de mi padre;  
vestirme he de un paño negro,—ese [2] será mi llevar;  
maldiré mi hermosura,—maldiré mi mocedad,  
maldiré aquel triste dia—que con vos quise casar.  
Mas si vos queredes, conde,—yo con vos querria andar:  
mas quiero perder la vida,—que sin vos de ella gozar.—  
El conde desde esto oyera—empezóla de mirar;  
con una voz amorosa—presto tal respuesta hace:  
—No lloredes vos, condesa,—de mi partida no hayais pesar;  
no quedaréis [3] en tierra ajena,—sino en vuestra a vuestro mandar.  
que ántes que yo me parta—todo vos lo quiero dar.  
Podeis vender cualquier villa,—y empeñar cualquier ciudad,  
como principal heredera—que nada vos puedan quitar.  
Quedaréis encomendada—a mi tio don Beltran  
y a mi primo Gaiferos,—señor de Paris la grande:  
quedaréis encomendada—a Oliveros y a Roldan,  
al emperador, y a los doce—que a una mesa comen pan;  
porque los reinos son lejos—del rey moro Aliarde;  
que son cerca la Casa Santa—allende del nuestro mar.  
Siete años, la condesa,—todos siete me esperad;  
[p. 334] si a los ocho no viniere,—a los nueve vos casad;  
seréis de veinte y siete años—que es la mejor edad:  
el que con vos casare, señora,—mis tierras tome en ajuar:  
gozará de mujer hermosa,—rica y de gran linaje.  
Bien es verdad, la condesa,—que conmigo vos querria llevar;  
mas yo voy para batallas,—y no cierto para holgar.  
Caballero que va en armas—de mujer no debe curar,  
porque con el bien que os quiero—la honra habria de olvidar.  
Mas aparejad, condesa,—mandad vos aparejar,  
iréis conmigo a las cortes,—a Paris esa ciudad.  
Toquen, toquen mis trompetas,—manden luego cabalgar.—  
Ya se parte el buen conde;—la condesa otro que tal:  
la vuelta van de Paris—aprieta, no de vagar.  
Cuando son a una jornada—de Paris esa ciudad,  
el emperador que lo supo—a recibir se lo sale.  
Con él sale Oliveros,—con él sale don Roldan,  
con él Arderin de Ardeña, [1] —y Urgel de la fuerza grande;  
con él infante Guarinos,—almirante de la mar;



con él sale el esforzado—Renaldos de Montalvan,  
con él van todos los doce—que a una mesa comen pan,  
sino el infante Gaiferos—y el buen conde don Beltran,  
que salieron tres jornadas—mas que todos adelante.  
No quiso el emperador—que hubiesen de aposentar,  
sino en sus reales palacios—posada les mandó dar.  
Empiezan luego su partida—apriesa y no de vagar;  
dale diez mil caballeros—de Francia mas principales,  
y con mucha otra gente—y gran ejército real.  
El sueldo les paga junto—por siete años y mas.  
Ya, tomadas buenas armas,—caballos otro que tal,  
enderezan su partida,—empiezan de cabalgar;  
cuando el buen conde Dirlos—ruega mucho al emperante  
que él y todos los doce—se quisiesen ayuntar.  
Cuando todos fueron juntos—en la gran sala real,  
entra el conde y la condesa,—mano por mano se van:  
cuando son en medio de ellos,—el conde empezó de hablar:  
—A vos lo digo, mi tio,—el buen viejo don Beltran,  
y a vos, infante Gaiferos,—y a mi buen primo carnal,  
y esto delante de todos—lo quiero mucho rogar,  
y al muy alto emperador,—que sepa mi voluntad,  
como villas y castillos,—y ciudades y lugares  
los deajo a la condesa,—que nadie las pueda quitar;  
mas como principal heredera—en ellas pueda mandar  
en vender cualquiera villa,—y empeñar cualquier ciudad:  
de quello que ella hiciere—todos se hayan de agradar.  
**[p. 335]** Si por tiempo yo no viniere—vosotros la querais casar:  
el marido que ella tome—mis tierras haya en ajuar;  
y a vos la encomiendo, tio,—en lugar de marido y padre;  
y a vos, mi primo Gaiferos,—por mí la querais honrar;  
y encomiéndola a Oliveros,—y encomiéndola a Roldan,  
y encomiéndola a los doce,—y a don Carlos el emperante.—  
A todos les place mucho—de aquello que el conde hace.  
Ya se parte el buen conde—de París esa ciudad:  
la condesa que ir lo vido—jamas lo quiso dejar  
fasta orillas de la mar—do se habia de embarcar.  
Con ella va don Gaiferos,—con ella va don Beltran,  
con ella va el esforzado—Renaldos de Montalvan,  
sin otros muchos caballeros—de Francia mas principales.  
Atan triste despedida—el uno del otro hacen,  
que si el conde iba triste,—la condesa mucho mas.  
Palabras [\[1\]](#) están diciendo—que era dolor de escuchar:  
el conorte que se daban—era contino llorar.  
Con gran dolor manda el conde—hacer vela y navegar.  
Como sin la condesa se vido—navegando por la mar,  
movido de muy gran saña,—movido de gran pesar,

diciendo que por ningun tiempo—de ella lo harán apartar.  
Sacramento [2] tiene hecho—sobre un libro misal  
de jamas volver en Francia,—ni en ella comer pan,  
ni que nunca enviará carta,—porque de él no sepan parte.  
Siempre triste y pensativo,—puesto en pensamiento grande,  
navegando en sus jornadas—por la tempestuosa mar,  
llegado es a los reinos—del rey moro Aliarde.  
Ese gran soldan de Persia,—con poderío muy grande  
ya les estaba aguardando—a las orillas del mar.  
Cuando vino cerca tierra—las naves mandó llegar;  
con un esfuerzo esforzado—los empieza de esforzar.  
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal,  
acuérdeseos que dejamos—nuestra tierra natural!  
de ellos dejamos mujeres—de ellos hijos, de ellos padres  
solo para ganar honra,—y no para ser cobardes.  
Pues esforzádos, caballeros,—esforzad en pelear:  
yo llevaré la delantera,—y no me querais dejar.—  
La morisma era tanta,—tierra no les dejan tomar.  
El conde era esforzado—y discreto en pelear,  
manda toda la [3] artillería—en las sus barcas posar.  
Con el ingenio que traia—empiézales de tirar;  
[p. 336] los tiros eran tan fuertes,—que [1] por fuerza hacen lugar.  
Veréis sacar los caballos,—y muy apriesa cabalgar:  
tan fuerte dan en los moros,—que tierra les hacen dejar.  
En tres años que el buen conde—entendió en pelear,  
ganados tiene los reinos—del rey moro Aliarde.  
Con todos sus caballeros—parte por iguales partes;  
tan grande parte da al chico,—tanto le da como al grande:  
solo él se retraia—sin querer algo tomar. [2]  
Armado de armas blancas,—y cuentas para rezar,  
¡tan triste vida hacia,—que no se puede contar!  
El soldan le hace tributo,—y los reyes de allende el mar:  
de los tributos que le daban—a todos hacia parte.  
A todos hace mandamiento,—y a los mejores jurar,  
ninguno sea osado—hombre a Francia enviar,  
y al que cartas enviase—luego le hará matar.  
Quince años el conde estuvo—siempre allende del mar,  
que no escribió a la condesa,—ni a su tio don Beltran,  
ni escribió a los doce,—ni menos al emperante.  
Unos creian que era muerto,—otros anegado en mar.  
Las barbas y los cabellos—nunca los quiso afeitar;  
tiénelos fasta la cinta,—fasta la cinta, y aun mas:  
la cara mucho quemada—del mucho sol y del aire,  
con el gesto demudado—muy fiero y espantable.  
Los quince años cumplidos,—deciseis querian entrar,  
acostóse en su cama—con deseo de holgar.

Pesando estaba, pensando—la triste vida que hace,  
pensando en aquel tiempo—que solia festejar,  
cuando justas y torneos—por la condesa solia armar.  
Dormióse con pensamiento,—y empezara de holgar,  
cuando hace un triste sueño—para él de gran pesar;  
que veia estar la condesa—en brazos de un infante.  
Salto diera de la cama—con un pensamiento grande,  
gritando con altas voces,—no cesando de hablar:  
—¡Toquen, toquen mis trompetas,—mi gente manden llegar!—  
Pensando que habia moros—todos llegado [3] se han.  
Desde todos son llegados,—llorando empezó a hablar:  
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!  
yo conozco aquel ejemplo—que dicen, y es [4] verdad,  
[p. 337] que cualquier [1] hombre nacido—que es de hueso y de carne,  
el mayor deseo que tiene [2] —era en sus tierras holgar.  
Ya cumplidos son quince años,—y en deciseis quiere entrar,  
que somos en estos reinos—y estamos en soledad.  
Quien dejó [3] mujer hermosa—vieja la ha de hallar;  
el que dejó hijos pequeños—hallarlos ha hombres grandes;  
ni el padre conocerá al hijo,—ni el hijo menos al padre.  
Hora es, mis caballeros,—de ir a Francia a holgar,  
pues llevamos harta honra—y dineros mucho mas.  
Lleguen, lleguen luego naves,—mándolas aparejar,  
ordenemos capitanes—para las tierras guardar.—  
Ya todo es aparejado,—ya empiezan a navegar.  
Cuando todos son llegados—a las orillas del mar,  
llorando de los sus ojos—el conde empieza de hablar: [4]  
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!  
una cosa rogar vos quiero,—no me la queráis negar;  
quien secreto me tuviere—yo le he de galardonar,  
que todos hagáis juramento—sobre un libro misal,  
que en parte ninguna que sea—no me hayáis de nombrar,  
porque con el gesto que traigo—ninguno me conocerá; [5]  
mas viéndome con tanta gente—y un ejército real,  
si vos demandan quién soy—no les digáis la verdad:  
mas decid que soy mensajero—que vengo de allende el mar,  
que voy con una embajada—a don Carlos el emperante,  
porque es hecho un mal suyo, [6] —y quiero ver si es verdad.—  
Con el alegría [7] que llevan—de a Francia se tornar,  
todos hacen sacramento—de tenerle poridad.  
Embárcanse muy alegres,—empiezan de navegar;  
el viento tienen muy fresco—que placer es de mirar.  
Allegados son en Francia,—en sus tierras naturales.  
Cuando el conde se vió en tierra,—empieza de caminar:  
no va la welta de las cortes—de Carlos el emperante,

mas va la vuelta de sus tierras—las que solia mandar.  
Ya llegado que es a ellas,—por ellas empieza de andar.  
Andando por su camino—una villa fué a hallar;  
llegado se habia cerca—por con alguno hablar.  
[p. 338] Alzó los ojos en alto—a la puerta del lugar,  
llorando de los sus ojos—comenzara de hablar:  
—¡Oh esforzados caballeros,—de mi dolor habed pesar,  
armas que mi padre puso—mudadas las veo estar!  
O es casada la condesa,—o mis tierras van a mal.—  
Allegóse a las puertas—con gran enojo y pesar,  
y mirando por entre ellas—gentes de armas vido estar.  
Llamando está uno de ellos—mas viejo en antigüedad;  
de la mano él lo toma—y empiézale de hablar:  
—Por Dios te ruego, el portero,—me digas una verdad.  
¿De quién son aquellas [1] tierras?—¿Quién las solia mandar?  
—Pláceme, dijo el portero,—de decir vos la verdad;  
ellas eran del conde Dirlos,—señor de aqueste lugar,  
agora son de Celinos,—de Celinos el infante.—  
El conde desde esto oyera—vuelto se le ha la sangre;  
con una voz demudada—otra vez le fué a hablar:  
—Por Dios te ruego, hermano,—no te quieras enojar,  
que esto que agora me dices—tiempo habrá que te lo pague.  
¿Díme si las heredó Celinos,—o si las fué a mercar?  
¿o si en juego de dados—si las fuera a ganar?  
¿o si las tenia por fuerza—que no las quiere tornar?—  
El portero que esto oyera—presto le fué a hablar:  
—No las heredó, señor,—que no le vienen de linaje,  
que hermanos tiene el conde—aunque se querian mal,  
y sobrinos tiene muchos—que las podrian [2] heredar,  
ni menos las ha mercado,—que no las basta a pagar,  
que Irlos es muy grande ciudad,—y ha muchas villas y lugares.  
Cartas hizo contrahechas,—que al conde muerto lo han,  
por casar con la condesa—que era rica y de linaje;  
y aun ella no casara,—cierto a su voluntad,  
sino por fuerza de Oliveros,—y a porfía de Roldan,  
y a ruego de Carlo [3] Magno,—de Francia rey emperante  
por casar bien a Celinos,—y ponerle en buen lugar;  
mas el casamiento han hecho—con una condición tal,  
que no allegase a la condesa,—ni a ella haya de llegar;  
mas por él se desposara—ese paladin Roldan.  
Ricas fiestas se hicieron—en Irlos esa ciudad;  
gastos, galas y torneos—muchos, de los doce pares.—  
El conde de que esto oyera—vuelto se le ha la sangre,  
por mucho que disimula—no cesa de sospirar,  
diciéndole está:—Hermano,—no te enojés de contar,  
[p. 339] ¿quién fué en aquellas bodas?—¿y quién no quiso estar?

—Señor, en ellas fué Oliveros—y el emperador y Roldan:  
fué Belardos y Montesinos,—y el gran conde don Grimaldo, [1]  
y otros muchos caballeros—de aquellos de los doce pares.  
Pesó mucho a Gaiferos,—pesó mucho a don Beltran,  
más pesó a don Galvan—y al fuerte Merian.  
Ya que eran desposados,—misa les quisieran [2] dar;  
allegó un falconero—a don Cárlos [3] emperante,  
que venia de aquellas tierras—de allá de allende [4] el mar,  
dijo, que el conde era vivo,—y que traia señal.  
Plugo mucho a la condesa,—pesó mucho al infante,  
porque en las grandes fiestas—hubo grande desbarate. [5]  
Allá traen grandes pleitos—en las cortes del emperante,  
por lo cual es vuelta Francia—y todos los doce pares.  
Ella dice, que un atio de tiempo—pidió antes de desposar,  
por enviar mensajeros—muchos allende la mar;  
si el conde era ya muerto,—el casamiento fuese adelante;  
si era vivo, bien sabia—que ella no podia casar.  
Por ella responde Gaiferos,—Gaiferos y don Beltran;  
Por Celinos era Oliveros,—Oliveros y Roldan.  
Creemos que es dada sentencia,—o se queria ahora dar,  
porque ayer hubimos cartas—de Carlos el emperante,  
que quitemos aquellas armas,—pongamos las naturales,  
y que guardemos las tierras—por el Conde don Beltran;  
que ninguno de Celinos—en ellas no pueda entrar.—  
El conde desde esto oyera,—movido de gran pesar,  
vuelve riendas al caballo,—en el lugar no quiso entrar;  
mas allá en un verde prado—su gente mandó llegar.  
Con una voz muy humilde—les empieza de hablar:  
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!  
el consejo que os pidiere—bueno me lo querais dar.  
¿Si me consejais que vaya—a las cortes del emperante?  
¿o que mate a Celinos,—a Celinos el infante?  
¿Volverémos en allende—do seguros podemos estar?  
Caballeros que esto oyeron—presto tal respuesta hacen:  
—¡Callede, conde, callede!—¡Conde, no digais atal!  
No mireis a vuestra gana,—mas mirad a don Beltran,  
y esos buenos caballeros—que tanta honra vos hacen.  
Si vos matais a Celinos—dirán que fuístes cobarde:  
sino que vais a las cortes—de Carlos el emperante,  
conoceréis quien bien os quiere—y quien vos queria mal.  
[p. 340] Por bueno que es Celinos,—vos sois de tan buen linaje,  
y teneis dos tantas tierras—y dineros que gastar.  
Nosotros vos prometemos—con sacramento leal,  
que somos diez mil caballeros—y franceses naturales,  
de por vos perder la vida—y cuanto tenemos gastar,  
quitando al emperador,—contra cualquier otro grande.—

El conde desde esto oyera—respuesta ninguna hace:  
da de espuelas al caballo,—va por el camino adelante:  
la vuelta va de París—como aquel que bien la sabe.  
Cuando fué a una jornada—de las cortes del emperante,  
otra vez llega a los suyos—y les empieza de hablar:  
—Esforzados caballeros,—una cosa os quiero rogar:  
siempre tomé vuestro consejo,—el mio querais tomar,  
porque si entro en París—con ejército real  
saldrá por mí el emperador—con todos los principales;  
Si no me conoce de vista,—conocerme ha en el hablar  
y así no sabré de cierto—todo mi bien y mi mal.  
Al que no tiene dineros—yo le daré que gastar:  
los unos vuelvan a zaga, [1] —los otros pasen adelante,  
los otros en derredor.—Posad [2] en villas y lugares:  
yo solo con cient caballeros—entraré en la ciudad  
de noche y escurecido—que nadie de mí sepa parte.  
Vosotros en ocho dias—podreis [3] poco a poco entrar:  
hallaréisme en los palacios—de mi tio don Beltran,  
aparejarvos he posada—y dineros que gastar.—  
Todos fueron muy contentos,—pues al conde así le place.  
Noche era escurecida—cerca diez horas o mas,  
cuando entró el conde Dirlos—en París esa ciudad.  
Derecho va a los palacios—de su tio don Beltran,  
a lo cual atravesaban—por medio de la ciudad:  
vido asomar tantas hachas,—gente de armas mucho mas:  
por do él pasar habia,—por allí van a pasar.  
El conde de que los vido—los suyos manda apartar;  
desde todos son pasados—el postrero fué a llamar:  
—Por Dios te ruego, escudero,—me digas una verdad:  
¿quién son esta gente de armas—que agora van por ciudad?—  
El escudero que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
**[p. 341]** —Señor, la condesa Dirlos—viene del palacio real,  
sobre un pleito que traia—con Oliveros y Roldan.  
Los que la llevan en medio—son Reinaldos [1] y don Beltran:  
aquellos que van zagueros,—donde tantas lumbres van,  
son el infante Gaiferos—y el fuerte Merian.—  
El conde de que esto oyera—de la ciudad él se sale.  
Debajo de una espesura—para cabe los adarves,  
diciendo está a los suyos:—No es hora de entrar,  
que desde sean apeados—tornarán a cabalgar.  
Yo quiero entrar en hora—que de mi no sepan parte.—  
Allí están razonando—de armas y de hechos grandes  
hasta que era media noche,—los gallos querían cantar.  
Vuelven riendas a los caballos,—y entran en la ciudad.  
La vuelta van de los palacios—del buen conde don Beltran:

antes de llegar a ellos—de dos calles y aun mas,  
tantas cadenas hay puestas—que ellos no pueden pasar.  
Lanzas les ponen a los pechos,—no cesando de hablar:  
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,—que por aquí no hay pasaje!  
que aquí están los palacios—del buen conde don Beltran,  
enemigo de Oliveros,—enemigo de Roldan,  
enemigo de Belardos,—y de Celinos el infante.—  
El conde desde esto oyera—presto tal respuesta hace:  
—Ruégote yo, caballero,—que me quieras escuchar:  
anda, ve, y dile luego—a tu señor don Beltran,  
que aquí está un mensajero—que viene de allende el mar:  
cartas traigo del conde Dirlos,—su buen sobrino carnal.—  
El caballero con placer—empieza de aguijar:  
presto las nuevas le daba—al buen conde don Beltran,  
el cual ya se acostaba—en su cámara real.  
Desde tal nueva oyera—tornóse a vestir y calzar:  
caballeros al derredor—trescientos trae por guardarle;  
hachas muchas encendidas—al patin hizo bajar;  
mandó que al mensajero—solo lo dejen entrar.  
Cuando fué en el patin—con la mucha claridad  
mirándole está, mirando,—viéndole como salvaje.  
Como el que está espantado—a él no se osa llegar:  
bajito el conde le habla—dándole muchas señales.  
Conocióle don Beltran—entonces en el hablar,  
y con los brazos abiertos—corre para le abrazar;  
diciéndole está:—¡Sobrino!—No cesando de sospirar;  
el conde le está rogando—que nadie de él sepa parte.  
Envían presto a las plazas,—carnecerías otro que tal,  
[p. 342] para mercalles [\[1\]](#) de cena—y mándales aparejar.  
Mandan que a sus caballeros—todos los dejen entrar;  
que les tomen los caballos—y los hagan bien pensar.  
Abren muy grandes estudios,—mándanlos aposentar.  
Allí entra el conde y los suyos,—ninguno otro dejan entrar,  
porque no conozcan el conde—ni de él supiesen parte.  
Veréis todos los del palacio—unos con otros hablar,  
si es este el conde Dirlos,—o quien otro puede estar,  
segun el recibimiento—le ha hecho don Beltran.  
Oídolo ha la condesa—a las voces que dan grandes:  
mandó llamar sus doncellas—y encomienza de hablar:  
—¿Qué es aquesto, mis doncellas,—no me lo querais negar,  
que esta noche tanta gente—por el palacio siento andar?  
Decidme, ¿dó es el señor—el mi tio don Beltran?  
¿Si quizá dentro de mis tierras—Roldan ha hecho algún mal?  
Las doncellas que lo oyeron—atal respuesta le hacen:  
—Lo que vos sentís, señora,—no son nuevas de pesar,  
es venido un caballero—así propio como salvaje,

muchos caballeros con él—¡gran acatamiento le hacen!  
¡muy rica cena le guisa—el buen conde don Beltran!  
Unos dicen que es mensajero—que viene de allende el mar;  
otros que es el conde Dirlos,—nuestro señor natural.  
Allá se han [2] encerrado,—que nadie no puede entrar;  
segun veen el aparejo—creen todos que es verdad.—  
La condesa que esto oyera—de la cama fué a saltar:  
aprieta demanda el vestido,—aprieta demanda el calzar,  
muchas damas y doncellas—y empiezan de aguijar.  
A las puertas de los estudios—grandes golpes manda dar,  
llamando a don Beltran,—que dentro la mande entrar.  
No queria el conde Dirlos—que la dejasen entrar:  
don Beltran salió a la puerta—no cesando de hablar:  
—¿Qué es esto, señora prima?—no tengais priesa tan grande,  
que aun no sé bien las nuevas—que el mensajero me trae,  
porque es de tierras ajenas—y no entiendo el lenguaje.—  
Mas la condesa por esto—no quiere sino entrar;  
que mensajero de su marido—ella le quiere honrar.  
De la mano la entraba—ese conde de Beltran:  
de que ella es de dentro—al mensajero empieza a mirar;  
él mirar no la osaba,—y no cesa de sospirar,  
meneando la cabeza—los cabellos ponía a la faz.  
Desde la condesa oyera—a todos callar y no hablar,  
con una voz muy humilde—empieza de razonar:  
[p. 343] —¡Por Dios vos ruego, mi tío,—por Dios vos quiero rogar,  
pues que este mensajero—viene de tan luengas partes,  
que si no terná dineros,—ni tuviere que gastar,  
decid, si algo [1] le falta—no cese de demandar!  
Pagarle hemos su gente,—darle hemos que gastar:  
pues viene por mi señor,—yo no le puedo faltar  
a él y a todos los suyos,—aunque fuesen muchos mas.—  
Estas palabras hablando—no cesaba de llorar.  
Mancilla hubo su marido—con el amor que le tiene grande:  
pensando de consolarla—acordó de la abrazar,  
y con los brazos abiertos—iba para la tomar.  
La condesa espantada—púsose tras don Beltran:  
el conde con grandes sospiros—comenzóle de hablar:  
—¡No fuyades, la condesa,—ni os querais espantar,  
que yo soy el conde Dirlos—vuestro marido carnal!  
Estos son aquellos brazos—en que solíades holgar.—  
Con las manos se aparta—los cabellos de la haz:  
conociólo la condesa—entónces en el hablar;  
en sus brazos ella se echa—no cesando de llorar.  
—¿Qué es aquesto, mi señor?—¿quién vos hizo ser salvaje?  
¡No es este aquel gesto—que vos teníades ante!  
Quiten vos aquestas armas,—otras luego os quieran dar;



traigan de aquellos vestidos—que solíades llevar.—  
Ya les paraban las mesas,—ya les daban a cenar,  
cuando empezó la condesa—a decir y a hablar:  
—¡Cierto parece, señor,—que lo hacemos muy mal,  
que el conde está ya en sus tierras—y en la su heredad,  
que no avisemos aquellos—que su honra quieren mirar!  
No lo digo aun por Gaiferos,—ni por su hermano Merian,  
sino por el esforzado—Renaldos de Montalvan.  
¡Bien sabedes, señor tio,—cuánto se quiso mostrar,  
siendo siempre con nosotros—contra el paladin Roldan!—  
Lllaman luego dos caballeros—de aquesos mas principales,  
el uno envían a Gaiferos,—otro a Renaldos de Montalvan.  
Aprieta viene Gaiferos,—aprieta y no de vagar:  
desque vido la condesa—en brazos de aquel salvaje,  
a ellos él se allega—y empezóles de hablar.  
Desque el conde lo vido,—levantóse a abrazarle;  
desque se han conocido—grande acatamiento se hacen.  
Ya puestas eran las mesas,—ya les daban a cenar:  
la condesa lo servia—y estaba siempre delante,  
cuando llegó don Renaldos—Renaldos de Montalvan,  
y desque el conde lo vido—hubo un placer muy grande.  
Con una voz amorosa—le empezara de hablar:  
**[p. 344]** —¡Oh esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,  
aunque agora vuestros pleitos—mejor se podrán librar!  
Mas si yo fuera creido,—fueran fechos antes de vos llegar;  
o no me hallárdes vivo,—o al paladin Roldan.—  
El conde desque esto oyera—grandes mercedes le hace  
diciendo:—Juramento ha hecho—sobre un libro misal  
de jamas se quitar las armas,—ni con la condesa holgar,  
hasta que haya cumplido—toda la su voluntad.—  
El concierto que ellos tienen—por mejor y natural,  
es que en el otro dia,—cuando yante el emperante,  
vaya el conde a palacio—por la mano le besar.  
Toda la noche pasaron—descansando, en hablar,  
cuando vino el otro dia,—a la hora del yantar,  
cabalgara el conde Dirlos:—¡muy lucidas armas trae!  
y encima un collar de oro—y una ropa rozagante,  
solo con cient caballeros,—que no quiere llevar mas:  
a la parte izquierda Gaiferos,—a la derecha don Beltran;  
viénense a los palacios—de Carlos el emperante.  
Cuantos grandes allí hallan—acatamiento le hacen  
por honra de don Gaiferos,—que era suya la ciudad.  
Cuando son a la gran sala,—hallan allí al emperante  
asentado a la mesa,—que le daban a yantar.  
Con él está Oliveros,—con él está don Roldan,  
con él está Valdovinos—y Celinos el infante,

con él estaban muchos grandes—de Francia la natural.  
Y entrando por la sala—grande reverencia hacen,  
saludan al emperador—los tres juntos a la par.  
Desque don Roldan los vido—presto se fué a levantar:  
apriesa demanda a Celinos—no cesando de hablar:  
—Cabalgad presto, Celinos,—no esteis mas en la ciudad,  
que quiero perder la vida,—si bien mirais las señales,  
si aquel no es el conde Dirlos—que viene como salvaje:  
yo quedaré por vos, primo,—a lo que querrán demandar.—  
Ya cabalgaba Celinos,—y sale de la ciudad:  
con él va gran gente de armas—por haberlo de guardar.  
El conde y don Gaiferos—lléganse al emperante,  
la mano besar le quieren—y él no se la quiere dar;  
mas está muy maravillado, diciendo:—¿Quién puede estar?  
El conde que así lo vido—empezóle de hablar:  
—No se maraville vuestra Alteza,—que no es de maravillar,  
que quien dijo que era muerto,—mentira dijo y no verdad.  
Señor, yo soy el conde Dirlos,—vuestro servidor leal;  
mas los malos caballeros—siempre presumen el mal.—  
Conocídolo han todos—entonces en el hablar.  
Levantóse el emperador—y empezó de abrazarle,  
y mandó salir a todos—y las puertas bien cerrar.  
**[p. 345]** Solo queda Oliveros—y el paladin Roldan,  
el conde Dirlos y Gaiferos,—y el buen viejo don Beltrán.  
Asentóse el emperador,—y a todos manda posar:  
entonces con voz humilde—le empezó de hablar:  
—Esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,  
aunque de vuestro enojo—no es de tener pesar,  
porque no hay cargo ninguno,—ni vergüenza otro que tal,  
que si casó la condesa—no cierto a su voluntad,  
sino a porfía mia—y a ruego de don Roldan,  
y con tantas condiciones—que seria largo de contar;  
por do siempre ha mostrado—teneros amor muy grande.  
Si ha errado Celinos,—hízolo con mocedad,  
en escribir que érades muerto—pues que no era verdad;  
mas por eso nunca quise—a ella dejar tocar,  
ni menos a los desposorios—a él no dejé estar;  
mas por él fué presentado—ese paladin Roldan.  
Mas la culpa, conde, es vuestra—y a vos os la debeis dar;  
para ser vos tan discreto,—esforzado y de linaje,  
dejaste mujer hermosa,—moza y de poca edad:  
si de vista no la visitastes,—de cartas la debíades visitar.  
Si supiera que a la partida—llevábades tan gran pesar,  
no os enviara yo, el conde,—que otros pudiera enviar:  
mas por ser buen [\[1\]](#) caballero—solo a vos quise enviar.—  
El conde de que esto oyera—atal respuesta le hace:

—¡Calle, calle vuestra Alteza!—¡buen señor, no diga tal!  
que no cabe quejar de Celinos—por ser de tan poca edad,  
que con tales caballeros—yo no me acostumbro [2] honrar;  
mas por él está aquí Oliveros,—y por él está don Roldan,  
que son buenos caballeros—y los tengo yo por tales.  
¡Consentir ellos tal carta!—y ¡consentir tan gran maldad!  
¡o me tenían en poco,—o me tienen por cobarde,  
que sabiendo que era vivo—no se lo osaría demandar!  
Por eso suplico a tu [3] Alteza—campo nos [4] quiera otorgar;  
pues por él el pleito toman,—el campo pueden aceptar,  
si quieren uno por uno,—o los dos juntos a la par;  
no perjudicando a los míos,—aunque haya hartos de linaje,  
que a esto y mucho mas que esto—recaudo bastan a dar.  
Porque conozcan que sin parientes,—amigos no me han de faltar  
tomaré al esforzado—Renaldos de Montalvan.—  
Don Roldan que esto oyera—con gran enojo y pesar,  
no por lo que el conde dijo,—que con razon lo veía estar,  
[p. 346] mas en nombrarle Renaldos,—vuelto se le ha la sangre,  
porque los que mal le [1] quieren,—cuando le quieren hacer pesar  
luego le dan por los ojos—Renaldos de Montalvan.  
Movido de muy gran saña—luego habló don Roldan:  
—Soy contento, el conde Dirlos,—y tomad este mi guante,  
y agradeced que sois venido—tan presto sin mas tardar,  
que a pesar de quien pesare—yo los hiciera casar,  
sacando a don Gaiferos,—sobrino del emperante.  
—Callede, dijo Gaiferos,—Roldan, no digais atal;  
por ser soberbio y descortes—mal vos quieren los doce pares,  
que otros tan buenos como vos—defienden la otra parte,  
que yo faltar no les puedo,—ni dejar pasar lo tal.  
Aunque mi primo es Celinos,—hijo de hermana de madre,  
bien sabeis que el conde Dirlos—es hijo de hermano de padre,  
por ser hermano de padre,—no le tengo de faltar,  
ni porque no pase la vuestra,—que a todos ventaja quereis llevar.—  
El conde Dirlos el guante toma,—y de la sala se sale,  
tras él iba [2] Gaiferos,—y tras él va don Beltran.  
Triste está el emperador,—haciendo llantos muy grandes,  
viendo a Francia revuelta—y a todos los doce pares.  
Desde Renaldos lo supo—hubo de ello placer grande:  
al conde palabras decia,—mostrando tener voluntad:  
—Esforzado conde Dirlos,—de lo que habeis hecho me place,  
y muy mucho más del campo—contra Oliveros y Roldan.  
Una cosa rogar vos quiero,—no me la queráis negar;  
pues no es principal Oliveros,—ni menos es don Roldan,  
sin perjudicar vuestra honra—con cualquier podeis pelear;  
tomad vos a Oliveros,—y dejadme a don Roldan.  
—Pláceme, dijo el conde,—Renaldos, pues a vos place.—

Desque supieron las nuevas—los grandes y principales  
que es venido el conde Dirlos,—y que está ya en la ciudad,  
veréis parientes y amigos—que grandes fiestas le hacen.  
Los que a Roldan mal quieren—al conde Dirlos hacen parte,  
por lo cual toda la Francia—en armas veréis estar:  
mas si los doce quisieran—bien los podian paciguar;  
mas ninguno por paz se pone,—todos hacen parcialidad,  
sino el arzobispo Turpin,—que es de Francia cardenal,  
sobrino del emperador,—en esfuerzo principal,  
que solo aquel se ponía—si los podia apaciguar;  
mas ellos escuchar no quieren,—tanto se han mala voluntad.  
Veréis ir dueñas y doncellas—a unos y a otros rogar:  
ni por ruegos ni por cosas—no los pueden apaciguar.  
Sobre todos mostraba saña—el esforzado Merian,  
[p. 347] hermano del conde Dirlos—y hermano de Durandarte,  
aunque por diferencias—no se solian hablar,  
de que sabe lo que ha dicho—en el palacio real,  
que si el conde mas tardara—el casamiento ficiera pasar  
a pesar de todos ellos—y a pesar de don Beltran.  
Por esto cartas envía—con palabras de pesar,  
que aquello que él ha dicho—no lo basta hacer verdad,  
que aunque el conde no viniera,—habia quien lo demandar.  
El emperador que lo supo—muy grandes llantos que hace:  
por perdida dan a Francia—y a toda la cristiandad:  
dicen que alguna de las partes—con moros se ira a juntar.  
Triste iba y pensativo,—no cesando el sospirar;  
mas los buenos consejeros—aprovechan a la necesidad.  
Consejan al emperador—el remedio que ha de tomar,  
que mande tocar las trompetas—y a todos mande juntar,  
y al que luego no viniere—por traidor lo mande dar;  
que le quitará las tierras—y le mandará desterrar;  
mas todos son muy leales,—que todos juntado [1] se han.  
El emperador en medio de ellos—llorando empezó de hablar:  
—¡Esforzados caballeros!—¡y los mis primos carnales!  
entre vosotros no hay diferencia,—vosotros la quereis buscar:  
todos sois muy esforzados,—todos primos y de linaje,  
acuérdeos de morir—y que a Dios haceis pesar,  
no solo en perder a vosotros,—mas a toda la cristiandad.  
Una cosa rogar os quiero,—no vos querais enojar;  
que sin mi licencia en Francia [2] —campo no se puede dar.  
De tal campo no soy contento,—ni a mí cierto me place,  
porque yo no veo causa—porque lo haya de dar,  
ni hay vergüenza ninguna [3] —que a nadie [4] se pueda dar,  
ni al conde han enojado—Oliveros ni Roldan,  
ni el conde a ellos menos—porque se hayan de matar,  
de ayudar a sus amigo— ya usanza es atal.

Si Celinos ha errado—con amor y mocedad,  
pues no ha tocado a la condesa,—no ha hecho tanto mal  
que de ello merezca muerte,—ni se la deben de dar.  
Ya sabemos que el conde Dirlos—es esforzado y de linaje,  
y de los grandes señores—que en Francia comen pan,  
que quien a él enojare—él le basta a enojar,  
aunque fuese el mejor caballero—que en el mundo se hallase.  
Mas porque sea escarmiento—a otros hombres de linaje,  
[p. 348] que ninguno sea osado,—ni pueda hacer lo tal  
si estimare [1] su honra—en esto no osara entrar,  
que mengüemos a Celinos—por villano, y no de linaje;  
que en el número de los doce—no se haya de contar,  
ni cuando el conde fuere en cortes—Celinos no haya de [2] estar,  
ni do fuere la condesa—él no pueda habitar.  
Y esta honra, el conde Dirlos,—para siempre os la darán.—  
Don Roldan desque esto oyera—presto tal respuesta hace:  
—Mas quiero perder la vida—que tal haya de pasar.—  
El conde Dirlos que lo oyera—presto se fué a levantar,  
y con una voz muy alta—empezara de hablar:  
—Pues requiéroos, don Roldan,—por mí y el de Montalvan:  
que de hoy en los tres días—en campo hayais de estar;  
si no, a vos y a Oliveros—daros hemos por cobardes.  
—Pláceme, dijo Roldan,—y aun si queredes antes.—  
Veréis llantos en el palacio,—que al cielo quieren llegar,  
dueñas y grandes señoras—casadas y por casar,  
a pies de maridos e hijos—las veréis arrodillar.  
Gaiferos fué el primero—que ha mancilla de su madre,  
asimesmo don Beltran—de su hermana carnal,  
don Roldan de su esposa—que tan tristes llantos hace.  
Retíranse entonces todos,—para irse aposentar,  
los valedores hablando—a voz alta y sin parar:  
—Mejor es, buenos caballeros,—vos hayamos apaciguar;  
pues no hay cargo ninguno,—que todo se haya de dejar.—  
Entonces dijo Roldan—que es contento y que le place,  
con aquesta condición,—y esto se quiere aturar:  
porque Celinos es mochacho—de quince años y no mas,  
y no es para las armas,—ni aun para pelear:  
que fasta veinte y cinco años,—y fasta en aquella edad,  
que en el número de los doce—no se haya de contar,  
ni en la mesa redonda—menos pueda comer pan:  
ni donde fuere el conde y condesa—Celinos no pueda estar:  
desque fuere de veinte años—o puesto en mejor edad,  
si estimare su honra—que lo pueda demandar,  
y que entonces por las armas—cada cual defienda su parte,  
porque no diga Celinos—que era de menor edad.—  
Todos fueron muy contentos,—y a ambas partes les place.

Entonces el emperador— a todos los hace abrazar,  
todos quedan muy contentos,— todos quedan muy iguales.

Otro día el emperador— muy real sala les hace:  
a damas y caballeros— convídalos a yantar.

[p. 349] El conde se afeita las barbas,— los cabellos otro que tal,  
la condesa en las fiestas— sale muy rica y triunfante.

Los mestrasalas que servían— de parte del emperante,  
el uno es don Roldan,— y Renaldos de Montalvan,  
por dar mas avinenteza [1] — que hubiesen de hablar.

Cuando hubieron yantado,— antes de bailar ni danzar,  
se levantó el conde Dirlos— delante todos los grandes,  
y al emperador entregó— de las villas y lugares  
las llaves de lo ganado— del rey moro Aliarde;

por lo cual el emperador— de ello le da muy gran parte,  
y él a sus caballeros— grandes mercedes les hace.

Los doce tenían en mucho— la gran victoria que trae.

De allí quedó con gran honra— y mayor prosperidad.

(*Silva*, ed. de 1550, t. II, fol. 66.— *Canc. de Rom.*, s. a., fol. 6.—  
*Canc. de Rom.*, ed. de 1550, fol. 6.— *Floresta de varios  
romances.*) [2]

[p. 350] 160

## ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO

### Romance del Marqués de Mantua.—I

De Mantua salió el marques— Danes Urgel el leal:  
allá va a buscar la caza— a las orillas del mar.

Con él van sus cazadores— con aves para volar;  
con él van los sus monteros— con perros para cazar;  
con él van sus caballeros— para haberlo de guardar.

Por la ribera del Pou— la caza buscando van.

El tiempo era caluroso,— víspera era de Sant Juan.

Métense en una arboleda— para refresco [1] tomar;  
al derredor de una fuente— a todos mandó asentar.

Viandas aparejadas— traen, procuran yantar.

Desque hubieron yantado— comenzaron de hablar  
solamente de la caza— cómo se ha de ordenar.

Al pié estan de una breña— que junto a la fuente está.

Oyeron un gran ruido— entre las ramas sonar:

todos estuvieron quedos— por ver qué cosa será;

por las mas espesas matas— veen un ciervo asomar;

de sed venia fatigado,— al agua se iba a lanzar;

los monteros a gran priesa—los perros van a soltar:  
sueltan lebreles, sabuesos—para le haber de tomar.  
El ciervo que los sintió—al monte se vuelve a entrar:  
caballeros y monteros—comienzan de cabalgar;  
siguiéndole iban el rastro—con gana de le alcanzar:  
cada uno va corriendo—sin uno a otro esperar.  
El que traia buen caballo—corria mas por le atajar:  
apártense unos de otros—sin al marques aguardar.  
El ciervo era muy lijero,—mucho se fué adelantar;  
al ladrido de los perros—los mas siguiendole van.  
El monte era muy espeso,—todos perdidos se han.  
El sol se queria poner,—la noche queria cerrar,  
[p. 351] cuando el buen marques de Mántua—solo se fuera a fallar  
en un bosque tan espeso—que no podia caminar.  
Andando a un cabo y a otro,—mucho alejado se ha;  
tantas vueltas iba dando—que no sabe donde está.  
La noche era muy oscura,—comenzó recio a tronar;  
el cielo estaba nublado,—no cesa de relampaguear.  
El marques que así se vido—su bocina fué a tomar,  
a sus monteros llamando:—tres veces la fué a tocar.  
Los monteros eran léjos,—por demas era el sonar,  
el caballo iba cansado—de por las breñas saltar;  
a cada paso caia,—no se podia menear.  
El marques muy enojado—la rienda le fué a soltar;  
por do el caballo queria—lo dejaba caminar.  
El caballo era de casta,—esfuerzo fuera a tomar.  
Diez millas ha caminado—sin un momento parar;  
no va camino derecho—mas por do podia andar.  
Caminando todavía—un camino va a topar;  
siguiendo por el camino—va a dar en un pinar:  
por él anduvo una pieza—sin poder dél se apartar.  
Pensó reposar allí—o adelante pasar;  
mas por buscar a los suyos—adelante quiere andar.  
Del pinar salió muy presto,—por un valle fuera a entrar,  
cuando oyó dar un gran grito—temeroso y de pesar,  
sin saber que de hombre fuese,—o qué pudiese estar:  
solo gran dolor mostraba,—otro no pudo notar,  
de que se turbó el marques,—todo espeluzado se ha,  
mas aunque viejo de dias—empiézase de esforzar.  
Por su camino adelante—empieza de caminar:  
a pié va que no a caballo;—el caballo va a dejar,  
porque estaba muy cansado,—y no podia bien andar;  
en un prado que alli estaba—allí lo fuera a dejar.  
Cuando llegó a un rio,—en medio de un arenal  
un caballo vido [1] muerto,—comenzóle de mirar.  
Armado estaba de guerra—a guisa de pelear;

los brazos tenia cortados,—las piernas otro que tal;  
un poco mas adelante—una voz sintió hablar:  
—¡Oh Santa Maria Señora,—no me quieras olvidar!  
¡A ti encomiendo mi alma,—plégate de la guardar!  
En este trago de muerte—esfuerzo me quieras dar;  
pues a los tristes consuelas—quieras a mí consolar,  
y tu muy [2] precioso Hijo—por mí te plega rogar  
que perdone mis pecados,—mi alma quiera salvar.—  
Cuando aquesto oyó el marques—luego se fuera a apartar  
[p. 352] revolvióse el manto al brazo—la espada fuera a sacar:  
apartado del camino—por el monte fuera a entrar;  
hácia do sintió la voz—empieza de caminar.  
Las ramas iba cortando—para la vuelta acertar;  
a todas partes miraba—por ver qué cosa será;  
el camino por do iba—cubierto de sangre está.  
Vínole grande congoja,—todo se fué a demudar,  
que el espíritu le daba—sobresalto de pesar.  
De donde la voz oyera—muy cerca fuera a llegar:  
al pié de unos altos robles—vido un caballero estar,  
armado de todas armas—sin estoque ni puñal.  
Tendido estaba en el suelo,—no cesa de se quejar;  
las lástimas que decia—al marques hacen llorar:  
por entender lo que dice—acordó de se acercar.  
Atento estaba escuchando—sin bullir ni menearse: [1]  
lo que decia el caballero—razon es de lo contar.  
—¿Dónde estás, señora mia,—que no te pena mi mal?  
De mis pequeñas heridas—compasion solias tomar,  
¡agora de las mortales—no tienes ningun pesar!  
No te doy culpa, señora,—que descanso en el hablar:  
mi dolor que es muy sobrado—me hace desatinar.  
Tú no sabes de mi mal [2] —ni de mi angustia mortal;  
yo te pedí la licencia—para mi muerte buscar.  
Pues yo la hallé, señora,—a nadie debo culpar,  
cuanto mas a ti, mi bien,—que no me la querias dar;  
mas cuando mas no podiste—bien sentí tu gran pesar  
en la fe de tu querer,—segun te vi demostrar.  
¡Esposa mia y señora!—no cures de me esperar;  
fasta el día del juicio—no nos podemos juntar.  
Si viviendo me quisiste,—al morir lo has de mostrar,  
no en hacer grandes extremos,—mas por el alma rogar,  
¡Oh mi primo Montesinos!—¡Infante don Merian!  
¡Deshecha es la compañía—en que solíamos andar!  
¡Ya no esperéis mas de verme—no os cumple mas de buscar,  
que en balde trabajaréis—pues no me podréis hallar!  
¡Oh esforzado don Renaldos!—¡Oh buen paladin Roldan!  
¡Oh valiente don Urgel!—¡Oh don Ricardo Normante!



¡Oh marques don Oliveros!—¡Oh Durandarte el galan!  
¡Oh archiduque don Estolfo!—¡Oh gran duque de Milan!  
¿Dónde soy todos vosotros?—¿No venís a me ayudar?  
¡Oh emperador Cárlo Magno,—mi buen señor natural,  
si supieses tú mi muerte—cómo la harías vengar!  
Aunque me mató tu hijo—justicia querrias [3] guardar,  
[p. 353] pues me mató a traicion—viniéndole acompañar.  
¡Oh príncipe don Carloto!—¿que ira tan desigual  
te movió sobre tal caso—a quererme así matar,  
rogándome que viniese—contigo por te guardar? [1]  
¡Oh desventurado yo,—cómo venia sin cuidar  
que tan alto caballero—pudiese hacer tal maldad!  
Pensando venir a caza—mi muerte vine a cazar.  
No me pcsa del morir—pues es cosa natural.  
¡mas por morir como muero—sin merecer ningun mal,  
y en tal parte donde nunca—la mi muerte se sabrá!  
¡Óh alto Dios poderoso,—justiciero y de verdad,  
sobre mi muerte inocente—justicia quieras mostrar!  
¡De esta ánima pecadora—quieras haber piedad!  
¡Oh triste reina mi madre,—Dios te quiera consolar,  
que ya es quebrado el espejo—en que te solias mirar!  
Siempre de mí recelaste—recibir algún pesar,  
¡agora de aquí adelante—no te cumple recelar!  
En las justas y torneos—consejo me solias dar,  
¡agora triste en la muerte—aun no me puedes hablar!  
¡Oh noble marques de Mantua,—mi señor tio carnal!  
¿dónde estais que no ois—mi doloroso quejar?  
¡Que nueva tan dolorosa—vos será de gran pesar,  
cuando de mí no supierdes—ni me pudierdes hallar!  
Hecístesme heredero—por vuestro Estado heredar,  
¡mas vos lo habréis de ser mio—aunque sois de mas edad!  
¡Oh mundo desventurado;—nadie debe en ti fiar;  
al que mas subido tienes—mayor caida haces dar!—  
Estas palabras diciendo—no cesa de sospirar  
sospiros muy dolorosos—para el corazón quebrar.  
Turbado estaba el marques,—no pudo mas escuchar:  
el corazón se le aprieta,—la sangre vuelta se le ha.  
A los pies del caballero—junto se fué a llegar;  
con la voz muy alterada—empezóle de hablar:  
—¿Qué mal teneis, caballero?—Querádesmelo contar.  
¿Teneis heridas de muerte,—o teneis otro algún mal?  
Cuando lo oyó el caballero—la cabeza probó alzar:  
pensó que era su escudero,—tal respuesta le fué a dar:  
—¿Qué dices, amigo mio?—¿Traes con quien me confesar?  
Que ya el alma se me sale;—la vida quiero acabar:  
del cuerpo no tengo pena,—que el alma querría salvar.—

Luego le entendió el marques—por otro le fuera a tomar:  
respondióle muy turbado—que apenas pudo hablar:  
—Yo no soy vuestro criado,—nunca comí vuestro pan,  
antes soy un caballero—que por aquí acerté a pasar:  
[p. 354] vuestras voces dolorosas—aquí me han hecho llegar  
a saber qué mal teneis,—o de qué es vuestro penar.  
Pues que caballero sois—querades vos esforzar,  
que para esto es este mundo—para bien y mal pasar.  
Decidme, señor, quién sois—y de qué es vuestro mal,  
que si remediarse puede—yo os prometo de ayudar:  
no dudeis, buen caballero,—de decirme la verdad.—  
Tornara en sí Valdovinos,—respuesta le fuera a dar:  
—Muchas mercedes, señor,—por la buena voluntad;  
mi mal es crudo y de muerte,—no se puede remediar.  
Veinte y dos heridas tengo—que cada una es mortal;  
el mayor dolor que siento,—es morir en tal lugar,  
do no se sabrá mi muerte—para poderse vengar,  
porque me han muerto a traición—sin merescer ningun mal.  
A lo que habeis preguntado—por mi fe os digo verdad,  
que a mí dicen Valdovinos,—que el Franco solian llamar:  
hijo soy del rey de Dacia,—hijo soy suyo carnal,  
uno de los doce pares—que a la mesa comen pan.  
La reina doña Ermeline [1] —es mi madre natural,  
el noble marques de Mantua—era mi tío carnal,  
hermano era de mi padre—sin en nada discrepar;  
la linda infanta Sevilla—es mi esposa sin dudar:  
hame ferido Carloto—su hijo del emperante,  
porque él requirió de amores—a mi esposa con maldad:  
porque no le dió su amor—él en mí se fué a vengar  
pensando que por mi muerte—con ella habia de casar.  
Hame muerto a traicion—viniendo yo a le guardar,  
porque él me rogó en Paris—le viniese acompañar  
a dar fin a una aventura—en que se queria probar.  
Quien quier que seais, caballero,—la nueva os plega llevar  
de mi desastrada muerte—a Paris, esa ciudad,  
y si hácia Paris no fuerdes—a Mántua la iréis a dar,  
que el trabajo que ende habréis—muy bien vos lo pagarán,  
y si no quisierdes paga—bien se vos agradecerá.—  
Cuando aquesto oyó el marques—la habla perdido ha,  
en el suelo dió consigo,—la espada fué arrojar,  
las barbas de la su cara—empezólas de arrancar,  
los sus cabellos muy canos—comiéndalos de mesar.  
A cabo de una gran pieza—en pié se fué a levantar;  
allegóse al caballero—por las armas le quitar.  
Desde que le quitó el almete—comenzóle de mirar:  
estaba bañado en sangre,—con la color muy mortal;

estaba desfigurado,—no lo podía figurar,  
ni le podía conocer—en el gesto ni el hablar;  
[p. 355] dudando estaba dudando—si era mentira o verdad.  
Con un paño que traía—la cara le fué a limpiar:  
desque la hubo limpiado—luego conocido lo ha.  
En la boca lo besaba—no cesando de llorar,  
las palabras que decia—dolor es de las contar.  
—¡Oh sobrino Valdovinos,—mi buen sobrino carnal!  
¿Quién vos trató de tal suerte?—¿Quién vos trajo a tal lugar?  
¿Quién es el que a vos mató—que a mí vivo fué a dejar?  
¡Mas valiera la mi muerte—que la vuestra en tal edad!  
¿No me conoceis, sobrino?—Por Dios me querais [1] hablar!  
Yo soy el triste marques—que tío solidades [2] llamar,  
yo soy el marques de Mántua—que debo de reventar  
llorando la vuestra muerte—por con vida no quedar.  
¡Oh desventurado viejo!—¿Quién me podrá conortar?  
que pérdida tan crecida—mas dolor es consolar.  
Yo la muerte de mis hijos—con vos podría olvidar.  
Agora, mi buen señor, [3] —de nuevo habré de llorar.  
A vos tenia por sobrino [4] —para mi estado heredar,  
agora por mi ventura—yo vos habré de enterrar.  
Sobrino, de aquí adelante—yo no quiero vivir mas:  
ven, muerte, cuando quisieres,—no te quieras detardar;  
¡mas al que menos te teme—le huyes por mas penar!  
¿Quién le llevará las nuevas—amargas de gran pesar  
a la triste madre vuestra?—¿Quién la podrá consolar?  
Siempre lo oí decir,—agora veo ser [5] verdad,  
que quien larga vida vive—mucho mal ha de pasar:  
por un placer muy pequeño—pesares ha de gustar.—  
De estas palabras y otras—no cesaba de hablar  
llorando de los sus ojos—sin poderse conortar.  
Esforzóse Valdovinos—con el angustia mortal;  
desque conoció a su tío—alivio fuera a tomar:  
tomóle entrambas las manos,—muy recio le fué apretar:  
disimulando su pena—comenzó al marques hablar:  
—No lloredes, señor tío,—por Dios no querais llorar,  
que me dais doblada pena—y al alma haceis penar;  
mas lo que vos encomiendo—es por mí querais rogar,  
y no me desampareis—en este esquivo lugar;  
fasta que yo haya espirado,—no me querades dejar.  
Encomiándoos a mi madre,—vos la querais consolar,  
que bien creo que mi muerte—su vida habrá de acabar;  
[p. 356] encomiándoos a mi esposa,—por ella querais mirar;  
el mayor dolor que siento—es no la poder hablar.—  
Ellos estando en aquesto—su escudero fué a llegar:  
un ermitaño traía—que en el bosque fué a hallar,

hombre de muy santa vida—de órden sacerdotal.  
Cuando llegó el ermitaño—el alba queria quebrar.  
Esforzando a Valdovinos—comenzóle amonestar  
que olvidase aqueste mundo—y de Dios se quiera acordar.  
Aparte se fué el marques—por dalles mejor lugar;  
el escudero a otra parte—también se fuera apartar:  
el marques de quebrantado—gran sueño le fué a tomar  
Confesóse Valdovinos—a toda su voluntad.  
Estando en su confesion,—ya que queria acabar,  
las angustias de la muerte—comienzan de le aquejar:  
con el dolor que sentia—una gran voz fuera a dar:  
llama a su tio el marques,—comenzó así de hablar:  
—Adios, adios, mi buen tio,—adios vos querais quedar,  
que yo me voy de este mundo—para la mi cuenta dar:  
lo que vos ruego y encomiendo—no lo querais olvidar:  
dadme vuestra bendición,—la mano para besar.—  
Luego perdiera el sentido,—luego perdiera el hablar,  
los dientes se le cerraron,—los ojos vuelto se le han.  
Recordó luego el marques,—a él se fuera a llegar,  
muchas veces lo bendice—no cesando de llorar.  
Absolvióle el ermitaño;—por él comienza a rezar.  
A cabo de poco rato—Valdovinos fué a espirar:  
El marques de verlo así—amortecido se ha,  
consuélalo el ermitaño,—muchos ejemplos le da:  
el marques como discreto—acuerdo fuera a tomar,  
pues remediar no se puede,—a haberse de conortar. [1]  
Lo que hacia el escudero—lástima era de mirar;  
rescuñaba la su cara,—sus ropas rasgado ha,  
sus barbas y sus cabellos—por tierra los va a lanzar.  
A cabo de una gran pieza,—que ambos cansados están,  
el marques al ermitaño—comienza de preguntar:  
—Pídoos por Dios, padre honrado,—respuesta me querais dar:  
¿dónde estamos, o en qué reino,—en qué señorío o lugar?  
¿Cómo se llama esta tierra?—¿Cuya es, y a qué mandar?—  
El ermitaño responde:—Pláceme de voluntad:  
debeis de saber, señor,—que esta es tierra sin poblar;  
otro tiempo fué poblada,—despoblóse por gran mal,  
por batallas muy crueles—que hubo en la cristiandad:  
a esta llaman la Floresta—sin ventura y de pesar,  
porque nunca caballero—en ella se acaeció entrar  
[p. 357] que saliese sin gran daño—o desastre desigual.  
Esta tierra es del marqués—de Mántua, la gran ciudad:  
fasta Mántua son cien millas,—sin poblado ni lugar,  
sino sola una ermita—que a seis millas de aquí está,  
donde yo hago mi vida—por del mundo me apartar.  
El mas cercano poblado—a veinte millas está;

es una villa cercada—del ducado de Milan.  
Ved lo que quereis, señor,—en que yo os pueda ayudar,  
que por servicio de Dios—lo haré de voluntad,  
y por vuestro acatamiento,—y por hacer caridad.—  
El marques que aquesto oyera—comenzóle de rogar  
que no recibiese pena—de con el cuerpo quedar,  
mientras él y el escudero—el caballo van buscar  
que allí cerca habia dejado—en un prado a descansar.  
Plúgole al ermitaño—allí haberlos de esperar:  
el marques y el escudero—el caballo van buscar:  
por el camino do iban—comenzóle a preguntar:  
—Dígame, buen escudero,—si Dios te quiera guardar,  
¿qué venia tu señor—por esta tierra buscar,  
y por qué causa lo han muerto,—y quién le fuera a matar?—  
Respondió el escudero,—tal respuesta le fué a dar:  
—Por la fe que debo a Dios—yo no lo puedo pensar,  
porque no lo sé, señor;—lo que ví os quiero contar.  
Estando dentro en Paris—en cortes del emperante,  
el príncipe don Carloto—a mi señor envió a llamar.  
Estuvieron en secreto—todo el dia en su hablar;  
cuando la noche cerró—ambos se fueron armar.  
Cabalgaron a caballo,—salieron de la ciudad  
armados de todas armas—a guisa de pelear.  
Yo salí con Valdovinos—y con Carloto un paje:  
ayer huto quince dias—salimos de la ciudad.  
Luego cuando aquí llegamos—a este bosque de pesar,  
mi señor y don Carloto—mandaron nos esperar.  
Solos se entraron los dos—por aquel espeso valle;  
el paje estaba cansado,—gran sueño le fué a tomar;  
yo pensando en Valdovinos—no podia reposar.  
Apartéme del camino—en un árbol fuí a pujar, [1]  
a todas partes miraba—cuando los veria tornar.  
A cabo de un gran rato—caballos oí relinchar,  
ví venir tres caballeros,—mi señor no ví tornar.  
Venian bañados en sangre,—luego ví mala señal;  
el uno era don Carloto,—los dos no pude notar.  
Con gran miedo que tenia—no les osé preguntar  
do quedaba Valdovinos,—do le fueran a dejar:  
[p. 358] mas abajéme del árbol,—entré por aquel pinar:  
desque los [1] ví trasponer—yo comencé de buscar  
a mi señor Valdovinos,—mas no lo podia hallar:  
el rastro de los caballos—no dejaba de mirar.  
A la entrada de un llano,—al pasar de un arenal,  
ví huella de otro caballo, [2] —la cual me pareció mal;  
ví mucha sangre por tierra,—de que me fuí a espantar;  
en la orilla del rio—el caballo fuí a hallar,

mas adelante no mucho—a Valdovinos ví estar.  
Boca abajo estaba en tierra,—y casi queria espirar,  
todo cubierto de sangre—que apenas podia hablar.  
Levantáralo de tierra,—comencéle de limpiar;  
por señas me demandó—confesor fuese a buscar.  
Esto es, noble señor,—lo que sé de este gran mal.—  
En estas cosas hablando—el caballo van topar,  
cabalgó en él el marques,—y a las ancas fuéle a tomar:  
a do quedó el ermitaño—presto tornado se han.  
Desde hablaron un rato—acuerdo van a tomar  
que se fuesen a la ermita,—y el cuerpo allá lo llevar.  
Pónenlo encima el caballo,—nadie quiso cabalgar.  
El ermitaño los guia,—comienzan de caminar;  
llevan vía de la ermita—aprieta y no de vagar.  
Deque allá hubieron llegado—el cuerpo van desarmar.  
Quince lanzadas tenia,—cada una era mortal,  
que de la menor de todas—ninguno podría escapar.  
Cuando así lo vió el marques—traspasóse de pesar,  
a cabo de una gran pieza—un gran suspiro fué a dar.  
Entró dentro en la capilla,—de rodillas se fué a hincar,  
puso la mano en una ara—que estaba sobre el altar,  
en los piés de un crucifijo—jurando, empezó de hablar:  
—Juro por Dios poderoso,—por Santa María su Madre,  
y al santo Sacramento—que aquí suelen celebrar,  
de nunca peinar mis canas—ni las mis barbas cortar: [3]  
de no vestir otras ropas,—ni renovar mi calzar;  
de no entrar en pohlado,—ni las armas me quitar,  
sino fuere una hora [4] —para mi cuerpo limpiar; [5]  
de no comer a manteles,—ni a mesa me asentar,  
fasta matar a Carloto—por justicia o pelear,  
o morir en la demanda—manteniendo la verdad:  
[p. 359] y si justicia me niegan—sobre esta tan gran maldad,  
de con mi Estado y persona—contra Francia guerrear,  
y manteniendo la guerra—morir o vencer sin paz@  
[1]Y por este juramento—prometo de no enterrar  
el cuerpo de Valdovinos—fasta su muerte vengar—  
De que aquesto hubo jurado—mostró no sentir pesar;  
rogando está al ermitaño—que le quisiese ayudar  
para llevar aquel cuerpo—al mas cercano lugar.  
El ermitaño piadoso—su bestia le fué a dejar;  
amortajaron el cuerpo,—en ella lo van a posar:  
con las armas de Valdovinos—el marques se fué armar:  
cabalgara en su caballo,—comienza de caminar.  
Camino llevan de la villa—que arriba oistes nombrar.  
Con él iba el ermitaño—por el camino mostrar.  
Antes que a la villa lleguen—una abadía van fallar

de la órden de Sant Bernardo [2] —que en una montaña [3] está,  
a la bajada de un puerto—y a la entrada de un lugar. [4]  
Allá se fué el marques—y allí acordó quedar  
por estar más encubierto,—y el cuerpo en guarda dejar,  
por hacelle [5] un ataud—y habello de embalsamar.  
Al ermitaño rogaba—dineros quiera tomar;  
desque dineros no quiso—sus ricas [6] joyas le da:  
no quiso ninguna cosa,—su bestia fué a demandar:  
despidióse del marques,—a Dios le fué encomendar.  
Después de ser despedido—para su ermita se va;  
por el camino do vuelve—a muchos topado ha  
que el marqués iban buscando,—llorando por le [7] hallar.  
Muchos por él preguntaban,—las señales ciertas dan,  
por las señas que le dieron—él conocido lo ha,  
a todos les respondia:—Yo vos digo de verdad,  
que un hombre de tales señas,—que no sé quién es ni cuál,  
dos dias ha que le acompaño [8] —sin saber adónde va;  
dejélo en un abadía—que dicen de Flores Valle,  
con un caballero muerto—que acaso fuera a fallar:  
si alla quereis ir, señores,—fallaréislo de verdad. [9]

(Silva de 1550, t. II, fol. 122.—Canc. s. a., fol. 29.—Canc. 1550.  
folio 29.—Floresta de varios rom.)

[p. 360] 166

(DEL MARQUES DE MÁNTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.—II)

### **Romance de la embajada que envió Danes Urgel, [1] marques de Mantua al Emperador**

De Mántua salen apriesa—sin tardanza ni vagar  
ese noble conde Dirlos,—visorey de allende el mar,  
con el duque de Sanson [2] —de Picardía natural:  
camino van de Paris,—aunque ninguno lo sabe,  
que el marques Danes Urgero—los envía con mensaje  
a ese alto emperador—que estaba en Paris la grande.  
Llegados son a Paris—sin mucho tiempo tardar:  
caballeros son de estima,—de grande estado y linaje,  
de los doce que a la mesa—redonda comian pan.  
Los grandes que lo supieron—salen por los acompañar.  
Desque entraron en Paris—vense al palacio real;  
preguntan por el emperador—para habelle de hablar:  
desque lo supo don Carlos [3] —luego los mandó entrar;  
desque son delante dél—las rodillas van hincar;

demandáronle las manos,—mas no se las quiso dar;  
mandóles alzar de tierra,—comenzóles preguntar:  
—¿De dónde venides, duque?—¿de qué parte o qué lugar?  
¿Dónde habeis estado, conde?—¿venís de allende la mar?—  
Respondieron ambos juntos—presto tal respuesta dan:  
—En Francia habemos estado, en Mántua, esa ciudad,  
con el marques Danes Urgero—por le haber de acompañar;  
embajada vos traemos,—señor, queraisla escuchar:  
mandad salir todos fuera,—no quede sino Roldan,  
que después siendo contento,—bien se podrá publicar—  
**[p. 361]** Todos se salieron luego—de la cámara real,  
todos cuatro quedan solos,—las puertas mandan cerrar.  
De rodillas por el suelo—el conde comenzó a hablar:  
—¡Oh muy alto emperador,—sacra real majestad!  
tu vasallo soy, señor,—y de Francia natural;  
pues vengo por mensajero—licencia me manda dar  
para decir mi embajada,—si no recibes pesar.—  
Respondió el emperador—sin el semblante mudar:  
—Decid, conde, qué quereis,—no vos querais recelar; [\[1\]](#)  
bien sabeis que el mensajero—licencia tiene de hablar:  
al amigo y enemigo—siempre se debe escuchar,  
por amistad al amigo,—y al otro por se avisar.—  
Levantóse luego el conde,—una carta fué a mostrar,  
la cual era de creencia,—dióla en manos de Roldan:  
comenzó de hacer su habla—con discreto razonar:  
—Creyendo hacer mas servicio—a tu sacra majestad,  
acepté, señor, el cargo—de este mensaje explicar,  
porque sin pasion ninguna—la verdad podré contar,  
según que vengo informado,—sin añadir ni quitar.  
La embajada que yo traigo—es justicia demandar  
del intante [\[2\]](#) don Carloto,—tu propio hijo carnal.  
Dicen que él mató sin culpa [\[3\]](#) —a Valdovinos el infante,  
hijo del buen rey de Dacia,—tu vasallo natural;  
dicen que le mató con aleve,—con engaño y falsedad,  
rogándole que se fuese—con él a le acompañar.  
Por casarse con su esposa—dicen que le fué a matar:  
de este delito se quejan—muchos hombres de linaje,  
que son parientes del muerto,—y se sienten del tal mal. [\[4\]](#)  
El marques Danes Urgero—se muestra mas principal,  
por ser tio de Valdovinos,—hermano del rey su padre.  
Demas de ser su pariente,—tiene muy mayor pesar  
porque lo falló herido,—casi a punto de espirar,  
en un bosque muy esquivo,—apartado de lugar.  
Él mismo le contó el caso,—a él se fué encomendar,  
en sus brazos espiró,—razon es no le olvidar:  
y ese maestro de Rodas [\[5\]](#) —Urgel de la fuerza grande,



que es primo del marques,—tio tambien del infante:  
[p. 362] y ese duque de Baviera—don Naimo el singular, [1]  
abuelo de Valdovinos,—padre carnal de su madre: [2]  
y ese rey de Sansueña,—tu vasallo natural,  
padre de la infanta Sevilla—que cristiana fué a tornar  
por amor de Valdovinos—para con él se casar;  
y otros muchos caballeros—tambien se van a quejar,  
los unos por parentesco,—los otros por amistad;  
sobre todos esa reina—doña Ermeline, [3] su madre.  
Tus naturales y extraños—tambien te envían a suplicar  
que si tu hijo los mata—¿quién los ha de defender?  
Si no mantienes justicia—dejarán su natural.  
y se partirán de Francia—a otros reinos a morar.  
El caso es abominable,—y terrible de contar;  
si tal cosa es, señor,—bien lo debes castigar.  
Acuérdate de Trajano—en la justicia guardar,  
que no dejó sin castigo—su único hijo carnal;  
aunque perdonó la parte,—él no quiso perdonar.  
Si niegas, señor, justicia,—mucho te podrán culpar,  
que tal caso como este—no es para dejar pasar.  
¡Mira bien, señor, en ello!—Respuesta nos mandan dar.—  
Turbóse el emperador,—que apenas pudo hablar:  
la mano tenia en la barba,—muy pensativo ademas.  
A cabo de una gran pieza—tal respuesta le fué a dar:  
—¡Si lo que habeis dicho, conde,—se puede hacer verdad,  
mas quisiera que mi hijo—fuera el muerto sin dudar!  
El morir es una cosa—que a todos es natural,  
la memoria queda viva—del que muere sin fealdad;  
del que vive deshonorado—se debe tener pesar,  
porque así viviendo muere—olvidado de bondad.  
Decilde, conde, al marques—y a cuantos con él están;  
que el pesar que de esto tengo—no lo puedo demostrar:  
mas yo daré tal ejemplo—en esta muerte vengar,  
que la pena del delito—sobrepuje a la maldad,  
porque todos escarmienten—cuantos lo oyeren nombrar.  
Vengan pedir su justicia—que yo la haré guardar  
como es costumbre de Francia—usada de antigua edad; [4]  
si buena verdad trujeren—en mi corte se verá;  
do mi persona estuviere—la justicia será igual,  
así al pobre como al rico,—así al chico como al grande,  
y tambien al extranjero,—como al propio natural.  
Mas quiero dejar memoria—de grande riguridad,  
que dejar sin dar castigo,—al que comete maldad,  
[p. 363] aunque sea mi propio hijo—que me tenia de heredar.—  
Cuando esto oyó el conde [1] —las manos le fué a besar;

alabando su respuesta,—el duque comenzó hablar:  
—Siempre, señor, confiamos—de tu ínclita bondad  
que por mantener justicia—tal respuesta habias de dar;  
mas porque el caso requiere—en sí mesmo gravedad,  
y por ser cosa de hijo—tú no lo debes juzgar,  
el marques Danes Urgero—te envía a suplicar,  
que porque él tiene jurado—de en poblado nunca entrar  
fasta que alcance derecho—de Carloto el infante,  
y él mismo tiene de ser—el que lo ha de acusar,  
que no quieras ser presente—para haber de sentenciar;  
mas que nombres caballeros—que puedan determinar,  
segun costumbre de Francia,—entre hombres de linaje,  
y que los que señalardes—para este caso mirar,  
sean caballeros de estado—de tu consejo imperial,  
y que hagan juramento—de administrar la verdad,  
y tu majestad provea—de señalar un lugar  
en el campo, sin poblado,—a do se haya de juzgar  
para oir ambas las partes—fasta ejecución final:  
y porque el marques trae gentes—para se haber de guardar  
de quien algo le quisiere—y le hubiere de enojar,  
y sus parientes y amigos—vienen por le acompañar,  
y entre ellos viene Renaldos,—el señor de Montalvan,  
el cual está puesto en bandos—con tu sobrino Roldan;  
porque no sabe el marques—si recibirás pesar,  
no quiere venir con gentes—sin saber tu voluntad,  
pues viene a pedir justicia—y no para guerrear:  
que tú, señor, le asegures—y a cuantos con él vernán,  
mientras que el pleito durare—seguro les mandes dar  
para venida y estada,—y despues para tornar,  
no porque él tema a ninguno,—ni haya de quién se recelar;  
mas por cumplir lo que debe—a tu sacra majestad.  
De esta manera, señor,—el vendrá sin detardar,  
que ya es partido de Mántua,—no cesa de caminar.  
Don Renaldos le aposenta—sin hacer daño ni mal,  
en tierras de señoríos—todos recaudo le dan,  
pagando de sus dineros—lo acostumbrado pagar.  
Para pasar por tus tierras—licencia les manda [2] dar,  
y todos los bastimentos—que hubieren necesidad:  
pagando lo que valiere—no se les debe negar.—  
Al emperador le plugo,—todo lo fué así otorgar:  
—El marques venga seguro—y cuantos con él vernán. [3]  
[p. 364] Venga siquiera de guerra,—o como le placera, [1]  
yo lo tomo so mi amparo,—so mi corona real.  
Porque mas seguro venga—este mi anillo tomad;  
todo lo que os prometo—siempre fallaréis verdad;  
la licencia que pedís—soy contento de vos dar;

ordenaldo a vuestra guisa,—que así lo quiero firmar.—  
Sacó un anillo de oro—con el sello imperial;  
el duque le tomó luego,—las manos le fué a besar.  
Del emperador se despiden,—a sus posadas se van.  
Don Roldan quedó enojado,—mas no lo quiso mostrar.  
Luego se supo en la corte—todo lo que fué a pasar,  
la embajada que traian,—lo que venian a demandar.  
Mucho pesó a don Carloto,—quíérello disimular;  
fuése al emperador—a haberse de disculpar;  
mas nunca lo quiso oír—sino en [2] consejo real.  
La audiencia que le dió—fué mandarlo aprisionar  
fasta ser determinada—por su corte la verdad.  
Desde preso y a recado—en guarda lo fuera dar  
a don Arnaldos de Belanda, [3] —que Ayuelos suelen llamar,  
gran condestable de Francia,—y en cortes gran senescal.  
Mucho pesaba a los grandes—que le tenían amistad,  
sobre todos le pesaba—a ese paladin Roldan.  
Todos buscaban maneras—para le haber de soltar,  
mas nunca el emperador—a nadie quiso escuchar:  
cuanto mas por él le ruegan,—tanto mas lo hacer guardar.  
Cada dia entra en consejo,—las leyes hacia mirar,  
quien tal crimen cometia—qué pena le habían de dar.  
Estando en esto las cosas—el marques fuera a llegar  
a tres millas de Paris—a vista de la ciudad:  
no quiso pasar adelante,—mandó asentar su real.  
Aposentóle Renaldos—ribera de un rio caudal,  
do mejor le pareció—y más seguro lugar;  
él se pasó adelante—una milla o poco mas.  
Armaron luego su tienda,—su bandera mandó alzar:  
la gente de la ciudad—todos iban a mirar  
el gran campo del marques,—su concierto singular,  
[p. 365] la diversidad de gentes,—la órden que el marques trae. [1]  
Muchos señores y grandes—al marques iban hablar  
por probar algun concierto—y saber su voluntad.  
Él estábase en su tienda,—en aquel estado grande,  
armado de todas armas,—y descubierta la faz,  
el ataud allí delante—por mas dolor demostrar,  
la madre de Valdovinos—y su esposa allí a la par  
de aquella forma y manera—que arriba oistes nombrar.  
Los que venian a la tienda—para el marques visitar,  
desde le veian armado—y de aquella forma estar,  
habian dél compasion,—llegaban por le hablar.  
Recibíalos muy bien,—cabe él los hacía sentar;  
el caso como pasara—a todos iba a contar.  
Cuando algo le rogaban—mostraba mucho pesar;  
rogaba con cortesía—le quisiesen perdonar

por no poder complacerlos—como era su voluntad,  
porque él se había quitado—sobre esto la libertad.  
El juramento que hizo—a todos hacia mostrar,  
porque no tuviesen causa—sobre ello le importunar.  
Los grandes que allí venían—no le querían fatigar,  
ni querían sobre tal caso—su dolor le renovar.  
Volvíanse para Paris—pensativos además,  
diciendo tener razón—el marques de se vengar  
de un tan grave delito,—y hacedlo bien castigar.  
Cuando el emperador supo—que el marques fuera a llegar,  
mandó llamar al consejo—en su palacio imperial.  
Mandó cuando fueron juntos los embajadores llamar:  
la embajada que trajeron—tornasen a recontar.  
Levantóse el conde Dirlos—comenzóla de explicar:  
desque la hubo acabado—tornóse luego asentar.  
Todos se maravillaban—de oír tan gran maldad;  
por amor del emperador—todos recibían pesar,  
mirábanse unos a otros,—a todos parecía mal.  
Antes que hablase ninguno—el emperador fué hablar:  
—Lo que aquí pide el marques—por primero y principal,  
es que yo nombre jueces—para esto determinar:  
por ser caso de Carloto—presente no quiero estar;  
para mejor señalarlos—y todo mi poder dar,  
que administren la justicia—en su conciencia y verdad.—  
A todos está mirando—y empiézales de hablar:  
—Los jueces que yo nombro—para justicia guardar,  
el uno es Dardin Dardeña—que el Delfin suelen llamar,  
de tres estados de Francia,—el primero en aconsejar:  
el otro el conde de Flandes,—don Alberto el singular,  
[p. 366] uno de los tres estados,—y primero en el mandar;  
otro el duque de Borgoña,—primero estado en juzgar,  
riguroso y justiciero,—en mis reinos principal:  
el otro el duque don Carlos,—mi sargento general:  
otro el duque de Borbon,—mi cuñado don Grimalte: [1]  
el otro el conde de Foy, [2] —y el buen viejo don Beltran:  
otro sea don Reyner—llamado duque de Aste,  
y el conde don Galalon—de Alemaña principal:  
otro el duque de Vibiano—de Agramonte natural,  
asistente de mi corte—para los pleitos juzgar:  
otro el duque de Saboya,—que venturas fué a buscar,  
y en las mas partes del mundo—trances ha visto pasar [3]  
otro el duque de Ferrara,—esa nombrada ciudad,  
don Arnao el gran Bastardo,—así se hace intitular;  
otro sea don Guarinos,—almirante de la mar,  
de todas flotas y armadas—sobre todos general.  
Y nombro por presidente—para en mi lugar estar

don Arnaldos de Belanda,—de Francia gran condestable.  
Para ello le doy mi cetro,—poder soluto en mandar.  
Todos estos juntos puedan—absolver y sentenciar  
esto que pide el marques—como se debe juzgar,  
si por prueba de testigos—o trance de pelear.  
Yo les doy mi comisión—con poder y facultad,  
que la sentencia que dieren—la puedan ejecutar,  
segun costumbre de Francia,—por su propia autoridad,  
dando la pena y castigo—a quien la hubieren de dar,  
así por via de justicia,—como por en campo entrar,  
al cual puedan ser presentes,—y en mi nombre asegurar  
al marques Danes Urgero—y a cuantos con él están,  
mas que a mi persona propia—nadie le pueda demandar.— [4]  
Así como aquí lo dijo—a todos lo va a mandar,  
so pena de ser traidor—quien lo osare quebrantar.

(Silva de 1550, t. II, fol. 136.—Canc. de Rom., s. a., fol. 42.—  
Canc. de Rom., 1550, fol. 43.—Floresta de varios rom.)

[p. 367] 167

(DEL MARQUES DE MÁNTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.—III)

### **Sentencia dada a don Carloto [1]**

En el nombre de Jesus—que todo el mundo ha formado,  
y de la Virgen su Madre,—que de niño lo [2] ha criado:  
nosotros Dardin Dardeña, [3] —Delfin en Francia llamado;  
don Alberto y don Reyner,—de tres estados nombrado:  
el conde de Flándes viejo,—consejero delegado,  
con el duque de Borgoña,—el primero en el juzgado,  
con el buen duque don Cárlos,—el regente, el sargentado;  
con el duque de Borbon—don Grimalte, [4] fiel cuñado  
del muy alto emperador,—con su hermana casado;  
el buen viejo don Beltran—con el conde de Foyxano, [5]  
y el conde don Galalon,—con el duque de Vibiano;  
con el duque de Saboya,—que venturas ha buscado;  
con el duque de Ferrara—don Narvan del bastardado; [6]  
el almirante Guarinos—en las mares estimado,  
don Arnaldos [7] de Belanda,—condestable diputado  
en el lugar y mandar—del sumo emperador Carlo:  
todos juntos en consejo—y acuerdo deliberado,  
vista la requisicion—que el buen marques nos ha dado;  
vista tambien la demanda—que él mismo ha procesado;

vistas todas las respuestas—que don Carloto [8] ha enviado,  
el proceso por entero—con gran fe examinado,  
lo que venia de justicia—y de derecho mirado,  
ni al uno por el otro—el derecho no quitado;  
teniendo a Dios en la piensa—y en los ojos presentad:  
[p. 368] visto que claro parece—por lo que es alegado,  
que segun la ley divina—quien mata ha de ser matado,  
con cuchillo o sin cuchillo—a tal acto ejercitado;  
y visto que traicion—don Carloto ha intentado  
en matar a Valdovinos—en un bosque despoblado,  
segun que claro se muestra—por la confesion que ha dado  
don Carloto a la demanda—que el marques ha presentado;  
visto que punto por punto—el delito ha confesado  
por la pena del tormento,—aunque lo habia negado;  
y visto que nada obsta—que él se haya sojuzgado  
a la real audiencia,—pues que le han perdonado: [1]  
lo que viene de justicia,—nada otro no mirado,  
por esta nuestra sentencia,—cada cual bien informado  
del hecho de la verdad,—según que se ha confesado,  
condenamos a Carloto:—primero, a ser arrastrado  
por el campo y por la arena—por un rocin mal domado:  
despues de lo cual queremos—que sea descabezado  
en un alto cadahalso,—do pueda ser bien mirado  
de fuera de la ciudad—por donde será llevado;  
despues de lo cual cumplido,—y aquesto ser acabado,  
le corten los piés y manos,—porque quede mas pagado,  
despues de lo cual mandamos—que sea descuartizado:  
lo cual cumplido, queremos—sea un edificio obrado  
de piedra muy bien labrada—y de canto bien picado,  
que sea en lo venidero—memoria de lo pasado  
del caso de Valdovinos—y de cómo fué vengado.—  
Don Carloto temeroso,—aunque era muy esforzado,  
tremecióse cuando oyó—lo que se ha publicado.  
Esforzóse cuanto pudo,—una pluma ha demandado;  
diéronle tinta y papel,—una carta ha ordenado;  
con un paje que allí estaba—a don Roldan la ha enviado.  
Nadie sabe lo que envía,—para vello se ha apartado  
don Roldan, leyó la carta, [2] —todo se ha alterado:  
él de cierto bien quisiera—dar remedio en lo rogado.  
Doloroso y pensativo—un poco tiempo ha pensado,  
duda si debe [3] hacer—lo que le fué suplicado,  
o si deba dar desvío—a lo que le es recitado.  
Hallose puesto en gran duda,—en gran estrecho y cuidado;  
el amor dice que haga,—el temor teme el mandado  
de ese sumo emperador—que al marques ha asegurado;  
mas al fin quiere la sangre—perder por la sangre estado.

[p. 369] Delibera hacer respuesta,—que no esté temORIZADO,  
que con parientes y amigos—él saldrá al campo armado  
con deseo de perder—la vida, o ser remediado.  
Sin que gran rato pasase—fué don Carloto informado  
de lo que ordena Roldan,—de que fué algo gozado.  
Quiérelo disimular;—mas no pudo ser celado,  
allégase el condestable,—y el papel le ha tomado:  
leído que fué el papel,—por Paris se ha divulgado  
que don Roldan hace gente—y que ejército ha juntado.  
El emperador lo sabe,—al marques ha avisado,  
manda poner a Carloto—a percebido recaudo.  
Pregonan por la ciudad—que nadie sea osado,  
so pena de perder la vida.—de otro dia ir armado.  
A Roldan envió a decir—que solo no sea osado  
de mas estar en Paris—fasta un año pasado,  
so pena de ser traidor—y por traidor publicado.  
El marques que sintió el caso—a Reinaldos ha enviado  
que otro dia en amaneciendo—sea sin falta llegado  
a las puertas de Paris—con tres mil hombres de estado;  
de a caballo lleve mil,—y que no sea mudado  
fasta tanto que Carloto—en medio sea [1] tomado,  
y puesto en el cadahalso—do ha de ser sentenciado,  
y que cualquiera que venga—defienda lo encomendado.  
Otro dia de mañana—todo así fué acabado.  
Ya sacaban a Carloto—con hierros muy bien herrado,  
los pregoneros delante—su gran maldad publicando.  
Cuando fuéron a la puerta—don Renaldos lo ha tomado,  
en medio de toda su gente—lo ha bien aposentado.  
Cuando son en el lugar—do ha de ser sentenciado,  
delante toda Paris—fué todo ejecutado,  
segun que por la sentencia—fué proveido y mandado.  
Así murió [2] don Carloto,—quedando alevosado,  
y Valdovinos viviendo,—aunque murió, muy honrado.

(*Silva* de 1550, t. II, fol. 147.— *Canc. s. a.*, fol. 51.— *Canc.* 1550,  
folio 52.—*Floresta de varios rom.*) [3]

[p. 370] 168

(VALDOVINOS.—IV)

### **Romance que dicen: Nuño Vero**

—Nuño Vero, Nuño Vero,—buen caballero probado,  
hinquedes la lanza en tierra—y arrendedes el caballo;

preguntaros he por nuevas—de Valdovinos el franco.  
—Aquesas nuevas, señora,—yo vos las diré de grado.  
Esta noche a media noche—entrámos en cabalgada,  
y los muchos a los pocos—lleváronnos de arrancada:  
hirieron a Baldovinos—de una mala lanzada;  
la lanza tenia, [1] —de fuera le tiembla el asta: [2]  
o [3] esta noche morirá,—o de buena madrugada.  
Si te pluguiese, Sebilla,—fueses tú mi enamorada.— [4]  
—Nuño Vero, Nuño Vero,—mal caballero probado,  
yo te pregunto por nuevas,—tú respóndesme al contrario,  
que aquesta noche pasada—conmigo durmiera el franco:  
él me diera una sortija,—y yo le dí un pendon labrado.

(Canc. de Rom., s. a., fol. 186.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 196.—  
Silva de 1550, t. I, fol. 109.) [5]

[p. 371] 169

(VALDOVINOS.—V)

### Romance de Valdovinos

Tan claro hace la luna [1] —como el sol a mediodia,  
cuando sale Valdovinos—de los caños de Sevilla.  
Por encuentro se la hubo—una morica garrida,  
y siete años la tuviera—Valdovinos por amiga.  
Cumpliéndose sus [2] siete años—Valdovinos que sospira:  
—¿Sospirastes, Valdovinos,—amigo que yo [3] mas quería,  
o vos habeis miedo a moros,—o adamades otra amiga.  
—Que no tengo miedo a moros,—ni menos tengo otra amiga,  
que vos mora, y yo cristiano—hacemos la mala vida,  
y como la carne en viernes—que mi ley lo defendia.  
—Por tus amores, [4] Valdovinos,—yo me tornaré cristiana, [5]  
si quieres [6] por mujer,—si no, sea por amiga.—

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 194.)

170

(VALDOVINOS.—VI)

### Romance de Valdovinos

Atan alta va la luna—como el sol a mediodia,



cuando el buen conde aleman—ya [7] con la reina dormia.  
 No lo sabe hombre nascido—de cuantos en la corte habia,  
 sino era la infanta,—aquesta infanta su hija.  
 [p. 372] Su madre le hablaba,—de esta manera decia:  
 —Cuanto viéredes tú, infanta,—cuanto vierdes, encobriendo;  
 daros ha el conde aleman—un manto de oro fino.  
 —¡Mal fuego queme, madre,—el manto de oro fino,  
 cuando en vida de mi padre—tuviese padrastro vivo!—  
 De allí se fuera llorando:—el rey su padre la ha visto.  
 ¿Por qué llorais, la infanta?—deci ¿quién llorar os hizo?  
 —Yo me estaba aquí comiendo,—comiendo sopas en vino;  
 entró el conde aleman,—echómelas por el vestido.  
 —Calleis, mi hija, calleis;—no tomeis de eso pesar,  
 que el conde es niño y mochacho,—hazerlo ia por burlar.  
 —¡Mal fuego quemase, padre,—tal reir y tal burlar!  
 Cuando me tomó en sus brazos—conmigo quiso holgar.  
 —Si él os tomó en sus brazos—y con vos quiso holgar,  
 en ántes que el sol salga—yo lo mandaré matar.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol, 205.) [1]

[p. 373] 171

## ROMANCES DE GAIFEROS

### Dos Romances de Gaiferos, en los cuales se contiene como mataron a don Galvan.—I

Estábase la condesa—en su estrado asentada,  
 tisericas de oro en mano:—su hijo afeitando estaba.  
 Palabras le está diciendo,—palabras de gran pesar:  
 las palabras eran tales—que al niño hacen llorar.  
 —Dios te dé barbas en rostro,—y te haga barragan; [1]  
 déte Dios ventura en armas,—como al paladin Roldan,  
 porque vengases, mi hijo,—la muerte de vuestro padre:  
 matáronlo a traicion—por casar con vuestra madre.  
 Ricas bodas me hicieron—en las cuales Dios no ha parte;  
 ricos paños me cortaron,—la reina no los ha tales.—  
 Magüera pequeño el niño—bien entendido lo ha.  
 Allí respondió Gaiferos,—bien oiréis lo que dirá:  
 —Así ruego a Dios del cielo—y a Santa María su Madre.—  
 Oídolo habia el conde—en los palacios do está:  
 —¡Calles, calles, la condesa,—boca mala sin verdad!  
 que yo no matara el conde,—ni lo hiciera matar;  
 mas tus palabras, condesa,—el niño las pagará.—  
 Mandó llamar escuderos,—criados son de su padre,

para que lleven al niño,—que lo lleven a matar.  
 La muerte que él les dijera—mancilla es de la escuchar:  
 —Córtenle el pié del estribo,—la mano del gavilan,  
 sáquenle ambos los ojos—por más seguro andar;  
 y el dedo, y el corazon—traédmelo por señal.—  
 Ya lo llevan a Gaiferos,—ya lo llevan a matar;  
 hablaban los escuderos—con mancilla que dél han:  
**[p. 374]** —¡Oh válasme Dios del cielo—y Santa María su Madre!  
 si este niño matamos—¿qué galardón nos darán?  
 Ellos en aquesto estando,—no sabiendo qué harán,  
 vieron venir una perrita—de la condesa su madre.  
 Allí habló el uno de ellos,—bien oiréis lo que dirá:  
 —Matemos esta perrita—por nuestra seguridad,  
 saquémosle el corazón—y llevémoslo a Galvan,  
 cortémosle el dedo al chico—por llevar mejor señal.—  
 Ya tomaban a Gaiferos,—para el dedo le cortar:  
 —Venid acá vos, Gaiferos,—y querednos escuchar;  
 vos íos de aquesta tierra—y en ella no parezcáis mas.—  
 Ya le daban entre señas—el camino que hará:  
 —Irvos heis de tierra en tierra—a do vuestro tío está.—  
 Gaiferos desconsolado—por ese mundo se va:  
 los escuderos se volvieron—para do estaba Galvan.  
 Danle el dedo, y el corazon—y dicen que muerto lo han.  
 La condesa que esto oyera—empezara gritos dar:  
 lloraba de los sus ojos—que queria reventar.  
 Dejemos a la condesa—que muy grande llanto hace,  
 y digamos de Gaiferos—del camino por do va,  
 que de día ni de noche—no hace sino caminar,  
 fasta que llegó a la tierra—adonde su tío está.  
 Dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:  
 —Manténgaos Dios, el mi tío.—Mi sobrino, bien vengais.  
 ¿Qué buena venida es esta?—vos me la queráis contar.  
 —La venida que yo vengo—triste es y con pesar,  
 que Galvan con grande enojo—mandado me había matar:  
 mas lo que vos ruego, mi tío,—y lo que vos vengo a rogar,  
 vamos a vengar la muerte—de vuestro hermano, mi padre:  
 matáronlo a traición—por casar con la mi madre.  
 —Sosegáos, el mi sobrino,—vos queráis asosegar,  
 que la muerte de mi hermano—bien la iremos a vengar.—  
 Y ellos así estuvieron—dos años y aun mas,  
 fasta que dijo Gaiferos—y empezara de hablar.

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 103.— *Canc. de Rom.*, 1550, fol. 103)  
 Síguense dos romances de don Gaiferos en que se contiene cómo  
 mataron a don Galvan. Pliego suelto s. a. ni l. (del siglo XVI), en el

(GAIFEROS.—II)

**Síguese el segundo Romance**

—Vámonos, dijo, mi tío,—a Paris esa ciudad  
en figura de romeros,—no nos conozca Galvan,  
que si Galvan nos conoce—mandar nos hia matar.  
Encima ropas de seda—vistamos las de sayal,  
llevemos nuestras espadas—por mas seguros andar;  
llevemos sendos bordones—por la gente asegurar.—  
Ya se parten los romeros,—ya se parten, ya se van,  
de noche por los caminos,—de día por los jarales.  
Andando por sus jornadas—a Paris llegado han;  
las puertas hallan cerradas,—no hallan por donde entrar.  
Siete vueltas la rodean—por ver si podrán entrar,  
y al cabo de las ocho—un postigo van hallar.  
Ellos que se vieron dentro—empiezan a demandar:  
no preguntan por meson,—ni ménos por hospital,  
preguntan por los palacios—donde la condesa está,  
a las puertas del palacio—allí van a demandar.  
Vieron estar la condesa,—y empezaron de hablar:  
—Dios te salve, la condesa.—Los romeros, bien vengais.  
—Mandedes nos dar limosna—por honor de caridad.  
—Con Dios vades, los romeros,—que no os puedo nada dar,  
que el conde me había mandado—a romeros no albergar.  
—Dadnos limosna, señora,—que el conde no lo sabrá;  
así la dén a Gaiferos—en la tierra donde está.—  
Así como oyó Gaiferos—comenzó de sospirar:  
mandábales dar del vino,—mandábales dar del pan.  
Ellos en aquesto estando—el conde llegado ha:  
—¿Qué es aquesto, la condesa?—aquesto ¿qué puede estar?  
¿No os tenia yo mandado—a romeros no albergar?—  
Y alzara la su mano, [1] —puñada le fuera a dar,  
que sus dientes menuditos—en tierra los fuera a echar.  
Allí hablaron los romeros,—y empiezan [2] de hablar:  
—¡Por hacer bien la condesa—cierto no merece mal!  
—¡Calledes vos, los romeros,—no hayades vuestra parte!  
Alzó Gaiferos su espada,—un golpe le fué a dar  
[p. 376] que la cabeza de sus hombro—en tierra la fuera a echar:  
allí habló la condesa—llorando con gran pesar:  
—¿Quién érades, los romeros,—que al conde fuistes matar?—

Allí respondió el romero,—tal respuesta le fué a dar:  
—Yo soy Gaiferos, señora,—vuestro hijo natural.  
—Aquesto no puede ser,—ni era cosa de verdad,  
que el dedo, y el corazón—yo lo tengo por señal.  
—El corazon que vos teneis—en persona no fué a estar,  
el dedo bien es aqueste,—que en esta mano me falta.— [1]  
La condesa que esto oyera—empezóle de abrazar:  
la tristeza que tenia—en placer se fué a tornar.

( *Canc. de Rom., s. a., fol . 105.— Canc. de Rom., 1550, fol. 105.—*  
El pliego suelto citado al romance anterior en el Rom. gen. del señor  
Durán.)

173

(GAIFEROS.—III)

### Romance de don Gaiferos que trata de cómo sacó a su esposa que estaba en tierra de moros

Asentado está Gaiferos—en el palacio real;  
asentado al tablero—para las tablas jugar.  
Los dados tiene en la mano,—que los quiere arrojar,  
cuando entró por la sala—don Carlos el emperante.  
Desque así jugar lo vido—empezóle de mirar;  
hablándole está hablando—palabras de gran pesar:  
—Si así fuédes, Gaiferos,—para las armas tomar,  
como sois para los dados,—y para las tablas jugar,  
vuestra esposa tienen moros,—iríadesla a buscar:  
pésame a mí por ello—por que es mi hija carnal.  
De muchos fué demandada,—y a nadie quiso tomar:  
pues con vos casó por amores,—amores la hayan de sacar;  
si con otro fuera casada—no estuviera en catividad.—  
Gaiferos desque esto vido,—movidó de gran pesar  
levantóse del tablero—no queriendo mas jugar,  
y tomáralo en las manos—para haberlo de arrojar,  
si no por él [2] que con él juega,—que era hombre de linaje:  
jugaba con él Guarinos—almirante de la mar.  
[p. 377] Voces da por el palacio,—que al cielo quieren llegar;  
preguntando va, preguntando—por su tío don Roldan.  
Halláralo en el patin,—que queria cabalgar:  
con él era [1] Oliveros—y Durandarte el galan,  
con él muchos caballeros—de aquellos de los doce pares: [2]  
Gaiferos desque lo vido—empezóle de hablar:  
—Por Dios vos ruego, mi tío,—por Dios vos quiero rogar,  
vuestras armas y caballo—vos me las [3] querais prestar,

que mi tío el emperante—tan mal me quiso tratar,  
diciendo que soy para juego [4] —y no para las armas tomar.  
Bien lo sabeis vos, mi tío,—bien sabeis vos la verdad,  
que pues busqué a mi esposa—culpa no me deben dar. [5]  
Tres años anduve triste—por los montes y los valles  
comiendo la carne cruda,—bebiendo la roja sangre,  
trayendo los piés descalzos,—las uñas corriendo sangre.  
Nunca yo hallarla pude—en cuanto pude buscar:  
ahora sé que está en Sansueña,—en Sansueña, esa ciudad.  
Sabeis que estoy sin caballo,—sin armas otro que tal,  
que las tiene Montesinos,—que es ido a festejar  
allá a los reinos de Hungría—para torneos armar,  
pues sin armas y caballo—mal la podré yo sacar;  
por esto vos ruego, tío,—las vuestras me queráis dar.—  
Don Roldan de que esto oyó—tal respuesta le fué a dar:  
—Callede, sobrino Gaiferos,—no querades hablar tal;  
siete años ha que vuestra esposa—ella está en captividad;  
siempre os he visto armas—y caballo otro que tal,  
ahora que no las teneis—la quereis ir a buscar.  
Sacramento tengo hecho—allá en Sant Juan de Letran  
a ninguno prestar mis armas,—no me las hagan cobardes:  
mi caballo está bien vezado,—mal vezo no le quieran dar.— [6]  
Gaiferos que esto oyó—la espada fué a sacar;  
con una voz muy sañosa—empezara de hablar:  
—¡Bien parece, don Roldan,—que siempre me quesistes mal!  
Si otro me lo dijera—mostrárale si soy cobarde;  
mas quien a mí ha injuriado—no lo vais por mí a vengar;  
si vos tío no me fuédes—con vos querría pelear.—  
Los grandes que allí se hallan—entre los dos puesto se han;  
hablado le ha don Roldan,—empezóle de hablar:  
[p. 378] —¡Bien parece, don Gaiferos,—que sois de muy poca edad!  
Bien oistes un ejemplo,—que conoceis ser verdad,  
que aquel que bien os quiere—aquel vos quiere castigar.  
Si fuérades mal caballero—no vos dijera esto tal;  
mas porque sé que sois bueno—por esto vos quise castigar, [1]  
que mis armas y caballo—a vos no se han de negar,  
y si quereis compañía—yo vos quiero acompañar.  
—Mercedes, dijo Gaiferos,—de la buena voluntad;  
solo me quiero ir, solo,—para haberla de sacar:  
nunca me dirá ninguno—que me vido ser cobarde.—  
Luego mandó don Roldan—sus armas aparejar;  
él encubierta el caballo—por mejor lo encubertar;  
él mesmo le pone las armas—y le ayudaba a armar. [2]  
Luego cabalgó [3] Gaiferos—con enojo y con pesar.  
Pésale a don Roldan,—tambien a los doce pares,

y mas al emperador—desque solo le vido andar;  
y desque ya se salia—del gran palacio real,  
con una voz amorosa—llamáralo don Roldan:  
—Esperad un poco, sobrino;—pues solo quereis andar,  
dejédesme vuestra espada,—la mia querais tomar,  
y aunque vengan dos mil moros—nunca les volvais la haz:  
al caballo dalde rienda—y haga a su voluntad,  
que si él vee la suya—bien vos sabrá ayudar,  
y si vee demasía—de ella vos sabrá sacar.—  
Ya le daba su espada,—y toma la de don Roldan;  
da de espuelas al caballo,—sálese de la ciudad.  
Don Beltran que ir lo vido—empezóle de hablar:  
—Tornad acá, hijo Gaiferos,—pues que me teneis por padre,  
tan solamente vos vea—la condesa vuestra madre,  
tomará con vos consuelo,—que tan tristes llantos hace,  
dar vos hia caballeros—los que hayais necesidad.  
—Consolalda, vos, mi tio,—vos la querais consolar,  
acuérdesse que me perdió—chiquito y de poca edad;  
haga cuenta que de entonces—no me ha visto jamas,  
que ya sabeis que en los doce—corren malas voluntades,  
no dirán, que vuelvo por ruego,—mas que vuelvo por cobarde,  
que yo no volveré en Francia—sin Melisenda [4] tornar.—  
Don Beltran desque lo oyera—tan enojado hablar,  
vuelve riendas al caballo—y entrase en la ciudad.  
[p. 379] Gaiferos en [1] tierra de moros—empieza de caminar;  
jornada de quince dias—en ocho la fué a andar.  
Por las sierras de Sansueña—Gaiferos mal airado va;  
las voces que iba dando,—al cielo quieren llegar.  
Maldiciendo iba el vino,—maldiciendo iba el pan,  
el pan que comian los moros,—mas no de la cristiandad:  
maldiciendo iba la dueña—que tan solo un hijo pare;  
si enemigos se lo matan—no tiene quien lo vengar:  
maldiciendo iba al caballero—que cabalgaba sin paje;  
si se le cae [2] espuela—no tiene quien se la calce:  
maldiciendo iba el árbol—que solo en el campo nasce,  
que todas las aves del mundo—en él van a quebrantar,  
que de rama ni de hoja—al triste no dejan gozar.  
Dando estas voces y otras—a Sansueña fué a llegar.  
Viernes era en aquel dia,—los moros hacen solenidad: [3]  
el rey Almanzor va a la mezquita [4] —para la zalá rezar,  
con todos sus caballeros—cuantos él pudo llevar.  
Cuando allegó Gaiferos—a Sansueña, esa ciudad,  
miraba si veria alguno—a quien pudiese [5] demandar:  
vido un cativo cristiano—que andaba por los adarbes;  
desque lo vido Gaiferos—empezóle de hablar:

—Dios te salve, el cristiano,—y te torne en libertad,  
nuevas que pedirte quiero—no me las quieras negar.  
Té que andas con los moros,—¿si les oíste hablar  
si hay aquí alguna cristiana,—que sea de alto linaje?—  
El cativo que lo oyera—empezara de llorar:  
—¡Tantos tengo de mis duelos,—que de otros non puedo curar!  
que todo el día los caballos—del rey me hacen pensar, [6]  
y de noche en honda sima—me hacen aprisionar.  
Bien sé que hay muchas cativas—cristianas de gran linaje,  
especialmente una—que es de Francia natural:  
el rey Almanzor la trata—como a su hija carnal:  
sé que muchos reyes moros—con ella quieren casar:  
por eso idvos, caballero,—por esa calle adelante,  
verlas heis a las ventanas—del gran palacio real.  
[p. 380] Derecho se va a la plaza, [1] —a la plaza la más grande.  
Allí estaban los palacios—donde el rey solia estar:  
alzó los ojos en alto—por los palacios mirar,  
vido estar a Melisenda—en una ventana grande  
con otras damas cristianas,—que estaban en captividad.  
Melisenda que lo vido—empezara de llorar,  
no por que lo conociese—en el jesto ni en el traje, [2]  
mas en verlo con armas blancas—recordóse de los doce pares,  
recordóse de los palacios—del emperador su padre,  
de justas, galas, torneos,—que por ella solian armar.  
Con una voz triste, llorosa—le empezara de llamar:  
—Por Dios os ruego, caballero,—a mí vos querais llegar; [3]  
si sois cristiano o moro—no me lo queráis negar, [4]  
darvos he unas encomiendas,—bien pagadas vos serán:  
caballero, si a Francia ides—por Gaiferos preguntad, [5]  
decilde que la su esposa—se le envía a encomendar,  
que ya me parece tiempo—que la debia sacar.  
Si no me deja por miedo—de con los moros pelear,  
debe tener otros amores,—de mí no lo dejan recordar:  
¡los ausentes por los presentes—lijaros son de olvidar!  
Aun le direis, caballero,—por darle mayor señal,  
que sus justas y torneos—bien las supimos acá;  
y si estas encomiendas—no recibe con solaz,  
darlas heis a Oliveros,—darlas heis a don Roldan,  
darlas heis a mi señor—el emperador mi padre:  
diréis como está en Sansueña,—en Sansueña esa ciudad;  
que si presto no me sacan—mora me quieren tornar:  
casarme han con el rey moro—que está allende la mar:  
de siete reyes de moros—reina me hacen coronar;  
segun los reyes que me traen [6] —mora me harán tornar;  
mas amores de Gaiferos—no los puedo yo olvidar.—

Gaiferos que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
—No lloreis vos, mi señora,—no querais así llorar,  
[p. 381] porque esas encomiendas—vos mesma las podeis dar,  
que a mí allá dentro en Francia—Gaiferos me suelen nombrar.  
Yo soy el infante Gaiferos—señor de París la grande,  
primo hermano de Oliveros,—sobrino de don Roldan,  
amores de Melisenda—son los que acá me traen.—  
Melisenda que esto vido—conosciólo en el hablar,  
tiróse de la ventana,—la escalera fué a tomar,  
salióse para la plaza—donde lo vido estar.  
Gaiferos que venir la vido [1] —presto la fué a tomar;  
abrázala con sus brazos—para haberla de besar.  
Allí estaba un perro moro—para los cristianos [2] guardar;  
las voces daba tan altas—que al cielo querian llegar.  
Al gran alarido del moro—la ciudad mandan cerrar:  
siete veces la rodea Gaiferos,—no halla por donde andar. [3]  
Presto sale el rey Almanzor—de la mezquita y el rezar: [4]  
veréis tocar las trompetas—aprieta y no de vagar,  
veréis armar caballeros—y en caballos cabalgar:  
tantos se arman de los moros—que gran cosa es de mirar.  
Melisenda que lo vido—en una priesa tan grande  
con una voz delicada—le empezara de hablar:  
—Esforzado don Gaiferos,—no querades desmayar,  
que los buenos caballeros—son para necesidad:  
¡si de esta escapais, Gaiferos,—harto terneis que contar!  
¡Ya quisiese Dios del cielo—y Santa María su Madre  
fuese tal vuestro caballo—como el de don Roldan!  
Muchas voces le oí decir—en palacio del emperante,  
que si se hallaba cercado—de moros en algun lugar, [5]  
al caballo aprieta la cincha,—y aflojábale el petral;  
hincábale las espuelas—sin ninguna piedad:  
el caballo es esforzado,—de otra parte va a saltar.—  
Gaiferos de que esto oyó—presto se fuera a apear;  
al caballo aprieta la cincha,—y aflójale el petral;  
sin poner pié en el estribo—encima fué a cabalgar,  
y Melisenda a las ancas,—que presto las fué tomar.  
El cuerpo le da por la cintura—por que le pueda abrazar,  
al caballo hinca las espuelas—sin ninguna piedad.  
Corriendo venian los moros—aprieta y no de vagar;  
[p. 382] las grandes voces que daban—al caballo hacen saltar.  
Cuando fuéron cerca los moros—la rienda le fué a largar:  
el caballo era lijero,—púsolo de la otra parte.  
El rey Almanzor que esto vido—mandó abrir la ciudad;  
siete batallas de moros—todos de zaga le van.  
Volviéndose iba Gaiferos,—mirando a todas partes; [1]



desque vido que los moros—le empezaban de cercar,  
volvióse a Melisenda,—empezóle de hablar:  
—No os enojeis vos, mi señora,—fuerza vos será apear,  
y en esta grande espesura—podeis, señora, aguardar,  
que los moros son tan cerca,—de fuerza nos han de alcanzar,  
vos, señora, no traéis armas—para haber de pelear;  
yo, pues que las traigo buenas,—quíerolas ejercitar.—  
Apeóse Melisenda—no cesando de rezar,  
las rodillas puso en tierra,—las manos fué a levantar,  
los ojos puestos al cielo—no cesando de rezar:  
sin que Gaiferos volviese—el caballo fué a aguijar.  
Cuando huía de los moros—parece que no puede andar,  
y cuando iba hácia ellos—iba con furor tan grande,  
que del rigor que llevaba—la tierra hacia temblar.  
Conde vido la morisma—entre ellos fuera a entrar:  
si bien pelea Gaiferos,—el caballo mucho mas.  
Tantos mata de los moros—que no hay cuento ni par;  
de la sangre que de ellos salía—el campo cubierto se ha. [2]  
El rey Almanzor que esto vido—empezara de hablar:  
—¡Oh válasme tú, Alá!—¿esto qué podia estar?  
¡que tal fuerza de caballero—en pocos se puede hallar!  
Debe ser el encantado [3] —ese paladin Roldan,  
o si es [4] el esforzado—Renaldos de Montalvan,  
o es Urgel [5] de la Marcha—esforzado singular; [6]  
no hay ninguno de los doce—que bastase hacer tal.—  
Gaiferos que esto oyó—tal respuesta le fué a dar:  
—Calles, calles, el rey moro,—calles, y no digas tal,  
muchos otros hay en Francia,—que tanto como estos valen;  
yo no soy ninguno de ellos,—mas yo me quiero nombrar:  
yo soy el infante Gaiferos,—señor de Paris la grande,  
primo hermano de Oliveros,—sobrino de don Roldan.—  
[p. 383] El rey Almanzor que lo oyera—con tal esfuerzo hablar,  
con los mas moros que pudo—se entrara en la ciudad.  
Solo quedaba Gaiferos,—no halló con quien pelear;  
volvió riendas al caballo—para Melisenda buscar:  
Melisenda desque lo vido—a recibirselo sale:  
vídole las armas blancas,—tintas en color de sangre.  
Con una voz triste y llorosa—le empezó de preguntar:  
—Por Dios os ruego, Gaiferos,—por Dios vos quiero rogar,  
si traéis alguna herida—queráismela vos mostrar;  
que los moros eran tantos—quizá vos han hecho mal.  
Con las mangas de mi camisa—vos las quiero yo apretar,  
con la toca que es mas grande [1] —yo os las entiendo sanar.  
—Calledes, dijo Gaiferos,—infanta, no digades tal,  
por mas que fueran los moros—no me podían hacer mal,  
que estas armas y caballo—son de mi tío don Roldan;

caballero que las trae—no podia peligrar.  
Cabalgad presto, señora,—que no es tiempo de aquí estar;  
antes que los moros tornen—los puertos hemos de pasar.—  
Ya cabalga Melisenda—en un caballo alazan;  
razonando van de amores,—de amores, que no de al;  
ni de los moros han miedo—ni de ellos nada se dan:  
con el placer de ambos juntos—no cesan de caminar,  
de noche por los caminos,—de dia por los jarales,  
comiendo de las yerbas verdes—y agua si pueden hallar,  
hasta que entraron en Francia—y en tierra de cristiandad:  
si hasta allí alegres fuéron,—mucho mas de allí adelante.  
A la entrada de un monte,—y a la salida de un valle,  
caballero de armas blancas—de lejos vieron asomar:  
Gaiferos desde lo vido—la sangre vuelto se le ha,  
diciendo a su señora:—¡Esto es mas de recelar,  
que aquel caballero que asoma—gran esfuerzo es el que trae!  
Si era cristiano o moro,—forzado me será pelear: [2]  
apeáos vos, señora,—y venidme a la par.—  
De la mano la traia—no cesando de llorar,  
y desde que se vieron juntos—comiéndanse aparejar, [3]  
las lanzas y los escudos—en son de bien pelear.  
Los caballos ya de cerca—comienzan de relinchar,  
conoció su caballo Gaiferos—y empezara de hablar:  
—Perded cuidado, señora,—y tornad a cabalgar,  
[p. 384] que el caballo que allí viene—mio es en la verdad;  
yo le dí muncha cebada—y mas le entiendo de dar;  
las armas segun que veo—mias son otro que tal,  
y aquel es Montesinos—que me viene a buscar,  
que cuando yo me partí—no estaba en la ciudad.—  
Plugo mucho a Melisenda—aquellos si [1] fuese verdad.  
Ya que se van acercando—cuasi juntos a la par,  
con voz alta y crecida—empiézanse de interrogar.  
Conóscense los dos primos—entonces en el hablar;  
apeáronse a gran priesa,—muy grandes fiestas se hacen:  
desde que hubieron hablado—tornaron a cabalgar:  
razonando van de amores,—de otro no quieren hablar.  
Andando por sus jornadas—a tierra de cristiandad,  
cuantos caballeros hallan—todos los van acompañar,  
y dueñas a Melisenda,—doncellas otro que tal.  
Al cabo de pocos dias—a Paris van a llegar:  
a siete leguas de la ciudad [2] —el emperador a recibirlos sale; [3]  
con él sale Oliveros,—con él sale don Roldan,  
con él el infante Guarinos,—almirante de la mar,  
con él sale don Belmudez—y el buen viejo don Beltran,  
con él muchos de los doce—que a su mesa comen pan,

y con él iba doña Alda,—la esposa de Roldan;  
con él iba Juliana, [4] —la hija del rey Julian;  
dueñas, damas y doncellas—las mas altas de linaje.  
El emperador abraza su hija—no cesando de llorar;  
palabras que le decia—dolor eran de escuchar.  
Los doce a don Gaiferos—gran acatamiento le hacen,  
tiénenlo por esforzado—mucho mas de allí adelante,  
pues que sacó a su esposa—de muy gran catividad:  
las fiestas que le hacian—no tienen cuento ni par.

(Silva de 1550, t. II, fol. 150.—Canc. de Rom., s. a., fol. 55.—  
Canc. de Rom., 1550, fol. 55.—Códice del siglo XVI en el  
Romancero general del Sr. Durán.—Floresta de varios rom.) [5]

[p. 385] 174

(GAIFEROS.—IV)

### Romance de don Gaiferos

Media noche era por filo,—los gallos querian cantar,  
cuando el infante Gaiferos—salió de captividad;  
muerto deja al carcelero—y a cuantos con él están:  
vase por una calle ayuso—como hombre mundanal,  
hablando en algarabía—como aquel que bien la sabe.  
Íbase para la puerta,—la puerta de la ciudad;  
halla las puertas cerradas,—no halla por do botar.  
Desde se vido perdido—empezara de llamar:  
—¡Ábrame la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!  
Mensajero soy del rey,—cartas llevo de mensaje.—  
Allí hablara el moro,—bien oiréis lo que dirá:  
—Si eres mensajero, amigo,—y cartas llevas de mensaje,  
esperases tú al dia,—y con los otros saldrás.—  
Desde esto oyera Gaiferos—bien oiréis lo que dirá:  
—¡Ábrame la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!  
Darte he tres pesantes de oro,—que aqui no traia mas.—  
Oido lo habia una morica—que en altas torres está,  
dícele de esta manera,—empezóle de hablar:  
—Toma los pesantes, moro,—que menester te serán,  
la mujer tienes moza,—hijos chicos de criar.—  
Desde esto oyó el moro—recio se fué a levantar,  
las puertas que están cerradas—abriólas de par en par.  
Acordósele a Gaiferos—de una espada que trae,  
la cabeza de los hombros—derribado se la ha.  
Muerto cae el morico,—en el suelo muerto cae.

Desde esto vió la morica—empieza de gritos dar,  
ella los daba tan grandes—que al cielo quieren llegar:  
—¡Abrasmonte, Abrasmonte,—el señor de este lugar!—  
Cuando acuerdan por Gaiferos,—ya estaba en la cristiandad.

(*Romance de don Roldan y de la traycion de Galalon*. Con el  
romance de Gayferos.—Pliego suelto del siglo XVI.

[p. 386] 175

## ROMANCES DE MONTESINOS

**Aquí comienzan dos romances del conde Grimaltos y su hijo Montesinos. [1] —I**

Muchas veces oí decir—y a los antiguos contar,  
que ninguno por riqueza—no se debe de ensalzar,  
ni por pobreza que tenga—se debe menospreciar.  
Miren bien, tomando ejemplo, [2] —do buenos suelen mirar,  
cómo el conde, a quien [3] Grimaltos—en [4] Francia suelen llamar,  
llegó en las cortes [5] del rey—pequeño y de poca edad.  
Fué luego paje del rey—del mas secreto lugar;  
porque él era muy discreto, [6] —y de él se podía fiar:  
y después de algunos tiempos,—cuando más entró en edad,  
le mandó ser camarero—y secretario real:  
y después le dió un condado,—por mayor honra le dar; [7]  
y por darle mayor honra—y estado en Francia sin par  
lo hizo gobernador,—que el reino pueda mandar.  
Por su virtud y nobleza,—y grande esfuerzo sin par  
le quiso tomar por hijo,—y con su hija le casar.  
Celebráronse las fiestas—con placer y sin pesar.  
Ya despues de algunos días—de sus honras y holgar,  
el rey le mandó al conde [8] —que le [9] fuese a gobernar  
y poner cobro en las tierras—que le fuera a encomendar.  
Pláceme, dijera el conde,—pues no se puede excusar.—  
Ya se ordena la partida,—y el rey manda aparejar  
sus caballeros y damas—para haber [10] de acompañar.  
[p. 387] Ya se partia el buen conde—con la condesa a la par,  
y caballeros y damas—que no le quieren [1] dejar.  
Por la gran virtud del conde—no se pueden apartar:  
de Paris hasta Leon—le fueron acompañar.  
Vuélvense para Paris—después de placer tomar:  
las nuevas que dan al rey—es descanso de escuchar,  
de cómo rige a Leon—y le tiene a su mandar,  
y el estado de su Alteza—cómo lo hacia acatar.

De tates nuevas el rey—gran placer fuera [2] a tomar,  
No prosigo mas del rey,—sino que lo deajo estar.  
Tornemos a don Grimaltos—cómo empieza a gobernar,  
bien querido de los grandes,—sin la justicia negar,  
trata a todos de tal suerte,—que a ninguno da pesar.  
Cinco años él [3] estuvo—sin al buen rey ir [4] a hablar,  
ni del conde a él ir [5] quejas,—ni de sentencia apelar;  
mas fortuna que es mudable,—y no puede sosegar,  
quiso serle tan contraria—por su estado le quitar.  
Fué el caso que don [6] Tomillas—quiso en traición tocar:  
revolvióle con el rey—por mas le escandalizar,  
diciéndole que su yerno—se le quiere rebelar,  
y que en villas y ciudades—sus armas hace pintar,  
y por señor absoluto—él se manda intitular,  
y en las villas y lugares—guarnicion quiere dejar.  
Cuando el rey aquesto oyera—tuvo de ello [7] gran pesar,  
pensando en las mercedes [8] —que al conde le fuera a dar. [9]  
¡Solo por buenos servicios—le pusiera en tal lugar,  
y despues por galardón—tal traicion le ordenar!  
Él ha determinado—de hacerle justiciar.  
Dejemos lo de la corte,—y al conde quiero tornar,  
que estando con la condesa—una noche a bel folgar,  
adurmióse el buen conde,—recordara con pesar;  
las palabras que decia—son de dolor y pesar:  
—¿Qué te hice, vil [10] fortuna?—¿Por qué te quieres mudar  
y quitarme de mi silla,—en que el rey me fué a sentar?  
¡Por falsedad de traidores—causarme tanto de mal! [11]  
Que segun yo creo y pienso—no lo puede otro causar.—  
A las voces que da el conde—su mujer fué a despertar; [12]  
recordó muy espantada—de verle así hablar,  
[p. 388] y hacer lo que no solia,—y de condición mudar.  
—¿Qué habeis, mi señor el conde?—¿En qué podeis vos pensar?  
—No pienso en otro, [1] señora,—sino en cosa de pesar,  
porque un triste y mal sueño [2] —alterado [3] me hace estar.  
Aunque en sueños [4] no fiemos,—no sé a qué parte lo echar,  
que parecia muy cierto—que vi una águila volar,  
siete halcones tras ella—mal aquejándola van,  
y ella por guardarse de ellos—retrújose a mi ciudad;  
encima de una alta torre—allí se fuera a asentar;  
por el pico echaba fuego,—por las alas alquitrán;  
el fuego que de ella sale—la ciudad hace quemar;  
a mí quemaba las barbas,—y a vos quemaba [5] el brial.  
¡Cierto tal sueño como este—no puede ser sino mal!  
Esta es la causa, condesa,—que me sentiste [6] quejar.

—Bien lo mereceis, buen conde,—si de ello os viene algun mal,  
que bien ha los [7] cinco años,—que en corte no os ven estar,  
y sabeis vos bien, el conde,—quién allí [8] os quiere mal,  
que es el traidor de Tomillas [9] —que no suele reposar:  
yo no lo tengo a mucho—que ordene [10] alguna maldad.  
Mas, señor, si me creéis,—mañana antes de yantar  
mandad hacer un pregon—por toda esa ciudad,  
que vengan los caballeros—que están a vuestro mandar,  
y por todas vuestras tierras—tambien los mandeis llamar,  
que para cierta jornada [11] —todos se hayan de juntar.  
Desde que todos estén juntos—decirles heis la verdad,  
que quereis ir a Paris—para con el rey hablar,  
y que se aperciban todos—para en tal caso os honrar.  
Segun de ellos sois querido,—creo no os podrán faltar:  
iros heis con todos ellos—a Paris, esa ciudad,  
besaréis la mano al rey—como la soleis besar,  
y entonces sabréis, señor, [12] —lo que él os quiere mandar;  
que si enojo de vos tiene—luego os lo demostrará, [13]  
y viendo vuestra venida—bien se le podrá quitar.  
—Pláceme, dijo, señora,—vuestro consejo tomar.—  
Pártese el conde Grimaltos—a Paris, esa ciudad,  
con todos sus caballeros—y otros que él pudo juntar.  
Desde que fué cerca Paris—bien quince millas o mas,  
[p. 389] mandó parar a su gente,—sus tiendas mandó armar,  
hizo aposentar los suyos—cada cual en su lugar.  
Luego el rey de él hubo cartas,—respuesta no quiso dar.  
Cuando el conde aquesto vido—en Paris se fué a entrar;  
fuérase para el palacio—donde el rey solia estar;  
saludó a todos los grandes,—la mano al rey fué a besar: [1]  
el rey de muy enojado—nunca se la quiso dar,  
ántes mas le amenazaba—por su muy sobrado osar,  
que habiendo hecho tal traición—en Paris osase entrar;  
jurando que por su vida—se debia maravillar  
cómo, visto lo presente,—no lo hacia degollar;  
y si no hubiera mirado—su hija no deshonorar,  
que ántes que el dia pasara—lo hiciera justiciar:  
mas por dar a él castigo,—y a otros escarmentar  
le mandó salir del reino—y que en él no pueda estar.  
Plazo le dan de tres dias—para el reino vaciar [2]  
y el destierro es de esta suerte:—que gente no ha de llevar,  
caballeros, ni criados—no le hayan de acompañar,  
ni lleve caballo o mula—en que pueda cabalgar:  
moneda de plata y oro—deje, y aun la de metal.  
Cuando el conde esto oyera—¡ved cuál podia estar! [3]  
Con voz alta y rigurosa,—cercado de gran pesar,

como hombre desesperado—tal respuesta le fué a dar:  
—Por desterrarme tu Alteza—consiento en mi desterrar;  
mas quien de mí tal ha dicho, [4] —miente y no dice verdad,  
que nunca hice traicion,—ni pensé en maldad usar;  
mas si Dios me da la vida—yo haré ver la verdad.—  
Ya se sale de palacio—con doloroso pesar;  
fuése a casa de Oliveros,—y allí halló a don Roldan.  
Contábales las palabras—que con el rey fué a pasar;  
despidiéndose está de ellos,—pues les dijo la verdad,  
jurando que nunca en Francia—lo verian asomar,  
si no fuese castigado—quien tal cosa fué a ordenar.  
Ya se despedia de ellos;—por Paris comienza a andar  
despidiéndose de todos—con quien solia conversar:  
despidióse de Valdovinos—y del romano Fincan,  
y del gaston [5] Angeleros,—y del viejo don Beltran,  
y del duque don Estolfo,—de Malgesí otro que tal,  
y de aquel solo invencible—Reinaldos de Montalvan.  
Ya se despide de todos—para su viaje tomar.  
La condesa fué avisada,—no tardó en Paris entrar:  
derecha fué para el rey,—sin con el conde hablar,  
[p. 390] diciendo que de su Alteza—se queria maravillar,  
cómo al buen conde Grimaltos—lo quisiese asi tratar;  
que sus obras nunca han sido—de tan mal galardonar,  
y que suplica a su Alteza—que en ello mande mirar,  
y si el conde no es culpado—que al traidor haga pagar  
lo que el conde merecia—si aquello fuese verdad,  
y asi será castigado—quien lo tal fué a ordenar. [1]  
Cuando el rey aquesto oyera [2] —luego la mandó callar,  
diciendo que si mas habla [3] —como a él la ha de tratar,  
y que le es muy excusado—por el conde le rogar,  
pues quien por traidores ruega—traidor se pueda llamar.  
La condesa que esto oyera, [4] —llorando con gran pesar,  
descendióse del palacio—para al conde ir a buscar.  
Viéndose ya con el conde [5] —se llegó a lo [6] abrazar;  
lo que el uno y otro dicen—lástima era de escuchar:  
—¿Este es el descanso, conde,—que me habiades de dar?  
¡No pensé que mis placeres—tan poco habian de durar!  
Mas en ver que sin razon—por placer nos dan pesar,  
quiero que cuando vais, conde,—cuenta de ello sepais dar.  
Yo os demando una merced,—no me la querais negar,  
porque cuando nos casamos—hartas [7] me habiades de dar.  
Yo nunca las he habido,—aun las tengo de cobrar,  
ahora es tiempo, buen conde,—de haberlas de demandar.  
—Excusado es, la condesa,—eso ahora demandar,  
porque jamas tuve cosa—fuera de [8] vuestro mandar,

que cuando vos demandeis—por [9] mi fe de lo otorgar.  
—Es, señor, que donde fuéredes—con vos me hayais de llevar.  
—Por la fe que yo os he dado—no se os puede [10] negar;  
mas de las penas que siento—esta es la mas principal,  
porque perderme yo solo—este perder es [11] ganar,  
y en perderos vos, señora,—es perder sin mas cobrar;  
mas pues asi lo quereis,—no queramos dilatar.  
¡Mucho me pesa, condesa,—porque no podais andar,  
que siendo niña y preñada—podríades peligrar!  
Mas pues fortuna lo quiere [12] —recibidlo sin pesar,  
que los corazones fuertes—se muestran en tal lugar.—  
**[p. 391]** Tómanse mano por mano,—sálense de la ciudad;  
con ellos sale Oliveros,—y ese paladin Roldan,  
tambien el Dardin Dardeña,—y ese romano Fincan,  
y ese gaston Angeleros,—y el fuerte Meridan: [1]  
con ellos va don Reinaldos,—y Valdovinos el galan,  
y ese duque don Estolfo,—y Malgesí otro que tal; [2]  
las dueñas y las [3] doncellas—tambien con ellos se van:  
cinco millas de Paris—los hubieron de dejar.  
El conde y condesa solos—tristes se habian de quedar:  
cuando partirse tenian—no se podian hablar.  
Llora el conde y la condesa,—sin nadie les consolar,  
porque no hay grande ni chico—que estuviese sin llorar.  
¡Pues las damas y doncellas,—que allí hubieron de llegar,  
hacen llantos tan extraños,—que no los oso contar,  
porque mientras pienso en ellos—nunca me puedo alegrar!  
Mas el conde y la condesa—vanse sin nada hablar:  
los otros caen en tierra—con la sobra del pesar:  
otros crecen mas sus lloros—viendo cuán tristes se van.  
Dejo de los caballeros—que a Paris quieren tornar;  
vuelvo al conde y la condesa,—que van con gran soledad  
por los yermos y asperezas—do gente no suele andar.  
Llegado el tercero dia,—en un áspero boscaje  
la condesa de cansada—triste no podia andar.  
Rasgáronse sus servillas,—no tiene ya que calzar:  
de la aspereza del monte [4] —los piés no podia alzar; [5]  
do quiera que el pié ponía—bien quedaba la señal.  
Cuando el conde a questo vido,—queriéndola consolar,  
con gesto muy amoroso—la comenzó de hablar:  
—No desmayedes, condesa,—mi bien, querais [6] esforzar,  
que aquí está una fresca fuente—do el agua muy fría está [7]  
repositar, condesa,—y podremos refrescar.—  
La condesa que esto oyera—algo el paso fué a alargar,  
y en llegando a la fuente—las rodillas fué a hincar.  
Dió gracias a Dios del cielo,—que la trujo en tal lugar,



diciendo:—¡Buen agua es esta—para quien tuviese pan!—  
Estando en estas razones—el parto le fué a tomar,  
y allí pariera un hijo,—que es lástima de mirar  
la pobreza en que se hallan—sin poderse [8] remediar.

[p. 392] El conde cuando vió el hijo—comenzóse de esforzar;  
con el sayo que traia—al niño fué a cobijar;  
también se quitó la capa—por a la madre abrigar; [1]

la condesa tomó el niño—para darle de mamar.  
El conde estaba pensando—qué remedio le buscar,  
que pan ni vino no tienen,—ni cosa con que pasar.  
La condesa con el parto—no se puede levantar;  
tomóla el conde en los brazos—sin ella el niño dejar,  
súbelos a una alta sierra—para mas lejos mirar.

En unas breñas muy hondas—grande humo vió estar, [2]  
tomó su mujer y hijo,—para allá les fué a llevar.

Entrando en la espesura—luego al encuentro le sale  
un virtuoso ermitaño—de reverencia muy grande;  
el ermitaño que los vido—comenzóles de hablar:  
—¡Oh válgame Dios del cielo!—¿Quién aquí os fué a aportar?

Porque en tierra tan extraña—gente no suele habitar,  
sino yo que por penitencia—hago vida en este valle.—

El conde le respondió—con angustia y con pesar:  
—Por Dios te ruego, ermitaño,—que uses de caridad,  
que despues habrémos tiempo—de cómo vengo, a contar:  
mas para esta triste dueña—dame que le pueda dar,  
que tres dias con sus noches—ha que no ha comido pan,  
que allá en esa fuente fria—el parto le fué a tomar.—

El ermitaño que esto oyera,—movido de gran piedad,  
llevóles para la ermira—do él solia habitar.

Dióles del pan que tenia,—y agua, que vino no hay:  
recobró algo la condesa—de su flaqueza muy grande.

Allí le rogó el conde—quiera el niño bautizar. [3]

—Pláceme, dijo, de grado;—¿mas cómo le llamarán?

—Como quisieredes, Padre,—el nombre le podréis dar.

—Pues nació en ásperos montes—Montesinos le dirán.— [4]

Pasando y viniendo dias,—todos vida santa hacen;

bien pasaron quince años,—que el conde de allí no parte. [5]

Mucho trabajó el buen conde—en haberle de enseñar [6]

a su hijo Montesinos [7] —todo el arte militar,

la vida de caballero—cómo la habia de usar,

[p. 393] cómo ha de jugar [1] las armas,—y qué honra ha de ganar,  
cómo vengará el enojo [2] —que al padre fuéron a dar.

Muéstrale en leer y escribir—lo que le puede enseñar,  
muéstrale jugar a tablas,—y cebar un gavilan.

A veinte y cuatro de junio,—dia [3] era de San Juan,

padre y hijo paseando—de la ermita se van; [4]  
encima de una alta sierra—se suben a razonar.  
Cuando el conde alto se vido—vido a Paris la ciudad.  
Tomó al hijo por la mano,—comenzóle de hablar,  
con lágrimas y sollozos—no deja de suspirar.

( *Aqui comienzan dos rom. del conde Grimaltos y su hijo Montesino*  
(vale decir este romance, y el que le sigue). Pliego suelto del siglo XVI, en  
el Rom. gen. del Sr. Durán —*Silva de varios romances*, ed. de Barcelona,  
1582 .—*Floresta de var. rom.*, edición de Madrid, 1674.) [5]

176

(MONTESINOS.—II)

### Romance de Montesinos [6]

—Cata Francia, Montesinos,—cata Paris la ciudad,  
cata las aguas de Duero,—do van a dar en la mar;  
cata palacios del rey,—cata los de don Beltran,  
y aquella que ves mas alta—y que está en mejor lugar  
es la casa de Tomillas,—mi enemigo mortal.  
Por su lengua difamada—me mandó el rey desterrar,  
y he pasado a causa de esto—mucha sed, calor y hambre,  
trayendo los pies descalzos,—las uñas corriendo sangre.  
A la triste madre tuya—por testigo puedo dar,  
que te parió en una fuente—sin tener en que te echar.  
Yo triste quité mi sayo—para haber de cobijarte;  
ella me dijo llorando—por te ver tan mal pasar:  
[p. 394] —Tomes este niño, conde,—y lléveslo a cristianar;  
llamédesle Montesinos,—Montesinos le llamad.—  
Montesinos que lo oyera—los ojos volvió a su padre;  
las rodillas por el suelo—empezóle de rogar  
le quisiese dar licencia,—que en Paris quiere pasar,  
y tomar sueldo del rey—si se lo quisiere dar,  
por vengarse de Tomillas,—su enemigo mortal;  
que si sueldo del rey toma—todo se puede vengar.  
Ya que despedirse quieren—a su padre fué a rogar  
que a la triste de su madre—él la quiera consolar,  
y de su parte le diga—que a Tomillas va buscar. [1]  
—Pláceme, dijera el conde,—hijo, por te contentar.—  
Ya se parte Montesinos—para en Paris entrar,  
y en entrando por las puertas—luego quiso preguntar  
por los palacios del rey—que se los quieran mostrar.  
Los que se lo oían decir—dél se empiezan a burlar;

viéndolo tan mal vestido—piensan que es loco, o truhan;  
en fin, muéstrenle el palacio,—por ver que quiere buscar:  
**[p. 395]** sube alto en el palacio,—entró en la sala real,  
halló que comia el rey,—don Tomillas a la par.  
Mucha gente está en la sala,—por él no quieren mirar.  
Desque hubieron ya comido—al ajedrez van a jugar  
solos el rey y Tomillas—sin nadie a ellos hablar,  
si no fuera Montesinos—que llegó a los mirar;  
mas el falso de Tomillas,—en quien nunca hubo verdad,  
jugara una treta falsa,—donde no pudo callar  
el noble de Montesinos,—y publica su maldad.  
Don Tomillas que esto oyera,—con muy gran riguridad  
levantara la su mano,—un bofetón le fué a dar.  
Montesinos con el brazo—el golpe le fué a tomar,  
y echó mano al tablero,—y a don Tomillas fué a dar  
un tal golpe en la cabeza,—que le hubo de matar.  
Murió el perverso dañado,—sin valerle su maldad.  
Alborótanse los grandes—cuantos en la sala están:  
prendieron a Montesinos—y querianlo matar,  
sino que el rey mandó a todos—que no le hiciesen mal,  
porque el queria saber—quien le dió tan gran osar;  
que no sin algun misterio—él no osara tal pensar.  
Cuando el rey le interrogara —él dijera la verdad.  
—Sepa tu real Alteza—soy tu nieto natural;  
hijo aoy de vuestra hija,—la que hicisteis desterrar  
con el conde don Grimaltos,—vuestro servidor leal,  
y por falsa invención—le quisiste maltratar:  
mas agora vuestra Alteza—de ello se puede informar;  
que el falso de don Tomillas—sepan si dijo verdad,  
y si pena yo merezco,—buen rey, mandádmela dar,  
y también si no la tengo—que me mandásedes soltar,  
y al buen conde y la condesa—los mandeis ir a buscar,  
y les torneis a sus tierras—como solia gobernar.—  
Cuando el rey aquesto oyera—no quiso mas escuchar.  
Aunque veia ser él su nieto—quiso saber la verdad:  
supo que don Tomillas—ordenó aquella maldad,  
porque tuvo envidia—viéndole en prosperidad.  
Cuando el rey la verdad supo—al conde hizo ir a buscar:  
gente de a pié y de a caballo—iban para le acompañar,  
y damas por la condesa—como solia llevar.  
Llegado junto a Paris—dentro no quieren entrar,  
porque cuando dél salieron—los dos fuéron a jurar  
que las puertas de Paris—nunca las vieran pasar.  
Cuando el rey aquello supo—luego mandó derribar  
un pedazo de la cerca—por do pudiesen pasar  
sin quebrar el juramento—que ellos fuéron a jurar:

lleváronlos al palacio—con mucha solemnidad,  
hácenlos muy ricas fiestas—cuantos en la corte están.  
[p. 396] Caballeros, dueñas, damas—los vienen a visitar,  
y el rey delante de todos—por mayor honra les dar,  
les dijo que habia sabido—como era todo maldad,  
lo que dijo don Tomillas—cuando lo hizo desterrar:  
y porque sea mas creido—allí les tornó a afirmar  
todo lo que antes tenian,—y el gobierno general,  
y que despues de sus dias—el reino haya de heredar  
el noble de Montesinos,—y así lo mandó firmar.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 193.—Canc. de Rom., 1550, fol. 205.—  
Silva de var. rom., ed. de Barcelona del año de 1582.*)

177

(MONTESINOS.—III)

**Romance: el cual cuenta el desafío que hizo Montesinos a Oliveros en las salas de París:  
hecho por Juan del Campo**

En las salas de Paris,—en un palacio sagrado  
ado está el emperador—con los pares razonando,  
acabando de comer,—un rumor se ha levantado.  
Oliveros y Montesinos—mal se quieren en celado.  
Oliveros fué el primero—que se habia desmesurado:  
—Dicho os he, Montesinos,—dias ha que os he rogado,  
que de amores de Aliarda—no tuviédeses cuidado,  
que no sois para servilla,—ni para ser su criado;  
si no fuese por el emperador—yo os habria castigado.—  
Montesinos que esto oyera,—la color se le ha mudado,  
así le tiemblan las carnes—como a hombre sentenciado;  
echó mano a la su espada,—su rico manto abajado,  
tiró un golpe a Oliveros;—mas no le habia acertado.  
Oliveros no tenia armas,—dos saltos atras ha dado.  
Metióse la gente en medio;—otra cosa no ha pasado.  
Ellos en aquesto estando—don Roldan habia llegado,  
a grandes voces diciendo:—¡Viva, viva el emperador, y el que vive a su mandado!  
—¡Viva! dijo Montesinos,—mas no de ser ultrajado;  
que si de esto no me vengo,—no entraré mas en poblado,  
ni comeré pan a mesa,—ni oiré misa en sagrado,  
ni me vestiré loriga,—ni cabalgaré en caballo,  
ni me llamarán en Francia—hijo del conde Grimaldo.  
Abájase del escala—con pasión muy lastimado,  
fuérase al meson de Burgo—ado estaba aposentado,

[p. 397] armóse de una loriga—y de un arnes tranzado,  
echóse un escudo al cuello:—de todas armas armado,  
sin poner pié en el estribo,—en el caballo habia saltado.  
Sale por la puerta afuera—muy honesto y mesurado,  
por las calles que habia gente—íbase muy sosegado,  
por do via que no estaba—va corriendo como un gamo.  
En saliendo de Paris—topara con don Reinaldo, [1]  
primo suyo carnal,—en amor mas que hermano.  
—¿Adónde vais, Montesinos,—adó vais tan bien armado?  
O vais con mensaje a moros,—o venís desafiado.  
—No voy a nada de aqueso,—ni de ello tengo cuidado;  
mas Oliveros en palacio—de palabras me ha ultrajado  
respondiérale yo a ellas,—mas no quedé bien pagado.  
Por Dios os ruego, mi primo,—que vais a desafiarlo,  
que le digais de mi parte—que le espero en el campo,  
en el campo de san Dionís,—bien armado y a caballo.  
—Pláceme, dijo Reinaldo,—pláceme de muy buen grado,  
decírselo he de boca,—aunque esté muy ocupado,  
sino quisiere uno por uno—seremos dos por cuatro,  
aunque vinese con ellos—don Roldan el encantado.—  
Ellos en aquesto estando—Oliveros que ha llegado  
con la sobrevista verde.—¡Oh cuán bien parece armado!  
El gesto trae descubierto,—blanco es y colorado,  
a grandes voces diciendo:—Tiráos afuera, Reinaldo,  
lo que ha dicho Montesinos—presto le costará caro.  
—Pláceme, le dijo él,—pláceme de muy buen grado.—  
Volvió riendas al caballo,—en Paris se habia lanzado.  
Mejor fuera para ellos—no habellos él dejado.  
Pocas palabras se dicen,—metido se han en un prado.  
Apartóse el uno del otro—cuanto un tiro de dardo.  
De los muy recios encuentros—a tierra se han derrocado.  
Herido fué Montesinos—en el su izquierdo lado;  
asi quedara Oliveros—por medio de su costado,  
que el hierro de Montesinos—en el cuerpo le ha quedado.  
Levántanse ambos en pié,—las espadas han sacado;  
entre los dos caballeos—cruel batalla se ha trabado.  
Ellos en aquesto estando—Baldovinos que ha llegado  
con sus perras de trailla—y su halcon en la mano.  
Rogado les ha por la paz;—dél nada no se han curado.  
Batió piernas al caballo,—y él así los ha dejado.  
Fuése al emperador—muy triste, desconsolado.  
—¿Qué haceis aquí, señor,—con tan pequeño cuidado?  
Que hoy pierdes dos caballeros,—los mejores de tu estado,  
[p. 398] en el campo de san Dionís,—cada uno mal llagado.  
Si presto no socorréis—el campo será acabado.—  
Don Carlos cuando lo oyera—temblaba como azogado,

cabalgó en un palafren—por no esperar a caballo.  
Con él iba en compañía—ese conde don Grimaldo,  
con él iban caballeros,—todos eran hijos-dalgo.  
En llegando a san Dionisio—véenlos estar en lo llano;  
cada cual caído en tierra,—que no bullen pié ni mano.  
Cuando así los vido el conde,—de su boca habia hablado:  
—¡Qué tal estais, mi hijo,—el mi hijo mucho amado,  
por las tierras do yo voy—por vos fuera muy honrado!  
Si habeis herida de muerte—de vuestra alma habed cuidado.  
Aunque vos murais, mi hijo,—de mi no seréis llorado,  
que ni moris por mesones,—ni por tableros jugando;  
moris como caballero—en el campo peleando.  
—Que no moriré, señor,—de lo que estoy agora llagado;  
mas socorred a Oliveros,—ved si está peor tratado.  
—Con él está acá, mi hijo,—el emperador don Carlos;  
mucho estaba mal herido,—vos no estais muy bien librado.—  
Alli llegó el emperador,—su rostro todo mojado  
de lágrimas de sus ojos—que por ellos ha llorado.  
—Si sois vivo, Montesinos,—yo quedaré consolado.—  
—Cuál me hallardes, señor,—estoy a vuestro mandado.—  
Con igual honra en Paris—ambos los han lanzado;  
con la vida de los dos—el pueblo se ha holgado.  
Mucho mas se holgó el conde,—y asi hiciera Reinaldo,  
que del bien de Montesinos—él estaba muy pagado.

*(Siguese un romance: el cual cuenta el desafio que hizo Montesinos a Oliveros en las salas de Paris, etc. Pliego suelto del siglo XVI.)*

177 a

(MONTESINOS.—IV)  
*(Al mismo asunto)*

**Romance de un desafio que se hizo en París de dos caballeros principales de la tabla redonda, los cuales son Montesinos y Oliveros. Fué el desafio por amores de una dama llamada Aliarda.**

En las salas de Paris,—en el palacio sagrado  
donde está el emperador—con su imperial estado,  
[p. 399] tambien estaban los doce—que a una mesa se han juntado,  
obispos y arzobispos—y un patriarca honrado.  
Despues que hubieron comido—y las mesas se han alzado,  
ya se levanta la gente,—todos iban paseando  
por una sala muy grande,—unos con otros hablando.  
Unos hablan de batallas,—los que las han acostumbrado;

otros hablan de amores,—los que son enamorados.  
Montesinos y Oliveros—mal se quieren en celado;  
con palabras injuriosas—Oliveros ha hablado.  
Las palabras fuéron tales,—que de esta suerte ha empezado:  
—Montesinos, Montesinos,—¿cuánto ha que os he rogado  
que de amores de Aliarda—no tuiédeses cuidado,  
que no sois para servirla,—ni para ser su criado?  
¡Si no, por el emperador,—yo os hubiera castigado!—  
Montesinos que esto oyera—túvose por injuriado;  
la respuesta que le dió—fué como de hombre esforzado.  
—¡Buen caballero Oliveros,—mucho estoy maravillado,  
siendo hombre de buen linaje—siempre entre buenos criado,  
que vos a mi deshonrar—bien debia ser excusado;  
que si tuviera yo [1] espada—como vos teneis al lado,  
las palabras que dijistes—bien las hubiérades pagado!—  
Oliveros que esto oyera—en la espada puso mano:  
fuése para Montesinos—como hombre muy airado.  
Montesinos no tiene armas,—descendióse del palacio.  
Los ojos puestos en el cielo—juramento iba echando [2]  
de nunca vestir loriga,—ni cabalgar en caballo,  
ni comer pan a manteles,—ni nunca entrar en poblado  
y de no rapar sus barbas,—ni de oír misa en sagrado,  
ni llamarse Montesinos—hijo del conde Grimaltos,  
hasta que vengue la mengua—que Oliveros le ha dado.  
En llegando a su posada—fué muy prestamente armado:  
pone el yelmo en su cabeza,—vístese un arnés tranzado;  
mandó sacar una lanza—que él tenia en apartado:  
que la lanza era muy fuerte,—y el hierro bien acerado.  
Ya es armado Montesinos,—ya cabalga en su caballo:  
las cartas que tiene escritas—a un paje las habia dado,  
que las lleve a Oliveros—y se las diese en su mano,  
y le diga que le aguarda—Montesinos en el campo,  
armado de todas armas—y el caballo encubertado.  
Ya se parte el mensajero—con las cartas que le ha dado;  
en casa del emperador—a Oliveros ha hallado,  
con muy grande reverencia—el paje lo ha llamado.  
Oliveros es discreto,—y hombre muy bien criado,  
[p. 400] apartóse con el paje—en un lugar apartado:  
preguntó lo que queria,—o quien le habia enviado.  
El paje cuando esto oyó—las cartas le hubo mostrado,  
Oliveros que las vido—dijo que él daría recaudo.  
Ya se parte el pajecico,—ya se sale del palacio.  
El plazo que Montesinos—a Oliveros hubo dado,  
cuatro horas le da de tiempo—que le aguardaría en el campo,  
y si al plazo no viniese—por traidor sería llamado.  
Él acudió de tal suerte,—que seis horas habian pasado.

Tanto aguardó Montesinos,—que ya estaba enojado.  
Mientras que en el campo andaba—a Oliveros esperando,  
vió allí un caballero—que llamaban don Reinaldos,  
que de linaje era su primo,—y en el voluntad más que hermano.  
Las palabras que le dijo,—de esta manera ha hablado:  
—Montesinos, Montesinos,—¿qué faceis, mi primo hermano,  
que segun del modo os veo—vos estais mal enojado?  
Alguno os desafió—y vos lo estais esperando,  
porque no siento otra cosa—por qué estuviédeses armado. [1]  
Montesinos que esto oyera—tal respuesta le hubo dado:  
—La causa que ansí me hallais—vos la contaré de grado:  
un presente hoy me trujeron,—y en él vino este caballo;  
mas vos sabeis mi costumbre,—que si caballo me han dado,  
el primer dia que a mí viene—ha de ser muy bien probado:  
yo por ver qué tal es este—he subido en él armado.—  
Don Reinaldos que esto oyera—esta respuesta le ha dado:  
—Montesinos, Montesinos,—vuestro hablar es excusado;  
vos a mí no me negueis—por qué estáis desafiado.—  
Montesinos que esto vido—que lo sabia don Reinaldos,  
luego sin mas dilacion—la verdad hubo contado.  
—Vos sabeis, mi señor primo,—que hoy dentro en el palacio  
yo y vuestro primo Oliveros—andábamos paseando:  
de unas razones en otras—él me ha mal injuriado,  
diciendo que de Aliarda—yo no tuviese cuidado,  
que no era para servirla—ni para ser su criado;  
que si mirado no hubiese—al gran emperador Carlos,  
por el enojo que le hice—ya me hubiera castigado.  
Yo le dije que hablaba—mal, y muy desmesurado,  
y él echó mano a la espada—y embrazóse de su manto.  
Yo hallándome sin armas—descendíme del palacio;  
fuíme para mi posada—muy triste y muy enojado;  
arméme con estas armas—que vos me hallais armado;  
cartas envié a Oliveros—que le aguardaba en el campo:  
cuatro horas le dí de tiempo—que le estaria esperando,  
[p. 401] y si en estas no viniese—por traidor seria llamado.  
Desde que pasan las [1] cuatro horas,—otras dos habian pasado.  
Don Reinaldos que esto oyó—esta respuesta le ha dado:  
—Si quereis vos, Montesinos,—yo iré presto a llamarlo,  
si no quiere oirlo de lengua,—decírselo he por las manos;  
y si él no quiere venir,—para vos y mí, sean cuatro.—  
Ellos estando en aquesto—Oliveros ha llegado,  
no como hombre de pelea,—sino como enamorado.  
Él viene muy gentil hombre,—mas tambien muy bien armado.  
En llegando a Montesinos—de esta suerte le hubo hablado:  
—Montesinos, Montesinos,—¿qué es esto, traidor malvado?  
que la fe que tú me diste —¡hásmela muy mal guardado!



dijiste que estarias solo,—y hálloste acompañado.—  
Montesinos que esto oyó—tal respuesta le hubo dado:  
—Oliveros, Oliveros,—de esto no estéis enojado,  
que si compañía tengo—cierto vos lo habeis causado,  
que si viniérades a tiempo—del plazo que os hube dado,  
la compañía que tengo—no la hubiérades hallado,  
que por causa de desdicha —él me halló aquí armado;  
él me preguntó qué habia,—yo bien me hube excusado;  
mas por importunacion—sabed que yo le he contado  
lo que está entre vos y mí,—y lo que yo hube pasado:  
mas yo os haré juramento—donde vos querais tomallo,  
que por esta compañía—no seréis perjudicado,  
sino que él se irá a Paris—quedando nos en el campo.  
—Pláceme, dijo Oliveros,—de eso que habeis hablado.—  
Reinaldos se entró en Paris—y ellos quedan en el campo.  
Íbanse de par en par,—y juntos lado con lado,  
hasta llegar a la huerta—donde el campo se habia dado.  
Despues que dentro se vieron—Montesinos ha hablado:  
—Agora es tiempo, Oliveros,—que se vea el mas esforzado.—  
Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado,  
los golpes han sido tales—que entrambos se han derribado:  
media hora y mas estuvieron—que ninguno ha hablado.  
Ya despues que esto pasó—el uno se ha levantado; [2]  
fué para Oliveros,—de esta suerte le ha hablado:  
—Buen caballero, no estéis—por tan poco desmayado,  
echemos mano a las hachas,—pues las lanzas se han quebrado.—  
Oliveros que esto oyera—muy presto fué levantado:  
danse tan terribles golpes—que presto se han desarmado;  
las piezas de los arneses—veréis rodar por el campo.  
Oliveros que esto vido—de esta suerte le ha hablado:  
—Echá mano por la espada—pues que ya estais desarmado.—  
Montesinos que esto oyera—presto la espada ha sacado:  
[p. 402] fiérense de tales golpes—que se han mal aparejado.  
Ellos estando en aquesto—un cazador ha llegado;  
quísosose poner entre ellos,—hanle mal amenazado,  
que si entre ellos se pone—que él será muy mal tratado.  
El cazador que esto oyera—medio muerto y espantado  
se partió para Paris,—grandes voces iba dando:  
—¿Qué es de ti, el emperador,—que hoy pierdes todo tu Estado?  
¡Hoy entre los doce pares—veo gran ruido armado,  
y el imperio de Paris—todo escandalizado!—  
Oyólo el emperador,—donde estaba en el palacio:  
mandó luego que le llamen—al que tal iba hablando.  
Ya es llegado el cazador—do está el emperador Carlos.  
Las palabras que le dice—con temor demasiado: [1]  
—Señor, sepa vuestra Alteza—que hoy andando cazando

en la huerta de Sant Dionis,—dentro en ella yo he hallado  
a Montesinos y a Oliveros—que se habian desafiado:  
la sangre que de ellos corria—teñia las yerbas del campo,  
que si ellos ya no son muertos,—estarán muy mal tratados.—  
El emperador que esto oyera—muy presto hubo cabalgado  
con todos los caballeros—los que allí hubo hallado.  
De Oliveros iba un primo,—y tambien iba un su hermano,  
y el padre de Montesinos,—ese conde don Grimaltos.  
Cada uno tiene parientes,—iban escandalizados.  
El emperador, que esto vido,—pregonar luego ha mandado:  
que de manos ni de lengua—ninguno sea osado  
de decir descortesía,—ni quiston hayan buscado, [2]  
y quien quiston revolviese—fuese luego degollado.  
Por miedo de aquel pregon—todo hombre va limitado.  
En allegando a la huerta—el emperador hubo entrado.  
Por el rastro de la sangre—los caballeros han hallado,  
el uno caido a una parte,—otro caido a otro lado.  
Llamó [3] a sus caballeros—los que le han acompañado:  
cuando la gente los vió—veréis hacer un gran llanto:  
unos dicen: ¡Ay mi primo!—otros dicen: ¡Ay mi hermano!—  
El conde Grimaltos dice:—¡Ay mi hijo mal logrado!—  
Cuando el emperador vido—su pueblo escandalizado,  
mandó traer unas andas—en que hubiesen llevado  
aquellos dos caballeros—que se habian maltratado,  
que los lleven a Paris—dentro del real palacio:  
doctores y bachilleres [4] —que viniesen a curarlos.  
Fué la voluntad divina—que a poco tiempo pasado  
les hallan gran mejoría,—que se han mucho remediado.  
[p. 403] Ya sanos los caballeros,—y Dios que [1] les ha ayudado,  
mandóles el emperador,—que amigos hayan quedado.  
Cásanlos con sendas damas—las mas lindas del palacio,  
y púsoles grandes penas—que ninguno sea osado  
de hablar con Aliarda,—ni de ser su enamorado, [2]  
y quien esto quebrantase—de la vida sea privado.  
Así quedaron amigos—y el imperio asesegado.  
Luego Aliarda casó—con un caballero honrado;  
quedaron todos contentos—y el romance fué acabado. [3]

(*Canc. de Rom.*, s. a., fol. 65.—*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 65.—  
*Silva de 1550*, t. II, fol. 162.—*Floresta de var. rom.*) [4]

## Romance de Guiomar y del emperador Carlos: que trata de cómo libró al rey Jafar su padre y a sus reinos del emperador: y de cómo se tornó cristiana y casó con Montesinos.

Ya se sale Guiomar—de los baños de bañar  
colorada como la rosa,—su rostro como cristal.  
Cien damas salen con ella—que a su servicio están,  
eran todas fijas-dalgo,—muy fermosas en verdad,  
ricamente ataviadas—que era gloria de mirar.  
Preguntando va Guiomar—por el rey Jafar su padre.  
Respondiera un caballero—que le estaba delante:  
—Retraído está, señora,—en su palacio real,  
de dentro de siete puertas—allá se fuera a encerrar,  
y mandó a los porteros,—que a nadie dejen entrar  
sino a sus caballeros,—los del consejo real;  
llorando está de sus ojos—que es dolor de lo mirar,  
mesábase los cabellos,—sus barbas otro que tal.  
La causa del lloro tan grande—yo no la sabré contar;  
mas sé que le han venido cartas—de Cárlos el emperante,  
lo que contienen aquellas—yo no lo sabré contar.—  
**[p. 404]** Guiomar que esto oyera—corriendo va a mas andar,  
que ni atiende a sus damas,—ni a nadie quiso esperar;  
ántes se fué al palacio—donde estaba el rey su padre.  
No hay portero que la detenga—ni la osase hablar.  
Allegara a la gran sala—donde su padre está,  
vió a sus caballeros—que le estaban delante,  
puestos en tan gran silencio—que a nadie oyó hablar,  
y allí vido estar al rey—en la su silla real,  
su mano tenia en el rostro—con un pensamiento grande.  
Allegose Guiomar,—y humillósele delante,  
tomándolo por la mano—por habérgela de besar.  
El rey Jafar que la viera—la fué luego a levantar:  
y besándola en el rostro—no pudo estar de llorar;  
fízole dar una silla,—y cabo el se fué a sentar.  
Allí fabló Guiomar—y empezara de hablar:  
—Por Dios vos ruego, el rey,—me digades la verdad,  
¿qué es la causa del enojo?—¿quién vos ha hecho pesar?  
y acordáos que las mujeres—son para bien y para mal.—  
Respondiérale el rey—con gran tristeza y pesar:  
—Sabréis, fija Guiomar,—la causa de nuestro mal:  
que ha dos horas o poco menos—cartas me fuéron llegar,  
las cuales envió don Carlos,—capitán de la cristiandad,  
en que me envía las treguas,—y me tornara las paces,  
y me suelta los tributos,—que ya no los quiere mas;  
mas demándame mis reinos—que se los haya de dejar:  
y si no lo hago, hija,—los meterá a fuego y sangre.  
Treinta dias me dió de plazo,—que mas no me quiso dar,

y la peor señal que veo,—y que a mi da mayor pesar,  
es ver que en riberas de Ebro—tiene asentado su real;  
y si hago resistencia—serme hia mayor mal;  
aunque sesenta mil combatientes—bien los puedo yo allegar  
de Aragon y de Castilla,—y Valencia esa ciudad;  
mas ¿qué aprovecha?, mi hija,—que será doblar mis males,  
que tiene otros tantos,—y con ellos los doce pares,  
y si más gente quisiere,—a toda la cristiandad.  
Y de todo aquesto, fija,—a vos toca el mayor mal,  
que de mí ya no me pesa,—que soy viejo y de gran edad;  
mas recibo de vos pena—que sois niña y de poca edad:  
porque agora venia el tiempo—que habíades de reinar.  
¿Quién gobernará mis reinos,—mis villas y mis ciudades?  
¿Quién manterná mis caballeros,—los de mi corte real?  
¿Y vos, y yo, la mi fija,—dónde iremos a parar?—  
Guiomar era discreta—si en el mundo habia su par,  
y cuanto le dijo el rey—lo fué muy bien a escuchar,  
respondióle con gran tiento—y empezara de hablar:  
—No desmayes, el buen rey,—no quieras tomar pesar,  
[p. 405] que si Alá me da la vida—yo lo entiendo remediar,  
si vos, rey, me dais licencia—que haga a mi voluntad,  
y que lo que yo hiciere—por hecho lo hayais de dar.—  
El rey Jafar que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
—Por Dios vos ruego, mi fija,—vos me lo querais contar,  
de qué suerte lo haredes,—o cómo pensais remediar.—  
Guiomar como obediente—le diera respuesta tal:  
—Que de grado lo diría—por servir su Majestad.  
Acordáos, rey, de Celinos—que tovistes en catividad,  
que siete años o mas—estuvo sin libertad,  
y sin decillo a vuestra Alteza—licencia le fuera a dar,  
que se tornase en Francia,—a su tierra natural:  
pues estando él en el campo—en algo me ha de ayudar,  
y cuando él no me ayudase,—otro mayor pienso fallar;  
que allí será Montesinos,—ese esclarecido infante,  
que mucho tiempo me ha servido—en vuestra corte real,  
por mí ha hecho torneos,—por mí en campo fué a entrar;  
y tambien sé que don Carlos,—aquel alto emperante,  
nadie le pidió merced—que él no se la otorgase.  
Y por esto os ruego, padre,—licencia me querais dar,  
que delante dél yo vaya—para merced le demandar:  
que él es tan magnífico hombre—que no me la negará.—  
El rey Jalfar que esto oyera—luego se fuera a turbar,  
maldiciendo la fortuna—empezara de llorar,  
diciendo estas palabras—con dolor y sospirar:  
—¡Oh desventurado rey—que en el mundo no hay su par!  
¡Oh mi hija Guiomar,—espejo de mi mirar!

¡Oh descanso de mi vida,—reposo de mi pesar!  
¿Quién vos dará tal licencia,—quién vos la osará dar?  
¿Quién vos asegura, fija,—a vos en la cristiandad,  
que no os sea hecha deshonra,—o vos hayan de avergonzar?—  
Guiomar que aquesto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
—Yo suplico a vuestra Alteza—que no quiera tal hablar,  
que nunca en campo ninguno—se usó tal platicar:  
que a nadie que fuese de grado—se le oviese de hacer mal:  
cuanto mas do está el gran Carlos—y aquellos doce sin par;  
así que por ese cabo—bien os podréis segurar.—  
Y envía por las trompetas—cuantas en la tierra están,  
manda hacer un pregon—por su reino general:  
que cualquier dama hermosa—se haya de aparejar,  
y otro día de mañana—sea al palacio real.  
Viendo el rey que mas no pudo—el pregon mandara dar:  
que obedezcan a Guiomar,—que hagan a su voluntad.  
Viérades la barahunda—que habia en la ciudad,  
de atavíos de las damas—cuál saldria mas galana.  
Pues decir de Guiomar—seria largo de contar,  
[p. 406] que toda la noche en peso—jamás se quiso acostar;  
mas puesta en invenciones—y en vestidos se ensayar.  
Y no era venido el día—cuando ella en punto está;  
mandó abrir las sus salas—y su palacio real,  
Viérades entrar las damas—que es placer de lo mirar,  
cada una de su atavío—quién mas linda puede andar.  
Y cuando estuvieron juntas—en su palacio real,  
fablárales Guiomar—a todas en general:  
—Bien sabeis, hermanas mias,—nuestra gran necesidad,  
y sabeis todas las cosas—que ha escrito el emperante,  
y para remediar tal daño—es de gran necesidad,  
que vais todas conmigo—a la su tienda real  
a suplicar a su Alteza,—merced nos quiera otorgar,  
que nos delibre las tierras,—y que nos torne la paz.—  
Las damas que esto oyeron—le dieron respuesta tal:  
que eran todas muy contentas—por servir su Majestad.  
Levantóse en pié Guiomar,—agradecióles su voluntad,  
y escogió cien damas de ellas—que mas le fuéron agradar,  
aunque no fuesen fijas-dalgo,—ni de muy alto linaje,  
y las que no eran tan vestidas—de sus ropas les hacía dar;  
mandó traer cabalgaduras—para ellas cabalgar,  
ricamente guarnecidas—que era cosa de mirar;  
con ellas cien caballeros—por mas honestas andar.  
Mandó allegar las trompetas—y atabales otro que tal,  
hizo venir los instrumentos—que se pudieron hallar.  
Desde todo fué a punto—mandó a todos cabalgar.  
Viérades cabalgar damas,—caballeros otro que tal;

ver cuál iba Guiomar—nadie lo sabría contar:  
encima de una hacanea blanca—que en Francia no la habia tal,  
un brial vestido blanco—de chapado singular,  
mongil de blanco brocado,—enfornado en blanco cendal,  
bordado de pedrería—que no se puede apreciar,  
una cadena a su cuello—que valia una ciudad,  
cabellos de su cabeza—suelos los quiere llevar,  
que parecen oro fino—en medio de un cristal,  
una guirnalda en su cabeza,—que su padre le fué a dar,  
de muy rica pedrería—que en el mundo no hay su par.  
Ya se parte Guiomar,—ya empieza de caminar,  
con ella sale el rey Jafar—fasta la puerta de la ciudad.  
Desque fuéron a la puerta—Guiomar le fué a hablar,  
tomándolo de las manos—que se las quiere besar,  
rogándolo mucho de grado—no recibiese pesar.  
El rey Jafar que la oyera—no pudo estar de llorar,  
diciéndole:—Fija mia,—no me querais olvidar,  
cuando seréis entre cristianos,—de mí os querais acordar;  
mirad como quedo solo—con una angustia mortal.—  
[p. 407] Dándole su bendición—licencia le fuera a dar.  
Ya se parte Guiomar—para do está el emperante.  
Siesta era de mediodia,—tiempo de calor muy grande,  
cuando el emperador Carlos—se levanta de yantar,  
y con él todos los doce—que a su mesa comen pan;  
cada uno se va a su tienda—a dormir y a folgar:  
cuando llegó Guiomar—al real del emperante.  
Desque fué cerca las tiendas—las trompetas mandó llamar,  
que desparasen todos juntos—cuantos instrumentos hay.  
Ya desparan las trompetas,—atabales otro que tal,  
hacian tan grande estruendo—que la tierra hacen temblar.  
Viérades los franceses—voces que empiezan a dar,  
diciendo:—¡Al arma, al arma,—todo hombre a cabalgar!  
que este era el rey Jafar,—o alguna traicion grande.—  
Mas presto llega la guarda—que tenia el emperante,  
y vieron ser Guiomar,—que venia tan triunfante.  
Presto se tornan las guardas—por la gente asegurar,  
y dieron presto las nuevas—a Carlos el emperante:  
cómo era Guiomar—que venia le hablar,  
y le demanda licencia—si la dejaría entrar.  
El emperador muy contento—de grado se la fué a dar.  
Ya entraba Guiomar—por medio de aquel real.  
Treinta pasos de la tienda—donde estaba el emperante  
descabalgó Guiomar,—sus damas mandó apear  
por hacer acatamiento—a la corona real;  
pasó por medio la guarda—que tenia el emperante,  
que eran mas de dos mil hombres—los que le suelen guardar.

Y cuando llegó a la puerta—de aquella tienda real,  
viera estar a don Carlos,—aquel alto emperante,  
conociólo Guiomar—segun dél tenia señal:  
con aquellas barbas blancas—que tenia por la su faz,  
que jamas pelo en su vida—de la barba fuera a cortar.  
Guiomar como discreta—ante él se fué a arrodillar,  
tomándolo por las manos—por habérselas de besar.  
El emperador que la mira—le fué tanto a contentar,  
que la tomó por los brazos,—y la hizo levantar,  
besándola en el carrillo,—las manos no le quiso dar,  
antes la tomó del brazo,—y en la tienda la hizo entrar,  
hízole dar una silla,—cabo él la mandó asentar,  
fablándole muchas palabras—que era placer de escuchar,  
dícele que le pesaba,—por ser de tan gran edad,  
para ser su caballero,—y de ella se enamorar.  
Hablando de estos placeres—en que los dos están,  
viérades los caballeros—atavíos ensayar,  
cuál iria mas polido,—cuál iria mas galan,  
y el que mas presto se viste—se va a la tienda real  
[p. 408] a ver la gran fermosura,—por ver aquella beldad  
de Guiomar la linda—que en lindeza no hay su par.  
Allí vino Oliveros,—allí vino don Roldan,  
y vienen los doce pares—de Francia la natural.  
A todos hace dar sillas—aquella real Majestad.  
Ellos en aquesto estando—vieron por la puerta entrar  
ese infante Montesinos,—sobrino del emperante,  
con una ropa de brocado—que al suelo quiere llegar,  
una cadena a su cuello—que mil marcos de oro vale.  
Guiomar desde lo viera—al emperador fué suplicar,  
le quisiese dar licencia—para habelle de hablar.  
El emperador de buen grado—luego se la fuera a dar.  
Salió a la puerta de la tienda,—y fuéraselo a abrazar.  
Montesinos que la viera—cuasi se fué a turbar,  
la color toda mudada,—le empezara de hablar:  
—Bien sea venida vuestra Alteza,—bueno sea vuestro llegar.—  
Y tomábale las manos—que se las queria besar;  
mas Guiomar no quiso,—nunca se las quiso dar.  
Montesinos de turbado—no se le feó a acordar,  
que habia andado diez pasos—sin la cabeza se cobijar.  
Guiomar que lo viera—el bonete le hizo tornar.  
El emperador que los viera—luego los hace sentar,  
desde todos fuéron posados—empezaron de hablar  
de aquella gran fermosura,—que Dios habia querido dar  
a la infanta Guiomar—y a las damas que con ella van.  
Allí fabló el emperador—a todos en general:  
—Yo tal fermosura de dama—nunca ví en la cristiandad;

mas por ser ella tan hermosa—una merced le quiero dar:  
 que yo he dado treinta dias—a su padre el rey Jafar  
 demandándole las tierras,—y tornándole la paz,  
 por amor de Guiomar—le quiero dar mucho mas,  
 yo le doy mas cuatro meses,—y estos le quiero dar.—  
 Guiomar que esto oyera—en pié se fué a levantar,  
 las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar  
 haciéndole muchas gracias—de la merced que le fué a dar:  
 —Mas suplico a vuestra Alteza,—no se quiera enojar,  
 de recibir una merced—la cual yo le quiero dar:  
 que tome todos los reinos—que hoy son del rey mi padre,  
 y esto sin hacer guerra,—sino de muy buena voluntad.—  
 El emperador que esto oyera—fuése a maravillillar,  
 diciendo estas palabras—con un placer atan grande:  
 que jamas fallara a nadie—que le llevase ventaja  
 de hacer siempre mercedes,—y dar de contino a grandes,  
 sino era Guiomar—que con él se quiso igualar;  
 mas que él no consiente,—ni lo quería otorgar,  
 que antes le torna las tierras,—y le volvia las paces,  
 [p. 409] y le suelta los tributos,—que no los queria mas,  
 y le hacia seguro—de nunca lo enojar:  
 —Mas yo vos pido una gracia,—nunca me la querais negar,  
 que se tornase cristiana,—y con Montesinos casar.—  
 Guiomar que esto oyera—mucho se fuera a turbar,  
 estuvo pensando un rato—sin respuesta le tornar;  
 mas Dios todopoderoso—en su corazón fué a entrar,  
 y dijo, que le placia—de cristiana se tornar,  
 por hacer servicio a su Alteza,—con Montesinos casar:  
 —y esto muy secretamente—que no lo sepa mi padre,  
 pues que era ya tan viejo—y puesto en la postrera edad;  
 que desde será muerto—yo lo haré publicar.—  
 Mandó venir un arzobispo—y un perlado cardenal,  
 que la hiciesen cristiana,—y la quieran desposar.  
 Esto hecho entre ellos—licencia fué a demandar  
 a aquel gran emperador,—que luego se la fué a dar.  
 Y así se fué Guiomar—con muy gran solemnidad.  
 Gran fiesta le hizo su padre—cuando la vido tornar.

*(Romance de Guiomar y del emperador Carlos, etc. Pliego suelto  
 del siglo XVI.)*



En Castilla está un castillo,—que se llama Rocafrida;  
al castillo llaman Roca,—y a la fonte llaman Frida.  
El pié tenia de oro,—y almenas de plata fina;  
entre almena y almena—está una piedra zafira;  
tanto relumbra de noche—como el sol a mediodia.  
Dentro estaba una doncella—que llaman Rosaflorida:  
siete condes la demandan,—tres duques de Lombardía;  
a todos les desdeñaba,—tanta es su lozanía.  
Enamoróse de Montesinos—de oidas, que no de vista.  
Una noche estando así,—gritos da Rosaflorida:  
oyérala un camarero,—que en su cámara dormia.  
¿Qué es aquesto, mi señora?—¿qué es esto, Rosaflorida?  
o tenedes mal de amores,—o estáis loca sandía.  
—Ni yo tengo mal de amores,—ni estoy loca sandía,  
mas lleváesme estas cartas—a Francia la bien guarnida;  
diéseslas a Montesinos,—la cosa que yo mas queria;  

[p. 410] dile que me venga a ver—para la Pascua Florida;  
darle he yo este mi cuerpo,—el mas lindo que hay en Castilla,  
si no es él de mi hermana,—que de fuego sea ardida;  
y si de mí mas quisiere—yo mucho mas le daría:  
darle he siete castillos—los mejores que hay en Castilla.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 190.— Canc. de Rom., 1550, fol. 201.*)

[p. 411] 180

## ROMANCES DE DURANDARTE

### Romance de Durandarte.—I

Durandarte, Durandarte,—buen caballero probado,  
yo te ruego que hablemos—en aquel tiempo pasado,  
y dime si se te acuerda—cuando fuiste enamorado,  
cuando en galas e invenciones—publicabas tu cuidado,  
cuando venciste a los moros—en campo por mí aplazado:  
agora, desconocido,—di, ¿por qué me has olvidado?  
—Palabras son lisonjeras,—señora, de vuestro grado,  
que si yo mudanza hice—vos lo habeis todo causado,  
pues amastes a Gaiferos,—cuando yo fuí desterrado;  
que si amor quereis conmigo—tenéislo muy mal pensado;  
que por no suirir ultraje—moriré desesperado.—

(*Canc. de Constantina, fol. 63.— Canc. general de 1511, fol. 137.—  
Canc. de Rom., s. a., f. 237.— Canc. de Rom., 1550. f. 251.—*

(DURANDARTE.—II)

### **Romance de Oh Belerma**

¡Oh Belerma! oh Belerma!—por mi mal fuiste engendada,  
que siete años te serví—sin de ti alcanzar nada;  
agora que me querias—muero yo en esta batalla.  
No me pesa de mi muerte—aunque temprano me llama;  
mas pésame que de verte—y de servirte dejaba.  
¡Oh mi primo Montesinos!—lo que agora yo os rogaba,  
que cuando yo fuere muerto—y mi ánima arrancada,  
vos lleveis mi corazon—adonde Belerma estaba,  
y servilda de mi parte,—como de vos yo esperaba,  
y traelde a la memoria—dos voces cada semana;  
y diréisle que se acuerde—cuán cara que me costaba;  
[p. 412] y dalde todas mis tierras—las que yo señoreaba;  
pues que yo a ella pierdo,—todo el bien con ella vaya.  
¡Montesinos, Montesinos!—¡mal me aqueja esta lanzada!  
el brazo traigo cansado,—y la mano del espada:  
traigo grandes las heridas,—mucha sangre derramada,  
los extremos tengo frios,—y el corazón me desmaya,  
los ojos que nos vieron ir—nunca nos verán en Francia.  
Abracéisme, Montesinos,—que ya se me sale el alma.  
De mis ojos ya no veo,—la lengua tengo turbada;  
yo vos doy todos mis cargos,—en vos yo los traspasaba.  
—El Señor en quien creeis—él oiga vuestra palabra. [1] —  
Muerto yace Durandarte—al pié de una alta montaña,  
llorábalo Montesinos,—que a su muerte se hallara:  
quitándole está el almete,—desciñéndole el espada;  
hácele la sepultura—con una pequeña daga;  
sacábale el corazón,—como él se lo jurara,  
para llevarlo a Belerma,—como él se lo mandara.  
Las palabras que le dice—de allá le salen del alma:  
—¡Oh mi primo Durandarte!—¡primo mio de mi alma!  
¡espada nunca vencida!—¡esfuerzo do [2] esfuerzo estaba!  
¡quien a vos mató, mi primo,—no sé por qué me dejara!

*(Canc. de Rom., s. a., fol. 254.— Canc. de Rom., 1550, fol. 269.)*

Muerto yace Durandarte—debajo [3] de una verde haya,  
 con él está Montesinos—que en la muerte se hallara: [4]  
 la fuesa le está haciendo [5] —con una pequeña daga. [6]  
 Desenlázale el arnes, [7] —el pecho le desarmaba;  
 por el costado siniestro—el corazon le sacaba,  
 volviendolo [8] en un cendal,—de mirarlo no cesaba.  
 Con palabras dolorosas—la vista solemnizaba:  
 —¡Corazon del mas valiente,—que en Francia ceñia espada,  
 ahora seréis llevado—adonde Belerma estaba!  
 Para dar clara señal [9] —de la verdadera llaga  
 [p. 413] será hecho el sacrificio—que ella tanto deseaba  
 del amador mas leal,—a la mas cruel y brava.  
 Use clemencia en la muerte,—pues en vida os la robaba. [1]  
 ¡Si vuestra muerte le duele,—dichosa será la paga  
 a quien está aguardando [2] —el contento de su dama,  
 que hasta ver la licencia—el cuerpo muerto acompaña!  
 Allegando Montesinos [3] —adonde Belerma estaba,  
 le dice [4] con el semblante—que el dolor le convidaba:  
 —Si la potencia de amor [5] —te ha rendido en su batalla,  
 muéstralo en saber que es muerto [6] —el que más que a sí te amaba.  
 Belerma con estas nuevas [7] —no menos que muerta estaba;  
 mas despues que ya tornó,—entre si se razonaba:  
 —¡Mi buen señor Durandarte,—Dios perdone la tu alma,  
 que segun queda la mia,—presto te tendrá compañía. [8]

(Aquí comiençan dos rom. con sus glosas. El primero de Durandarte, etc.  
 Pliego suelto del siglo XVI.—Timoneda, *Rosa de amores.*) [9]

[p. 414] 183

## ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES

### Romance que dice: Domingo era de Ramos.—I

Domingo era de Ramos,—la Pasion quieren decir,  
 cuando moros y cristianos—todos entran en la lid.  
 Ya desmayan los franceses,—ya comienzan de huir.  
 ¡Oh cuán bien los esforzaba—ese Roldan paladin!  
 —¡Vuelta, vuelta, los franceses,—con corazon, a la lid!  
 ¡mas vale morir por buenos,—que deshonorados vivir!—  
 Ya volvian los franceses—con corazon a la lid;  
 a los encuentros primeros—mataron sesenta mil.

Por las sierras de Altamira—huyendo va el rey Marsin,  
caballero en una cebra,—no por mengua de rocin.  
La sangre que dél corria—las yerbas hace teñir;  
las voces que iba dando—al cielo quieren subir.  
—¡Reniego de tí, Mahoma,—y de cuanto hice en tí!  
Hícete cuerpo de plata,—piés y manos de un marfil;  
hícete casa de Meca—donde adorasen en tí,  
y por mas te honrar, Mahoma,—cabeza de oro te fiz.  
Sesenta mil caballeros—a tí te los ofiecí;  
mi mujer la reina mora—te ofreció treinta mil.

(*Canc. de Rom., s a., fol. 229.—Canc. de Rom., 1550, fol. 244.*)

184

(LA BATALLA DE RONCESVALLES.—II)

**Romance de doña Alda**

En Paris está doña Alda—la esposa de don Roldan,  
trescientas damas con ella—para la acompañar:  
todas visten un vestido,—todas calzan un calzar,  
todas comen a una mesa,—todas comian de un pan,  
sino era doña Alda,—que era la mayoral.  
[p. 415] Las ciento hilaban oro,—las ciento tejen cendal,  
las ciento tañen instrumentos—para doña Alda holgar.  
Al son de los instrumentos—doña Alda adormido se ha:  
ensoñado habia un sueño,—un sueño de gran pesar.  
Recordó despavorida—y con un pavor muy grande,  
los gritos daba tan grandes,—que se oían en la ciudad.  
Allí hablaron sus doncellas,—bien oiréis lo que dirán:  
—¿Qué es aquesto, mi señora?—¿quién es el que os hizo mal?  
—Un sueño soñé, doncellas,—que me ha dado gran pesar;  
que me veía en un monte—en un desierto lugar:  
de so los montes muy altos—un azor vide volar,  
tras dél viene una aguililla—que lo ahinca muy mal.  
El azor con grande cuita—metióse so mi brial;  
el aguililla con grande ira—de allí lo iba a sacar;  
con las uñas lo despluma,—con el pico lo deshace.—  
Allí habló su camarera,—bien oiréis lo que dirá:  
—Aquese sueño, señora,—bien os lo entiendo soltar:  
el azor es vuestro esposo,—que viene de allen la mar;  
el águila sedes vos,—con la cual ha de casar,  
y aquel monte es la iglesia—donde os han de velar.  
—Si así es, mi camarera,—bien te lo entiendo pagar.—

Otro día de mañana—cartas de fuera le traen;  
tintas venian de dentro,—de fuera escritas con sangre,  
que su Roldan era muerto—en la caza de Roncesvalles.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 102.)

185

(LA BATALLA DE RONCESVALES.—III)

**Romance que dicen: Por la matanza va el viejo**

Por la matanza va el viejo, [1] —por la matanza adelante;  
los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:  
vido a todos los franceses—y no vido a don Beltran.  
Siete veces echan suertes—quién le volverá a buscar;  
echan las tres con malicia,—las cuatro con gran maldad:  
todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre. [2]  
Vuelve riendas al caballo,—y él se lo vuelve a buscar,  
de noche por el camina,—de día por el jaral.  
[p. 416] En [1] la entrada de un prado,—saliendo de un arenal,  
vido estar en esto un moro—que velaba en un [2] adarve:  
hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe: [3]  
—Caballero de armas blancas,—¿si lo viste acá pasar?  
si le tienes preso, moro,—a oro te le pesarán,  
y si tú le tienes muerto—démelo para enterrar,  
por que el cuerpo sin el alma—muy pocos dineros vale. [4]  
—Ese caballero, amigo,—díme tú, ¿qué señas ha?  
—Armas blancas son las tuyas,—y el caballo es alazan,  
y en el carrillo derecho—él tenía una señal,  
que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilán.  
—Ese caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal;  
dentro del [5] agua los piés,—y el cuerpo en un arenal:  
siete lanzadas tenía,—pásenle de parte a parte. [6]

( *Canc. de Rom.*, s. a., fol. 188.— *Silva* de 1550, t. I, fol. 112.  
*Floresta de var. rom.* )

185 a

(LA BATALLA DE RONCESVALLES.—IV)

(*Al mismo asunto.*)

En los campos de Alventosa—mataron a don Beltran,  
nunca lo echaron ménos—hasta los puertos pasar.  
Siete veces echan suertes—quién lo volverá a buscar;  
todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre;  
las tres fueron por malicia,—y las cuatro con maldad.  
Vuelve riendas al caballo,—y vuélveselo a buscar  
de noche por el camino,—de dia por el jaral.  
Por la matanza va el viejo,—por la matanza adelante;  
los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:  
no hallaba al que busca,—ni ménos la su señal;  
vido todos los franceses—y no vido a don Beltran.  
Maldiciendo iba el vino, [7] —maldiciendo iba el pan,  
el que comian los moros,—que no el de la cristiandad:  
[p. 417] maldiciendo iba el árbol—que solo en el campo nasce,  
que todas las aves del cielo—allí se vienen a asentar,  
que de rama ni de hoja—no la dejaban gozar:  
maldiciendo iba el caballero,—que cabalgaba sin paje;  
si se le cae la lanza—no tiene quien se la alce,  
y si se le cae la espuela—no tiene quien se la calce:  
maldiciendo iba la mujer—que tan solo un hijo pare;  
si enemigos se lo matan—no tiene quien lo vengar.  
A la entrada de un puerto,—saliendo de un arenal,  
vido en esto estar un moro—que velaba en un adarve:  
hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe:  
—Por Dios te ruego, el moro,—me digas una verdad:  
caballero de armas blancas—si lo viste acá pasar,  
y si tú lo tienes preso,—a oro te lo pesarán,  
y si tú lo tienes muerto—démelo para enterrar,  
pues que el cuerpo sin el alma—solo un dinero no vale.  
—Ese caballero, amigo,—dime tú qué señas trae.  
—Blancas armas son las tuyas,—y el caballo es alazan,  
y en el carrillo derecho—él tenia una señal,  
que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilan.  
—Este caballero, amigo,—muerto esta en aquel pradal;  
las piernas tiene en el agua,—y el cuerpo en el arenal:  
siete lanzadas tenia—desde el hombro al carcañal,  
y otras tantas su caballo—desde la cincha al pretal.  
No le dés culpa al caballo,—que no se las puedes dar;  
que siete veces lo sacó—sin herida y sin señal,  
y otras tantas lo volvió—con gana de pelear.

(*Canc. de Rom*, 1550, fol. 198.) [1]

**Romance del conde Guarinos Almirante de la mar: trata cómo lo cativaron los moros**

¡Mala la vistes, franceses,—la caza de Roncesvalles!  
 Don Carlos perdió la honra,—murieron los doce pares,  
 cativaron a Guarinos—almirante de las mares:  
 los siete reyes de moros—fuéron en su cativar.  
 Siete veces echan suertes—cuál de ellos lo ha de llevar;  
 todas siete le cupieron—a Marlotes el infante.  
 Más lo preciara Marlotes—que Arabia con su ciudad  
 Dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:  
 —Por Alá te ruego, Guarinos,—moro te quieras tornar;  
 de los bienes de este mundo—yo te quiero dar asaz.  
 Las dos hijas que yo tengo—ambas te las quiero dar,  
 la una para el vestir,—para vestir y calzar,  
 la otra para tu mujer,—tu mujer la natural.  
 Darte he en arras y dote—Arabia con su ciudad;  
 si mas quisieses, Guarinos,—mucho mas te quiero dar.—  
 Allí hablara Guarinos,—bien oiréis lo que dirá:  
 —¡No lo mande Dios del cielo—ni Santa María su Madre,  
 que deje la fe de Cristo—por la de Mahoma tomar,  
 que esposa tengo en Francia,—con ella entiendo casar!—  
 Marlotes con gran enojo—en cárceles lo manda echar  
 con esposas a las manos—porque pierda el pelear;  
 el agua fasta la cinta—porque pierda el cabalgar;  
 siete quintales de fierro—desde el hombro al calcañar.  
 En tres fiestas que hay en el año—le mandaba justiciar;  
 la una Pascua de Mayo,—la otra por Navidad,  
 la otra Pascua de Flores,—esa fiesta general.  
 Vanse dias, vienen dias,—venido era el de Sant Juan,  
 donde cristianos y moros—hacen gran solemnidad.  
 Los cristianos echan juncia,—y los moros arrayan;  
 los judíos echan enneas—por la fiesta más honrar.  
 Marlotes con alegría—un tablado mandó armar,  
 ni mas chico ni mas grande,—que al cielo quiere llegar.  
 Los moros con alegría—empiézanle de tirar:  
 tira el uno, tira el otro,—no llegan a la mitad.  
 Marlotes con enconía—un plegon mandara dar,  
**[p. 419]** que los chicos no mamasen,—ni los grandes coman pan,  
 fasta que aquel tablado—en tierra haya de estar.  
 Oyó el estruendo Guarinos—en las cárceles do está:  
 —¡Oh válasme Dios del cielo—y Santa María su Madre!  
 o casan hija de rey,—o la quieren desposar,  
 o era venido el dia—que me suelen justiciar.—  
 Oídolo ha el carcelero—que cerca se fué a hallar:

—No casan hija de rey,—ni la quieren desposar,  
ni es venida la Pascua—que te suelen azotar;  
mas era venido un dia,—el cual llaman de Sant Juan,  
cuando los que están contentos—con placer comen su pan.  
Marlotes de gran placer—un tablado mandó armar;  
el altura que tenia—al cielo quiere allegar.  
Hanle tirado los moros,—no le pueden derribar;  
Marlotes de enojado—un plegon mandara dar,  
que ninguno no comiese—fasta habello de derribar.—  
Allí respondió Guarinos,—bien oiréis qué fué a hablar:  
—Si vos me dais mi caballo,—en que solia cabalgar,  
y me diésedes mis armas,—las que yo solia armar,  
y me diésedes mi lanza,—la que solia llevar,  
aquellos tablados altos—yo los entiendo derribar,  
y si no los derribase—que me mandasen matar.—  
El carcelero que esto oyera—comenzóle de hablar:  
—¡Siete años habia, siete,—que estás en este lugar,  
que no siento hombre del mundo—que un año pudiese estar,  
y aun dices que tienes fuerza—para el tablado derribar!  
Mas espera tú, Guarinos,—que yo lo iré a contar  
a Marlotes el infante—por ver lo que me dirá.—  
Ya se parte el carcelero,—ya se parte, ya se va;  
como fué cerca del tablado—a Marlotes fué a hablar:  
—Unas nuevas vos traia—querais melas escuchar:  
sabé que aquel prisionero—a questo dicho me ha:  
que si le diesen su caballo,—el que solia cabalgar,  
y le diesen las sus armas,—que él se solia armar,  
que aquestos tablados altos—él los entiende derribar.—  
Marlotes de que esto oyera—de allí lo mandó sacar;  
por mirar si en caballo—él podria cabalgar,  
mandó buscar su caballo,—y mandáraselo dar,  
que siete años son pasados—que andaba llevando cal.  
Armáronlo de sus armas,—que bien mohosas están.  
Marlotes desde que lo vido—con reir y con burlar  
dice que vaya al tablado—y lo quiera derribar.  
Guarinos con grande furia—un encuentro le fué a dar,  
que mas de la mitad dél—en el suelo fué a echar.  
Los moros de que esto vieron—todos le quieren matar;  
Guarinos como esforzado—comenzó de pelear  
[p. 420] con los moros, que eran tantos,—que el sol querian quitar.  
Peleara de tal suerte—que él se hubo de soltar,  
y se fuera a su tierra—a Francia la natural:  
grandes honras le hicieron—cuando le vieron llegar.



## ROMANCES DE REINALDOS

**Romance de don Roldan de cómo el emperador Carlos lo desterró de Francia, porque volvía por la honra de su primo don Reinaldos.—I.**

Día era de Sant Jorge,—día de gran festividad;  
 aquel día por mas honor—los doce se van a armar  
 para ir con el emperador—y haberle de acompañar.  
 Todos vinieron de grado—con un placer singular,  
 sino el bueno de Reinaldos,—que se estaba en Montalvan,  
 y no se halló al presente—en la tal festividad.  
 Allí todos los caballeros—por traidor le van reptar.  
 Esto causó Galalon,—porque le quería mal;  
 revolvióle con el emperador,—con los doce otro que tal.  
 Mucho le pesó a Roldan—de vello así maltratar,  
 fué para el emperador—de priesa y no de vagar,  
 habló con voz enojada,—al emperador fué a hablar:  
 —¡Mucho me pesa, señor,—de ello tengo gran pesar,  
 que a Reinaldos en ausencia—tan mal le quieran tratar;  
 y si tal cosa pasase—la vida me ha de costar!—  
 El emperador con gran enojo—que habia de lo escuchar,  
 alzó la mano con saña,—un bofetón le fuera dar,  
 porque otra vez no fuese osado—al emperador así hablar.  
 Mucho se enojó de aquesto—el bueno de don Roldan;  
 allí hizo juramento—encima de un altar,  
 en los días que viviese—en Francia jamas entrar,  
 hasta que de todos los doce—él se hubiese de vengar.  
 Ya se parte don Roldan,—ya se parte, ya se va  
 solo con un pajecico—que le solia acompañar.  
 A sus jornadas contadas—a España fuera llegar.  
 Andando por sus caminos—a su ventura buscar,  
 encontró un moro valiente,—cerca estaba de la mar.  
 Guarda era de una puente—que a nadie deja pasar,  
 sino por fuerza o por grado—con él había de pelear,  
 porque su señor el rey—así se lo fuera a mandar:  
**[p. 422]** que hombre que viniese armado—no lo dejase pasar:  
 o que dejase las armas,—o en el reino no habia de entrar.  
 Don Roldan con gran enojo—que habia de lo escuchar,  
 hablóle muy mesurado,—tal respuesta le fué a dar:  
 —Que ántes las defenderia—que no habellas de dejar,  
 porque nadie fuese osado—de las armas le quitar,  
 que no le costase la vida—al ménos, ménos costar.—  
 Allí le hablara el moro—bien oiréis lo que dirá:  
 —Pues así quereis, [\[1\]](#) caballero,—luego se haya de librar,

que o vos las [2] dejaréis,—o yo quedaré con mal.—  
Luego abajaron las lanzas,—fuéronse ambos a encontrar.  
A los primeros encuentros—las lanzas quebrado han:  
echan mano a las espadas—de priesa y no de vagar:  
¡tan fuertes golpes se daban—que era cosa de mirar!  
Alzó el moro su espada,—a don Roldan fué acertar  
encima de la cabeza,—que lo hizo arodillar:  
don Roldan que aquesto vido—tal golpe le fuera a dar,  
que de la grande herida—luego fué a desmayar.  
—Dí, moro, ¿qué has sentido?—¿Ya no curas de hablar?  
—He sentido un airecito [3] —que por medio me fué a pasar.  
Don Roldan le dijo luego,—bien oiréis lo que dirá:  
—Que maldito fuese el hombre—que no sentia su mal.  
Cálzate ya esa espuela—que se te quiere quitar.—  
Abajóse a mirar la espuela—no se pudo levantar:  
murió luego prestamente—sin mas un punto pasar.  
Quitóle luego las armas—el bueno de don Roldan,  
tambien le quitó los vestidos,—los suyos le fué a dejar, [4]  
un sayo de cuatro cuartos—con que solia caminar,  
y con un su pajecico—a Francia lo fué enviar.  
Armado y con sus vestidos—parecia a don Roldan:  
díjole que lo llevase—adonde doña Alda está,  
y dijese que era su esposo,—que le hiciese enterrar.  
Desde que el paje fué llegado—a Paris esa ciudad,  
mostráraselo a doña Alda—con gran angustia y pesar.  
Desde que vido el cuerpo muerto—pensó que era don Roldan;  
los llantos que ella hacia—dolor era de mirar.  
Por él lloraban los doce,—el emperador otro que tal,  
llórale toda la corte,—el comun en general.  
Arzobispos y perlados,—cuantos en la corte están,  
con mucho pesar y tristeza—lo llevaron a enterrar.  
Don Roldan muy bien armado—con las armas que fué a tomar,  
fuérase para las tiendas—do el rey moro suele estar.  
[p. 423] Era el rey moro mancebo—ganoso de pelear:  
de los doce pares de Francia—él se queria vengar.  
Recibióle con mucha honra—allí amor le fué a mostrar,  
pensando que era el moro valiente—que los reinos solia guardar.  
Díjole cómo en la puente—habia muerto a don Roldan.  
El rey luego en aquel día—a Francia lo fué a enviar:  
dióle luego mucha gente,—hízole su capitán  
para ir a buscar los doce—y con ellos pelear.  
Ya se parte don Roldan—a Paris a la cercar:  
los moros que van con él—pensaban en su pensar  
que era el moro valiente—que los reinos solia guardar.  
Envían luego mensajeros—a Paris, esa ciudad,  
ya despues de allegados,—asentado su real,

que presto y sin dilación—se le diese la ciudad,  
o los doce salgan luego—si por armas se ha de librar.  
Respondió el emperador,—bien oiréis lo que dirá:  
—Que le placia [1] de buen grado—de los doce allá enviar.—  
Para un dia señalado—concertaron el pelear:  
aquel dia salieron los doce—al campo para lidiar.  
Los caballos llevan holgados,—no se hartan de relinchar;  
con una furia muy grande—en los moros se van lanzar.  
Hácese una batalla—muy cruel en la verdad;  
mas los moros eran muchos—todos los fuéron captivar  
y tambien a Galalon,—así mesme otro que tal.  
¡Gran deshonra es de los doce—En dejarse así tomar!  
Visto lo ha el emperador—desde su palacio real,  
mandó llamar sus caballeros—para su consejo tomar.  
—Ya sabeis que don Reinaldos—es buen vasallo real,  
y es uno de los doce,—de los buenos el principal;  
siempre miró por mi honra,—por mi corona imperial;  
pues los doce le han reptado,—yo le quiero perdonar.—  
Todos holgaron muy mucho—de lo que el emperador fué a hablar.  
Envían luego a don Reinaldos—a do estaba Montalvan,  
que viniese luego a Paris—para con el moro pelear,  
porque era cosa que cumplia—a su alta Majestad,  
y tambien porque en Francia—no le hay mas singular.  
Ya se parte don Reinaldos—donde los moros están:  
con aquel moro valiente,—con él iba a pelear.  
Consigo lleva a doña Alda—la esposa de Roldan;  
mas bien sabia don Reinaldos—bien sabia la verdad,  
que aquel moro valiente—era su primo don Roldan,  
que un tio que tenia—le dijera la verdad;  
que por arte de nigromancia —él lo fuera a hallar,  
que don Roldan era vivo,—y como estaba en el real,  
**[p. 424]** el cuerpo que a París trajeron—era un moro que fué a matar:  
y andando por sus jornadas—al campo fuéron a llegar,  
armóse luego don Reinaldos—para con el moro pelear:  
a los primeros encuentros—los primos conocido se han.  
Conociéronse entrambos—en el aire del pelear:  
cuando iban a encontrarse,—las lanzas desviado han;  
dejado han caer las armas,—al suelo las fuéron a echar;  
vanse con mucho amor—el uno al otro abrazar;  
allí hubieron gran placer,—olvidado han el pesar.  
Mandó llamar a los moros—a todos hizo juntar  
para dalles la razon—de lo que queria hablar:  
—Vosotros teneis a los doce,—yo los fuera a captivar;  
yo no siento ninguno—con quien haya de pelear,  
si no con este hombre solo,—pues vergüenza me será.—  
Don Roldan y don Reinaldos—comienzan a pelear;

tantos matan de los moros,—¡maravilla es de mirar!  
Después de muertos los moros,—y de todos los matar,  
fue Roldan a su esposa—con ella placer tomar.  
Cuando lo vido doña Alda,—de placer quería llorar,  
las alegrías que hacen—no se podrían contar.  
Vanse luego a Paris—al emperador consolar;  
cuando el emperador supo—que venia don Roldan,  
con toda la caballería—salió fuera de la ciudad.  
—¡Bien vengais vos, mi sobrino,—¡bueno sea vuestro llegar! [1]  
gran placer tengo de veros—vivo y sano en verdad!—  
Grandes fiestas se hacian—que no se pueden contar:  
allí iban todos los doce—que a la mesa comen pan:  
todos hubieron placer—de la venida de don Roldan.

( *Canc. de Rom., s. a., fol. 78 .—Canc. de Rom., 1550, fol. 77 .—  
Silva de 1550, t. II, fol. 177.*) [2]

[p. 425] 188

(REINALDOS.—II)

### **Romance de don Reinaldos de Montalvan**

Estábase don Reinaldos—en Paris, esa ciudad,  
con su primo Malgesí—que bien sabe adivinar.  
Estábase preguntando,—él le queria demandar:  
—Primo mio, primo mio,—primo mio natural,  
mucho os ruego de mi parte—me lo querais otorgar,  
pues que de nigromancia—es vuestro saber y alcanzar,  
que me digais una cosa—que vos quiero demandar  
la mas linda mujer del mundo—¿adónde la podría hallar?  
—Pláceme, dijo, mi primo,—pláceme de voluntad.—  
Luego mandó a un espíritu [1] —que le dijese la verdad,  
se la trajese delante—presto sin mas detardar.  
Él, como era apremiado,—hizo luego su mandar,  
que el rey moro Aliarde—tenia una hija de poca edad,  
que en el mundo no habia otra—que fuese con ella igual.  
Tiene su reino muy lejos,—tiénelo allende la mar,  
en tierras muy apartadas—que no eran para conquistar.  
Reinaldos desde esto supo—no quiso mas aguardar;  
pidió licencia al emperador,—él se la fue luego a dar:  
no se la diera de grado,—mas contra su voluntad,  
que se queria ir a los reinos,—que estaban allende el mar,  
del rey moro Aliarde,—para con su hija hablar.  
Despidióse del emperador,—de los doce otro que tal.

Ya se parte don Reinaldos,—ya se parte, ya se va,  
íbase para los reinos—que están allende la mar:  
con él iba un pajecico—que lo solia acompañar.  
Andando por sus jornadas—al reino fué a llegar;  
fuérase para la villa—do el rey moro suele estar:  
hallólo en sus palacios—que se queria armar,  
porque así lo acostumbraba—por mas se asegurar,  
y luego que hubo llegado—el rey le fué saludar:  
—¿De dónde es vuestra venida?—¿O cómo os soledes nombrar?  
—Señor, soy un caballero,—de Francia es mi natural:  
desterróme el emperador;—en Francia no puedo entrar;  
por eso vengo a servir—a tu Alteza real.  
—Pues que venís muy cansado—de tan largo caminar,  
reposad en mi palacio,—que podréis [2] bien descansar.—  
[p. 426] Don Reinaldos pidió un laud,—que lo sabia bien tocar,  
ya comienza de tañer,—muy dulcemente a cantar,  
que todo [1] hombre que lo oía—parecia celestial.  
Bien lo oia la infanta,—y holgaba de lo escuchar.  
Desque lo vió tan gracioso—de gracias muy singular,  
el amor que nunca cesa—en ella fué aposentar.  
Tales fuéron sus amores—que no los podia encelar:  
amores de don Reinaldos—no la dejan reposar.  
También se enamoró él de ella,—¡tanta era su beldad!  
Enviólo a llamar la infanta—que viniese a le hablar;  
muy cortés y mesurado—las manos le fué a besar;  
la infanta era discreta—y no ge las quiso dar;  
mas ántes sus corazones—eran de una conformidad,  
que de verse el uno al otro—luego se fuéron a desmayar:  
desmayaron los corazones,—no desmayó la voluntad.  
Despues que fueron recordados—comenzaron de llorar,  
el uno y el otro decian—palabras de grande amar.  
—Por tus amores, señora,—vine de allende la mar;  
por venir a vos servir—dejara mi natural.  
He dejado yo mis tierras,—al emperador quise dejar,  
he dejado muchos amigos,—que me solian honrar,  
he dejado a los doce, que de ellos era principal.—  
Allí habló la infanta—bien oiréis lo que dirá;  
—Si por mí os desterrastes,—y quesistes acá llegar,  
tened confianza en mí—que lo entiendo bien pagar:  
por eso, amigo mio,—comenzáos de alegrar;  
mucho os ruego que esta noche—que no querades faltar,  
que vengais solo en mi cámara—adonde yo suelo estar,  
porque allí solos entrambos—placer nos podamos dar.  
—Nunca quiera Dios, señora,—ni la santa Trinidad,  
que yo tocase en la honra—a la corona real,  
pues me tiene vuestro padre—por caballero leal!—

Respondiole la infanta—enojada de le escuchar:  
—¿Lo que habeis de rogar a mí—os tengo yo a vos [2] de rogar?  
Yo vos juro por mi ley,—por la ley de Mahomad,  
que si no haceis lo que digo—que luego os mande matar.—  
Don Reinaldos con esfuerzo—tal respuesta le fué a dar:  
—Que le costase la vida,—que mas no podia aventurar,  
y que sin falta vernia—por hacer su voluntad.—  
Aquella noche siguiente—gran placer se fuéron dar;  
otro dia de mañana—a su posada se va.  
No pasaron muchos dias,—pocos fuéron a pasar,  
que el traidor de Galalon,—aquel traidor desleal,  
[p. 427] envió cartas a Aliarde,—cartas para le avisar  
que en su corte tenia—a don Reinaldos [1] de Montalvan,  
que a otra cosa no habia ido—sino a le deshonar:  
que guardase bien su hija,—no se la quisiese fiar,  
que no fué por otra cosa—sino por amores tomar.  
El rey que vido las cartas—los suyos mandó llamar,  
para que tomen a Reinaldos—y lo hayan de aprisionar.  
Tomólo gran gente de armas—por mas seguro le tomar;  
echanle en una prisión—de muy grande escuridad.  
Aconsejóse con los suyos,—tomó consejo real,  
qué debian hacer al triste,—o qué castigo le pueden [2] dar.  
Hallaron por sus derechos,—por la razon natural,  
pues habia sido traidor—a la corona real,  
que era digno de la muerte—y se la hubiesen de dar.  
Todos firman la sentencia,—el rey la fué a firmar:  
la sentencia ya era dada—para habello de degollar.  
Allí estaba un pajecico—que la infanta fué a criar,  
va corriendo a la infanta—de priesa y no de vagar.  
Sola estaba la infanta,—a nadie queria escuchar;  
entra el paje por la puerta,—comiézale de hablar:  
—Por amor de vos, señora,—hoy se hace gran crueldad,  
que aquel caballero extraño—por vos le quieren degollar.—  
De lo que dijo el pajecico—ella tuvo gran pesar:  
vase por el palacio—donde el rey solia estar:  
tal entraba por la puerta—que a todos queria matar.  
—¿Qué es aquesto, señor padre?—aquesto ¿qué puede estar?  
¿Sin saber cierto las cosas,—al cabo las quereis llevar? [3]  
La sentencia que habeis dado—vos la querais [4] revocar,  
que si don Reinaldos muere—a mi primero habeis de matar.  
No sabiendo la verdad—no me querais disfamar.  
Las cartas de Galalon,—que él vos fué a enviar,  
son por volveros con él,—para hacelle matar,  
por envidia que dél tiene, [5] —porque en vuestra corte está, [6]  
que en Paris ni en toda Francia—nadie se le puede igualar.

Por eso os ruego, señor,—la vida le queráis dar.  
—Pláceme, dijera el rey,—pláceme de voluntad;  
mas con una condicion:—que en mis reinos no ha de estar.—  
Allí luego la infanta—las manos le fué a besar:  
mándanle quitar los grillos—y de la prision sacar,  
[p. 428] y entónces el buen rey—le mandara desterrar.  
Ya se parte de la corte—con dolor y gran pesar  
por dejar a su señora,—con ella no poder quedar.  
Maldecia su ventura,—no cesaba de llorar;  
a sus jornadas contadas—en Francia fué a llegar:  
y vase luego derecho—a la villa de Montalvan.  
El rey quedaba pensoso,—a su hija queria casar,  
mas no sabia con quién—a su honra la pudiese dar.  
Envió cartas por todo el mundo,—todo el mundo en general,  
que quien quisiere heredar su reino,—y con su hija casar,  
que dentro de treinta dias—viniese a su corte real  
para hacer un torneo—para mas honra ganar,  
y el que mejor lo hiciese—con la infanta haya de casar.  
Don Reinaldos cuando lo supo—mucho se fué a alegrar,  
porque si él allá iba—el campo entiende de ganar.  
Luego pidió su caballo,—las armas otro que tal,  
mucho rogó a su primo:—a su primo don Roldan,  
que se quisiese ir con él—por mayor honra llevar.  
Ya se parte don Reinaldos;—con él iba don Roldan,  
a sus jornadas contadas—al reino de moros llegado han.  
Sabido lo ha Galalon—que a tierra de moros van,  
luego envió un mensajero—para al rey moro avisar,  
que su criado don Reinaldos,—y su primo don Roldan  
eran idos a su reino—para habello de matar.  
Cuando el rey supo tal nueva—de ello se fué a maravillar.  
envió a hombres de armas—que los fuesen a buscar.  
Allí habló un caballero,—bien oiréis lo que dirá:  
—¡Vergüenza es de tanta gente—a dos solos ir a buscar!  
Dédesme licencia a mí—que yo solo me quiero andar.—  
El rey dijo que [1] le placía—de muy buena voluntad.  
Ya se parte aquel moro,—ya se va a los buscar;  
vase para una posada—adonde él solia posar:  
en entrando por la puerta—con ellos fuera a encontrar:  
conoció a don Reinaldos—que con él solia holgar.  
—Pésame mucho de vosotros,—en mí tengo gran pesar,  
que el rey sabe que estáis aquí—haos mandado matar:  
ruego vos mucho, señores,—que me digais la verdad,  
porque el rey tenia cartas—que Galalon le fué a enviar  
avisándole de cierto—que le queríades matar.—  
Respondiera don Reinaldos:—¡Nunca Dios quiera tal!  
El rey no es mi enemigo,—ni yo lo queria mal;

mas hemos venido al campo—que el rey mandó [2] pregonar.—  
[p. 429] Mucho se holgó el moro—de tal razon [1] escuchar,  
que viniesen en hora buena—para al campo a pelear.  
Otro dia de mañana—comiézase de aparejar,  
y sálense luego al campo—donde habian de tornear.  
Mataron tantos de moros—que no hay cuento ni par.  
Bien veia la infanta—a Reinaldos y a Roldan: [2]  
lloraba de los sus ojos—que no les podia ayudar.  
Envióles un pajecico,—que fuesen a le hablar,  
que se lleguen al castillo—por ver si les podria hablar.  
Ellos rompiendo entre la gente—al castillo llegado han:  
la infanta cuando los vido—de allí se dejó colgar:  
tomándola don Reinaldos—en su caballo la fué a tomar.  
Mataron tantos de moros—que no tienen cuento ni par;  
por muchos moros que vinieron—no se la pudieron quitar: [3]  
a sus jornadas contadas—a Paris fuéron llegar.  
El emperador cuando lo supo—a recibíselos sale,  
con él salen los doce pares—y toda la corte real.  
Si hasta allí eran esforzados,—agora lo eran mucho mas.

(*Canc. de Rom., s. a., fol. 72.— Canc. de Rom., 1550, fol. 71.—  
Silva de 1550, t. II, fol. 170.*) [4]

189

(REINALDOS.—III)

### **Romance de la prision y destierro de don Reinaldos y de cómo estando desterrado vino a ser Emperador de Trapisonda.**

Ya que estaba don Reinaldos—fuertemente aprisionado,  
para haberlo de sacar—a luego ser ahorcado,  
porque el gran emperador—ansí lo habia mandado,  
[p. 430] cuando llegó don Roldan—de todas armas armado,  
en el fuerte Briador—su poderoso caballo,  
y la fuerte Durlindana—muy bien ceñida a su lado,  
la lanza como una entena,—el fuerte escudo embrazado,  
vestido de fuertes armas—y él con ellas encantado.  
Por la visera del yelmo—fuego venia lanzando;  
retemblando va la lanza—como un junco muy delgado,  
y a toda la hueste junta—fieramente amenazando:  
—¡Nadie toque en don Renaldos—si quiere ser bien librado!  
¡quien otra cosa hiciere—él será tan bien pagado,  
que todo el resto del mundo—no le escape de su mano,  
sin quedar hecho pedazos,—o muy bien escarmentado!



Serenos estaban todos—hasta ver en qué ha parado;  
nadie no se removía—contra tan buen abogado.  
Allí el fuerte don Roldan—junto a Carlos se ha llegado  
diciendo de esta manera,—de encima de su caballo:  
—No es cosa de emperador—lo que tienes ordenado;  
el caballero que se viene—de su voluntad y grado;  
¿cómo es esto, señor,—que así ha de ser tratado?  
Endemas la flor del mundo,—como claro está probado,  
siendo de tu propia sangre,—tan cercano emparentado,  
manso como un corderico—ante tí se ha presentado,  
sabiendo tu Majestad,—que nadie hubiera bastado,  
ni el mundo todo junto—a prendello ni a matallo,  
y mas agora, señor,—que estaba tan prosperado,  
pudiera correr tus tierras—y mas conquistar tu Estado,  
como otras veces solia—tenerte en Paris cercado,  
y tú ni nadie por ti—le osaba salir al campo.

¿Quieres tú quitar la vida—a quien a ti te la ha dado?  
No una vez sino ciento—de peligros te ha sacado,  
poniéndose a la muerte—por acrecentar tu Estado.

¿Y este pago le tenias,—dí, señor, aparejado?

¡Si a todos pagas así,—tú serás harto afamado!

¡De excelente pagador—rica fama habrás ganado!—

Respondió el emperador—como mal aconsejado:

—¡Oh cómo hablas, sobrino,—con rostro tan enojado!

¿no sabeis que este traidor—muchas veces ha robado?

por caminos y carreras—las gentes ha despojado,

y muchos piden justicia—de los que él ha salteado,

y si agora lo soltamos,—volverá a lo regostado.—

Allí dijo don Roldan:—Eso tú lo has causado;

diérasle tú en que viviera—de cuanto te ha acrescentado.

¿Y por qué razon, señor,—jamás te has acordado?

que a otros menores que él,—y que ménos te han honrado

muy muchas villas y tierras—de tu mano les has dado,

y aqueste que es el mejor—siempre fué de ti olvidado.

[p. 431] ¿De qué habia de vivir—andando de continuo armado?

Con sus vigorosos brazos—muchas veces ha librado  
la cristiandad de peligro—del cruel pueblo pagano.

Bien sabeis que ya los moros—todos dél están temblando,  
y que por su miedo dél—contigo se han concertado.

Por estar seguros dél—las parias te han enviado,

y agora si ellos tuviesen—el seguro de su mano,

yo sé bien que no tardasen—en haberse levantado,

por donde la cristiandad—harto mal habria ganado.

Digo que no es de perder—en tus reinos tal vasallo;

tristes serán los cristianos—por tal brazo que han cobrado:

si lo perdiesen agora—no volverán a cobrallo,

porque ya no vuelven todos—por su vida, honra y estado,  
que hoy todo junto lo pierde,—si de Dios no es remediado.  
¡Oh caballeros de Francia!—deci, ¿habeis olvidado  
de cuántas graves afrentas—Renaldos vos ha sacado?  
¿Por qué agora consentis—ante vos ser tal tratado  
vuestro fuerte capitán,—de todos primo y hermano?  
No consienta nadie, no,—tan gran tuerto ser pasado,  
que juro por Sant Dionis,—y al Eterno soberano,  
que en lo tal yo no consienta,—ni tal será ejecutado,  
o todo el mundo se guarde—de mi espada y de mi mano;  
que si tal se ejecutare—será de mi tan bien vengado,  
que toda Francia lo llore—por no habello remediado,  
y tírense todos afuera,—no sea nadie tan osado  
de querer luego estrenar—lo que yo tengo jurado.  
¡Sus de presto, Maganceses!—¡afuera, afuera, priado!  
No me pare mas ninguno,—buscá veredas temprano.—  
Viérades a Galalon—con su Maganza ciscado,  
y tanto, que él no quisiera—ser allí entónces hallado.  
Y tornando luego a Carlos,—prosiguiendo en su hablado,  
dijo:—¿Qué quieres, señor,—que persigues a Renaldos?  
Di, ¿no sabes tú, señor,—y está muy claro probado,  
que lo mas que él tenia—haberlo a moros ganado?  
Debríate ya bastar—que a perder lo has echado  
destruyéndole una villa—sola, que Dios le habia dado.  
Si la cabeza do sale—todo aquesto en que has andado  
ella fuese ya cortada—quedaria sosegado  
todo el tu gran imperio—que no te cantase gallo.—  
Respondió el emperador—algún tanto ya amansado:  
¡Oh mi querido sobrino,—no te tornes tan airado,  
ni pase mas adelante—lo que llevas comenzado!  
Hágase como quisieres—y sea luego soltado;  
mas con esta condicion:—que lo doy por desterrado  
con gran pleitomenage,—que ante mí haya jurado,  
que solo y sin compañía—a Jerusalem, descalzo  
[p. 432] en hábito de romero—sea luego encaminado,  
y que mas aquí no pare—del tercero día pasado,  
y jamas no torne en Francia—sin mi licencia y mandado;  
y que su mujer e hijos—acá se hayan quedado,  
y sus hermanos tambien,—todos a muy buen recaudo,  
porque si él algo hiciere—en ellos seré yo vengado.—  
Lo cual así se cumplió,—según de suso contado,  
que luego al tercero día—Reinaldos se ha aparejado  
de esclavina y de bordon,—y una maleta a su lado,  
para echar las limosnas—que por Dios le hubiesen dado.  
Vistió una gruesa camisa,—como penitente armado,  
llorando de los sus ojos—con corazón traspasado.

Despidiéndose a la corte—de cuantos le han amado,  
y a todos los doce pares—mucho les ha encomendado  
la su mujer e hijitos—que por ellos hayan mirado,  
y tambien por sus hermanos—que en prision les ha dejado,  
diciendo que por ventura—jamás sería tornado;  
mas quizá en algun tiempo—les sería bien pagado  
a todos los que miraren—por las prendas que ha dejado.  
Sus lágrimas eran tantas—que a todos han convidado  
a quebrar sus corazones—de le ver tan lastimado.  
Ya se va el nuevo romero—del todo desconsolado:  
de toda la cristiandad—iba ya desamparado,  
aunque él por muchas veces—la había bien abrigado,  
defendiéndola de moros—con corazón esforzado.  
Capitán de los cristianos—por el mundo era llamado;  
tal fuerza contra paganos—por jamás se ha hallado.  
Mas al cabo de tres días—que así desnudo y descalzo  
caminaba con paciencia—con su bordon en la mano,  
y con espesos gemidos—y suspiros que iba dando,  
don Roldán fué en pos de él—en su ligero caballo,  
y alcanzólo a una montaña—saliendo por un atajo.  
Desde lo vido Renaldos—a mal lo hubo tomado;  
mas el leal don Roldán—otro llevaba pensado,  
pues le dijo luego así—al momento y en llegando:  
—¡Oh flor de caballería!—¿dónde vas tan desmayado?  
¿qué es de tus caballerías?—¿dónde las has ya dejado?  
¿qué es de las tus fuertes armas?—¿qué es de tu fuerte caballo?  
Ves aquí tu buena espada,—cata aquí do te la traigo;  
torna, torna, señor primo,—que yo haré ser alzado  
el destierro, que te fué—tan a tuerto sentenciado;  
y no me tengan por Roldán—si no fuere así acabado,  
que yo sacaré del mundo—a quien quisiere estorballo,  
porqué tan buen caballero—no sea en Francia faltado:  
que mas vales tú que todos—cuantos allá han quedado.—  
Mas por mas que le rogó—nada le fué otorgado,  
[p. 433] ni jamás volvió con él—lo que le era rogado,  
por no dejar su camino—a cumplir lo que ha jurado;  
que entre buenos caballeros,—así es acostumbrado,  
de perder ántes la vida—que no hacer quebrantado  
el homenaje que hacen—donde les es demandado.  
Mas tomó su rica espada—que Roldán le había llevado,  
para la llevar secreta—debajo su pobre hato,  
por si algo le viniere—que tenga de que echar mano;  
y así se despiden los dos—harto gimiendo y llorando,  
que peor les fué el partir,—que no morir peleando.  
Mas aquel noble guerrero—mucho se va encomendando  
al muy alto Jesucristo,—por el cual él fué guiado

a las tierras del gran Can,—do fué muy maravillado  
por tan alto caballero—cómo ante él era llegado  
tan descalzo y tan desnudo,—tan hambriento y fatigado.  
Mas como quiera que fuesen—en el tiempo ya pasado  
ambos hermanos en armas,—gran fiesta le ha ordenado,  
y después que le contó—todo su hecho pasado,  
el gran Can le respondió:—¡Oh mi buen señor y hermano!  
pídeme lo que quisieres—para volver contra Carlo.  
Ves aquí do tengo junto—nuestro gran poder pagano,  
que no hay cosa que no hagan—por mi servicio y mandado:  
irán conmigo y contigo—a hacerte bien vengado,  
y segun, señor, tú eres—en armas tan estimado,  
con este tan gran poder—que de acá hayas llevado,  
muy de presto podrás ser—en cristianos coronado,  
a pesar de quien pesare—sin poder ser estorbado,  
que mas pertenece a ti—que no aquel falso de Cárlos,  
pues tan mal ha conocido—cuanto le has administrado.  
—No lo mande Dios del cielo,—le responde don Renaldos,  
que yo quiebre el homenaje,—que en Francia hube jurado,  
que yo ni otro por mí—no vuelva contra cristianos.—  
Vista ya su voluntad—el gran Can, fué acordado  
por complacer a Renaldos—y subirlo en alto estado,  
que seria bueno ir—con treinta mil de caballo  
sobre aquel emperador—de Trapisonda nombrado,  
que muy mucho mal hacia—a todos sus comarcanos,  
usurpándoles las tierras—por fuerza, que no de grado.  
Renaldos que tal oyó—presto fué aparejado,  
no de esclavina y bordon,—ni menos maleta al lado,  
mas de buen caballo y armas,—en lo que era acostumbrado.  
Tomando los treinta mil—tales mañas se ha dado,  
como aquel que en ellas era—maestro bien afamado.  
Halló al emperador—que tenia puesto campo  
sobre una gran ciudad,—cient mil y mas de caballos:  
pegó con ellos de noche—al mejor sueño tomando:  
[p. 434] recordólos de tal suerte—que pocos han escapado;  
porque el triste campo estaba—durmiendo, tan descuidado,  
que cuando el alba rompió—los mas se han abajado  
con su señor al infierno,—que los estaba esperando,  
salvo aquellos que se dieron—a merced de don Renaldos,  
por do luego presto fué—emperador coronado,  
sojuzgando muchos reyes—y señores de alto grado,  
de lo cual luego escribió—a su enemigo Carlo-Magno.  
Con riquisimos presentes—mensajes le ha despachado  
pidiéndole de merced,—que allá le haya enviado  
alguna gente cristiana,—que no hay mas de un cristiano,  
que es el mesmo don Renaldos,—el valiente y esforzado,

y noble en toda virtud,—hermoso y muy agraciado.  
Mas tal odio le tenia—el ya dicho Carlo-Magno,  
que en lugar de socorrer—a la hora ha pregonado  
que no vaya nadie allá,—so pena de su mandado,  
ni tampoco le enviasen—la mujer, hijos y hermanos.  
Mas Roma y Costantinopla—le enviaron tal recáudo,  
que sin ir nadie de Francia—cristianos le han sobrado.

(Canc. de Rom., s. a., fol. 115.—Canc. de Rom., 1550, fol. 114.)

[p. 435] 190

## ROMANCES DEL CONDE CLAROS

### Romance del conde Claros de Montalvan.—I

Media noche era por filo,—los gallos querían cantar,  
conde Claros con amores—no podía reposar:  
dando [1] muy grandes suspiros—que el amor le hacia dar,  
por [2] amor de Claraniña—no le deja [3] sosegar.  
Cuando vino la mañana—que queria alborear,  
salto diera de la cama—que parece un gavilan.  
Voces da por el palacio,—y empezara de llamar:  
—Levantá, [4] mi camarero,—dáme [5] vestir y calzar.—  
Presto estaba el camarero—para habérselo de dar:  
diérale calzas de grana,—borceguís de cordoban;  
diérale jubon de seda—aforrado en zarzahan; [6]  
diérale un manto rico—que no se puede apreciar;  
trescientas piedras preciosas—al derredor del collar;  
tráele un rico caballo—que en la corte no hay su par,  
que la silla con el freno—bien valia una ciudad,  
con trescientos cascabeles—al rededor del petral;  
los ciento eran de oro,—y los ciento de metal,  
y los ciento son de plata—por los sonos concordar;  
y vase para el palacio—para el palacio real.  
A la infanta Claraniña—allí la fuera hallar,  
trescientas damas con ella—que la van acompañar.  
Tan linda va Claraniña,—que a todos hace penar.  
Conde Claros que la vido—luego va descabalgár;  
las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar:  
—Mantenga Dios a tu Alteza.—Conde Claros, bien vengais.—  
Las palabras que prosigue—eran para enamorar:  
[p. 436] —Conde Claros, conde Claros,—el señor de Montalvan,  
¡cómo habeis hermoso cuerpo—para con moros lidiar!—  
Respondiera el conde Claros,—tal respuesta le fué a dar:

—Mi cuerpo [1] tengo, señora,—para con damas holgar:  
si yo os tuviese esta noche,—señora a mi mandar,  
otro día en la mañana [2] —con cient moros pelear, [3]  
si a todos no los venciese—que me mandase [4] matar.  
—Callede, conde, callede,—y no os querais alabar:  
el que quiere servir damas—así lo suele hablar,  
y al entrar en las batallas—bien se saben excusar.  
—Si no lo creéis, señora,—por las obras se verá:  
siete años son pasados—que os empecé de amar,  
que de noche yo no duermo,—ni de día puedo holgar.  
—Siempre os preciastes, conde,—de las damas os burlar;  
mas dejáme ir a los baños,—a los baños a bañar;  
cuando yo sea bañada—estoy a vuestro mandar.—  
Respondiérale el buen conde,—tal respuesta le fué a dar:  
—Bien sabedes vos, señora,—que soy cazador real;  
caza que tengo en la mano—nunca la puedo dejar.—  
Tomárala por la mano,—para un vergel se van;  
a la sombra de un acipres, [5] —debajo de un rosal,  
de la cintura arriba [6] —tan dulces besos se dan,  
de la cintura abajo—como hombre y mujer se han. [7]  
Mas la fortuna adversa—que a placeres da pesar, [8]  
por ahí pasó un cazador,—que no debía de [9] pasar,  
detrás de una podenca, [10] —que rabia debía matar.  
Vido estar al conde Claros—con la infanta a bel [11] holgar.  
El conde cuando le vido—empezóle de llamar:  
—Ven acá tú, el cazador,—así Dios te guarde de mal:  
**[p. 437]** de todo lo que has visto—tú nos tengas poridad.  
Darte he yo mil marcos de oro,—y si más quisieres, más;  
casarte he con una doncella—que era mi prima carnal;  
darte he en arras y en dote—la villa de Montalvan:  
de otra parte la infanta—mucho mas te puede dar.— [1]  
El casador sin ventura—no les quiso escuchar:  
vase por los palacios—ado [2] el buen rey está.  
—Manténgate Dios, el rey,—y a tu corona real:  
una nueva yo te traigo—dolorosa y de pesar,  
que no os cumple [3] traer corona—ni en caballo cabalgar.  
La corona de la cabeza—bien la podeis vos [4] quitar,  
si tal deshonra como esta—la hubieseis de comportar;  
que he hallado la infanta—con Claros de Montalvan,  
besándola y abrazando—en vuestro huerto real:  
de la cintura abajo—como hombre y mujer se han— [5]  
El rey con muy grande enojo—al cazador mandó matar,  
porque habia sido osado—de tales nuevas llevar. [6]  
Mandó llamar sus alguaciles—aprieta, no de vagar,

mandó armar quinientos hombres—que le hayan [7] de acompañar,  
para que prendan al conde—y le hayan de tomar [8]  
y mandó cerrar las puertas,—las puertas de la ciudad.  
A las puertas del palacio—allá le fuéron a hallar,  
preso llevan al buen conde—con mucha seguridad, [9]  
unos grillos a los piés,—que bien pesan un quintal;  
las esposas a las manos,—que era dolor de mirar;  
una cadena a su cuello,—que de hierro era el collar.  
Cabálganle en una mula—por mas deshonra le dar;  
metiéronle en una torre—de muy gran escuridad:  
las llaves de la prisión—el rey las quiso llevar,  
porque sin licencia suya—nadie le pueda hablar.  
Por él rogaban los grandes—cuantos en la corte están,  
por él rogaba Oliveros,—por él rogaba Roldan,  
y ruegan los doce pares—de Francia la natural;  
y las monjas de Sant Ana—con las de la Trinidad  
llevaban un crucifijo—para al buen rey [10] rogar.

**[p. 438]** Con ellas [1] va un arzobispo—y un perlado y cardenal;  
mas el rey con grande enojo—a nadie quiso escuchar,  
antes de muy enojado—sus grandes mandó llamar.  
Cuando ya los tuvo juntos—empezóles de hablar:  
—Amigos y hijos míos,—a lo que vos hice llamar,  
ya sabeis que el Conde Claros,—el señor de Montalvan,  
de cómo [2] le he criado—fasta ponello en edad,  
y le he guardado su tierra,—que su padre le fué a dar,  
el que morir no debiera,—Reinaldos de Montalvan,  
y por facelle yo mas grande,—de lo mio le quise dar;  
hícele gobernador—de mi reino natural.  
Él por darme galardón,—mirad, en qué fué a tocar,  
que quiso forzar la infanta,—hija mia natural.  
Hombre que lo tal comete—¿qué sentencia le han de dar?—  
Todos dicen a una voz—que lo hayan de degollar,  
y así la sentencia dada—el buen rey la fué a firmar.  
El arzobispo que esto viera—al buen rey fué a hablar,  
pidiéndole por merced—licencia le quiera dar  
para ir a ver al conde—y su muerte le denunciar.  
—Pláceme, dijo el buen rey,—pláceme de voluntad;  
mas con esta condicion:—que solo habeis de andar  
con aqueste pajecico—de quien puedo bien fiar.—  
Ya se parte el arzobispo—y a las cárceles se va.  
Las guardas desde lo vieron—luego le dejan entrar;  
con él iba el pajecico—que le va a acompañar.  
Cuando vido estar al conde—en su prisión y pesar,  
las palabras que le dice—dolor eran de escuchar.  
—Pésame de vos, el conde, [3] —cuanto me puede pesar,

que los yerros por amores—dignos son de perdonar.  
[p. 439] Por vos he rogado al rey,—nunca me quiso escuchar,  
antes ha dado sentencia—que os hayan de degollar.  
Yo vos lo dije, sobrino,—que vos dejásedes de amar,  
que el que las mujeres ama—atal galardón le dan,  
que haya de morir por ellas—y en las cárceles penar.—  
Respondiera el buen conde—con esfuerzo singular:  
—Callede por Dios, mi tío,—no me queráis enojar;  
quien no ama las mujeres—no se puede hombre llamar;  
mas la vida que yo tengo—por ellas quiero gastar.—  
Respondió el pajecico,—tal respuesta le fué a dar:  
—Conde, bienaventurado—siempre os deben de llamar,  
porque muerte tan honrada—por vos había de pasar;  
mas envidia he de vos, conde, [1] —que mancilla ni pesar:  
mas querria ser vos, conde,—que el rey que os manda matar,  
porque muerte tan honrada—por mi hubiese de pasar.  
LLaman [2] yerro la fortuna—quien no la sabe gozar,  
la priesa del cadahalso—vos, conde, la debeis dar;  
si no es dada la sentencia—vos la debeis de firmar.—  
El conde que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
—Por Dios te ruego, el paje,—en amor de caridad,  
[p. 440] que vayas a la princesa—de mi parte a le rogar,  
que suplico a su Alteza—que ella me salga a mirar,  
que en la hora de mi muerte—yo la pueda contemplar,  
que si mis ojos la veen—mi alma no penará.— [1]  
Ya se parte el pajecico,—ya se parte, ya se va,  
llorando de los sus ojos—que queria reventar.  
Topara con la princesa,—bien oiréis lo que dirá:  
—Agora es tiempo, señora,—que hayais de remediar,  
que a vuestro querido el conde—lo lleven a degollar.—  
La infanta que esto oyera—en tierra muerta se cae; [2]  
damas, dueñas y doncellas—no la pueden retornar, [3]  
hasta que llegó su aya—la que la fué a criar.  
—¿Qué es aquesto, la infanta?—aquesto, ¿qué puede estar?  
—¡Ay triste de mí, mezquina,—que no sé qué puede estar!  
¡que si al conde me matan—yo me habré desesperar! [4]  
—Saliésedes vos, mi hija,—saliésedes a lo quitar.— [5]  
Ya se parte la infanta,—ya se parte, ya se va:  
fuése para el mercado—donde lo han de sacar.  
Vido estar el cadahalso—en que lo han de degollar,  
damas, dueñas y doncellas—que lo salen a mirar.  
Vió venir la gente de armas—que lo traen a matar,  
los pregoneros delante—por su yerro publicar.  
Con el poder de la gente—ella no podía pasar.  
—Apartádvos, gente de armas,—todos me haced lugar,



¡si no.... ¡por vida del rey,—a todos mande matar!—  
 La gente que la conoce—luego le hace lugar,  
 hasta que llegó el conde—y le empezara de hablar:  
 —Esforzá, esforzá, el buen conde,—y no queráis desmayar,  
 que aunque yo pierda la vida,—la vuestra se ha de salvar.—  
 El aguacil [6] que esto oyera—comenzó de caminar;  
 vase para los palacios—adonde el buen rey está.  
 —Cabalgue la vuestra Alteza,—aprieta, no de vagar,  
 que salida es la infanta—para el conde nos quitar.  
 Los unos manda que maten,—y los otros enforcar:  
 si vuestra [7] Alteza no socorre,—yo no puedo remediar.—  
 El buen rey de que esto oyera—comenzó de caminar,  
 y fuése para el mercado—ado el conde fué a hallar.  
 —¡Qué es esto, la infanta?—aquesto, ¿qué puede estar?  
**[p. 441]** ¿La sentencia que yo he dado—vos la quereis revocar?  
 Yo juro por mi corona,—por mi corona real,  
 que si heredero tuviese—que me hubiese de heredar,  
 que a vos y al conde Claros—vivos vos haria quemar.  
 —Que vos me mateis, mi padre,—muy bien me podeis matar,  
 mas suplico a vuestra Alteza,—que se quiera él acordar  
 de los servicios pasados—de Reinaldos de Montalvan,  
 que murió en las batallas,—por tu corona ensalzar:  
 por los servicios del padre—al hijo debes galardonar;  
 por malquerer de traidores—vos no le debeis matar,  
 que su muerte será causa—que me hayais de disfamar.  
 Mas suplico a vuestra Alteza—que se quiera aconsejar,  
 que los reyes con furor—no deben de sentenciar,  
 porque el conde es de linaje—del reino mas principal,  
 porque él era de los doce—que a tu mesa comen pan.  
 Sus amigos y parientes—todos te querrian mal,  
 revolver te hian guerra,—tus reinos se perderán.—  
 El buen rey que esto oyera—comenzara a demandar:  
 —Consejo os pido, los mios,—que me queráis aconsejar.—  
 Luego todos se apartaron—por su consejo tomar.  
 El consejo que le dieron,—que le haya de perdonar  
 por quitar males y bregas,—y por la princesa afamar.  
 Todos firman el perdon,—el buen rey fué a firmar:  
 tambien le aconsejaron,—consejo le fueron dar,  
 pues la infanta queria al conde,—con él haya de casar.  
 Ya desfierran al buen conde,—ya lo mandan desferrar:  
 descabalgá de una mula,—el arzobispo a desposar.  
 Él tomóles de las manos,—así los hubo de juntar. [1]  
 Los enojos y pesares—en placer hubieron de tornar. [2]

[p. 442] 191

(CONDE CLAROS.—II)

A caza va el emperador—a Sant Juan de Montaña;  
con él iba el conde Claros—por le tener compañía.  
Contándole iba, contando—el gran menester que tenia.  
—No me lo digáis, el conde,—hasta después a la venida.  
—Mis armas tengo empeñadas—por mil marcos de oro y mas,  
otros tantos debo en Francia—sobre mi buena verdad.  
—Llámenme mi camarero—de mi cámara real;  
dad mil marcos de oro al conde—para sus armas quitar;  
dad mil marcos de oro al conde—para mantener verdad;  
dalde otros tantos al conde—para vestir y calzar;  
dalde otros tantos al conde—para las tablas jugar;  
dalde otros tantos al conde—para torneos armar;  
dalde otros tantos al conde—para con damas folgar.  
—Muchas mercedes, señor,—por esto y por mucho mas.  
A la infanta Claraniña—vos por mujer me la dad.  
—Tarde acordastes, el conde,—que mandada la tengo ya.  
—Vos me la dareis, señor,—acabo que no queráis,  
porque preñada la tengo—de los seis meses o mas.—  
El emperador que esto oyera—tomó de ello gran pesar;  
vuelve riendas al caballo,—y tornóse a la ciudad:  
mandó llamar las parteras—para la infanta mirar.  
Allí habló la partera,—bien veréis lo que dirá:  
—Preñada está la infanta—de los seis meses o mas.—  
[p. 443] Mandóla prender su padre meter en escuridad,  
el agua hasta la cinta—porque pudriese la carne,  
y perezca la criatura,—que no viva de tal padre.  
Los caballeros de su casa—se la iban a mirar.  
—Pésanos de vos, señora,—cuanto nos puede pesar,  
que de hoy en quince días—el emperador os manda quemar.  
—No me pesa de mi muerte—porque es cosa natural,  
pésame de la criatura,—porque es hijo de buen padre;  
mas si hay aquí alguno—que haya comido mi pan,  
que me llavase una carta—a don Claros de Montalvan.—  
Allí habló un paje suyo,—tal respuesta le fué a dar:  
—Escribilda, vos, señora,—que yo se la iré a llevar.—  
Ya las cartas son escritas,—el paje les va a llevar;  
jornada de quince días—en ocho la fuera a andar.  
Llegado habia a los palacios—adonde el buen conde está.  
—Bien vengais, el pajecico,—de Francia la natural,  
¿qué nuevas me traéis—de la infanta? ¿cómo está?

—Leed las cartas, señor,—que en ellas os lo dirá.—  
Desque las hubo leído—tal repuesta le fué a dar:  
—Uno me da que la quemén,—otro [1] me da que la maten.—  
Ya se partía el conde,—ya se parte, ya se va,  
jornada de quince días—en ocho la fuera a andar.  
Fuérase a un monasterio—donde los frailes están;  
quitóse paños de seda,—vistió hábitos de fraile:  
fuérase a los palacios—de Carlos el emperante.  
—Mercedes, señor, mercedes,—queráismelas otorgar,  
que a mi señora la infanta—vos me la dejais confesar.—  
Ya lo llevaban al fraile—a la infanta confesar.  
En lugar de confesarla [2] —de amores le fué a hablar.  
—Tate, tate, dijo, fraile,—que a mi no llegarás,  
que nunca llegó a mí hombre—que fuese vivo en carne,  
sino solo aquel don Claros,—don Claros de Montalvan,  
que por mis grandes pecados—por él me quieren quemar.  
No doy nada por mi muerte—pues que es cosa natural,  
mas pésame de la criatura—porque es hijo de buen padre.—  
Ya se iba el confesor—al emperador hablar:  
—Mercedes, señor, mercedes,—queráismelas otorgar,  
que mi señora la infanta—sin ningún pecado está.—  
—¡Ay!, habló el caballero—que con ella quería casar,  
—Mentides, fraile, mentides,—que no decís la verdad.—  
Desafíanse los dos,—al campo van a lidiar;  
al apretar de las cinchas—conociólo el emperante:  
[p. 444] dijo que el es don Claros,—don Claros de Montalvan.  
Mató el fraile al caballero,—la infanta librado ha,  
en ancas de su caballo—consigo la fué a llevar.

(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 293.) [1]

(CONDE CLAROS.—III)

**Romance de don Claros de Montalban, el cual trata de las diferencias que hubo con el emperador por los amores de la princesa su hija.**

A misa va el emperador—a san Juan de la Montaña,  
con él iba el conde Claros—por le tener compañía;  
contándole iba contando—el menester que tenia,  
dícele de esta manera,—de esta manera decia:  
—Dístesme, el emperador,—el castillo de Montalban,  
dístemelo por mi bien,—yo tomélo por mi mal:  
los moros me lo han cercado—la mañana de San Juan,

tiénenlo tan bien cercado—que no lo basto a descercar.  
Por mi gran desventura—y por mi gran necesidad  
mis armas tengo empeñadas—por mil doblas de oro y mas,  
otras tantas debo en Francia—sobre mi buena verdad;  
mis caballeros, el rey,—no hé con que los gobernar,  
y una hermana que tengo,—no hé con que la casar:  
que en todos mis palacios—no entiendo que hay un pan;  
si yo me lo como, el rey,—¿los míos qué comerán?  
Si vuestra Alteza no socorre,—yo me iré moro a tornar:  
que mas quiero perder la vida—que yo tal vida pasar.—  
Respondió el emperador—movido de piedad:  
—No desmayeis, el buen conde,—no querades desmayar,  
que para esto son los hombres—para pasar bien y mal;  
mas Dios os lo perdone, conde,—que antes debierais hablar.  
Mandó llamar a su tesorero,—su tesorero real,  
dícele de esta manera, cmpezóle de mandar:  
—Da mil doblas de oro al conde—para su verdad guardar;  
y darle has otras mil—para sus armas quitar,  
—dale tambien otras mil—para con damas holgar.—  
**[p. 445]** A Oliveros y Montesinos—mandara luego llamar,  
y también al esforzado—ese paladin Roldan,  
y a Urgel de las Marchas,—y al fuerte Merian,  
y que tomasen la gente,—y fuesen luego a Montalban.  
Desde esto oyera el conde—tal respuesta la fué a dar:  
—Muchas gracias, el buen rey,—por la buena voluntad,  
que yo tengo tantos tesoros—que puedo bien emprestar;  
mas una merced os pido,—esta no me habeis de negar,  
que me caseis con la infanta—vuestra hija natural.—  
Respondiera el buen rey,—tal respuesta le fué a dar:  
—Ya no es tiempo, el conde Claros,—de aqueso vos hablar,  
que la tengo prometida—al honrado don Beltran,  
y por esto, el buen conde,—a vos no la puedo dar:  
que vois niño y mochacho—para tal mujer tomar.  
—Yo os beso las manos, rey,—pues me quereis deshorrar.—  
Y fuérase para su casa—para haber de reposar.  
Ya se retrae el buen conde—la siesta por descansar,  
porque la noche pasada—no la pudo reposar  
por amores de la infanta—su señora natural.  
Congojas le congojaban,—sospiros no dan lugar,  
viéndose en tal agonía—comenzara de hablar:  
—¡Oh maldito seas, Cupido!—¡y Venus otro que tal!  
porque así me habeis metido—en este fuego infernal,  
que de noche yo no duermo,—ni de dia puedo holgar,  
que si la causa tal no fuese—me iria a desesperar;  
mas en ser quien es la causa—es dicha poder penar,  
si de ello ha de ser servida—ella, pues no tiene par;

que, aunque mil veces muriese,—es nada por alcanzar  
de conocer ser querido—por obras o por pensar:  
porque solo su favor—es mas que se puede dar.—  
Dió voces al camarero—que se quiere levantar.  
Vístese un jubon chapado—que no se puede estimar,  
y de oro de martillo [1] —un mote bien de notar  
en su brazo, que decia:—«¡Gran dolor es desear!»  
y unas calzas bigarradas—de perlas ricas sin par  
con un mote, que decia:—«No tiene nombre mi mal.»  
Y unos zapatos franceses—de un carmesí singular,  
con unas llamas de fuego,—relumbran como un cristal,  
el mote que tiene escrito—es este que oiréis nombrar:  
«Aunque de contino arden—no se acaban de quemar.»  
Y una ropa rozagante,—sobre ella un rico collar,  
[p. 446] el mote de ella decia:—«Es un dolor desigual.»  
Y una gorra en la cabeza—que no se puede estimar,  
con tres letras coronada,—y el mote muy singular:  
«¡Es tan alto mi deseo—que no hay mas que desear!»  
Cabalgó en una hacanea,—la cual hizo ataviar  
de una guarnición muy rica,—y las riendas, y el petral  
lleno de unas campanillas—que de oro era el metal,  
y unas lágrimas sembradas,—y el mote no de olvidar:  
«Sin doleros vos, señora,—no se pueden acabar.»  
Con doce mozos de espuelas—para le acompañar,  
vestidos de la librea—de aquella dama sin par:  
los jubones del morado,—sayos de desesperar,  
todas las mangas derechas—les hizo el conde bordar  
de unas matas de ruda,—que querian ya granar,  
el mote de ellas decia:—«¡Mas amargo es esperar!»  
Envía delante un paje—por su Alteza avisar,  
que el conde la quiere ver—por las manos le besar.  
Antes que el paje tornase—el conde fuera a llegar;  
los porteros que lo veen—las puertas abierto le han.  
La princesa estaba sola,—retraida por rezar,  
entrara el conde con ella,—y empiézale de contar  
lo que el rey le habia dicho—sin un punto le faltar:  
—Por eso os cumple ir conmigo—al castillo de Montalban:  
que quiero ir a vuestro padre—a todo se lo contar,  
Irnos hemos en mis tierras,—poneros hé en libertad:  
allí podréis, señora, parir,—allí podréis, señora, criar;  
que sabé que vuestro padre—a don Beltran os quiere dar.—  
Mandó armar trescientos hombres—que la hubiesen de llevar,  
mandó poner en armas su tierra,—si quieren nada demandar.  
Vase a hablar con el rey,—y apartólo en puridad,  
dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:  
—Ya sabedes, el buen rey,—lo que os fuera a rogar,

que me diésedes la infanta—por mi mujer natural.  
Decis que yo soy mochacho—para tal mujer tomar:  
ahora sabed de cierto,—y en esto no hay que dubdar,  
que si yo la quiero mucho,—ella a mí mucho mas;  
y aun de mí está preñada—que en el mes queria entrar.—  
Estas palabras diciendo—a huir empezó andar.  
El rey a muy grandes voces—mandábalo ir a tomar.  
Ya es salido del palacio—en un caballo alazan,  
por las calles de Paris—lleva muy grande aguijar.  
Caballeros que lo veen,—sálenlo a acompañar  
con él iba Oliveros,—con él iba don Roldan.  
Desque son por el camino—empiézalo a interrogar:  
—¿Para dónde vais, buen conde?—digádesnos la verdad,  
que ya sabeis que de nosotros—no vos debeis de guardar.—  
[p. 447] Allí les habló el buen conde—lo que el rey fuera a hablar,  
y como envió la infanta—a tierras de Montalban.  
Don Roldan que lo oyera—empezóle a maravillarse:  
cómo habia sido osado—de tal empresa tomar.  
El consejo que le dieron,—y que le fuéron a dar:  
que se fuese en sus tierras,—y se pusiese en libertad,  
y que ellos tornarian—al buen rey a le rogar  
os la diese por mujer,—pues que allá así le place.  
Ya se torna Oliveros,—ya se torna don Roldan;  
a las puertas de Paris—gran gente vieron estar,  
dícenles de esta manera,—y empiézanles a demandar:  
—Esforzados caballeros,—¿qué tierras vais conquistar?—  
Allí habló el mayor de ellos—que se dice don Beltran:  
—Vamos a prender al conde—don Claros de Montalban,  
que el rey tiene jurado—de hacerlo degollar.—  
Respondiera Oliveros, y ese paladin Roldan:  
—Esperá un poco, señor,—esforzado don Beltran,  
iria por mi caballo,—mis armas me iria armar,  
y yo me iria con vos—para haberos de ayudar:  
prenderemos al conde Claros,—y a la infanta otro que tal,  
haréis degollar al conde,—y con la infanta vos casarán,  
pues que os la ha prometido,—y que no os la ha de quitar.—  
Y despidiéronse dél—aprieta y no de vagar.  
Todo esto hacian ellos—por hacerlos esperar,  
y que el conde hubiese tiempo—de a sus tierras llegar.  
Íbanse a rienda suelta—donde al rey han de hallar:  
dícenle de esta manera,—comiéndanle de hablar:  
—De vuestro enojo nos pesa—cuanto nos puede pesar;  
venimos a daros consejo—si lo quisiéredes tomar:  
que caseis a la infanta—con don Claros de Montalban.—  
El rey, pues que mas no pudo,—fuéraselo a otorgar.  
Enviaban por la infanta,—y por el conde otro que tal:

ricas bodas le hicieran—en Paris esa ciudad.

(Aquí se contienen quatro rom. viejos. Y este primero es de don Claros de Montalvan, etc. Pliego suelto del siglo XVI.) [1]

[p. 448] 193

## ROMANCES DE CALAINOS

### **Romance del moro Calainos de cómo requería de amores a la infanta Sevilla, y ella le demandó en arras tres cabezas de los doce pares de Francia.—I.**

Ya cabalga Calainos—a la sombra de una oliva,  
el pié tiene en el estribo,—cabalga de gallardía.  
Mirando estaba a Sansueña,—al arrabal [1] con la villa,  
por ver si vería algún moro—a quien preguntar podría.  
Por los palacios venía—la linda infanta Sevilla; [2]  
vido estar un moro viejo—que a ella guardar solía.  
Calainos que lo vido—llegado allá se había;  
las palabras que le dijo—con amor y cortesía:  
—Por Alá [3] te ruego, moro,—así te alargue la vida,  
que me muestres los palacios—donde mi vida vivía, [4]  
de quien triste soy cautivo,—y por quien pena tenía,  
que cierto por sus amores—creo yo perder la vida;  
mas si por ella la pierdo—no se llamará perdida,  
que quien muere por tal dama—desque muerto tiene vida. [5]  
Mas porque me entiendas, moro,—por quien preguntado había,  
es la mas hermosa dama—de toda la Morería,  
sepas que a ella la llaman—la grande [6] infanta Sevilla.—  
Las razones que pasaban—Sevilla bien las oía:  
púsose a una ventana,—hermosa a maravilla,  
con muy ricos atavios,—los mejores que tenía.  
Ella era tan hermosa,—otra su par no la había. [7]  
[p. 449] Calainos que la vido—de esta suerte le decía:  
—Cartas te traigo, señora,—de un señor a quien servía:  
creo que es el rey tu padre—porque Almanzor se decía:  
descende de la ventana—sabrás la mensajería.— [1]  
Sevilla cuando lo oyera—presto de allí descendía:  
apeóse Calainos,—gran reverencia le hacía.  
La dama cuando esto vido—tal pregunta le hacía:  
—¿Quién sois vos el caballero,—que mi padre acá os envía?  
—Calainos soy, señora,—Calainos el de Arabía,  
señor de los Montes Claros.—De Constantina la llana,  
y de las tierras del Turco—yo gran tributo llevaba,

y el Preste Juan de las Indias—siempre parias me enviaba,  
y el Soldan de Babilonia—a mi mandar siempre estaba:  
reyes y principes moros—siempre señor me llamaban,  
sino es el rey vuestro padre,—que yo a su mandado estaba,  
no porque le he menester, [2] —mas por nuevas que me daban  
que tenia una hija—a quien Sevilla llamaban,  
que era mas linda mujer—que cuantas moras se hallan. [3]  
Por vos le serví cinco [4] años—sin sueldo [5] ni sin soldada;  
él a mí no me la dió,—ni yo se la demandaba.  
Por tus amores, Sevilla,—pasé yo la mar salada,  
porque he de perder la vida—o has de ser mi enamorada.—  
Cuando Sevilla esto oyera—esta respuesta le daba:  
—Calainos, Calainos,—de aqueso yo no sé nada, [6]  
que siete amas me criaron,—seis moras y una cristiana.  
Las moras me daban leche,—la otra me aconsejaba;  
segun que me aconsejaba—bien mostraba ser cristiana.  
Diérame muy buen consejo,—y a mi bien se me acordaba [7]  
que jamás yo prometiese [8] —de nadie ser enamorada,  
hasta que primero hubiese—algun buen dote o arras.— [9]  
Calainos que esto oyera—esta respuesta le daba:  
—Bien podeis pedir, señora,—que no se os negará nada:  
si quereis castillos fuertes,—ciudades en tierra llana,  
o si quereis plata u oro—o moneda amonedada.—  
Y Sevilla, aquestos dones,—como no los estimaba,  
[p. 450] respondióle:—Si queria [1] —tenella por namorada,  
que vaya dentro a Paris,—que en medio de Francia estaba, [2]  
y le traiga tres cabezas—cuales ella demandaba,  
y que si aquesto hiciese—seria su enamorada.—  
Calainos cuando oyó—lo que ella le demandaba  
respondible muy alegre,—aunque [3] él se maravillaba  
dejar villas y castillos—y los dones que le daba  
por pedirle tres cabezas—que no le costarán nada:  
dijo que las señalase,—o diga cómo se llaman. [4]  
Luego la infanta Sevilla—se las empezó a nombrar:  
la una es de Oliveros,—la otra de don Roldan,  
la otra del esforzado—Reinaldos de Montalvan.  
Ya señalados los hombres [5] —a [6] quien habia de buscar,  
despídese Calainos—con muy cortes hablar:  
—Déme la mano tu Alteza,—que se la quiero besar,  
y la fe y prometimiento—de conmigo te casar,  
cuando traiga las cabezas—que quesiste demandar.  
—Pláceme, dijo, de grado—y de buena voluntad.—  
Allí se toman las manos,—la fe se hubieron de dar  
que el uno ni el otro [7] —no se pudiesen casar  
hasta que el buen Calainos—de allá hubiese de tornar,



y que si otra cosa fuese—la enviaria avisar.  
Ya se parte Calainos,—ya se parte, ya se va:  
hace broslar [8] sus pendones—y en todos una señal;  
cubiertos de ricas lunas,—teñidas en sangre van. [9]  
En camino es Calainos—a los franceses buscar: [10]  
andando jornadas ciertas—a Paris llegado ha.  
En la guardia de Paris—cabe San Juan de Letran,  
allí levantó su seña—y empezara de hablar:  
—Tañan luego esas trompetas—como quien va a cabalgar,  
porque me [11] sientan los doce—que dentro en Paris están.—  
El emperador aquel dia—habia salido a cazar:  
con él iba Oliveros,—con él iba don Roldan,  
con él iba el esforzado—Reinaldos de Montalvan;  
también el Dardin Dardeña;—y el buen viejo don Beltrán,  
[p. 451] y ese Gaston y Claros [1] —con el romano Final: [2]  
también iba Valdovinos,—y Urgel en fuerzas sin par, [3]  
y también iba Guarinos—almirante de la mar.  
El emperador entre ellos—empezara de hablar:  
—Escuchad, mis caballeros,—que tañen a cabalgar.— [4]  
Ellos estando escuchando—vieron un moro pasar;  
armado va a la morisca,—empiézanle de llamar,  
y ya que es llegado el moro—do el emperador está,  
el emperador que lo vido—empezóle a preguntar:  
—Di, ¿adónde vas tú, el moro?—¿cómo en Francia osaste entrar?  
¡Grande osadía tuviste—de hasta Paris llegar!—  
El moro cuando esto oyó—tal respuesta le fué a dar:  
—Vo a buscar al emperante [5] —de Francia la natural,  
que le traigo una embajada—de un moro principal,  
a quien sirvo de trompeta,—y tengo por capitán.—  
El emperador que esto oyó—luego lo fué a demandar  
que dijese qué quería,—por qué a él iba a buscar; [6]  
que él es el emperador Carlos [7] —de Francia la natural.  
El moro cuando lo supo—empezóle de hablar:  
—Señor, sepa tu Alteza [8] —y tu corona [9] imperial,  
que ese moro Calainos,—señor, me ha enviado acá,  
desafiando a tu Alteza—y a todos los doce pares, [10]  
que salgan lanza por lanza—para con él pelear.  
Señor, veis allí su seña,—donde los ha [11] de aguardar;  
perdóneme vuestra Alteza,—que respuesta le vo a dar.—  
Cuando fue partido el moro—el emperador fué a hablar:  
—¡Cuando yo era mancebo,—que armas solia llevar,  
nunca moro fué osado—de en toda Francia asomar;  
mas agora que soy viejo—a Paris los veo llegar!  
No es mengua de mí solo—pues no puedo pelear,

mas es mengua de Oliveros,—y asimesmo de Roldan;  
mengua de todos los doce,—y de cuantos aquí están.  
Por Dios a Roldan me llamen—porque se vaya a pelear [12]  
con el moro de la enguardia [13] —y lo haga de allí quitar:  
[p. 452] que lo traiga muerto o preso,—porque se haya de acordar  
de cómo viene a Paris—para me desafiar.—

Don Roldan cuando esto oyera—empiézale de hablar:  
—Excusado es, señor,—de enviarme a pelear,  
porque teneis caballeros—a quien podeis enviar,  
que cuando son entre damas—bien se saben alabar,  
que aunque vengan dos mil moros—uno los esperará, [1]  
cuando son en la batalla—véalos tornar atrás.—  
Todos los doce callaron—si no el menor de edad,  
al cual llaman Baldovinos,—en el esfuerzo muy grande; [2]  
las palabras que dijera cran con riguridad: [3]

—Mucho estoy maravillado—de vos, señor don Roldan,  
que amengüeis todos los doce [4] —vos que los habiades de honrar:  
si no fuéades mi tio—con vos me fuera a matar,  
porque entre todos los doce—ninguno podeis nombrar,  
que lo que dice de boca—no lo sepa hacer verdad.—

Levantóse con enojo—ese paladin Roldan;  
Valdovinos que esto vido—tambien se fué a levantar,  
el emperador entre ellos—por el enojo quitar.  
Ellos en aquesto estando,—Valdovinos fué a llamar  
a los mozos que traia;—por las armas fué a enviar.  
El emperador que esto vido—empezóle de rogar  
que le hiciese un placer,—que no fuese a pelear,  
porque el moro era esforzado,—podríale maltratar,  
—que aunque ánimo tengais—la fuerza os podria faltar,  
y el moro es diestro en armas,—vezado a pelear.— [5]

Valdovinos que esto oyó—empezóse a desviar  
diciendo al emperador—licencia le fuese a dar,  
y que si él no se la diese—que él se la queria tomar.  
Cuando el emperador vido—que no lo podía excusar,  
cuando llegaron sus armas—él mesmo le ayudó a armar:  
dióle licencia que fuese—con el moro a pelear.

Ya se parte Valdovinos,—ya se parte, ya se va,  
ya es llegado a la guardia—do Calainos está.

Calainos que lo vido—empezóle así de hablar:  
—Bien vengais el francesico, [6] —de Francia la natural,  
si quereis vivir [7] conmigo—por paje os quiero llevar; [8]  
llevaros he a mis tierras—do placer podais tomar.—

Valdovinos que esto oyera—tal respuesta le fué a dar:  
[p. 453] —Calainos, Calainos,—no debíades así de hablar,  
que antes que de aquí me vaya—yo os lo tengo de mostrar

que aquí moriréis primero—que por paje me tomar.— [1]  
Cuando el moro a questo oyera—empezó así de hablar:  
—Tórnate, el francesico,—a Paris, esa ciudad,  
que si esa porfía tienes—caro te habrá de costar,  
porque quien entra en mis manos [2] —nunca puede bien librar.—  
Cuando el mancebo esto oyera—tornóle a porfiar  
que se aparejase presto—que con él se ha de matar.  
Cuando el moro vió al mancebo—de tal suerte porfiar,  
díjole:—Vente, cristiano,—presto para me encontrar,  
que antes que de aquí te vayas—conocerás la verdad,  
que te fuera muy mejor—comigo no pelear.—  
Vanse el uno para el otro,—tan recio que es de espantar. [3]  
A los primeros encuentros—el mancebo en tierra está.  
El moro cuando esto vido [4] —luego se fué apear:  
sacó un alfanje muy rico—para habelle de matar;  
mas antes que le hiriese—le empezó de preguntar  
quién o cómo se llamaba,—y si es de los doce pares.  
El mancebo estando en esto—luego dijo la verdad,  
que le llaman Valdovinos,—sobrino de don Roldan.  
Cuando el moro tal oyó—empezóle de hablar:  
—Por ser de tan pocos dias,—y de esfuerzo singular [5]  
yo te quiero dar la vida,—y no te quiero matar;  
mas quiérote llevar preso—porque te venga a buscar  
tu buen pariente Oliveros,—y ese tu tio don Roldan,  
y ese otro muy esforzado—Reinaldos de Montalvan,  
que por esos tres ha sido—mi venida a pelear.—  
Don Roldan allá do estaba—no hace sino sospirar,  
viendo que el moro ha vencido—a Valdovinos el infante.  
Sin mas hablar con ninguno—don Roldan luego se parte [6]  
íbese para la guardia—para aquel moro matar. [7]  
El moro cuando lo vido—empezóle a preguntar  
quién es o cómo se llama,—o si era de los doce pares.  
Don Roldan cuando esto oyó—respondiérale muy mal:  
—Esa razón, perro moro,—tú no me las has de tomar, [8]  
por que a ese a quien tu tienes [9] —yo te lo haré soltar:  
[p. 454] presto aparéjate, moro,—y empieza de pelear.—  
Vanse el uno para el otro—con un esfuerzo muy grande: [1]  
danse tan recios encuentros—que el moro caido ha;  
Roldan que al moro vió en tierra—luego se fué apear:  
—Dime tú, traidor de moro, [2] —no me lo quieras negar: [3]  
¿cómo tú fuiste [4] osado—de en toda Francia parar,  
ni al buen viejo emperador,—ni a los doce desafiar? [5]  
¿Cuál diablo te engañó—cerca de Paris llegar?—  
El moro cuando esto oyera—tal respuesta le fué a dar:

—Tengo una cativa mora,—mujer de muy gran linaje: [6]  
requeríla yo de amores,—y ella me fué a demandar  
que le diese tres cabezas—de Paris, esa ciudad;  
que si estas yo le llevo—comigo habia de casar;  
la una es de Oliveros,—la otra de don Roldan,  
la otra del esforzado—Reinaldos de Montalvan.—  
Don Roldan cuando esto oyera—así le empezó de hablar:  
—¡Mujer que tal te pedia—cierto te queria mal,  
porque esas no son cabezas—que tú las puedes cortar!  
mas porque a ti sea castigo,—y otro se haya de guardar  
de desafiar a los doce,—ni venirlos a buscar,—  
echó mano a un estoque [7] —para el moro matar.— [8]  
La cabeza de los hombros—luego se la fué a cortar:  
llevóla al emperador—y fuésela a presentar.  
Los doce cuando esto vieron—toman placer singular [9]  
en ver así [10] muerto al moro,—y por tal mengua le dar. [11]  
También trajo a Valdovinos—que él mismo lo fué a soltar.  
Así murió Calainos—en Francia la natural,  
por manos del esforzado—el buen paladin Roldan.

(Canc. de Rom., s. a., fol. 92.—Canc. de Rom., 1550, fol. 91.—  
Floresta de varios rom.)

[p. 455] 194

(CALAINOS. [1] —II)

### **Romance de los doce pares de Francia**

En misa está el emperador—allá en san Juan de Letran,  
con él está Baldovinos,—y Urgel [2] de la fuerza grande,  
y con él Dardin Dardeña, [3] —y don Carlos de Montalban,  
con él está Oliveros,—con él estaba Roldan,  
con él infante Gaiferos—salido de captividad,  
con él estaban los doce—que a su mesa comen pan;  
la misa dice un arzobispo,—respóndele un cardenal.  
La misa es cuasi acabada,—que la paz querian dar:  
por las enguardas [4] de Francia—vieron moros asomar.  
Subióse [5] el emperador—en altas torres a mirar,  
y vido un moro esforzado—bien cerca de la ciudad:  
el moro en un pendon—traia una rica señal  
broslada de ricas lunas—vueltas en color de sangre  
(moro que tal seña trae—gana trae [6] de pelear).  
Envió cuatro moros suyos—a don Carlos el emperante

mandándole desafíos—a él y a los doce pares:  
que salgan lanza por lanza—para con él se matar. [7]  
Allí habló el emperador—una razón singular:  
—Llamédesme a mi sobrino—el esforzado don Roldan,  
aquel moro de la guardia—de allí me lo haga apartar,  
y que arrastre su pendon—por el suelo y su señal,  
por que moro no se alabe—que en Francia osase entrar.—  
Bien lo oyera don Roldan—que cerca se fuera a hallar,  
la respuesta que le dió—era para lastimar:  
—No me place, el emperador,—ni es de mi voluntad;  
no porque tenga temor—ni vergüenza en pelear;  
mas caballeras conozco—que haceis servir y honrar,  
y les dais el mesmo sueldo—que dais a mí don Roldan,  
[p. 456] y cuando son entre damas—sábense bien alabar;  
mas si vergüenza tuviesen—a vos no cumpliera hablar.—  
Allí habló Baldovinos,—niño de poca edad,  
mozo era de quince años,—en diez y seis quiere entrar:  
—Dadme licencia, emperador,—si no, yo me la iré a tomar.  
Aquel moro de la guardia—de allí lo haré apartar, [1]  
yo le traeré aquí preso [2] —y le podréis hacer matar;  
pues mi tio don Roldan—a todos quiso deshonar,  
no deshonoró a mí solo,—mas a cuantos aquí están:  
que si mi tio no fuera—respuesta le fuera a dar.  
—Callede vos, el mi hijo,—sangre mia natural,  
que aquel moro que allí viene—esforzado le veis [3] estar,  
y vos sois niño y mochacho—para las armas tomar.—  
Ya se parte Baldovinos,—ya se parte para armar,  
armóse de todas armas—las que solia llevar:  
hacha de cuarenta y cinco,—y el peso de su pesar,  
y fuése por su camino—donde el moro ha de hallar.  
Desde que fué cerca del moro—empezóle de hablar:  
—¡Oh moro tan esforzado!—yo te quiero ahora rogar,  
que quites tú el pendon,—que quites aquella señal,  
si no lo haces de grado [4] —por fuerza te lo haré quitar.  
—¡Bien vengas, el cristianillo, [5] —el cristianillo, [5 bis] bien vengais!  
Cierto de tales como vos—para pajes querria tomar;  
si quereis vivir conmigo—a Turquía os he de enviar.  
—Calla, moro esforzado,—no quieras tú tal hablar;  
mas echa mano a la lanza—que esta es la que os ha de ayudar.—  
Echáron mano a las lanzas,—comezáronse a encontrar.  
Mientras las lanzas duraron—a Baldovinos bien le va;  
mas ya quebradas las lanzas—de hachas fueron a [6] jugar:  
dado le ha el moro un golpe—que en el suelo le fué a echar.  
Allí descabalgó el moro—por la cabeza le cortar;  
desde que le vido sin barbas—no le quiso degollar;

diciendo iba, diciendo:—Barbas ando yo a buscar.—  
Mas atóle pies y manos,—manos y pies le fué a atar.  
Allí habló Baldovinos—palabras de lastimar:  
—¡Oh moro tan esforzado!—yo te quiero ahora rogar,  
que me acortes la vida,—no me la quieras alargar;  
que mas vale morir con honra—que con vergüenza quedar.—  
Bien se lo vió don Roldan—allá en san Juan de Letran,  
lágrimas de los sus ojos—corrian por la su faz.  
Presto se hizo dar sus armas,—y luego se hizo armar,  
armóse de todas armas,—las piernas no pudo armar,  
[p. 457] con una mano lleva la silla,—y con la otra el petral;  
con los dientes lleva el freno—por mas presto despachar,  
y fuése a rienda suelta—donde el moro ha de hallar.  
—¡Oh buen moro esforzado!—yo te quiero ahora rogar,  
que me cuentes tu ventura,—la mia te quiero contar.  
—Pláceme, dijo el moro,—pláceme de voluntad.  
Yo soy el moro Bramante, [1] —que así me hacen llamar,  
de siete reyes moros—yo era el capitan.  
Tengo una cristiana captiva—que es de Francia natural,  
estoy enamorado de ella—que de amores quiero finir;  
mil veces la he requerido—que conmigo quiera [2] casar;  
por ninguna razon de estas—no me lo quiso otorgar,  
sino con una condicion—que en arras le hubiese de dar:  
que trajese tres cabezas—de Francia la natural,  
la una de Oliveros,—la otra de don Roldan,  
la otra de Urgel [3] de las Marchas,—esforzado singular:  
y con estas tres cabezas—mora se ha de tornar.  
—Callede, moro esforzado,—y no querais mas hablar,  
que no hay cabeza de esas—que la vuestra [4] no haya de costar.  
Mas yo soy escudero de ellos,—quiero con vos [5] mi lanza probar.—  
Echaron mano a las lanzas,—de hachas van a jugar; [6]  
dió Roldan un golpe al moro—que en el suelo fuera a dar. [7]  
Desde que el moro fué en el suelo—Roldan empezó de hablar:  
—¡Oh buen moro esforzado!—torna presto a cabalgar,  
que por derribarte una vez,—por eso no te he de matar, [8]  
que cuantas veces quisieres—tantas te he yo de esperar;  
que yo soy aquel Roldan—al que querias la cabeza cortar.—  
Cuando aquesto [9] oyera el moro—no quiso mas pelear;  
mas diósele a merced,—a merced se le fué a dar.  
—Pues desátame a Baldovinos—aprieta y no de vagar,  
y hágase juramento, [10] —juramento me quieras prestar:  
[p. 458] en las tierras do te halles—nunca te hayas de alabar, [11]  
que a ninguno de los doce—tú lo hubieses de atar.  
—Pláceme, dijo el moro,—pláceme de voluntad;  
mas con una condicion—que os quiero demandar:

que cuando seamos en Roma—delante del emperante,  
que ninguno de los doce—no me haya de [2] maltratar.  
—Pláceme, dijo Roldan,—pláceme de voluntad;  
mas los doce son corteses,—no te han de [3] enojar,  
que si a ti hacen deshonra [4] —a mí tocará el pesar.—  
Todos tres fuéron a Roma—donde estaba el emperante,  
y llegado don Roldan—comenzó así de hablar:  
—¡Oh señor emperador!—yo os quiero ahora rogar,  
que este moro que aquí viene—le hagais servir y honrar,  
y le deis el mesmo sueldo—que dais a mí don Roldan.— [5]  
Allí estuvo muchos dias—a su placer y holgar.  
Lleváronlo en Turquía,—pusiéronlo en libertad.  
Honráronlo todos los moros—desque lo vieron llegar,  
grandes fiestas le hicieron—con mucha solemnidad.

1. *Romance nuavamente trobado de los doce pares de Francia*  
etcétera. 2. *Siguiese un romance: el qual cuenta el desafio que*  
*hizo Montesinos a Oliveros*, etc. Pliegos sueltos del siglo XVI.)

195

### **Romance del palmero [6]**

De Mérida sale el palmero,—de Mérida, esa ciudad:  
los piés llevaba descalzos,—las uñas corriendo sangre.  
Una esclavina trae rota,—que no valía [7] un real,  
y debajo traia [8] otra,—¡bien valia [9] una ciudad!  
que ni rey ni emperador—no alcanzaba [10] otra tal.  
Camino lleva derecho [11] de Paris, esa ciudad;  
ni pregunta por meson—ni ménos por hospital:  
[p. 459] pregunta por los palacios—del rey Carlos do está. [1]  
Un portero está a la puerta,—empezóle [2] de hablar:  
—Dijésesme tú, el portero,—el rey Carlos ¿dónde está?—  
El portero que lo vido,—mucho [3] maravillado se ha,  
cómo un romero tan pobre—por el rey va a preguntar.  
—Digádesmelo, señor,—de eso no tengais pesar.  
—En misa estaba, palmero, [4] —allá en San Juan de Letran,  
que dice misa un arzobispo,—y la oficia [5] un cardenal.—  
El palmero que lo oyera—íbase [6] para Sant Juan:  
en entrando por la puerta—bien veréis [7] lo que hará.  
Humillóse [8] a Dios del cielo—y a Santa María su Madre,  
humillóse [9] al arzobispo,—humillóse [10] al cardenal  
porque decia la misa—no porque merecia mas: [11]

humillóse [12] al emperador—y a su corona real,  
humillóse [13] a los doce—que a una mesa comen pan.  
No se humilla [14] a Oliveros,—ni ménos a don Roldan,  
porque un sobrino que tienen—en poder de moros está,  
y pudiéndolo hacer—no le van a rescatar.  
Desque aquesto vió Oliveros,—desque aquesto vió Roldan,  
sacan ambos las espadas [15] —para el palmero se van.  
El palmero con su bordon—su cuerpo va a mamparar. [16]  
Allí hablara el buen rey [17] —bien oiréis lo que dirá:  
—Tate, tate, Oliveros,—tate, tate, don Roldan,  
o este palmero es loco,—o viene de sangre real.—  
Tomárale por la mano,—y empiézale de hablar:  
—Dígame tú, el palmero,—no me niegues la verdad,  
¿en qué año y en qué mes—pasaste aguas de la mar?  
—En el mes de mayo, señor,—yo las fuera [18] a pasar.  
Porque yo me estaba un día—a orillas de la mar  
en el huerto de mi padre—por haberme de holgar:  
**[p. 460]** captiváronme los moros,—pasáronme allende el mar,  
a la infanta de Sansueña—me fuéron a presentar; [1]  
la infanta desque me vido—de mí se fué a enamorar.  
La vida que yo tenia,—rey, quiero vos la contar.  
En la su mesa comia,—y en su cama me iba a echar.—  
Allí hablara el buen rey,—bien oiréis lo que dirá:  
—Tal captividad como esa—quien quiera la tomará.  
Dígame tú, el palmero, [2] —¿si la iria yo a ganar?  
—No vades allá, el buen rey,—buen rey, no vedes allá,  
porque Mérida es muy fuerte,—bien se vos defenderá.  
Trescientos castillos tiene,—que es cosa de los mirar,  
que el menor de todos ellos—bien se os defenderá.—  
Allí hablara Oliveros,—allí habló don Roldan:  
—Miente, señor, el palmero,—miente y no dice verdad, [3]  
que en Mérida no hay cien castillos,—ni noventa a mi pensar,  
y estos que Mérida tiene—no tiene [4] quien los defender,  
que ni tenian [5] señor,—ni ménos quien los guardar.—  
Desque aquesto oyó [6] el palmero—movido con gran pesar,  
alzó su mano derecha,—dió un bofetón a Roldan. [7]  
Allí hablara el rey—con furia y con gran pesar: [8]  
—Tomalde, la mi justicia,—y llevédeslo [9] ahorcar.—  
Tomádolo ha la justicia [10] —para habello de justiciar;  
y aun allá al pié de la horca—el palmero fuera hablar:  
—¡Oh mal hubieses, rey Carlos!—Dios te quiera hacer mal,  
que en un hijo solo que tienes—tú le mandas ahorcar.—  
Oídolo habia la reina—que se le paró a mirar:  
—Dejédeslo, la justicia,—no le querais hacer mal,



que si él era mi hijo—encubrir no se podrá,  
que un lado ha de tener—un extremado lunar.—  
[p. 461] Ya le llevan a la reina,—ya se lo van a llevar:  
desnúdanle una esclavina—que no valia un real;  
ya le desnudaban otra [1] —que valia una ciudad:  
halládole han al infante,—halládole han la señal.  
Alegrías se hicieron—no hay quien las pueda contar. [2]

(*Canc. de Rom., s. a.* fol. 172.— *Canc. de Rom., 1550*, fol. 179.—  
*Silva de 1550*, t. II, fol. 201.— *Floresta de varios rom.*)

196

(DEL CONDE ALMERIQUE DE NARBONA.—I)

Del Soldan de Babilonia,—de ese os quiero decir,  
que le dé Dios mala vida—y a la postre peor fin.  
Armó naves y galeras,—pasan de sesenta mil,  
para ir a combatir—a Narbona la gentil.  
Allá van a echar áncoras,—allá al puerto de Sant Gil,  
cativado han al conde,—al conde Benalmenique. [3]  
Desciéndenlo de una torre,—cabálganlo en un rocin,  
la cola le dan por riendas—por mas deshonorado ir.  
Cient azotes dan al conde—y otros tantos al rocin;  
al rocin porque anduviese,—y al conde por lo rendir.  
La condesa desde que lo supo—sáleselo a recibir:  
—Pésame de vos, señor—conde, de veros así,  
daré yo por vos, el conde,—las doblas sesenta mil,  
y si no bastaren, conde,—a Narbona la gentil.  
Si esto no bastare, el conde,—a tres hijas que yo parí:  
yo las pariera, buen conde,—y vos las hubistes en mí;  
y si no bastare, conde,—señor, védesme aquí a mí.  
—Muchas mercedes, condesa,—por vuestro tan buen decir:  
no dedes por mí, señora,—tan solo un maravedí,  
[p. 462] heridas tengo de muerte,—de ellas no puedo guarir:  
adios, adios, la condesa,—que ya me mandan ir de aquí.  
—Váyades con Dios, el conde,—y con la gracia de Sant Gil:  
Dios os lo eche en suerte—a ese Roldan [1] paladin.

(*Canc. de Rom.* de 1550, fol. 289.)

197

(DEL CONDE ALMERIQUE DE NARBONA.—II)

Durmiendo está el rey Almanzor—a un sabor atan grande;  
los siete reyes de moros—no lo osaban acordar.  
Recordólo Bobalias,—Bobalias el infante.  
—Si dormides, el mi tio,—si dormides, recordad:  
mandadme dar las escalas—que fuéron del rey mi padre,  
y dadme los siete mulos—que las habían de llevar;  
y me deis los siete moros—que las habian de armar,  
que amores de la condesa—yo no los puedo olvidar.  
—Malas mañas habeis sobrino,—no las podeis olvidar: [2]  
al mejor sueño que duermo—luego me vais a [3] recordar.—  
Ya le dan [4] las escalas—que fuéron del rey su padre;  
ya le dan los siete mulos,—que las habian de llevar;  
ya le dan los siete moros—que las habian de armar.  
A paredes de la condesa—allá las fuéron a echar:  
allá al pié de una torre,—y arriba subido han.  
En brazos del conde Almenique [5] —la condesa van hallar:  
el infante la tomó,—y con ella ido se han.

(*Canc. de Rom.* de 1550, fol. 298.)

198

### **Romance de la linda Melisenda [6]**

Todas las gentes dormían—en las que Dios tiene parte,  
mas no duerme Melisenda—la hija del emperante;  
[p. 463] que amores del conde Ayruelo—no la dejan reposar.  
Salto diera de la cama—como la parió su madre,  
vistiérase una alcandora—no hallando su brial;  
vase para los palacios—donde sus damas están;  
dando palmadas en ellas—las empezó de llamar:  
—Si dormis, las mis doncellas,—si dormides, recordad;  
las que sabedes de amores—consejo me querais dar;  
las que de amor non sabedes—tengádesme poridad:  
amores del conde Ayruelo—no me dejan reposar.—  
Allí hablara una vieja;—vieja es de antigua edad: [1]  
—Agora es tiempo, señora,—de los placeres tomar,  
que si esperáis a vejez—no vos querrá un rapaz.— [2]  
Desde esto oyó Melisenda—no quiso mas esperar, [3]  
y vase a buscar al conde—a los palacios do está.  
Topara con Hernandillo—un alguacil de su padre.  
—¿Qué es aquesto, Melisenda?—¿Esto qué podia estar?  
¡O vos teneis mal de amores,—o os quereis loca tornar!  
—Que no tengo mal de amores,—ni tengo por quien penar,

mas cuando fui [4] pequeña—tuve una enfermedad.  
Prometí tener novenas—allá en San Juan de Letran:  
las dueñas iban de dia,—doncellas agora van.—  
Desde esto oyera Hernando—puso fin a su hablar;  
la infanta mal enojada—queriendo dél se vengar:  
—Prestáesme, dijo a [5] Hernando,—prestáesme tu puñal,  
que miedo me tengo, miedo—de los perros de la calle.—  
Tomó el puñal por la punta,—los cabos le fué a dar:  
diérale tal puñalada—que en el suelo muerto cae.  
Y vase para el [6] palacio—ado el conde Ayruelo está;  
las puertas halló cerradas,—no sabe por do entrar: [7]  
con arte de encantamento—las abrió de par en par.  
Al estruendo el conde Ayruelo—empezara de llamar:  
—Socorred, mis caballeros,—socorred sin mas tardar;  
creo son mis enemigos,—que me vienen a matar.—  
La Melisenda discreta—le empezara de hablar:  
[p. 464] —No te congojes, señor,—no quieras pavor tomar,  
que yo soy una morica—venida de allende el mar.—  
Desde esto oyera el conde—luego conocido la ha:  
fuése el conde para ella, las manos le fué a tomar,  
y a la sombra de un laurel—de Vénus es su jugar.

*(Romance de la linda Melisenda glosado por Francisco de Lora.  
Pliego suelto s. 1. n. a.—Glosa nuevamente hecha por Francisco  
Lora. Pliego suelto s. 1. n. a.)*

## NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 267]. [1] . «Tu alto estado.» Pl. s.

[p. 267]. [2] . «Han.» Pl. s. 2.

[p. 267]. [3] . «Un día fuerte aciago.» Pliego suelto 2.

[p. 268]. [1] . «Con sus palabricas.» Pl. s. número 2.

[p. 268]. [2] . «Han.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [3] . «Tan bien.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [4] . «Y a un.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [5] . «Arreglando.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [6] . «Y cuantas en ellas.» Pl. s. número 2.

[p. 268]. [7] . «Regia.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [8] . «Gente.» Pl. s. n° 2.

[p. 268]. [9] . «Troilos.» Pl. s. n° 2.

[p. 269]. [1] . «Lo mandan justiciar.» Pliego suelto n° 2.

[p. 269]. [2] . «Salían.» Timoneda, *Rosa de amores* y las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 269]. [3] . «Que», falta en la *Rosa* de Timoneda y en las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 269]. [4] . «A Ascanio.» Timoneda.

[p. 269]. [5] . «Si se le.» Timoneda.

[p. 269]. [6] . Sorprende que aquí en el Cancionero *de Rom.*, edición de 1550, la Reina es llamada Iseo en vez de Dido. En las ediciones posteriores de él, este verso dice:

«Pues mandais vos, reina Dido.»

y en la *Rosa* de Timoneda:

«Pues mandas, reina y señora.»

[p. 269]. [7] . «Yo diré cuál vide a Troya.» Timoneda.

[p. 269]. [8] . «Casandria.» *Cancionero de Romances*, 1550.

[p. 269]. [9] . «Elena que estaba viva.» Timoneda.

[p. 269]. [10] . «Eneas esto contando.» Tim.

[p. 269]. [11] . «Aparecía.» Timoneda.

[p. 270]. [1] . «Eché mano de su aljaba.» Timoneda.

[p. 270]. [2] . «Envía.» Timoneda.

[p. 270]. [3] . «El golpe le diera en vago.» Timoneda.

[p. 270]. [4] . «Síguele quien.» Timoneda.

[p. 270]. [5] . «Solos quedan aquel día.» Timoneda.

[p. 270]. [6] . «Fenecer sin alegría.» Tim.

[p. 270]. [7] . «De Fixa.» *Canc. de Rom.*, 1550.—«En tristes campos de Troya.» Timoneda.

[p. 270]. [8] . «Y hacerles compañía.» Tim.

[p. 270]. [9] . «A Hector.» Timoneda.

[p. 270]. [10] . «Con esfuerzo y valentía.» Timoneda.

[p. 270]. [11] . Éste, y los tres versos que le siguen, faltan en la *Rosa* de Tim.

[p. 270]. [12] . «Que la pérdida de Troya rescatar no se podía.» Tim.

[p. 270]. [13] . «Libré.» Tim.

[p. 270]. [14] . «Que de tu gran hermosura aquí do estoy fenecia.» Timoneda.

[p. 270]. [15] . «Salte d'esta.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*— Tim.

[p. 270]. [16] . «Deyphebo.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.* y Tim.—Durán enmienda: «a Siqueo».

[p. 270]. [17] . «Que.» Falta en la *Rosa* de Timoneda.

[p. 270]. [18] . «Ponia.» Tim.

[p. 270]. [19] . «Caia.» Tim.

[p. 270]. [20] . «Bajó de presto.» Tim.

[p. 270]. [21] . «Y mirando a.» Tim.

[p. 270]. [22] . «Abrazándose con ella.» Tim.

[p. 271]. [1] . «Torna.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.* y Tim.

[p. 271]. [2] . «Revolvia.» Tim.

[p. 271]. [3] . «Cuando la reina tornó ya el amor la convencia.» Timoneda.

[p. 271]. [4] . «Sin mirar.» Tim.

[p. 271]. [5] . «Cumpliste.» Tim.

[p. 271]. [6] . «Si así lo haces, Eneas.» Timoneda.

[p. 271]. [7] . Sobre el modo de que este romance y la tradición popular en general en España ha tratado la historia de Dido y Eneas, véase Ticknor, *Hist. de la lit. esp.*, traducción castellana, t. I, pág. 163.

[p. 272]. [1] . «Saber.» *Silva de Romances* y Timoneda.

[p. 272]. [2] . «Salmacia.» Silva.—«Salmacia era llamada.» Timoneda.

[p. 273]. [1] . «Vencida.» Timoneda.

[p. 273]. [2] . «Se.» Tim.

[p. 273]. [3] . «Le está, diciendo.» Tim.

[p. 273]. [4] . «Habla.» Tim.

[p. 273]. [5] . «Queda, señora.» Tim.

[p. 274]. [1] . La tabla del Canc. de Rom., s. a., dice: «Por mayo era, por mayo».

[p. 274]. [2] . Con este verso acaba el romance también en el Canc. de Rom., s. a., y en la Silva.

[p. 274]. [3] . «Yo os.» Canc. de Rom., s. a, y 1550.

[p. 275]. [1] . «Tierra.» Canc. gen.

[p. 275]. [2] . Romance mudado por otro viejo:

Rosa fresca, rosa fresca,  
por vos se puede decir

que nacistes con mas gracias  
que nadie pudo escrevir,  
porque vos sola nacistes  
para quitar el vivir:  
¡ay de mí, desventurado,  
que nascí para sufrir!  
Yo me vi en tiempo, señora,  
que os pudiera bien servir  
y agora que os serviria  
véome triste morir.

Canc. gen. de Constantina, fol. 63.—Canc. gen. de Castillo, ed. de Valencia, 1511, fol. 136.

[p. 275]. [3] . «Ahí.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—Silva.

[p. 275]. [4] . «Del.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—Silva.

[p. 275]. [5] . «Que él decia.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—Silva.

[p. 275]. [6] . «Que si hallo el agua clara.» Cancionero de Rom., s. a. y 1550.—Silva.

[p. 276]. [1] . Desde este verso hasta el que dice: «Rico se debe llamar», hizo una glosa Alonso de Armenta, que se halla en el pliego suelto intitulado: *Pregunta que fizo un caballero mancebo a Alonso de Armenta*, etc., s. l. ni a., y también en la *Segunda parte del Canc. gen.*, Zaragoza, Stevan G. de Nágera, 1552, en 12º —Allí el romance es llamado viejo.

[p. 276]. [2] . «La mayor pena.» *Glosa de Armenta*.

[p. 276]. [3] . «No queredes decir tal.» *Glosa de Armenta*.

[p. 276]. [4] . «Hecho tiene el ajuar.» *Glosa de Armenta*.

[p. 277]. [1] . Éste, y el verso que le antecede, faltan en el *Cancionero de Romances*, s.a.

[p. 277]. [2] . «Y así facen reyes tres.» *Cancionero de Rom.*, ed. de 1550 y ediciones posteriores.

[p. 277]. [3] . «Degollaste.» Tim. Rosa de amor.

[p. 277]. [4] . «Abridme.» Tim.

[p. 278]. [1] . «En un secreto la entró.» Timoneda.

[p. 278]. [2] . «Concedas.» Tim.

[p. 278]. [3] . «Y como venia.» Tim.

[p. 279]. [1] . «El.» Tim.

[p. 279]. [2] . Después de este verso inserta Timoneda los dos siguientes:

«Mas servida que contenta,  
aunque no lo osa mostrar.»

[p. 279]. [3] . «Solaz.» Tim.

[p. 279]. [4] . «Él.» Tim., Canc., Flor de enam., Silva.

[p. 279]. [5] . «Ha de.» Tim., Flor de enam.

[p. 279]. [6] . «Fué.» Timoneda, Flor. de enam., Silva.

[p. 279]. [7] . «Las lágrimas de sus ojos.» Timoneda.

[p. 279]. [8] . Este verso, y los tres siguientes, son el principio de un romance contrahecho que empieza también diciendo: «Mis arreos son las armas.», el cual cita Cervantes en el Quijote.—Este romance se halla en nuestra colección, tomado de la Silva, ed. de 1550, y del Cancionero de Romances.

[p. 280]. [1] . «Ni los mandeis vos matar.» Tim., *Flor de enam., Silva.*

[p. 280]. [2] . « Ni tampoco los cristianos cumple de los conquistar.» Tim., *Flor de enam., Silva.*

[p. 280]. [3] . «El cual es cierto mi esposo.» Timoneda.

[p. 280]. [4] . «En oír aquesto...» Tim.

[p. 280]. [5] . «Vido ha.» Tim.

[p. 280]. [6] . «Palabras.» Tim., *Flor de enamorados, Silva.*

[p. 280]. [7] . «Por.» Tim.



[p. 280]. [8] . «Los.» Tim.

[p. 280]. [9] . «Sus cabellos como el oro.» Tim.

[p. 280]. [10] . «No el.» Tim.

[p. 280]. [11] . «Os pudiese.» Tim.

[p. 281]. [1] . «Efectúes.» Tim.

[p. 281]. [2] . «Un punto dilatar.» Tim.

[p. 281]. [3] . En el texto de Timoneda están aquí intercalados los dos versos siguientes:

«De la linda Moriana  
con seguridad mostrar.»

[p. 281]. [4] . «Mirando el castillo fuerte.» Timoneda.

[p. 281]. [5] . «Con.» Tim.

[p. 281]. [6] . «No dolerte mi penar.» Tim.

[p. 281]. [7] . «Pues de aquel.» Tim.

[p. 281]. [8] . «Hablando contigo.» Tim.

[p. 281]. [9] . Con este verso acaba el texto de Timoneda.

[p. 282]. [1] . El Sr. Durán ha colocado este romance con los de Moriana, mudando el nombre de Julianesa en el de Moriana.

[p. 282]. [2] . Así ha intitulado el Sr. Durán este fragmento de un romance viejo que en la Silva y el Canc. de Rom. lleva el epígrafe «Otro romance», y cuyos cuatro primeros versos se hallan también entre los del que dice: «Moriana en un castillo», los cuales cita Cervantes en el Quijote.

[p. 283]. [1] . «En mi» dicen las ediciones posteriores del Canc. de Rom.

[p. 283]. [2] . «En.» Silva.

[p. 283]. [3] . «De.» Silva.

[p. 284]. [1] . «Presos siete moros traia.» Enmienda del Sr. Durán en su *Romancero general*, tomo I, página 2

[p. 285]. [1] . «En el suelo le derriba, y a los primeros encuentros apeárase del caballo.» Enmienda del Sr. Durán.

[p. 285]. [2] . «Metióse luego.» Durán.

[p. 287]. [1] . En la *Rosa de amores*, de Timoneda, lleva este romance la siguiente introducción:

«Preguntando está Florida  
a su esposo placentera  
en un vergel asentada  
junto a una verde ribera:  
—Dígame tú, esposo amado,  
¿de dónde eres? ¿de qué tierra?  
¿y adónde te capturaron?  
¿libertad quién te la diera?  
—Yo os lo diré, dulce esposa,  
estad atenta siquiera.»

[p. 287]. [2] . «Mi padre es cierto.» Tim.

[p. 287]. [3] . «A Velez de la Gomera.» *Cancionero de Rom.*, 1550, y Timoneda.

[p. 287]. [4] . «En la moneda.» *Canc. de Romances*, s. a. y 1550.—«En el almoneda.» Tim.

[p. 287]. [5] . «Que por mí una blanca diera.» Tim.

[p. 287]. [6] . «Que cien doblas ofreciera.» Timoneda.

[p. 287]. [7] . «Majaba.» Tim.

[p. 287]. [8] . «Molia.» Tim.

[p. 287]. [9] . «Y echóme freno.» *Silva*.— «Echóme un freno.» Tim.

[p. 287]. [10] . Éste, y el verso que le antecede, faltan en la *Rosa*, de Tim.

[p. 288]. [1] . «Echábame.» *Silva* y Tim.

[p. 288]. [2] . «Mil regalos me hiciera,

espulgábame, y limpiaba  
mejor que yo mereciera.»  
Timoneda.

[p. 288]. [3] . «Otro mayor me of reciera.» Timoneda.

[p. 288]. [4] . Desde este verso es todo otro en la Rosa de Timoneda donde dice:

«Diérame casi cien doblas,  
en libertad me pusiera,  
por temor que el moro perro  
quizá la muerte nos diera.  
Así plugo al Rey del cielo  
de quien mercedes se espera  
que me ha vuelto en vuestros brazos  
como de primero era.»

[p. 288]. [5] . Sobre el mismo asunto hay un romance portugués, más cabal, pero mucho más moderno, que con el título de «O captivo» ha inserto el Sr. Almeida Garrett en su *Romanceiro*, tomo III, pág. 77.

[p. 288]. [6] . «Moraina.» Silva.

[p. 288]. [7] . «Morica.» Silva.

[p. 288]. [8] . «Moro Mazote.» Canc. gen.

[p. 288]. [9] . «Viene.» Canc. gen.

[p. 288]. [10] . «Alcaide.» Canc. gen.

[p. 289]. [1] . «Adarve.» *Canc. de Rom.*, 1550.

[p. 289]. [2] . «Ureña.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

[p. 289]. [3] . El asunto de este romance es del todo tradicional, y está quizá fundado en el cantar de gesta francés de Ogier le Danois, quien supo con semejante estratagema engañar al Emperador Carlomagno en el cerco de Castelfort, sitiado también por siete años. Véase *La chevalerie Ogier de Danemarque*, par Raimbert de París (París, 1842, tomo II, pág. 339 y sig.).

[p. 290]. [1] . Sobre este caballero véase la nota al romance fronterizo que dice: «Cuál será aquel caballero»; y sobre las varias versiones de la tradición a que se refiere este romance, véase al *Taschenbuch deutscher Romanzen*, por Fr. G. V. Schmidt (Berlín, 1827, en 8º, págs. 376 a 382) y

Garci Sánchez de Badajoz dice de nuestro héroe con referencia a su hazaña de los leones, en su obra llamada «Infierno de amor» (en el Canc. gen., ed. de 1557, fols. 167 y 168):

«Y ví más, a don Manuel  
de León, armado en blanco,  
y el Amor la historia dél,  
de muy esforzado, franco,  
pintado con un pincel.  
Entre las cuales pinturas  
vide las siete figuras  
de los moros que mató,  
los leones que domó,  
y otras dos mil aventuras  
que de vencido venció.»

[p. 290]. [2] . «Oyólo.» Tim., Rosa gentil.

[p. 291]. [1] . «El guante le diera.» Tim.

[p. 291]. [2] . «Do dijo.» Tim.

[p. 291]. [3] . «Vos sois.» Tim.

[p. 291]. [4] . «Y si servido sereis.» Tim.

[p. 291]. [5] . «Efectuado.» Tim.

[p. 291]. [6] . «Aquel.» Tim.

[p. 293]. [1] . En la nota dice: «Este romance aun se conserva y pasa de boca en boca en Andalucía y tierra de Ronda.» Claro está que este romance tradicional tiene rasgos del cuento de Perrault *Le chat botté*.

[p. 293]. [2] . En la *Rosa de amores* de Timoneda se intitula este romance «De Albertos».

El erudito Sr. Edélestand Du Meril ha publicado en su excelente obra intitulada *Histoire de la poésie scandinave. Prolegomènes* (París, 1839, págs. 466 y 467), una traducción francesa (en prosa) de este romance, y alegado los cantos populares, tratando del mismo asunto, de los suecos, daneses y escoceses.

[p. 294]. [1] . «Es señora.» Timoneda (*sic*: lo que es equivocación; debió decir «señor»).

[p. 294]. [2] . «Cáyale.» Tim.

[p. 294]. [3] . «Que le pase.» Tim.

[p. 294]. [4] . «Abajara abrir.» Tim.

[p. 294]. [5] . Después de este verso lleva Timoneda intercalados los dos versos siguientes:

«Albertos, como la vido,  
dijole con gran rigor»:

[p. 294]. [6] . «Perdistes alguna joya.» Tim.

[p. 294]. [7] . «Y mejor.» Tim.

[p. 294]. [8] . Se echa de ver que este romance debe ser fragmento de alguno más completo; y en efecto, existe todavía una versión más cabal en portugués, la cual, con el título «Justiça de Deus», inserta el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 285.

[p. 295]. [1] . Este verso, y los tres que le siguen, se hallan también en el romance del Conde Claros, que dice:

«Media noche era por hilo».

[p. 295]. [2] . Sic, falta la asonancia.

[p. 295]. [3] . El texto lleva por equivocación «dice.»

[p. 295]. [4] . En otro pliego suelto, que lleva va por título «Aquí comiençan cinco romances, con una glosa... de Aliarda», el texto de nuestro romance, entresacado de aquella glosa, dice así:

«Ya se salia Aliarda  
de los baños de bañar:  
le vi sacar su rostro  
como la leche y la sangre.  
Topara al conde Florencios,  
y comenzó de hablar:  
—¡Aliarda, Aliarda!  
¡Oh quién contigo holgase,  
y otro día en la mañana  
con dos mil moros lidiar!  
Si a todos no los venciese  
me mandeis luego matar.

—De holgar, conde, conmigo,  
bien podrías tú holgar;  
mas eres muchacho y niño,  
irte has luego alabar.—

.....  
Y otro día en la mañana  
a las cortes se fué a alabar.»

[p. 296]. [1] . «Aliarda.» Timoneda, *Rosa de amores*.

[p. 296]. [2] . «Oídolo había su hermano,  
un hermano carnal de ella.  
Dijéronle allí:—Florencios,  
bien es casarte con ella.»  
Tim., *Rosa de amores*.

[p. 296]. [3] . «Prontamente.» Tim.

[p. 296]. [4] . «Aquel.» Tim.

[p. 296]. [5] . «Aliarda.» Tim.

[p. 296]. [6] . «En saber esto Aliarda.» Tim.

[p. 296]. [7] . Después de este verso, Timoneda ha intercalado los dos siguientes:

«envióles a decir  
en breve de esta manera»:

[p. 296]. [8] . «De hacer.» Tim.

[p. 296]. [9] . «Que lo que él.» Tim.

[p. 296]. [10] . «Habian.» Tim.

[p. 296]. [11] . Hay rasgos parecidos a estos dos romances en el lindo portugués que ha publicado el Sr. Almeida-Garret en su *Romanceiro*, t. III, pág. 15, con el título de «Albaninha».

[p. 297]. [1] . «Pequeña.» Silva.

[p. 297]. [2] . «El» falta en la Silva.

[p. 298]. [1] . El Sr. Durán, cuyo texto hemos copiado, anota a este romance:

«Este romance se ha corregido por la glosa que de él hizo Quesada, y se publicó en un pliego suelto. Es el verdadero romance viejo, y tan célebre, que dió motivo a mil glosas e imitaciones.»

[p. 298]. [2] . El romance catalán que lleva por título «La dama de Aragón» (en la obra citada del Sr. Milá y Fontanals, pág. 140), es casi una versión de este romance, que se ha entresacado de la glosa citada.

[p. 299]. [1] . «Hablábame desde lejos.» Cancionero de obras de burlas.

[p. 299]. [2] . «Ven acá tú.» Canc. de obras de burlas.

[p. 299]. [3] . Éste, y los tres versos que le siguen, faltan en el Canc. de obras de burlas.

[p. 300]. [1] . «Hender.» *Cancionero de obras de burlas*; y aquí los dos últimos versos van antepuestos al que dice: «el cuello, etc.».

[p. 300]. [2] . «Con la lanza enerbolada.» Pliego s. nº 2.

[p. 301]. [1] . «Vaselo a ver doña Iseo.» Pliego s. núm. 2.

[p. 301]. [2] . «Manto.» Pl. s. nº 2.

[p. 301]. [3] . Éste, y el verso que le antecede, faltan en los pliegos sueltos núms. 1 y 2.

[p. 301]. [4] . «Oviese.» Pliegos sueltos números 1 y 2.

[p. 301]. [5] . «Boca con boca.» Pliegos sueltos núms. 1 y 2.

[p. 301]. [6] . «Del.» Pliegos sueltos números 1 y 2.

[p. 301]. [7] . «Hace.» Pliegos sueltos números 1 y 2.

[p. 301]. [8] . Los dos últimos versos faltan en el pliego suelto nº 2.

[p. 303]. [1] . «Berlandino.» Silva.

[p. 303]. [2] . «Han» falta en la Silva.

[p. 303]. [3] . «Falló.» Silva.

[p. 303]. [4] . La Silva y todas las ed. del Canc. de Rom. dicen «lejos».

[p. 304]. [1] . «Al.» Silva.

[p. 304]. [2] . «De» falta en la Silva.

[p. 305]. [1] . Con este verso concluye el romance en el *Canc. de Rom.*, s . a.

[p. 305]. [2] . En todas las ed. del *Canc. de Rom.*, este verso está impreso así: «No hallara la montina».  
—Hemos, pues, suplido lo necesario para reintegrar la frase.

[p. 305]. [3] . «Me» en las ed. post. del *Canc. de Rom.*

[p. 305]. [4] . «Me» en las ed. post. del *Canc. de Rom.*

[p. 305]. [5] . La más antigua versión de este romance, muy viejo y muy popular, aunque probablemente de origen francés, es la que se ha conservado en la boca del pueblo en Portugal, y la cual lleva publicada el Sr. Almeida-Garrett en su excelente *Romanceiro* (Lisboa, 1851, tomo II, págs. 21-24); por eso, y por ser muy linda esta versión, la reimprimimos aquí:

## O CAÇADOR

O caçador foi a caça,  
a caça, como sohia;  
os caes ja leva caçados,  
o falcao perdido havia  
Andando se lhe fez noite  
por ua mata sombria,  
arrimou-se a uma azinheira,  
a mais alta que alli via.  
Foi a levantar os olhos,  
viu coisa de maravilha:  
no mais alto da ramada  
uma donzella tan linda!  
Dos cabellos da cabeça  
a mesma arvore vestia,  
da luz dos olhos tam viva  
todo o bosque se allumia.  
Alli fallou a donzella,  
ja vereis o que dizia:  
—Nao te assustes, cavalleiro,  
nao tenhas tam manha frima.  
Sou filha de um rei c´roado,  
de uma benditta rainha.



Sette fadas me fadaran,  
nos braços de mi' madrinha,  
que estivesse aqui sette annos,  
sette annos e mais um dia:  
hoje se acabam n'os annos,  
ámanhan se conta o dia.  
Leva-me, por Deus t'o peço,  
leva em tua companhia  
—Espera-me aqui, donzella,  
té ámanhan, que e o dia:  
que eu vou a tomar conselho,  
conselho com minha tia.—  
Responde agora a donzella,  
que bem que lhe respondia!  
—Oh, mal haja o cavalleiro  
que nao teve cortezia:  
deixa a menina no souto  
sem lhe fazer companhia!—  
Ella ficou no seu ramo  
elle foi-se a ter co'a tia...  
Ja voltava o caballeiro  
apenas que rompe o dia;  
corre por toda essa mata  
a enzinha nao descubria.  
Vai correndo e vai chamando,  
donzella nao respondia;  
deitou os olhos ao longe,  
viu tanta cavalleria,  
de senhores e fidalgos  
muito grande tropelia.  
Levavam n'a linda infanta  
que era ja contado o dia.  
O triste do cavalleiro  
por morto no chao cahia:  
mas ja tornava aos sentidos  
e a mao a espada mettia:  
—Oh, quem perdeu o que eu perco  
grande penar merecia!  
Justiça faço em mim mesmo  
e aqui me acabo co'a vida.

[p. 306]. [1] . «Está» Canc. y Flor de enamorados.

[p. 306]. [2] . «Son de una holanda muy fina.» Flor de enam.

[p. 306]. [3] . «Pone.» Flor de enam.

[p. 306]. [4] . «Tiene.» Flor de enam.

[p. 306]. [5] . «Querida.» Flor de enam.

[p. 307]. [1] . «Contádesme, Espínelo, contádesme vuestra vida.» Flor de enam.

[p. 307]. [2] .«Hecho tenia.» Flor de enam.

[p. 307]. [3] . «La.» Flor de enam.

[p. 307]. [4] . «Su.» Flor de enam.

[p. 307]. [5] . «Que sabia de.» Flor de enamorados.

[p. 307]. [6] . «Que mas segura seria,  
y pongas tambien en ella  
mucho oro y joyería.»  
Flor de enam.

[p. 307]. [7] . «Con la sabor que habia.» Flor de enam.

[p. 307]. [8] . «No tiene hijo.» Flor de enamorados.

[p. 308]. [1] . «Romance del infante Arnaldos.» Pl. s.

[p. 308]. [2] . «Infante.» Pl. s.

[p. 308]. [3] . «Andando a buscar la caza

para su halcón cebar.» Pl. s.

[p. 308]. [4] . «Que venia en alta mar.» Pl. s.

[p. 308]. [5] . «Las áncoras tiene de oro,  
y las velas de un cendal.»  
Pl. s.

[p. 308]. [6] . «Guia.» Pl. s.

[p. 308]. [7] . «Va diciendo este cantar.» Pl. s.

[p. 308]. [8] . Éste, y los cinco versos que le siguen, faltan en el pliego suelto.

[p. 308]. [9] . Hemos conservado esta forma notable del Canc. de rom. s. a. «nel», anteponiendo solamente el apóstrofo; en la ed. de 1550 hay «en el», y en las posteriores «al».

[p. 308]. [10] . Después de este verso, la ed. de 1550 y las posteriores del Canc. de Rom. llevan intercalados los siguientes:

—Galera, la mi galera  
Dios te me guarde de mal,  
de los peligros del mundo  
sobre aguas de la mar,  
de los llanos de Almería,  
del estrecho de Gibraltar,  
y del golfo de Venecia,  
y de los bancos de Flandes,  
y del golfo de Leon,  
donde suelen peligrar.—

También el pliego suelto ha interpuesto este pasaje, pero de modo algún tanto diferente, y acaba el romance con él, diciendo así:

—Galera, la mi galera,  
Dios te me guarde del mal,  
de los peligros del mundo,  
de fortunas de la mar,  
de los golfos de Leon,  
y estrecho de Gibraltar,  
de las fustas de los moros  
que andaban a saltar.

[p. 308]. [11] . El Sr. Delius ha publicado en el Archiv für das Studium der neueren Sprachen, herausgegeben von Herrig (tomo XII, pág. 235), otra versión de este romance, sacada de un manuscrito, según dice, del «British Museum» (Ms. Add. 10341). El texto de este manuscrito parece ser muy corrupto; pero, por no haberse podido hallar, a nuestra demanda, el citado manuscrito en el «British Museum» lo reimprimimos aquí según la lección del señor Delius, corrigiendo tan sólo los yerros palpables y transcribiéndolo conforme a nuestro sistema de ortografía y prosodia.

¡Quién tuviese tal ventura  
con sus amores folgar,  
como el infante Arnaldos  
la mañana de San Juan!  
Andando a matar lagartos  
por riberas de la mar,

vido venir un navío  
navigando por la mar,  
marinero que dentro viene,  
diciendo viene este cantar:  
—Galera, la mi galera,  
Dios te me guarde de mal,  
de los peligros del mundo,  
de las ondas de la mar,  
y del golfo de Leon,  
del puerto de Gibraltar,  
de los castillos de moros  
que combaten con la mar.—  
—Si saliredes, mi madre,  
si saliredes de mirar:  
y veredes como canta  
la sirena de la mar.  
—Que non era la sirena,  
la sirena de la mar,  
que non era sino Arnaldos,  
Arnaldos era el infante,  
que por mí muere de amores,  
que le queria frustrar. \*  
¡Quién le pudiese valer,  
que tal pena no pagase!

\* El texto dice «fruare»; el señor Delius lee «firmare».

[p. 311]. [1] . Claro está que Reinosa, caso que sea el autor de esta trova, ha tomado por base el asunto del romance antecedente, amalgamándolo con el del romance que dice «A cazar va el caballero», y poniéndole un final de su cosecha. De este tradición, sin género de duda de origen francés, hay una versión portuguesa conservada en el lindo romance que con el título de «A infeitiçada» ha inserto el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro* (tomo II, pág. 32). La versión portuguesa contiene algunos rasgos notables que ya faltan en la castellana; por ejemplo, cuando la niña dice:

«Que, antes que me baptissassem  
me deram feitiçaria:  
sette bruxas me imbruxaram  
antes que eu fosse a pia:  
o homem que a mim se chegasse,  
malato se tornaria.»

Y en el desealace, reconociendo e caballero a la niña por su hermana

Cuidei de levar amante

levo uma irman minha...

Con que se asemeja esta tradición a la del romance asturiano de don Bueso publicado según la tradición oral por el Sr. Durán (1. c. Tomo I, pág. LXV).

[p. 312]. [1] . «Do muero con.» Timoneda.

[p. 312]. [2] . Es más bien este romance un fragmento, con algunas adiciones, conservando todavía versos enteros de aquel romance viejo que empiezo: «Asentado está Gaiferos», desde el verso que en él dice:

Caballero si a Francia ides,  
por Gaiferos preguntad.

[p. 312]. [3] . Éste, y los dos versos que le siguen, están tomados del romance de Valdovinos que dice: «Nuño vero, Nuño vero», como en general este romance parece ser más bien una trova moderna de aquel viejo romance.

[p. 313]. [1] . El Sr. Durán ha puesto a este romance la siguiente nota (en su *Romancero* general, I, pág. 175):

«Aún se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada a las circunstancias de la guerra de sucesión en tiempo de Felipe V, el cual dice así:

Oiga, oiga, buen soldado,  
si sois lo que pareceis,  
¿a mi marido habeis visto  
por la guerra alguna vez?  
—No lo sé, señora mia,  
dadme algunas señas dél.  
—Mi marido es gentil hombre,  
gentil hombre y muy cortés;  
monta un potro pelicano  
más lijero que uno inglés,  
y en el arzon de la silla  
lleva las armas del rey,  
con la su espada ceñida  
con cinturón de morles.  
—Ese hombre que decis  
habrá ya que murió un mes,  
y manda en el testamento  
que conmigo vos caseis.  
—No permita Dios del cielo,  
ni mi madre santa Ines,  
que fembra de mi linaje

se case más de una vez:  
de tres hijas que me deja  
la primera casaré,  
la mediana será monja,  
la tercera guardaré,  
que me cuide y me acompañe,  
que me guise de comer  
y me lleve de la mano  
en casa del coronel.

—No vos acuiteis, señora,  
señora, no os acuiteis,  
miradme, miradme el rostro  
por ver si me conoceis.

—Vos sois Mambrú, dulce esposo,  
vos sois mi dueño y querer,  
vos sois...—Cayó desmayada  
en los brazos de su bien  
la dama desfallecida  
con tanto gusto y placer.

Después que hubo vuelto en sí,  
fueronse juntos al rey,  
que los recibió en sus brazos  
al ir a echarse a sus pies.

Este es el Mambrú, señores,  
que se canta del revés,  
y una gitana lo canta  
en la plaza de Aranjuez.

La versión más antigua parece estar conservada en el romance portugués que ha publicado el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, t. II, «Romances cavalharescos antigos» (Lisboa, 1851, p. 7 Sig), bajo el título de «La bella infanta», que dice:

Estava a bella infanta  
no seu jardim assentada, etc.

Hay también dos romances catalanes muy semejantes a éste, es a saber: los intitulados de «Blancaflor» y de «La vuelta del peregrino» en la colección del Sr. D. Manuel Milá y Fontanals (*Observaciones sobre la poesía popular, etc.* Barcelona. 1853, págs. 110 y 111).

[p. 314]. [1] . En la *Rosa de amores*, de Timoneda, lleva el título de «Romance de doña Beatriz».

[p. 314]. [2] . «Se hacen.» Tim.

[p. 314]. [3] . «Tal.» Tim.

[p. 314]. [4] . «Mas también.» Tim.

[p. 314]. [5] . «Ese.» Tim.

[p. 314]. [6] . «Mirades.» Tim.

[p. 314]. [7] . «Que ver no la merecí, la cual me mata de amores, y a ser vuestro me rendí.»  
Timoneda.

[p. 314]. [8] . «Y no nos podrá seguir.» Timoneda.

[p. 315]. [1] . Sic. Las ediciones posteriores del Canc. de Rom enmiendan este

«Mi madre y yo pan vendí.»

[p. 315]. [2] . De este romance llevan los pliegos sueltos diferentes versiones, o más bien fragmentos de tales, con o en glosas, como el publicado por los señores Böhl de Faber, I, número 144, y Durán, núm. 306, y otro casi idéntico con aquél, que publicamos aquí tomado también de un pliego suelto del siglo XVI, que lleva por título: «Síguese un romance que dice: Tiempo es el cavallero, glosado nuevamente etc.,» y dice así:

—Tiempo es, el caballero,  
tiempo es de andar de aqui,  
que me crece la barriga,  
y se me acorta el vestir.  
Vergüenza he de mis doncellas,  
las que me dan el vestir,  
míranse unas a otras,  
y no hacen sino reir.  
Sí teneis algun castillo  
donde nos podamos ir.  
—Paridlo vos, mi señora,  
que así hizo mi madre a mí,  
hijo soy de un labrador  
que de cavar es su vivir.  
—¡Maldita sea yo princesa  
a la hora en que nací!  
¡Antes reventases, vientre,  
que de tal hombre parir!  
—Calleis, infanta, calleis,  
no vos querais maldecir,  
que hijo soy del rey de Francia  
y de la reina emperatriz,  
villas y castillos tengo

donde vos pueda encobrir.

[p. 315]. [3] . «Un» falta en la Silva.

[p. 315]. [4] . «Seais.» Silva.

[p. 316]. [1] . En la edición de 1550 y las posteriores del *Canc. de Rom.* se añaden los versos siguientes:

Subiérase la infanta  
a lo alto de una torre;  
si bien labraba la seda,  
mejor labraba el retros;\*  
vido venir a Galvan  
telas de su corazón.  
Ellas en aquesto estando  
el parto le \* tomó.  
—¡Ay por Dios! ¡ay mi señor!  
alleguéis a esa torre,  
recogedme este mochacho  
en cabo de vuestro manto:  
dédesmelo a criar  
a la madre que os parió.

\* Las ed. post. dicen «el oro.»

\* «Que le.» Ed. post.

[p. 319]. [1] . El Sr. Durán pone a este romance la nota que sigue (l. c. I, p. 177):

«Con algunas variantes se conserva e imprime este romance, y es uno de los vulgares que venden los ciegos. Todavía en Andalucía con el nombre de «Corrio» o «Corrido» o «Carrerilla», que así llama la gente del campo a los romances que conserva por tradición, se recita o cuenta el siguiente, que trata también de Gerineldo:

#### CARRERILLA DE GERINELDO

¿Dónde vienes, Gerineldo  
tan triste y tan afligido?  
—Vengo del jardín, señora,  
de coger flores y lirios.  
Gerineldo, Gerineldo,  
mi camarero es Pulío,  
el que te pondrá esta noch



tres horas a mi servicio.  
—Como soy vuestro criado,  
señora, os burláis conmigo.  
—No me burlo, Gerineldo,  
que de veras te lo digo:  
a la una de la noche  
has de venir al castillo,  
con zapatitos de seda  
para que no seas sentido.—  
Esto le dijo la infanta  
y al punto se ha despedido,  
diciéndole Gerineldo:  
—Señora, será cumplido.

Hállase también una versión portuguesa de este romance, publicada por primera vez por el Sr. Almeida- Garrett en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 158. En ella el héroe lleva el nombre de Reginaldo, pero en algunas versiones también el de Egineldo, Generaldo o Girinaldo o atrevido. —La versión portuguesa coincide en lo esencial con la primera castellana, que es la más antigua; las adiciones de la portuguesa (como el llanto de la madre de Gerineldo, y el cantar de éste en su prisión) son más bien interpolaciones, de las cuales carece todavía la lección de Alemtejo, y por eso es la más castiza.

[p. 320]. [1] . Aquí acaba el epígrafe en la *Rosa gentil*, de Timoneda.—En la *Silva* le antecede el siguiente título general: Síguense los romances que tratan de historias españolas, y este primero es de cómo, ect,» Por ser el asunto del todo fabuloso, hemos colocado aquí este romance.

[p. 320]. [2] . «No mirando lo que hacia,  
y que hacia traición  
a su gran genealogía.»  
Tim., *Rosa gentil*.

[p. 320]. [3] . «El emperador turbado.» Timonesda.

[p. 320]. [4] . «Cual a mi honra convenía.» Timoneda.

[p. 320]. [5] . «Metia.» Tim.

[p. 320]. [6] . «Cual.» Tim.

[p. 321]. [1] . «Dentro del.» Tim.

[p. 321]. [2] . «Adonde ella residia.» Tim.

[p. 321]. [3] . «Hablar con ella primero.» Tim.

[p. 321]. [4] . «Aquesto.» Tim.

[p. 321]. [5] . «Y entrará.» Tim.

[p. 321]. [6] . «Ennoblecida.» Tim.

[p. 321]. [7] . «Estando allá.» Tim.

[p. 321]. [8] . «Con descanso.» Tim.

[p. 321]. [9] . «Sacra.» Tim.

[p. 321]. [10] . «Por eso me partí presto.» Timoneda.

[p. 321]. [11] . «De contenta.» Tim.

[p. 322]. [1] . «Su escudero con él.» Tim.

[p. 322]. [2] . «Tambien armado salia.» Timoneda.

[p. 322]. [3] . «Con la furia.» Tim.

[p. 322]. [4] . «Dió el compañero a huir  
cuanto el caballo podia,  
y quedóse el conde solo.»  
Timoneda.

[p. 322]. [5] . «Y rebeldía.» Tim.

[p. 322]. [6] . «Toma.» Tim.

[p. 322]. [7] . «Que de encima del caballo» Timoneda.

[p. 322]. [8] . «Tenia.» Tim.

[p. 322]. [9] . «Y cortóle la cabeza  
privándole de la vida.» Tim.

[p. 322]. [10] . «El segundo.» Tim.

[p. 322]. [11] . «En el caballero extraño.» Timoneda.

[p. 322]. [12] . «Muy gran temor concebía.» Timoneda.

[p. 323]. [1] . «Para yo darte la vida.» Timoneda.

[p. 323]. [2] . «Pídela.» Tim.

[p. 323]. [3] . «Que es el que darla podía.» Timoneda.

[p. 323]. [4] . «Con muy sobrada.» Tim.

[p. 323]. [5] . «Le responda si sabia.» Tim.

[p. 323]. [6] . «Aquel.» Tim.

[p. 323]. [7] . «Que defendido la habia.» Timoneda.

[p. 323]. [8] . «De no decir quién es él.» Timoneda.

[p. 323]. [9] . «Sino es al tercero dia.» Tim.

[p. 323]. [10] . «Como aquel era el buen conde—de Barcelona la rica.» Tim.

[p. 323]. [11] . «La emperatriz muy contenta,—emperador lo quería.» Tim.

[p. 323]. [12] . «Luego empezaron su via.» Timoneda.

[p. 323]. [13] . «Aparato grande.» Tim.

[p. 324]. [1] . «Noble.» Tim.

[p. 324]. [2] . «Para quien comer querria,  
bastecidas de viandas  
que nada no fallecia.» Tim.

[p. 324]. [3] . «La reina y su compañía.» Timoneda.

[p. 324]. [4] . Véase sobre el origen y la propagación de esta tradición calleresca Fern. Wolf, *Ueber die Lais*, pág. 217, nota 60. Hay otra versión castellana en el romance que dice: «En la ciudad de Toledo», con el epígrafe «Romance de la duquesa de Lorayna, sacado de la historia del rey Don

Rodrigo, que perdió a España (en la *Silva*, ed. de 1550, tomo I, fol. XL, en el *Canc. de Rom.*, s. a., fol. 122, y también en el *Romancero* de Sepúlveda), el cual, aunque fundado en una versión más antigua de aquella tradición, está, en verdad, ya «sacado de la fabulosa Crónica de rey Don Rodrigo» (Parte I, c. 37), y es no más que prosa rimada, obra probablemente del mismo Sepúlveda; por eso lo hemos excluído de nuestra colección. La tradición de que tratamos tiene rasgos comunes con la del conde Claros en el romance que dice: «A caza va el Emperador».

[p. 324]. [5] . Los pliegos sueltos que llevan este romance, dicen: «hecho por Pedro de Riaño».

[p. 325]. [1] . «Y yo.» *Canc. de Rom.*, s. a., y 1550. *Flor*.

[p. 325]. [2] . «Si la condesa es burlada.» Pliego suelto .

[p. 325]. [3] . «Si la condesa es burlada,  
dél es la culpa, y no mia.» *Flor*.

[p. 325]. [4] . «Tornando.» *Silva*.

[p. 325]. [5] . «Sabia.» *Canc. de Rom.* s . a. y *Silva*. Esta lección, como la más antigua, sería de conservar y de interpretar: «que nadie sabia que el conde le prometió la fe»

[p. 326]. [1] . «Por la merced que me hacia.» *Silva*.

[p. 326]. [2] . « Sentóse.» *Silva*.—«Luego se asentó a comer.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*.—«Asentóse a comer.» *Flor*.

[p. 326]. [3] . «Comenzó.» *Silva* y *Flor*.

[p. 326]. [4] . «Una nueva os traigo conde,  
que de ella no me placia,  
por la cual estoy quejoso.»  
*Silva*.  
«Sabed que estoy muy quejoso.»  
*Flor*.

[p. 326]. [5] . Después de este verso intercala la *Floresta* los dos siguientes:

«Que no lo he demandado,  
ni se lo demandaria.»

[p. 327]. [1] . «Pues que muera.» *Flor*.—«Que muera pues.» Pl. s.

[p. 327]. [2] . «Que me escriba.» *Flor* y Pliego suelto.

[p. 327]. [3] . «No lo.» Silva.

[p. 328]. [1] . «Condesa.» Silva.

[p. 328]. [2] . «Presto.» Silva.

[p. 328]. [3] . «Corria.» Flor. Pl. s.

[p. 328]. [4] . «Mirábalo.» Flor. Pl. s.

[p. 328]. [5] . «Mirais.» Pl. s.—«Cuando lo entendais.» Flor.

[p. 328]. [6] . «A quien no debia.» Flor. «A quien bien servia.— Pl. s

[p. 328]. [7] . «Y que se os quite la vida.» Flor.

[p. 329]. [1] . «Niño.» Flor.—«Chiquito.» Pliego suelto.

[p. 329]. [2] . «Pido.» Silva y las ed. post. del Canc. de Rom.—«Sino que me perdoneis.» Flor.

[p. 329]. [3] . «Se viene.» Flor. y Pl. s.—«Llegaba.» Las ed. post. del Canc.

[p. 329]. [4] . «Socorred, mis caballeros.» Flor. y Pl. s.

[p. 330]. [1] . De este romance tan célebre hay versiones en las lenguas catalana y portuguesa, y, lo que es bien de notar, siempre con la misma asonancia (en *i-a*). La catalana de «El conde Floris», se halla en la obra citada del Sr. Milá y Fontanals (págs. 118 y 119). La portuguesa, que dicen también del conde Alarcos, pero en los distritos menos próximos al contacto castellano «do conde Yanno», va impresa con este título en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garrett (tomo II, págs. 44 y siguientes), y es tan linda, tan sencilla y verdaderamente popular, que creemos servir bien a los aficionados reimprimiendo aquí entero este romance portugués del

### CONDE YANNO

Chorava a infanta Solisa,  
chorava e razao havia,  
vivendo tam descontente:  
seu pae por casar a tinha.  
Acordou elrei da cama  
com o pranto que fazia:  
—Que tens tu, querida infanta,  
que tens tu, o filha mia?

—Senhor páe, o que heide eu ter  
se nao que me pésa a vida?

De tres irmans que nós eramos,  
solteira eu só ficaria.

—Que queres tu que te eu faça?

Mas a culpa nao e minha.

Ca vieram embaixadas  
De Guitaina e Normandia;  
nem ouvi-las nao quizeste,  
nem fazer-lhes cortezia...

Na minha côrte nao vejo  
marido que te daria...

Só se fosse o conde Yanno,  
e esse ja mulher havia.

—Ai! ricco pae da minha alma,  
pois esse e que eu queria.

Se elle tem mulher e filhos,  
a mim muito mais devia,  
que me nao soube guardar  
a fé que me promettia.—

Manda elrei charmar o conde,  
sem saber o que faria:

que lhe viesse fallar...  
em saber que lhe diria.

—Inda agora vim do paço,  
ja elrei lá me queria!

Ai! será para meu bem?

Ai! para meu mal seria?—

Conde Yanno que chegava,  
elrei que a buscar o vinha:

—Beijo a mao a vossa Alteza;  
que quer vossa senhoria?—

Responde-lhe agora o rei  
con grande merencoria:

—Beijae, que mercè vos faço:  
casareis com minha filha.—

Cuidou de cahir por morto  
o conde que tal ouvia:

—Senhor rei, que sou casado  
ja passa mais de anno e dia!

—Mattareis vossa mulher,  
casareis con minha filha.

—Senhor, como hei de mattá-la  
se a morte me nao mer'cia?

—Callae-vos, conde, callae-vos,  
nao vos quera demazia:

filhas de reis não se inganham  
como uma mulher captiva.

—Senhor que é muita razão,  
mais razão que ser devia,  
para me matar a mim]  
que tanto vos offendia,  
mas matar uma inocente  
com tamanha alevozia!  
N'esta vida nem na outra  
Deus m'o não perdoaria.

—A condessa hade morrer  
pelo mal que ca fazia.  
Quero ver sua cabeça  
n'esta doirada bacia.  
Foi-se embora o conde Yanno,  
muito triste que elle ia.  
Adeante um pagem d'elrei  
levava a negra bacia.

O pagem ia de lutto,  
de lutto o conde vestia:  
mais dó levava no peito  
c'os apertos da agonia.  
A condessa, que o esperava,  
de muito longe que o via,  
com o filhinho nos braços  
para abraçá-lo corria.

—Bem vindo sejas, meu conde,  
bem vinda ninha alegria!—  
Elle sem dizer palavra  
pelas escadas subia.  
Mandou fechar seu palacio,  
coisa que nunca fazia;  
mandou logo pôr a cea  
como quem lhe appetecia.  
Sentaram-se ambos a mesa,  
nem um nem outro comia;  
as lagrymas era um rio  
que pela mesa corria.  
Foi a beijar o filhinho  
que a mãe aos peitos trazia,  
largou o seio o inocente,  
como um anjo lhe surria.  
Quando tal viu a condessa,  
o coração lhe partia,  
desata em tamanho choro  
que em toda a casa se ouvia:

—Que tens tu, querido conde,  
que tens tu, ó vida minha?  
Tira-me ja d'estas âncias,  
elrei o que te queria?—  
Elle affogava em soluços,  
responder le nao podia;  
ella, apertando-o nos braços,  
com muito amor lhe dizia:  
—Abre-me o teu coração,  
desaffoga essa agonia,  
da-me da tua tristesa,  
dar te hei da minha alegria.—  
Levantouse o conde Yanno,  
a condessa que o seguia.  
Deitaram-se ambos no leito;  
nem um nem outro dormia.  
Ouvireis a desgraçada,  
ouve de ora o que dizia:  
—Peço-te por Deus do ceo  
e pela Virgem Maria,  
antes me mattes, meu conde,  
que eu ver-te n'essa agonia.  
—Morto seja quem tal manda,  
mais a sua tyrannia!  
—Ai! nao te intendo, meu conde,  
dize-me, por tua vida,  
que negra ventura é ésta  
que entre nós esta mettida?  
—Ventura da sem ventura,  
grande foi tua mofina!  
Manda-me elrei que te matte,  
que case com sua filha.—  
Palavras nao eram dittas,  
inda mal lh'as ouviria,  
a desgraçada condessa  
por morta no chão cahia.  
Nao quiz Deus que alli morresse...  
Triste que alli nao morria!  
Maíor dor do que a da morte  
a torna a chamar á vida.  
—Calla, calla, conde Yanno  
que inda remedio haveria;  
ai! nao me mattes, meu conde,  
e um alvitre te daria:  
á meu pae me mandarás,  
pae que tanto me queria!



Ter-me-hao por filha donzella,  
e eu a fe te guardaria.

Criarei este innocente  
que a otra nao criaria;  
manter-te-hei castidade  
como sempre t'a mantia.

—Ai! como póde isso ser,  
condesa minha querida,  
si elrei quer tua cabeça  
n'esta doirada bacia?

—Calla calla, conde Yanno,  
que inda remedio teria,  
metter-me-has n'um convento  
da orden de freiraria;  
dar-me-hao o pao por onça  
e a agua por medida  
eu lá morrerei de pena,  
e a infanta o nao saberia.

—Ai! como póde isso ser,  
condessa minha querida,  
se quer ver tua cabeça  
n`esta malditta bacia?

—Fecháras-me n´uma torre,  
nem sol, nem lua veria  
as horas de minha vida  
por meus ais as contaria.

—Ai! como póde isso ser,  
condesa minha querida,  
se elrei quer tua cabeça n'esta doirada bacia?—

Palavras nao eran dittas,  
elrei que a porta batia:

—Se a condesa nao é morta,  
que entao elle a mattaria.

—A condesa nao é morta  
mas está na agonia.

—Deixa-me dizer, meu conde,  
uma oraçao que eu sabia.

—Dizei depressa, condessa,  
antes que amanheça o dia.

—Ai! quem podéra rezar,  
ó virgen sancta Maria!  
que eu nao me pêza da morte,  
pêza-me da alevozia:  
mais me pêza de ti, conde,  
e de tua covardia.

Mattas-me por tuas maos

só porque elrei o queria!  
Ai! Deus te perdoe, conde,  
lá na ora da contia.  
Deixar-me dizer adeus  
a tudo o que eu mais queria:  
ás flores d´este jardim,  
ás aguas da fonte fria;  
adeus cravos, adeus rosas,  
adeus flor da Alexandria!  
Guarda-me vós meus amores  
que outrem me nao guardaria.  
Deem-me cá esse menino,  
intranhas de minha vida;  
d'este sangue de meu peito  
mamará por despedida.  
Mama, meu filhinho, mama  
d'esse leite da agonia;  
que atégora tinhas mae,  
mae que tanto te queria,  
ámanhan terás madrasta  
de mais alta senhoria...—  
Tocam n'os sinos na sé...  
Ai Jesus! quem morreria?  
Responde o filhinho ao peito,  
respondeu—que maravilha!  
—Morreu, foi a nossa infanta  
pelos males que fazia.

[p. 332]. [1] . Este epígrafe es tomado de la Silva. Todas las ediciones del Cancionero de Romances comienzan con el de «Romance, etc.»—En la Floresta se dice siempre: «Conde de Irllos».

[p. 332]. [2] . «Hais.» Canc. de Rom., de 1550.

[p. 332]. [3] . «Lo.» Canc. de Rom., s. a., y ed. de 1550. Floresta.

[p. 333]. [1] . «Deseximientto.» Canc. de Romances, s. a., y eds. de 1550 y 1554; en la de 1555 y en la Floresta hay también «desafiamiento».

[p. 333]. [2] . «Esa.» Canc. de Rom. s. a. y ed. de 1550.

[p. 333]. [3] . «Quedais.» Canc. de Rom. s. a. y ed. de 1550.—Floresta.

[p. 334]. [1] . «Dardin Dardeña.» Floresta.

[p. 335]. [1] . «Palabras se.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—Floresta.

[p. 335]. [2] . «Juramento.» Silva y Floresta.

[p. 335]. [3] . «La», falta en el Canc. de Romances, s. a. y ed. de 1550.

[p. 336]. [1] . Falta en el *Canc. de Rom.*, s. a., y ed. de 1550, y en la *Flor*.

[p. 336]. [2] . Este verso falta en la *Silva*, en el *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550 y está tomado de las ed. post. del *Canc. de Rom.*— En la *Floresta* faltan los versos desde el que dice

«tan grande parte da al chico»  
hasta el que dice  
«tan triste vida hacia».

[p. 336]. [3] . «Llegados.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.— *Flor*.

[p. 336]. [4] . «Es gran.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 337]. [1] . «Todo.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.— *Flor*.

[p. 337]. [2] . «Tenia.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 337]. [3] . «Tenia.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 337]. [4] . «Llorando el conde de sus ojos  
les empieza de hablar.»

*Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 337]. [5] . «Ningunos me conocerán.»

*Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

«Nadie me conocerá.» *Flor*.

[p. 337]. [6] . «Porque he hecho un mal sueño.» *Flor*.

[p. 337]. [7] . «Con alegrir.» *Canc. de Rom.*, ediciones posteriores.—«En el alegría.» *Flor*.

[p. 338]. [1] . «Aquestas.» Canc. de Rom. s. a. y ed. de 1550.—Flor.

[p. 338]. [2] . «Podian.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—Flor.

[p. 338]. [3] . «Carlos.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 339]. [1] . «Grimalde.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550. «Grimaldos.» Flor.

[p. 339]. [2] . «Querian.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550. Flor.

[p. 339]. [3] . «Carlos el.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550. Flor.

[p. 339]. [4] . «De allende.» Silva, 1550.

[p. 339]. [5] . «Grandes disparates.» Flor.

[p. 340]. [1] . «A caza.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 340]. [2] . «Pasad.» Canción de Romances, s. a. y ed. de 1550.—«Por las villas.» Ediciones posteriores del Canc. de Rom. En la Floresta este verso y el que le antecede son enteramente desfigurados, pues dicen:

«Otros al rededor poseen  
                  (sic, 1. posen.)  
en las villas y lugares.»

[p. 340]. [3] . «Podeis.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550. Flor.

[p. 341]. [1] . Roldan.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—Claro está que la buena lección es la de la Silva y de la Floresta.

[p. 342]. [1] . «Mercarles.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—«Por mercarles.» Flor.

[p. 342]. [2] . «Ha.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 343]. [1] . «Nada.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 345]. [1] . «Ser vos.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 345]. [2] . «No me costumbro.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 345]. [3] . «Vuestra.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 345]. [4] . «Me.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550. Flor.

[p. 346]. [1] . «Se.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 346]. [2] . «Guia.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—«Aguijar.» Flor

[p. 347]. [1] . «Juntos.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 347]. [2] . «Sin mis leyes de Francia.» *Canción de Romance*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 347]. [3] . «Ni injuria.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.—«No hay agravio ni injuria.» *Flor*.

[p. 347]. [4] . «Ninguno.» *Canc. de Rom.*, s. a. y ed. de 1550.

[p. 348]. [1] . «Estimara.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.

[p. 348]. [2] . «Pueda.» Canc. de Rom., s. a. y ed. de 1550.—Flor.

[p. 349]. [1] . «Aviventeza.» *Canc. de Rom.*, s. a., y ed. de 1550. En la *Floresta* faltan los versos desde el que dice

Los mestrasalas que servian

hasta el que dice:

Que hubiesen de hablar.

[p. 349]. [2] . El asunto de este romance tiene afinidad con aquellas leyendas de una peregrinación al Oriente, de las cuales bajo este epígrafe: «Die Fahrt in den Osten» ha tratado el erudito profesor D. Guillermo Müller en su obra intitulada: *Niedersächsische Sagen und Märchen* (Gotinga, 1855, pág. 389 sig.).

[p. 350]. [1] . «Refrescor.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 351]. [1] . «Caballero.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550. y 1550.

[p. 351]. [2] . «Y al tu.» *Canc. de Rom.*, s. a.

[p. 352]. [1] . «Meneare .» *Silva*.

[p. 352]. [2] . «De mi bien.» *Silva*.

[p. 352]. [3] . «Querías.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 353]. [1] . «Aguardare.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

[p. 354]. [1] . «Ermelina.» Silva.

[p. 355]. [1] . «Queráisme.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 355]. [2] . «Soleis.» Silva.

[p. 355]. [3] . «Agora de aquí adelante.»

Silva.

«Agora, mi buen sobrino.»

Floresta.

[p. 355]. [4] . «Hijo.» Floresta.

[p. 355]. [5] . «Que es.» Silva.

[p. 356]. [1] . «Cordura es se conortar.» Floresta.

[p. 357]. [1] . «Puyare.» Silva. Floresta.

[p. 358]. [1] . «Lo.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550 . *Floresta.*

[p. 358]. [2] . «De tres caballos.» *Silva.*— «De otros caballos.» *Canc. de Rom.*, s. a.— «De los caballos.» *Floresta.*

[p. 358]. [3] . «Ni las barbas me cortare.» «Ni de mis barbas cortar.» *Floresta.*

[p. 358]. [4] . «Por una hora.» *Silva.*— «Solo una hora.» *Floresta.*

[p. 358]. [5] . «Alimpiar.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 359]. [1] . «Sin pare.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.—«Vencer, o en ella acabar.» Floresta.

[p. 359]. [2] . «Benito.» Floresta.

[p. 359]. [3] . «Aspereza.» Floresta.

[p. 359]. [4] . «Que cerca de un valle hay.» Flor.

[p. 359]. [5] . «Hacelle.» Floresta.

[p. 359]. [6] . «Algunas.» Floresta.

[p. 359]. [7] . «Por no lo.» Floresta.

[p. 359]. [8] . «Acompañé.» Floresta.

[p. 359]. [9] . «Halleréisle sin dudar.—  
Todos se van muy alegres,  
para su señor hablar.»  
Floresta.

[p. 360]. [1] . En este romance se llama, en el texto del Canc. de Rom., s. a. y 1550, al marqués constantemente Urgeo; en la Silva, Urgero, lo que es más conforme a su original francés Ogier le Danois, mientras que las ediciones posteriores del Canc. de Rom. y la Floresta han introducido la lección vulgar de Urgel.

[p. 360]. [2] . Así dicen todas las antiguas la ediciones del Canc. de Rom., de Silva y de la Floresta; sólomente la ed. de la Silva de Barcelona de 1582 tiene una variante notable, poniendo:

con el duque de Soxonia.

El Sr. Durán enmienda con mucha probabilidad:

con el duque don Sanson.

[p. 360]. [3] . «Don Carloto.» Floresta.

[p. 361]. [1] . «Pues no os cumple recelare.»

Las ed. post. del *Canc. de Rom.* :

«Decid, conde, a vuestra guisa  
no habeis de que recelar.»  
*Floresta.*

[p. 361]. [2] . «Príncipe.» *Floresta.*

[p. 361]. [3] . «A traición.» *Floresta.*

[p. 361]. [4] . «Y sienten este desman.» *Flor*.

[p. 361]. [5] . «Maestro de todos.» *Floresta*.

Esta parece ser la mejor lección, pues no puede haberse nombrado a Urgel, maestre de Rodas, hasta pasado el año de 1310. (Véase la nota de Clemencín al *Don Quijote*, tomo V, pág. 390.)

[p. 362]. [1] . «Con Reyner el singular.» *Floresta*.

[p. 362]. [2] . «Padre.» *Floresta*.

[p. 362]. [3] . «Ermelina.» *Silva*.—«Ermelian.» *Floresta*.

[p. 362]. [4] . «Antigüedades.» *Silva*. *Floresta*.

[p. 363]. [1] . «El conde Irlos.» *Floresta*.

[p. 363]. [2] . «Mandes.» *Floresta*.

[p. 363]. [3] . «Están.» *Floresta*.

[p. 364]. [1] . «Parecerá.» *Floresta*.

[p. 364]. [2] . «Sin su.» *Silva*.

[p. 364]. [3] . «Renaldos de Belanda.» Todas las ed. del *Canc. de Rom*. La enmienda de la *Silva* que hemos acogido en el texto, prueba el conocimiento más exacto de su editor de la tradición original francesa; distingue siempre muy bien entre Arnaldos de Belanda y Renaldos de Montalbán. La *Floresta*, al contrario, lleva éstos y otros nombres propios aun más desfigurados; así dice en este lugar:

A don Reynaldos de Gulanda  
que Añuelos suelen llamar.

[p. 365]. [1] . «Y el orden que en todos hay.» *Floresta*.

[p. 366]. [1] . «Grimaldos.» *Floresta*.

[p. 366]. [2] . «Fox.» *Silva*.—«Foix.» *Floresta*.

[p. 366]. [3] . «Franceses vido pasar.» *Flor*.



[p. 366]. [4] . «Nadie le puede enojar.» Flor.

[p. 367]. [1] . En pliegos sueltos (p. e. Burgos, 1562 y 1563), se dice en la portada de este romance: «Y otro ahora de nuevo añadido, que es de la sentencia que dieron a Carloto. Hecha por Jeronymo Temiño de Calatayud.» Por de contado, Jer. Temiño es, cuando más, autor o reformador de esta nueva añadidura.

[p. 367]. [2] . «Lo» falta en las ed. del Canc. de Rom. s. a. y 1550.

[p. 367]. [3] . Con este verso el romance viene mencionado en la Tabla de la Silva.

[p. 367]. [4] . «Arnaldo.» Floresta.

[p. 367]. [5] . Foxano.» Silva.—«Y el conde Foix esforzado.» Flor.

[p. 367]. [6] . «Con Arnaut, el gran Bastardo.» Flor.—«Don Arnao, el gran Bastardo.» Las ed. post. del Canc. de Rom.

[p. 367]. [7] . «Renaldos.» Todas las ed. del Canc. de Rom.—«Don Arnaldo de Berlanda.» Floresta.

[p. 367]. [8] . «Carlos.» Silva.

[p. 368]. [1] . «Que él se haya juzgado  
a la audiencia real,  
pues no le han perdonado.»  
Floresta.

[p. 368]. [2] . «A escribirla se ha apartado.  
Don Roldan leyó el papel.» Flor.

[p. 368]. [3] . «Podrá.» Floresta.

[p. 369]. [1] . «Será.» *Canc. de Rom.*, 1550.

[p. 369]. [2] . «Muerto.» *Silva*.

[p. 369]. [3] . Claro está que en estos romances de Urgero el danés y de Valdovinos se han confundido las tradiciones francesas, conservadas todavía en cantares de gesta, de Ogier de Danemarche, quien vengó la muerte de su hijo natural Baudouinet, matado de golpes de tablero por el infante don Carloto, y de Baudouin, hermano de Roldán y amante de Sebilla (Sebile), esposa de Guiteclin (Widukind), rey de los saxones, cuya muerte, en batalla contra los últimos, se pinta, como el Sr. Durán ha muy bien observado, en todo igual a la de Roldán, su hermano, en Roncesvalles

(véanse *La Chevalerie Ogier de Danemarque*, por Raimbert de Paris. París, 1842, y *La chason des Saxons*, por Gean Bodel. Paris, 1839.)

Existe sobre el mismo asunto una xácara portuguesa, inserta en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garrett (tomo III, págs. 195 y siguientes) la cual es sin duda una imitación vúlgar y posterior a los romances castellanos, en forma más dramática.

[p. 370]. [1] . «El hierro tiene en el cuerpo.» *Silva*. Éste y el verso que le sigue, ocurren también en el romance de Tristán que dice: «Herido está don Tristán.»

[p. 370]. [2] . Entre éste y el verso que le sigue intercala la ed. de 1550 del *Canc. de Rom.* los dos siguientes:

«Su tio el emperador  
a penitencia le daba.»

[p. 370]. [3] . «O» falta en la *Silva*.

[p. 370]. [4] . Después de este verso, añade la ed. de 1550 del *Canc. de Rom.* los dos siguientes:

«Adamédesme, mi señora  
que en ello no perderéis nada.»

Núm. I.—Glosa de los romances que dicen: «Cata a Francia Montesinos» y la de «Sospirastes, Valdovinos.» Y ciertas coplas hechas por Juan del Enzina s. l. n. a. (Pl. s. del siglo XVI.)

Núm. 2.—Ídem: otra ed. en el *Rom. gen.* del Sr. Durán.

[p. 370]. [5] . La variación del asonante y la conservación de los nombres propios de la tradición primitiva (Baudouin y Sebile), así como su imitación en trovas más modernas (véase el romance entre los caballerescos sueltos que dice: «Caballero de lejas tierras»), son indicios de la grande antigüedad de este romance.

[p. 371]. [1] . «Tan clara hacia la luna.» Pl. s. núms. 1 y 2.

[p. 371]. [2] . «Los.» Pl. s. n° 1.—«Cumpliendo los.» Pl. s. n° 2.

[p. 371]. [3] . «A quien.» Pl. s. n° 2. 2.

[p. 371]. [4] . «Por tu amor, mi.» Pl. s. n°

[p. 371]. [5] . «Cristiana me tornaría.» Pl. s. núm. 2 (si no es enmienda del señor Durán ?).

[p. 371]. [6] . «Si me quieres.» Pl. s. nº 2 .

[p. 371]. [7] . El texto del *Canc. de Rom.*, eds. de 1550 y posteriores, lleva: «y con» etc.; claro está que esto, no teniendo sentido, es yerro de imprenta. Que se ha de leer «ya», viene comprobado por la versión portuguesa que empieza así:

Ja lá vem o sol na serra,  
ja lá vem o claro dia,  
e índa o conde d'Allemanha  
com a rainha dormia.

[p. 372]. [1] . De este romance hay una versión portuguesa muy linda y muy popular, publicada por el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 78, con el título de «O conde d'Allemanha» (Allamanha o Aramenha). Esta versión tiene además una especie de epílogo entre la madre y la hija sobre el suplicio del conde alemán, acusándose recíprocamente de haberlo causado.

[p. 373]. [1] . Dios te deje crecer, hijo,  
y llegar a barragan,  
Dios te de bartas en rostro  
y en el cuerpo fuerza grande.»  
Pliego suelto.

[p. 375]. [1] . «Dijo y alzara su mano.» Pl. s.

[p. 375]. [2] . «Y empezáronle.» Pl. s.

[p. 376]. [1] . «Aquí lo vereis faltar.» Pl. s. (si no es enmienda de Durán?).

[p. 376]. [2] . «Sino por quien.» Silva; Cod. del Sr. Durán; Floresta.

[p. 377]. [1] . «Iba.» Silva.

[p. 377]. [2] . «Con él muchos de los doce  
que a una mesa comen pan.»  
Flor.

[p. 377]. [3] . «La.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.—«Lo.» Cod. del Sr. Durán.

[p. 377]. [4] . «Dice que soy para poco.» Flor.

[p. 377]. [5] . «Si no busqué a mi esposa  
culpa no me pueden dar.»  
Flor.

[p. 377]. [6] . «No lo querria mal vezar.» Cod. de Durán.—«Mal no le quieran vezar.» Floresta.

[p. 378]. [1] . «Asi hablar.» *Cod.* de Durán.

[p. 378]. [2] . «Y le ayuda a cabalgar.» *Silva* , *Flor.*

[p. 378]. [3] . «Cabalga.» *Silva.*

[p. 378]. [4] . «Melisenda» dicen siempre la *Silva* y la *Floresta*, y esta lección, por ser más conforme a la original francesa (Belissent), es de preferir a Melisendra, como la dan todas las ediciones del *Canc. de Rom.* y los editores de las colecciones modernas.

[p. 379]. [1] . «A.» *Silva.* *Floresta.*

[p. 379]. [2] . «La.» *Silva.* *Flor.* *Cod.* del señor Durán.

[p. 379]. [3] . «Los moros su fiesta hacen.» *Cod.* de Durán.—«Gran fiesta los moros hacen.» *Flor.*

[p. 379]. [4] . «El rey iba a la mezquita.» *Cod.* de Durán. *Las eds. post.* del *Canc.* de *Rom.*

Almanzor a la mezquita  
va para hacer la zala.»  
Flor.

[p. 379]. [5] . «Poder.» *Cod.* de Durán. *Las ed. post.* del *Canc.* de *Rom.* y la *Floresta.*

[p. 379]. [6] . «Peinar.» *Floresta.*

[p. 380]. [1] . «Derecho se va Gaiferos  
do los palacios están.  
Desque estuvo cerca de ellos  
comenzólas de mirar,  
vió gallarda a Melisenda  
en una ventana estar,  
con otras damas cristianas, etc.  
Floresta.

[p. 380]. [2] . «En el jesto, ni en el hablar;  
mas en verle con armas blancas  
en los doce fué a pensar.»  
Floresta.

[p. 380]. [3] . «Queraisos a mi llegara.» Cod. de Durán.—«A -mi no os querais negar.» Floresta.

[p. 380]. [4] . «Decidme ahora la verdad.» Floresta.

[p. 380]. [5] . Véase la nota del romance que dice:

Caballero, si a Francia ides,  
por mi señor preguntad.

[p. 380]. [6] . «Reyes me acuitan.» Cod. de Durán.—«Según los ruegos me hacen.» Floresta.

[p. 381]. [1] . «Cuando la vido.» Cod, de Durán.—«Y Gaiferos que la vido.» Floresta.

[p. 381]. [2] . «Las cristianas.» Floresta.

[p. 381]. [3] . «Siete voces la rodean,  
no hallan por do escapar.»  
Cod. de Durán.

«Siete veces la rodean,  
Floresta.

[p. 381]. [4] . «Mezquita rezar.» Cod. de Durán.—«Mezquita a rezar.» Las ediciones post. del Canc. de Rom.:

«Mezquita no está.» Floresta.

[p. 381]. [5] . «Que mil veces de entre moros—lo sacó sin peligrar.» Floresta. no hallando por donde andar.»

[p. 382]. [1] . «No cesaba de mirar.» Cod. de Durán y las ed. post. del Canc. de Rom.—«Por ver qué cosa será.» Floresta.

[p. 382]. [2] . «Está.» Silva.

[p. 382]. [3] . «Este debe ser encantado.» Cancionero de Rom., s. a. y 1550.

[p. 382]. [4] . «Este debe ser.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—«O debe ser.» Cod. de Durán.

[p. 382]. [5] . «Este es Ogel.» Canc. de Rom., s a. y 1550.

[p. 382]. [6] . «El esforzado singular.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—«Esforzado y singular.» Cod. de

Durán. «Esforzado en pelear.» Floresta.

[p. 383]. [1] . «Y con la mi rica toca.» Cod. de Durán.—«Con la toca que es mayor.» Floresta.

[p. 383]. [2] . «Que sea cristiano o moro,  
fuerza sera pelear.»  
Cod. de Durán.

[p. 383]. [3] . «Lléganse los caballeros,  
comienzan aparejar.»  
Cod. de Durán.

«Desque el uno es cerca al otro  
comiézanse a aparejar.»  
Floresta.

[p. 384]. [1] . «Que aquello.» Cod. de Durán y Floresta.

[p. 384]. [2] . «De Paris.» Silva.

[p. 384]. [3] . «El emperador les sale.» Cod. de Durán y las ed. post. del Canc. de Rom.—«El emperador que lo supo—a recibir se los sale.» Floresta.

[p. 384]. [4] . «Julianesa.» Cod. de Durán y Floresta.

[p. 384]. [5] . En el Romanceiro del Sr. Almeida-Garrett (tomo II, págs. 250 y siguientes), hay un romance portugués de «Dom Gaiferos», el cual es más corto y aun más popular que el castellano, pero es muy posterior a él, faltando ya en el portugués algunos de los más bellos rasgos.

[p. 386]. [1] . Pliego suelto. La Silva y la Floresta dicen solamente: «Romance de Grimaltos».

[p. 386]. [2] . «Mirad bien, tomad ejemplo.» Silva.

[p. 386]. [3] . «Que el conde don.» Silva y Flor.

[p. 386]. [4] . «Qu'en.» Silva y Flor.

[p. 386]. [5] . «Que llegó en cortes.» Silva y Flor.

[p. 386]. [6] . «Secreto». Silva.

[p. 386]. [7] . «El que ya oistes nombrar.» Silva.

[p. 386]. [8] . «Buen conde.» Silva.

[p. 386]. [9] . «Se.» Silva y Flor.

[p. 386]. [10] . «Haberle.» Silva y Flor.

[p. 387]. [1] . «Los querian.» Silva.

[p. 387]. [2] . «Mucho placer fué.» Silva.

[p. 387]. [3] . «Cuatro o cinco años.» Silva.

[p. 387]. [4] . «Sin ir al rey.» Silva.

[p. 387]. [5] . «Ir al rey.» Silva.

[p. 387]. [6] . «Fué que el falso de.» Silva.

[p. 387]. [7] . «De ello tuvo.» Silva.

[p. 387]. [8] . «En los beneficios.» Silva.

[p. 387]. [9] . «Dió sin pesar.» Silva.

[p. 387]. [10] . «Yo.» Silva.

[p. 387]. [11] . «Tanto pesar.» Silva.

[p. 387]. [12] . «La condesa hace despertar.» Silva.

[p. 388]. [1] . «Nada.» Silva.

[p. 388]. [2] . «Sino triste soñé un sueño.» Silva.

[p. 388]. [3] . «Que alterado.» Silva.

[p. 388]. [4] . «En ellos.» Silva.

[p. 388]. [5] . «Y a vos, señora.» Silva.

[p. 388]. [6] . «De que me sentía.» Silva.

[p. 388]. [7] . «Cerca.» Silva.

[p. 388]. [8] . «Que allí hay quien.» Silva.

[p. 388]. [9] . «Y el traidor de don Tomillas» Silva.

[p. 388]. [10] . «Os urda.» Silva.

[p. 388]. [11] . «Por una jornada cierta.» Silva y Flor.

[p. 388]. [12] . «Señor, entonces vereis.» Silva.

[p. 388]. [13] . «Lo ha de mostrar.» Silva.

[p. 389]. [1] . «Tomar.» Silva.

[p. 389]. [2] . «Para del reino botar.» Silva.

[p. 389]. [3] . «¡Ved que tal podia quedar!» Sil.

[p. 389]. [4] . «Mal te dijo.» Silva.

[p. 389]. [5] . «Y de Gaston.» Silva.

[p. 390]. [1] . «Quien tal quiere ordenar.» Silva.

[p. 390]. [2] . Después de este verso se hallan en la Silva los dos siguientes:

Con enojo y con pesar,  
con gran saña muy airado.

[p. 390]. [3] . «Y si más en ello le habla.» Silva.

[p. 390]. [4] . «Viera.» Silva.

[p. 390]. [5] . «Viendo asi ir al conde.» Silva.

[p. 390]. [6] . «Llegado le ha.» Silva.



[p. 390]. [7] . «Arras.» Silva y Floresta.

[p. 390]. [8] . «No fuese a.» Silva.

[p. 390]. [9] . «Doy.» Silva.

[p. 390]. [10] . «No lo vos puedo.» Silva.

[p. 390]. [11] . «Al perder llamo.» Silva y Floresta.

[p. 390]. [12] . «Fortuna os convida.» Silva.

[p. 391]. [1] . «Merian.» Silva.

[p. 391]. [2] . Después de este verso pone la Silva los dos siguientes:

Cien caballeros de salva  
los salen acompañar.

[p. 391]. [3] . «Damas, dueñas y.» Silva.

[p. 391]. [4] . «Camino.» Silva.

[p. 391]. [5] . «Van los pies corriendo sangre.» Silva.

[p. 391]. [6] . «Bien os querais.» Silva.

[p. 391]. [7] . «Agua fresca sale.» Silva.

[p. 391]. [8] . «No se puede.» Silva.

[p. 392]. [1] . «Por cobijar a su madre.» Silva.

[p. 392]. [2] . «Vido que gran humo sale.» Silva.

[p. 392]. [3] . «Allí le suplicó el conde  
que hubiese de bautizar  
al triste niño nacido  
con tribulación tan grande.»  
Silva.

[p. 392]. [4] . «Le llamad.» Silva.

[p. 392]. [5] . En la *Silva* se hallan después de este verso los dos siguientes:

«Do se crio Montesinos,  
el su hijo natural.»

[p. 392]. [6] . «Mostrar.» *Silva*.

[p. 392]. [7] . Éste, y el verso que le sigue, faltan en la *Silva*.

[p. 393]. [1] . «Y en exercitar.» *Silva*.

[p. 393]. [2] . En vez de éste y del verso que le sigue lleva la *Silva* los siguientes:

«Él mira bien el consejo  
que le daba el conde su padre.»

[p. 393]. [3] . «Mañana.» *Silva*.

[p. 393]. [4] . «Se salen.» *Silva*.

[p. 393]. [5] . No habiendo estado a nuestro alcance el pliego suelto arriba citado, de que se ha aprovechado el señor Durán al publicar este romance en su *Romancero general*, hemos juzgado lo mejor el copiar literalmente su texto, anotando todavía las variantes de la *Silva* y las más importantes de la *Floresta*.

[p. 393]. [6] . *Canc. de Rom.* s . a. y 1550.

[p. 394]. [1] . Con este verso acaba el romance en todas las ed. del *Canc de Rom.*; lo que sigue se ha tomado de la *Silva* de varios romances, ed. de Barcelona de 1582 donde también la parte que antecede es tan diferente del texto del *Canc. de Rom.*, que la ponemos aquí entera; el texto de la *Floresta* de varios romances está en un todo conforme con el de la *Silva*, teniendo tan sólo algunas ligeras variaciones o enmiendas más bien posteriormente hechas con arreglo a los preceptos de la poesía artística.

—Cata Francia, Montesinos  
y París esa ciudad,  
cata palacios del Rey  
tu abuelo natural,  
cata casa de Tomillas  
mi enemigo mortal;  
por su inicua y mala lengua  
me mandaron desterrar,

do he pasado a causa de esto  
mucha sed, calor y hambre,  
aguas, nieves y ventiscos  
por estos ásperos valles,  
y la triste madre tuya  
por testigo puedo dar,  
que te parió en una fuente  
sin tener cosa en que echarte:  
yo triste quité mi sayo  
para haber de cobijarte.  
Otras mil angustias tristes  
que yo no queria contar;  
y el traidor de don Tomillas  
todo esto quiso ordenar;  
mas si Dios me da la vida  
yo lo entiendo de vengar.—  
Montesinos que esto oyera  
los ojos volvió a su padre,  
las rodillas puso en tierra  
por la mano le besar,  
pidió le diese licencia  
que a París quiere llegar:  
porque él ha oido decir  
que sueldo acostumbran dar  
a los buenos caballeros  
que lo quisieren tomar:  
—por eso, señor, vos ruego,  
de ello no tomeis pesar,  
que si sueldo del rey tomo  
todo se podrá vengar.—  
Viendo el conde su deseo,  
la bendición le fué a dar.  
Partiéndose Montesinos  
volvió a rogar a su padre,  
que haya por encomendada  
a la condesa su madre,  
y de su parte le diga,  
que a Tomillas va a buscar.

[p. 397]. [1] . El texto lleva por equivocación «Roldán», mientras la asonancia y el sentido piden «Reinaldo».

[p. 399]. [1] . «Yo tuviera.» Silva. Floresta.

[p. 399]. [2] . «Juramentos.» Silva.

[p. 400]. [1] . «Para que así estéis armado.» Flor.—«Pues os detuviese aquí armado.» Las eds. posts. del Canc. de Rom.

[p. 401]. [1] . «Pasadas son.» *Floresta*.

[p. 401]. [2] . «Montesinos levantado.» *Floresta*.

[p. 402]. [1] . «Con gran temor las ha hablado.» *Floresta*.

[p. 402]. [2] . «Ni hacer desaguisado.» Flor.

[p. 402]. [3] . «Llama.» Silva.

[p. 402]. [4] . «Cirujanos.» *Floresta*.

[p. 403]. [1] . «Porque Dios.» *Floresta*.

[p. 403]. [2] . «En público, ni en celado .» *Floresta* .

[p. 403]. [3] . «Es acabado.» *Silva*.— «Con mucha paz en su estado.» *Flor*.

[p. 403]. [4] . Claro está que este romance es ya una reformatión algo más artística del anterior, del que repite versos y trozos enteros, dándole, empero, una catástrofe mucho más prosaica y a modo de las comedias.

[p. 412]. [1] . Con este verso acaba el romance en el *Canc. de Rom.* s . a.

[p. 412]. [2] . «De.» *Canc.*, de 1550.

[p. 412]. [3] . «Al pié.» Timoneda, *Rosa de amores*.

[p. 412]. [4] . «Que en la su muerte se halla.» Tim.

[p. 412]. [5] . «Haciéndole está la fuesa.» Tim.

[p. 412]. [6] . «Con la punta de su daga.» Tim.

[p. 412]. [7] . «El arnés le está quitando.» Tim.

[p. 412]. [8] . «Envolvióle.» Tim.

[p. 412]. [9] . Éste, y los cinco versos que le siguen, faltan en el texto de Timoneda.

[p. 413]. [1] . «Vida la negaba.» Tim.

[p. 413]. [2] . También éste y los tres versos que le siguen faltan en el texto de Timoneda.

[p. 413]. [3] . «Llegó en esto Montesinos.» Tim.

[p. 413]. [4] . «Díjole.» Tim.

[p. 413]. [5] . Este verso y el que le sigue faltan en el texto de Timoneda.

[p. 413]. [6] . «Sepas, señora, que es muerto.» Tim.

[p. 413]. [7] . «Cata aquí su corazón  
que ante ti se presentaba.—  
Belerma con estas nuevas  
estas palabras hablaba:  
—¡Mi buen señor Durandarte,  
Dios perdone la tu alma!»  
Timoneda.

[p. 413]. [8] . Los dos últimos versos faltan en el texto de Timoneda,

[p. 413]. [9] . En la *Floresta de var. rom.* hay la versión siguiente (que es la vulgar) de una parte de este romance:

Muerto yace Durandarte  
debajo una verde haya:  
con él está Montesinos,  
que en la su muerte se halla.  
Haciéndole está la fosa  
con una pequeña daga:  
quitándole está el almete,  
desciñéndole la espada;  
por el costado siniestro  
el corazón le sacara.  
Así hablara con él  
como cuando vivo estaba:  
—¡Corazón del más valiente  
que en Francia ceñía espada

ahora seréis llevado  
adonde Belerma estaba!—  
Envolvióle en un cendal,  
y consigo lo llevaba.  
Entierra primero al primo;  
con gran llanto lamentaba  
la su tan temprana muerte  
y su suerte desdichada.  
Torna a subir en la yegua,  
su cara en agua bañada;  
pónese luego el almete  
y muy recio le enlazaba.  
No quiere ser conocido  
hasta hacer su embajada,  
y presentarle a Belerma,  
según que se le encargara,  
el sangriento corazón  
que a Durandarte sacara.  
Camina triste y penoso,  
ninguna cosa le agrada;  
por do quiere andar la yegua  
por allí deja que vaya;  
hasta que entró por París  
no sabe en qué parte estaba,  
Derecho va a los palacios  
adonde Belerma estaba.

[p. 415]. [1] . Que por este verso empezó el romance primitivo, confirma el otro, «contrahaciéndolo», que dice:

«Por la dolencia va el viejo.»

[p. 415]. [2] . «A su buen padre carnal.» Floresta.

[p. 416]. [1] . «A.» *Silva*.

[p. 416]. [2] . «El.» *Silva*.

[p. 416]. [3] . En la *Silva* van intercalados después de este verso los dos siguientes:

«—Dígame tú, el morico,  
lo que quiero preguntar.»

[p. 416]. [4] . «Muy poco debe costar.» *Flor*.

[p. 416]. [5] . «Dentro en él.» *Silva. Floresta.*

[p. 416]. [6] . «Cada una era mortal.» *Flor.*

[p. 416]. [7] . Desde aquí hasta «No tiene quien lo vengar», es un trozo copiado del que dice:  
«Asentado está Gaiferos.»

[p. 417]. [1] . De este romance hay también una versión portuguesa que con el título de «Dom Beltrao», ha publicado el Sr. Almeida-Garrett en su de *Romanceiro* (tomo II, pág. 234). Notable es la conclusión de esta versión, desde la respuesta del moro:

—Esse cavalleiro, amigo,  
morto está n'esse pragal,  
com as-pernas dentro d'agua,  
o corpo no areal.

Sette feridas no peito  
a qual será mais mortal:  
por uma lhe entra o sol,  
por outra lhe entra o luar,  
pela mais pequena d'ellas  
um gaviao a voar.

—Nao tórno culpa a meu filho,  
nem aos moiros de o matar;  
tórno a culpa ao seu cavallo  
de o nao saber retirar.—

Milagre! quem tal diria,  
quem tal poderá contar!  
O cavallo meio morto  
alli se pôs a fallar:

—Nao me tornes essa culpa,  
que m'a nao podes tornar:  
tres vezes o retirei,  
tres vezes para o salvar;  
tres me deu de espora e redea  
co'a sanha do pelear.

Tres vezes me apertou cilhas,  
me alargou o peitoral...  
a terceira fui a terra  
d'esta ferida mortal.

[p. 422]. [1] . «Querais.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

[p. 422]. [2] . «La.» Canc. de Rom., s. a. y 1550. y 1550.

[p. 422]. [3] . «Acerito.» Canc. de Rom., s. a.

[p. 422]. [4] . «Dar.» Silva.

[p. 423]. [1] . «Place.» Silva.

[p. 424]. [1] . «Buena sea vuestra llegada.» *Silva*.

[p. 424]. [2] . Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la *Silva* y en la *Floresta* otro romance que dice: «En Francia la noblecida». Este romance no es más que una imitación del nuestro, hecha con un tanto más de cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, o que aspiraba a serlo, el cual se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introducción y de diferente asonancia (hasta el verso que dice: «guarda era de una puente», con el asonante en a o), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

[p. 425]. [1] . «Espíritu.» Silva.

[p. 425]. [2] . «Podeis.» Silva.

[p. 426]. [1] . «A todo.» Las eds. post. del Canc. de Rom.

[p. 426]. [2] . «A vos» falta eu la Silva.

[p. 427]. [1] . «A Reinaldos.» Silva.

[p. 427]. [2] . «Puedan.» Silva.

[p. 427]. [3] . «Llegar.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

[p. 427]. [4] . «Quereis.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

[p. 427]. [5] . «Tiene dél.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

[p. 427]. [6] . «Quiere estar.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—«Por querer con vos estar.» Las ed. post. del Canc. de Rom.

[p. 428]. [1] . «Dijo el rey.» *Silva*.

[p. 428]. [2] . «Mandara.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 429]. [1] . «De tales razones.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.



[p. 429]. [2] . «Don Roldan.» *Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 429]. [3] . «Por más moros que vinieron  
no se la pueden quitar.»

Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

«Por mas moros que vinieran  
no se la pudieron quitar.»  
*Silva*, ed. de 1582.

[p. 429]. [4] . En la *Silva*, ed. de 1582, y en la *Floresta* hay otro romance al mismo asunto, que dice:  
«Cuando aquel claro lucero», pero ya contrahecho de éste por un poeta artístico, como se echa de ver  
por el mismo título que lleva en un pliego suelto del siglo XVI, donde dice: «(Romance) hecho por  
un gentilhombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá».

[p. 435]. [1] . «Tirando.» Las ed. post. del Canc. de Rom.

[p. 435]. [2] . «Porque.» Las ed. post. del Canc. de Rom.—«Que amores.» Flor.

[p. 435]. [3] . «Dejan.» Floresta.

[p. 435]. [4] . «Levantáos.» Las ed. post. del Canc. de Rom. Floresta.

[p. 435]. [5] . «Dadme.» Las ed. post. del Can. de Rom. Floresta.

[p. 435]. [6] . «Gorgoran.» Floresta.

[p. 436]. [1] . «Mejor lo.» Las ed. post. del Canc. de Rom.

[p. 436]. [2] . «Querria la otra mañana.» Las ed. post. del Canc. de Rom.—«Y otro día de mañana.»  
Floresta.

[p. 436]. [3] . ¿Diría «peleare»?

[p. 436]. [4] . «Mandasen.» Las ed. post. del Canc. de Rom.—«Mandásedesme» Floresta.

[p. 436]. [5] . «Cipres.» *Silva*.—«Limon.» Flor.

[p. 436]. [6] . «Con grande contentamiento.» Flor.

[p. 436]. [7] . «Muy dulces besos se dan  
con el amor que se tienen,  
que era cosa de admirar.»  
Floresta.

[p. 436]. [8] . «Mas la fortuna que es adversa—que a placeres o a pesar.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

«Mas fortuna que es adversa  
a placeres, y a pesar.»

Las ed. post. del Canc.

«Mas fortuna que es adversa  
que a placeres da pesar.»  
Flor.

[p. 436]. [9] . «Debiera.» Silva.

[p. 436]. [10] . «En busca de una podenca.» Silva.—«En busca va de un azor.» Flor.

[p. 436]. [11] . «A lindo.» Las ed. post. del Canc.—«A más.» Floresta.

[p. 437]. [1] . «De otra parte del'infanta  
mucho mas te puedo dar.»

*Canc. de Rom.*, s. a. y 1550.

[p. 437]. [2] . «Adonde.» *Silva*, *Flor* y las ed. post. del *Canc.*

[p. 437]. [3] . «No te cumple.» Las ed. post. del *Canc.*

[p. 437]. [4] . «Bien te la puedes.» Las ed. post. del Canc.—«Bien os la podeis.» Flor.

[p. 437]. [5] . «De lo cual dolor yo tuve  
y no quisiera ver tal.» *Flor*.

[p. 437]. [6] . «Le dar.» *Silva*.

[p. 437]. [7] . «Los.» Silva.—«Les.» *Flor*.

[p. 437]. [8] . «O le hayan de matar.» *Floresta*.

[p. 437]. [9] . «riguridad». *Flor*.

[p. 437]. [10] . «Para al rey poder.» Las ed. post. del *Canc*.

[p. 438]. [1] . «Ellos.» *Canc. de Rom.* s . a. y 1550.

[p. 438]. [2] . «De niño.» Las ed. post. del *Canc*.

[p. 438]. [3] . Desde este verso hasta el que dice: «Por ellas quiero gastar», hay otra versión antigua que va por romance separado en el *Cancionero general* y en el de *Romances*, y en el primero ha servido de tema a una glosa de Francisco de León.—Daremos aquella versión en la nota al fin de nuestro texto, no habiendo tenido por bien de sustituirla a la nuestra, porque en aquella versión dice el arzobispo, que el rey no le quiso escuchar:

«que la sentencia era dada,  
no se podía revocar;

lo que no va en todo conforme con la narración que antecede en nuestro texto.—Empero, hemos purificado éste, suprimiendo, como intepolación manifiesta, la glosa en dos décimas intercalada entre el verso que dice: «dignos son de perdonar» y el de «por vos he rogado al rey», aunque la llevan ya las ediciones más antiguas de la *Silva* y del *Canc. de Rom.* —el echa de ver por aquellas versiones diferentes e interpolaciones, que este pasaje había servido ya muy temprano de tema favorito a los glosadores, y que las dos versiones conocidas, purificadas de las interpolaciones manifiestas, tienen todavía apariencia de refundiciones y amplificaciones, en oposición con la sencillez de lo restante.—Queda, pues, libre el campo a la conjetura, y séanos licito, sacando de las dos versiones antiguas los versos que tenemos por genuinos, aventurar un texto un tanto más aproximado al primitivo que diría así:

—Pésame de vos, el conde  
cuanto me puede pesar  
que los yerros por amores  
dignos son de perdonar.  
Supliqué por vos al rey,  
nunca me quiso escuchar,  
antes ha dado sentencia  
que os hayan de degollar.  
Más os valiera, sobrino,  
de las damas no curar,  
que firmeza de mujeres  
no puede mucho durar.  
—Calledes, por Dios, mi tío,  
no me queráis enojar,  
que tales palabras, tío,  
no las puedo comportar;  
quiero más morir por ellas

que vivir sin las mirar.—

[p. 439]. [1] . También desde este verso hasta el de «vos la debeis de firmar», debía ser un tema favorito de los trovadores; así hay en el Canc. gen. y en el de Rom. un romance contrahecho por Lope de Sosa, con villancico, que Soria ha glosado; y también en este pasaje se deja sentir en nuestro texto ya la mano artística, pues tiene su puntita de afectado. Serían ya interpolados los versos que hemos impreso en letra cursiva.—De haber contrahecho Lope de Sosa un trozo de nuestro romance se puede concluir que éste ya a mediados del siglo XV, cuando aquel trovador vivió, corría en mano de todos. (Véase Clemencín, notas al Quijote, tomo V, pág. 391.)

[p. 439]. [2] . «Llama.» Floresta.

[p. 440]. [1] . «Mí alma no ha de penar.» Las ed. post. del Canc. de Rom.

[p. 440]. [2] . «Fué a dar.» Flor.

[p. 440]. [3] . «Recordar.» Silva.

[p. 440]. [4] . «Yo habré desesperar.» Las ed. post. del Canc.—«Yo me iré a desesperar.» Flor.

[p. 440]. [5] . «Saliédeslo quitar.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.—«Saliédeslo a quitar.» Silva y las ed. post. del Canc. Flor.

[p. 440]. [6] . «El alcalde.» Flor.

[p. 440]. [7] . «Si tu.» Silva.

[p. 441]. [1] . «Jurar.» *Silva* .

[p. 441]. [2] . «Placeres se han de tornar.» Las ed. post. del Canc.—«En placer van a tornar.» *Flor*.

[p. 441]. [3] . Siguen en las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.* y en la *Floresta* dos décimas glosando otra vez el diálogo entre el arzobispo («Su tio al conde») y el conde («Respuesta y fin») en la cárcel. Luego viene en el Canc. de Rom. la otra versión que hemos mencionado al mismo pasaje de nuestro texto desde el verso que dice:

«Pésame de vos, el conde» y que anotamos aquí:

## OTRO ROMANCE DEL CONDE CLAROS

Pésame de vos, el conde,

porque así os quieren matar,  
porque el yerro que hecistes  
no fue mucho de culpar  
que los yerros por amores  
dignos son de perdonar.  
Supliqué por vos al rey,  
que os mandase delibrar,  
mas el rey con gran enojo  
no me quisiera escuchar; que la sentencia era dada  
no se podia \* revocar,  
pues dormistes con la infanta  
habiéndola de guardar.  
Mas os valiera, sobrino,  
de las damas no curar,  
que quien más hace por ellas  
tal espera de alcanzar  
que de muerto o de perdido  
ninguno puede escapar;  
que firmeza de mujeres .  
no puede mucho durar.  
—Que tales palabras, tío,  
no las puedo comportar,  
quiero más morir por ellas  
que vivir \* sin las mirar.

(*Canc. de Constantina*, f. 56.—

—*Canc. gen.*, ed. de 1511, f. 131.

— *Canc. de Rom.* s. a . f . 90.—

*Canc. de Rom.* 1550 f. 90.)

Hay, en fin, también una versión portuguesa muy popular de este romance del conde Claros la cual lleva inserta con el título de «Claralinda» el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 213.

\* «Podría.» *Canc. de Constantina*.

\* «Morir.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550

[p. 443]. [1] .«Uno.» *Canc.* de 1550.

[p. 443]. [2] . «Él cuando se vió con ella.» Las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.*

[p. 444]. [1] . Véase la versión portuguesa, más moderna que la castellana, pero no menos popular, en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garrett, tomo II, página 192: «Dom Claros d'Alem-Mar».

[p. 445]. [1] . Este verso, omitido en nuestro texto, lo hemos tomado de la versión de este romance, hecha por Antonio Pansac, que dice:

«Durmiendo está el conde Claros».

(Véase el *Rom. gen.* del Sr. Durán. Tomo I, pág. 222).

[p. 447]. [1] . Existe, como queda dicho, también en un pliego suelto una versión de este romance, trobada, según el ejemplar de que se ha aprovechado el Sr. Durán (l. c.), por Antonio Pansac, y según el ejemplar del British Museum, fecha por Juan de Burgos (s. l. n. a.); esta versión, aunque diferente en el principio y fin de nuestro texto, contiene todavía trozos enteros de él.—El autor de este romance contrahecho es en verdad, como dice el señor Durán, «sólo refundidor de otro más antiguo»; vale decir del nuestro.

[p. 448]. [1] . «Su gran torre.» Floresta.

[p. 448]. [2] . «O quien preguntar podría  
donde estaban los palacios  
a do Sevilla vivía.» Floresta.

[p. 448]. [3] . «Por Dios.» Floresta.

[p. 448]. [4] . «Do está la infanta Sevilla.»  
Floresta.

[p. 448]. [5] . «Buena fortuna le guía.»  
Floresta.

[p. 448]. [6] . «Linda.» Floresta.

[p. 448]. [7] . «Era mujer muy hermosa  
y acabada en demasía.»  
Floresta.

[p. 449]. [1] . «Si bajais de la ventana  
sabréis la mensajería.»  
*Floresta.*

[p. 449]. [2] . «No porque yo se lo debo.»  
*Flor.*

[p. 449]. [3] . «Y que era la más hermosa  
de cuantas moras se hallan.»

[p. 449]. [4] . «Siete.» *Flor.*

[p. 449]. [5] . «Interés.» *Flor.*

[p. 449]. [6] . «De eso yo no soy vezada.»  
*Flor.*

[p. 449]. [7] . «Esta me dió un consejo  
de que bien me acordaba.»  
*Flor.*

[p. 449]. [8] . «Permitiese.» *Floresta.*

[p. 449]. [9] . «Dél algún dote o arra.»  
*Floresta.*

[p. 450]. [1] . «Sevilla oyendo estos dones  
todos se los desechaba,  
sino que si él quería.»  
*Floresta.*

[p. 450]. [2] . «Que era ciudad en la Francia.» *Flor.*

[p. 450]. [3] . «Que él.» *Floresta.*

[p. 450]. [4] . «O cómo se llamarán.» *Floresta.*

[p. 450]. [5] . «Nombres.» *Floresta.*

[p. 450]. [6] . «Y a.» *Floresta.*

[p. 450]. [7] . «Que ni el uno ni el otro.» *Flor.*

[p. 450]. [8] . «Bordar.» *Floresta.*

[p. 450]. [9] . «De color de sangre están.» *Floresta.*

[p. 450]. [10] . «Ya camina Calainos,  
camino de Francia va.»  
*Floresta.*

[p. 450]. [11] . «Lo.» Floresta.

[p. 451]. [1] . «Gaston de Claros.» Floresta.

[p. 451]. [2] . «Y aquel romano Fincan.» Floresta.

[p. 451]. [3] . «De la fuerza grande.» Flor.

[p. 451]. [4] . «Que tañen en la ciudad.» Floresta.

[p. 451]. [5] . «Busco al emperador.» Floresta.

[p. 451]. [6] . «Qué era lo que queria  
que así lo iba a buscar.»  
Floresta.

[p. 451]. [7] . «Yo soy el emperador.» Floresta.

[p. 451]. [8] . «Tu Majestad sepa.» Floresta.

[p. 451]. [9] . «Cetro.» Floresta.

[p. 451]. [10] . «Y a cuantos contigo están.» Flor.

[p. 451]. [11] . «Donde tiene.» Floresta.

[p. 451]. [12] . «Que lo quiero enviar.» Floresta.

[p. 451]. [13] . «A aquel moro de la guardia.» Flor.

[p. 452]. [1] . «Los osarán guardar.» Floresta.

[p. 452]. [2] . «De ánimo principal.» Floresta.

[p. 452]. [3] . «Cierto fueron de notar.» Floresta.

[p. 452]. [4] . «Que menosprecies los doce.» Flor.

[p. 452]. [5] . «Era diestro el moro en armas,—muy vezado a pelear.» Floresta.

[p. 452]. [6] . «El caballero.» Floresta.



[p. 452]. [7] . «Venir.» Floresta.

[p. 452]. [8] . «Tomar.» Floresta.

[p. 453]. [1] . «Vengo a matarme contigo,  
no para contigo estar.»  
Floresta.

[p. 453]. [2] . «Hombre que a mis manos viene.» Flor.

[p. 453]. [3] . «Con un ánimo sin par.» Flor.

[p. 453]. [4] . «El moro muy diligente.» Floresta.

[p. 453]. [5] . «Principal. Floresta.

[p. 453]. [6] . «Don Roldán se fué a armar.» Flor.

[p. 453]. [7] . «Por del moro se vengar.» Flor.

[p. 453]. [8] . «Tú no lo has de preguntar.» Flor.

[p. 453]. [9] . «Y a ese a quien tienes preso.» Flor.

[p. 454]. [1] . «Con ánimo general.» Floresta.

[p. 454]. [2] . «Cuitado moro.» Floresta.

[p. 454]. [3] . «Tú me lo quieras contar.» Flor.

[p. 454]. [4] . «Quién te hizo tan.» Floresta.

[p. 454]. [5] . «Y desafiar los doce,  
y aquí poner tu señal?»  
Floresta.

[p. 454]. [6] . «De linaje principal.» Flor.

[p. 454]. [7] . «A la su espada.» Floresta.

[p. 454]. [8] . «Degollar.» Floresta.

[p. 454]. [9] . «Los doce de muy alegres  
todos le van a abrazar.»  
Floresta.

[p. 454]. [10] . «Había.» Floresta.

[p. 454]. [11] . «Cosa de maravillar.» Floresta.

[p. 455]. [1] . Aunque en este romance el moro es llamado «Bramante», o «Bramante», no cabe duda que se refiere al mismo asunto que el anterior.

[p. 455]. [2] . «Oger.» Pl. s. nº 2.

[p. 455]. [3] . «Con él Endordin Dordeña.» Pl. s. nº 2.

[p. 455]. [4] . «Enguardias.» Pl. s. 2.

[p. 455]. [5] . «Subido se ha.» Pl. s. 2.

[p. 455]. [6] . «Tiene.» Pl. s. 2.

[p. 455]. [7] . «Con él se ha de matar.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [1] . «Quitar.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [2] . «Presto.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [3] . «Lo veo.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [4] . «Si no lo quieres hacer.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [5] . «El cristiano.» Pl. s. 2.

[p. 456]. [5 bis] . «El cristiano.» Pl. s. 2.

(Por necesidades de la edición digital se ha renombrado esta nota como 5 bis)

[p. 456]. [6] . «Ovieron de.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [1] . «Bravante.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [2] . «Haya de.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [3] . «Ogel.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [4] . «Tuya.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [5] . «En ti.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [6] . «Echaron mano a las lanzas,  
comiéndanse a encontrar,  
mas ya quebradas las lanzas  
de hachas ovieron de jugar.»  
Pl. s. 2.

[p. 457]. [7] . «Que en el suelo le fué a derribar.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [8] . «No pienses que por  
derribarte una vez,  
por eso te haya de matar.»  
Pl. s. 2.

[p. 457]. [9] . «Desde esto.» Pl. s. 2.

[p. 457]. [10] . «A merced se le fué a dar,  
y Roldan desde lo oyera  
que comienza a desmayar,  
de esta manera le dice  
y le empezó de hablar:  
—Suelta, moro, a Baldovinos,  
comiéndalo a desatar,  
(ya lo desataba el moro  
aprieta y no de vagar)  
y hazme luego juramento.»  
Pl. s. 2.

[p. 458]. [1] . «No te quieras alabar.» Pl. s. 2.

[p. 458]. [2] . «No me quieran.» Pl. s. 2.

[p. 458]. [3] . «No te quieran.» Pl. s. 2.

[p. 458]. [4] . «Mas si alguno te enojase  
mal contado le será,  
y si a ti hacen deshonra.»  
Pl. s. 2.

[p. 458]. [5] . «Que a mí me soleis dar.» Pl. s. 2.

[p. 458]. [6] . «Romance de Mérida sale el palmero.» Canc. de Rom., s. a. y 1550.

[p. 458]. [7] . «Vale.» Silva. Floresta.

[p. 458]. [8] . «Trae.» Silva. Floresta.

[p. 458]. [9] . «Que valia.» Silva.—«Que bien vale.» Floresta.

[p. 458]. [10] . «Alcanzaban.» Silva. Floresta.

[p. 458]. [11] . «El camino que llevaba.» Silva.

[p. 459]. [1] . «Donde están.» Silva. Floresta.

[p. 459]. [2] . «Comenzóle.» Silva. Floresta.

[p. 459]. [3] . «Mucho.» falta en la Silva.

[p. 459]. [4] . «El palmero.» Silva. Floresta.

[p. 459]. [5] . «Y predica.» Floresta.

[p. 459]. [6] . «Fuérase.» Silva.

[p. 459]. [7] . «Oiréis.» Silva. Floresta.

[p. 459]. [8] . «Humíllome.» Silva.

[p. 459]. [9] . «Humíllome.» Silva.

[p. 459]. [10] . «Humíllome.» Silva.

[p. 459]. [11] . «Sacrificio celestial.» Floresta.

[p. 459]. [12] . «Humíllome.» Silva.

[p. 459]. [13] . «Humíllome.» Silva.

[p. 459]. [14] . «No me humillo.» Silva.

[p. 459]. [15] . «Cuando esta razón oyeron  
Oliveros y Roldan,  
las espadas arrancadas.»  
Silva.

«Como aquesto oyó  
y el buen paladin Roldan,  
sacan ambos las espadas.»  
Floresta.

[p. 459]. [16] . «Muy bien se fué a defender.» Silva.

«Con su bordón el palmero  
su cuerpo fuera a guardar.»  
Flor.

[p. 459]. [17] . «Habló el emperador.» Floresta.

[p. 459]. [18] . «Las fuera yo.» Silva. Floresta.

[p. 460]. [1] . «Empresentar.» Silva.

[p. 460]. [2] . «Palmero.» Silva. Floresta.

[p. 460]. [3] . «Que non dice la verdad.»  
Silva.

«Porque no dice verdad.»  
Floresta.

[p. 460]. [4] . «Hay.» Silva. Floresta.

[p. 460]. [5] . «No tenia.» Silva.—«Que ni ellos tienen.» Floresta.

[p. 460]. [6] . «Vió.» Silva.—«El palmero que esto oyó.» Floresta.

[p. 460]. [7] . «Por herir a don Roldan.» Floresta.

[p. 460]. [8] . «Allí habló el buen rey  
con ira y con pesar.»  
Silva.

«Allí hablara el buen rey,  
Sbien oiréis lo que dirá.»  
Floresta.

[p. 460]. [9] . «Y llevámelo.» Silva.—«Y llevadlo a.» Floresta.

[p. 460]. [10] . «Cuando fué al pie de la horca  
el palmero fué hablar:  
—¡Mal hubieses, el rey Carlos!»  
Silva.

«Ya lo toma la justicia,  
ya lo van a justiciar,  
allá al pie de la horca  
el palmero fué a hablar:  
—Oh mal hubieses, rey Carlos!»  
Floresta.

[p. 461]. [1] . «Ya le desnudanla otra.» *Silva*.

[p. 461]. [2] . «No tienen cuento ni par». Floresta.

[p. 461]. [3] . Sic. Háse de entender bajo este nombre desfigurado, por haberse ya ofuscado la tradición original de los poemas provenzales, el harto conocido héroe de algunos de ellos, «En Aimeric, conde de Narbona», y se trata en este romance del cerco de la ciudad de Narbona, la cual defendía su mujer la condesa.—En el romance que dice:

«Durmiendo está el rey Almanzor»

este conde se halla nombrado también «Almenique».

Empero hasta la asonancia ha conservado en algún modo el nombre original, pues se tiene que decir «Almeniqu'».—Véase Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, tomo II, págs. 409-411.

[p. 462]. [1] . Esta es la lección auténtica y verdadera de todas las ediciones del *Canc. de Rom.*, y no la de «Soldan», que llevan la mayor parte de las colecciones modernas, desfigurándola en lugar de corregirla.

[p. 462]. [2] . «No las puedes ya dejar.», Eds. post. del *Canc. de Rom.*

[p. 462]. [3] . «Has de.» *Ibíd.*

[p. 462]. [4] . «Daban.» *Ibíd.*

[p. 462]. [5] . Véase la nota del romance anterior.

[p. 462]. [6] . Que la tradición en que está fundado este romance pertenece al ciclo carlovingio, y que todavía tiene rasgos comunes con el cantar de gesta francés de «Amis y Amiles», va probado en la edición de este último poema, por C. Hofmann (*Amis et Amiles und Jourdain de Blavies*. Erlangen, 1852, in 8º, pág. VI.)

[p. 463]. [1] . «Que es vieja de antigüedad.» *Glosa* nuevamente hecha por Franciso de Lora.

[p. 463]. [2] . Después de este verso lleva el texto entresacado de la *Glosa de Lora* los cuatro siguientes:

Esto aprendí siendo niña,  
y no lo puedo olvidar,  
el tiempo que fuí criada  
en casa de vuestro padre.—

[p. 463]. [3] . «Escuchar.» *Glosa de Lora*.

[p. 463]. [4] . «Yo era.» *Glosa de Lora*.

[p. 463]. [5] . «Hora Hernando.» *Glosa de Lora*.

[p. 463]. [6] . «Ibase para.» *Glosa de Lora*.

[p. 463]. [7] . «Pasar.» *Glosa de Lora*.